

tomo 6 (1902-1908)

Obras del siglo XX: 1ª década - I

**antología de
obras de teatro
argentino**

desde sus orígenes a la actualidad

selección y prólogo Beatriz Seibel

Sánchez, Florencio

Antología de obras de teatro Argentino desde los orígenes a la actualidad : obras del siglo XX 1º Década - I / Florencio Sánchez y Gregorio de Laferrere ; ilustrado por Oscar Ortiz ; con prólogo de Beatriz Seibel ; recopilado por Beatriz Seibel. - 1a ed. - Buenos Aires : Inst. Nacional del Teatro, 2010.

v. VI, 320 p. ; 22x15 cm. - (Historia Teatral)

ISBN 978-987-9433-80-5

I. Teatro Argentino. I. Laferrere, Gregorio de II. Ortiz, Oscar, ilus. III. Seibel, Beatriz, prolog. IV. Seibel, Beatriz, recop. V. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 03/02/2010

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta N° 232/08.

Ejemplar de distribución gratuita - Prohibida su venta

CONSEJO EDITORIAL

- > Beatriz Lábatte
- > Gladis Contreras
- > Mónica Leal
- > Alicia Tealdi
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño de tapa*)
- > Gabriel D'Alessandro (*Diagramación interior*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración de tapa*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-9433-80-5

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina.
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, marzo de 2010.
Primera edición: 3.000 ejemplares

> prólogo

EL TEATRO DEL SIGLO XX

Al comenzar el siglo XX la Argentina está en una etapa de crecimiento y transformación, entre contradicciones como nacional y extranjero, criollo e inmigrante, prosperidad y conflictos sociales, alta cultura y cultura popular. Irrumpen las nuevas creaciones culturales, el circo criollo, las compañías de teatro nacional, las obras locales, el tango, los payadores urbanos. Se desarrollan los grupos filodramáticos de inmigrantes, de criollos, de trabajadores, de militantes políticos. Crecen el periodismo y los folletos masivos, la narrativa, el cine, para un público alfabetizado con una clase media en expansión.

Se inicia el florecimiento del teatro argentino.

En 1900 predominan en la cartelera de Buenos Aires las compañías europeas, y el único elenco nacional en una sala es el de la familia circense Podestá. Desde ese año ya han elegido prácticamente dejar las carpas para actuar en salas, y han pasado de compañía de circo criollo a compañía lírico-dramática, lo que abre esta nueva etapa. En octubre se anuncian 3 compañías italianas, 4 españolas, 1 de variedades con biógrafo, 1 de marionetas en Parque Lezama, 2 compañías de circo criollo con teatro, 1 de circo de 1ª parte -Frank Brown-, y la compañía lírico-dramática nacional bajo la dirección del primer actor don José Podestá en el Doria.

En 1901, al comenzar el año los Podestá están en el teatro Victoria, luego arriendan el Rivadavia, y en marzo la familia se divide. En el teatro Rivadavia quedan trabajando los hermanos José, Antonio, Pablo, Graciana, Juan, y sus hijos; la compañía se denomina Podestá Hermanos. En el teatro Libertad se instala el otro hermano, Jerónimo, con sus hijos María, José Francisco, Arturo, Ana y Blanca, y su nieta María Esther. Con la separación de la familia Podestá se inicia el

desarrollo de las compañías nacionales en salas.

Después Jerónimo sale de gira, mientras José Podestá pasa con los suyos al Apolo, un teatro semiabandonado y refaccionado con grandes gastos; debutan el 6 de abril de 1901 y van a permanecer en esa sala hasta el 15 de diciembre de 1908.

UNA "PORFIADA LUCHA"

Quesada opina en 1902 que "aquel detestable 'teatro nacional' está evolucionando; desde que el *teatro criollo* -el de los dramones de facón- ha quedado relegado a los circos, el naciente *teatro nacional* se ha trasladado a las compañías argentinas que –como la de Podestá, en el Apolo– actúan en teatros". El sistema hegemónico privilegia las salas teatrales sobre la pista circense. Es tiempo de cambios; "los literatos" comienzan a entregar sus obras a los actores criollos, que al renunciar a su espacio original de la pista, posibilitan el desarrollo de un teatro nacional del siglo XX, donde todos los sectores se sienten de alguna manera reconocidos, en un momento en que el público demanda expresiones teatrales locales. Esta conciliación muestra quizás el único desarrollo posible.

En 1902, la cartelera presenta 4 compañías italianas, 1 inglesa, 1 francesa, 3 españolas, 1 de variedades, 1 de títeres en los lagos de Palermo con Mosquito y su orquesta, 1 de circo -Frank Brown-; 3 compañías nacionales, 1 de dramas criollos de Podestá Hnos. en el Apolo, 1 de dramas y comedias de José Corrado en el Libertad, 1 de circo criollo Compañía Anselmi en el Circo Buenos Aires; 4 cinematógrafos con vistas y variedades.

La compañía de títeres de Mosquito es la de Dante Verzura, que trabaja 33 años para niños en el teatro del Jardín Zoológico.

El actor cómico José Corrado se hace famoso interpretando el

personaje del napolitano o cocoliche; pasa de dirigir su circo criollo a la compañía teatral en sala, como los Podestá, y muere en 1909.

Por su parte, los hermanos Petray pasan de la compañía Podestá del teatro Apolo al Circo Buenos Aires con Anselmi; la movilidad de los artistas muestra la circulación de los elencos nacionales. En el elenco de Anselmi está la familia de Rosa Acosta de Bozán y sus hijos. Una de las hijas, Olinda Bozán (1892-1977), comienza a actuar a los cinco años; será trapeicista y después famosa actriz de teatro, cine, radio y televisión.

Las estadísticas de José Podestá (1858-1937), de los primeros dos años "de porfiada lucha" en el Apolo, entre abril de 1901 y abril de 1903, son significativas. En el primer año presentan 58 obras en 44 funciones diurnas y 365 nocturnas, lo que evidencia que no hay un solo día de descanso. Las obras de un acto son 45, las de dos actos solo 2, y las de tres actos 11; se marca el predominio de la pieza breve y cada función incluye varias representaciones, como tres obras de un acto. En el segundo año presentan otras 58 obras en 54 funciones diurnas y 365 nocturnas. Las tendencias son similares y la estadística de estrenos muestra 36 en el primer año y 33 en el segundo sobre 58 piezas presentadas, lo que marca una prolífica producción autoral.

Desde diciembre de 1902, Jerónimo Podestá (1851-1923), toma el teatro Rivadavia con una compañía donde están, además de su familia, Orfilia Rico, Celestino y Antonio Petray, entre otros; también actúa su nieta María Esther, de 6 años. En Montevideo se ha incorporado al elenco Orfilia Rico (1871-1936), actriz oriental que pronto tiene a su cargo los primeros roles de característica cómica, "creadora de efectos nuevos en muchas ocasiones", muy elogiada. El porteño Enrique Muiño (1881-1956), debuta como actor con Jerónimo después de trabajar varios meses como comparsa sin sueldo para aprender; será una de las grandes figuras de la escena y el cine nacional. Un caso similar es Elías Alippi (1883-1942), seudónimo de Isaías Alaieff, otro porteño que se habría iniciado como bailarín de tango;

entra en la compañía como meritorio, debuta bailando y luego desarrolla una importante carrera como actor y director teatral. Además es autor de 34 obras, dirige dos películas y actúa en cine, fundando junto a Muiño la productora Artistas Argentinos Asociados que eleva el nivel artístico de la pantalla nacional.

FLORENCIO SÁNCHEZ Y GREGORIO DE LAFERRÈRE

A raíz del suceso obtenido, la compañía lírico-dramática nacional de Jerónimo Podestá se instala desde el 5 de junio de 1903 en el Comedia, una sala más importante, donde estará cerca de dos años. Allí presenta el 13 de agosto, el primer estreno de Florencio Sánchez en Buenos Aires, la comedia en tres actos *M'hijo el doctor*, que transcurre en una estancia de Uruguay y en Montevideo, en la época actual. Sánchez trabaja en el diario *Tribuna* como encargado de las crónicas policiales y según José Podestá, "dicha obra tuvo un suceso inesperado" porque nadie sospechó que fuera capaz de escribir un primer acto "que no desdenaría firmarlo cualquier autor de renombre".

También en agosto de 1903, el empresario del Odeón Faustino Da Rosa presenta la compañía del Teatro Libre de París, dirigida por Antoine con la primera actriz Susana Després y su marido, Lugné-Poe, excepcional actor, autor y director. Después de fundar en 1887 su pequeña sala de experimentación del naturalismo escénico, André Antoine conquista al gran público de París desde 1896 en el teatro Antoine. En programa están *El honor* de Sudermann y otras piezas que resuenan en la escena local, así como las técnicas naturalistas de actuación.

En 1904, la compañía de Jerónimo Podestá presenta en el Comedia el 4 de enero el sainete en un acto *Canillita* de Florencio

Sánchez, y entre otras obras, el 30 de mayo se estrena la comedia en 3 actos *¡Jettatore!*, primera obra de Gregorio de Laferrère. Las dos piezas, incluidas en este tomo, son comentadas más adelante.

En 1905, la compañía de los Hermanos Podestá del Apolo continúa con los autores locales; además de las reposiciones, siguen estrenando. El 26 de abril se presenta *Barranca abajo* de Florencio Sánchez, un gran éxito. Los roles principales están a cargo de Pablo Podestá, Lea Conti, Blanca Vidal y Herminia Mancini; en el elenco están Rosa Bozán, que ha pasado del Circo Anselmi al Apolo como actriz de carácter, y sus hijas Aída y Olinda, de 13 años, que hace los "pilletes". Según recuerda Olinda, en casi todos los sainetes hay personajes de chicos traviosos y "a mí me enfundaban una camisa y un pantalón, me encasquetaban una gorra hasta las orejas y salía a escena". La obra, publicada en este tomo, se considera más adelante.

La compañía de Jerónimo Podestá pasa a principios de mayo al teatro Argentino y el día 6 estrenan la comedia en tres actos *Locos de verano* de Gregorio de Laferrère. A mediados de junio, pasan al teatro Rivadavia donde continúa la pieza, que llega a 80 representaciones consecutivas, un suceso notable. *Locos de verano* es hoy una comedia clásica del teatro argentino que continúa teniendo éxito en cada una de sus reposiciones; incluso se adapta una versión en comedia musical. En 1936 es la obra que inaugura la Comedia Nacional en el Cervantes con gran suceso, dirigida por Antonio Cunill Cabanellas, quien dirige en 1942 la versión fílmica con importantes actores de teatro como Eva Franco, Enrique Serrano, Irma Córdoba, Arturo García Buhr entre otros.

Por iniciativa de Jerónimo Podestá, la familia ha invertido todos sus ahorros para la construcción de un teatro en la calle Corrientes 960, en un terreno arrendado por diez años; pasado ese plazo la sala queda como propiedad del dueño, una modalidad de la época. Jerónimo insiste

en que no lleve su nombre, como quieren sus hijos, sino que se denomine Teatro Nacional, "como índice de su destino". Se inaugura el 5 de abril de 1906 con la reposición de *Locos de verano* de Laferrère y el estreno de la comedia breve *Risa de careta* de Ricardo Levene. El 28 de abril estrenan la comedia en tres actos *Bajo la garra* de Laferrère, obra incluida en este tomo, a la que nos referiremos en su momento.

NUEVAS COMPAÑÍAS NACIONALES

En octubre de 1906 Pablo Podestá (1875-1923), de 31 años, se despide del elenco Podestá Hermanos del Apolo para formar su propia compañía. Luego de una gira breve por Rosario, el 7 de diciembre debuta en el teatro Argentino con el drama histórico en cuatro actos de David Peña, *Facundo*, un gran éxito de la nueva compañía.

En el Apolo, José Podestá completa el elenco incorporando entre otros a Florencio Parravicini. El famoso actor argentino *Parra* (1876-1941), después de dilapidar en París una cuantiosa herencia, a los 26 años vuelve a Buenos Aires; comienza a actuar en el varieté en espectáculos picarescos, primero utilizando sus habilidades de campeón de tiro y luego haciendo monólogos y obras que aprovechan su talento cómico; se dirige al público improvisando con la mímica de todo su cuerpo y es muy celebrado.

En 1906 se funda la Asociación de Artistas Dramáticos y Líricos Nacionales, que hace sus primeras reuniones en el Circo Anselmi y después instala su sede en unas oficinas de la calle Suipacha 424. El presidente es el rosarino Miguel F. López, actor y autor teatral; secretario Juan J. Garay, artista circense; tesorero, Arturo Mario, actor de teatro; participan entre otros Julio Escarcela, Alberto Ballerini, Francisco Ducasse, Enrique Muiño, Elías Alippi, Manuel Anselmi. "Se asoció casi

toda la gente", recuerda el actor Francisco Bastardi. La Asociación funciona con altibajos y en 1917 se disuelve.

Florencio Sánchez está en cartel en tres compañías en 1907: el 2 de enero Pablo Podestá estrena en el Argentino la obra en un acto *La Tigra*; el mismo día José en el Apolo le estrena la comedia en un acto *Los curdas* y seis días después Jerónimo en el Nacional estrena el acto de *Moneda falsa*. Para Juan Pablo Echagüe, los sainetes de Sánchez "tienen extraordinario relieve y palpitante animación. En esas tajadas de vida, arrojadas a las tablas, es donde mejor despliega el comediógrafo sus facultades maestras de observador y colorista".

En agosto de 1907 está actuando en el Odeón la célebre Eleonora Duse, que merece entusiastas críticas en *La Gioconda* de D'Annunzio; tiene 47 años y su primera visita es en 1885. En el Marconi, la compañía de Pablo Podestá hace una función en su honor, presentando *Barranca abajo* y *Gabino el mayoral*. La Duse ocupa un palco proscenio y nadie puede saber su impresión porque usa, como acostumbra, un espeso velo negro que le cubre la cara. Según María Esther Podestá, la Duse saluda a Pablo en su camarín y declara "que había ido por forzado compromiso y que salió maravillada". Otra función en honor de la Duse se hace en el Coliseo, participando distintas compañías, entre ellas la de Jerónimo Podestá.

El 11 de noviembre de 1907 debuta en el teatro Argentino con *Fruta picada* de Enrique García Velloso, la compañía encabezada por Florencio Parravicini, que actuará en esa sala por más de 20 años. El director artístico es Ezequiel Soria y el director musical Antonio Reynoso; en el elenco están Antonio Podestá, Enrique Muiño, Luis Vittone, Segundo Pomar, Félix Blanco, Sara Ortiz, que vienen del Apolo; Guillermo Battaglia y su esposa Ada Cornaro, que vienen del Nacional; Salvador Rosich, José Gómez, Roberto Casaux, Francisco Ducasse, César Ratti, Alberto Ballerini entre otros. Muchos de ellos

encabezan después sus propias compañías.

En 1907 se publican dos folletos de José Podestá, editados por N. Tommasi: *Canciones populares recitadas y cantadas por Pepino 88*, *Para cantar con guitarra*, una nueva edición corregida, y *Pepino el 88*, *Material festivo, Versos y prosas*. Aunque las últimas actuaciones de Pepino se encuentran en octubre de 1900 en el teatro Doria, es probable que siguiera presentándose; de todos modos los folletos hallados muestran la vigencia del payaso, más allá del desempeño del actor reconocido y director de escena.

En 1908 Gregorio de Laferrère se separa del elenco de Jerónimo Podestá junto con algunos actores y forma la Compañía del Conservatorio Lavardén para actuar en el teatro Moderno, antes Rivadavia. El 24 de abril estrena la comedia en cuatro actos *Las de Barranco*, obra incluida en este volumen que comentamos más adelante.

ESPECTÁCULOS EN 1908

El diario La Prensa refleja la actividad de los centros sociales el martes 3 de noviembre, con el título "Las fiestas próximas -Grandes preparativos". Anuncia 19 eventos, desde bailes de gala hasta funciones que finalizan con baile familiar, como la del club Victoria que presenta cuatro obras el día 14 en la Casa Suiza, Rodríguez Peña 254, o el centro Salamanca Primitiva, que anuncia para la función del sábado *Los descamisados* y el cuadro infantil *Los demonios en el cuerpo*, entre otras piezas; el centro Picaflor y los suyos presenta el jueves una velada a beneficio del payador José Betinoti, quien improvisará sobre varios temas y "se exhibirán bonitas vistas en el cinematógrafo".

El viernes 6 de noviembre se anuncian 5 compañías italianas, 4 líricas y 1 cómica; 3 compañías cómico-líricas españolas; 5 compañías nacionales, José J. Podestá en el Apolo, Florencio Parravicini en el

Argentino, Jerónimo Podestá en el Moderno, y bajo carpa, el Circo Anselmi y el Politeama Sudamericano; 1 circo en Avenida de Mayo y Solís; 4 espectáculos de variedades; 7 cinematógrafos.

El sábado 7 se agrega el Pabellón de los Lagos en el Parque 3 de Febrero con Diner Concert, que anuncia todos los días teatro de fantoches, cine, gramófono, calesitas, góndolas venecianas y otras diversiones, con entrada libre.

De regreso a Buenos Aires después de una gira a Montevideo, el 19 de noviembre Pablo Podestá debuta en el Marconi, y el 23 reponen *Doña Rosario* de Novión, para especial lucimiento de Orfilia Rico. En la compañía están además Olinda Bozán, Elías Alippi, Arturo Mario, José *Pepito* Petray, Ángel Quartucci y su esposa Jacinta Diana, entre otros. Pablo, abandonado por su compañera Herminia Mancini, se casa con Olinda Bozán de 16 años, pese a la oposición de su madre; la unión solo dura un mes, y la jovencita abandona la compañía. "Tenía un carácter terrible -recuerda Olinda-. Yo quería casarme en realidad con los personajes que ese hombre creaba y no con él".

El 4 de diciembre Pablo Podestá estrena *Muerte civil* de Giacometti; el famoso drama es un desafío por ser motivo de lucimiento para los primeros actores europeos. Entra en competencia con los modelos, los grandes intérpretes europeos, y obtiene un gran triunfo. Según la crítica de *El País*, "al final de cada acto calurosas y prolongadas ovaciones premiaron la labor artística del principal intérprete de la obra. Después de la escena de la muerte la aprobación del público se transformó en un verdadero delirio. En la platea los sombreros se agitaban por encima de las cabezas, mientras desde los palcos las damas arrojaban flores al escenario y atronaban los bravos las galerías y el paraíso. La concurrencia, sin abandonar la sala, siguió viviendo a Pablo durante casi diez minutos, prodigándole la mayor manifestación de simpatía de que hasta la fecha había sido objeto el popular actor". La crítica de *La patria degli italiani*, diario de la colectividad, consagra su

singular y personal interpretación del protagonista. En la escena de la muerte por envenenamiento con estricnina, el crítico comenta que Pablo sólo la interpreta en Montevideo después de estudiar los síntomas en un hospital y conversar varios días con los médicos; el resultado es sorprendentemente real, supera toda expectativa y no admite comparación. Sostiene que por haber dado sus primeros pasos en el arte como acróbata, sabe con impresionante maestría mostrar las contorsiones, los espasmos producto del fatal veneno, de modo tal que hace temblar la sangre en las venas. La obra se repite muchas veces con llenos asombrosos y luego van al teatro Apolo, llamados por el empresario Giovanetti, a quien ya no le conviene la compañía de José Podestá, que no produce tantas ganancias como antes.

En sus *Memorias*, José Podestá saca cuentas: "En el Apolo actuamos desde el 6 de abril de 1901 al 15 de Diciembre de 1908 o sean 7 años, 8 meses y 10 días. Estrenamos 249 obras. Dimos 3.249 representaciones". No hay día de descanso; en Semana Santa primero ceden el teatro a compañías italianas para presentar la *Pasión* y luego hacen la misma obra con su propia compañía. Pero ahora no les renuevan el contrato. José toma el teatro Comedia y debuta allí el 16 de diciembre, al día siguiente de salir del Apolo, con el estreno de *Las campanas* de Sánchez Gardel, obra de denuncia social, violento alegato contra los poderosos en un ambiente provinciano. Antonio Podestá es sustituido por el actor Celestino Petray, aquel que inventara el Cocoliche, y estrenan el sainete *Don Pancho Lobo* de Carlos M. Pacheco el 30 de diciembre.

LA MUERTE DE FLORENCIO SÁNCHEZ

El 7 de noviembre de 1910 muere Florencio Sánchez en Italia. El 25 de septiembre se había embarcado para Europa como "comisionado especial" del presidente uruguayo, aunque su verdadero

objetivo era estrenar sus obras y lograr ser reconocido como autor. La tuberculosis lo postra en Milán, donde muere en un hospital. Posteriormente la Sociedad de Autores organiza funciones de beneficio para su viuda y logra rescatar sus obras vendidas para administrarlas.

LA "ÉPOCA DE ORO" DEL TEATRO ARGENTINO

Luis Ordaz califica desde 1946 como "época de oro del teatro argentino" a la primera década del siglo; parte de 1901, cuando José Podestá se instala en el Apolo "y comienza a interpretar las obras de los autores nacionales, con notable continuidad y decidida coherencia" y termina con la muerte de Florencio Sánchez en Milán a fines de 1910. Es el inicio de un crecimiento que se expande en los años siguientes y se destacan, desde mediados de la década, las giras de las compañías nacionales desde el sur en Bahía Blanca hasta el norte en Salta, que difunden los nuevos repertorios y estilos de actuación por todo el país.

Mientras tanto continúan las visitas de grandes figuras europeas, que se presentan también en giras por las provincias y se registra la llegada de familias españolas que tendrán larga trayectoria en la escena local, como Cibrián, Carreras, Serrador.

Los grupos filodramáticos se desarrollan en sociedades recreativas criollas y de diversas colectividades, en centros anarquistas y socialistas, en círculos católicos de obreros. En las ciudades de provincias, los filodramáticos son los únicos artistas locales; las compañías profesionales pasan de gira, y en ocasiones estrenan obras de autores locales.

Los nuevos elencos nacionales en salas se integran con actores profesionales iniciados en el circo, en compañías italianas o españolas, en grupos filodramáticos, en el Conservatorio Lavardén fundado por Gregorio de Laferrère, o formados en las mismas compañías donde

comienzan como meritorios sin cobrar sueldo. Muchos trabajan desde niños, en especial en las familias de actores; los roles para chicos aparecen con frecuencia en las obras, son muy apreciados por el público, y también se presentan compañías profesionales infantiles.

Se destaca en esta década la numerosa producción de nuevos y antiguos dramaturgos. La gran cantidad de obras estrenadas se aprecia en la estadística de José Podestá, que estrena 249 piezas en el Apolo entre 1901 y 1908; a esta cifra deben sumarse los estrenos hasta 1910 y los de las otras compañías, por lo que puede estimarse un mínimo de 800 obras estrenadas en ese período. Esta cuantiosa producción de autores locales prosigue y se incrementa en los años siguientes; al teatro de Buenos Aires también se incorporan autores uruguayos y de otros países, como el chileno Alberto del Solar en este período, y los estrenos incluyen piezas de todos los géneros.

La influencia de los actores sobre los autores locales es evidente; se escriben obras para los hermanos Podestá, después para Pablo o para Parravicini, y también para actrices como Orfilia Rico y otras.

Si bien se considera que en cada momento histórico los dramaturgos escriben condicionados por las posibilidades de la escena y las modalidades de los actores, es destacable que el crecimiento del teatro nacional se produce en esa circulación de actores convocantes de público, que demandan piezas que a su vez atraen espectadores y retroalimentan el circuito.

OBRAS DEL SIGLO XX: 1ª DÉCADA -I

LOS CLÁSICOS

Sainete, drama y comedia son los géneros en que se expresan dos de los autores clásicos de la época de oro, Florencio Sánchez y Gregorio

de Laferrère. Estrenadas en las nuevas compañías nacionales, estas obras han sido puestas en escena en innumerables oportunidades, pero siempre inspiran nuevas versiones, nuevas lecturas. Son elegidas y se publican para facilitar su circulación y para que continúen enriqueciendo el teatro argentino.

I - FLORENCIO SÁNCHEZ

¡LADRONES!: PILLETES Y CANILLITA

Esta obra firmada con seudónimo está compuesta por dos escenas de la calle, un monólogo y su continuación en un diálogo. Son los antecedentes del sainete *Canillita* estrenado en Rosario en 1902, donde Sánchez trabaja como periodista en un diario local. Esa versión de *¡Ladrones!* se presenta por el elenco español de Enrique Llovet en el teatro La Comedia en octubre, con música del maestro Cayetano Silva, donde el protagonista del muchacho vendedor de diarios es interpretado por la primera tiple Julia Iñíguez.

¡Ladrones! obtiene el Primer Premio del concurso dramático del Centro Internacional de Estudios Sociales de Montevideo y se representa durante años en los centros anarquistas de Montevideo. Tiene todas las características de las obras de los grupos filodramáticos libertarios: pocos personajes, poca escenografía, la difusión de las ideas, un modo pacífico de rebelión.

Florencio Sánchez (1875-1910), uruguayo, periodista y autor teatral, estrena sus primeras piezas con seudónimo en Montevideo, en el grupo filodramático anarquista del que forma parte como actor. Más tarde se radica en Buenos Aires y produce una veintena de obras para el teatro profesional hasta su muerte. Es representado, estudiado y comentado exhaustivamente; hacia 1960, Foppa menciona que hay más

de 200 trabajos sobre su vida y obra, y no han cesado hasta hoy. Juan Pablo Echagüe, crítico contemporáneo de Sánchez, lo considera insuperable como pintor de ambiente, observador y costumbrista, pero opina que es naturalista, adopta la estética de Zola y utiliza temas ya tratados por Sudermann y otros herederos de Ibsen, cuyas piezas son conocidas en Buenos Aires; sigue la modalidad hegemónica europea.

En la línea costumbrista de Sánchez predomina la descripción, como en las obras breves, los sainetes, y piezas como *Barranca abajo*. En la línea naturalista están obras de tesis como *Nuestros hijos*, un "drama de ideas" que muestra los problemas sociales.

Por otra parte, sus obras interpretadas por los Podestá, encuentran unas originales técnicas de actuación, basadas en la acción y el entrenamiento circense, muy elogiadas por su asombroso naturalismo. Este productivo encuentro reúne las antiguas raíces tradicionales con la modernidad europea.

CANILLITA

Esta versión anunciada como sainete en un acto se presenta el 4 de enero de 1904 por la compañía de Jerónimo Podestá en el Comedia; en este caso Blanca Podestá hace el rol protagónico del chico pobre, de piernas largas y flacas "como canillas". El éxito de la pieza hace que se denomine hasta hoy con ese apodo al vendedor de diarios en Buenos Aires y en Montevideo. En homenaje a Florencio Sánchez, en 1947 se establece el 7 de noviembre, fecha de su muerte, como Día del Canillita; se festeja como día de descanso de los vendedores de diarios.

Según Eva G. de Montoya, *Canillita* tiene un final opuesto ideológicamente al de *¡Ladrones!*, la primera versión; desaparece el enfrentamiento entre ricos y pobres y solo queda un problema entre gente modesta; el autor cambia el texto para adaptarlo a una compañía de actores profesionales y a una recepción diferente.

Para Juan Pablo Echagüe, "si Florencio Sánchez solo hubiera escrito esta obra, ella le bastaría para destacarse a la vanguardia de los dramaturgos nacionales".

BARRANCA ABAJO

Este drama en tres actos estrenado el 26 de abril de 1905 en el Apolo por la compañía Hermanos Podestá tiene un gran éxito. El autor señala que la acción transcurre en la campaña de Entre Ríos y para la segunda función, acepta un corte en el final, ya sugerido por el director José Podestá y marcado por los críticos al día siguiente del estreno. El rol principal está a cargo de Pablo Podestá, que a los 30 años interpreta al viejo Don Zoilo. Ese protagonista habría sido escrito especialmente por Sánchez para Pablo y según Bosch, "este drama, debido a la intervención de Pablo, se elevó a una extraordinaria altura, y la interpretación que hizo de ella ese gran actor, no pudo ser superada *nunca*". En el recuerdo de Olinda Bozán, en la escena final "Pablo salía despacito, miraba la cama de la hija muerta, se sacaba el sombrero, iba hacia el fondo y volvía, tomaba un jarro de agua de una tinaja, se le caía el jarro. Por último, miraba la punta del alero de un rancho donde había un nido y recién decía el parlamento final: 'Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro'. Y recién tiraba el lazo para ahorcarse. La pausa que hizo Pablo antes del parlamento final nos sorprendió a todos. Yo creo que fue la primera gran pausa intencionada que se hizo en el teatro argentino. Todos los actores, los maquinistas, los tramoyistas, nos habíamos ido acercando lentamente entre bastidores atraídos por esa pausa tan larga. Nos preguntábamos los unos a los otros: '¿Qué pasa? ¿Por qué Pablo no habla?'. Estábamos asustados. La escena nos mantuvo en vilo. Cuando terminó y la sala estalló en un aplauso atronador, todos teníamos los ojos llenos de lágrimas".

Una excelente versión de *Barranca abajo* se presenta en Formosa en

2006, en gira por Chaco y Corrientes, y en el Teatro Nacional Cervantes, en el marco del Plan Federal, con dirección de Luis Romero y elenco de Formosa.

Para Echagüe, es la obra más completa de Sánchez, que en la escena final alcanza vigor de tragedia auténtica; "una creación fuertemente original". En esta obra se nota el peso del modelo tradicional de drama gauchesco sobre el modelo europeo realista o naturalista.

EN FAMILIA

El 6 de octubre de 1905 en el Apolo la compañía Hermanos Podestá estrena esta comedia en tres actos, que se desarrolla en la sala bien amueblada de una familia venida a menos, con la acción "en Buenos Aires, época actual".

Para *La Nación* es "quizá la más completa de las piezas de Sánchez", aunque señala una visión similar a la de Sudermann en *El honor*, "pero ennegrecida, amargada". Juan Pablo Echagüe opina que "envolvería una certera crítica a la ostentación y a la incuria", a no ser por "lo recargado de sus tintas" en la nota pesimista y amarga.

Entre 2005 y 2007 el notable director Ricardo Bartis presenta su excelente espectáculo *De mal en peor* sobre una burguesía decadente, inspirado en piezas de Sánchez como *En familia*, que se ofrece en Buenos Aires y en gira por España y Francia.

EL DESALOJO

Entre constantes estrenos de autores locales, este interesante drama en un acto -también llamado sainete- se estrena el 18 de julio de 1906 en el Apolo por los Hermanos Podestá.

Una noticia de actualidad: una mujer con varios hijos desalojada, su

marido en el hospital por caerse de un andamio, un periodista, y el fotógrafo que dice, "le tomaremos una así, llorando, es un momento espléndido...". La vigencia de esta pintura social es llamativa.

NUESTROS HIJOS

La compañía de Jerónimo Podestá en el Nacional estrena el 2 de mayo de 1907 este drama en 3 actos que protagoniza Guillermo Battaglia. A fines de ese mes se estrena en Montevideo con un éxito total, igual que en Buenos Aires, y al año siguiente se presenta en italiano en esa ciudad por la compañía Gemma Caimmi.

Pero algunas críticas son desfavorables. Según Echagüe, es un drama "de ideas", donde pinta las clases altas "con criterio unilateral y polémico de ideólogo". Las ideas de Sánchez se exponen por el personaje del Sr. Díaz: "Esa será mi obra. Desentrañar del mismo seno de la vida, del drama de todos los días y de todos los momentos, las causas del dolor humano y exponerlas y difundirlas como un arma contra la ignorancia, la pasión y el prejuicio". Resulta irritante el tema del marido engañado que se dedica a coleccionar noticias sobre "Infanticidio", "Natalidad ilegítima", "Nuestros hijos naturales", "Ocultación de la maternidad", y apoya a su hija soltera que queda embarazada, enfrentando la hipocresía social y la de su familia.

II - GREGORIO DE LAFERRÈRE

¡JETTATORE!...

El 30 de mayo de 1904, la compañía de Jerónimo Podestá en el Comedia estrena esta comedia en tres actos, la primera obra de Gregorio

de Laferrère, con Orfilia Rico, muy aplaudida, Blanca, Adela y Anita Podestá, Julio Escarcela, quien se hace famoso en el Don Lucas protagonista y víctima, Jerónimo y Arturo Podestá, Francisco *Panchito* Aranaz, una revelación en el personaje de Pepito, Alberto Ballerini, entre otros. El estreno es un acontecimiento artístico y social, al que concurre el presidente Roca.

El tema es una superstición muy difundida entonces en Buenos Aires, y el autor cita en la segunda escena de la obra un cuento análogo de Théophile Gautier.

Casi un mes después, el 25 de junio, *¡Jettatore!* sigue en cartel y ese día lo comparte con *Canillita*; se acostumbra presentar en un solo programa una obra en tres actos y otra en un acto. Por 1\$ la platea, se puede disfrutar de dos autores diferentes, Laferrère y Sánchez, uno de clase alta que se burla de las costumbres, y otro bohemio y contestatario, con preocupaciones de cambio social. El éxito de público de *¡Jettatore!* hace que se presente 75 veces consecutivas, batiendo el récord para obras de 3 actos. Las crónicas sociales publican a diario largas listas de familias de la sociedad que asisten al teatro; se anuncia en las paredes de la ciudad con carteles enormes, se distribuyen tarjetas postales con grabados simbólicos alusivos y el autor hace distribuir volantes con cartas críticas de amigos por plazas y avenidas.

El aporte renovador de Laferrère, que se apropia de técnicas del vodevil francés y las adapta, revitalizando la comedia ya existente, no es muy apreciado en la historia teatral por la desvalorización de la comedia en términos generales.

Gregorio de Laferrère (1867-1913), nacido en Buenos Aires, es un miembro de la clase alta porteña que en 1889 viaja a París donde frecuenta el teatro, y es diputado nacional entre 1898-1908; escribe versos y narraciones. Su primera obra, producida como una apuesta, "por humorada", luego se estrena en Madrid en 1906, adaptada. Laferrère produce en total 6 obras y numerosos monólogos y diálogos;

muere a los 46 años. Funda en 1908 el Conservatorio Labardén -el apellido exacto de nuestro primer autor teatral es Lavardén, según investigaciones posteriores- para formar intérpretes. El poeta Calixto Oyuela, primer presidente de la Academia Argentina de Letras, es el director y profesor de literatura, Enrique García Velloso el secretario y profesor de Historia del teatro, y un grupo de entusiastas escritores y artistas amigos dan cátedras. Angelina Pagano y Faustino Trongé son profesores de Declamación para niñas y varones respectivamente, ya que las clases se separan por sexos, y se suma después la famosa actriz Marguerite Moreno, de la Academia Francesa. Cabe señalar que aún en 1926 García Velloso propone: "Aceptemos el vocablo declamación, a falta de otro más adecuado y expresivo, para significar el arte de representar obras dramáticas". Por intermedio de Echagüe que viaja a París, contrata a Anatole France para que inaugure en 1909 las conferencias organizadas por el Conservatorio. A pesar de recibir algunos subsidios, Laferrère mismo es el principal sostén económico del Conservatorio, que desaparece después de unos años, por falta de ayuda oficial, o por falta de calor popular, según las versiones. En el primer curso se inscriben 70 alumnos.

BAJO LA GARRA

El 28 de abril de 1906 en el Nacional la compañía Jerónimo Podestá estrena esta comedia en tres actos que se desarrolla primero en forma amable y alegre, para adquirir seriedad dramática en el tercer acto, mostrando el poder destructivo de la calumnia iniciada en un club aristocrático. Juan Pablo Echagüe celebra la ambientación de la obra en la clase alta, "hasta entonces ausente de la escena, que arbitrariamente solo parecía considerar nacionales a los hábitos camperos, a las truculencias pueriles del gauchismo convencional, o del malevaje que

señorea los arrabales". Pero pronto se acusa a Laferrère de exhibir intimidades degradantes para el club al que él mismo pertenece y para su propio círculo. Laferrère niega que el tema haya surgido del Círculo de Armas, afirma que considera a la institución como "una prolongación de su propio hogar" y retira la obra de cartel, a pesar del éxito de público. El duro cuestionamiento de la moral social se presenta a través de la unión de lo cómico, lo melodramático y el realismo, que produce una tragicomedia. En el elenco del estreno están Orfilia Rico, Blanca, Anita y Adela Podestá, Ángela Tesada, Ada Cornaro, Josefina Lanaro, Arturo, Jerónimo y José F. Podestá, Francisco Ducasse, Guillermo Battaglia, Francisco Aranaz, Enrique Muiño, Alfredo Lanaro, Julio Escarcela, Arturo Mario, Elías Alippi, Alberto Ballerini, entre otros. La mayoría de estos actores estarán al frente de sus propias compañías, en la multiplicación que se produce en las décadas siguientes.

LAS DE BARRANCO

Gregorio de Laferrère se separa del elenco de Jerónimo Podestá junto con algunos actores y forma la Compañía del Conservatorio Lavardén para actuar en el teatro Moderno. El 24 de abril de 1908 estrena allí esta comedia en cuatro actos, originada en un monólogo que le pidiera la Rico para su beneficio. En el elenco están Orfilia Rico, María Gámez, Alejandrina Cortina, Lea Cornaro, Francisco Ducasse, Elías Alippi, José Brieve, Julio Escarcela, Pancho Aranaz entre otros, y Jenaro (Enrique) Serrano, debutante de 16 años. La interpretación de la Rico en la protagonista es considerada "incomparable". Según Federico Mertens, Orfilia Rico define su personalidad con *Las de Barranco* y su particularísima escuela teatral es resultante directa de la observación de nuestra clase media. Además de Mertens, para ella escriben también Saldías, Discépolo, Vacarezza, entre otros autores. Es interesante señalar

que este tipo de comedias deja de lado el conventillo, ámbito del sainete, para trasladarse a la casa familiar de barrio. Enrique Serrano (1892-1964), seudónimo de Jenaro Serrano, nace en Buenos Aires y a los 8 años actúa en el Circo Anselmi en roles de niño como el hijo del Mataco o el hijo de *Moreira*. Estudia en el Conservatorio Lavardén y debuta en el teatro de sala con *Las de Barranco*; será un gran comediante con actuación en teatro y cine.

Esta obra llega a 146 representaciones consecutivas y es "quizá la mejor escrita y más efectiva" del autor; ha sido traducida al catalán, al italiano, presentada en París en castellano por Camila Quiroga y se repone con frecuencia hasta hoy en teatros oficiales y en grupos. Comedia satírica con una crítica realista, tiene influencia en las comedias posteriores de numerosos autores.

Beatriz Seibel

BIBLIOGRAFÍA:

- ARDILES GRAY, Julio, *Historias de artistas*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1981. (Recuerdos de Olinda Bozán)
- BOSCH, Mariano G., *Historia de los orígenes del teatro nacional argentino y la época de Pablo Podestá*. Texto revisado de la edición original de 1929 por J. A. De Diego, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1969.
- ECHAGÜE, Juan Pablo (Jean Paul), *Seis figuras del Plata*. Losada, Buenos Aires, 1938.
- KLEIN, Teodoro, *Una historia de luchas. La Asociación Argentina de Actores*. Asociación Argentina de Actores, Buenos Aires, 1938.
- LAFERRÈRE, Gregorio de, *Teatro completo*. Castellví, Santa Fe, 1952.
- MONTOYA, Eva G. de, *Sobre ¡Ladrones! (1897) y Canillita (1902-1904), Florencio Sánchez y la delegación de poderes*, revista *Gestos* N° 6, noviembre. University of California, Irvine, 1988.
- ORDAZ, Luis, *El teatro en el Río de la Plata*, Futuro, Buenos Aires, 1946.
- PODESTÁ, José J., *Medio siglo de farándula. Memorias*, Talleres de la Imprenta Argentina de Córdoba, Río de la Plata, 1930.
- QUESADA, Ernesto, *El criollismo en la literatura argentina y otros textos. En torno al criollismo. Textos y polémica*. Centro Editor de América Latina, Capítulo N° 190, Buenos Aires, 1983.
- SÁNCHEZ, Florencio, *Teatro completo*. Veinte piezas seguidas de otras páginas del autor compiladas y anotadas por Dardo Dúneo. Claridad, Buenos Aires, 1941.
- SEIBEL, Beatriz, *Historia del teatro argentino. Desde los rituales hasta 1930*. Corregidor, Buenos Aires, 2002.

¡Ladrones!

Luciano Stein

(seudónimo de Florencio Sánchez)

I. PILLETES

PERSONAJES

CANILLITA, vendedor de diarios
TRASNOCHADOR
VIGILANTE

FACHADA DE UNA CASA. AL FORO PUERTA FRANQUEABLE.

ESCENA I

CANILLITA: *(Saliendo por la izquierda)* ¡Razón!... *Día y Razón a vintén... ¡La Razón a vintén!... (Hacia la izquierda como hablando con alguien)* ¡Cómprimela señor! ¡La Razón, última hora; derrota de los ingleses!... *La Razón a vintén... (Volviéndose al público)* ¡Brrrrr!... ¡Qué frío!... Y ahora tener que irme hasta cerca de los Pocitos... ¡Que lo velen! Lo que es yo con este vientito me parece que no voy... Si todavía nos dejaran dormir en la barraca de la imprenta de *La Razón*... ¡Pero qué!... Son una punta 'e sarnosos... ¡echan agua, y hacen unas judiadas con uno!... La otra noche, ¡cómo nos pusieron!... Al Vasquito peor que a mí... Nos habíamos metido a dormir entre unos cajones, allí cerca de la máquina... ¡Estaba más

calentito!... Cuando un de repente... ¡Zas!... Palo y palo. Los *reporters*, esos cajetillas... nos agarraron medio soñando todavía, nos sacaron de allí, y unos atajaban la puerta mientras los otros con el caño de goma de regar, nos empezaron a echar agua... ¡Que los pangarió!... Y hacía frío como un demonio... Yo les decía: “¡Soy canillita!... miren que compro cincuenta Razones...!”. Y nada, caray. Nos corría el agua por entre la camiseta. “¡Les vamos a enseñar, pilletes! ¡Ladrones! Vienen a robar... ¡Canallas!”... “No, que hace mucho frío y venimos a dormir nomás. No nos echen más agua. ¡Por Dios! Que hace mucho frío...” ¡Y ellos nada!... ¡¡Bun!! ¡¡Baf!! ¡¡Patatun!!... dele patadas y trompadas. Hasta que nos echaron a la calle hechos sopa, como patitos... A mí uno me pegó una trompada, por aquí, cerca de la paleta, en el pulmón debe de ser, que entuavía. ¡Hijo ‘el país! Y la suerte que no llamaron al mataperros, que otra noche, hace días, nos agarró también durmiendo y nos dio una biaba de rebenque... ¡Ese alcagüete!... ¡Pucha con esos maniporras! Yo le dije al Vasquito que no iba a comprar más *La Razón* por esa chanchada... Pero después pensé la cosa y vide que no tenía más remedio... Si no vendo diarios ¿qué gano? Vamos a ver, ¿qué gano?... Así son las cosas, pues... ¡Oh! Pero lo que es cuando sea más grande me las van a pagar esos compadres, galerudos... Qué se han creído, ¡que porque sean *reporters* y estean bien con el comisario, que les refila unos pesos pa’ que le pongan bombos en los diarios cuando hace pesquisas! ¡Pesquisas! ¡No ve que sí! Agarren a cualquier infeliz y le hacen declarar a palos que ha robado. ¡A mí con la piolita!... (*Mira hacia la derecha y como si alguien pasara va a ofrecerle diarios*). ¡Razón! ¡Día!... ¡A vintén! (*Volviéndose*) ¡Bah, bah!

¡ladrones!
 ¡Atorrante! (*Mira al suelo*). ¡Zas! ¡Una mariposa!... (*Recoge un pucho*). ¡Me armé!... ¡Grande el sargento!... (*Se tantea los bolsillos*). ¡Caray! ¡No tengo fósforos! (*Corre hacia la derecha. Hablando de adentro*) ¡Me quiere dar fuego?... (*Gritando*) ¡Eh, animal!... Más pillete será su agüela, ¿sabe?... ¡Macaco! (*Entra*). ¡Hijo ‘el país! (*Burlón*) ¡Qué tan mocoso para fumar!... ¡Galerudo!... Me deshizo todo el pucho... Yo lo conozco al petiso ese... Es el director de *El Bien*... Más fiebre... ¡Ufff! ¡Brrrr!... Saben que hace frío... ¡Y yo con este saquito!... ¡Musa! ¡Me via acostar!... (*Se sienta en el umbral de la puerta*). ¡Non che male! ¡Está abrigadito aquí! (*Cuenta los diarios*). A ver... A ver... veinte Días... doce Razones... catorce Tribunales... Me he ganao seis riales hoy... ¡La pucha! ¡Qué milagro!... Güeno, ¡hoy era lunes!... Lo que es mañana, los viejos no me la dan... (*Saca una bolsita con dinero y cuenta*). Sí, seis riales justitos... Cinco a cuatro que haga mañana y me voy a casa... ¡Pucha! También si me dicen algo, ¡no va más, por éstas! Las otras noches me atacaron una paliza machaza porque no llevaba más que dieciséis vintenes... ¡Entre lo poco que vendí y lo que me cobraron de premio, es claro!... (*Acomoda los diarios haciendo cama y se olvida de guardar la bolsa*). Pero mi mamá no tuvo la culpa, no me pegó, sino que fue el canflinfa que vive con ella, más compadre... ¡Hijo ‘el país! ¡Se ha creído que porque va todos los domingos a inscribirse a los juzgaos, tiene derecho!... Cualquier día le encajo la cortapluma en la barriga. (*Se acurruca disponiéndose a dormir, tarareando una vidalita*). Lamas y Saravia... ¡Vidalita! Y Acevedo Díaz... ¡Buena pieza también! Los otros días en la imprenta de *El Nacional* me mocharon cinco diarios... (*Como intentando dormirse*) ¡La perra! ¡Que está fresquito esto!... ¡Ufff!...

(Encogiéndose más) ¡Demonio con el vientito!... Bien podían alcanzarme un saco de ahí adentro, o una cobija, que tienen bastantes... Vive un diputado aquí... Yo lo conozco... Tiene unos hijos más droguistas... (Entona la vidalita con voz que poco a poco va apagándose).

Aparece el trasnochador visiblemente ebrio, dirigiéndose a la derecha para hablar.

TRASNOCHADOR:

¡Che cochero! Pasate mañana a cobrar. No tengo ni medio. ¿Qué? ¿Te vas rezongando gringo del diablo?... Te digo que mañana... ¿no me tenés confianza?... (Al público guiñando un ojo) Puede que cobre pero lo dudo... (Encaminándose hacia la puerta de la casa) ¿Pero dónde diablos he metido la llave?... (Se detiene y busca en los bolsillos). La verdad... la verdad... ¿la habré dejado en lo de Juana?... Seguro... ¿Y ahora?... ¿Cómo entro?... Si se despiertan los viejos... A ver aquí... Lo que es yo no golpeo... ¡Ah, aquí está! Ni susto me había pegado... (Se aproxima al zaguán y tropieza con las piernas de Canillita). ¡Zambomba!...

CANILLITA: (Incorporándose azorado) ¡Eh, eh! ¿Qué hay?

TRASNOCHADOR:

¡Qué estás haciendo! ¡Pillote! ¿No tenés otra parte donde ir a dormir?... ¡Ya pronto! ¡Fuera de ahí!... (Le da con el pie).

CANILLITA: ¡Eh! No me rompa los diarios... ¡No me pegue, sabe!

TRASNOCHADOR:

(Brutalmente) ¡Ligero! ¡Ya!

CANILLITA: ¡No me empuje! ¡Compadre! ¡Mangiun!...

TRASNOCHADOR:

¿Qué decís? ¡Ya de aquí! Pillote sinvergüenza... (Lo empuja y le da con el bastón).

CANILLITA: ¡Ay, ay! ¡Hijuna madre... borracho!...

TRASNOCHADOR:

(Amenazándolo) ¡Ya, largo! Mandate a mudar. (Lo empuja).

CANILLITA: (Corriendo hacia la izquierda) ¡Vigilante! ¡Vigilante!...

TRASNOCHADOR:

¡Qué plaga! ¡Estos pillotes!... Lo que es ése no vuelve por otra... ni por los diarios... (Va a abrir la puerta y ve la bolsa) ¡Che! ¡Che, qué bolada! ¡Se ha dejado la bolsa! (La recoge y la guarda). Para el cocktail mañana. (Entra).

CANILLITA: (Antes de salir arroja una piedra) ¡Vení ahora, compadre! ¡Borrachón!... ¡Oh! Te entraste maula... (Junta los diarios). Así son... compadrones... Le iba a enseñar... (Se dispone a irse). ¡Me voy a dormir a la estación! Pero... (Azorado) Pero... ¡Y la plata! ¡Y mi bolsa!... ¡Ay! (Compungido) Yo la había dejado aquí... sí... aquí... me la han robado... Sí que me la han robado... ¡Ah, hijo de mil perras!... ¡Canallas!... ¡Me han robado los seis reales! ¡Pillos! ¡Y ha sido ese mangiun no más! ¡Sí, sí! ¡Yo le voy a enseñar!... (Atropellando la puerta, golpeando con desesperación) ¡Ahí, ladrón, ahí! ¡Dame los seis reales!... ¡Canalla! (Golpea y empuja furiosamente).

VIGILANTE: (Entra corriendo). ¿Qué hay? ¿Qué es eso?

CANILLITA: ¡Que me ha robado seis reales el cajetilla ese! Y se ha metido adentro. ¡Ahí! ¡Ladrón... ladrón! (Sigue golpeando).

VIGILANTE: (Deteniéndolo) ¡Vamos, vamos! ¡Menos bochinche! ¿Cómo te los robó?

CANILLITA: (Lloroso) ¡Yo los había dejado ahí!... Estaba durmiendo y vino... y me empujó... y me pegó con el bastón y...

VIGILANTE: ¡Venime a mí con cuentos nomás!

CANILLITA: *(Estalla en llanto)*. ¡Sí que me los robó! ¡Ladrón! ¡Canalla!... ¡Yo los tenía en una bolsita!... ¡Tres reales en cobre y tres en plata! Sí señor... ¡Y me la agarró, sí señor!... ¡La plata del día! *(Rabioso)* ¡Pero me la va a devolver, hijo de una y mil madres!... *(Embiste la puerta deshaciéndose del vigilante)*. ¡Ahí, ladrón, ahí!

VIGILANTE: *(Lo saca del brazo violentamente)* ¡Qué ladrón, ni qué ladrón! Te habrás jugado los cobres. ¡Ya de aquí!

CANILLITA: ¡No señor! ¡No los jugué!... ¡Me los robó, ese pillo!... *(Forcejea por soltarse y lo consigue)*. ¡Abran, abran! ¡Mangiunes! ¡Raspas!

VIGILANTE: ¡Eh, se acabó! *(Lo toma violentamente por el cuello y lo voltea; la escena brutal acostumbrada)*.

CANILLITA: ¡Ah, mataperros! ¡Alcahuate! ¡Largame, hijo e mil perras!

VIGILANTE: *(Saca la cadena y se la ciñe con una mano)* ¡A la oficina!...

CANILLITA: *(Forcejeando desesperadamente)* ¡No me vas a llevar, trompeta! ¡No! ¡No! ¡Si me han robado! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

El vigilante brutalmente lo arrastra al mismo tiempo que toca una pitada de auxilio.

TELÓN RÁPIDO

II. CANILLITA (Continuación de PILLETES)

PERSONAJES

CANILLITA
LOLA
TRANSEÚNTE

FRENTE DE UNA CASA LUJOSA.

ESCENA I

LOLA: *(Saliendo por la izquierda)* ¿Será falso de veras? *(Hace sonar una moneda en el suelo)*. ¡Sí que es falso!... Parece de plomo. *(Lo prueba con los dientes)*. ¡Ah, quedan los dientes marcados!... ¡Un peso falso! ¡Ay, ay, ay! *(Llora)*. ¡Mi tata me va a dar una paliza!... ¡Ay, ay, ay! ¡Me han pagado un peso falso!... ¡Y yo que no había vendido más número que ése! ¡Qué canalla! ¡Ay, ay, ay! *(Llora un instante fuerte)*. ¡Y ahora en casa, qué soba! ¡Si lo pudiera pasar!... Ahí viene uno, ¿a ver? *(Al transeúnte que se acerca)* Mozo, ¿quiere hacerme el favor de cambiar este peso?

TRANSEÚNTE:

¡Salí de ahí muchacha! ¡No tengo suelto!

LOLA: ¡Sí, cámbiemelo! Tengo que darle el vuelto a un marchante. ¡Cámbiemelo!

TRANSEÚNTE:

¡A ver, a ver! *(Mete la mano al bolsillo)*. ¡No está mala la

ESCENA II

botija! (*Quiriendo tocarle la cara*) ¿Y dónde vivís? ¡Sabés que sos un buen quesito!

LOLA: (*Retirándose*) Salga. ¡Atrevido!

TRANSEÚNTE:

¡Vení, no seas mala! ¡Te viá dar el cambio!... (*Al oído*). ¿No querés acompañarme hasta casa?

LOLA: Salga, salga, no sea pavo... Deme el cambio si quiere.

TRANSEÚNTE:

Sí, hija. ¡Te lo viá dar! ¡Pucha que sos arisca! ¿A ver los números? 7586... (*Trata de manosearla*). ¡No me gusta!

LOLA: ¡No sea bobo! Compre si quiere y déjese de embromar. Tengo también por el 13 mil...

TRANSEÚNTE:

Pero... ¡acercate, muchacha! ¡Tomá el cambio! (*Lola tira la mano*). ¡Ah, no! Dame el peso primero.

LOLA: (*Alcanzándole la moneda, recelosa*) Se cree que voy a disparar... Tome.

El Transeúnte nuevamente le tira un manotón.

Estese quieto, ¿quiere?... ¡galerudo!

TRANSEÚNTE:

(*Toma la moneda y la mira*) Che... che... ¿Me querías calotear, eh?... ¡Ah, pícara! Un peso falso, ¿no?

LOLA: (*Compungida*) No señor, me lo dio un cajetilla como usted... ¡no puede ser falso!

TRANSEÚNTE:

Sí, sí, sí. Te conozco. ¿Me querías tomar de guiso? Tomá tu peso, nomás. (*Tira el peso y se aleja*).

Lola, Canillita.

LOLA: (*Recogiendo la moneda*) ¡Zonzo!... Me quería agarrar la cara. ¡No ve que sí!... Todos son iguales. Las otras noches el viejo aquel, gerente del Banco, me quería hacer entrar a una casa para pagarme el billete. Sigue un número, el 6850, y siempre que se lo tengo que llevar, me dice: “Entre, mi hijita, entre, le voy a hacer un regalo. ¡Tengo unas cosas más bonitas para darle! No tenga miedo, entre”... Y me quiere agarrar por todas partes, mirándome con los ojitos muy vidriosos. ¡Baboso! ¡Parece un bicho cascarudo! Y yo, “¿no ve que sí que voy a entrar?”. Y eso que mi tata me dice que hay que ser muy buena y muy condescendiente con los hombres para que le compren números a una... Lo que es ahora ni farra me arma, cuando le diga que me han dado un peso falso... Ahí viene un señor. Voy a llorar un poquito. (*Finge que llora*). ¡Ay, ay, ay!...

Pasa un señor de sombrero de copa sin mirar y desaparece.

(*Lola reaccionando*) Así son... Este es miembro de la comisión de Caridad, el presidente. Lo conozco. Lo veo en el hospital cuando voy a buscar los remedios para mi hermanita... ¡Para mañana! ¡La suerte, veinte mil!... Y voy a tener que irme a casa sin vender nada. ¡Me dan ganas de llorar de veras!... ¡La gran perra qué desgracia!... ¡Un peso falso!... ¡El único!... (*Llora*) ¡Ay, ay!

CANILLITA: (*Adentro*) ¡El Trabajo! ¡La Razón! ¡Última Hora! ¡Sucesos de

Barcelona!... (Entrando) ¡Zas! ¡Lolita!... ¿Cómo te va? ¿Vendiste mucho?... ¡Chanta! ¿Y qué tenés?... ¿Estás llorando?... ¿Te dio la biaba tu mamá?... ¡Salí! ¡No seas otaria! No llores por eso... *(Cariñoso)* ¿Querés la mitad de esta naranja? ¡Tomala, no seas guisa! Limpiate los mocos y no llores más. Mirá. ¡A mí me dan cada paliza!... ¡Y yo como si tal cosa!

LOLA: *(Lloriqueando)* No, no me pegaron, es que... Me dieron un peso falso.

CANILLITA: ¡Oiga! ¡A verlo, a verlo!... Pucha. Y bien falso. Qué pánfila... Y cómo te lo dejaste encajar. *(Examina la moneda)* ¡Ni para la fundición sirve!... ¿Y no sabés quién te lo dio?

LOLA: *(Siempre lloriqueando)* Sí... ¡un mocito alto, cajetilla... de sombrero partido!

CANILLITA: ¡Si son más ladrones!... Mirá, no seas boba, no llores. Dame el peso. Yo se lo voy a dar al masitero aquel de la esquina. ¡Es un gringo más bobo!... El otro día le encajamos con el Vasquito y con Lalín, dos vintenes paraguayos, y todavía nos dio un caramelo de yapa. Prestámelo y vas a ver...

LOLA: Sí, ¡pero vos te vas a disparar con la plata!...

CANILLITA: ¡No seas boba! ¿Te he morfao algo alguna vez? Mirá si sos, ¿eh? ¿Te acordás de aquel día que me ganaron seis vintenes en la Pasiva y que me los emprestaste y yo después te los devolví?... Bueno, ¿y por qué estás desconfiada ahora?

LOLA: Sí, pero seis vintenes no un peso.

CANILLITA: Salí de ahí. ¡Valen más que un peso falso!... Dámelo, no seas así. Se lo viá a encajar al masitero...

Lola se lo da.

Esperame aquí. *(Se va por la derecha silbando)*.

ESCENA III

Lola.

LOLA: Bueno. ¡Pero volvé pronto, Canillita!

Entra el Trasnochador.

(Ofreciéndole números) ¡La grande! ¡Los veinte mil!... ¡Ay! ¡Es el mismo que me dio el peso falso! ¡Mozo! ¡Su peso era falluto!

El Trasnochador la aparta y entra rápidamente a la casa.

Sí, lo conozco en el chambergo, es el mismo. Y se me ha escapao. *(Yendo hacia la derecha)* ¡Canillita! ¡Canillita! ¡Vení! ¡Aquí está! *(Desaparece. Mutis)*.

ESCENA IV

Lola, Canillita.

LOLA: *(Compungida)* ¡Miralo! Entró ahí, en ese zaguán... Yo le dije que me lo cambiara y él se metió para adentro.

CANILLITA: ¡Ah, hijo 'e mil madres!... ¿Es uno alto? ¿Medio afeitao?... ¡Ahijuna! El mismo... el mismo que me robó los seis reales...

LOLA: ¿Qué seis reales?

CANILLITA: Aquellos, ¿no te acordás? ¡Las otras noches, cuando yo estaba durmiendo! Es el mismo. El hijo del diputao.

LOLA: ¡Ah, sí! Pues ahora le viá enseñar. Vas a ver. *(Se encamina hacia la puerta)*.

CANILLITA: *(Deteniéndola)* ¡Salí de ahí! ¿Qué vas a hacer?

LOLA: Voy a golpear y a decírselo a la madre... Sí, a decirle que su hijo es un embrollón.

CANILLITA: ¡Estás fresca! ¡Si todos son iguales en esa casa! Lo que vas a sacar es que te lleven presa como a mí, que me cachó el mataperros y me tuvieron tres días en el cabildo. ¡Salí! ¡No te metás, no seas boba! *(Deteniéndola a Lola que quiere aproximarse al zaguán)*. Quedate quieta. ¡Que sos chiquilina!

LOLA: *(Afligida)* Pero cómo voy a presentarme en casa con este peso falluto. Me rompen el alma a palos y después... y después... no me dan de comer.

CANILLITA: Haceme caso a mí. ¡No seas boba! ¡Yo soy más baquiano pa' esas cosas! Escuchá. Le vamos a hacer una jugada a esos ladrones. Esperate. Dejame pensar... *(Con aire grave y pensativo saca un pucho del bolsillo)*. ¿No tenés un palito?... ¿Ah, no? Dejá nomás, aquí debo tener uno. *(Escudriña el bolsillo, saca un fósforo, enciende el cigarro y echa unas bocanadas de humo con toda conciencia)*. Bueno, mirá... Querés que le... *(Le habla al oído)*.

LOLA: ¿En el llamador?

CANILLITA: Sí, y cuando vengán a golpear se ensucian las manos.

LOLA: ¡Vaya una gracia! Pero él no va a golpear en su casa. Me parece mejor que le rompiéramos de una pedrada el farol del zaguán, o el negro aquel que está en el patio...

CANILLITA: Tenés razón... Pero mirá, tengo otra idea. Teneme los diarios. *(Le da los diarios)*. Voy a llamar al Vasquito, al

¡ladrones!

Tarta, al Lalín, a Pedrito, al Mandria y... ¡Ah! Pero me ha venido otra idea. *(Regocijado)* Ahora verás. Dame los diarios. ¿Ves este papel blanco? Pues con esto los vamos a embromar.

LOLA: ¿Cómo, cómo?

CANILLITA: Pucha que estás apurada. *(Desdobra una hoja grande de papel en blanco)*. Ahora lo extendemos aquí y ahora... *(Extiende el papel)*. Y ahora... *(Mira a todos lados pensativo)*. Y ahora, cuidámelo, que ya vengo...

LOLA: Pero, ¿qué pensás hacer?

CANILLITA: *(Acercándose al bastidor izquierdo)* Dejame a mí. *(Mira hacia arriba)* ¡Che pintor! ¡Compañero! ¿Me quiere prestar un poquito un pincel mojado, ese chico?... Sí, préstemelo... un ratito nomás... Mire le doy *El Trabajo* si me lo presta... Tírelo nomás que yo lo abarajo... *(Cae el pincel. Lo toma y vuelve, arrodillándose junto al papel)*.
Lola, curiosísima, hace otro tanto a su lado.
Salí, no me estorbes... *(Dibujando)* E... lé... ¡Ajajá!

LOLA: ¿Y eso qué es?

CANILLITA: *(Ofendido)* No ves, bárbara, que es una A...

LOLA: *(Riéndose)* Ay, si parece una alpargata...

CANILLITA: D... ¿cómo se hace la R? Con el palito para fuera, ¿no?... Ajajá. Mirá qué bien me salió... O... *(Se incorpora rápidamente y se acerca al bastidor izquierdo)*. Mozo, ¿me lo quiere mojar otra vez? Allá va... *(Hace como que lo tira)*. ¡Eh, bárbaro, no me chorree! Sí, venga... *(Recibe de nuevo el pincel, y hace como antes)*. R... O... Ro...

LOLA: ¡No señor! D... R... O... DRO.

CANILLITA: ¡No señor! ¡RO!

LOLA: ¡DRO!

CANILLITA: ¡RO! Te digo. ¿Qué sabés de gramática vos?

LOLA: ¡DRO! D... R... O... ¡DRO!

CANILLITA: Bueno, quedate quieta. ¡Pucha que le ha salido larga esta pata a la N! N... O...

LOLA: No. O, no señor... E... N... E...

CANILLITA: Tenés razón. E... Y ahora la S... *(Mientras hace la S sin mirar)* ¿Sabés cómo se pinta una mano con uñas, vos?

LOLA: ¡Pscht! Vaya una gracia. *(Señalando sobre el papel)* Así... Se hace primero la mano y después arriba se le ponen las uñas.

CANILLITA: Salí de ahí. Es muy difícil eso... *(Hace un último trazo y se para rápidamente contemplando su obra)*. Pucha que está bien.

LOLA: Dejame ver a mí también. A ver, a ver... ¡Ay, qué lindo!

CANILLITA: Y ahora viene lo mejor. *(Muy regocijado se aproxima y toma el papel por las puntas de arriba. Cantando)* Julio Herrera y Cuestas... Vidalitá... *(Al decir Cuestas vuelve hacia el público el papel extendido)*.

LOLA: Bueno, y ahora qué hacemos con eso...

CANILLITA: ¿Qué hacemos? Esperate que se seque un poco. Tenelo vos, así. *(Se lo entrega y toma el pincel y un diario, acercándose a la izquierda)*. Muchas gracias, pintor. Allá va el pincel... *(Se lo tira)* y ahora el diario *(Idem)*.

LOLA: ¿Y dónde lo colgamos?

CANILLITA: ¡Traé, traé! *(Le saca el papel)*. ¡Que sos pava! ¡Aquí en la pared!

LOLA: ¡Ay, qué lindo! ¡Así todos los que pasen sabrán que el hijo del diputado me ha dado un peso falluto!... ¡Qué lindo! Pero hay que ponerlo bien alto, ¿eh?

CANILLITA: Eso ando buscando, pues. Cómo subir... ¡Ah! Mirá... me subo por aquella ventana... *(Señalando a la derecha)* Me agarro después de la cornisa y se lo cuelgo en el ganchito aquél...

LOLA: ¿Pero está muy alto!

CANILLITA: Dejame a mí nomás. Tomá. *(Le da el papel)*. Cuando esté en la ventana me lo alcanzás. *(Desaparece por la derecha)*. U... ¡up...! ¡Pronto! Traé...

LOLA: *(Temerosa)* Pero...

CANILLITA: ¡Alcanzámelo de una vez!

Lola hace como si se lo alcanzara desapareciendo unos instantes.

Che, ¡y fijate si viene el chafle!

LOLA: *(Corriendo va hacia la izquierda y vuelve como observando con ansiedad los movimientos de Canillita)* ¡Cuidado! Agarrate bien... ¡No, ahí no! ¡Más arriba poné el pie! ¡Ay, ay, ay! No toques los hilos de la luz eléctrica. Te vas a quemar, bárbaro... Ahí... sí... un poquito más arriba... *(Respirando con satisfacción)* Ahora sí.

CANILLITA: ¿Se ve bien?

LOLA: *(Mira hacia la izquierda)* Sí... Ay, bajate pronto que viene el mataperros... *(Mutis)*.

Se oye el estruendo de una caída.

¡Ay! *(Se recuesta sobrecogida a la pared)*.

CANILLITA: *(Con voz lastimera)* ¡Ay, ay! ¡Lola!...

LOLA: *(Llorando)* ¡Se ha lastimado! ¡Ay Dios mío!... *(Reaccionando)*
Yo disparo.

CANILLITA: Vení... ¡Ayúdame!

LOLA: *(A gritos)* ¡Vengan, vengan! ¡Se ha caído Canillita!
(Volviéndose) ¡Ay, Dios mío! ¡Mamita querida! *(Desaparece por la derecha).*

El vigilante y unas personas cruzan corriendo. Se oyen quejidos. Mutis. Instantes después entran con Canillita alzado. Trae la cara ensangrentada. Lola desatinada corre con el delantal también ensangrentado.

LOLA: ¡Déjenme! ¡Déjenme verlo! ¡Che Canillita! ¡Ay, ay, ay!
¡Por culpa de esos canallas!... ¡Canillita! *(Enérgica)* ¡Salga de ahí, usted mataperros!... Yo quiero verlo. *(Le hacen lugar).* ¡Canillita!... ¡No es nada eso! ¡Despertate! ¡Soy yo!
¡Lolita!... *(Le saca la sangre con el delantal).* No me conocés... ¡Lolita pues!

CANILLITA: *(Suspira fuerte y se yergue)* ¡La pucha qué susto me pegué!...
¡Suélteme! No ha sido nada no ven... Puedo pararme...
(Se incorpora apoyándose en Lola). Si no es nada, ¿no les digo?
(Cantando) Lamas y Saravia, vidalita...

VIGILANTE: Pero vamos a ver, ¿qué estaban haciendo ustedes allí?...

LOLITA: *(Con timidez)* Nada, nada... estábamos jugando y...

CANILLITA: No, no mientas. Decí la verdad. Íbamos a ponerle una patente en esa casa y me caí... ¡Ah, pero la puse!

VIGILANTE: ¿Dónde, dónde?

CANILLITA: ¡Allí!... *(Al levantar el brazo da un grito).* ¡Ay, ay!

LOLITA: ¿Qué hay? ¿Qué tenés?

CANILLITA: ¡Ay, mamita! ¡Me he quebrado un brazo!... Sí, me lo he quebrado... *(Con fiereza)* ¡Oh, pero les puse la marca!

¡ladrones!

Los pasantes se han aglomerado; mientras tanto algunos señalan con la mano. Se oyen voces.

VOCES: ¡Ladrones! ¡Ladrones!

TELÓN RÁPIDO

FIN

Canillita

Florencio Sánchez

PERSONAJES

CANILLITA
DOÑA CLAUDIA
VECINA 1ª
VECINA 2ª
DON BRAULIO
PICHÍN
ARTURO (NIÑO)
UN VECINO
TANO
UN PESQUISA
UN VIGILANTE
UN MASITERO
MUCHACHO 1º
MUCHACHO 2º
MUCHACHO 3º
BATISTA
PULGA
UN MERCERO

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

UNA HABITACIÓN DE POBRÍSIMO ASPECTO CON UNA CAMA GRANDE DE HIERRO, UNA CÓMODA DESVENCIJADA, DOS SILLAS, BRASEROS Y OLLAS EN UN RINCÓN. DEBAJO DE LA CAMA UN BAÚL. HACIA EL CENTRO UNA MÁQUINA DE COSER Y CERCA DE ELLA UN CATRECITO DONDE YACE ARTURO, EL NIÑO ENFERMO.

Arturo, Claudia.

CLAUDIA: *(Sentada, cosiendo en la máquina)* Ahora no más viene Canillita... ¡Sí, hijo!... ¡Es un pícaro, un bandido! ¡Miren que no venir pronto a jugar con su hermanito! ¡Cuando vuelva le voy a sacudir unos coscorrónes! ¡Pero estése quieto, no se destape, que eso le hace nana!... ¡Qué demontres de criatura! *(Se levanta y va hacia la cama, arreglando cuidadosamente las cobijas)* Así, así... ¡Ajá!... ¡Bien tapadito el nene!... Si se está quietito, sudará bien y mañana podrá salir al patio a jugar con los muchachos... Sí; muchos juguetes le voy a comprar. ¡Y un trompo también!... Pero no se mueva, ¿eh?... ¿Un beso? ¡Veinte, hijito!... Bueno; ¿me promete que va a ser buenito? ¿Que se va a estar quietito? *(Lo besa y vuelve a coser afanosamente)*.
Óyese la voz de Canillita que se acerca cantando un aire criollo conocido.
¡Ahí está ese pícaro!...

Dichos, Canillita.

CANILLITA: Buenos días.
Música
Soy Canillita,
gran personaje,
con poca guita,
y muy mal traje;
sigo travieso,
desfachatado,
chusco y travieso,
gran descarado;

Me tienen gran estrilo
los naranjeros,
pues en cuanto los filo
los caloteo;
y a los botones
les doy yo más trabajo
que los ladrones.

soy embustero,
soy vivaracho,
y aunque cuentero
no mal muchacho.

Son mis amigos
Pulga y Gorrita,
Panchito Pugos,
Chumbo y Bolita
y con ellos y con otros varios
mañana y tarde
pregonando los diarios
cruzo la calle
y en cafés y bares
le encajo a los marchantes
diarios a mares.

A mí no hay quién me corra
yo le garanto.

Deshago una camorra
con tres sopapos
y al más manate
le dejo las narices
como un tomate.

Muy mal considerado
por mucha gente,
soy bueno, soy honrado,
no soy pillete
y para un diario
soy un elemento
muy necesario.

Pero, ¡la pucha que hace frío!... ¡Brr!... ¡Brrr!... ¡Zas!
¡Arturito! ¿Todavía estás enfermo?... ¡Que sos pavo!... ¡Te hubieras ganado cincuenta centavos hoy!... ¡Se vendían como agua los diarios!... *(Va hacia la cómoda y revuelve afanosamente)*. Y... ¿no hay nada hoy?

CLAUDIA: ¿Qué buscás?

CANILLITA: ¿Que no hay nada pa bullonear?...

CLAUDIA: ¡Sí, cómo no! ¡Por bien que te has portado! ¡Hemos de estar a las órdenes del señorito!... ¡No faltaba más!... ¿Por qué no viniste anoche? ¿Qué has andado haciendo?

CANILLITA: ¡Zamba!... ¡Menos mal! *(Se vuelve mordiendo un trozo de pan)*. ¿Qué decía, doña?

CLAUDIA: ¿Dónde has pasado la noche?

CANILLITA: ¿Que dónde estuve anoche?... ¡Farreando! ¡Fíol!... ¡Qué farra!... ¡Como era domingo y no había diario, nos juntamos con Chumbo, el Pulga, la Pelada, Gorrita y una punta más!... Güeno, ahí nos juntamos con otra patota y agarramos pa los diques que se iba un vapor pa Uropa... ¡Qué lindo, che!... El tanaje así, amontonao, mujeres, pebetes, gringos, viejos... ingleses, baúles, loros... ¡qué se yo! ¡Vieras qué risa!... El Poroto, que es un desalmao, empezó a titear a un tano viejo que se llevaba como veinte cotorras pa la familia en una jaula ¡y el gringo a estrilar!... ¡Un derrepente el vapor toca pito y los emigrantes se atropellan por los tablones tirando los baúles, colchones, sillas de paja!... “¡No se apuren, no se apuren!”... gritaban los empleados... ¡Y los gringos nada!... Como locos ganaban el vapor... ¡Y quién te dice que al viejo se le quedan las cotorras olvidadas!... Y no se animaba a bajar del buque. “Si me da un cinco se la alcanzo”, le gritó el Poroto... El viejo le tiró el níquel, y cuando le iba a alcanzar la jaula, el loro le clava el pico en un dedo; Poroto da un grito y... ¡zás!... la jaula al agua con todas las cotorritas... ¡Qué cosa! Güeno, después nos juntamos con Martillo, Gorrita y nos fuimos a dormir a la fonda.

CLAUDIA: ¡A la fonda!...

CANILLITA: Sí, a la fonda de los muchachos, allí en una obra de la calle Cangallo... con camas de piedras...

CLAUDIA: Donde van a jugarse la plata, ¿no?... ¿A que no traés ni medio?

CANILLITA: ¡Ni medio!... ¿Y a mí qué?... Pa eso lo gano y es mía, bien mía, ¿sabe?... Si he de estar trabajando como un burro pa pagarle las copas a ese... atorrante, vale más que me lo

juegue... Lo mismo me han de maltratar trayendo que no trayendo un centavo a casa.

CLAUDIA: ¡Estás muy gallito!... ¡Me parece que te anda queriendo el cuerpo!...

CANILLITA: ¡Ja, ja, ja!... ¡No crea, rubio! ¡Macana que le han conta!

CLAUDIA: ¡Muchacho!

CANILLITA: ¡Yo he dicho que a mí no me van a poner más la mano encima!... ¡Ni usted ni el tipo ése!...

CLAUDIA: *(Irritada)* ¿Que no? ¡Vas a ver!... *(Se levanta y va hacia Canillita, que huye alrededor de los muebles golpeándose la boca y haciéndole burla. Lo alcanza y empieza a golpearlo)* ¡Tomá! ¡Sinvergüenza!... ¡Perdido!...

ARTURO: *(Incorporándose suplicante)* ¡No!... ¡No!... ¡Mamá!... ¡No le pegue a Canillita!...

CLAUDIA: *(Estrujándole con violencia)* ¡Bandido!... ¡Trompeta!... ¡Yo te voy a enseñar!...

Dichos, Don Braulio.

D. BRAULIO: *(Separándolos)* ¡Señora, por Dios!... ¿Por qué le pega a esa pobre criatura?

CLAUDIA: ¡Es muy sinvergüenza!

CANILLITA: *(Llorisqueando)* ¡Sí!... ¡sinvergüenza!... ¡De vicio no más me pega! ¡Yo no le he hecho nada, don Braulio, por ésta!... Es que me tiene estrilo por culpa de ese compadrón que vive con ella.

CLAUDIA: ¡Tu padre!

CANILLITA: ¿Mi padre?... ¡Si se afeita!... ¡Mi padre, un atorrante que

vive de la ufa!... ¡Mi padre un sinvergüenza que se hace mantener por mí y por ella y hasta por esa criatura que apenas camina! (*Ve a Arturito, que continúa de pie sobre la cama, y va hacia él*). ¡Ese no es mi padre, no puede ser padre de nadie!... Ese... ¡es un canalla!... (*Se enjuga las lágrimas*). ¡Sí, señor don Braulio! ¡Yo no me he quejado nunca; pero en esta casa, por culpa de ese sarnoso, me tienen como pan que no se vende! ¡Canillita, refilá el vento!... ¡Canillita, vos me estás robando! ¡Canillita, que te jugás la plata! ¡Canillita, sos un bandido!... ¡Y pim, pam, pum!... ¡trompadas! ¡patadas! y ¡pellizcones!... (*Con rabia*) ¡Gran perra! ¡Con eso me pagan, con pedazos de pan duro y con sopapos; que me reviente de trabajar por traerles todos los días peso y medio de ganancia!... (*Llora*).

D. BRAULIO: (*Muy conmovido, acariciándolo*) ¡Vamos, muchacho!... ¡Pobrecito!... ¡No llores, que no es para tanto!...

CANILLITA: (*Secándose las lágrimas con la punta del saco*) ¡No, don Braulio; si yo no lloro!... ¡Es que me da un estrilo!... ¡Cualquier día me mando mudar y no me ven más la cara!... ¡Gran perra!...

D. BRAULIO: ¡Vamos, vamos, botarate! ¡Dejate de macanas! Andá y dale un beso a tu madre, que no tiene la culpa.
Canillita abraza a Claudia, que lo estrecha sollozante.

CLAUDIA: ¡Pobre, pobre hijito mío!...

CANILLITA: (*Deshaciéndose, conmovido*) ¡Ya lo sé que no tiene la culpa! Antes no era así, no me pegaba ni nada. ¡Pero desde que vive con el tipo ese!... (*Mordiéndose con rabia los puños*) ¡Una gran perra!... ¡Cualquier día le encajo la navaja en la barriga!...

ARTURO: ¡Canillita! ¡Vení!... ¡Mirá!

Canillita se le acerca y conversa en voz baja.

D. BRAULIO: ¿Ha visto, doña Claudia?... ¡Lo que yo decía! ¿Qué empeño tiene usted en seguir viviendo con ese hombre?... Cualquiera día va a suceder una desgracia, porque ese muchacho está hecho un hombrecito y anda alzado... ¡Sepárese de una vez de Pichín!...

CLAUDIA: Tiene razón. Hoy, después que lo he conocido a fondo, más bien que quererlo, le tengo odio... ¡Pero es capaz de hacerme cualquier cosa, hasta de matarme!...

D. BRAULIO: ¡Qué ha de matar ese sotreta!...

CANILLITA: (*A Arturo*) ¡No; no te lo doy ni te lo muestro porque te has estado destapando!...

ARTURO: ¡Sí!... ¡Dámelo!... ¡A ver!... ¡No seas malo!... ¡Traé!...

CANILLITA: Bueno; si adivinás lo que es, te lo doy..., empieza con t...

ARTURO: ¡Bah!... Ya sé... ¡Un trompo!...

CANILLITA: (*Sacando un trompo del bolsillo*) ¡Y fijate qué punta!...

D. BRAULIO: ¡Parece mentira, doña!... No sé cómo hay gente en el mundo que se resigna a vivir una vida tan arrastrada... ¡Largue de una vez a ese individuo!... (*Indeciso*) Después de todo... no le faltaría el apoyo de un hombre honrado... ¡qué diablos!... ¡Es lo que le conviene!... ¡Un buen padre para esas pobres criaturas!... Yo... Yo... por ejemplo.

CLAUDIA: Es que...

D. BRAULIO: ¿Entuavía le tiene cariño?...

CLAUDIA: ¡Cariño no!... Pero...

D. BRAULIO: ¡Bah!... ¡Bah!... ¡Lárguelo por un cañuto!...

ARTURO: ¿Y el gigante qué le hizo?

CANILLITA: Como estaba muy flaco lo empezó a engordar en una jaula

y todos los días lo iba a ver... Cuando lo tuvo bien gordito, convidó a todos los otros gigantes a un banquete y...

D. BRAULIO: Sí, señora; aquí están los remedios. De esta botella le da una cucharada cada dos horas, y de las obleas, una cada tres horas... Dice el doctor que hay que alimentarlo bien, porque está muy débil.

CLAUDIA: ¿Cuánto le dieron por el prendedor?...

D. BRAULIO: ¡Treinta no más! Descontado cuatro de los remedios, le quedan veintiséis. ¡Aquí tiene la papeleta!

CLAUDIA: ¡Oh, gracias!... ¡Me ha hecho usted un gran servicio!...

D. BRAULIO: No crea que me ha costado poco. Con la cuestión del robo de la joyería, no ha dejado de causarme desconfianza el tal prendedorcito... ¡Pero lo que es a mí!... Hice poner la papeleta a nombre de Pichín.

CLAUDIA: Muy bien; gracias. Y diga, ¿lo ha visto a ése?...

D. BRAULIO: ¿A Pichín?... Cosa mala se encuentra siempre. Lo vi en el almacén de la esquina. Creo que ha estado en la jugada y ha perdido una punta de pesos. Seguro que ahora no más cae por aquí a pedir plata.

CLAUDIA: ¡Es claro!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Y se encuentra con Canillita!... Llévelo, don Braulio; por favor.

D. BRAULIO: ¡Cómo no!... ¡Eh, joven!... ¿Nos vamos?

CANILLITA: ¡Y cómo le va!... Cuando quiera.

D. BRAULIO: *(A Claudia)* Hasta luego, doña... ¡Y haga lo que le he dicho!... Adiós, chiquito. Pórtese con juicio... ¿eh?...

CANILLITA: Prieste un fósforo, don Braulio... y ahora un cigarro pa encenderlo... ¡Zas! ¡Da veinte!... *(Enciende un cigarro, arroja una humada y con cómica gravedad da el brazo a Don*

Braulio y hace mutis).

Claudia, Arturo

CLAUDIA: *(Destapando la botella del remedio)* ¡Aquí está el remedio para curar al nene!... *(Llena una cucharita y se acerca a la cama)* Vamos a ver, Arturito. ¡Con esto se va a mejorar pronto!...

ARTURO: No, eso es feo. ¡Yo no quiero!

CLAUDIA: ¡Qué ha de ser feo!... ¡Es dulce, muy rico!... ¡Vea cómo yo lo tomo!... ¡Vamos, no sea así!... ¡Caramba, con el niño!... Casi lo has volcado... Vea, tapándose las narices... ¡Vaya!... ¡No seas malo!... ¡Que no se diga que tamaño hombre!... ¿A ver?... Así; a la una, a las dos... y a las tres... ¡Ajá!... ¡Y ahora bien tapadito!... *(Vuelve a la máquina de coser y se pone a coser).*

Dichos, Pichín.

PICHÍN: *(Entra sin saludar, arrastra el baúl de debajo de la cama y comienza a buscar afanosamente).*

Claudia le observa inquieta

¡Eh!... ¿Quién me ha andado revolviendo el baúl?

CLAUDIA: *(Afligida)* ¡Ay, Dios mío!... Busca el prendedor...

PICHÍN: ¿No responden?... ¿Quién ha andao con mis cosas?...

CLAUDIA: No sé... ¡Nadie!...

PICHÍN: *(Muy alterado, tirando los objetos del baúl)* ¡Cómo que nadie!... ¿Quién me ha abierto el baúl?... he dicho... ¡Cómo!... ¿Qué es esto? ¿No está?... *(Se dirige a Claudia y la toma con violencia por un brazo)* ¿Dónde está el

prendedor?... ¿Dónde está el prendedor?... ¡Pronto!

CLAUDIA: *(Sumisa)* ¡No sé! ¡te digo que no sé nada!... ¡Yo no lo he tocado!...

PICHÍN: ¡Hablá de una vez o te la doy!... ¿Qué lo has hecho?...
Decí... Decí... Decí, ¡te digo!...

CLAUDIA: ¡Nada!... No me pegués; te juro que...

PICHÍN: ¡Decí la verdad o te reviento!...

ARTURO: *(Incorporándose, asustado)* ¡Mamita!... ¡Mamita querida!...
¡No le pegue!...

Claudia llora.

PICHÍN: ¿Dónde está el prendedor?... ¡Respondé!... ¿Te callás?...
¡Ah, ya lo sé!... ¡He visto salir al Canillita!... ¡Seguro que
ese bandido me lo ha robado y ustedes quieren
ocultarlo!... ¡Ah, pillete!... ¡Le voy a enseñar!... ¡Ya
verán!... *(Vase).*

CLAUDIA: *(Corriendo detrás)* ¡No!... ¡No!... Él no ha sido. ¡Canillita no
ha sido!... ¡Pancho! ¡Pancho!... ¡Yo lo saqué, Pancho!...

ARTURO: ¡Mamá!... ¡Mamita!...

*Claudia se vuelve a Arturo y se deja caer sobre la cama
sollozando convulsivamente. Mutación.*

CUADRO SEGUNDO

TELÓN CORTO DE CALLE.

Música

Vendemos los diarios
en esta ciudad
por calles y plazas,
boliches y bars.

*La Nación, La Prensa,
Patria y Standard,
se venden lo mismo
que si fuera pan.*

Llevamos nosotros
la curiosidad
por los 10 centavos
que el público da.

Así como en las comparsas
con masakallas y plumero
metemos baile con corte
en un tanguito fulero.

Y si el gobierno llama
las clases a formar,
de igual manera “viva”
el partido Nacional.

*Canillita, con el grupo de muchachos, avanza jugando a la
chantada con cobres. Tira pegando en el cobre del contrario
y recoge ambos.*

PULGA: ¡No juegues más!... ¡Me has espantao toda la guita!...

CANILLITA: ¡Siás otario!... ¡Si tenés más ahí!...

PULGA: ¡Sí, pero no quiero jugar más!...

UNO: Campaniá el botón entonces y jugamos al siete y
medio...

CANILLITA: ¿Tenés libro?... ¡Ya está!... ¡Traé, yo doy!...

UNO: Y ¿por qué... ¡Siás zonzo!... ¡Doy yo!

CANILLITA: ¡Güeno!...

Se sientan en el suelo formando rueda.

UNO: ¿Carta?

CANILLITA: Planto.

UNO: ¡Desen vuelta!... ¡A seis y medio pago!...

CANILLITA: ¡Siete! (*Recoge los cobres y aparece el tano vendedor de naranjas*).
¡Zas!... ¡Cocoliche! ¿Cómo te va?

TANO: ¡Canillita!... ¿Cosa fate?... ¿Cuándo me pagás los veinte que me debés?

CANILLITA: ¡A ver, muchachos!... ¡Al bullón!...

Los muchachos rodean al tano, que se desespera conteniendo los manotones que le dan al canasto

¡No te asustes, gringo!... Si no te vamos a calotiar... (*A los muchachos*) ¡A ver... a formar aquí... la guita!... ¡Pronto!...

Todos meten las manos en los bolsillos y en ese mismo instante aparece el Pulga a toda carrera, gritando.

¡Canillita!... ¡Diario!... ¡Cuarta!...

Todos se echan a correr en tropel.

TODOS: (*Gritando*) ¡Diario cuarta!... ¡Diario cuarta!...

TANO: (*Desesperado*) ¡Eh... Canillita!... ¡Eh!... ¡Marona de lo Gármino!... ¡Mi han galotiado!...

Pichín, Pesquisa.

PESQUISA: ¿Cuál era, che?

PICHÍN: El que iba adelante, de chambergo gris...

PESQUISA: ¿Y estás seguro, vos, de que él te robó el prendedor?...

PICHÍN: ¡Cómo no!... ¡Cuando yo te lo digo!... ¡Procedé no más por mi cuenta!... ¡Es un ratero el muchacho!... Ya me ha

roba una punta de cosas. ¿Te acordás de aquel anillo que me dejó la gringa cuando la metieron presa?... Pues bueno; me lo calotió una noche y lo vendió en un cambalache de la calle Libertad.

PESQUISA: ¡Salí de ahí!... ¡No me vengas con cuentos, porque vos lo dejastes empeñado una noche en lo de Gardella!...

PICHÍN: (*Confundido*) Bueno... Sí... es cierto, pero lo robó cuando lo saqué. ¿No te acordás que lo saqué a los pocos días?...

PESQUISA: ¡Bueno... bueno!... ¡Está bien!... Yo viá proceder, pero no me hagas hacer una plancha después, ¿eh?...

PICHÍN: ¡Salí de ahí!... ¡Ya sabés, hermano, que yo!...

PESQUISA: ¡Sí, hombre!... Lo decía por las dudas, no más... ¿Y ánde lo agarramos, ahora?...

PICHÍN: ¡Por alguna imprenta!...

Se oyen varias voces.

VOCES: (*De adentro*) ¡Diario cuarta!... ¡Revolución en Montevideo!...

PICHÍN: ¡Che... ahí está!... ¡Es ése más ligero que viene adelante!...

Dichos, Canillita.

CANILLITA: (*Corriendo*) ¡Diario cuarta!... ¡Revolución en Montevideo!... (*Acercándose a Pichín*) ¿Diario?... (*Al reconocerlo hace un gesto de desagrado, retrocede un paso, escupe despreciativamente en el suelo y echa a correr*). ¡Diario cuarta!... ¡Revolución en Montevideo!...

PESQUISA: (*Deteniéndolo por un brazo*) ¡Che!... ¡Vení pacá!...

CANILLITA: (*Ofreciéndole un ejemplar*) ¿Diario, señor?... ¿Eh?... ¿Por qué me agarra?... ¡Compre, si quiere, y déjese de embromar!

¡Qué también!... (*Forcejea por desasirse*).

PICHÍN: ¡No lo dejés ir, che!...

CANILLITA: ¡Soltame, gran perra!... ¿Cajetilla del diablo! ¿Por qué me agarrás?... (*Tironea*).

PESQUISA: (*Impacientándose*) ¡Eh, vamos, mocoso!...

Salen algunos transeúntes y se detienen, presenciando la escena.

PICHÍN: ¡Llévalo, no más, a la comisaría, que ahora voy a hacer la exposición!...

CANILLITA: (*Asombrado*) ¡Oh!... ¿Y por qué me va a llevar?... ¿Yo qué le he hecho?... ¿No puedo vender diarios, entonces?... (*Compungido*) Vea, oficial... Yo no he faltao.

Dichos, Pulga, un curioso.

PULGA: (*Saliendo*) ¡Diario cuarta!... ¡Zas!... ¡Canillita!... (*Interponiéndose*) ¿Eh? ¿Por qué lo agarra?... ¿No tiene vergüenza de meterse con un chiquilín? ¡Lárguelo!...

PESQUISA: Marchá; no más...

UN CURIOSO: ¿Por qué lo lleva?... ¿Qué ha pasado?...

CANILLITA: (*Lloroso*) ¡Vea, señor!... Yo no hice nada... ¡Pasaba vendiendo diarios y me agarra de vicio, no más! Dígale que me suelte, ¿quiere?... ¡Le juro por esta!... ¡Que no he dado motivo!...

UN CURIOSO: ¡Suéltelo!... ¡Si es por eso, no más!...

PESQUISA: Señor, yo sé lo que hago. ¡Es un ladroncito el muchacho!...

CANILLITA: (*Irguiéndose, indignado*) ¡Yo, ladrón!... ¡Una gran perra!...

¡Yo, ladrón!... ¡Ah, trompeta!... ¡Ahora sí que no me llevan!... (*Rabioso*) ¡Lárgame, hij' una madre!...

PICHÍN: (*Tomándolo por un brazo*) ¡Marchá, no más!... ¡Ahora vas a decir qué has hecho de mi prendedor!

CANILLITA: ¡Tu prendedor!... ¡Oh!... ¡Con que eras vos, canalla! (*Consigue desasirse y se abalanza sobre Pichín, pegándole y mordiéndolo*) ¡Ladrón!... ¡Ladrón!...

Dichos, Agente, Vendedores.

AGENTE: (*Llega de izquierda, corriendo*) ¿Qué es eso?...

PESQUISA: ¡Llévame a este muchacho a la comisaría!...

El agente lo hace violentamente. Canillita, forcejeando, cae al suelo y se levanta desesperadamente.

CANILLITA: ¡Ah! ¡Botón!... ¡Botón trompeta!... ¡No me pegués, botón!... (*Se incorpora*).

El agente lo tirona, arrastrándolo hacia la izquierda.

¡Ay!... ¡Mamita querida!... ¡Yo, ladrón!... (*Volviéndose hacia Pichín*) ¡Canalla!... ¡Canalla!...

VENDEDORES: (*A coro*) ¡Lárguelo!... ¡Que lo larguen!...

El agente lo va llevando de a poco.

CANILLITA: (*A Pichín*) ¡Canalla!... ¡Me la vas a pagar!... ¡Te voy a matar!... ¡A matar!... (*Lo escupe*)

Pichín va hacia él, amenazador.

PULGA: (*Interponiéndose*) ¡No le pegue!... ¿No tiene vergüenza?... ¡Tamaño zanguango!... ¡Salga de ahí!... (*Lo tironea del saco*).

PICHÍN: (*Volviéndose, amenazador*) ¡Y a vos también!...

PULGA: ¡A mí!... ¡Maní!... ¡Tomá!...

Le arroja con la tabla que lleva en las manos y escapa por derecha.

Los demás muchachos lo rodean burlándolo, y tirándole el saco, huyen en todas direcciones. Los curiosos también se alejan.

(Se vuelve y grita) ¡La vida del canfli!... ¡A cinco centavos!...

Pichín, enfurecido, lo corre.

Mutación.

CUADRO TERCERO

EL PATIO DE UN CONVENTILLO CON LOS ACCESORIOS NECESARIOS, SIN OLVIDAR EL CONSABIDO ALAMBRE CON ROPA BLANCA COLGADA EN LA PUERTA DEL PRIMER TÉRMINO DERECHA, DON BRAULIO PONIENDO PAJA A UNA SILLA. EN LA DEL FRENTE, VECINA 1ª PREPARANDO COMIDA EN UN BRASERO. JUNTO A LA DEL SEGUNDO TÉRMINO DERECHA, QUE SE SUPONE LA HABITACIÓN DE CLAUDIA, UNA TINA DE LAVAR, UNA PORCIÓN DE ROPA MOJADA; Y EN LA PUERTA DE ENFRENTE, VECINA 2ª, SENTADA TOMANDO MATE. AL CENTRO, MUCHACHOS JUGANDO A LA RAYUELA.

Don Braulio, Vecinas 1ª y 2ª, Muchachos 1º, 2º y 3º, después Batista y un Vecino.

Música

MUCHACHO 1º: (Tira el tejo) ¡Infierno!...

MUCHACHO 2º: ¡Cayó sobre la raya!...

MUCHACHO 1º: ¡Mentira! ¡Mal haya!...

MUCHACHO 2º: ¡Perdiste! ¡Pavote!...

MUCHACHO 3º: ¡No puedes hablar!...

MUCHACHO 1º: ¡No juego, eso es trampa!...

MUCHACHO 2º: ¡Perdistes, perdistes!...

MUCHACHO 3º: ¡No puedes hablar!

VECINA 1ª: ¡Canallas! ¡Trompetas!

¡Les voy a enseñar! (Se abalanza y riñen).

D. BRAULIO: ¡A ver, mocozueros, silencio, a callar!

MUCHACHO 1º: ¡Es que me hacen trampa!...

MUCHACHOS 2º Y 3º:

¡Mentira, don Braulio!...

MUCHACHO 1º: Se la voy a dar.

BATISTA: (Saliendo) ¿Quién mete bochinche?

VECINA 1ª: ¿Quién ha de meter?...

¡Sino esos pilletes!...

MUCHACHOS: (Burlones) El cuco. ¡Qué miedo!...

Disparen, muchachos,

nos va a comer. (Huyen).

UN VENDEDOR:

(Dentro) ¡Pra papas, marchante!...

D. BRAULIO: (Sujetando a Batista) ¡El genio sujetel!...

VECINA 1ª: ¿Y a usted quién lo mete?

D. BRAULIO: ¡Señora, más calma!

Atienda el puchero.

BATISTA: ¡Cuidado, sillero,
que le rompo el alma!...

D. BRAULIO: (Burlón) ¡Está bien, no se enoje;
sabemos que es malo!...

VECINA 1ª: ¡Andate pa dentro;
Batista, dejalo!

VECINA 2ª: (Cruza la escena y empieza a torcer la ropa en la tina).

Qué gente tan mala,

Vidalitá,

hay en esta casa;

Batista y su mina,

Vidalitá,

se llevan la palma.

- D. BRAULIO: Ahora sí que se arma
la farra de veras.
- BATISTA: Ché, Basilia. Me viá a dormir,
aprontá el bullón y no te metás.
(*Hace mutis*).
Con esa ladiada. No quiero batifondo.
- VECINA 2ª: El miedo no es zonzo.
- VECINA 1ª: ¡No seas tan mala!
- VECINA 2ª: No seré tan mala,
Vidalitá,
con mis vecinas;
pero no me corren,
Vidalitá,
como a las gallinas.
- VECINA 1ª: Delen un hueso a ese perro,
porque está ladrando de hambre.
- D. BRAULIO: A que no se arañan,
Vidalitá,
hago dos apuestas;
son pura parada,
Vidalitá,
las comadres éstas.
- Hablado*
- D. BRAULIO: Parece que la cosecha va a ser llovedora... ¡Este viento
saca agua!...
- VECINA 1ª: Ya lo creo; ¡y biabas también!...
- VECINA 2ª: Diga, don Braulio: ¿el jarabe de pico es bueno para la tos?...

- D. BRAULIO: Sí, y los parches porosos.

Dichos, un Mercero.

- MERCERO: (*Con acento catalán*) ¡Toallas, peinetas, jabones, cinta de
hilera, agujas, camisetas, botones de hueso, carreteles de
hilo, madapolán, pañueletas!
- D. BRAULIO: ¡No!...
- MERCERO: Pañueletas, calzoncillos, alfileres, festones, sombreros de
paja, servilletas, libros de misa.
- D. BRAULIO: ¡Nooo!...
- MERCERO: Libros de misa, esponjas, corbatas, cortes de vestido,
tarjetas postales, jabón... ¿Precisa, marchante?...
(*Dirigiéndose a la Vecina 1ª*).
- VECINA 2ª: No le ofrezca... Lo que le sobra a la señora es eso...
“Jabón”... (*Se pone a colgar ropa*).
- D. BRAULIO: ¡Sigue tronando!... (*Se frota las manos*).
- VECINA 1ª: Diga, marchante..., ¿el Bufach es bueno para espantar las
moscas?...
- D. BRAULIO: ¡Qué nubarrones!...
Se va el Mercero.
- Vecina 1ª, Vecina 2ª, Don Braulio.*
- VECINA 1ª: Diga: ¿no tiene más que hacer que poner su ropa encima
de la mía?...
- VECINA 2ª: ¡Jesús!... ¡No le vayan a manchar las enaguas a la hija de
Roca!... ¿Cuánto paga, doña, por el alquiler del alambre?

D. BRAULIO: ¡Se viene el agua!

VECINA 1ª: Lo que a usted no se le importa, ¡so madre! ¡Y haga el favor de sacar esos trapos sucios de ahí!...

VECINA 2ª: ¡Trapos sucios!... ¡Trapos sucios!... ¡Qué más te quisieras para un día de fiesta!...

D. BRAULIO: ¡Qué relámpagos! ¡Eh! ¡Más calma, madamas! ¡No hay que enojarse!...

VECINA 2ª: Déjela, don Braulio. ¡El estrilo es libre!...

VECINA 1ª: ¡Es que si no la saca, se la saco yo!...

VECINA 2ª: ¡Con lo que pican las avispas!... *(Apartándose)* ¡Ahí la tiene! ¡Sáquela!...

D. BRAULIO: ¡El chaparrón!... ¡Con piedras!...

La Vecina 1ª empieza a tirar la ropa al suelo, la otra se abalanza y riñen. Don Braulio se interpone, tironeando a la primera. Salen chicos y algunos vecinos.

¡Caramba... señoras!... ¿Cuándo acabarán de meter bochinche?...

VECINA 1ª: ¿Y a usted quién lo mete? ¡Viejo calzonudo... *(Volviéndose)* ¡Te viá enseñar, arrastrada!... ¡Ladrona!... ¡Escracho!...

D. BRAULIO: ¡Eh, más despacio!... ¡Mire que si sigue así la vamos a tener que llevar al Jardín Zoológico entre las fieras!... *(Risas)*.

VECINA 1ª: ¡A mí!... ¡A mí!... ¡Viejo chancleta!... *(Se abalanza a pegarle)*.

D. BRAULIO: *(Sujetándola)* ¡Demonio con la bruja esta!

VECINA 1ª: *(Vencida)* ¡Ay!... ¡Viejo achacoso!... ¡Batista! ¡Batista!

Dichos, Batista.

BATISTA: *(Lentamente bostezando)* ¿Qué hay?... ¡No dejan dormir en

paz a uno!... ¿Qué es lo que ha pasao?...

VECINA 1ª: ¡Que le he arrancao el moño a esa ladiada!...

BATISTA: ¿Y pa eso me llamás?... ¡Siempre has de ser vos la bochinchera!... ¿No te dije que no quería batifondos?... ¡Cáminate pa dentro!... ¡Ya!...

VECINA 1ª: ¡Sí, dale la razón, no más!... ¡Ya sé que le andás arrastrando el ala a ese escracho!...

VECINA 2ª: ¡Qué más se quisiera!... ¡No me echo aceite en el pelo!...

VECINA 1ª: ¡Cuando no podés, desgraciada!...

BATISTA: ¡Caminá pa dentro, te he dicho!... ¡Andá o te doy! *(La empuja y vane disputando)*.

Don Braulio, Pulga.

D. BRAULIO: ¡Qué gente ésta!... Siempre lo mismo estos inquilinos... Bueno, en todas partes es igual. A ratos me parece que el mundo es un conventillo grande y todos sus habitantes, Batistas, Pichines, Claudias y Basilio... La verdad es que... *(Sigue silbando y tejiendo)*.

PULGA: *(Corriendo)* ¡Don Braulio... a Canillita lo han metido en cana!...

D. BRAULIO: *(Alarmado)* ¡Qué!... ¿Cómo?...

PULGA: Lo agarró un pesquisa que iba con don Pichín.

D. BRAULIO: ¿Por qué?... ¿Qué ha hecho?...

PULGA: ¡Nada!... Iba vendiendo diarios y me lo cacharon, pero dijo Pichín que le ha robao un prendedor.

D. BRAULIO: ¡Oh!... ¡Qué infamia!... ¡Ya comprendo!... ¡Pobre muchachito!... ¡Vamos a sacarlo en seguida!... *(Entra en la*

pieza y vuelve con el sombrero puesto, dirigiéndose con Pulga a la calle).

Varios chicos quedan jugando a la rayuela.

Claudia, Un chico, Vecina 2ª.

- CLAUDIA: *(Sale con un montón de ropa y se pone a lavar)* Buenas tardes, vecina.
- VECINA 2ª: Muy buenas tardes, doña Claudia... ¿Cómo sigue Arturito?...
- CLAUDIA: No lo hallo bien... Está con mucha fatiga... No quiere tomar nada... en fin, que me tiene con cuidado. Estoy esperando a Canillita, para mandarlo a ver otra vez al doctor. ¿No lo han visto, chicos, a mi hijo?
- UN CHICO: ¿Sabe, doña Claudia? Canillita está en cana...
- CLAUDIA: ¡Canillita!... ¿Por qué?...
- CHICO: ¡Por nada!... *(Seña de robo)* ¡Le ha espantado un prendedor a don Pichín!...
- CLAUDIA: ¡Qué!... ¿Qué decís?... ¡Un prendedor!... ¡Ay, Dios mío!... ¡Virgen santa!... ¡Yo tengo la culpa!... ¡Yo tengo la culpa!... ¡Pobre hijito mío!... ¡Yo... yo... yo soy la culpable!... ¡Oh, ese hombre... ese hombre!... ¡No haberme muerto antes de conocerlo!... Pero esto no va a quedar así. *(Al chico)* Decime: ¿dónde lo llevaron?...
- CHICO: Aquí a la vuelta, a la primera.
- CLAUDIA: Vení... vamos allá... ¡Qué infamia!... *(Toma al chico de la mano y va a salir cuando aparece Pichín por el foro)* ¡Él!

Dichos, Pichín.

- PICHÍN: ¿Ande vas?...
- CLAUDIA: ¡Donde a usted no le importa! *(Avanza)*.
- PICHÍN: *(Atajándola)* ¡Eh! ¡Pará el carro!... ¡Qué retobada estás, vieja!...
- CLAUDIA: Dejame salir...
- PICHÍN: ¡Che!... ¡Che no te pasés!... *(La toma de un brazo)*. ¿Qué andás queriendo?
- CLAUDIA: ¿Qué ando queriendo?... ¡Qué ando queriendo!... *(Resuelta)* ¡Decí, ladrón! ¿Qué has hecho con Canillita?...
- PICHÍN: ¡Meterlo en cana, por ratero!... ¡Ya verás cómo aparece pronto el prendedor!...
- CLAUDIA: ¡No!... ¡No!... ¡No ha de aparecer tan pronto, infame!... ¡El prendedor lo he sacado yo!... para comprar el pan a esas pobres criaturas que por culpa tuya viven hambrientas. Porque necesitaba ropa para ellos y para mí, pues lo que ganamos no alcanza más que para abrigarte a ti, miserable... ¡Sí, yo lo he sacado!... ¡Yo!... ¡Yo!... ¿Entiendes?... Y lo he empeñado en treinta pesos para asegurar la salud de mi hijo, y quince días de reposo y bienestar desconocidos en esta casa; ¡desde el momento maldito en que tuve la idea de poner los ojos en un canalla, en un borracho, en un ladrón como vos!...
- PICHÍN: ¿Has acabado?...
- CLAUDIA: Sí... ¡Y hemos acabado!...
- PICHÍN: ¡Bueno!... ¡Caminá pa dentro!...
- CLAUDIA: *(Irónica)* ¡No!... ¿Para qué?... ¡Si me vas a castigar, pegame aquí!... ¡No tengas vergüenza!... ¡Si no es la primera vez que lo hacés delante de todo el mundo!... ¡No tengas miedo!... ¡Ya

sabés que nunca me he defendido!... ¡Andá, pues! ¿O estás hoy menos cobarde que de costumbre?... ¡Pegame!... *(Ofreciéndole la cara)* ¡Aquí... aquí en la cara!...

PICHÍN: *(Sombrio)* ¡Caminá pa dentro, te he dicho!...

CLAUDIA: ¡Ah!... ya sé... ¿Querés sacarme la plata?... ¿Qué te entregue los treinta pesos?... Primero...

PICHÍN: ¡Andá pa dentro!...

CLAUDIA: ¡Qué notable!... ¡Pero será inútil, hijito! Esa plata es sagrada; no la verás... ¡De modo que podés ir pegando!

PICHÍN: ¡Eh!... ¡No aguanto más!... ¡Ya!... ¡Pa dentro!... *(La toma por un brazo y la tironea violentamente hacia el cuarto)*.

CLAUDIA: ¡Al fin!... ¡Pegá!... ¡Pegá!... ¡Valiente!...

PICHÍN: ¡Tomá!... *(Le pega en el rostro)*.

Dichos, Canillita, Don Braulio.

CANILLITA: ¡Una gran perra!... ¡Asesino!... *(Saca rápidamente un cuchillo y va hacia Pichín. Cuando va a darle el golpe, don Braulio le detiene el brazo)* ¡Lárgueme!... ¡Lárgueme!... ¡Que lo mato a ese perro!...

Claudia lo sujeta también. Pichín retrocede espantado.

D. BRAULIO: Dejalo, que ya ha de encontrar quien le dé su merecido.

PICHÍN: *(Reponiéndose)* Diga, don. ¿Podría saber quién le ha dao vela en este entierro?

D. BRAULIO: ¡La señora!... ¡Pa que le alumbre el suyo!...

Canillita tienta arrebatarse el cuchillo

¡Eh, mocosos!... ¡Quédese quieto!... *(A Pichín)* Pues la señora me ha dicho que... como va a vivir sola en su casa

¿entiende? ¡En su casa!... Le cuide la puerta pa que no dentren intrusos...

PICHÍN: ¡Ah!... ¡Sí! ¡está bueno!... ¿Dónde vive la señora?... Porque hasta ahora ha vivido en la mía y en mi casa no se precisan porteros... *(Alterado)* Y menos porteros como vos... ¡Viejo taquera!... ¿Entendés?... ¡Viejo taquera!... *(Con un movimiento brusco lo toma por el brazo derecho. Ansiedad)*.

D. BRAULIO: ¡Está bien!... ¡No se enoje!... Yo no quiero pelear con usted.

PICHÍN: *(Soltándolo)* ¡Lo ve, pues!...

D. BRAULIO: *(Apartándose)* Tenía razón, compañero... Pero es que la señora se ha mudado... ¿Verdad, doña Claudia, que se ha mudado usted a mi casa?... ¡Y en mi casa no entran ladrones por la noche!...

PICHÍN: ¿Qué decís?

D. BRAULIO: ¡Ladrones!

PICHÍN: ¡A'hijuna!... *(Se abalanza sobre don Braulio, éste esquiva el encuentro y le asesta una puñalada)*.

Dichos, Batista.

BATISTA: *(Saliendo)* ¿Otro bochinche?... *(Queda estupefacto)*.

CANILLITA: ¡Ah! ¡Don Braulio!... Me hubiera dejado a mí!

D. BRAULIO: *(Reponiéndose)* ¡Preferible es que acabe yo mis días en un presidio a que empecé los tuyos en una cárcel!...

TELÓN

FIN

Barranca abajo

Florencio Sánchez

PERSONAJES

DON ZOILO
DOÑA DOLORES, su esposa
PRUDENCIA y ROBUSTIANA, sus hijas
RUDECINDA, hermana de Don Zoilo
MARTINIANA, comadre
ANICETO, ahijado de Don Zoilo
DON JUAN LUIS
GUTIÉRREZ, el comisario
BATARÁ, peón
EL SARGENTO MARTÍN

(La acción en la campaña de Entre Ríos).

ACTO PRIMERO

*REPRESENTA LA ESCENA UN PATIO DE ESTANCIA; A LA DERECHA Y PARTE DEL FORO FRENTE DE UNA CASA ANTIGUA, PERO DE BUEN ASPECTO; GALERÍA SOSTENIDA POR MEDIO DE COLUMNAS. GRAN PARRAL QUE CUBRE TODO EL PATIO; A LA IZQUIERDA UN ZAGUÁN. UNA MESA, CUATRO SILLAS DE PAJA, UN BRASERO CON CUATRO PLANCHAS, UN SILLÓN DE HAMACA, UNA VELA, UNA TABLA DE PLANCHAR, UNA CAJA DE FÓSFOROS, UN BANQUITO, VARIOS PAPELES DE ESTRAZA PARA HACER PARCHES, UNA AZUCARERA Y UN MATE. ES DE DÍA.
AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECEN EN ESCENA DOLORES, SENTADA EN EL SILLÓN CON LA CABEZA ATADA CON UN PAÑUELO BLANCO; PRUDENCIA Y RUDECINDA, PLANCHANDO. ROBUSTIANA HACIENDO PARCHECITOS CON UNA VELA.*

ESCENA PRIMERA

Robustiana, Dolores, Rudecinda, Prudencia.

- DOLORES: Poneme pronto, hija, esos parches.
- ROBUSTIANA: Paresé, en el aire no puedo hacerlo. *(Se acerca a la mesa, coloca los parches de papel sobre ella y les pone sebo de vela).*
¡Aquí, verás!
- RUDECINDA: ¡Eso es! ¡Llename la mesa de sebo, si te parece! ¿No ves? Ya gotiaste encima el paño.
- ROBUSTIANA: ¡Jesús! ¡Por una manchita!
- PRUDENCIA: Una manchita que después con la plancha caliente ensucia toda la ropa... Ladiá esa vela...
- ROBUSTIANA: ¡Viva, pues, la patrona!
- PRUDENCIA: ¡Sacá esa porquería de ahí! *(Da un manotón a la vela, que va a caer sobre la enagua que plancha Rudecinda).*
- RUDECINDA: ¡Ay! ¡Bruta! ¡Cómo me has puesto la enagua!
- PRUDENCIA: *(Displicente)* ¡Oh! ¡Fue sin querer!
- ROBUSTIANA: ¡Juá, juá, juá! *(Recoge la vela y trata de reanudar su tarea).*
- RUDECINDA: ¡A la miseria! ¡Tanto trabajo que me había dao plancharla!
¡Odiosa!... ¡Te la había de refregar por el hocico!
- PRUDENCIA: ¡No hay cuidado!
- RUDECINDA: ¡No me diera Dios más trabajo!
- PRUDENCIA: *(Alejándose)* Pues, hija, estarías todo el día ocupada.
- RUDECINDA: ¡Ah, sí! ¡Ah, sí! ¡Ya verás! ¡Sinvergüenza! *(La corre).*
- ROBUSTIANA: ¡Juá, juá, juá! *(Al ver que no la alcanza).*

- RUDECINDA: *(Deteniéndose)* Y vos... gallina crespa, ¿de qué te reís?
- ROBUSTIANA: ¿Yo?... ¡De las cosquillas!...
- RUDECINDA: Pues tomá, para que te riás todo el día *(Le refriega las enaguas por la cara).* ¡Atrevida!
- ROBUSTIANA: ¡Ah... madre! ¡Bruja del diablo!... *(Corre hasta la mesa y toma una plancha).* ¡Acercate ahora! ¡Acercate y verás cómo te plancho la trompa!
- PRUDENCIA: ¡Ya la tenés almidonada, ché Robusta!
- RUDECINDA: *(A Prudencia)* Vos, relamida, que te pintás con el papel de los festones para lucirle al rubio...
- PRUDENCIA: Peor es afeitarse la pera, ché, como hacen algunas...
- ROBUSTIANA: ¡Juá, juá! *(Cantando:)*
Mañana por la mañana
se mueren todas las viejas...
y las llevan a enterrar
al...
- PRUDENCIA: ¡Angelitos pal cielo!
- DOLORES: Por favor, mujeres, por favor. Se me parte la cabeza. Parece que no tuvieran compasión de esta pobre madre dolorida. Robustiana, preparame esos parchecitos... ¡Ay, mi Dios y la Virgen Santísima!...
- RUDECINDA: Si te hicieras respetar un poco por los potros de tus hijas... no pasaría esto.
- ROBUSTIANA: Potro, pero no pa tu doma.
- DOLORES: ¡Hija mía, por favor!
- ROBUSTIANA: ¡Oh! ¡Que se calle ésa primero! ¡Es la que busca!
Rudecinda, rezongando, limpia las manchas de sebo.

Ahí tiene su remedio, mama. ¡Pronto, que se enfría!
(*Colocándole los parches*). Aquí. ¿Ta caliente? ¡Ahora el otro, ajajá!

DOLORES: Gracias. Quiera Dios y María Santísima que me haga bien esto.

Rudecinda rezonga fuerte.

ROBUSTIANA: (*Por Rudecinda*) ¡Juera! ¡Pasá juera, canela!

Prudencia arregla las planchas en el brasero.

DOLORES: (*A Robustiana*) Mirá, hijita mía. Si hay agua caliente, cebame un mate de hojas de naranjo. ¡Ay, Dios mío!

ROBUSTIANA: Bueno. (*Antes de hacer mutis*) ¡Rudecinda! ¡Querés vos un matecito de toronjil? ¡Es bueno pa la ausencia!

RUDECINDA: ¡Tomalo vos, Bacaray! (*A Prudencia*) ¡Ladiá el cuero!...
(*Toma otra plancha, la refriega sobre una chancleta ensebada*).
¡Coloradas las planchas! ¡Uff! ¡Qué temeridad!...

Pausa. Prudencia plancha tarareando. Rudecinda trabaja por enfriar la plancha, y misia Dolores suspira quejumbrosa.

ESCENA II

Los mismos personajes y Don Zoilo.

Don Zoilo aparece por la puerta del foro. Se levanta de la siesta. Avanza lentamente y se sienta en un banquito. Pasado un momento, saca el cuchillo de la cintura y se pone a dibujar marcas en el suelo.

DOLORES: (*Suspirando*) ¡Ay, Jesús, María y José!

RUDECINDA: Mala cara trae el tiempo. Parece que viene tormenta del lao de la sierra.

PRUDENCIA: Che, Rudecinda, ¿se hizo la luna ya?

RUDECINDA: El almanaque la anuncia pa hoy. Tal vez se haga con agua.

PRUDENCIA: Con tal que no llueva mucho.

DOLORES: ¡Robusta! ¡Robusta! ¡Ay, Dios!

Zoilo se levanta y va a sentarse a otro banquito.

RUDECINDA: (*Abuecando la voz*) ¡Güenas tardes!... dijo el muchacho cuando vino...

PRUDENCIA: Y lo pior jué que nadie le respondió. ¡Linda cosa!

RUDECINDA: Che, Zoilo ¿me encargaste el generito pal viso de mi vestido?

Zoilo no responde.

¡Zoilo!... ¡Eh!... ¡Zoilo!... ¿Tás sordo? Decí... ¿Encargaste el generito rosa?

Zoilo se aleja y hace mutis lentamente por la derecha.

ESCENA III

Los mismos personajes menos Zoilo.

RUDECINDA: No te hagás el desentendido, ¿eh? (*A Prudencia*) Capaz de no haberlo pedido. Pero amalhaya que no suceda, porque se las he de cantar claro... Si se ha creído que debo aguantarle sus lunas, está muy equivocado...

DOLORES: En el papelito que mandó a la pulpería no iba apuntao.

PRUDENCIA: Yo lo puse...

DOLORES: Pero él me lo hizo sacar.

RUDECINDA: ¿Qué?

DOLORES: Dice que bonitas estamos para andar con lujos... ¡Ay, mi Dios!

RUDECINDA: ¿Ah, sí? Dejalo que venga y yo le voy a preguntar quién paga mis lujos... ¡Caramba! ¡Le han entrao las economías con lo ajeno!

ESCENA IV

Los mismos personajes y Doña Martiniana.

MARTINIANA: ¡Bien lo decía yo!... De juro que mi comadre Rudecinda está con la palabra. ¡Güenas tardes les dé Dios! *(Con cierto alborozo)* ¿Cómo le va?

PRUDENCIA: ¡Hola, ña Martiniana!

MARTINIANA: ¿Cómo está, comadre? ¿Cómo te va, Prudencia? ¡Ay, Virgen Santa! Misia Dolores siempre con sus achaques. ¡Qué tormento, mujer!... ¿Qué se ha puesto? ¿Parches de yerba? ¡Psch!... ¡Cusí, cusí! Usté no se va a curar mientras no tome la ñopatía. Lo he visto a mi compadre Juan Avería hacer milagros... Tiene tan güena mano pa dar la... ¿Y qué tal, muchachas? ¿Qué se cuenta e nuevo? Me viá sentar por mi cuenta, ya que no me convidan.

RUDECINDA: ¿Y mi ahijada?

MARTINIANA: ¡Güena, a Dios gracias! La dejé apaleando una ropita del capitán Gutiérrez, porque me mandó hoy temprano al sargento a decirme que no me juera olvidar de tenerle, cuando menos, una camisa pronta pal sábado, que está de baile.

RUDECINDA: ¿Dónde?

PRUDENCIA: Será muy lejos, pues nosotras no sabemos nada.

MARTINIANA: Háganse las mosquitas muertas. ¡No van a saber! El sargento me dijo que la junción sería acá.

PRUDENCIA: Como no bailemos con las sillas...

RUDECINDA: ¡Quién sabe! Tal vez piensen darnos alguna serenata. El comisario es buen cantor.

MARTINIANA: ¡Sí, algo de eso he oído!

DOLORES: ¡Ay, mi Dios! ¡Como pa serenatas estamos!

MARTINIANA: Lo que es a don Zoilo no le va a gustar mucho. Así le decía yo al sargento.

RUDECINDA: ¡Oh! Si fuésemos a hacerle caso viviríamos peor que en un convento.

MARTINIANA: Parece medio maniático; aurita, cuando iba dentrando me topé con él y ni las güenas tardes me quiso dar... No es por conversar, pero dicen por ahí que está medio ido de la cabeza. También, hijita, a cualquiera le doy esa lotería. ¡Miren que quedarse de la mañana a la noche con una mano atrás y otra adelante como quien dice, perder el campo en que ha trabajao toda la vida, y la hacienda y todo! Porque dejuramente entre jueces y procuradores, le han comido vaquitas y majadas. ¡Y gracias que dio con un hombre tan güeno como don Luis! Otro ya les hubiera intimao el desalojo, como se dice. ¡Qué persona tan cumplida y de güenos sentimientos! ¡Oh, no te pongas colorada, Prudencia! No lo hago por alabártelo... Che, decime, ¿tenés noticias de Aniceto? Dicen que está poblendo en el Sarandí pa casarse con vos. ¿Se jugará esa carrera? ¡Hum!... Lo dudo, dijo un pardo y se quedó serio... ¡Ah! ¡Eso sí! Como honrado y

trabajador no tiene reparo; pero qué querés, se me hace que no harían güena yunta. ¿Es cierto que don Zoilo se empeña tanto en casarlos, che?

PRUDENCIA: Diga. ¿Me trajo aquella planta de resedá?

MARTINIANA: ¡Querrás creer que me iba olvidando! Sí, y no. El resedá se quedó en casa, pero te traigo unas semillitas de una planta pueblera muy linda.

PRUDENCIA: ¡A verlas, a verlas! *(Acercándose)*.

MARTINIANA: *(Sacando un sobre del seno)* Están ahí adentro de ese papel.

PRUDENCIA: *(Ocultando la carta)* Se pueden sembrar ahora...

MARTINIANA: Cuando vos querás, en todo tiempo.

PRUDENCIA: Pues yo misma voy a plantarlas. *(Va hacia el jardincito de la derecha y abre la carta)*.

MARTINIANA: Pues sí señor, comadre, dicen que anda la virgüela, ¿será cierto?

RUDECINDA: *(Que ha seguido con interés los movimientos de Prudencia)* Parece... Se habla mucho. *(Deja la plancha y se aproxima a Prudencia)*.

MARTINIANA: Como calandria al sebo. *(Volviendo a Dolores)* ¡Caramba, caramba con doña Dolores! *(Aproximándose con el banco)* ¿Le sigue doliendo, nomás?

RUDECINDA: ¿Qué te dice Don Juan Luis, che? Leé pa las dos.

PRUDENCIA: Puede venir el viejo.

RUDECINDA: A ver. Leé no más.

PRUDENCIA: *(Leyendo con dificultad)* “Chinita mía”.

RUDECINDA: ¡Si será zafao el rubio!...

PRUDENCIA: “Chinita mía. Recibí tu adorable cartita y con ella una de las más tiernas satisfacciones de nuestro naciente idilio. Si me convengo de que me amas de veras”... ¡Sinvergüenza, no está convencido todavía! ¿Qué más quiere? ¡Goloso!

RUDECINDA: No seas pava. No dice semejante cosa. Hay un punto en la letra sí. “Sí”, punto... “me convengo de que me amas de veras y...”

PRUDENCIA: ¡Ah, bueno! *(Lee)*. “Que me amas de veras y espero recibir constantes y mejores pruebas de tu cariño. Tengo una sola cosa que reprocharte. Lo esquiva que estuviste conmigo la última tarde”.

RUDECINDA: ¿Ves? ¿Qué te dije?

PRUDENCIA: ¡Yo no tuve la culpa! ¡Sentí ruido y creí que venía mama!

RUDECINDA: ¡Zonza! ¡Pa lo que cuesta dar un beso! Seguí leyendo.

PRUDENCIA: ¡Si no fuera más que uno! *(Leyendo)* “La última tarde” ¡Ay! Creo que llega tata.

RUDECINDA: No; viene lejos. Fijate prontito, a ver si dice algo pa mí.

PRUDENCIA: Esperate... “Dile a Rudecinda que esta tarde o mañana iré con el capitán Gutiérrez a reconciliarlo con don Zoilo”.

MARTINIANA: *(Como dando una señal)* Muchachas, ¿sembraron ya las semillas?

PRUDENCIA: Acabamos de hacerlo. *(Escondiendo la carta)*.

ESCENA V

Los mismos personajes y Don Zoilo.

ZOILO: *(Con una maleta de lana en la mano, que deja caer a los pies de Dolores)* Ahí tienen los encargos de la pulpería.

MARTINIANA: *(Zalamera)* Güenas tardes, Don Zoilo. Hace un rato no quiso saludar, ¿eh?

ZOILO: ¿Qué andás haciendo por acá? ¡Nada güeno, de juro!

MARTINIANA: Ya lo ve, pasiendo un poquito.

ZOILO: Ahí se iba tu yegua campo ajuera, pisando las riendas.

MARTINIANA: *(Mirando al campo)* Y mesmo. Mañerasa la tubiana. *(Yéndose, a grito)* Ché, Nicolás, vos que tenés güenas piernas, atajamelá, ¿querés?

ESCENA VI

Los mismos personajes menos Martiniana.

RUDECINDA: *(Que ha estado revisando las maletas, a Don Zoilo que se aleja)* ¡Che, Zoilo! ¡Eh! *(Deteniéndolo)* ¿Y mis encargos?

ZOILO: No sé.

RUDECINDA: ¿Cómo que no sabés? Yo he pedido *(Recalcando)* por mi cuenta, pa pagarlo con mi platita, dos o tres cosas y un corte de vestido pa Prudencia, la pobre, que no tiene qué ponerse. ¿Ande está eso?

ZOILO: Tará ahí...

Prudencia recoge la maleta y se va por la izquierda.

RUDECINDA: ¡Por favor, che! Mirá que voy a creer lo que andan diciendo. Que tenés gente en el altillo.

ZOILO: Así será.

RUDECINDA: Bueno. Dame entonces la plata; yo haré las compras.

ZOILO: No tengo plata.

RUDECINDA: ¿Y el dinero de los novillos que me vendiste el otro día?

ZOILO: Lo gasté.

RUDECINDA: Mentira. Lo que hay es que vos pensás rebuscarte con lo mío, después de haber tirado en pleitos y enredos la fortuna de tus hijos. Eso es lo que hay.

ZOILO: Güeno; ladiate de áhi, o te sacudo un guantón. *(Mutis).*

ESCENA VII

Los mismos personajes menos Don Zoilo.

RUDECINDA: Vas a pegar, desgraciao. *(Volviéndose)* ¿Has visto, Dolores? Ese hombre está loco o está borracho...

DOLORES: *(Suspirando)* ¡Qué cosa, Virgen Santa!

RUDECINDA: *(Tirando violentamente de las ropas de la mesa de la plancha)* ¡Oh!... Lo que es conmigo va a embromar poco... O me entrega a buenas mi parte o...

ESCENA VIII

Los mismos personajes y Robustiana.

ROBUSTIANA: Ahí tiene su mate, mama... Pucha, que hay gente desalmada en este mundo. Parece mentira. Es no tener ni pizca...

RUDECINDA: ¿Qué estás rezongando vos?

ROBUSTIANA: Lo que se me antoja. ¿Por qué le has dicho esas cosas a tata?

RUDECINDA: Porque las merece.

ROBUSTIANA: Qué ha de merecerlas el pobre viejo ¡Desalmadas! Y parece que les estorba y quieren matarlo a disgustos.

RUDECINDA: Callate la boca, hipócrita. Buena jesuita sos vos...

ROBUSTIANA: Vale más ser eso que unas perversas y unas... desorejadas como ustedes.

RUDECINDA: *(Airada, alzando una planta)* A ver, repetí lo que has dicho, insolente.

DOLORES: ¡Hijas, por misericordia, no metan tanto ruido! ¿No ven cómo estoy?

ROBUSTIANA: *(Burlona)* ¡Ay Dios mío! ¡Doña Jeremías! ¡Usted también es otra como ésas! Con el pretexto de su jaqueca y sus dolamas, no se ocupa de nada y deja que todo en esta casa ande como anda. ¡Qué demontres! Vaya a acostarse si no quiere oír lo que no le conviene.

Rudecinda y Dolores cambian gestos de asombro.

DOLORES: *(Levantándose)* ¡Mocosa, insolente! ¿Esa es la manera de tratar a su madre? Te viá a enseñar a respetarme.

ROBUSTIANA: Con su ejemplo no voy a aprender mucho, no hay cuidao...

DOLORES: ¡Madre Santa! ¿Han oído ustedes?

ESCENA IX

Los mismos personajes y Prudencia.

PRUDENCIA: *(Que ha oído el final de la escena)* ¡Dejala, mamá! ¡La picó el alacrán!

ROBUSTIANA: Callate vos, pandereta.

DOLORES: ¡Qué la viá dejar! Vení pa cá... Decí... ¿qué malos ejemplos te ha dao tu madre?

ROBUSTIANA: No sé... no sé...

RUDECINDA: Mirenlá. Retratada de cuerpo presente. ¡Tira la piedra y esconde la mano!

DOLORES: ¡No la ha de esconder! *(Tomándola por un brazo)* ¡Hablá, pues, largá el veneno! *(La amenaza)*.

ROBUSTIANA: ¡Déjeme!

RUDECINDA: Ahora se te van a descubrir las hipocresías, tísica.

PRUDENCIA: Las vas a pagar todas juntas, lengua larga.

ROBUSTIANA: ¡Jesús! ¡Se ha juntao la partida! Pero no les viá tener miedo. ¿Quieren que hable? Bueno... ¿Saben qué más? Que las tres son unas...

Misia Dolores le tapa la boca de una bofetada.

¡Ay!... ¡Perra vida!... *(Enfurecida alza la mano e intenta arrojarla sobre Dolores)*.

RUDECINDA: *(Horrorizada)* ¡Muchacha! ¡A tu madre!

ROBUSTIANA: *(Se detiene sorprendida, pero reacciona rápidamente)*. ¡A ella y a todos ustedes! *(Se precipita sobre un banco y lo alza con ademán de arrojarlo)*.

Las tres mujeres retroceden asustadas.

ESCENA X

Los mismos personajes y Don Zoilo.

- ZOILO: ¡Hija! ¿Qué es esto?
- ROBUSTIANA: *(Deja caer el banco y se le echa en los brazos, sollozando).* ¡Ay, tata! ¡Mi tatita! ¡Mi tatita!
- ZOILO: ¡Cálmese! ¡Cálmese! ¿Qué le han hecho, hija? ¡Pobrecita! ¡Vamos! Tranquilícese, que le va a venir la tos. Sí... ya sé que usted tiene razón. Yo, yo la voy a defender.
- DOLORES: *(Dejándose caer en un sillón).* ¡Ay, Virgen Santísima de los Dolores! ¡Se me parte esta cabeza!
- Rudecinda y Prudencia hacen que continúan planchando.*
- ZOILO: *(Entre iracundo y conmovido)* ¡Parece mentira! ¡Tamañas mujeres! Bueno, basta hijita.
- Robustiana tose.*
- ¿No ve? ¿Ya le dentra la tos? ¡Cálmese, pues!...
- ROBUSTIANA: Sí, tata, ya me pasa.
- ZOILO: ¿Quiere un poco de agua? A ver ustedes, cuartudas, si se comiden a traer agua pa esta criaturita.
- Rudecinda va a buscar el agua.*
- ROBUSTIANA: Me pe... ga... ron... porque... les dije... la ver... la verdad... ¡Son unas sinvergüenzas!
- ZOILO: Demasiado lo veo. ¡Parece mentira! ¡Canejo! ¡Se han propuesto matarnos a disgustos!
- PRUDENCIA: ¡Fijesé, mama, en el jueguito de esa jesuita!
- RUDECINDA: ¡Ahí tiene agua! Hasta pa augarse *(Con un jarro).*
- ZOILO: Tome unos traguitos... ¡Así! ¿Se siente mejor? Trate

barranca abajo

de sujetar esa tos, pues... *(Sonriendo)* ¡Qué diablos!... Tírele de la riendita. ¿Quiere acostarse un poquito? Venga a su cama.

- ROBUSTIANA: *(Mimosa)* ¡No!... Muchas gracias. *(Lo besa).* Muchas gracias. ¡Estoy bien y, además, quiero quedarme aquí porque... quién sabe qué enredos van a meterle ésas!
- RUDECINDA: Mirenlá a la muy zorra. Tenés miedo de que sepa la verdad, ¿no?
- ZOILO: ¡Callesé usté la boca!
- RUDECINDA: ¡Oh!... ¿Y por qué me he de callar? ¿Hemos de dejar que esa mocosa invente y arregle las cosas a su modo? ¡No faltaba más! La madre la ha cachetiao, y bien cachetiada, porque le faltó al respeto...
- DOLORES: ¡Ay, Dios mío!
- PRUDENCIA: ¡Claro que sí! ¡Cuando menos ella tendrá corona!
- RUDECINDA: ¡Y le levantó la mano a Dolores!
- ZOILO: ¡Güeno, güeno, güeno! ¡Que no empiece el cotorreo! Ustedes, desde un tiempo a esta parte, me han agarrao a la gurisa pal piquete, sin respetar que está enferma y por algo ha de ser... *(Enérgico)* ¡y ese algo lo vamos a aclarar ahora mesmito! *(A Dolores)* A ver vos, doña quejidos, vos que sos aquí la madre y la dueña e casa, ¿qué enriendo es éste?
- DOLORES: ¡Virgen de los Desamparados, como pa historias estoy yo con esta cabeza!
- ZOILO: ¡Canejo! Se la corta si no le sirve pa cumplir con sus obligaciones... *(A Rudecinda).* Y vos, vamos a ver, aclárame pronto el asunto; no has de tener jaqueca también. Respondé...

RUDECINDA: (*Chocante*) ¡No sabía yo que te hubiesen nombrao juez!

ZOILO: No. A quien nombraron fue a ño rebenque. (*Mostrando el talero*) Así es que no seas comadre y respondé como la gente. Ya se te ha pasao la edad de las macacadas.

RUDECINDA: ¡Te voy a contestar cuando me digás qué has hecho de mis intereses!

ZOILO: (*Airado, conteniéndose*) ¿Eh? ¡Hum!... Ta güeno. Esperate un poco, que te voy a dar lindas noticias. (*Hosco, retorciendo el rebenque*) Vamos a ver, hijita. Usted ha de ser más güena. Cuéntele a su tata todas las cosas que tiene que contarle. Reposadita y sin apurarse mucho, que se fatiga...

ROBUSTIANA: No, tata; no tengo nada que decirle.

ZOILO: ¿Cómo es eso?

ROBUSTIANA: Digo... no. Es que... Lo único... es eso... que no me tratan bien.

ZOILO: Por algo ha ser entonces. Vamos... empiece.

ROBUSTIANA: Porque no me quieren, será.

ZOILO: Bueno, hijita. Hable de una vez; no me vaya a disgustar usted también. (*Grave*).

ROBUSTIANA: Es que... si lo digo se disgustará más.

ZOILO: Ya cáiste, matrera. Ahora no tendrás más remedio que largar el lazo... y tire sin miedo que no le viá mañeriar a la argolla. ¡Está bien sogueao el güey viejo!

DOLORES: ¡Ay, hijas! ¡No puedo más! Voy a echarme en la cama un ratito.

ZOILO: ¡No, no, no, no! ¡De aquí no se mueve nadie! A la primera

que quiera dirse, le rompo las canillas de un talerazo. Empiece el cuento.

ROBUSTIANA: No, no... tata... Usté se va a enojar mucho.

ZOILO: ¡Más de lo que estoy! Y ya me ves tan mansito. Encomience. Vamos. (*Recalcando*) Había una vez unas mujeres...

ROBUSTIANA: Bueno; lo que yo tenía que decirle era que, en esta casa, no lo respetan a usted, y que las cosas no son lo que parece... (*Alzándose*) Y entré por un caminito y salí por otro...

ZOILO: ¡No me juyás!... Adelante, adelante... sentate. Eso de que no me respetan hace tiempo que lo sé. Vamos a lo otro.

ROBUSTIANA: Yo creo que nosotros debíamos irnos de esta estancia... Pues... de todos modos ya no es nuestra, ¿verdad?

ZOILO: ¡Claro que no!

ROBUSTIANA: ¡Y como no hemos de vivir toda la vida de presta, cuanto más antes mejor, menos vergüenza!

ZOILO: Es natural, pero no comprendo a qué viene eso...

ROBUSTIANA: Viene a que si usté supiera por qué don Juan Luis nos ha dejao seguir viviendo en la estancia después de ganar el pleito, ya se habría mandao mudar.

RUDECINDA: ¡Ave María! ¡Qué escándalo de mujer intrigante!... ¡Zoilo!... ¡Pero Zoilo! ¿Tenés valor de dejarte enredar por una mocosa?

ZOILO: Siga, m'hija... siga no más. Esto se va poniendo bonito.

RUDECINDA: ¡Ah, no! ¡Qué esperanza! Si vos estás chocho con la gurisa, nosotras no ¿Me entendés? ¡Faltaba otra cosa! ¡Mándese

mudar de aquí, tísica, lengua larga! ¡Ya!... *(A Zoilo)* No, no me mirés con esos ojos, que no te tengo miedo. A ver ustedes, qué hacen; vos, Dolores... Prudencia. Vengan a arrancarle el colmillo a esta víbora, pues. *(A Robustiana)* Contestá, ladiada. ¿Qué tenés que decir de malo de don Juan Luis?

DOLORES: ¡Ay, mi Dios!

ZOILO: Siga, hija, y no se asuste, porque aquí está don talero con ganas de comer cola.

ROBUSTIANA: Sí, tata. ¡Vergüenza da decirlo!... ¡Cuando usté se va pal pueblo, la gente se lo pasa aquí de puro baile corrido!

ZOILO: Me lo maliciaba.

ROBUSTIANA: ¡Con don Juan Luis, el comisario Gutiérrez y una runfla más!

ZOILO: ¡Ah! ¡Ah! Adelante.

ROBUSTIANA: Y lo peor es que, es que... Prudencia... *(Llora)*. No, no digo más...

Prudencia se aleja disimuladamente y desaparece por la izquierda.

ZOILO: ¡Vamos, pues, no llore! Hable. Prudencia, ¿qué?...

ROBUSTIANA: Prudencia... al pobre... al pobre Aniceto, tan bueno y que tan... to que la quiere... le juega feo con don Juan Luis.

ZOILO: ¡Ah! Eso es lo que quería saber bien. Ahora sí, ahora sí, no cuente más, m'hija; no se fatigue. Venga a su cuarto, así descansa... *(La conduce hacia el foro; al pasar junto a Dolores levanta el talero, como para aplastarla)*. ¡No te viá pegar! ¡No te asustés, infeliz!

ESCENA XI

Rudecinda, Dolores.

RUDECINDA: *(Permanece un instante cavilosa y con aire despreciativo)*. Bueno, ¿y qué? *(Viendo llorar a Dolores)* No te aflijas, hija. Ya lo hemos de enderezar a Zoilo. ¡Mocosa, lengua larga! ¡Quién hubiera creído!

ESCENA XII

Los mismos personajes, Don Zoilo y Batará.

ZOILO: ¡Arrastradas! ¡Arrastradas! Merecían que las deslomara a palos... Arrastradas... *(Llamando)* ¡Batará! ¡Batará! *(Paseándose)* ¡Ovejas! ¡Peores entuavía! Las ovejas siquiera no hacen daño a naides... ¡Batará!

BATARÁ: Mande, señor.

ZOILO: ¿Qué caballo hay en la sogá?

BATARÁ: ¡El doradillo tuerto, señor!

ZOILO: ¿Aguantará un buen galope?

BATARÁ: ¡Ya lo creo, señor!

ZOILO: Bien. Vas a ensillarlo en seguida y le bajás la mano hasta el Sarandí. ¿Sabés ande está poblando Aniceto?

BATARÁ: Sí, señor.

ZOILO: Llegás y le decís que se venga con vos, porque tengo que hablarle... ¡Ah!... Te arrimás a lo de mi compadre Luna a decirle en mi nombre que necesito la carreta con güeyes pa mañana, que me haga el favor de mandármela de madrugada.

BATARÁ: Ta bien, señor.

ZOILO: Entonces, volá.

ESCENA XIII

Los mismos personajes menos Batará.

ZOILO: *(Después de pasearse un momento, a Dolores)* Y usted, señora, tiene que mejorarse en seguidita de la cabeza, ¿oye? ¡En seguidita!

DOLORES: ¡Ay! ¡Jesús, María y José! Sí, estoy un poco más aliviada ya ¡Me han hecho bien los parchecitos!

ZOILO: ¡Pues se alivia del todo y se va rápido a arreglar con ésas las cacharpas más necesarias pal viaje; mañana al aclarar nos vamos de aquí!

DOLORES: ¡Ave María Purísima!

RUDECINDA: ¿Y ande nos vamos?

ZOILO: ¡Ande a usted no se le importa! ¡Canejo! ¡Ya, muévanse!... *(Paseándose)*.

DOLORES: *(Yéndose)* Virgen de los Desamparados, ¿qué va a ser de nosotros?

ESCENA XIV

Rudecinda, Zoilo.

RUDECINDA: Decime, Zoilo. ¿Te has enloquecido endeveras? ¿Ande nos llevás?

ZOILO: ¡Al medio del campo! ¡Qué sé yo! ¡No me va a faltar una tapera vieja ande meterlas!

RUDECINDA: ¡Ah! ¡Yo no me voy! ¡Soy libre!

ZOILO: Quedate, si querés.

RUDECINDA: Pero primero me vas a entregar lo que me pertenece, mi parte de la herencia...

ZOILO: ¡Pedísela a tu amigo el diablo, que se la llevó con todo lo mío!

RUDECINDA: ¿Cómo? *(Espantada)*.

ZOILO: ¡Llevándosela!

RUDECINDA: ¡Ah! ¡Madre! ¡Ya lo maliciaba! ¿Conque me has fundido también? ¿Conque me has tirado mis pesitos? ¿Conque me quedo en la calle? ¡Ah!... ¡Canalla! ¡Sinvergüenza! La...

ZOILO: *(Imponente)* ¡Phss! ¡Cuidado con la boca!

RUDECINDA: ¡Canalla! ¡Canalla! ¡Ladrón!

ZOILO: ¡Rudecinda!

RUDECINDA: ¡No te tengo miedo! Te lo viá decir mil y cincuenta veces... ¡Canalla! ¡Cuatrero! ¡Cuatrero!

ZOILO: *(Hace un ademán de ira, pero se detiene)*. ¡Pero hermana! ¡Hermana!... ¡Es posible!

RUDECINDA: *(Llora)*. Madre de mi alma, que me han dejado en la calle... me han dejado en la calle... mi hermano me ha robao... *(Desaparece por el foro llorando a gritos)*.

Zoilo, abrumado, hace mutis lentamente por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA XV

Prudencia, Don Luis.

Después de una breve pausa aparece Prudencia. Mira cautelosamente en todas direcciones y no viendo a nadie corre hacia la derecha, deteniéndose sorprendida junto al portón.

PRUDENCIA: *(Ademán de huir).* ¡Ah!

LUIS: ¡Buenas tardes! ¡No se vaya! ¿Cómo está? *(Tendiéndole la mano).*

PRUDENCIA: *(Como avergonzada)* ¡Ay, Jesús!... ¡Cómo me encuentra!...

LUIS: *(Reteniéndole la mano, después de cerciorarse de que están solos)*
¡Encantadora te encuentro, monísima, mi vidita!

PRUDENCIA: No... no... Déjeme... Váyase... ¡Tata está ahí!...

LUIS: *(Goloso, avanzando).* ¡Y qué tiene! ¡Dormirá! ¡Vení, prenda!

PRUDENCIA: *(Compungida)* ¡No, váyase, sabe todo! ¡Está furioso!

LUIS: ¡Oh! Ya lo amansaremos. ¿Recibiste mi carta?

PRUDENCIA: Sí. *(Después de mirar a todos lados, con fingido enojo)* Usted es un atrevido y un zafao. ¿Sabe?

LUIS: ¿Aceptás? ¿Sí? ¿Irás a casa de Martiniana?

PRUDENCIA: Este... Jesús, siento ruido. *(Huyendo hacia el foro)* ¡Tata! ¡Lo buscan! *(Mutis segunda izquierda).*

LUIS: ¡Arisca la china!

ESCENA XVI

Zoilo, Don Juan Luis.

ZOILO: ¿Quién me busca? ¡Ah!

LUIS: ¿Qué tal, viejo? ¿Cómo le va? ¿Está bueno? Le habré interrumpido la siesta, ¿no?

ZOILO: Bien, gracias, tome asiento.

Pronto aparecen en una de las puertas, Prudencia, Rudecinda y Dolores; curiosean inquietas un instante y se van.

LUIS: No, traigo un amigo, y no sé si usted tendrá gusto en recibirlo.

ZOILO: No ha de ser muy chúcaro cuando no le han ladrao los perros.

LUIS: Es una buena persona.

ZOILO: Ya caigo. El capitán Gutiérrez. ¿No? *(Se rasca la cabeza con rabia).* ¡Ta güeno!...

LUIS: Y me he propuesto que se den un abrazo. Dos buenos criollos como ustedes, no pueden vivir así, enojados. De parte de Gutiérrez, ni qué hablar...

ZOILO: *(Muy irónico).* ¡Claro! ¡Ni qué hablar! Mande no más, amigazo. ¡Usted es muy dueño! Vaya y dígame a ese buen mozo que se apee... Yo voy a sujetar los perros...

LUIS: ¡Acérquese no más, comisario! Ya está pactado el armisticio.

Voces desde la verja.

(Va a su encuentro).

ESCENA XVII

Los mismos personajes, Gutiérrez.

LUIS: *(Aparatoso; empujando a Gutiérrez)* Ahí lo tiene al amigo don Zoilo, olvidado por completo de las antiguas diferencias... *Pax vobis.*

GUTIÉRREZ: ¡Cuánto me alegro! ¿Cómo te va, Zoilo? *(Extendiendo los brazos).*

ZOILO: *(Empacado, ofreciéndole la mano)* Gü... en día...

GUTIÉRREZ: *(Cortado)* ¿Tu familia, buena? *(Pausa).*

ZOILO: Tomen asiento.

LUIS: Eso es... *(Ocupando el sillón. Señala una silla).* ¡Siéntese por acá, comisario! Tiempo lindo, ¿verdad? Arrime un banco, pues...

Zoilo se sienta.

Las muchachas estarán de tarea seguramente y hemos venido a interrumpirlas... Seguro que han ido a arreglarse. Dígales que por nosotros no se preocupen. ¡Pueden salir así no más, que siempre están bien! *(Pausa embarazosa).*

GUTIÉRREZ: *(Por decir algo)* ¡Qué embromar con las cosas!

LUIS: ¿Con qué cosas?

GUTIÉRREZ: Ninguna. Decía por decir, no más. Es costumbre.

ESCENA XVIII

Dichos, Rudecinda.

RUDECINDA: *(Un tanto trastornada y hablando con relativa exageración)* ¡Ay!... ¡Cuánto bueno tenemos por acá!... ¿Cómo está, Gutiérrez? ¿Qué milagro es éste? ¡Don Juan Luis! Vean en qué figura me agarran.

LUIS: Usted siempre está buena moza.

RUDECINDA: ¡Ave María! No se burle.

GUTIÉRREZ: Tome asiento. *(Ofreciéndole una silla).*

RUDECINDA: ¡No faltaba más! ¡Usted está bien; no, no, no! Ya me van a traer. *(A voces)* Robusta, sacá unas sillas ¿Y qué tal? ¿Qué buena noticia nos traen? ¿Qué se cuenta por ahí? Ya me han dicho que usted, Gutiérrez...

ZOILO: ¡Rudecinda! Vaya a ver qué quiere Dolores.

RUDECINDA: No; no me ha llamado.

ZOILO: *(Alzándose)* Va... ya a ver... qué... quiere... Dolores.

ESCENA XIX

Dichos menos Rudecinda.

LUIS: ¡Qué muchacha de buen genio, esta Rudecinda! ¡Siempre alegre y conversadora... ¡sí, señor!... ¿Y no tenemos un matecito, viejo Zoilo? Lo encuentro medio serio. Seguro que no ha dormido siesta. Mi padre es así; cuando no sestea, anda que parece alunao.

GUTIÉRREZ: *(Cambiando de postura)* ¡Qué embromar con las cosas!

ESCENA XX

Dichos, Prudencia.

PRUDENCIA: *(Con mucha cortedad)* ¡Buenas tardes!

LUIS: *(Yendo a su encuentro)* ¡Viva!... ¡Salió el sol! ¡Señorita!

PRUDENCIA: Bien, ¿y usted?

GUTIÉRREZ: ¡Señorita Prudencia! ¡Qué moza!

PRUDENCIA: Bien, ¿y usted? Tomen asiento. Estén con comodidad.

LUIS: Gracias; siempre tan interesante, Prudencia. Linda raza, amigo don Zoilo.

ZOILO: Che, Prudencia. Andá, que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA: ¿A mí? ¡No he oído!

ZOILO: Che, Prudencia Andá que te llama Rudecinda.

PRUDENCIA: *(Atemorizada)* ¡Voy; con licencia!

ESCENA XXI

Dichos menos Prudencia.

LUIS: Pues yo no he oído.

ZOILO: *(Alterado)* ¡Pero yo sí, canejo! ¿Me entiende?

LUIS: Bueno, viejo. Tendrá razón; no es pa tanto.

GUTIÉRREZ: ¡Hum!... Qué embromar... Qué embromar con las cosas...

ZOILO: Ta bien. Dispense. *(Aproximando su banco a Juan Luis)*
Diga... ¿Tendrá mucho que hacer áura?

LUIS: ¿Yo?

ZOILO: El mismo.

LUIS: ¡No! Pero no me explico.

ZOILO: Tenía que decirle dos palabritas.

LUIS: A sus órdenes, viejo. Ya sabe que siempre...

GUTIÉRREZ: *(Alzándose)* Andate pa tu casa, Pedro, que parece que te echan.

ZOILO: Quedate no más. Siempre es güeno que la autoridad oiga también algunas cosas... Este, pues. Como le iba diciendo. Usted sabe que esta casa y este campo fueron míos, que los heredé de mi padre, y que habían sido de mis agüelos... ¿no? Que todas las vaquitas y ovejitas esistentes en el campo, el pan de mis hijos, las crié yo a juerza de trabajo y de sudores, ¿no es eso? Bien saben todos que, con mi familia, jue creciendo mi haber, a pesar de que la mala suerte, como la sombra al árbol, siempre me acompañó.

LUIS: No sé por qué viene eso, francamente.

ZOILO: Un día... Déjeme hablar. Un día se les antojó a ustedes que el campo no era mío, sino de ustedes; metieron ese pleito de revindicación, yo me defendí, las cosas se enredaron como herencia de brasilero, y cuando quise acordar amanecí sin campo, ni vacas, ni ovejas, ni techo para amparar a los míos.

LUIS: Pero usted bien sabe que la razón estaba de nuestra parte.

ZOILO: Taría cuando los jueces lo dijeron, pero yo después no supe hacer saber otras razones que yo tenía.

LUIS: Usted se defendió muy bien, sin embargo.

ZOILO: *(Alzándose, terrible)* No, no me defendí bien, no supe cumplir con mi deber. ¿Sabe lo que debía hacer, sabe lo que debí hacer? Buscar a su padre, a los jueces, a los letrados, juntarlos a todos ustedes, ladrones, y coserles las tripas a puñaladas, ¡pa escarmiento de bandoleros y

saltadores! ¡Eso debía hacer! ¡Eso debí hacer! ¡Coserlos a puñaladas!

LUIS: *(Confuso)* ¡Caramba, don Zoilo! ¡Por favor!

GUTIÉRREZ: *(Interponiéndose)* ¡Hombre, Zoilo! ¡Calmate! ¡Respetá un poco, que estoy yo acá!

ZOILO: *(Serenándose)*. ¡Toy calmao! ¡Ladiate de ahí!... Eso debí hacer. ¡Eso! *(Sentándose)*. No lo hice porque soy un hombre muy manso de sí, y por consideración a los míos. Sin embargo...

LUIS: Repito, señor, que no acabo de explicarme los motivos de su actitud. Por otra parte, ¿no nos hemos portado con bastante generosidad? ¡Les hemos dejado seguir viviendo en la estancia! Nos disponemos a ocuparlo bien para que pueda acabar tranquilamente sus días.

ZOILO: *(Irguiéndose)* ¡Cállese la boca, mocoso!... ¡Linda generosidad! ¡Bellacos!

LUIS: ¡Señor!... *(Poniéndose de pie)*.

ZOILO: ¡Linda generosidad! Pa quitarnos lo único que nos quedaba, la vergüenza y la honra, es que nos han dejado aquí... ¡Saltadores! ¡Parece mentira que haiga cristianos tan desalmaos!... ¡No les basta dejar en la mitad del campo al pobre paisano viejo, a que se gane la vida cuando ya ni fuerzas tiene, sino que entoavía pensaban servirse de él y su familia para desaguachar cuantas malas costumbres han aprendido! Ya podés ir tocando de aquí, ¡bandido! Mañana esta casa será tuya... ¡Pero lo que aura hay adentro es bien mío! ¡Y este pleito yo lo fallo! ¡Juera de aquí!

LUIS: ¡Pero, señor!

ZOILO: *(Amarrando el talero)* ¡Juera, he dicho!

LUIS: Está bien... *(Se va lentamente)*.

ZOILO: *(A Gutiérrez, que intenta seguirlo)* Y en cuanto a vos, entrá si querés a sacar tu prenda. ¡Pasá no más, no tengás miedo!

GUTIÉRREZ: Yo...

ZOILO: ¡Ah!... ¡No querés! Bueno, tocá también. Y cuidadito con ponérteme por delante otra vez.

Gutiérrez mutis.

¡Herejes! ¡Saltadores! ¡Saltadores! *(Los sigue un momento con la mirada, balbuceando frases incomprensibles. Después recorre con una mirada las cosas que lo rodean, avanza unos pasos y se deja caer abrumado en el sillón)*. ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué le habré hecho a la suerte pa que me trate así?... ¡Qué, qué le habré hecho! *(Deja caer la cabeza sobre las rodillas)*.

TELÓN LENTO

ACTO SEGUNDO

REPRESENTA LA ESCENA A GRAN FORO, TELÓN DE CAMPO, A LA IZQUIERDA UN RANCHO CON PUERTA Y VENTANA PRACTICABLE; SOBRE EL MOJINETE DEL RANCHO, UN NIDO DE HORNEROS. A LA DERECHA ROMPIMIENTO DE ÁRBOLES. UN CARRITO CON UN BARRIL DE LOS QUE SE USAN PARA TRANSPORTE DE AGUA. UN BANCO LARGO DEBAJO DEL ALERO DEL RANCHO, UN BANQUITO, UN JARRO DE LATA. ES DE DÍA. AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECEN EN ESCENA, ROBUSTIANA PISANDO MAÍZ EN UN MORTERO. PRUDENCIA COSIENDO UN VESTIDO.

ESCENA PRIMERA

Robustiana, Prudencia.

ROBUSTIANA: ¡Che, Prudencia! ¿Querés seguir pisando esta mazamorra? Me canso mucho. Yo haría otra cosa cualquiera.

PRUDENCIA: Pisala vos con toda tu alma. Tengo que acabar esta pollera.

ROBUSTIANA: ¡Que sos mala! Llamala a mama entonces o a Rudecinda.

PRUDENCIA: *(Volviéndose, a voces)* Mama... Rudecinda. Vengan a servir a la señorita de la casa, y tráiganle un trono para que esté a gusto.

ESCENA II

Dichos, Dolores, Rudecinda.

DOLORES: ¿Qué hay?

PRUDENCIA: Que la princesa de chimango no puede pisar maíz.

DOLORES: ¿Y qué podés hacer, entonces? Bien sabés que no hemos venido acá pa estarnos de brazos cruzados.

ROBUSTIANA: Sí, señora, lo sé muy bien, pero tampoco viá permitir que me tengan de piona.

RUDECINDA: *(Asomándose a la ventana)* ¿Ya está la marquesa buscando cuestiones? Cuándo no...

ROBUSTIANA: Callate vos, comadreja.

RUDECINDA: Andá, correveidile, buscá camorra no más pa después dirle a contar a tata que te estamos martirizando.

ROBUSTIANA: *(Dejando la tarea)* ¡Por Dios!... ¿Quieren hacerme el

favor de decirme cuándo, cuándo me dejarán en paz? ¿Yo, qué les hago? Bien buena que soy, no me meto con ustedes y trabajo como una burra, sin quejarme nunca, a pesar de que estoy bien enferma... ¡y ahora porque les pido que me ayuden un poco, me echan la perrada como a novillo chúcaro!

RUDECINDA: *(Que ha salido un momento antes con el pelo suelto, peinándose)* ¡Jesús, la víctima! Si no hubiera sido por tus enriedos, no te verías en estos trances.

ROBUSTIANA: ¡Por favor!

RUDECINDA: *(Remedando)* ¡Por favor!... ¡Véanle el aire de romántica!... Cómo se conoce que anda enamorada; no te pongás colorada. ¿Te creés que no sabemos que andas atrás de Aniceto?

ROBUSTIANA: Bueno, por Dios. No hablemos más. Haré lo que ustedes quieran. Trabajaré hasta que reviente. *(Continúa pisando maíz)*. De todos modos no les voy a dar mucho trabajo, no, pronto no más. *(Aparte, casi llorosa)* ¡Si no fuera por el pobre tata, que me quiere tanto!

PRUDENCIA: *(A Rudecinda)* ¿Te parece que será bastante el ancho? Le puse cuatro paños.

DOLORES: ¡Ave María! ¡Qué anchura!

RUDECINDA: No, señora... ¡Con el fruncido! ¡A ver! Esperate, tengo las manos llenas de aceite.

PRUDENCIA: ¿Y si la midiéramos con la tuya lila? ¿Ande la tenés?

RUDECINDA: A los pies de mi cama. Vení.

Mutis ambas.

DOLORES: Ahora van a ver cómo sobra. Ese tartán es muy ancho. *(Mutis)*.

ESCENA III

Robustiana, Zoilo.

ROBUSTIANA: *(Angustiada)* ¡No quieren a nadie! ¡Pobre tatita! *(Llora un instante apoyada en el mortero).*

Óyense rumores a la izquierda.

(Robustiana alza la cabeza, se enjuga rápidamente las lágrimas y continúa la tarea, canturreando un aire alegre).

Zoilo avanza por la izquierda a caballo, con un balde en la mano, arrastrando un barril de agua. Desmonta, desata el caballo y lo lleva fuera; y volviendo acomoda la rastra.

ZOILO: ¡Buen día, hija!

ROBUSTIANA: ¡La bendición, tatita!

ZOILO: ¡Dios la haga una santa! Pasó mala noche, ¿eh? ¿Por qué se ha levantao hoy?

ROBUSTIANA: No, dormí bien.

ZOILO: Te sentí toser toda la noche.

ROBUSTIANA: Dormida, sería.

ZOILO: Traiga, yo acabo.

ROBUSTIANA: ¡No, deje! ¡Si me gusta!

ZOILO: Pero le hace mal. Salga.

ROBUSTIANA: Bueno. Entonces yo voy a ordeñar, ¿eh?

ZOILO: ¿Cómo? ¿No han sacado leche entuavía?

ROBUSTIANA: No, señor, porque...

ZOILO: ¿Y qué hacen ésas? ¿A qué hora se levantaron?

ROBUSTIANA: Muy temprano...

ZOILO: ¡Dolores! ¡Rudecinda! *(Llamando).*

ROBUSTIANA: Yo fui que...

ESCENA IV

Dichos, Rudecinda.

RUDECINDA: ¡Jesús! ¿Qué te duele?

ZOILO: ¿No han podido salir entuavía de la madriguera? ¿Por qué no han ordeñado de una vez?

RUDECINDA: ¡Qué apuro! Ya fue Dolores. *(Intencionada)* Te vino con el parte alguna tijereta, ¿no? ¿Cuánto le pagás por viaje? *(Hace una mueca de desprecio a Robustiana, da un coletazo y desaparece. Pausa).*

ESCENA V

Robustiana, Zoilo, Batará.

BATARÁ: *(Aparece silbando, saca un jarro de agua del barril y bebe).* ¡Ta fría! *(A Robustiana)* ¡Día! ¡Sión! ¡Madrina! Aquí le traigo pa usté. *(Le ofrece una yunta de perdices).*

ZOILO: ¿Y Aniceto?

BATARÁ: ¡Ahí viene! Se apartó a bombiar el torito osco, que parece medio tristón.

ZOILO: ¿Encontraron algo?

BATARÁ: Sí, señor. Cueriamos tres con la ternera rosilla que murió ayer.

ROBUSTIANA: ¡Ave María Purísima! ¡Qué temeridad!

BATARÁ: Y por el cañadón grande, encontramos un güey echado, y a la lechera chorriada muy seria.

ZOILO: ¿Les dieron güelta la pisada?

BATARÁ: Sí, señor. Pero pa mí que ese remedio no las cura. ¡Pcha! ¡Pídemia bruta! Se empieza a poner serio el animal, desganao, s'echa y al rato no más queda tieso como una guampa clavada en el suelo. Debe ser algún pasto malo.

ROBUSTIANA: ¡Qué tristeza! ¡Era lo único que nos faltaba! ¡Que detrás de que tenemos tan poco, se nos mueran los animales! ¡Y con el invierno encima!

ZOILO: ¡No hay que afligirse, m'hija! ¡No hay mal que dure cien años! ¡Aístá Aniceto!

ESCENA VI

Dichos, Aniceto.

ANICETO: Tres... y dos por morir. *(A Robustiana)* Buenos días... *(A Zoilo)* Hay que mandar la rastra pa juntar los cueros *(Sentándose en cualquier parte)*. Dicen que don Luis tiene un remedio bueno allá en la estancia.

ZOILO: Sí, una vacuna... Pero eso debe ser para animales finos.

BATARÁ: ¡Güena vacuna! ¡Cuando vino el ingeniero ése, para probar el remedio, se murió medio rodeo de mestizas en la estancia grande; bah!... Ese franchute no más ha de haber sido el que trujo la epidemia.

ANICETO: Grano malo no es.

ZOILO: Últimamente sea lo que sea... que se muera todo de una

vez. Si fuera mío el campo, ya le habría prendido fuego. ¡Ensilame el overo!

ESCENA VII

Rudecinda, Zoilo, Aniceto.

RUDECINDA: ¡Che, princesa! Podés ir a tender la cama, si te parece. ¿O esperás que las sirvientas lo hagan? Pronto es mediodía, y todo está sucio.

ROBUSTIANA: No rezongués. Ya voy... *(Vase)*.

RUDECINDA: ¡Movete, pues! *(A Aniceto)* Buen día. ¿No han carniado?

ZOILO: No sé qué... ¡Si no te carniamos a vos!

RUDECINDA: ¡Tas muy chusco! ¡No hablo con vos!

ANICETO: No hay nada, doña. Anduve mirando si encontraba alguna ternera en buenas carnes y...

RUDECINDA: Pues yo he visto muchas...

ANICETO: Ajenas, serían...

ZOILO: No perdás tiempo, hijo, en escuchar zonceras.

RUDECINDA: ¡Zonceras! ¿Y qué comemos entonces? ¿Querés seguir manteniéndonos a pura mazamorra? Charque no hay más.

ZOILO: Pero hay mucho rulo, y mucho moño, y mucha comadrería.

RUDECINDA: Mejor.

ZOILO: ¡Entonces, no se queje, canejo!

RUDECINDA: ¡Avisá si también pensás matarnos de hambre!

ZOILO: Si tenés tanta, pegá un volido pal campo. ¡Carniza no te ha de faltar!... Podrás hartarte con tus amigos los caranchos. Che, Aniceto. Via dir hasta el boliche a buscar un parche poroso pa Robusta, que la pobre está muy mal de la tos... Reparame un poco esto y si se alborotan mucho las cotorras, meniales chumbo no más. *(Vase lentamente)*.

RUDECINDA: Eso es, pa esa guacha tísica todos los cuidaos; los demás que revienten. Andá no más... Andá no más, que poco te va a durar el contento. *(A Aniceto)* ¿Y a usted, lo han dejao de cuidador? Bonito papel, ¿no? ¡Ja... ja!... El maizal con espantajo. *(Mutis)*.

ESCENA VIII

Robustiana, Aniceto.

ANICETO: ¡Pcha, que son piores! *(Se pone a lavar las manos junto al barril, echándose agua con el jarro)*.

ROBUSTIANA: ¡Espérese! ¡Yo le ayudo!

ANICETO: No, dejá. Ya va a estar, hija.

ROBUSTIANA: *(Tomando el jarro y volcándole agua en las manos)* ¡Hija! ¡La facha para padre de familia! ¿Quiere jabón?

ANICETO: ¡Gracias, ya está! *(Intenta secarse con el poncho)*.

ROBUSTIANA: ¡Ave María! No haga eso, no sea... *(Va corriendo adentro y vuelve con una toalla)*. ¡Jesús! No puedo correr... Parece que me ahogo.

ANICETO: ¿Ves? Por meterte a comedida.

ROBUSTIANA: Ya pasó. *(Burlona)* ¡Réteme no más, tatita! ¡No digo! Si tiene el andar de padre de familia.

ANICETO: ¡Oh!... Te ha dado fuerte con eso.

ROBUSTIANA: ¡Claro! ¡Si me trata con seriedad!

ANICETO: ¿Yo?

ROBUSTIANA: ¡Siempre que me habla pone una cara!... *(Remedando)* “¡Gracias, hija! ¡Hacé esto, m’hija! ¡Buen día, m’hija!”. O si no, se pone bueno y mansito como tata y me trata de usted. “¡Hijita, el rocío puede hacerle mal! ¡Hija, alcancemé eso, quiere!”. ¡Ja, ja, ja! Cualquier día, equivocada, le pido la bendición.

ANICETO: ¡Vean las cosas que se le ocurren! Es mi manera así.

ROBUSTIANA: ¿Y cómo con otras no lo hace?

ANICETO: ¡Ah! Porque, porque...

ROBUSTIANA: ¡Dígalo, pues! ¿A que no se anima?

ANICETO: Porque, bueno... y si vamos a ver, ¿por qué vos me tratás de usted y con tanto respeto?

ROBUSTIANA: *(Confundida)* ¿Yo?... ¿Yo? Este... ¡miren qué gracia! Porque... ¿Quiere que le cebe mate?

ANICETO: ¡No, señor! ¡Responda primero!

ROBUSTIANA: Pues porque... antes, como yo era chica, y usted... tamaño hombre, me parecía feo tratarlo de vos.

ANICETO: ¿Y ahora?

ROBUSTIANA: *(Ruborizándose)* Ahora. Ahora porque... porque me da vergüenza.

ANICETO: *(Extrañado)* ¡Vergüenza de mí! ¡De un hermano casi!

ROBUSTIANA: No... ¡vergüenza no! Este. ¡Sí! ¡No sé qué! Pero... *(Como inquiriéndose por sus propios pensamientos)* ¡Ay! ¡Si nos vieran

juntos! Conversando así de estas cosas...

ANICETO: ¿De cuáles?

ROBUSTIANA: ¡Nada, nada! Este... ¡Caramba! Venga a sentarse y hablaremos como dos buenos amiguitos...

ANICETO: *(Con mayor extrañeza y curiosidad)* ¿Y antes cómo hablábamos?

ROBUSTIANA: *(Impaciente)* ¡Jesús... si parezco loca! ¡No sé ni lo que digo! Quería decir... No me haga caso, ¿eh? Bueno. ¡Siéntese! ¡A ver! ¿Qué iba a preguntarle? ¡Ah!... ya me acuerdo. Diga... ¿Por qué venía tan triste esta mañana del campo?

ANICETO: *(Ingenuo)* Pensando en todas las desgracias de padrino Zoilo.

ROBUSTIANA: ¡Cierto! ¡Pobre tatita! ¡Me da una lástima! ¡A veces tengo miedo de que vaya a hacer alguna barbaridad! Pues... ¿y en otras cosas pensaba?

ANICETO: ¡En nada!

ROBUSTIANA: ¿En nada, en nada más? Vamos... ¿A que no me dice la verdad?

ANICETO: Por Dios, que no...

ROBUSTIANA: ¿Se curó tan pronto?...

ANICETO: ¡Ay, hijita! ¡No había caído!

ROBUSTIANA: ¿Otra vez? ¡Bendición, tatita!

ANICETO: Bueno. No te trataré más así, si no te agrada.

ROBUSTIANA: Me agrada. Es que usted piensa siempre que soy muy chiquilina. Pero dejemos eso. ¿No venía pensando en alguna persona?

ANICETO: No hablemos de difuntos. Aquello tiene una cruz encima.

ROBUSTIANA: Yo siempre pensé que Prudencia le iba a jugar feo...

ANICETO: No me quería y se acabó.

ROBUSTIANA: Hizo mal, ¿verdad?

ANICETO: ¡Pa mí que hizo bien! Peor es casarse sin cariño.

ROBUSTIANA: Usted sí que la quería de veras. ¡Qué lástima! *(Pausa)*. Yo... todavía no he tenido novio... ninguno... ninguno... ninguno...

ANICETO: ¿Te gustaría?

ROBUSTIANA: ¡Miren qué gracia! ¡Ya lo creo! Un novio de endeveras pa que se casara conmigo y nos llevásemos a tata a vivir con nosotros. Siempre pienso en eso.

ANICETO: ¿Al viejo solo? ¿Y las otras?

ROBUSTIANA: ¡Ni me acordaba! Bueno, la verdad es que para lo que sirven, bien se las podía llevar un ventarrón.

ANICETO: *(Pensativo)* Conque... Pensando en novios... ¡Está bien! ¡Ta bueno!

ROBUSTIANA: *(Después de un momento)* Diga... ¿Verdad que estoy mucho más gruesa?

ANICETO: *(Sorprendido en su distracción)* ¿Qué?

ROBUSTIANA: ¡Ave María, qué distraído!... ¿No me halla más repuesta?

ANICETO: ¡Mucho!

ROBUSTIANA: Si no fuera por la tos, estaría ya tan alta y tan carnuda como Prudencia, ¿verdad? Sin embargo, Dios da pan al que no tiene dientes.

ANICETO: ¡Así es!

ROBUSTIANA: Yo, en lugar de ella...

ANICETO: ¡Qué!... *(Vivamente)*.

ROBUSTIANA: ¡Nada!

ANICETO: *(Alzándose)* En lugar de ella... ¿qué?

ROBUSTIANA: ¡Ay, qué curioso!

ANICETO: Diga, pues...

ROBUSTIANA: *(Azorada, de pie, ante el gesto insistente de Aniceto)* Pero... ¿Yo qué he dicho? No, no me haga caso. ¡Estaba distraída!
¡Ay, me voy! Soy una aturdida. Adiós, ¿eh? *(Volviéndose)*
¿No se va a enojar conmigo?

ANICETO: *(Tierno)* ¡Venga, hija, escúcheme!

ROBUSTIANA: *(Vivamente)* ¡Bendición, tata! *(Vase lentamente por detrás del rancho).*

ESCENA IX

Martiniana, Rudecinda, Dolores, Prudencia.

MARTINIANA: *(Desde adentro izquierda)* ¡Ave María Purísima! *(Con otro tono)* ¡Sin pecado concebida! ¡Apiate no más, Martiniana, y pasá adelante! *(Apareciendo)* ¡Jesús, qué recibimiento! ¡Ni que fuera el rey de Francia!... ¡Ay, cómo vienen todos!... *(Saludando)* ¡Reverencias! ¡Quédense sentaos no más! ¡Los perdono!

RUDECINDA: ¡Ay, comadre! ¿Cómo le va? ¡La conocí en la voz!

MARTINIANA: Dejuramente; porque ni me había visto... Creí mesmamente que el rancho se hubiese vuelto tapera...
Aparecen sucesivamente Dolores y Prudencia.

¡Doña Dolores! ¡Prudencia! Estaban atariadas, ¿verdad?

PRUDENCIA: No... Conversando no más.

RUDECINDA: Tome asiento, comadre. *(Acercando un banco).*

MARTINIANA: ¡Siempre cumplida! Tanto honor de una comadre.

PRUDENCIA: ¿Y qué buenos vientos la traen?

MARTINIANA: ¡Miren la pizcueta! Ya sabe que son güenos vientos.

PRUDENCIA: De aquel rumbo...

MARTINIANA: No pueden ser malos, ¿eh? Sin embargo, ande ustedes me ven, casi se me forma remolino en el viaje.

RUDECINDA: ¡Cuenta!

PRUDENCIA: ¿Qué le ocurrió?

MARTINIANA: Nada. Que venía pa acá, y al llegar al portoncito e la cuchilla, ¿con quién creerán que me topo? ¡Nada menos que con el viejo Zoilo!

PRUDENCIA: ¡Con tata!

MARTINIANA: ¡Ande vas, vieja... arcabucera...!, me gritó. Ande me da la rial gana..., le contesté... Y ái no más me quiso atravesar el caballo por delante. Pero yo que no quería tener cuestiones con él, por ustedes, ¿saben?, nada más; taloníe la tubiana vieja y enderecé p' cá al galope.

PRUDENCIA: ¡Menos mal!

MARTINIANA: ¡Verás, hijita! ¡La cuestión no acabó ái! En cuanto me vido galopiando, ¿adivinen lo que hizo ese viejo hereje? ¡Ande te vas a ir, avestruz loco!, me gritó, y empezó a revoliar las boliadoras. Sea cosa, dije yo, que lo haga, y sujeté. ¿Vas por casa? ¿Qué le importa? Y se armó la tinguitanga. Sí, señor, viá visitar a mi comadre y a las muchachas, que las pobres son tan güenas y usted las tiene viviendo en la inopia, soterradas en una madriguera, y que tal y que cual. ¡Pcha!... Ahí no más me durmió a insultos. Pero yo no me quedé atrás y le dije, defendiéndolas a ustedes, como era mi obligación, tantas verdades, que el hombre se atoró. Aurita no más me pega

un chirlo, pensé. ¡Pero nada!... Se quedó un rato serio, y después, entrando en razón de juramento, me dijo: Hacer lo que te acomode... ¡al fin y al cabo!... ¿Qué le parece? ¡Después habrá quien dice que ña Martiniana Rebenque no sabe hacer las cosas! ¡Ah! ¿Y sabés lo que me dijo también al principio?... Que sabía muy bien que don Juan Luis había estado en casa aquel día que vos fuiste, Prudencia, a pasar conmigo... ¿Qué temeridad, no?

ESCENA X

Dichos, Robustiana.

ROBUSTIANA: *(Aparece demudada, sosteniéndose en el marco de la puerta, con voz muy débil).* ¿Me quieren dar un poco de agua?

RUDECINDA: Ahí está el barril.

ROBUSTIANA: *(Tose, tapándose la boca con un pañuelo que debe estar ligeramente manchado de sangre).* ¡No... puedo...!

MARTINIANA: ¿Cómo te va, hija?... ¡Che!... ¿Qué tenés? *(Acude en su ayuda).* ¡Vengan! Que a esta muchacha le da un mal...

DOLORES: *(Alarmada)* Hija... ¿Qué te pasa?

MARTINIANA: *(Avanza sosteniéndola)* Coraje, mujer, no es nada... No se aflija... Con un poco de agua...

PRUDENCIA: *(Que se ha acercado llevando el agua)* Tomá el agua. ¡Parece que echa sangre!

RUDECINDA: ¡De las muelas será!...

ROBUSTIANA: *(Bebe un sorbo de agua, sofocada siempre por la tos, y a poco reacciona un tanto).* No fue nada... Llévenme adentro.

DOLORES: ¡Virgen Santa! ¡Qué susto!

MARTINIANA: *(Conduciéndola con Prudencia)* Hay que cuidarse, hija, esa tos... Así... empiezan todos los tísicos... Yo siempre le decía a la finadita hija de don Basilio Fuentes... Cuidate, muchacha... Cuidate, muchacha, y ella... *(Mutis).*

ESCENA XI

Dichos menos Robustiana y Martiniana.

DOLORES: Esta hija todavía nos va a dar un disgusto, verás lo que te digo.

RUDECINDA: No te preocupés. De mimosa lo hace. Pa hacer méritos con el bobeta del padre.

DOLORES: ¡No exagerés! ¡Enferma está!

RUDECINDA: Bueno... pero la cosa no es pa tantos aspavientos.

MARTINIANA: *(Reapareciendo con Prudencia)* ¡Ya está aliviada!

DOLORES: ¿Se acostó?

MARTINIANA: Sí... Vestida nomás... Sería bueno que usted fuera a verla, Misia Dolores... ¡y le diera un tecito de cualquier cosa!

DOLORES: *(Disponiéndose a ir)* Eso es... Un té de sauco, ¿será bueno?

MARTINIANA: Sí, o sino mejor una cucharada de aceite de comer... Suaviza el caño de la respiración.

Dolores mutis.

ESCENA XII

Dichos menos Dolores.

RUDECINDA: Y después, comadre, ¿qué pasó?

PRUDENCIA: Tata se fue y... ¿qué?

MARTINIANA: Y nada más.

PRUDENCIA: ¿Qué noticias nos trae?

RUDECINDA: No tenga miedo...

MARTINIANA: Bueno, dice don Juan Luis que no halla otro remedio, que ustedes deben apurarse y convencer a doña Dolores y mandarse mudar con ella pa la estancia vieja... El día que ustedes quieran él les manda el breque al camino y... ¡a las de juir!...

PRUDENCIA: ¿Y Robusta? ¿Y tata?

RUDECINDA: ¿Y Aniceto?

MARTINIANA: Ese es zonzo de un lao... A Robusta la llevan nomás, y en cuanto al viejo, ya verán cómo poniéndole el nido en una jaula, cái como misto... Ta aquerenciadazo con ustedes. Y más si le llevan a la gurisa.

RUDECINDA: ¿Y cómo?

PRUDENCIA: Yo tengo miedo por tata. Es capaz de matar a Juan Luis.

MARTINIANA: ¡Qué va a matar ése! Y además, no tiene razón, porque don Juan Luis no se mete en nada. Son ustedes mismas las que se resuelven. ¿Por qué le van a consentir a ese hombre, después que les ha derrochao el güen pasar que tenían, que las tenga aquí encerradas y muriéndose de hambre? ¡No faltaría más! Si juese pa algo malo, yo sería la primera en decirles, ¡no lo hagan! Pero es pal bien de todos, hijas. Ustedes se van allá, primero, lo convencen al viejo, y después a vivir la güena vida. Vos con tu Juan Luis, que tal vez se case

pronto, como me lo ha asiguro; usted, comadre, con su comisario..., que me han dicho que anda en tratos pa poblar y ayuntarse... ¿eh? Se pone contenta, y todo como antes.

PRUDENCIA: Sí, la cosa es muy linda. Pero, tata, tata.

MARTINIANA: ¡Qué tanto preocuparte del viejo! Peor sería que juyeras vos sola con tu rubio, como sucede tantas veces; demasiado honrada que sos entuavía, hijita. A otros más copetudos que el viejo Zoilo les han hecho doblar el cogote las hijas, por meterse a contrariarles los amores. Ustedes no van acometer ningún pecao, y además si el viejo tiene tanta vergüenza de vivir como él dice de pretao, ¡más vergüenza debería de darle en seguir manteniéndose a costillas de un pobre, como el tape Aniceto! Que es el dueño de todo esto.

RUDECINDA: Y últimamente si él no quiere venirse con nosotras, que se quede, pa eso estaremos Dolores y yo, pal respeto de la casa... ¡qué diablos! (*Resuelta*) ¡Se acabó! Voy a conversar con Dolores y verás cómo la convenzo.

MARTINIANA: ¡Así me gusta, comadre! Las mujeres han de ser de resolución.

ESCENA XIII

Prudencia, Martiniana.

PRUDENCIA: Rudecinda no sabe nada de aquello, ¿verdad?

MARTINIANA: ¡Qué esperanzas! Te has creído que soy alguna... ¡No faltaba más!

PRUDENCIA: No, es que me parece que anda desconfiada.

MARTINIANA: No hagás caso. Hacé de cuenta que todo ha pasao entre vos y él. Además, pa decir la verdá, yo no vide nada... Tabá en la cachimba lavando.

PRUDENCIA: ¡Pschiss!

ESCENA XIV

Dichos, Rudecinda, Zoilo.

ZOILO: ¿Ande está Robustiana?

PRUDENCIA: Acostada.

MARTINIANA: Mire, don Zoilo. Tiene que cuidar mucho a ésa; no la hallo bien. No me gusta ningún poquito esa tos.
Zoilo desaparece.

RUDECINDA: No pude hablar con Dolores, pero es lo mismo. ¿Pa cuándo podrá ser, comadre?

MARTINIANA: Cualquier día. No tienen más que avisarme. Ya saben que pa obra güena siempre estoy lista.

RUDECINDA: Bueno, pasao mañana. ¿Te parece, Prudencia? ¡O mejor mañana nomás!

ESCENA XV

Dichos, Aniceto, Sargento.

ANICETO: ¡Pase adelante!

SARGENTO: Güen día. *(A Rudecinda)* ¿Cómo le va, doña? *(A Prudencia)* ¿Qué hace ña Martiniana?

PRUDENCIA: ¿Cómo está, sargento? ¿Y el comisario?

SARGENTO: Güeno. Les manda muchos recuerdos y esta carta pa usté.

RUDECINDA: Está bien, gracias.

MARTINIANA: ¿Anda de recorrida o viene derecho?

SARGENTO: Derecho... Vengo en comisión. *(Volviéndose a Aniceto)* ¡Ah!... Y con usted tampoco anda muy bien el comisario. Dice que por qué no jue a la reunión de los otros días, que si ya se le ha olvidao que hay elecciones, y superior gobierno, y partidos.

ANICETO: Digalé que no voy ande no me convidan.

SARGENTO: ¡No se retobe, amigazo! ¡La política anda alborotada y no es güeno estar mal con el superior ¿Y don Zoilo? *(A Rudecinda)* Me dijo el capitán que no se juesen a asustar las mozas, que no es pa nada malo. Estará un rato en la oficina. Cuando hablen con él lo largan.

ESCENA XVI

Dichos, Zoilo.

ZOILO: ¿Qué andás queriendo vos por acá?

SARGENTO: Güen día, viejo. Aquí andamos. Este. Vengo a citarlo.

ZOILO: ¿A mí?

SARGENTO: Es verdá.

ZOILO: ¿Pa qué?

SARGENTO: Vaya a saber uno... Lo mandan y va.

ZOILO: ¿Y no tienen otra cosa que hacer que molestar vecinos?

SARGENTO: Así será.
Batará se asoma, escucha un momento la conversación y se va.

ZOILO: Ta güeno. Pues... Decile a Gutiérrez que si por casualidad tiene algo que decirme, mande o venga. ¿Me has oído?

SARGENTO: Es que vengo en comisión.

ZOILO: ¡Y a mí qué me importa!

SARGENTO: Con orden de llevarlo.

ZOILO: ¡A mí! ¡A mí!

SARGENTO: Eso es.

ZOILO: ¿Pero han oído ustedes?

SARGENTO: *(Paternal)* No ha de ser por nada. Cuestión de un rato. Venga no más. Si se resiste va a ser pior.

MARTINIANA: Claro que sí; mejor es dir a las güenas. ¿Qué se saca con resistir a la autoridá?

ZOILO: ¡Callá esa lengua, vos! Vamos a ver un poco, ¿no está equivocado? ¿Vos sabés quién soy yo? ¡Don Zoilo Carbajal! ¡El vecino don Zoilo Carbajal!

SARGENTO: Sí, señor. Pero eso era antes, y perdone. Aura es el viejo Zoilo, como dicen todos.

ZOILO: ¡El viejo Zoilo!

SARGENTO: Sí, amigo, cuando uno se güelve pobre, hasta el apelativo le borran.

ZOILO: ¡El viejo Zoilo! Con razón ese militar de Gutiérrez se permite nada menos que mandarme buscar preso. En cambio él tiene aura hasta apellido... Cuando yo lo conocí no era más que Anastasio, el hijo de la parda Benita... ¡Trompetas! *(A voces)* ¡Trompetas, canejo!

ANICETO: No se altere, padrino. A cada chancho le llega su turno.

ZOILO: ¡No m'he de alterar, hijo! Tiene razón el sargento. ¡El viejo Zoilo y gracias! ¡Pa todo el mundo! Y los mejores a gatas si me tienen lástima. ¡Trompetas! Y si yo tuviera la culpa, menos mal. Si hubiera derrochao, si hubiera jugao, si hubiera sido un mal hombre en la vida, si le hubiera hecho daño a algún cristiano, pase, lo tendría merecido. Pero jui bueno y servicial, nunca cometí una mala acción, nunca... ¡canejo! Y aura porque me veo en la mala, la gente me agarra pal manoseo, como si el respeto fuese cosa de poca o mucha plata.

SARGENTO: Eso es. Eso es.

RUDECINDA: ¡Ave María! ¡No esageres!

ZOILO: ¡Que no esagere! ¡Si al menos ustedes me respetaran! Pero ni eso, canejo. Ni los míos me guardan consideración. Soy más viejo Zoilo pa ustedes, que pal más ingrato de los ajenos... ¡Vida miserable!... ¡Y yo tengo la culpa! ¡Yo!... ¡Yo! Por ser demasiado pacífico. Por no haber dejao un tendal de bellacos. ¡Yo... tuve la culpa! *(Después de una pausa)* ¡Y dicen que hay un Dios!...

Pausa prolongada; las mujeres, silenciosas, vanse por foro. Zoilo se pasea.

ESCENA XVII

Zoilo, Aniceto, Sargento, Batará.

ZOILO: Está bien, sargento. Lléveme nomás. ¿Tiene orden de atarme? Proceda nomás.

SARGENTO: ¡Qué esperanza! Y aunque tuviese. Yo no ato cristiano manso.

ZOILO: ¿No sabe qué hay contra mí?

SARGENTO: Decían que una denuncia de un vecino.

ZOILO: ¡También eso! Quién sabe si no me acusan de carniar ajeno. Lo único que me faltaba...

BATARÁ: *(Que se aproxima por detrás del rancho a Aniceto)* Si quiere resistir le escondo la carabina al milico.

ANICETO: Salí de acá.

ZOILO: *(Al Sargento)* Cuando guste... Tengo el caballo ensillao. *(A Aniceto)* Hasta la güelta, hijo. Si tardo, cuidame mucho a la gurisa... que la pobrecita no está nada bien.

ANICETO: Vaya tranquilo.

ZOILO: Güeno. Marcharé adelante como preso acostumbrao.

SARGENTO: *(A Aniceto)* ¡Salú, mozo!
Batará lo sigue azorado.

ESCENA XVIII

Robustiana, Aniceto.

ROBUSTIANA: Aniceto... ¿Y tata?

ANICETO: Ahí lo llevan.

ROBUSTIANA: Preso, ¿verdad?

ANICETO: Preso.

ROBUSTIANA: ¡Ay, tatita! *(Echándose a correr)*.

ANICETO: *(Deteniéndola)* ¡No, no vaya! Se afligiría mucho...

ROBUSTIANA: ¡Tata no ha dao motivo! ¡Lo llevan pa hacerle alguna maldad! Déjeme ir. ¡Yo quiero verlo! ¡Capaces de matarlo, lárgueme!

ANICETO: Venga acá. No se aflija. Es pa una declaración.

ROBUSTIANA: ¡No, no, no, no! ¡Usted me engaña! ¡Ay, tatita querido! *(Llora desconsolada)*.

ANICETO: Cállese... no sea mala.

ROBUSTIANA: ¡Aniceto! ¡Aniceto! El corazón me anuncia desgracia, déjeme ir!

ANICETO: ¿Qué sacaría con afligir más a su tata? Es una injusticia que lo prendan sin motivo. Pero qué le hemos de hacer. Cállese y esperemos. Antes de la noche lo tendremos de vuelta.

ROBUSTIANA: Pero, ¿y mama? ¿Y Prudencia? ¿Y la otra? ¿Qué han hecho por tata?

ANICETO: ¡Nada, hija! Ahí andan con el rabo caído, con vergüenza, seguramente.

ROBUSTIANA: Qué idea. ¡Tal vez ellas nomás!... Serían capaces, las infames. *(Enérgica)* ¡Oh!... Yo lo he de saber...

ANICETO: Quedesé quieta; no se meta con esas brujas, que es pa pior.

ROBUSTIANA: Sí, son ellas, son ellas, pa quedar más libres. ¡Ay, Dios Santo! ¡Qué infames!

ANICETO: No sería difícil. Pero calmesé. Tal vez todo eso sea pa mejor. No hay mal que dure cien años... Estése tranquila y tenga paciencia.

ROBUSTIANA: ¡Ah! Usted es muy bueno. El único que lo quiere.

ANICETO: ¡Bien se lo merece! Amalaya me saliera bien una idea y verían cómo pronto cambiaban las cosas.

ROBUSTIANA: ¿Qué idea? Cuéntemela.

ANICETO: Después, más tarde.

ROBUSTIANA: ¡No! ¡Ahora! Dígamela pa consolarme.

ANICETO: Bueno, si me promete ser juiciosa... ¿Se acuerda lo que hace un rato me decía, hablando de novios?

ROBUSTIANA: Sí.

ANICETO: Pues ya le tengo uno.

ROBUSTIANA: ¿Cómo yo quería? *(Sorprendida)*.

ANICETO: Igualito... De modo que si a usted le gusta... un día nos casamos.

ROBUSTIANA: ¡Ay, Jesús!

ANICETO: ¿Qué es eso, hija? Le hice mal Si hubiera sabido...

ROBUSTIANA: No... un mareo. ¿Pero lo dice de veras? *(Asentimiento)*. ¿De veras? ¿De veras? ¡Ay!... Aniceto... me dan ganas de llorar... de llorar mucho. ¡Mi Dios, qué alegría! *(Llora estrechándose a Aniceto, que la acaricia enternecido)*.

ANICETO: ¡Pobrecita!

ROBUSTIANA: ¡Qué dicha! ¡Qué dicha! ¿Ve? Ahora me río... de modo... que usted me quiere... ¿Y usted cree que yo me voy a curar y a poner buena moza... y nos casamos? ¿Y viviremos con tata los tres, los tres solitos? ¿Sí? Entonces no lloro más.

ANICETO: ¿Aceta?

ROBUSTIANA: ¡Dios!... Si parece un sueño. Vivir tranquilos, sin nadie que moleste, queriéndose mucho, el pobre tata feliz allá lejos... en una casita blanca... Yo sana... sana... ¡En una casita blanca!... Allá lejos... *(Radiante, va dejando resbalar la cabeza sobre el pecho de Aniceto)*.

TELÓN

ACTO TERCERO

IGUAL DECORACIÓN QUE EL ACTO SEGUNDO, MÁS UNA CAMA DE FIERRO BAJO EL ALERO, JUNTO A LA PUERTA. ES DE DÍA. AL LEVANTARSE EL TELÓN, APARECE EN ESCENA DON ZOILO, ENCERANDO UN LAZO Y SILBANDO DESPACITO. AL CONCLUIR, LO CUELGA DEL ALERO. LUEGO DE UN PEQUEÑO MOMENTO, HACE MUTIS POR EL FORO, A TIEMPO QUE SALEN DEL RANCHO RUDECINDA Y DOLORES.

ESCENA I

Rudecinda, Dolores.

RUDECINDA: ¡Ahí se va solo! ¡Andá a hablarle! Le decís las cosas claramente y con firmeza. Verás cómo dice que sí; está muy quebrao ya... ¡Peor sería que nos fuésemos, dejándolo solo en el estao en que se halla!

DOLORES: Es que no me animo; me da no sé qué. ¿Por qué no le hablás vos?

RUDECINDA: Bien sabés que conmigo, ni palabra.

DOLORES: ¿Y Prudencia?

RUDECINDA: ¡Peor todavía! Animate, mujer. Después de todo, no te va a castigar. Y como mujer déj que sos, tenés derecho a darle un consejo sobre cosas que son pal bien de todos.

DOLORES: No. De veras. No puedo. Siento vergüenza, miedo, qué sé yo.

RUDECINDA: ¡Jesús!... ¿Te dentró el arrepentimiento y la vergüenza después que todo está hecho? Además, no se trata de un delito.

DOLORES: No me convencés... Prefiero que nos vayamos callaos no

más. Como pensábamos irnos la otra vez.

RUDECINDA: Se ofenderá más y no quedará saber después de nada.

DOLORES: Y don Luis, ¿no le iba a escribir?...

RUDECINDA: Le escribió, pero el viejo rompió la carta sin leerla. Resolvete, pues.

DOLORES: No... No... y no.

RUDECINDA: ¡Bueno! Se hará como vos decís. Pero después no me echés las culpas si el viejo se empaca... ¡Mirá! Ahí llega Martiniana con el breque. ¡Si te hubieses decidido, ya estaríamos prontas! ¡Pase, pase, comadre!

ESCENA II

Dichos, Martiniana.

MARTINIANA: ¡Buen día les dé Dios!

RUDECINDA: ¿Qué es ese lujo, comadre? ¡En coche!

MARTINIANA: Ya me ve. ¡Qué corte! Pasaba el breque vacido por frente a casa, domando esa junta, y le pedí al pión que me trujese. (*Bajo*) Allá lo vide al viejo a pie, por entre los yuyos. ¿Le hablaron?

RUDECINDA: ¡Qué! ¡Esta pavota no se anima! Nos vamos calladas.

MARTINIANA: Como ustedes quieran. Pero yo, en el caso de ustedes, le hubiese dicho claro las cosas. El viejo, que ya está bastante desconfiao, puede creer que se trata de cosas malas. Cuando íbamos a juir la otra vez, era distinto. Entonces vivía entuavía la finadita Robustiana. Dios la perdone, y era más fácil de convencer.

RUDECINDA: Ya lo estás oyendo, Dolores.

DOLORES: Tendrán ustedes razón... Pero yo no me atrevo a decirle nada...

RUDECINDA: ¡Entonces nos quedaremos... a seguir viviendo una vida arrastrada, como los sapos, en la humedad de este rancho, sin tener qué comer casi, ni qué ponernos, ni relaciones, ni nada!

DOLORES: No sé por qué... pero me parece que me anuncia el corazón que eso sería lo mejor... Al fin y al cabo no lo pasamos tan mal... Y tenga los defectos que tenga, mi marido no es un mal hombre.

RUDECINDA: Pero bien sabés que es un maniático. Por necesidad, sería la primera en acetar la miseria... Pero lo hace de gusto, de caprichoso... Don Juan Luis le ofrece trabajo, nos deja seguir viviendo en la estancia como si fuera nuestra. ¿Por qué no quiere? Si no le gustaba que Juan Luis tuviese amores con Prudencia y que Gutiérrez me visitase, y que nos divirtiésemos de cuando en cuando... con decirlo, santas pascuas... Todo fue por hacerle el gusto a ese ladio de Aniceto, que andaba celoso de Prudencia, y por los chismes de la gurisa... Por eso no más. Ahora, que se acabó el asunto, no veo por qué ha de seguir porfiando.

DOLORES: ¡Bien, no hablemos más, por favor!... ¡Hagan de mí lo que quieran! Pero no me animo, no me animo a hablarle. (*Se va*).

ESCENA III

Martiniana, Rudecinda.

MARTINIANA: Últimamente, ni le hablen... Yo decía por decir... Mire, comadre... Vámonos no más. La cosa sería hacerlo retirar al viejo hoy del rancho. Vamos a pensar. Si me hubieran avisao hoy temprano, yo le hablo a Gutiérrez pa que lo cite como la vez pasada. ¡Estuvo güeno aquello! ¡Lástima que la enfermedad de la gurisa no nos dejó juir! ¡Qué cosa! Si no juese que se murió la pobrecita, pensaría que lo hizo de gusto. Dios me perdone.

RUDECINDA: Bueno; ¿y cómo haríamos, comadre?

MARTINIANA: ¡Phiss! Ni qué hablar.
Rudecinda mutis.

ESCENA IV

Martiniana, Prudencia.

MARTINIANA: Güeno. Pitaremos, como dijo un gringo... (*Lía un cigarrillo y lo enciende.*)

PRUDENCIA: ¿Qué tal, Martiniana?

MARTINIANA: Aquí andamos, hija... Ya te habrás despedido de toda esta miseria. Mire que se precisa anchetas pa tenerlas tanto tiempo soterradas en semejante madriguera. Fijate, che... ¡La mansión con que te pensaba obsequiar ese abombao de Aniceto!... ¿Pensaría que una muchacha decente y educada y acostumbrada a la comodidad, iba a ser feliz entre esos cuatro terrones? ¡Qué abombao! Mejor han hecho su casa aquellos horneritos, en el mojinete... ¡Qué embromar! ¡Che... che!... ¡La cama de la finadita!... ¿Sabés que me dan ganas de pedirla pa mi Nicasia? La misma que lo

hago... Dicen que ese mal se pega... pero con echarle agua hirviendo y dejarla al sol. Ta en muy güen uso y es de las juertes. ¡Ya te armastes, Martiniana!... ¡Pobre gurisa!... ¡Quién iba a creer! Y ya hace... ¿Cuánto, che? ¿Como veinte días? ¡Dios la tenga en güen sitio a la infeliz! ¡Cómo pasa el tiempo! Che, ¿y era cierto que se casaba pronto con Aniceto?

PRUDENCIA: Ya lo creo. Aniceto no la quería, ¡qué iba a querer! ¡Pero por adular a tata!...

MARTINIANA: Enfermedad bruta, ¿eh? ¿Qué duró? Ocho días o nueve y se jue en sangre por la boca. (*Suspirando*) ¡Ay, pobrecita! ¿Y el viejo sigue callao no más?

PRUDENCIA: Ni una palabra. Desde que Robustiana se puso mal, hasta ahora, no le hemos oído decir esta boca es mía... Conversa con Aniceto, y eso lejos de la casa... y después se pasa el día dando vueltas y silbando despacito.

MARTINIANA: Ha quedao maniático con el golpe. La quería con locura.

ESCENA V

Dichos, Aniceto, Zoilo.

Aniceto cruza la escena con algunas herramientas en la mano y va a depositarlas bajo el alero. Zoilo entra un instante después, silbando en la forma indicada, a Aniceto.

ZOILO: ¿Acabó?

ANICETO: Sí, señor...

ZOILO: ¿Quedó juerte la cruz?

ANICETO: Sí, señor... Y alrededor de la verja le planté unas enredaderitas. Va a quedar muy lindo.

ZOILO: Gracias, hijo. *(Toma agua; tantea un lazo).*

MARTINIANA: Güen día, Don Zoilo... Yo venía en el breque a pedirle que las dejara a Dolores y a las muchachas ir a pasar la tarde a casa.

ZOILO: ¿Qué?

MARTINIANA: Ir a casa. Las pobres están tan tristes y solas, que me dio pena...

ZOILO: ¿Cómo no? Es mucho mejor. *(Mutis).*

MARTINIANA: Muchas gracias, don Zoilo. Ya sabía... *(Volviéndose)* Che, Prudencia, andá avisales que está arreglao, que vengan no más cuando quieran.

ESCENA VI

Aniceto, Martiniana.

ANICETO: ¡Eh! ¡Vieja! En seguidita, pero en seguidita, ¿me oye?, sube en ese breque y se me manda mudar.

MARTINIANA: Pero...

ANICETO: No alce la voz... *(Enseñándole el talero)* ¿Ve esto? ¡Güeno!... ¡Sin chistar!

MARTINIANA: Yo...

ANICETO: ¡Volando he dicho! ¡Ya!...

Martiniana se va encogida bajo el temor del talero, con que la amenaza durante un trecho Aniceto.

ESCENA VII

Aniceto, Rudecinda.

ANICETO: *(Volviéndose)* ¡Son lo último de lo pior! ¡Ovejas locas!

RUDECINDA: ¿Y mi comadre?

ANICETO: Se jue.

RUDECINDA: ¿Cómo? ¡No puede ser!

ANICETO: Yo la eché.

RUDECINDA: Marti... *(Queriendo llamarla).*

ANICETO: *(A la vez violento)* ¡Cállese! ¡Llame a doña Dolores!

RUDECINDA: *(Sorprendida)* Pero, ¿qué hay?

ANICETO: Llamelá y sabrá.

Rudecinda, asomándose a la puerta del rancho, hace señas.

ESCENA VIII

Dichos, Dolores.

DOLORES: ¿Qué pasa?

RUDECINDA: No sé... Aniceto...

DOLORES: ¿Qué querés, hijo?

ANICETO: Digan... ¿No tienen alma ustedes? ¿Qué herejía andan por hacer?...

DOLORES: *(Confundida)* ¿Nosotras?

ANICETO: Las mismas. ¿No les da ni un poco de lástima ese pobre hombre viejo? ¿Quieren acabar de matarlo?

RUDECINDA: Che... ¿con qué derecho te metés en nuestras cosas? ¿Te dejó enseñada la lección Robustiana?

ANICETO: Con el derecho que tiene todo hombre bueno de evitar una mala acción... ¿Se quieren dir pa la estancia vieja..., escaparse y abandonarlo, cuando más carece de consuelos y de cuidados el infeliz? ¿Qué les precisa darle ese disgusto que lo mataría? Vea, doña Dolores. Usted es una mujer de respeto y no del todo mala. Por favor. Impóngase de una vez... Mande en su casa, resignese a todo y trate de que padrino Zoilo vuelva a encontrar en la familia el amor y el respeto que le han quitao...

DOLORES: Yo, yo, yo no sé nada, hijo.

RUDECINDA: Dolores hará lo que mejor le cuadre. ¿Has oído? Y no se precisa consejos de entremetidos.

ANICETO: Callesé. ¡Usted es la pior! La que le tiene regüeltos los sesos a esas dos desgraciadas. Ya tiene edá bastante pa aprender un poco e juicio...

RUDECINDA: ¡Jesús María! ¡Y después quedrán que una no se queje; si hasta este mulato guacho se permite manosiarla! ¿Qué te has creído, trompeta?

ANICETO: Haga el favor. ¡No grite! ¡Podría oír!

RUDECINDA: Bueno. ¡Que oiga! Si lo tiene que saber después, que lo sepa ahora... Sí, señor... Nos vamos pa la estancia, a lo nuestro... Queremos vivir con la comodidad que Zoilo nos quitó por un puro capricho... ¡A eso!... Y si a él no le gusta, que se muerda. No vamos a estar aquí tres mujeres...

Zoilo aparece por detrás del rancho.

...dispuestas a sacrificarnos toda la vida por el antojo de un viejo maniático.

ANICETO: ¿Usté qué dice, señora?

DOLORES: ¡Ay! ¡No sé! ¡Estoy tan afligida!

ANICETO: Bueno. ¡Si usté no dice nada, yo, yo no voy a permitir que cometan esa gran picardía!

RUDECINDA: ¿Vas a orejiarle... como es tu costumbre? ¡Si no les tenemos miedo!... A ninguno de los dos. Andá contale, decile que...

ANICETO: ¡Ah! Conque ni esa vergüenza les queda... ¡Arrastradas!... Conque se empeñan en matarlo de pena. Pues güeno, lo mataremos entre todos, pero les viá sobar el lomo de una paliza primero y todavía será poco. ¡Pa lo que merecen! ¡Desvergonzadas! ¿Qué se han pensao?... ¿Se creen que soy ciego?... ¿Se creen que no sé que la mataron a disgustos a la pobre chiquilina? ¿Se piensan que no sé que entre la vieja Martiniana y usté que es otra... perdida, como ella, han hecho que a esa infeliz de Prudencia la perdiera don Juan Luis?...

RUDECINDA: ¡Miente!

DOLORES: Virgen de los Desamparados, ¿qué estoy oyendo?

ANICETO: La verdá. Usté es una pobre diablo y no ha visto nada. Por eso el empeño de irse. Pa hacer las cosas más a gusto... ¡Esta con su Gutiérrez y la otra con su estanciero!... Y como si juese todavía poca infamia, pa tener un hombre honrao y güeno de pantalla de tanta inmundicia. *(Pausa).*

Dolores llora.

Y ahora, si quieren ustedes, pueden dirse, pero se van a tener que dir pasando bajo el mango de este rebenque.

RUDECINDA: *(Reaccionando enérgica)* ¡Eh! ¿Quién sos vos? ¡Guacho!

ANICETO: ¿Yo?... *(Alza el talero)*.

ESCENA IX

Dichos, Zoilo.

ZOILO: *(Imponente)* ¡Aniceto!

Estupefacción.

Usted no tiene ningún derecho.

ANICETO: Perdone, señor.

RUDECINDA: Es mentira, Zoilo.

ZOILO: *(A Aniceto)* Vaya, hijo... Haga dar güelta a ese breque que se va...

ANICETO: Ta bien... *(Mutis)*.

ESCENA X

Rudecinda, Zoilo, Dolores.

Zoilo se aproxima silbando al barril, bebe unos sorbos de agua, que paladea con fruición.

RUDECINDA: ¿Has visto a ese atrevido insolente? ¡Pura mentira!

ZOILO: *(Se sienta)* Sí, eso.

RUDECINDA: *(Recobrando confianza)* Debe estar aburrido de tenernos ya.

DOLORES: ¡Zoilo! ¡Zoilo! ¡Perdoname!

ZOILO: *(Como dejando caer lentamente las palabras)* ¿Yo? Ustedes son las que deben perdonarme. La culpa es mía. No he sabido tratarlas como se merecían. Con vos fui malo siempre...

No te quise. No pude portarme bien en tantos años de vida juntos. No te enseñé tampoco a ser güena, honrada y hacendosa. ¡Y güena madre sobre todo!

DOLORES: ¡Zoilo! ¡Por favor!

ZOILO: Con vos también, hermana, me porté mal. Nunca te di un güen consejo, empeño en hacerte desgraciada. Después te derroché tu parte de la herencia, como un perdulario cualquiera. *(Pausa)*. Mis pobres hijas también fueron víctimas de mis malos ejemplos. Siempre me opuse a la felicidad de Prudencia. Y en cuanto *(Con voz apagada por la emoción)* y en cuanto a la otra... aquel angelito del cielo, la maté yo, la maté yo, a disgustos. *(Ocultando la cabeza en la falda del poncho con un hondo sollozo)*.

Rudecinda se deja caer en un banco, abrumada. Pausa prolongada.

(Rehaciéndose, de pie) Güeno, vayan aprontando no más las cosas pa dirse. Va a llegar el breque.

DOLORES: *(Echándose al cuello)* ¡No... no, Zoilo! ¡No nos vamos! ¡Perdón! ¡Ahora lo comprendo! Hemos sido unas perversas... unas malas mujeres... Pero, perdonanos...

ZOILO: *(Apartándola con firmeza)* ¡Salga!... ¡Déjem!... Vaya a hacer lo que le he dicho...

DOLORES: ¡Por María Santísima! Te lo pido de rodillas... ¡Perdón... perdoncito!... Te prometemos cambiar para siempre.

ZOILO: ¡No!... ¡No!... ¡Levántese!

DOLORES: Te juro que viá ser una buena esposa... Una buena madre. Una santa. Que volveremos a la buena vida de antes, que todo el tiempo va a ser poco pa quererte y pa cuidarte. ¡Decí que nos perdonás, decí que sí! *(Abrazada a sus piernas)*.

ZOILO: ¡Salí! ¡Dejame! (*La aparta con violencia*).

Doña Dolores queda de rodillas, llorando sobre los brazos, que apoya en el suelo.

Y usted, hermana. Vamos, arriba... ¡Arriba, pues!

Rudecinda hace un gesto negativo.

¡Oh!... ¿Aura no les gusta? Vamos a ver... (*Se dirige a la puerta del rancho y al llegar se encuentra con Prudencia*). ¡Hija! ¡Usted faltaba! Venga... ¡Abraze a su padre! ¡Así!

ESCENA XI

Dichos, Prudencia.

PRUDENCIA: Pero, pero ¿qué pasa?

ZOILO: Nada, no se asuste. Quiero hacerla feliz. La mando con su hombre, con su... (*Entra al rancho*).

ESCENA XII

Prudencia, Dolores, Rudecinda.

PRUDENCIA: ¡Virgen Santa! ¿Qué ocurre? (*Afligida*) ¡Mamá! Mamita querida... Levántese. Venga. (*La alza*). ¿Le pegó? ¡Fue capaz de pegarle!

DOLORES: ¡Hija desgraciada! (*La abraza*).

PRUDENCIA: (*Conduciéndola a un banco*). ¿Pero, qué será esto, Dios mío? (*A Rudecinda*). ¡Vos contame! ¿Fue tata?

Rudecinda no responde.

¡Tata, tata! ¿Qué es esto?

ESCENA XIII

Dichos, Zoilo.

ZOILO: (*Tirando algunos atados de ropa*) ¡Que se van... a la estancia vieja... que fue del viejo Zoilo!... ¿No tenían todo pronto pa juir? ¡Pues aura yo les doy permiso pa ser dichosas! Güeno. Ahí tienen sus ropas... ¡Adiosito! Que sean felices.

DOLORES: ¡Zoilo, no!

ZOILO: ¡Está el breque! Que cuando vuelva, no las encuentre aquí. (*Se va por detrás del rancho, lentamente*).

ESCENA XIV

Dolores, Prudencia, Martiniana.

MARTINIANA: ¡Bien decía yo que no eran más que cosas de ese ladiado de Niceto! ¿Qué? ¿Y esto qué es? ¡Una por un lao... otra por otro... el tendal!... ¡Hum! Me parece que ño rebenque ha dao junción... ¡Eh! ¡Hablen, mujeres! ¿Jue muy juerte la tunda? ¡No hagan caso! Los chirlos suelen hacer bien pa la sangre... ¡Y después, qué dimontres! ¡No se puede dir a pescar sin tener un contratiempo! ¡Quién hubiera creído que ese viejo sotreta le iba a dar a la vejez por castigar mujeres!... Pero digan algo, cristianas. ¿Se han tragao la lengua?

RUDECINDA: (*Alzándose*) Callesé, comadre.

Sale Aniceto, y durante toda la escena se mantiene a distancia cruzado de brazos.

MARTINIANA: ¡Vaya, gracias a Dios que golvió una en sí! A mí me jue a llamar Niceto... ¿Qué hay? ¿Nos vamos o nos quedamos?

RUDECINDA: Sí. Nos vamos... ¡Echadas! ¡Ese guacho de Aniceto la echó a perder! ¡Dolores! ¡Eh! ¡Dolores! ¡Ya basta, mujer!... Tenemos que pensar en irnos... Ya oíste lo que dijo Zoilo.

DOLORES: No. Yo me quedo. Vayan ustedes no más.

RUDECINDA: ¡Qué has de quedar! ¿Sos sorda, entonces? Vos, Prudencia... ¿estás vestida? Bueno, andando. *(A Dolores)* ¡Vamos, levántate que las cosas no están pa desmayos! ¡Vaya cargando esos bultos, comadre!

MARTINIANA: Al fin hacen las cosas como Dios manda... *(Recoge los atados)*.

RUDECINDA: ¡Movete pues, Dolores!

DOLORES: ¡No! Quiero verlo, hablar con él primero; esto no puede ser.

RUDECINDA: Como pa historias está el otro.

MARTINIANA: Obedezca, doña... con la conciencia a estas horas no se hace nada. Dicen, aunque sea mala comparancia, que cuando una vieja se arrepiente, tata Dios se pone triste. Aura que me acuerdo. ¿No me querrían dar o vender esta cama de la finadita? Le vendría bien a Nicasia, que tiene que dormir en un catre de guasquillas. ¡Si cabiera en el pescante, la misma que la cargaba! ¡Linda! Es de las que duran...

RUDECINDA: ¡Sí, mujer! Mañana mismo la mandamos buscar. Verás cómo se le pasa. ¡Qué va a hacer sin nosotras!

MARTINIANA: *(A Prudencia)* Comedite, pues, y ayudame a cargar el equipaje. Es mucho peso pa una mujer vieja. Andá con eso nomás. En marcha, como dijo el finao Artigas... *(Antes*

de hacer mutis) ¡Hasta verte, rancho pobre!

Aniceto las sigue un trecho y se detiene pensativo observándolas.

ESCENA XV

Aniceto, Zoilo.¹

Zoilo aparece por detrás del rancho, observa la escena y avanza despacio hasta arrimarse a Aniceto.

ZOILO: ¡Hijo!

ANICETO: *(Sorprendido)* ¡Eh!

ZOILO: Vaya, a acompañarlas un poco... y después repunta las ovejitas pa carniar... ¿eh? ¡Vaya!

ANICETO: *(Observándolo fijamente)* ¿Pa carniar?... Bueno... Este... ¿Me empriesta el cuchillo? El mío lo he perdido...

ZOILO: ¿Y cómo? ¿No lo tenés ahí?

ANICETO: Es que... vea... le diré la verdad. Tengo miedo de que haga una locura.

ZOILO: ¡Y de ahí!... ¿Si la hiciera? ¿No tendría razón acaso?... ¿Quién me lo iba a impedir?

NOTA

1. En primitiva versión -la del estreno- esta escena tenía una estructuración distinta, con la que el final de la obra era otro. Cuando se disponía a ahorcarse, el viejo Zoilo era sorprendido por Aniceto. Este atendía las razones con que su padrino fundaba su decisión, y abandonaba la escena, permitiendo el suicidio. *La Nación* aseguró que ese final constituía “una expectativa desesperante para el público”. Su modificación agregó mayor realismo y teatralidad a la pieza, que es una de las expresiones más completa y definitiva del teatro de Sánchez conjuntamente con *La Gringa* y *En familia*. *(Dardo Cúneo)*.

ANICETO: ¡Todos! ¡Yo!... ¿Cree acaso que esa chamuchina de gente merece que un hombre güeno se mate por ella?

ZOILO: Yo no me mato por ellos, me mato por mí mismo.

ANICETO: ¡No, padrino! Calmesé. ¿Qué consigue con desesperarse?

ZOILO: *(Alzándose)* Eso es lo mesmo que decirle a un deudo en el velorio: ¡No llore, amigo la cosa no tiene remedio! ¡No hay de llorar, canejo!... ¡Si quiere tanto a ese hijo, a ese pariente! Todos somos güenos pa consolar y pa dar consejos. Ninguno pa hacer lo que manda. Y no hablo por vos, hijo. Agarran a un hombre sano, güeno... honrao, trabajador, servicial... lo despojan de todo lo que tiene, de sus bienes amontonaos a juerza de sudor, del cariño de su familia, que es su mejor consuelo, de su honra... ¡canejo!, que es su reliquia, lo agarran, le retiran la consideración, le pierden el respeto, lo manosean, lo pisotean, lo soban, le quitan hasta el apellido... y cuando ese desgraciao, cuando ese viejo Zoilo, cansao, deshecho, inútil pa todo, sin una esperanza, loco de vergüenza y de sufrimientos, resuelve acabar de una vez con tanta inmundicia de vida, todos corren a atajarlo. ¡No se mate, que la vida es güena! ¿Güena pa qué?

ANICETO: Yo, padrino...

ZOILO: No lo digo por vos, hijo... Y bien, ya está... No me maté... ¡Toy vivo! ¿Y aura, qué me dan? ¿Me degüelven lo perdido? ¿Mi fortuna, mis hijos, mi honra, mi tranquilidad? *(Exclamación)*. ¡Ah, no! ¡Demasiado hemos hecho con no dejarte morir! ¡Aura arreglate como podás, viejo Zoilo!...

ANICETO: ¡Así es no más!

ZOILO: *(Palmeándolo afectuoso)* ¡Entonces, hijo... vaya a repuntar la

majadita... como le había encargao! ¡Vaya!... ¡Déjeme tranquilo! No lo hago. Camine a repuntar la majadita.

ANICETO: Así me gusta. Viva... viva.

ZOILO: ¡Amalaya fuese tan fácil vivir como morir!... ¡Por lo demás, algún día tiene que ser!...

ANICETO: ¡Oh!... ¡Qué injusticia!

ZOILO: ¿Injusticia? ¡Si lo sabrá el viejo Zoilo! ¡Vaya! ¡No va a pasar nada... le prometo!... Tome el cuchillo... vaya a repuntar la majadita... *(Lo sigue con la mirada un instante, y volviéndose al barril extrae un jarro de agua y lo bebe con avidez, luego va en dirección al alero y toma el lazo que había colgado y lo estira; prueba si está bien flexible y lo arma, silbando siempre el aire indicado. Colocándose después debajo del palo del mojinete, trata de asegurar el lazo, pero al arrojarlo se le enreda en el nido de hornero. Forcejea un momento con fastidio por voltear el nido)*. Las cosas de Dios... ¡Se deshace más fácilmente el nido de un hombre que el nido de un pájaro! *(Reanuda su tarea de amarrar el lazo, hasta que consigue su propósito. Se dispone a ahorcarse. Cuando está seguro de la resistencia de la sogá, se vuelve al centro de la escena, bebe más agua, toma un banco y va a colocarlo debajo de la horca)*.

TELÓN

FIN

En familia

Florencio Sánchez

PERSONAJES

JORGE
DAMIÁN
EDUARDO
TOMASITO
MERCEDES
DELFINA
LAURA
EMILIA

LA ACCIÓN EN BUENOS AIRES. ÉPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO

SALA BIEN AMUEBLADA; PUERTAS LATERALES Y AL FORO. A LA IZQUIERDA, MESA ESCRITORIO.

Emilia, Mercedes, Laura, Eduardo.

EMILIA: ¡Oh!... No ha de estar tan fundido cuando se hospeda en el hotel. ¡Siempre cuesta eso!

MERCEDES: En alguna parte tenía que alojarse el pobre hijo.

EMILIA: ¡Hay tantas casas de pensión baratas!

MERCEDES: No querrá llevar a su mujer a sitios que puedan desagradarla...

EMILIA: ¡Oh! ¡La tana pretenciosa!... ¡Cuidado no se fuese a rebajar!...

MERCEDES: ¡Bueno! Creo que no tenemos derecho a decir nada. ¡Donde debió hospedarse Damián es aquí, en casa de sus padres, en su casa!... ¡Nos hemos portado muy bien con él!... ¡Muy bien!

EMILIA: ¡Como para huéspedes está la casa!

LAURA: ¡Si hubiese venido solo, menos mal!...

EMILIA: ¡Ni solo! ¡Quien coma es lo único que sobra en esta casa!

MERCEDES: Y lo único que falta es quien trabaje.

EDUARDO: ¿Empezamos con las indirectas? ¿Saben que me tienen hartos ya?

EMILIA: Pues te felicito, hermano. De un tiempo a esta parte, aquí nadie se harta de nada.

MERCEDES: ¿Por culpa mía, no?

EMILIA: No señora, no. Por culpa nuestra, ¿verdad, Laura?

LAURA: ¡Claro está! Todavía no hemos encontrado un novio capaz de casarse y mantener a toda la familia.

EMILIA: Sin embargo, no deben afligirse. Hay muchos medios de buscar fortuna.

MERCEDES: ¡Grosera! (*Vase por primera derecha*).

EMILIA: ¡Oh! ¿Para qué empiezas? ¡Bien sabes que no nos mordemos la lengua!

EDUARDO: Lo que digo es que tiene razón mamá. Damián ha debido venir a esta casa. Lo que había de gastar en otra parte lo gastaría con nosotros y salvamos la petiza.

EMILIA: ¡Muy bonito es vivir de limosna! Vos para los negocios tenés un sentido práctico admirable.

LAURA: Limosna, no. Retribución de servicios, en todo caso.

EDUARDO: Peor es vivir del cuento.

EMILIA: ¡Cuándo no habías de salir con alguna patochada, guarango!

EDUARDO: ¿Para qué tanto orgullo, entonces?

EMILIA: Tengo en qué fundarlo, ¿sabés?

EDUARDO: ¡Misericordia!

EMILIA: Vergüenza y delicadeza. Todo lo que a vos te falta.

EDUARDO: ¡Callate, idiota!

EMILIA: ¡Andá a trabajar!... ¡Será mejor!

EDUARDO: ¿Para mantenerlas a ustedes? ¿Para costearles los lujos y la parada?... ¡Se acabó el tiempo de los zonzos!

EMILIA: ¡Zángano!

EDUARDO: ¡Laboriosa!

LAURA: (*Que lee un diario*) ¡Mirá, che, quién se casa!... Luisa Fernández, con el doctor Pérez. ¡Fijate!...

EMILIA: ¡Qué me contás! ¿Y ya sale en la vida social? ¿Quién le iba a decir a la almacenerita! ¡Lo que es tener plata!

LAURA: Y el mozo es muy bien.

EMILIA: ¡Quién sabe, che! ¡Hay tantos doctorcitos hoy en día, que uno no sabe de dónde han salido!

EDUARDO: Eso es... despellejen... corten no más... La diversión más entretenida y económica... (*A Emilia*) ¿Dónde dejaste el mate, vos?

EMILIA: Buscalo con toda tu alma.

MERCEDES: ¡Caramba con Jorge, que no aparece!

EDUARDO: ¿Aguardás a papá? Hoy, ¿qué día es?... ¡Jueves?...

¡Carreras en Belgrano!... ¡Esperalo sentada!

MERCEDES: No puede haberse olvidado de que Damián viene esta tarde. Además, sabe que no tengo dinero, y hay que comprar todo para la comida.

EDUARDO: ¡Ah!... ¿Comemos hoy? ¿Festejando qué cosa?

MERCEDES: ¡Uf! ¡Son muy graciosos todos, toda la gente de esta casa! ¿Qué importa que nos devore la miseria, ni vivir una vida de vergüenza y oprobio, debiendo a cada santo una vela, pechando y estafando a las relaciones, desconceptuados, despreciados?...

EMILIA: ¡Despreciados, no!

MERCEDES: ¡Despreciados, sí, despreciados! ¡Nada les preocupa, ni les quita el buen humor!... La verdad es que no sé qué laya de sangre tienen ustedes. ¿Que no hay que comer?... ¡Nunca tan alegres y jaranistas!... ¿Que nos embargan los muebles?... ¡Pues viva la patria!... ¿Que el viejo hace una de las suyas?... ¿Han visto qué tipo rico?...

EMILIA: Vea, señora: ya no se usa llorar por eso.

MERCEDES: No; no les pido que lloren, sino...

EMILIA: ¿Qué?

MERCEDES: Nada, nada... Damián no es como ustedes, no.

EMILIA: ¡Oh! Es una monada su hijito. Si no fuera por él, no andaríamos tan bien vestidos, ni pasearíamos tanto, ni cumpliríamos con nuestras relaciones, ni siquiera comeríamos regularmente.

LAURA: *(Irónica)* ¡Ni tendríamos todas estas alhajas!

MERCEDES: No tiene obligación de mantenernos.

EDUARDO: Pero yo, sí, ¿verdad?... ¡Aquí te quería!... Para tu Damián,

que está en buena posición, si no rico, y no se acuerda de nosotros, ni un reproche... Todos me los reservás... ¡Te agradezco la preferencia!

MERCEDES: Sabe ganarse la vida, se ha hecho un hombre, y, lejos de sernos gravoso, bastante nos ayudaba.

EMILIA: ¡Ayudaba!... ¡Bien dicho!

EDUARDO: Creo que yo no les hago mucho peso... Como cuando hay, duermo en un rincón, y, a veces, hasta les ayudo en las tareas de la casa... ¿Qué más quieren?... Además lo he repetido hasta el cansancio... ¡No quiero trabajar!... ¡No quiero trabajar!... Cuando se aburran de tenerme en casa, me lo dicen... ¡Me pego un tiro y se acabó!...

MERCEDES: ¡Ave María!... ¡Muchacho!... ¡No digas locuras, por Dios!...

EDUARDO: Y lo hago, ¿eh?... ¡No crean que es parada!... *(A Emilia)* ¿Dónde dejaste el mate?

EMILIA: En el comedor.

EDUARDO: ¡Gracias! *(Vase)*.

Dichos, menos Eduardo.

EMILIA: *(A Mercedes)* ¡Ahí tenés lo que sacás con meterte a hablar de zonceras! Al otro le vuelve la manía y es capaz de hacer una locura.

MERCEDES: ¿Pero, qué he dicho yo?... ¡Señor! ¡Señor!... ¿Por qué somos así? En esta casa no hay un momento de paz... Ni hablar se puede... Abre uno la boca y ya están todos con las uñas prontas para tirar el zarpazo a la primera palabra. Acabaremos por odiarnos, de esta manera.

EMILIA: La verdad es que cada vez nos queremos menos.

MERCEDES: ¡Quizá no te falte razón!

EMILIA: La tengo, mamá. Lo que es, para ti, el único hijo es Damián, y de papá... ni siquiera...

LAURA: ¿Y Tomasito?

EMILIA: Es verdad... Es su discípulo. Lo hace estudiar para calavera y lo lleva a las carreras.

LAURA: Y a la ruleta, por cábala. Es mascota el chico. *(Señalando a Mercedes que llora silenciosa)* ¡Fijate aquello!

EMILIA: ¡Claro está!... ¡Che!... ¿Es lindo el folletín nuevo?

LAURA: Me parece una zoncera... Puede ser que más adelante mejore. ¿Querés el diario? Yo me voy a arreglar un poco. Esos no han de tardar.

EMILIA: ¡Es cierto! ¿Cómo está mi pelo?

LAURA: ¡Bien! Pero no me gusta cómo te queda ese peinado: te hace más gruesa.

EMILIA: Si me ayudas, lo cambio.

LAURA: ¡Para lo que te cuesta!... Tengo que arreglarme yo primero.

EMILIA: ¡Así sos, egoísta! ¡A ver, mamá!... Dejate de llorar y cambiate ese vestido, que estás impresentable.

MERCEDES: Estoy muy bien para recibir a mi hijo en mi casa.

EMILIA: ¡Hacé lo que quieras! *(A Laura)* ¡Vamos, che! *(Mutis con Laura, por segunda derecha).*

Mercedes, Jorge.

MERCEDES: ¡Pobres hijos!...

JORGE:¹ *(Por foro derecha).* ¿No han venido?

MERCEDES: No.

JORGE: No traigo nada; ni un peso... Si Sultana no entra en la cuarta, estamos bien reventados... Le tomé dos y dos.

MERCEDES: ¡Ah!... ¡Está bueno!

JORGE: Estoy de *jetta* hoy. Le mandé un mensajero a Gutiérrez, que me prometió algo, y ni en el escritorio, ni en la casa, ni en ninguna parte se puede hallar.

MERCEDES: ¿Y con qué cara vamos a recibirlos, después de tanto empeño en que vinieran a comer?

JORGE: ¿Qué hace falta?

MERCEDES: ¡Todo!

JORGE: ¡Si el almacenero fuera capaz!

MERCEDES: ¡Ni me hablés de eso!

JORGE: ¡Aguardá un poco!... Algún recurso ha de haber... ¡Ah!... Pues dame la cadenita aquella...

MERCEDES: ¿Mi relicario? ¡Ya te he dicho que me han de enterrar con él!

JORGE: Te aseguro que mañana lo sacamos.

MERCEDES: No, y no. Con igual seguridad hemos perdido todas nuestras alhajas... ¡Andá y buscá!... Conforme hallás para jugarle a tu Sultana, podrás encontrar para darles de comer a los tuyos.

JORGE: Estás muy enérgica hoy. La vuelta del hijo mimado te ha dado bríos.

MERCEDES: ¿También vos? ¡Les ha dado fuerte con eso!

JORGE: No, mujer. No es reproche... *(Viendo entrar a Eduardo por*

¹ Interpretado por Pablo Podestá.

segunda izquierda) ¿Ya estás vos con tu mate? ¿No te lo han prohibido?

Dichos, Eduardo.

EDUARDO: (*Entrando*) ¡Bah!... ¡Es mi único vicio!

JORGE: Te hace mal.

EDUARDO: ¿Y a mí qué me importa? ¡Ni a ustedes!...

JORGE: ¡Bueno, basta!

EDUARDO: ¡Basta!

MERCEDES: (*A Jorge*) ¿Vas o no vas?

JORGE: Voy por hacerte el gusto, pero no te aseguro el resultado... ¡Hasta luego! (*Vase por foro derecha*).

EDUARDO: ¡Sablazo!... ¿Quién es el candidato?

MERCEDES: ¡Qué sé yo! (*Pausa*).

EDUARDO: ¿Querrás creer?... Hoy hice catorce veces el solitario de las cuarenta y no me salió. ¡Tuve ganas de romper la baraja!... Y tan fácil que es, ¿no?... (*Pausa*). ¿Y las muchachas? ¿Se ha peleado mucho hoy la gente?... Y vos, ¿has llorado también?... Se te conoce en los ojos... ¡Son bravos esos bichitos!... ¡Tienen una boca!... La pava sos vos. Mirá: aquí sólo hay dos personas dignas de lástima: nosotros. Vos porque tomás la vida en serio y nadie te lleva el apunte; yo, por esta vocación que tengo para el atorrantismo... Porque a mí no me la cuenta el médico... Yo no tengo neurastenia ni un corno, sino pereza pura... ¿No estás de acuerdo, vos?

Dichos, Emilia.

EMILIA: (*Por primera izquierda*). ¿Se fue el viejo? ¿Trajo dinero? ¿Qué vamos a hacer entonces?... ¡Bonito papelón! ¡Después no quieren que una proteste y se subleve!

MERCEDES: ¡No te aflijás!... Yo lo arreglaré todo... ¡No pasaremos vergüenza!

EMILIA: ¿Cómo?

MERCEDES: De una manera muy natural. Cuando venga Damián, lo llamo aparte y le pido unos pesos prestados...

EMILIA: ¿Qué?... ¿Qué decís?... ¡No faltaría otra cosa!... Para eso, nos hubiéramos hecho invitar por ellos... ¡No harás eso!... ¿Eh?... ¡Cuidadito!

EDUARDO: (*Riéndose*) ¡Cuidadito! ¡Cuidadito!... La frescura, ¿no? (*Mutis*).

MERCEDES: ¡Lo haré! ¡Lo haré! No pienso, sépanlo bien, hacer la farsa con mi hijo... Le contaré todo, todo, todo cuanto pasa en esta casa.

EMILIA: ¿Te has enloquecido?

MERCEDES: Estoy muy cuerda... Todo pienso decírselo. La vida que llevamos, lo que es tu padre, lo que son ustedes...

EMILIA: Lo que sos vos también.

MERCEDES: Sí; lo que soy yo... El más desgraciado de los seres...
Mercedes, Emilia, Damián, Delfina, Laura.

DAMIÁN:² (*Por el foro con Delfina*). ¿Se puede? Supongo que tenemos derecho a entrar sin anunciarnos.

MERCEDES: ¿Cómo les va, mis hijos?
Saludos.

² A cargo de José P. Podestá en el estreno.

DELFINA: Hemos venido un poco tarde. Damián se entretuvo en sus asuntos.

DAMIÁN: Traía la mar de encargos y comisiones, que he querido cumplir cuanto antes, para quedar libre y dedicarles el resto del día. ¿Y el viejo?

MERCEDES: Salió hace un instante. Vendrá pronto.

DAMIÁN: A quien no he visto es a Eduardo.

MERCEDES: Ahí anda el pobre con su neurastenia.

DAMIÁN: Si me hubiera ido bien, me lo llevo al Chubut. En un par de meses se ponía como nuevo.
Laura entra y besa a Delfina.
¿Cómo te va, Laurita? ¿Cómo ha crecido esta chica!... ¿Y, qué tal de novios?

LAURA: ¡Oh!... ¡Hay tiempo!

MERCEDES: Tú, Delfina, estarás contenta con la vuelta a Buenos Aires.

DELFINA: No crea; no mucho. Hubiera preferido quedarme allá. ¡Trabajaba tanto Damián! Si no se hubiera encaprichado en hacer ese negocio de las Malvinas, estaríamos muy acomodados.

DAMIÁN: Se empieza de nuevo, ¡qué diablos! Me han ofrecido muchas facilidades para trabajar aquí.

MERCEDES: ¿Perdiste mucho, verdad?

DAMIÁN: Todo lo que tenía, menos la vergüenza y el cariño a mi mujercita.

EMILIA: Y el nuestro, ¿entró en la quiebra?

DAMIÁN: ¡Oh!... ¡Perdón! No te resientas, vieja. Sé que tú me sigues queriendo como antes.

EMILIA: ¿Otra vez?...

DAMIÁN: No me dejas concluir, muchacha. ¡Qué susceptibilidad!

EMILIA: ¡No, no! Hablo en broma.

MERCEDES: Delfina: ¿por qué no te sacás el sombrero? ¡Acompáñenla, muchachas!

DELFINA: Tiene razón. *(Vase por izquierda con Laura y Emilia).*

EMILIA: *(Volviéndose)* ¡Ah, mamá! ¡Oíme!

MERCEDES: *(Aproximándose)* ¿Qué hay?

EMILIA: ¡Cuidado con hacer una de las tuyas!... Te conozco... Has querido quedarte sola...

MERCEDES: *(Con mal gesto)* ¡Oh!...
Vase Emilia por izquierda.

DAMIÁN: ¿Qué hay?

Damián, Mercedes.

MERCEDES: Nada, hijito. ¡Cosas de ellas!... ¡Zonceras!...

DAMIÁN: *(Afectuoso)* Está más desmejorada, mi vieja. ¿No anda bien de salud?

MERCEDES: Así no más.

DAMIÁN: Hay que cuidar el número uno. Dime una cosa... Estoy echando de menos aquel bronce que gané de premio en las regatas. ¿Te acuerdas?

MERCEDES: Es verdad: no está.

DAMIÁN: ¿Qué suerte ha corrido?

MERCEDES: Esteee... ¿El bronce?... ¡Ah!... ¡Sí!...

DAMIÁN: ¿Un compromiso?...Seguro que lo han regalado.

MERCEDES: Sí, sí... regalado... *(Pausa)*. Decime, Damián... ¿Quieres? Si tienes, ¿eh? ¿Quieres prestarme diez pesos?... ¡Perdóname, pero!...

DAMIÁN: ¡Oh, qué tontería!... Tomá cien... No tengo más...

MERCEDES: ¡No, no! Es mucho... Yo no quería incomodarte... pero tan luego hoy, que los habíamos invitado, no teníamos, casi casi, ni qué poner al fuego... ¡Las muchachas, si lo saben, se van a enojar mucho! Pero, ¿con quién, sino con los hijos, se ha de tener confianza?

DAMIÁN: ¿De modo, que están pasando estrecheces?

MERCEDES: ¡Peor, hijo; peor!... ¡Una miseria espantosa, faltándonos muchas veces hasta lo más indispensable!

DAMIÁN: ¡Oh! ¡Tanto no puede ser!...

MERCEDES: Eso y mucho más... Un día... Dos días, a mate y pan.

DAMIÁN: Pero, ¡qué horror! ¿Y cómo ha podido ser?

MERCEDES: ¡Vaya a saberse!... Como todas las cosas... de la mañana a la noche nos quedamos en la calle... Jorge dice que perdió en la Bolsa, pero lo que yo creo es que nos faltó cabeza a todos... Hace más de un año que estamos así... Mucho más... Y lo peor no es eso... Poco a poco, hemos ido perdiendo la estimación de las gentes. Al principio no fue nada. Se pidieron préstamos grandes, y fueron concedidos con la seguridad del reembolso. Nadie iba a pensar que tu padre, tan acreditado, fuera capaz de...

DAMIÁN: Comprendo.

MERCEDES: Después, agotado el crédito, es necesario comer, y viene el expedienteo vergonzoso; no hay recurso que se desprecie por indigno, para asegurar el techo y el pan. ¿Qué digo techo?... La

casa, que es indispensable para guardar las apariencias, y tú sabes muy bien que en semejante situación los escrúpulos y la vergüenza son el primer lastre que se arroja del honor... Todavía no me doy cuenta de cómo he podido amoldarme a semejante vida. Con decirte que yo, que tu madre, que fue siempre una mujer de orden y delicada, ha llegado hasta a robarle a una pobre gallega sirvienta.

DAMIÁN: ¡Oh, mamá!

MERCEDES: Hasta a robarle, sí, señor, hasta a robarle a una pobre mujer los ahorros que me había confiado. *(Llora)*.

Dichos, Delfina, Emilia.

DAMIÁN: *(A Delfina y Emilia que vuelven)* ¿Quieren dejarme un momentito con mamá?

DELFINA: ¿Conferencia habemos?

DAMIÁN: Nada grave... Ya terminamos.
Mutis de Delfina y Emilia.
¡Vamos! ¡No se aflija, vieja!

MERCEDES: Hago mal en contarte cosas tan tristes... Podías pensar que trato de interesar tus buenos sentimientos, con propósitos egoístas.

DAMIÁN: No, vieja.

MERCEDES: He repetido tantas veces la historia de nuestras desdichas, que necesito la salvedad para convencerme de que no estoy mendigando. Contigo no, hijo... Todo lo contrario. Ya que vienes a vivir aquí, quiero prevenirte contra nosotros mismos. Por otra parte, necesitaba este desahogo...

DAMIÁN: ¡Pobre viejita!... Pero, y papá y Eduardo, ¿qué han hecho?

MERCEDES: Nada, hijo. Tu padre, como si con el dinero hubiera perdido las energías, echarse a muerto y dejarse llevar por la correntada... En cuanto a Eduardo, enfermo y maniático, aquí se lo pasa, sin salir a la calle, levantándose de una cama para tirarse en otra.

DAMIÁN: ¡Qué barbaridad!... ¿Por qué no me has escrito diciéndome la verdad? Yo dejé de mandarles los pesitos aquellos a las muchachas, cuando empezaron a andar mal mis negocios, creyendo que no serían indispensables... ¡Si hubiera sabido!

MERCEDES: He mentido en perjuicio de tus buenos sentimientos, diciéndoles a estos que tú ignorabas nuestra miseria.

DAMIÁN: ¡Oh!... ¿Por qué hiciste semejante cosa?

MERCEDES: ¡No me lo preguntes! Te he dicho todo lo que podía decirte.

DAMIÁN: Luego, ¿reservas algo?

MERCEDES: No; nada más, hijo mío; nada más...

DAMIÁN: ¡Bueno!... ¡Esto no puede seguir así! Estamos, felizmente, en tiempo de reaccionar. Tranquilízate. Tú me ayudas, y desde hoy nos pondremos a enderezar este hogar.

MERCEDES: ¡No, no, hijo!... ¡No te metas!... ¡No puede ser!...

DAMIÁN: Ahí está el viejo. Verás cómo se empieza.

Dichos, Jorge.

JORGE: *(Por foro).* ¡Hola, buen mozo!... ¿Qué tal?

DAMIÁN: Bastante disgustado... contigo en primer término. Mamá me acaba de contar todo lo que les pasa, y no me explico,

francamente, cómo un hombre de tus condiciones no ha tenido el valor de sobreponerse a la situación.

JORGE: ¿Con que esas tenemos? ¡Hombre, la verdad es que me agarra sin perros tu interpelación!...

DAMIÁN: No; la cosa, no va de broma... Me vas a permitir mis primeras observaciones...

JORGE: ¡Cómo no, hijo!... ¿Son muy largas?

DAMIÁN: Si te ofendes, me callo.

JORGE: Preguntaba... para tomar asiento, si valía la pena...

DAMIÁN: Si mal no recuerdo, antes no usabas tan buen humor...

JORGE: ¿Qué querés?... ¡Las desgracias me han puesto así!...

DAMIÁN: ¿Cínico?...

JORGE: *(Alterado)* ¿Eh?...

DAMIÁN: ¡Perdón, viejo! Me molestaste y la palabra salió sola... ¿Me disculpas?

JORGE: *(Bondadoso, sentándose)* Sí, Damían; yo tuve la culpa... *(Pausa).* Vamos a ver. ¿Qué te ha contado Mercedes?... ¿Que estamos arruinados? ¿Que pasamos privaciones de todo género?... ¡Es la pura verdad! Me metí en especulaciones arriesgadas, y me sucedió lo que a tantos. Quise levantar cabeza y no pude, y de ahí, barranca abajo...

DAMIÁN: Pero te has dejado derrotar de una manera bochornosa...

JORGE: ¿Qué podía hacer?

DAMIÁN: Pelear; luchar. Para un hombre, perder una fortuna no debe ser un contratiempo irreparable, amigo. Además, hay mil recursos en la vida... Si no son los negocios, es un empleo.

JORGE: ¿Y cuando ni eso se consigue?

DAMIÁN: Se agarra un pico, y a cavar tierra, ¡qué diablos!... No

estamos tan viejos, ni tan débiles para no poder ganarse el pan decorosamente. Además, tú tenías la responsabilidad de toda esta familia, y no has debido permitir que descendiera a una miseria tan vergonzosa.

JORGE: ¡Oh!... Todo eso es muy bonito, muy noble, muy honrado; tu madre me lo ha dicho muchas veces también; pero no se puede realizar... ¡Cavar la tierra! Andá vos que no has tenido una pala en las manos, a ganarte la vida por inútil. Elegí el trabajo más fácil –¿cuál te diré?– el de changador. El señor Jorge Acuña, resuelto a vivir decorosamente de su trabajo, tiene que empezar por llevar a su familia a la pieza más barata de un conventillo. Preguntales a la señora de Acuña y a las distinguidas señoritas de Acuña, si están dispuestas a cambiar la miseria vergonzosa de esta casa por la pobreza honorable de la habitación de un conventillo, o con quién se quedarían, entre el heroico padre changador, o el padre desgraciado, pechador y sinvergüenza, que las sostiene con el decoro y las apariencias. Andá; preguntales.

MERCEDES: Lo que es yo de buena gana iría al conventillo.

JORGE: Tal vez fueses capaz de esa abnegación, pero ellos no. Y últimamente... ¡ni yo mismo! Sería una heroicidad superior a mis energías y no me equivocaría al decir que nadie hay tan fuerte para realizarla. Convencete, Damián: son teorías bonitas, nada más, las tuyas. ¡Si habré tratado de reponerme inútilmente! Ahora ya ni me preocupo, porque sería perder el tiempo. Mi desconcepto es tan grande, y digo desconcepto por no mortificarlos calificándome peor, que jamás podré alzarme de mi categoría de vividor profesional. *(Pausa)*. Quedan algunos recursos... gente que no le conoce bien a uno y se deja sorprender... uno que otro viejo amigo generoso... una

tanteadita al treinta y seis colorado... En fin, lo bastante para ir tirando. ¿Que falta un día el puchero?... ¡Mañana quizá lo tengamos!... No hay criaturas en casa... Los grandes no lloran y capean el hambre con chistes. Y en cuanto a lo otro... –eso de la desvergüenza y la dignidad, y qué sé yo...– la costumbre es una segunda naturaleza. Se nos ha formado el callo. *(Pausa)*. Ahora, hijo mío, quedás autorizado para aplicar la palabra que se te escapó hace un rato... ¿Cínico era, no?

DAMIÁN: Muchas gracias, papá. No me atrevería a insultarte, pero te desconozco.

JORGE: Lo creo.

DAMIÁN: ¿De modo que esto, a tu juicio, no tiene remedio?

JORGE: Absolutamente. Constituimos nosotros, y es mucha la gente que nos acompaña, una clase social perfectamente definida, que entre sus muchos inconvenientes tiene el de que no se sale más de ella. *¡Lasciate ogni speranza!...*

DAMIÁN: ¡Está bueno! De modo que... ¡vamos!... dime siquiera una cosa en serio... –porque hasta ahora, si bien me has dicho muchas verdades, has estado forzando la nota del desparpajo–. Dime: ¿quieres autorizarme por un tiempo a manejar esta casa?

JORGE: ¡Cómo no!

DAMIÁN: Entonces, desde este momento quedas jubilado. Tengo muy poco, lo suficiente para sostenerme hasta que pueda trabajar, pero manejado con orden alcanzará para todos. Desde mañana, pues, nos vendremos a vivir acá, y ya veremos si se sale o no se sale de tu infierno. ¿Convenidos?

MERCEDES: No hay necesidad. *(A Damián)* Tú querrás conservar tu independencia, y debes conservarla. Piensa en que no eres solo.

DAMIÁN: A Delfina le gustaría la idea, estoy seguro.

MERCEDES: Aunque le guste. Yo no puedo permitir... Sí, mi hijito... Si querés ayudarnos, nos pasas una mensualidad y nos arreglaremos bien.

JORGE: *(Extasiado)* ¡Déjalo, mujer!

MERCEDES: No; no lo hagas; podría pesarte... Eres demasiado bueno, tú.

DAMIÁN: ¡Sería curioso que no lo hiciera! Te aseguro, vieja, que no me impongo la menor violencia... Salvo que te contraríe tenerme a tu lado...

MERCEDES: ¡Eso no! Pero...

DAMIÁN: Entonces no hay más que hablar.

Dichos, Eduardo, luego Delfina.

EDUARDO: *(Con el mate en la mano)* ¡Hola, grande hombre!

DAMIÁN: ¡Adiós, personaje! *(Se abrazan)*. ¿Qué tal? Me han dicho que andás enfermo.

EDUARDO: Enfermo y aburrido, che. ¿Y vos?... ¿Te fundiste allá?

DAMIÁN: Casi, casi.

EDUARDO: No hay vuelta, che... ¡Estamos yetados!

DAMIÁN: ¡Qué yeta, ni qué zonceras!... Lo que te hace falta a vos es dejarte de preocupaciones y pensar seriamente en la vida. Verás cómo te hago pasar esa neurastenia antes de mucho tiempo.

EDUARDO: ¿Cómo, che?

DAMIÁN: No te apures; ya lo sabrás,

DELFINA: *(Entrando)*. ¿Terminó la conferencia?

DAMIÁN: Con una importante resolución. Mañana dejamos el hotel y nos venimos a vivir con los viejos. ¿Te place?

DELFINA: ¿Cómo no?... ¡Con el mayor gusto!

EDUARDO: ¡Ah!... ¿Te has resuelto a eso?... ¡Dame esos cinco!... ¡Sos un... héroe!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN.

Damián, Delfina.

DAMIÁN: *(Ordenando papeles)* Preocupaciones tuyas, Delfina. ¿Cómo podrían quererte mal?

DELFINA: No digo tanto, pero me doy cuenta de que incomodo. Tú las conoces bien a las muchachas, y si antes eran consentidas y caprichosas, la vida de estos últimos tiempos tiene que haberlas descompuesto del todo.

DAMIÁN: No tan absoluto. Podría también haberlas corregido.

DELFINA: Siempre has sido un poquito ingenuo. Es claro que contigo van a disimular, que tratan de hacerlo también conmigo, pero se les conoce a la legua el fastidio.

DAMIÁN: ¿Te han dicho algo?

DELFINA: ¡Se guardarían muy bien! No pierden, sin embargo,

oportunidad de hacérmelo conocer con las maneras y los gestos... Por otra parte, tú procedes un poco brutalmente con ellas en tu empeño de regenerarlas, y como no pueden decirte nada, quien paga el pato yo sé quién es.

DAMIÁN: ¿Brutalmente?

DELFINA: A juicio de ellas, ya lo creo. Tienen demasiada vanidad para aguantar tus sermones y tus latas morales, mortificantes, hijito.

DAMIÁN: ¡Ya verán! ¡Oh, ya verán cómo se curan! Lo que les faltaba era un hombre enérgico, capaz de tenerlas en un puño. Papá no tenía carácter. ¡Un alma de Dios! La vieja, bien la conoces, dominada y subyugada al medio... ¿Quién podría corregirlas?

DELFINA: Creo que acabarán con tu paciencia... Podrán perder el pelo, ¡pero las mañas!... ¡Fíjate Eduardo cómo te lleva el apunte!...

DAMIÁN: ¡Oh!... ¡Ese es un enfermo, un degenerado!

DELFINA: ¡Un atorrante!... Y con poca diferencia, todos están cortados por la misma tijera, empezando por tu padre...

DAMIÁN: ¡Oh, Delfina!

DELFINA: Hay que decir la verdad, para que no te hagas ilusiones. Comprendo y justifico tus sentimientos, pero convendrás conmigo en que la misión es más dura de lo que pensábamos, y los resultados no se ven muy claros... ¡Oh! ¡Quizá no pase mucho sin que tengamos que arrepentirnos de esta quijotada!

DAMIÁN: Dime la verdad. ¿Te han hecho algo?... ¿Algún desaire? ¿Alguna grosería?

DELFINA: Te digo que no. Ya lo sabrías...

DAMIÁN: Pero empiezas a sentirte contrariada. ¿Verdad?

DELFINA: Un poco inquieta por ti, te lo confieso, previéndote una desilusión dolorosa.

DAMIÁN: ¡Que venga! Yo habré hecho lo posible y nada tendré que reprocharme. Ahora bien: tú, estás primero, por encima de todos. Si no te hallas a gusto, me lo dices, y a volar. ¡No quiero ocasionarle la menor contrariedad a mi mujercita!

DELFINA: Lo sé, Damián; pero por ahora vamos bien.

Dichos, Mercedes.

MERCEDES: ¿Interrumpo?

DAMIÁN: Todo lo contrario. ¡Adelante!

MERCEDES: Creí que hablaban cosas reservadas.

DELFINA: No, señora. Tenemos pocos secretos.

DAMIÁN: ¿Y el viejo? No lo he visto en todo el día.

MERCEDES: Salió por la mañana.

DAMIÁN: Tengo que reprenderlo... Se ha vuelto muy calavera... Poco se le ve en casa...

MERCEDES: Dice que tiene un negocio en perspectiva.

DAMIÁN: ¡Macanas! Ya le he dicho que está jubilado.

MERCEDES: ¿Lo necesitas?

DAMIÁN: Tal vez más tarde me haga falta... ¡Ah!... *(Llamando)*
¡Laurita!

Dichos, Laura.

- LAURA: ¿Llamabas?
- DAMIÁN: ¿Terminaste las circulares a máquina?
- LAURA: No; recién empezaba...
- DAMIÁN: ¡Caramba!... Te dije que las necesitaba temprano.
- LAURA: ¡No puedo hacer todo a la vez! La tarea de la casa me roba medio día.
- MERCEDES: No exageres, hija. Lo que te roba el tiempo a vos son los folletines y las novelas.
- LAURA: ¡Mejor!
- DAMIÁN: Mejor no; peor. Es mucha desconsideración. Muy bien que para pedir, no se quedan cortas.
- LAURA: ¡Apareció aquello! Hermanito, si has de echarnos en cara lo que nos das, bien podrías guardártelo.
- MERCEDES: ¡Desagradecida! ¡Retírate de acá!... ¡Parece mentira!
- DAMIÁN: ¡Déjala, mamá! ¡No te alteres! *(A Laura)* ¡Tú te pones inmediatamente a hacer las circulares! ¿Oyes?
- LAURA: Sí, hombre; las estoy haciendo. Digo que por demorarme un poco no merezco tanto rezongo.
- DAMIÁN: Está bueno.
- LAURA: *(Yéndose)* ¡Claro que está bueno! *(Mutis)*.
- MERCEDES: ¡Desgraciadas! *(La sigue)*.
- DAMIÁN: Déjala; no le digas nada.

Delfina, Damián, luego Tomasito.

DELFINA: ¿Has visto?

- DAMIÁN: ¡Ah!... Las voy a enderezar. Veremos quién es más fuerte.
- DELFINA: ¡Ingenuo!
- DAMIÁN: ¡Qué insolentes!... ¡Pero qué insolentes! *(Se pone a trabajar)*. ¡Oh!... ¡Ya las verás mansitas y suaves como un terciopelo!
- DELFINA: *(Se acerca por la espalda y lo acaricia)*. ¡Pobre cabecita mía! ¡Le van a salir canas! *(Lo besa en la cabeza)*.
- TOMÁS: *(Por foro)*. Aquí trae el mensajero esta carta para vos.
- DAMIÁN: ¡Gracias!... Firmá el recibo. *(Lee)*. Del comisario de Río Gallegos. Ha llegado hoy del Sur. Me espera aquí cerca, en la agencia. Voy a verlo. Si viene alguien a buscarme, que espere. ¡Hasta luego!
- TOMÁS: Ya que vas a salir dale el recibo al mensajero.
- DAMIÁN: ¡Caramba con el mocito comodón! ¡Llévelo usted, con toda su alma!
- Salen por el foro Damián y Tomás.*

Delfina, Mercedes, luego Eduardo.

- MERCEDES: *(Entrando)* ¿Salió Damián?
- DELFINA: Sí, pero volverá enseguida.
- MERCEDES: ¿Encontraste el anillo que se te perdió, hijita?
- DELFINA: No, señora. Lo he buscado por todas partes.
- MERCEDES: Es muy extraño. ¿Dónde lo habrás dejado?
- DELFINA: No recuerdo bien. Creo que sobre el lavatorio, en mi cuarto. No se preocupe. Tal vez haya caído al depósito de aguas.
- MERCEDES: ¡Cómo no me voy a preocupar! El otro día, un medallón;

ahora un anillo... ¡Es mucha coincidencia!

DELFINA: ¿Quién podría robarme? La sirvienta es de mi absoluta confianza.

MERCEDES: ¿Damián sabe?

DELFINA: ¿Para qué decírselo?

MERCEDES: ¡Bueno! No le cuentes nada. Yo tengo que aclarar esto.

DELFINA: Señora, ¡no vale la pena!

MERCEDES: Para ti no tendrá importancia... Para mí sí, y mucha. No debo tolerar que se abuse de la bondad de mi pobre hijo.

DELFINA: ¿Qué cavilaciones son ésas, señora?

MERCEDES: ¡Nada! ¡Déjame! ¡Nada! Prométeme no decirle una palabra a Damián, ¿eh? Después lo sabrás todo.

DELFINA: Como usted quiera, mamá. *(Ademán de irse)*.

EDUARDO: *(Entrando, a Delfina)* Decime, cuñadita: ¿me tenés miedo?

DELFINA: ¿Yo?... ¿Por qué?

EDUARDO: Entonces, antipatía... Siempre nos desencontramos. Entro a una parte, y vos volás.

DELFINA: ¡Oh!... ¡Qué pavada! Me voy porque tengo que hacer.

EDUARDO: No pienso detenerte. ¡Seguí nomás!

DELFINA: ¡Qué rico tipo! *(Mutis)*.

EDUARDO: *(A Mercedes)* ¡Esta ya empieza a escamarse!

MERCEDES: ¿Qué querés decir?

EDUARDO: ¡Que nos está tomando el tiempo! No es zonza como Damián.

MERCEDES: ¡Bueno fuera que no!... ¡Son tan sinvergüenzas ustedes!

EDUARDO: A mí no me metás en danza, que no hago mal a nadie, ¿sabés?

¡Apuntá para otro lado!.. Si todos hicieran lo que yo, esta casa sería un paraíso... Pero, no. Son malos, peleadores, orgullosos, derrochadores... y... ¡qué sé yo!... ¡Embromarse, pues! Y les garanto que otra bolada como ésta no se les presentará más... *(Pausa)*. ¿Qué tenés que estás tan triste?

MERCEDES: Nada; que hasta ladrones aparecen en casa. Figurate que a Delfina le desapareció un anillo.

EDUARDO: ¿Un anillo?... ¡Ya sé dónde está!

MERCEDES: ¿Dónde?

EDUARDO: En el "Pío". Preguntale a Tomasito.

MERCEDES: Ya lo he pensado. ¡Seguro que fue él!

EDUARDO: ¡Naturalmente! Está muy adelantado ese chico. ¡Verás cómo hace carrera!... ¿Querés que lo llame? Va a ser divertido. Aguardá un poco.

MERCEDES: No, Eduardo. La cosa no es para bromas. Con esos juguetes han acabado de perder al muchacho.

EDUARDO: *(Llamando)* ¡Tomás!... ¡Tomás!... ¡Tomáaas!...
Mercedes, Eduardo, Tomasito.

TOMÁS: *(Entrando)* Eh?... ¡No precisas gritar tanto!... ¿Qué querés?

EDUARDO: Te llama tu madre.

TOMÁS: *(A Mercedes)*. ¿Vos?... ¿Qué hay?...

MERCEDES: Decime, hijo: ¿por qué no me pediste plata si necesitabas?

TOMÁS: ¿Yo?... ¿Cuándo?... ¡No entiendo!

EDUARDO: No pierdan mucho tiempo en discusiones. Las cosas se hacen derechas. Dale la papeleta a la vieja y se acabó todo.

TOMÁS: ¿Qué papeleta?

EDUARDO: O decile dónde lo vendiste.

TOMÁS: ¿El qué?
 MERCEDES: El anillo que le robaste a Delfina, sinvergüenza.
 TOMÁS: Yo no he robado nada, ¿sabés?
 EDUARDO: ¡Bueno! Lo encontraste tirado, ¿no es cierto?
 TOMÁS: Digan ustedes. ¿Se figuran que tratan con un chiquilín?... ¿Quieren sacarme de mentira verdad? ¡No sean idiotas, hagan el favor!...

EDUARDO: Si eres tan hombre, debés tener el valor de tus actos. Se dice: "Sí, vieja; yo le espíanté el anillo a la otra, ¿y qué?". ¡Para algo ha de servir el no tener vergüenza!

TOMÁS: ¿Y por casa, cómo andamos?
 EDUARDO: ¡Buenos, gracias! ¿Y tu familia?
 MERCEDES: ¡Por favor!... ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Basta, por Dios! A ver, tú: ¿dónde negociaste esa alhaja? ¡Pronto!

TOMÁS: ¿Te has enloquecido? ¡Avisá!
 MERCEDES: ¿Dónde está? Decímelo, porque soy capaz de contárselo todo a Damián.

TOMÁS: ¡Cuidado, que no me asusta ese papanatas!
 EDUARDO: ¡Así me gusta!... ¡Juan sin miedo!
 TOMÁS: ¡Callate, atorrante!...

EDUARDO: ¡Confesá, no seas pavo! Ganarás más... La vieja te da la plata para que lo saqués y te armaste otra vez... ¡Tenés con qué divertirte!
 MERCEDES: Es que soy capaz de denunciarlo a la policía.
 TOMÁS: ¡Van a denunciar!... Ustedes tendrían más vergüenza... ¡Bueno!... Si es el que yo encontré uno de viborita está en "Las tres bolas", vendido. ¡No dieron casi nada!... ¡Tanto ruido para una zoncera!...

MERCEDES: ¡Está bien!... ¡Fuera de acá!...
 TOMÁS: ¡Uno pide plata... tiene sus compromisos!... ¡No le dan ni medio, y... es claro!... (Mutis).
 EDUARDO: ¡Naturalmente!
 MERCEDES: ¡Perdularios!... Serví una vez para algo, Eduardo. Vestite y andá a buscarme esa alhaja.
 EDUARDO: ¿Yo? ¡No te jorobés!... ¡No tengo tiempo!... Mandalo al chico. (Mutis).
 MERCEDES: Está bien; iré yo.

Mercedes, Emilia, Laura.

EMILIA: (En traje de calle) No; no me olvido.
 LAURA: Pasate por la "Ciudad de Londres" a preguntar por el vestido. Ya debía estar en casa.
 EMILIA: ¡Bueno! ¿Ajusta bien el cinturón, atrás?
 LAURA: Muy bien,
 MERCEDES: ¡Oh!... ¿Y dónde vas tú?
 EMILIA: A pasear.
 MERCEDES: ¿Sola?
 EMILIA: No; ¡con el vigilante! ¿Será la primera vez que salgo sola, acaso? ¿O tenés miedo que me pierda?
 MERCEDES: Tú sabes que a Damián no le gusta.
 EMILIA: ¡Como el señor nos acompaña tanto, puede prohibirlo!... ¿Qué tiene de particular, vamos a ver?... ¿Qué tiene de particular que salga una mujer sola en este Buenos Aires? ¡Se conoce que vienen del campo, él y la gazmoña de su

mujer, una doña Remilgos que todo lo encuentra de mal ver, y que es, al fin y al cabo, la que le mete esas simplezas en la cabeza al otro. ¡La figura para darnos consejos y enseñarnos lo que es bueno o malo!

MERCEDES: ¡Ya basta, mujer! Te pregunto, simplemente, a dónde vas.

EMILIA: A las tiendas. ¿Estás conforme?

MERCEDES: Medita un poco; no gastes mucho... No hay que tirar esa cuerda... Podría estallar y volveríamos a las andadas...

EMILIA: ¡Oh!... ¡Perdó cuidado! (*Vase por foro*).

MERCEDES: (*A Laura*) Y tú, hijita, a ver si concluyes esas circulares.

LAURA: ¡Sí... señora! (*Vase por primera izquierda*).

Mercedes, Jorge, luego Damián.

MERCEDES: (*A Jorge que entra por foro*) ¡Ah! ¿Viniste?...

JORGE: ¡Ya lo ves!

MERCEDES: ¡Es muy bonito lo que estás haciendo! Te duró bien poco la buena conducta. ¿Dónde pasaste la noche?

JORGE: No sé.

MERCEDES: En algún garito, ¿verdad? Damián ha preguntado varias veces por ti.

JORGE: ¿Para qué?

MERCEDES: Te precisa.

JORGE: ¿Sabés quién ha muerto esta madrugada? El mayor García.

MERCEDES: ¿Murió? ¡Qué suerte para la pobre familia!

JORGE: No era malo. Otro desgraciado como yo y como tantos

otros... ¡Vieras qué cuadro en la casa! No tenían, materialmente lo que se llama un centavo. Algunos de los más amigos hemos resuelto cotizarnos para el luto de la familia. (*Pausa*). ¿Cuánta plata tenés para el gasto?

MERCEDES: ¡Pero, Jorge!... ¿Es posible que hasta la memoria hayas perdido? ¿Por quién me tomás? ¿Olvidás que nos conocemos tanto?

JORGE: ¿Qué te pasa?

MERCEDES: ¡Venir a hacerme el cuento del tío! A mí, que aún no has abierto la boca y que ya te adivino lo que vas a decir. ¡Vamos, hombre!... Confesá que vienes de la carpeta, donde pasaste la noche y casi todo el día; que perdiste: que debés o querés desquitarte, y no habiendo encontrado ningún infeliz a quien estafar, te volvéis a casa, a ver si yo te saco de apuros...

JORGE: ¡Pues te ha fallado la perspicacia! No buscaba ningún pretexto. Coincidió el pedido con la noticia... Nada más... Que he jugado, es cierto, y perdí... Plata ajena... de Damián. Trescientos pesos que me entregó para hacerle un giro.

MERCEDES: ¡Mientes otra vez! No te ha entregado nada. ¿Te crees que no te vigilo?...

JORGE: ¡Muchas gracias!

MERCEDES: Y he de evitar por todos los medios que te hallés en ese caso. Sí tú no tienes miramientos para tu hijo, yo sí, y no consentiré que lo exploten. ¿Me has entendido? ¡No lo consentiré!... ¡Parece mentira que sean tan miserables!

JORGE: Yo necesito dinero esta misma tarde; es un compromiso de honor.

MERCEDES: Antes de venir Damián no te preocupaba tanto ese honor... Has olvidado compromisos mayores.

JORGE: Es forzoso que los consiga. ¿Podés ayudarme?

MERCEDES: No.

JORGE: De algún lado saldrán. Voy a recostarme un rato... Cuando regrese Damián, me despiertan.

MERCEDES: ¡Cuidado con recurrir a él! Te repito, para tu gobierno, que si hasta hoy le he ocultado a nuestro hijo tu verdadera conducta, la menor tentativa que hagas contra él bastará para que lo cuente todo, aunque se hunda esta casa. ¡Que no se te olvide!

Jorge vase por segunda izquierda.

DAMIÁN: *(Foro)*. ¿No vino nadie?

MERCEDES: Nadie...

DAMIÁN: ¿Quieres llamarla a Delfina?

MERCEDES: *(Inquieta)* ¿Qué?... ¿Ocurre algo?

DAMIÁN: No; una carta.

MERCEDES: ¡Ah!... *(Vase por foro)*.

DAMIÁN: *(Que la sigue con la vista)* ¡Es curioso! *(Ocupa su escritorio)*. La pobre vieja, desde que vine, vive sobresaltada por el temor de desagradarme... ¡Pobrecita!...

Damián, Delfina.

DELFINA: ¿De vuelta tan pronto?

DAMIÁN: ¡Ya lo ves!... ¿Me pagas las albricias?... Te traigo una carta de Santa Cruz. Te escribe Lola.

DELFINA: ¡Qué alegrón! ¿También Thompson escribió?

DAMIÁN: Sí; con varios encargos. La verdad es que me pone en un serio conflicto.

DELFINA: *(Leyendo la carta)* ¡Mirá qué suerte! Me dice que salvaron todas sus majadas, a pesar de que los temporales han sido espantosos... *(Pausa)*. ¡Ah!... ¡Empeñados en que vayamos este verano!...

DAMIÁN: *(Buscando en el escritorio)* ¿No has visto aquel memorándum con las salidas de los vapores para el Pacífico?... ¡Ah!... Lo encontré... *(Hojeando)* ¡Oh! El quince sería muy tarde... ¡Pero no hay más remedio!... ¿Cómo haría, caramba?...

DELFINA: ¿Qué te pasa?

DAMIÁN: ¡Un clavo, hija! Figúrate que a Thompson se le vence una letra en Montevideo y me manda pedir que se la retire.

DELFINA: No veo la dificultad. Lola me habla de eso en la carta.

DAMIÁN: El caso es que tendría que embarcarme esta misma tarde.

DELFINA: ¿Te embarcas?

DAMIÁN: Es que no puedo... Mañana es la reunión de acreedores de la famosa compañía de Malvinas, y no puedo faltar. Forzosamente debo mandar a alguien, y ya es muy tarde... ¡Ah!... ¡Tanto cavilar!... ¡Al viejo!... ¿Quién mejor que él?

DELFINA: ¿A tu padre?

DAMIÁN: Naturalmente.

DELFINA: No tan natural...

DAMIÁN: ¿Cómo?

DELFINA: Digo, no más. ¿Para qué molestarlo?

DAMIÁN: ¡Sería bueno que no lo hiciera con gusto! *(Viendo entrar a*

Jorge) ¡Aquí lo tenemos! ¡No podías haber llegado más a tiempo!...

Dichos, Jorge (por primera izquierda).

JORGE: ¿Sí?

DAMIÁN: ¿Tienes algo urgente que hacer?

JORGE: Según y conforme... Esteee... Se ha muerto un amigo mío... Era muy íntimo... el mayor García...

DAMIÁN: ¿Y debes ir al entierro? Pues yo te necesito para algo más importante. El finado sabrá perdonarte. ¿Estarías dispuesto a salir esta misma noche para Montevideo?... Una comisión de confianza absoluta...

JORGE: ¡Hombre!... La verdad es que...

DAMIÁN: ¿No te agrada?

JORGE: ¿De qué se trata?

DAMIÁN: De un pago y varias otras diligencias sin importancia. Un viajecito rápido y entretenido.

JORGE: ¿Tú no puedes hacerlo?

DAMIÁN: En absoluto.

JORGE: ¡Bueno!... ¿Cómo no?... ¡Sí no hay otro remedio!... Tendría que hacer una diligencia antes.

DAMIÁN: No queda mucho tiempo. Una hora escasamente.

JORGE: ¡Oh! Me despacho pronto.

DAMIÁN: Entonces, arreglas tu asunto y yo me voy a esperarte en la dársena. A bordo te daré todas las instrucciones... ¡Te hago aprontar una maleta y te la llevo al vapor; así no pierdes tiempo!

JORGE: Eso sí; así voy derecho.

DAMIÁN: No me faltes. Mirá que se trata de algo muy urgente...

JORGE: *(Yéndose)* ¡Perdé cuidado!

DAMIÁN: ¡Ah!... Si vas temprano y no me encuentras en el vapor de la carrera, estaré a bordo del *Chubut*, allí cerquita no más. *Vase Jorge foro.*

Felizmente, me libré del empacho... ¡Ufff!... ¡Lo que voy a tener que hacer esta noche para ordenar ese papelerío de las desgraciadas Malvinas! *(A Delfina)* ¿Quieres llamarme a algunas de las muchachas? Hay que preparar esa maleta. ¡Oye!... Dale la mía; es cómoda y segura.

DELFINA: Me parece bien. *(Mutis).*

Damián, Eduardo.

EDUARDO: *(Foro).* ¿No dejé una baraja por aquí?

DAMIÁN: No he visto nada.

EDUARDO: ¿Dónde la habré dejado? Se me ha ocurrido una idea para inventar un solitario, y no puedo encontrar las cartas. *(Pausa).*

DAMIÁN: Decime, Eduardo: ¿te gustaría ir al Sur?

EDUARDO: ¿A qué?

DAMIÁN: A trabajar.

EDUARDO: No me hablés.

DAMIÁN: ¡Bueno! A cambiar de aire, a curarte.

EDUARDO: ¡Muy aburrido!

DAMIÁN: Tengo unos amigos, propietarios de un gran establecimiento. Irías allí, en tu calidad de neurasténico, y te aseguro que, antes de un mes, la salud y el espíritu de

trabajo de aquella buena gente, te contagiaría. ¡Es tan fácil abrirse camino por allá!

EDUARDO: ¡Por lo bien que te fue a vos!

DAMIÁN: Porque me metí en otras cosas... ¿A que no te resuelves?

EDUARDO: No me sentaría el clima. Mucho frío en el Sur.

DAMIÁN: Hombre: podría mandarte al Chaco... ¿Mucho calor, verdad? ¡Muchacho!... Tú no puedes continuar así, sin más perspectivas que los cuadrados del puerto. ¡Es una vergüenza!

EDUARDO: Si te incomodo me voy de acá.

DAMIÁN: No digo eso. Haz la prueba. ¡Si te aburres, te vuelves! Por el próximo vapor lo mando al chico.

EDUARDO: ¿A Tomasito?

DAMIÁN: Pienso sacar de él un hombre útil.

EDUARDO: ¿Para qué sirve esa morralla? ¡Tiempo perdido! Es un canallita perfecto. La escuela de papá...

DAMIÁN: ¡Hombre!

EDUARDO: ¡Tiempo perdido! Vos siempre fuiste medio zonzo. Convencete, hermano.

Dichos, Delfina, luego Laura.

DAMIÁN: *(A Delfina)* ¿Aprontan eso?

DELFINA: Ya va a estar.

EDUARDO: *(A Damián)* Che, ¿sabés que tu mujer me cree loco y me tiene miedo?

DAMIÁN: ¿Cómo es eso?

EDUARDO: Huye de mí.

DELFINA: No le hagas caso; es una broma. ¡Le ha dado fuerte!

DAMIÁN: No creas que tu facha inspira mucha confianza.

LAURA: *(Por el foro, con una caja en la mano).* Me han traído el vestido que me regalaste. ¿Vas a pagar la cuentita?

DAMIÁN: ¡Cómo no! Dámela. *(Leyendo)* ¡Ta, ta, ta! ¡Esto no puede ser!

LAURA: ¿Cómo?

DAMIÁN: Mi generosidad, hijita, no llega a tanto. ¡Doscientos pesos!... ¡Una friolera!...

LAURA: ¡Tú me prometiste!...

DAMIÁN: Y mantengo la promesa, pero no puedo costear tanto lujo.

EDUARDO: ¡Así me gusta!

LAURA: *(A Eduardo)* ¡Atorrante! *(A Damián)* Estee... Las circulares están prontas...

DAMIÁN: Me alegro mucho.

LAURA: Y ahora... *(Por la caja)* ¿Qué hago con esto? El hombre espera.

DAMIÁN: ¿Lo piensas? ¡Devolverlo, devolverlo en el acto!

LAURA: Pero es una vergüenza.

DAMIÁN: ¡Con vergüenza y todo, se devuelve!

LAURA: *(Arrojando la caja)* ¡Muchas gracias! *(Vase derecha).*

EDUARDO: ¡Ja, ja, ja!...

DAMIÁN: ¿Querés hacerme el favor de entregar eso, Eduardo?

EDUARDO: ¿Yo?... ¡Bueno, sí! *(De mala gana).*

DELFINA: ¡Dejáselo! ¡Pobre!... *(A Damián).*

DAMIÁN: De ningún modo. ¡Caramba con las pretensiones de la señorita!

DELFINA: ¡No seas malo!... ¡Déjase! ¡Para lección basta con el susto!...

DAMIÁN: Consiento por esta vez... Y me voy... Es tarde... Tomá para la cuenta. *(Le da el importe)*. ¡Hasta luego! *(Vase foro)*.

DELFINA: Aguarda, te daré la maleta. *(Lo sigue)*.

EDUARDO: *(Llamando)* ¡Laura! ¡Laura! Ya se fueron. Vení, vení, no seas pava.

LAURA: ¿Qué querés?

EDUARDO: *(Por la caja)* ¿Ves esto? Te lo regalo. ¡Después dirás que soy un inservible!...

LAURA: ¡Oh!... ¡No lo quiero!...

EDUARDO: ¡Qué no vas a querer!... Me empañé con Damián, y ya lo ves. ¡Tengo una influencia bárbara, che! Decime. ¿No has visto mi baraja?

Entra por el foro Mercedes.

¡Mirá qué paqueta la vieja!... ¡Cualquiera diría que viene de "Las tres bolas", de comprar el anillo!... ¿Apareció la vivorita?

Dichos, Mercedes, luego Delfina.

MERCEDES: ¿Dónde fue Damián?

EDUARDO: Yo no sé.

MERCEDES: Iba con una maleta.

LAURA: A la dársena, a acompañar a papá que se va a Montevideo.

MERCEDES: ¿A qué?

LAURA: Una comisión de Damián.

MERCEDES: ¡Es extraño!

EDUARDO: ¡Qué rebusque para el viejo!

MERCEDES: Hablé hace un rato con Damián y nada me dijo.

LAURA: Fue una cosa repentina.

MERCEDES: ¡Con tal que no sea algún lío de tu padre!

EDUARDO: ¿Un cuento de papá?... ¡Qué esperanza! ¡Es un hombre muy honrado!

LAURA: ¡Callate, ingrato!

MERCEDES: *(A Delfina, que entra)* Aquí está Delfina, que nos sacará de dudas. Ante todo, ahí tienes eso. *(Le da a Delfina un paquetito)*.

DELFINA: ¡El anillo!... ¿Dónde lo encontró?

EDUARDO: ¡En el suelo!... ¡Qué casualidad que nadie lo haya pisado!

MERCEDES: ¿Sabes qué comisión le encargó Damián a Jorge?

DELFINA: Lo mandó a retirar una letra del señor Thompson.

MERCEDES: ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué no me lo dijeron? ¿Por qué no me lo dijeron?... ¡Madre santa! ¡Qué desgracia! *(Se echa a llorar)*.

DELFINA: Pero, señora... ¿qué le pasa? ¿Por qué se pone así?

LAURA: ¡Ave María, mamá!

MERCEDES: ¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡Dios, Dios, Dios!

DELFINA: Esto es muy alarmante, mamá. ¿Qué es lo que teme?

EDUARDO: No se puede pedir mayor respeto para un marido.

MERCEDES: *(Enérgica)* ¡Oh! ¡Esto no queda así! ¿Hay tiempo de ir a bordo, verdad? *(Intenta salir)*.

LAURA: ¿Qué locura es ésa, mamá? Ven acá.

DELFINA: ¡Señora! ¿Cómo usted puede pensar semejante disparate?

MERCEDES: Hija, tengo mis motivos... Anoche estuvo de jugada, y perdió. Hoy se vino desesperado a pedirme plata... Un hombre en esa situación es capaz de todo.

DELFINA: Sería tan espantoso, que no cabe en lo posible. Venga para acá... Damián está con él... ¡Cálmese!...

MERCEDES: No; déjenme, déjenme ir. ¡Se evitará todo!

LAURA: ¡Qué manera de disparar!

DELFINA: Piense que ante semejante duda tendría yo mayores motivos para sentirme inquieta, y ya me ve... ¡Venga! ¡Venga, le digo!... No se torture en balde... Siéntese...

MERCEDES: *(Sentándose)* ¡Ay!... ¡Dios nos ampare!...

EDUARDO: ¿Servirá un consejo mío?... ¡Bueno!... ¡Déjenla que vaya!... ¡Mi padre es muy sinvergüenza!...

LAURA: ¡Eduardo!

EDUARDO: *(A Mercedes)* ¡Caminá!... ¡Tal vez llegues a tiempo! *(La conduce hacia la puerta)*.

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN.

Mercedes, Emilia, Laura, Delfina.

EMILIA: ¡Pero qué empeño en pensar lo peor! Es cierto que la

conducta de papá hace sospechosa esta demora, pero hay que descontar muchas esperanzas todavía. Un accidente, una enfermedad, una prisión por error, un olvido... Papá es bastante, bastante abandonado... Hasta una broma... Puede ser una idea esta... Sabe Dios, si no ha querido, colocándose en una situación equívoca *(A Mercedes)* castigar tu desconfianza, y la escena que le hiciste a bordo... *(Mercedes llora)*. ¡No llores de esa manera! ¿Qué dejarías para después?

MERCEDES: Lloro y lloraré toda mi vida. No tengo la menor esperanza. ¡Qué gran infamia!

LAURA: Podría hasta haberse muerto de repente, y como allí nadie lo conoce, tardaremos en saberlo.

EMILIA: ¡También! ¡Él sufría un poco del corazón!

MERCEDES: ¡Qué ha de haberse muerto! ¡No tiene tanta suerte! ¡Desgraciado!... ¡Sí es un desgraciado, más que otra cosa!... La miseria lo echó a perder. Siempre fue bueno y caballero. No jugaba; odiaba el juego... No bebía... Jamás faltaba a sus horas, y su mayor preocupación era vernos siempre felices... De repente, empezó a caer, y en estos últimos tiempos ni la sombra quedaba de aquel padre de familia... *(Muy afligida)* No sé cómo, francamente, se puede cambiar así a las criaturas de Dios!... ¡Y todos hemos cambiado! De mí, de la Mercedes de antes, tampoco queda nada. Me puse igual o peor que él. De ustedes, no tengo derecho a decir nada... Se educaron con nuestro ejemplo... El único sano, porque no vivió con nosotros, era el pobre Damián. ¡Pobre hijito!... ¡Y ahora, para que no salga menor favorecido, lo arrastramos con nosotros, a la miseria y a la deshonra! *(Pausa)*. ¡Pobres de nosotros!... ¡Pobre Damián! *(Llanto prolongado)*.

- EMILIA: Está bueno, mamá; no llores así; te hará daño. Aguarda al menos que se confirmen tus presagios... ¡Cálmate!... ¡Trae un poco de agua colonia, Laura!... Y tú, Delfina, podrías decirle algo. ¡Eres como un juez aquí, y la mortificas! (*Sale Laura*).
- DELFINA: ¿Yo?... ¿Qué puedo decirle? Necesito tanto como ella de consuelo. Y además, no podría hacer farsas. Creo, como ella, que no hay esperanzas de nada bueno.
- EMILIA: Ahí tenés, mamá, lo que sacas con tus cavilaciones. ¡Es natural! Si los de la casa empiezan a sacar astillas, todo el mundo se cree con derecho a hacer leña. Tampoco es de buen ver que se condene a un hombre sin pruebas.
- DELFINA: ¡Caramba! En todo caso el reproche debe empezar por tu madre. Por otra parte, la posición de ustedes no es tan ventajosa como para justificar insolencias.
- LAURA: (*Volviendo*) ¿Qué hay? ¿Qué pasa?
- EMILIA: (*A Mercedes, ofreciéndole un pañuelo y el agua colonia que trajo Laura*) ¡Tomá! ¡Tené calma, pues! (*A Delfina*) ¡También es una cobardía cebarse en el dolor ajeno!...
- MERCEDES: ¡Callate, Emilia! Dejala en paz. La pobre tiene razón. ¡Es una víctima nuestra!
- EMILIA: ¡Qué tanto víctima ni tanta humillación! Si las cosas han pasado como ustedes piensan, la vergüenza no sería para nosotros solamente. ¡Damián también es de la familia!
- DELFINA: ¿Vergüenza? Estás muy equivocada. La conducta y antecedentes de Damián, lo ponen bien a salvo de toda sombra. ¡Ya sabrá él proceder como se debe! Nadie está libre de tener por padre a un ladrón y por parientes a una banda de salteadores. Séase decente y no habrá quien se atreva a echárselo en cara.

- EMILIA: ¡Oh!... ¡Vos estabas esperando una oportunidad para mostrar tus uñas!
- DELFINA: Hablo porque me provocan. No aguardaba oportunidad alguna. He tratado de hacerles todo el mayor bien, pudiendo, con una palabra, disuadir a mi marido de su chifladura sentimental, mientras que en pago ustedes me sacaban el cuero... Ahora mismo estaba resuelta a callarme la boca, a pesar de la catástrofe que nos amenaza, pero, visto que no tienen ustedes ni nociones de delicadeza, les prometo que me han de oír.
- EMILIA: Puedes empezar... Ya nos has dicho ladrones y salteadores... ¡Adelante!... ¡Mordé, mordé!... (*Señala a Mercedes*). Ahí tenés una buena presa... una mujer medio muerta de sufrimiento... ¡Te la cedo, perversa!...

Las mismas, Eduardo.

- EDUARDO: (*Saliendo*) ¿Qué bochinche es éste?
- DELFINA: Tus hermanitas.
- EDUARDO: ¡Oh!... ¡Son una monada mis hermanitas! ¡Como el padre!... (*A Laura y Emilia*) ¡Fuera de aquí, morralla!... (*A Delfina*) ¿Qué te hacían, cuñada? Seguro que te achacaban las culpas del robo. Para aquélla (*Por Laura*), la lectora de folletines, eres una malvada que quiere sumir en la deshonra a una familia pobre, pero virtuosa... Esta otra (*A Emilia*) es más Paul Bourget... Te encontrará un alma complicada, llena de recovecos... ¡Son literatas las dos... y muy distinguidas!... ¡Morralla!... Qué asco, ¿no?... ¡Y milagro que no estaba Tomasito en la reunión!... ¡Otro!... (*Cambiando*) ¿No hay detalles nuevos?

DELFINA: Ninguno.

EDUARDO: ¿Y Damián?

DELFINA: Por ahí... buscando noticias.

EDUARDO: ¿Ves? Ese muchacho se va a convencer recién de que es zongo del lado izquierdo... ¡Fijate en la vieja! Papel lucido, ¿eh?... ¿Qué dirá Damián cuando se confirmen las cosas? Apuesto a que le da por la tragedia. *(Declamando)* ¡Oh, padre!... ¡Estamos deshonorados!... ¡Infeliz!... ¡Ay de mí!... *(Natural)* Y la voz de la sangre, y el respeto filial, y los sacrificios honrosos, y... toda esa punta de macanas que han inventado los escritores y poetas para tener de qué ocuparse. El otro día leí en un diario que no sé cuál poeta había hecho mal en tratar cosas tan sagradas como la familia, el amor filial y qué sé yo... Fijate cómo nos conocen los críticos... ¡Bueno!... ¿No me llevan el apunte?... ¡Me voy!... Están muy viernes santo... Me voy. *(Vase)*.

DELFINA: También yo. *(Vase)*.

EMILIA: ¡La insolente ésa!

MERCEDES: ¿Por qué son tan malas? ¿Qué ganan con empeorar la situación?

LAURA: ¡Nosotras no la hemos buscado!

EMILIA: ¿Debíamos consentir a esa intrusa que nos pusiera por los suelos?

MERCEDES: ¡Mientras no dijera más que la verdad!

EMILIA: ¡Oh!... ¡Muy bonito! Nuestra obligación habría sido ofrecer la otra mejilla para el cachete, ¿no?

MERCEDES: No hablemos más.

DAMIÁN: *(Por el foro)* ¡Nada!

MERCEDES: ¿Nada, hijo mío?

DAMIÁN: He ido a la agencia. En la lista de pasajeros no está el nombre. Es seguro que no ha vuelto. También, si nos ha hecho pasar estas angustias por dejado, así será la reprimenda. ¿Y Delfina?

MERCEDES: En su cuarto, supongo.

DAMIÁN: ¿Está muy afligida?

MERCEDES: ¡Cómo no, hijo! Como todos nosotros... ¡Ah! Si me hubieras escuchado cuando fui a buscarlo a bordo, nos ahorraríamos tanta inquietud... No me hiciste caso, y estamos sufriendo las consecuencias...

DAMIÁN: ¿Cómo hacerle una ofensa tan grande al pobre viejo? Decirle: "Papá, no tengo confianza en usted, quédese" ... ¡Eso, nunca!

MERCEDES: Fue demasiada buena fe la tuya.

DAMIÁN: Pues, a pesar de todos tus recelos, y de ese empeño que te noto, de prepararme a bien morir, no acabo de inquietarme del todo.

MERCEDES: No debes hacerte ilusiones. Piensa en lo malo.

DAMIÁN: A no ser por tus confianzas, sobre la afición al juego de papá, te juro que estaría lo más fresco. ¿Por qué no me contaste eso antes, cuando llegué, al enterarme de tus desdichas? Si algo triste me sucede, no tendré que hacerte más que ese reproche.

MERCEDES: No quise aumentar tu disgusto. Pensé poder corregirlo.

DAMIÁN: ¿Y dónde jugaba?

MERCEDES: ¡Vaya uno a saberlo!... ¡En tantas partes!... *(Pausa)*.
Decime, ¿si hubiera ocurrido la desgracia, tendrías cómo reponer eso?

DAMIÁN: No, mamá; ni la mitad. ¡Será una deshonra completa!

MERCEDES: ¡Oh, qué desgracia! *(Llora de nuevo)*.

DAMIÁN: No me hagas acordar de eso, porque entonces sí que me... que me... ¿no ves?... Ya estoy todo nervioso... ¡Sería horrible! ¡Una cosa sin levantar!... *(Llaman)*. ¿Qué?... ¿Llaman?...

MERCEDES: Corro a ver. *(Sale)*.

Damián se pasea nervioso.

(Mercedes volviendo). ¡Un telegrama! ¡Un telegrama! *(Se lo da)*. ¡Oh, gracias a Dios!

DAMIÁN: Vamos a ver.

MERCEDES: ¡Abrilo pronto! ¡Pronto!

DAMIÁN: *(Como indeciso)* ¡Vaya!... ¡Me da... un... no sé qué!...

DELFINA: *(Que con Eduardo ha acudido a las voces)* ¡Traé para acá, flojo! *(Le arrebató el despacho. Lee)*. "Letra Thompson no ha sido retirada".

MERCEDES: ¡Ay, Dios santo! *(Cae abrumada sobre una silla)*.

DAMIÁN: *(Demudado)* Permitime un poco ese despacho. *(Lee)*. "Letra Thompson no ha sido retirada"... De modo... De modo... Que... ¿Es cierto? ¿Es cierto?... Pero... Pero... pero... ¡Ah!... ¡No puede ser!... ¡Al viejo le ha sucedido algo!... Estoy en hora... Me voy a buscarlo a Montevideo... ¡Quién sabe si no está enfermo!... ¡Ah, sí, me voy!... ¡Mi sombrero!... ¿Dónde está? ¡Mi sombrero! *(A voces)* ¡Mi sombrero, he dicho!

DELFINA: Tomalo. *(Se lo da)*.

DAMIÁN: ¡Adiós!

DELFINA: Escúchame. Piensa un poco lo que has de hacer. No te precipites.

DAMIÁN: Pero, hija; ¿cómo quieres que no me precipite si está en juego nuestro porvenir?

EDUARDO: Haceme caso. No vayas a Montevideo. Perderías el tiempo. El viejo está aquí.

DAMIÁN: ¿Cómo lo sabes? ¿Lo has visto?

EDUARDO: Lo conozco. No se ha ido.

DAMIÁN: *(Alterado)*. Pero, ¿cómo no se va a ir, si yo estuve con él a bordo, hasta el último momento?

EDUARDO: Sé lo que te digo. Tenía un metejón por ahí... Bajó del vapor, atrás tuyo, fue a pagarlo; después se metió a jugar por ver si cubría el déficit, y la plata se le hizo humo. Verás cómo aparece hoy o mañana. En cuanto no tenga con qué dormir en el hotel, se viene a rondar la casa para entrar cuando esté seguro de no toparse contigo.

DAMIÁN: ¿De modo que tú también estás convencido de que me ha estafado?

EDUARDO: ¡Quién podría dudarlo!

DAMIÁN: Y dime, ¿tú concibes que haya en el mundo gente tan infame?

EDUARDO: *(Silbando)* ¡Fíííí!... ¡Resmas, che!

DAMIÁN: *(Con ira)*. ¿Y padres tan desalmados, tan indignos, tan bellacos?

EDUARDO: Abundan igualmente.

DAMIÁN: Pues yo no me convenzo. Hay cosas que no caben dentro de la envoltura humana. Y esta es una de ellas... Al viejo le ha pasado algo y yo debo encontrarlo...

EDUARDO: ¿Dónde?

DAMIÁN: No sé. En algún lado... En la calle. En la policía... En un hospital...

DELFINA: ¡Damián!

DAMIÁN: No se inquieten. Volveré. *(Vase por foro).*
Delfina llora.

EDUARDO: ¡Venga, cuñada, venga! La acompaño... No crea que estoy loco. Tal vez sea el más cuerdo... ¡Qué asco! ¿No? *(Vase con Delfina por segunda derecha).*

Mercedes, Laura, Emilia, luego Jorge.

LAURA: *(A Emilia)* Y ahora, che, ¿qué será de nuestra vida?

EMILIA: Ritornamo al antico.

LAURA: ¡Pero papá es un sinvergüenza!

EMILIA: ¡Qué sinvergüenza ni sinvergüenza! ¡Es un infeliz! ¡Más canalla es este otro, que siendo rico, nos ha dejado hundidos en la miseria! ¿Acaso el pobre viejo, que ha sacrificado la mitad de su vida para educar y hacer gentes a ese par de ingratos, no tenía derecho a exigirles en recompensa que le proporcionaran una vejez decorosa? ¡Ellos son los bellacos!... Uno atorrante: el otro es un bruto egoísta y tacaño. ¡Linda esperanza de padres!... *(Se va rezongando).*

Laura la sigue, por izquierda. A poco entra Jorge por el foro, derrotado, avanzando con alguna cautela.

MERCEDES: *(Viéndolo)* ¿¡Vos!? *(Corre hacia él).* ¡Jorge!... ¿De dónde vienes?... ¿Qué es lo que has hecho?... ¡Jorge!...

JORGE: Déjame. No me preguntes nada. Lo hecho, está hecho, y se acabó.

MERCEDES: ¿Has tenido el valor de cometer una infamia tan horrible?

JORGE: No me digas nada. ¿Qué sacamos con hacer escenas? Escandalizar sin provecho. ¿Damián sabe ya?

MERCEDES: No, no lo sabe. Se lo he dado a entender, pero no quiere creerlo. No concibe un padre tan malvado. Ha salido a buscarte.

JORGE: ¿Tendrá para reponer eso?

MERCEDES: No; me lo acaba de confesar... ¡Nada!... Dice que sería su ruina y su deshonra. ¡Ya lo ves!... Dinero ajeno... Lo culparán a él...

JORGE: Si es así, me queda un medio de salvarlo...

MERCEDES: ¿Cuál?

JORGE: Pegarme un tiro.

MERCEDES: ¡No! ¡No! ¡Jorge! ¡Una locura no se enmienda con otra!

JORGE: Se lo tendrá que pegar él, entonces.

MERCEDES: *(Horrorizada)* ¡Mi hijo!... ¡Oh! ¡No! ¿Por qué sos tan cruel? ¿Por qué me dices esas cosas tan brutales? No hay necesidad de que se mate nadie. ¿Se ha hecho el daño?... ¡Pues a sufrir las consecuencias!... No va a pasar nada, ¿verdad? ¡Prométemelo, Jorge! ¡Dame ese consuelo a cambio de todo lo que me has hecho sufrir!

JORGE: ¡Quedate tranquila!... Depende de cómo tome el otro las cosas... Yo me voy a meter en la cama... Van tres noches que no duermo, y no puedo más... Hablale a Damián...

Yo no tendría cara para presentarme ante él... Contale todo... Que juego... Que soy un vicioso incurable, y que... que... y que he abusado vilmente de su confianza...

MERCEDES: ¡Qué golpe para el pobre muchacho!

JORGE: Tú puedes encauzar bien la situación, de manera que el otro no la tome por un lado muy trágico. Ahora, si no lo consigues, tendrás que resignarte a aguantar mi sacrificio...

MERCEDES: ¡Oh! Si depende de mí, te juro que todo se arregla...

JORGE: ¡Ojalá! ¡No puedo más de fatiga! *(Se aleja)*.

MERCEDES: Sí, acostate. *(Deteniéndolo)* Permíteme una cosa. *(Lo registra cuidadosamente a fin de cerciorarse si tiene armas)*. Sin esto, no estaría del todo tranquila.

Mutis Jorge por primera derecha.

Mercedes, luego Damián, despues Delfina.

MERCEDES: Ahora al otro. *(Revisa los cajones del escritorio y saca un revólver. Al huir con él tropieza en la puerta del foro con Damián que entra)*.

DAMIÁN: ¿Qué es eso? ¿Qué vas a hacer con esa arma? ¡Traiga eso acá! *(Se lo arrebata)*.

MERCEDES: ¡No! ¡Dámelo, Damián!... No iba a nada... Quería esconderlo, porque tengo mucho miedo.

DAMIÁN: ¿Miedo de qué?

MERCEDES: No sé... ¡Por favor, dámelo!... ¡Me moriría de pena!

DAMIÁN: Tómalo. *(Se lo devuelve)*. ¿Dónde está mi padre?

MERCEDES: ¿Ya sabes?...

DAMIÁN: ¿Dónde está, pregunto?

MERCEDES: El no se atreve... Me encargó que te lo dijera... ¡Todo se ha perdido!... No vayas a perder la cabeza, hijo mío.

DAMIÁN: ¿Dónde está, pregunto? Sé que ha llegado y quiero verlo.

DELFINA: *(Por segunda derecha)* No te alteres, Damián. No remediaremos nada. Ven, siéntate. Vaya a llamarlo, señora.

DAMIÁN: Y quédese usted. Déjenos solos.

MERCEDES: Voy enseguida. *(Vase primera derecha)*.

DAMIÁN: ¿Has soñado una cosa igual, Delfina?

DELFINA: Es horrible, pero no irremediable. Thompson es muy caballero y sabrá comprender tu situación. Yo le escribiré a Lola también...

DAMIÁN: *(Anonadado)*. ¡Horrible! ¡Horrible! ¡Horrible!

DELFINA: Sería mejor que nos fuéramos a Santa Cruz por el primer transporte ¡No te desesperes así!
Jorge asoma tímidamente.

Damián, Delfina, Jorge.

DAMIÁN: *(A Jorge, que sale y permanece alejado)*. ¡Adelante, señor!... ¡No tenga vergüenza! Cuando has tenido el descaro de venir a esta casa, te suponía con la comedia preparada. Avanza, pues... ¿O esperas que vaya a recibirme?

JORGE: *(Rehaciéndose)* ¿Qué tienes que decirme?

DAMIÁN: ¡Hombre, nada! ¡Nada grave! Pedirte perdón por esta

molestia que te causo... ¿Estás borracho?

JORGE: Tal vez. No sería difícil.

DAMIÁN: ¡Cuidado con exasperarme con tus respuestas, porque no respondería de mí!

JORGE: Los jueces no pierden la calma.

DAMIÁN: ¿Tú no te das cuenta exacta de todo el mal que me acabas de hacer?

JORGE: Exactísima. Tanto que podría economizarte todo el interrogatorio, repitiendo las preguntas que yo mismo me he dirigido antes de cometer el crimen, mientras lo cometía, y después de realizado. Todo fue con deliberación, y consciente. Te haría ahora mismo un alegato de bien probado, con la certeza de impresionarte. Sé que no podrás reponer la plata ajena robada, la que yo acabo de robarte, y como de algún modo debes justificarte, me pongo por completo a tu disposición.

DAMIÁN: ¿Para qué?

JORGE: Te ofrezco un suicidio.

DAMIÁN: ¡Que te has de matar! Es un nuevo recurso. ¿Pretendes impresionarme, verdad? Te equivocas de medio a medio... El que pensó matarse hasta hace veinte segundos fui yo. ¡Yo! ¡El inocente! Pero desistí, al verte en ese tren de envilecimiento cínico. Para los hombres como tú, hay un solo castigo: la cárcel. Y tú, en la cárcel por robo, o sea el hecho de que yo haya entregado a mi padre a los tribunales para que lo condenen, será mi justificación más cabal. Hemos terminado. Si es cierto que te pones a mi disposición debes marchar en el acto a la policía... ¡En el acto!... ¡Ya!... ¡Ya!...

Jorge se va al foro sin decir palabra. Damián mantiene un gesto final imperativo. Jorge, antes de irse, vuelve la cara resignada y decidida y vase.

DELFINA: *(Dulcemente)*. ¡Damián!

DAMIÁN: ¡Oh, Delfina! ¡Tengo ganas de llorar! ¡De llorar a gritos!... *(Se deja caer, sollozando, en una silla)*.

DELFINA: *(Acariciándolou)*. ¡Sí, llore, llore mucho, mi pobre Quijote!...

TELÓN LENTO

FIN

El desalojo

Florencio Sánchez

PERSONAJES

ENCARGADA
VECINA 1ª
VECINA 2ª
INVÁLIDO
GENARO
JUAN
INDALECIA
CHICOS
UNA NENA
PERIODISTA
FOTÓGRAFO
VECINO
COMISARIO

ESCENA PRIMERA

ENCARGADA: *(Saliendo de una de las habitaciones)* Ya sabe, ¿eh? Bueno; que non se le orvide. Son cansada de esperar que hoy e que mañana e que de aquí a un rato...

VECINA 1ª: ¿Qué le hemos de hacer? ¡Cuando no se puede, no se puede!

ENCARGADA: Antonce no se arquila los cuartos, ¿sabe? ¿Se ha pensao que estamo en una república, aquí?... L'arquiler es lo primero.

VECINA 1ª: ¡Bueno, bueno!... ¡Basta! ¡No precisa hablar tanto!

ENCARGADA: Eso digo yo. No precisa hablar tanto. A la fin de mes se paga e nos quedamos todos callao la boca... *(Alejándose)*

Sí, señor. E non precisa tanto orgullo... Se quieren vivir de arriba, se compra el palacio del congreso, ¿sabe?, ¿en la calle Entre Ríos!... (*Tropieza con un mueble*). ¡Ay!... ¡Dío!...

VECINA 1ª: (*Aparte*) ¡No haberte roto algo!...

ENCARGADA: ¡Ay!... ¡Madona Santísima!... ¡Uiii!... (*Golpea el mueble con rabia, volviéndose a Indalecia*) ¿Y osté también se ha pensao tener todo el año esto cachivache ner patio?... Non tiene vergüenza...

INDALECIA: ¡Pero, señora!... Si yo...

ENCARGADA: ¡Un corno! Se le hubiesen tirao esta porquería de mueble a la calle, no estaría tanto tiempo sen buscar pieza. Parece mentira. (*Quejándose*) ¡Ay, ay, ay!

VECINA 2ª: (*Aproximándose*) ¿Se lastimó mucho, señora?...

ENCARGADA: ¡Qué sé yo!... Un gorpe tremendo.

VECINA 2ª: ¡A ver! Esos golpes saben ser malos...

VECINA 1ª: (*Burlona*) ¡Ah!... Se le puede formar un cáncer... Llamen a la Asistencia...

ENCARGADA: Mire, mire, doña Francisca. Venga. (*Se oculta detrás de los muebles para enseñarle la pierna lastimada*).

Dos inquilinos que salen rumbo a la calle, se detienen a mirar.

VECINA 2ª: ¡Ay, qué temeridad!...

ENCARGADA: Ner mismo güeso... Vea. (*Viendo a los vecinos*) ¿Y ustedes qué quieren? ¿No tienen nada más que hacer?

VECINA 2ª: ¡Ave María! ¡Tanta curiosidad!...

Los dos vecinos se alejan riendo.

VECINA 1ª: (*Deteniéndolos*) Diga, Juan, ¿no sabe si dan baile este sábado los “Adulones del Sur”?

JUAN: Creo que sí.

Mutis de ambos.

VECINA 2ª: Lo que es usted no faltará.

VECINA 1ª: No estoy invitada. La fiesta es pa ustedes los socios, no más... ¡ja, ja!... (*Mutis*).

VECINA 2ª: ¡Dispará no más, comadre!...

ENCARGADA: ¡Déquela!... Non vale la pena...

VECINA 2ª: Tiene razón. Venga a mi cuarto. Le daré una frotación de aguardiente... Venga... También, la verdad es que ni se puede caminar en este patio.

ENCARGADA: Naturalmente. Con toda esta porquería de cachivache adentro...

VECINA 2ª: ¡Un día, pase; dos, también; pero más, es demasiada pachorra!...

INDALECIA: (*Tristemente*) ¡Ay, señora; ruéguele a Dios que no se vea en nuestro caso!

VECINA 2ª: ¡Pierda cuidado!... Mientras él me dé salú para trabajar, puedo estar tranquila. No ha de ser esta persona quien se quede de brazos cruzados esperando que las cosas caigan del cielo.

ENCARGADA: Eso, eso digo yo. Mire, doña Indalecia; crea que no lo hago de gusto, porque el buen corazón lo tengo, ¿sabe? Ma non se puede estar estorbando a la quente todo el tiempo...

INDALECIA: ¿Qué debo hacer?... ¿Quieren que me tire al río con todos mis hijos?

VECINA 2ª: No decimos tanto. Pero... moverse, caminar, buscar

trabajo... En este Buenos Aires no falta en qué ganarse la vida.

INDALECIA: ¡Pero señor! Si no he hecho otra cosa que buscar ocupación. Ustedes bien lo saben. Costuras no le dan en el registro a una mujer vieja como yo. Ir a la fábrica no puedo, ni conchavarme, pues tengo que cuidar a mis hijos...

ENCARGADA: Ma dícame un poco, ¿qué le precisa tener tanto hicos?... Si no hay con qué mantenerlos, se agarran y se dan.

VECINA 2ª: ¿Y los asilos?

VECINA 1ª: ¡Oh!... ¡Eso es muy fácil decirlo!... ¡Pobrecitos!...

ENCARGADA: Pobrecito, pobrecito, e mientras tanto muerto de hambre como los gatos, robando la comida en casa de lo vecino...

ESCENA II

GENARO: *(Que ha aparecido momentos antes con un paquete en la mano)*... Y hacen bien, cuando los vecinos son tan agarrados. ¡Mándensen mudar de aquí!... ¡No tienen vergüenza!... ¡Estar embromando a la pobre mujer!... ¡Bruta gente!...

VECINA 2ª: ¡El terremoto de la Calabria!... Vámonos, señora.

ENCARGADA: *(A Genaro)* Me diga un poco, ¿qué se ha pensao osté? Me diga.

GENARO: *(Rezongando, sin hacerle caso)* ¡Bruta gente! ¡Bruta gente!... *(A Indalecia)* No te aflija. ¿No vino ninguno?...

INDALECIA: Nadie.

Genaro se encamina hacia su cuarto, segundo izquierda.

ENCARGADA: *(Deteniéndolo)* ¡Eh!... Me diga un poco, ¿qué se ha pensao?...

GENARO: ¿Parlate a me?...

ENCARGADA: *(Alterada)* ¡A lei, sí; a lei, a lei!... Sí...

Genaro la mira fijo un instante y le hace la mueca característica de los napolitanos. Se va a su cuarto, dando un portazo al entrar.

(Furibunda) Furbo... ¡Mazcalzone!...

VECINA 2ª: Está borracho el botellero. No le haga caso. Venga.

ENCARGADA: ¡Canaglia!...

VECINA 2ª: Venga a curarse esa pierna. Déjelo.

ENCARGADA: ¡Mazcalzone!... *(Volviéndose a Indalecia)* Usté también, ¿qué está compadriando así?... ¡Tanto embromar, también!... *(Se va rezongando conducida por la Vecina 2ª).*

ESCENA III

INDALECIA: *(Deja la costura y se aproxima a la cuna)* Vamos, nena. ¡Arriba!... ¡No se va a pasar durmiendo todo el día!... ¿No?... Entonces ¡u... pa!... *(La levanta)*. ¿Quiere pancito?... *(Saca un mendrugo del bolsillo y se lo da)*. Esta noche traerán centavos, bastante plata, y vamos a comer mucho, ¡mucho!... ¿Tiene hambrecita?...

GENARO: *(Reapareciendo con un grueso pan y una navaja en las manos, se acerca a Indalecia y corta una porción)* Toma... ¡Mangia!...

INDALECIA: ¡Oh!... ¡Para qué se ha incomodado!...

GENARO: ¡Mangia, te digo!... *(Saca un bollo del bolsillo y se lo da a la nena)*. Mangia vos. ¿Dove sono i rapazi?

INDALECIA: No sé. En la calle tal vez...

GENARO: *(Se aproxima a la puerta del foro y llama a voces).* ¡Eh!... ¡Tú!...
Vieni. ¡Anque, tú!...

Aparecen tres chicos.

(Genaro da un trozo de pan a cada uno). Toma... ¡Mangia...
tú, mangia!... ¡Mangia!...

Los muchachos reciben el pan con alborozo y se ponen a comer.

INDALECIA: ¡Mal agradecidos!... ¿Cómo se dice?...

UNO DE LOS CHICOS:

(A boca llena) ¡Muchas gracias!...

GENARO: *(Indicándoles la puerta)* ¡Vía! *(A Indalecia)* No hacen falta
cumplimientos. ¡Hay hambre, se mangia y se acabó!...

Los chicos hacen mutis.

(Genaro se sienta en cualquier parte, saca salame del bolsillo y se pone a comer. Pausa). Estuve en el hospital. Le han hecho la
operación a tu marido...

INDALECIA: ¿Cómo?... ¿Otra?...

GENARO: Naturalmente. *(Alzándose)* Toma. Mangia un po de
salame.

INDALECIA: ¡Oh!... ¡Me lo van a matar!... *(Toma el salame y se lo pasa a la nena).*

GENARO: *(Volviendo a sentarse)* Sería mecor, si ha de quedar
paralítico.

INDALECIA: ¡Pobre Daniel!... ¿Habló con él?

GENARO: No lo decan ver. No hace falta tampoco... *(Pausa).* ¿Qué
decía la encargada?

INDALECIA: ¡Oh!... Lo de siempre. Rezongar... Insultarme...

GENARO: ¡Bruta gente!...

INDALECIA: ¡Son tan malos!... Vea: a ella le disculpo, porque, al fin y
al cabo, es patrona; pero a las otras, a las demás vecinas...
¡Gente desalmada!... ¡Si fueran más felices o mejores que
una, no diría nada, ¡qué diablos! Tendrían derecho. Pero
no. Son pobres como yo, tienen hijos como yo, y maridos
que trabajan expuestos a que los destrozce una máquina o
a caerse de un andamio, y en vez de pensar un poco que
podrían verse en mi caso mañana o pasado, se ponen a la
par de la otra para mortificarme. Y todo por adularla,
¡nada más! ¿Usted cree que ha habido uno solo en esta
casa capaz de ofrecerme un poco de caldo para la nena?
No, señor; prefieren tirar las sobras por el caño...

GENARO: ¡Bruta gente!...

INDALECIA: ¡Es lo que más desconsuela!... *(Afligida)* Me dan tantas
ganas de llorar... Ver que una no es nadie... Que de
repente se queda sola en el mundo, aislada... abandonada
de todos... peor que un perro... *(Llora).*

GENARO: ¡Ma no!... ¡Ma no!... ¿qué se gana con afliquirse?...
¡Cállese la boca!... ¡Bruta gente!... Decate de llorar,
¿sabe?...

Se oye un tumulto y gritos afuera: "¡Viejo loco!... ¡Viejo borracho!... ¡Viejo loco!...". Aparece un grupo de pilluelos, entre ellos los hijos de Indalecia, acosando a un viejo soldado, inválido de la guerra del Paraguay.

ESCENA IV

INVÁLIDO: *(Persiguiendo a los muchachos con el bastón enarbolado)* ¡Mal
enseñados!... ¡Con eso van a hacer patria!...

INDALECIA : ¡Tata!...

GENARO: *(A los chicos)* ¡Vía!... ¡Caramba, caramba!... ¡Fuori!...
¡Sinvergüenza!... *(Los corre)*.

INVÁLIDO : ¡Muchas gracias, don!... ¡Parece mentira!...

GENARO: Son cosas de rapazzi...

INVÁLIDO : ¿No ve, hombre, a qué extremos hemos llegado? Los gringos tienen que defender a los servidores de la patria. Vea, amigo; aquí ande usted me ve, ¿sabe?, yo soy el cabo Morante, y pregúntele a cualquiera de los que estuvieron en la guerra, si llevo al cuete esta cintita y esta otra...

GENARO : ¡Eh, bueno! ¡Qué le vamo a hacer!

INVÁLIDO : ¿Cómo qué le vamos a hacer? ¡Que lo respeten, canejito! *(A Indalecia)* ¿Cómo te va diendo, m'hija?...

INDALECIA: Aquí estamos... Y usted, ¿qué hace por acá?

INVÁLIDO: A verte, pues... Y así no más me recibís... ¿No digo?... Hasta los hijos son unos ingratos...

GENARO : ¿Ese es su padre?...

INVÁLIDO : ¡Y cómo le va!... Y legítimo, ¿sabes, che, gringo?... Lo que hay es que ya no me va reconociendo...

INDALECIA : ¿Y cómo ha venido a dar conmigo?...

INVÁLIDO: Por tu desgracia... esta mañana, en el boliche del tuerto Ramos, allá en Palermo, ¿sabes?... y oí que un mocito leía en el diario que te habían desalojado y que levantaban una suscripción pa vos... ¡Pucha, digo, si es m'hija!... ¡Pobre mujer!... ¿Adónde vive?... Calle tal... me dijo el mozo. ¡Vamos a ver a mi Indalecia en la misiadura! Y agarré p'acá... Si en algo puedo servirte, ¿sabés?, aunque manco, no me olvido que sos m'hija...

INDALECIA: Podías haberte acordado antes...

INVÁLIDO : ¡Que querés!... Te robaste; te empeñaste en juir con ese zozzo de tu marido...

INDALECIA: Bueno; no hablemos de él, ¿eh?

INVÁLIDO: No hablemos, si querés. Pero yo te dije que ibas a ser desgraciada con él, y ya ves cómo salió cierto. Se cayó de un andamio, ¿no?...

INDALECIA: Sí, señor...

INVÁLIDO: No ve, pues... ¡Cuando yo te decía!... ¿Esa nena es tuya?... Venga p'acá, mocita, con su agüelo...

La chica, asustada, se recuesta a la madre.

No ve, pues... Pucha cómo está el país, amigo gringo... Los nietos no las van con los agüelos... Ya no se respeta la familia ni nada... En nuestro tiempo, había e ver... Y esos otros mocosos, ¿son tuyos también?... Con que ustedes eran los que venían insultando a su agüelo, ¿eh? ¡Ahora van a ver, mocosos!... *(Va hacia ellos)*.

INDALECIA : ¡Tata!...

GENARO: *(Deteniéndolo)* ¡A ver!... Décate de embromar...

INVÁLIDO : ¡Oh!... ¿Y a vos quién te da vela?... Che, Indalecia, ¿éste es otro yerno?... Amigo; podía pagarle el cuarto, cuando menos...

GENARO : ¡Décase de embromar! *(Se va a su cuarto)*. ¡Bruta gente! ¡Bruta gente!

INVÁLIDO: Miralo al gringo... Hinchao como un zorrino... *(A voces)* ¡Che, Musolino!...

INDALECIA: Déjelo, tata. Si ha venido para fastidiar a la gente, podía haberse quedado...

INVÁLIDO: Bueno, me viá sentar, ya que no invitas... (*Se sienta. Pausa*). ¿Te trajieron la plata e la suscripción ya?

INDALECIA: No, señor.

INVÁLIDO: Ya sabés: no te puedo ayudar con nada, porque ando muy misio y vivo en el cuartel del 5º; pero si querés, te puedo buscar la pieza pa mudarte. Hoy he visto una en la calle Soler...

INDALECIA: No se incomode...

INVÁLIDO: ¿Y qué pensás hacer?...

INDALECIA: No sé. ¡Nada!...

INVÁLIDO: Esperate un poco. Hay un asilo de güérfanos militares, ¿sabés?... Allí... ¡pucha madre!... Si yo no estuviera tan desacreditao con el coronel... le podía pedir una recomendación.

Sale la Encargada.

INDALECIA: ¿Para qué?

INVÁLIDO: Para que metás toda esa colmena de muchachos... ¿Qué vas a hacer con ellos?...

ESCENA V

ENCARGADA: Eso es lo que digo yo. Que lo meta nel asilo... No sirve más que pa trabaco...

INVÁLIDO: Salú, doña...

INDALECIA: No, señor; no me separo de mis hijos. Si ustedes no tienen corazón, yo lo tengo, y bien puesto...

ENCARGADA: Ma diga un poco. ¿No es peor que se mueran de hambre

de no tener qué comer?...

INVÁLIDO: Ha dicho la verdá. Choque esos cinco. (*A Indalecia*)
¿Quién es ésta, che?...

ENCARGADA: Sono la encargada de la casa...

INVÁLIDO: ¡Che, che, che!... Y vos la pusiste de patitas en la calle, ¿no?...

ENCARGADA: Eh... Naturalmente, si no pagaba l'arquiler...

INVÁLIDO: ¿Y todavía te metés a dar consejos?... ¡Ya podés ir tocando de acá, gringa!...

ENCARGADA: ¿E osté qué se ha pensado? Yo soy la dueña acá, ¿sabe?...

INVÁLIDO: ¡Qué vas a ser dueña, desgraciada!...

ENCARGADA: Bueno; déquese de embromar... (*A Indalecia*). ¿E osté sa creído que esto e una sala per recibir la visitas?... Haga el favor de sacar de aquí a ese vieco borracho...

INVÁLIDO: ¡Tu madre, gringa'el diablo!...

ESCENA VI

GENARO: ¡Madona del Carmen! ¡Dequen en paz esa pobre muquer!... (*Enérgico, tomando por un brazo a la Encargada*)
¡Haga el favor, mándese a mudar de aquí!... ¡Ya!... ¡Ya!
¡Váyase, porque te rompo la facha!... ¡Caramba!...

ENCARGADA: (*Volviéndose furiosa*) ¡Dío Santo!... ¡Porco!... ¡Canaglia!...

GENARO: (*La empuja con violencia*). ¡Fuori!... (*Volviéndose al Inválido*)
¡Usted también; mándese mudar!... ¡Hombre bruto!
¡Gente bruta!

INVÁLIDO: ¡No me toqués!... ¡No te me acerqués, gringo!... Porque te...

Tumulto. Salen vecinos. La Encargada vocifera).

INDALECIA: Sosiéguese, don Genaro...

GENARO: *(Amagándole un sopapo a la Encargada)* ¡Bruta gente!...

INVÁLIDO: Ladiate, Indalecia, que entuavía puedo con un gringo...

ESCENA VII

Aparecen el Comisario y el periodista, seguidos de un grupo de chicos.

COMISARIO: ¿Qué desorden es este?... A ver... Sosiéguese...

ENCARGADA: Ve, señor Comisario... Esta canaglia de un botegliero, me ha pegao una trompada tremenda...

INVÁLIDO: *(Cuadrándose)* ¡A la orden, mi jefe!...

GENARO: *(Yéndose a la pieza)* ¡Bruta gente, per Dío!...

ENCARGADA: No lo deque dir, señor Comisario, me ha pegao, me ha pegao, é un senvercuenza...

COMISARIO: *(A Genaro)* ¡A ver, deténgase!... ¿Qué ha pasado?...

ENCARGADA: Mire, señor Comisario, llévelo preso.

COMISARIO: Cállese la boca.

INVÁLIDO: Yo soy testigo, mi comisario. No ha pasao nada, mi comisario... Todo ha sido de boca, no más. ¿Basta la palabra?

COMISARIO: Bajá la mano no más. A ver... Despejen ustedes un poco...

ENCARGADA: No, señor comisario...

COMISARIO: ¡Despeje, he dicho!...

el desalojo

Encargada se va refunfuñando y antes de desaparecer mira con odio a Genaro y besa la cruz, jurándole venganza.

(A Indalecia, que está rodeada de sus hijos) ¿Quién es la dueña de estos muebles?

INVÁLIDO: *(indicando a Indalecia)* Es una servidora... Mi hija...

COMISARIO: Bien, señora. Yo soy el comisario de la sección, y el señor es un repórter de *La Nación*. Hemos sabido que usted se encontraba en esa situación y...

PERIODISTA: Nuestro diario ha sido el primero en dar la noticia...

INVÁLIDO: Me consta. ¿No te dije, m'hija, que lo había leído?

PERIODISTA: Usted ya sabrá que iniciamos una suscripción en su favor. Vengo a traer lo que se ha recibido hasta hoy. No es mucha cosa, pero le permitirá alquilar una pieza y atender las primeras necesidades...

INVÁLIDO: Da las gracias, pues, mujer...

PERIODISTA: Aquí tiene estos sesenta pesos y la lista de las personas que han mandado al diario... Sírvase.

Indalecia se hecha a llorar estrechando a la nena. Pausa. Emoción. Genaro se seca los ojos con la manga.

No se aflija, señora. Ya ve usted... Las cosas se remedian. Cállese. Tome su dinerito...

INVÁLIDO: ¿Sabe que está lindo esto? Cuando te train la salvación te ponés a llorar. Lo hubieras hecho antes. *(Toma el dinero y se lo ofrece)*. ¡Agarrá y da las gracias, pues!...

LA NENA: ¡Mamita!... ¡Mamita!...

INDALECIA: *(Serenándose)* está bien... Muchas gracias... No llore, mi nena... No llore... ¿Ve?... Mamita ya no llora tampoco... A ver... Séquese esos ojitos. *(Le limpia la cara)*

y le suena los mocos con el delantal). Sea buenita... ¡Esos hombres son muy buenos! ¡Muchas gracias, señores, muchas gracias!...

PERIODISTA: El comisario por su parte ha hecho algunas diligencias en su favor... Él le dirá...

COMISARIO: Es cierto. He conseguido colocarle a sus hijos... ¿Son éstos?... ¿Este es el mayor?... Bueno, a éste lo mandaremos a la Correccional de menores...

GENARO: ¿Cómo dice, señor comisario?

COMISARIO: (*Prosiguiendo sin contestarle*) Allí aprenderá un oficio y se hará un hombre útil... Para los demás he conseguido que el asilo...

INDALECIA: ¿Cómo?... ¿Mis hijos?...

COMISARIO: Sí, señora. Ya está todo dispuesto. La Sociedad de Beneficencia los tomará a su cargo.

INDALECIA: ¡Mis hijos!... ¡No!... ¡No!... ¡No me separo de ellos!... ¡No, señor! ¡De ninguna manera, pobrecitos!... ¡Son míos, son muy buenos!...

COMISARIO: Señora, comprenda usted que en su caso...

INDALECIA: ¡Mis hijos! ¡Qué esperanza!... ¡No! ¡Ni lo sueñen!

GENARO: Natural. Y tiene razón.

COMISARIO: Retírese usted. ¡Nadie tiene que ver aquí!...

GENARO: No tengo que ver, pero digo la verdad, ¿sabe?...

COMISARIO: ¡Que despeje, le he dicho!...

GENARO: ¡Eh, bueno!... Está bien. Ma es una incusticia... ¡Bruta gente!...

PERIODISTA: Tiene que resignarse, señora. Es natural que le duela

separarse de ellos, pero preferible es que se los mantenga la Sociedad a que mañana tengan que andar rodando por ahí...

INDALECIA: Tendrá mucha razón, señor. Pero yo no puedo separarme de ellos...

INVÁLIDO: ¿Pero ha visto qué rica cosa?... es la primera vez que la patria se ocupa de proteger a este viejo servidor, manteniéndole a los nietos, y vos te oponés. No seás mal agradecida, mujer... Mire, amigo, este brazo lo perdí en Estero Bellaco, y aquí en esta pierna tengo otra bala más, ¿sabe? Bueno, y ya ve lo que he ganao... Que mis hijos y mis nietos se vean en este estao. ¿Ahora se acuerdan? Está bien. Hay que agarrar no más... Vale más tarde que nunca, ¿no le parece?...

COMISARIO: Es natural. Bien, señora: tiene usted que resolverse y...

INDALECIA: No, señor... estoy bien resuelta. No me separo de mis pobres hijos... No puedo, no puedo... Nunca podría...

INVÁLIDO: ¡Pucha, mujer zonzal! No parece hija mía...

COMISARIO: ¿Prefiere usted verlos morir de hambre o convertidos en unos perdularios?

INDALECIA: ¡No! ¡No!... Ya me han ayudado a tomar pieza. Ahora, demen trabajo si quieren; demen trabajo, que a mí no me faltan fuerzas, y yo me encargaré de mantenerlos y de educarlos...

GENARO: Eso, sí está bien dicho...

COMISARIO: Le he dicho que no se meta usted...

INDALECIA: Y después, no son míos solamente... ¿Qué cuenta le voy a dar al pobre padre, que tanto los quiere, que se ha

desvivido por ellos; qué cuenta le voy a dar cuando salga del hospital?... ¡No! ¡No!... ¡No es posible!... ¡Mis hijitos!...

COMISARIO: ¡Oh!... A ese respecto debe estar tranquila. Su marido está muy mal y difícilmente saldrá del hospital. En todo caso, quedará paralítico...

GENARO: ¡O, bruta quente!...
Indalecia se echa a llorar.

ESCENA VIII

EL FÓTOGRAFO DE CARAS Y CARETAS:

(Al periodista) Hola, amigo.

PERIODISTA: ¿Cómo le va? ¿Viene a sacar una nota?...

FOTÓGRAFO: Precisamente. Una linda nota, por lo que veo... ¿Ésta es la víctima?...

PERIODISTA: ¿Usted conoce al señor? *(Presentándolo)* El comisario de la sección... Un repórter de *Caras y Caretas*.
Saludos.

FOTÓGRAFO: Llego en un lindo momento. *(Al mensajero que lleva los aparatos)* A ver... sacá pronto eso... *(Al comisario)* ¡Qué cuadros!... ¿no?

COMISARIO: Estos se ven a cada rato... es una cosa bárbara la miseria que hay...

El fotógrafo rodeado de pilluelos y vecinos, acomoda la máquina sobre el trípode buscando la luz conveniente.

FOTÓGRAFO: Aquí queda bien...

Los vecinos toman colocación frente al foco, tratando de salir en la vista.

Le tomaremos uno así llorando. Es un momento espléndido... *(Enfoca)*. Ustedes tendrán la bondad de retirarse... Más... Más lejos. *(Al Inválido)* Usted también, retírese...

INVÁLIDO: Yo soy el padre de ella, pues; ¿por qué viá salir?...

FOTÓGRAFO: Está bien, disculpe...
Cuando se vuelve, todos se acomodan de nuevo.
He dicho que se retiren...

COMISARIO: A ver... ¡Despejen!...

FOTÓGRAFO: Ya les ha de llegar su turno. Pierdan cuidado... Bien... No se muevan... Un momento... Ya estuvo...

INVÁLIDO: ¿He salido bien yo?...

FOTÓGRAFO: ¡Macanudo!... *(Al comisario)* Ahora podrían ponerse ustedes. Y si la señora quisiera levantar la cabeza... *(A Indalecia)* ¡Señora!... ¡Señora!...

GENARO: Métanme preso y hagan lo que quieran... Ma esto es una barbaridá... Mándese mudar... ¡Per Dío!... ¡Qué bruta quente!... Deque tranquila esa pobre muquer... ¡Caramba!... ¡Caramba!....

PERIODISTA: *(Al comisario, que quiere intervenir)* La verdad es que no le falta razón... Sería mejor...

FOTÓGRAFO: Por mí... La nota importante ya la tengo... *(Se pone a empaquetar su aparato)*

INVÁLIDO: Pero han visto este gringo, ¿que se ha creído de la familia, también?... ¡No faltaba más, hombre!...

COMISARIO: *(A Indalecia)* Bueno, señora, no se aflija más y resuélvase...

INVÁLIDO: Déjela. ¡Si ya está resuelta!

INDALECIA: ¡Mis pobres hijitos!... ¡No es posible!... ¡No puedo, me moriría!...

PERIODISTA: Piense que es un egoísmo el suyo. Por el momento, podrá mantenerlos si trabaja; pero puede ocurrirle que mañana no tenga que darles de comer... Enfermarse... morirse... ¿Qué va a ser de ellos?... Usted no pierde, dándolos al asilo... Los podría ver a menudo... Allí se formarían, aprenderán un oficio...

COMISARIO: Y mañana serán hombres útiles para usted y para todos...

INVÁLIDO: ¡Claro está!... ¿Preferís verlos en la cárcel por bandidos?...

INDALECIA: Bueno... Sí... Hagan de mí lo que quieran... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Pobres hijitos míos!...

COMISARIO: Eso es entrar en razón... Bueno. Con ese dinero alquílese una pieza y mañana véngase por la comisaría con los chicos, que iremos a colocarlos, ¿eh?

PERIODISTA: ¿Nos vamos?... Bien... Adiós, señora. Tranquilícese usted... Sea razonable...

INVÁLIDO: Da las gracias, pues, y saludá...

PERIODISTA: Déjela... Le mandaremos por el comisario la plata que se reciba... *(Al fotógrafo)* ¿Salimos?

FOTÓGRAFO: Sí, ¿cómo no?... Buenas tardes, señores.

COMISARIO: *(A Genaro)* Y a ver vos si te dejás de andar zoncando... *Genaro le vuelve la espalda.*

INVÁLIDO: *(Al comisario)* Diga, mi jefe... ¿Habrá unos níqueles pal milico viejo...

COMISARIO: ¿Para mamarte, no?...

INVÁLIDO: ¿Qué quiere, pues? Es lo único que me ha dao la patria... Un vicio...

COMISARIO: *(Riéndose)* Tenés razón. Tomá... *Mutis. Los muchachos y vecinos salen también detrás.*

INVÁLIDO: *(Volviéndose a Indalecia)* ¡Che, mi hija!... Hoy no he morfao nada, ¿sabés?... Refilame un nalcito de esos que te dieron...

INDALECIA: Tome... tómelos todos... Yo para qué los quiero ahora... *(Se abraza sollozando a sus hijos).*

TELÓN

FIN

Nuestros hijos

Florencio Sánchez

PERSONAJES

SRA. DE DÍAZ
CRIADA
SR. DÍAZ
MECHA
LAURA
SRA. DE ÁLVAREZ
SRA. DE GONZÁLEZ
ALFREDO
ENRIQUE
DOCTOR X
PANCHITA
ERNESTA
CRIADO

ACTO PRIMERO

EN EL HALL DEL PALACETE DEL SEÑOR DÍAZ.

ESCENA PRIMERA

Sra. de Díaz, Criada.

SRA. DE DÍAZ: *(En traje de calle)* Juana. Avise a la niña que van a dar las nueve. Que se apure.

CRIADA: Está bien.

Suena un timbre.

SRA. DE DÍAZ: ¿El señor se ha levantado?

CRIADA: No sé, señora.
 SRA. DE DÍAZ: Toda la mañana ha estado sonando la campanilla. ¿Por qué no ha subido Manuel? ¿No está en casa?
 CRIADA: No sé, señora.
 SRA. DE DÍAZ: Vaya a buscarlo en seguida. ¡Ah! Bájeme los guantes que están sobre la mesita del tualé.
 CRIADA: Señora; no puedo hacer tanta cosa a la vez.
 SRA. DE DÍAZ: Lo que no debe hacer usted es contestar.
Criada mutis.
(Se vuelve hacia un espejo y corrige la posición de su sombrero).

ESCENA II

Sra. de Díaz, Sr. Díaz.

SR. DÍAZ: *(Que ha descendido tambaleante la escalera)* ¡Jorgelina!
 SRA. DE DÍAZ: *(Con un movimiento nervioso)*. ¡Jesús! ¡Me has asustado!
 SR. DÍAZ: Dime: ¿has dado orden a los criados que no me atiendan?
 SRA. DE DÍAZ: ¿Cómo puedes pensar semejante cosa, Eduardo? Precisamente acabo de observarle a Juana que...
 SR. DÍAZ: Hace muchos días que no me sirven como es debido. Tengo que llamar media hora para que acudan; me suben los periódicos cuando se les antoja, y ponen mal gesto o rezongan si algo les observo. Todo esto no está en razón, puesto que los trato bien.
 SRA. DE DÍAZ: Pero encuentras razonable atribuirme las faltas de los criados.
 SR. DÍAZ: Pienso que sería más lógica en ustedes que en ellos esa hostilidad.

SRA. DE DÍAZ: ¡Oh! Sería curioso que empezara a atacarte ahora la manía de las persecuciones.
 SR. DÍAZ: Mecha ya no sube a ayudarme.
 SRA. DE DÍAZ: Bien sabes que está enferma.
 SR. DÍAZ: He notado además que se están tomando demasiado interés por mí y por mis asuntos. Eso me perturba. Desearía no tener que repetir estas observaciones. Si molesto, me voy. No quiero ser molestado.
 SRA. DE DÍAZ: En verdad, sería preferible una separación definitiva, a este divorcio deprimente en que vivimos.
 SR. DÍAZ: ¿Lo desean ya?
 SRA. DE DÍAZ: No, Eduardo; no lo deseamos. Lo que queremos es que vuelvas a la vida de antes, a ocupar tu lugar en el seno de los tuyos y en la consideración de las gentes. ¡Esto no debe continuar así!
 SR. DÍAZ: ¿Sabes si ha llegado la correspondencia de Europa?
 SRA. DE DÍAZ: No sé. No, no te vayas. Escúchame.
 SR. DÍAZ: Tú debes salir, yo tengo que hacer. Nos distraeríamos.
 SRA. DE DÍAZ: No. Atiende. ¡Te exijo que me atiendas!
 SR. DÍAZ: Te advierto que no me negaba por descortesía, sino por sentido práctico. Salvo que tengas algo que comunicarme.
 SRA. DE DÍAZ: No te robaré mucho tiempo. Respóndeme categóricamente. ¿Tienes algún agravio conmigo?
 SR. DÍAZ: No. ¿Por qué me haces esa pregunta?
 SRA. DE DÍAZ: Porque cada vez me resulta más inexplicable tu conducta.
 SR. DÍAZ: Creo haberla explicado satisfactoriamente.
 SRA. DE DÍAZ: Pero no la justificas. Eres demasiado normal, demasiado

equilibrado para convencer a nadie de tu extraña misantropía.

SR. DÍAZ: ¿Misántropo, yo?

SRA. DE DÍAZ: ¿Quieres que nos entendamos? Esta vida nuestra se hace cada vez más dolorosa. Hace un momento te quejabas de los criados. ¿Cómo te han de respetar si ven que has abdicado tu autoridad; si para ellos no eres más que un pobre ente sin voluntad a quien su familia ha relegado al último piso de la casa por sabe Dios qué lacras morales?

SR. DÍAZ: ¡Oh!

SRA. DE DÍAZ: ¡Eso! Un pobre diablo a quien no toman en cuenta quizá por creer que nos halagan, que eso entra en sus obligaciones. No eres mucho más para nuestras relaciones. Un extravagante, cuando no un monomaniático lastimoso.

SR. DÍAZ: Me interesa igualmente poco lo que puedan pensar unos y otros: criados y amigos.

SRA. DE DÍAZ: ¿Y nosotros? ¿Y nuestra situación?

SR. DÍAZ: Bien han podido habituarse en cuatro años. En menos tiempo llegamos hasta aburrirnos de tener un enfermo crónico en la familia.

SRA. DE DÍAZ: ¡Oh! Eso es una crueldad injusta.

SR. DÍAZ: Es una vulgar constatación. Por lo demás aquí no se trata de un enfermo ni cosa que se le parezca; sino de un sujeto que no tiene necesidad de abreviar en la fuente común para hallar un poco de dicha y que nada hace ni hará en perjuicio de la dicha ajena. El caso no puede ser más sencillo. Con partir de ese concepto y con preocuparse menos de lo que piensen y digan las gentes, nos ahorraríamos inquietudes y prevenciones. Tranquilícense, pues. Y tú, déjate de

cavilaciones. Nada me has hecho, nadie me ha hecho nada. Déjenme en la paz de mi mansarda con mis diarios y mis papelotes y no se empeñen en torcer una resolución que es irrevocable, y mucho menos en hostilizarla.

SRA. DE DÍAZ: No sé por qué, cuando más te esfuerzas en justificar tu actitud, más enigmática me resulta. Por última vez, Eduardo, ¿debo pensar que somos ajenos a ella?... ¿Qué soy ajena a ella?

SR. DÍAZ: Debes pensarlo.

SRA. DE DÍAZ: ¿Y por qué me has abandonado?

SR. DÍAZ: Vuelta a subir la montaña con el peñasco a espaldas. ¿Para qué me lo haces caer?

SRA. DE DÍAZ: Has podido dedicar a tu obra la atención necesaria sin necesidad de renunciar a la vida en común.

SR. DÍAZ: No; la convivencia me exigiría una participación activa en el tráfico social. He empezado demasiado tarde la obra para derrochar tiempo en trivialidades.

SRA. DE DÍAZ: No todo es tráfico social en la convivencia afectiva.

SR. DÍAZ: Naturalmente, pero lo demás no les falta.

SRA. DE DÍAZ: ¡Oh! ¡Eduardo, Eduardo!... *(Se detiene, mirándolo fijamente).*

El señor Díaz distrae su mirada en cualquier sentido y luego se pone de pie, encaminándose a la escalera.

(Con cierta vehemencia) ¡No te vayas! ¡No me hagas eso! ¡Ven acá! Dime: si es verdad que nada tienes que reprocharme, ¿por qué me has repudiado? ¿Por qué me repudias?

SR. DÍAZ: ¡Otra vez con el peñasco auestas! ¿Hasta cuándo he de decirte que considero terminada mi misión en este hogar?

SRA. DE DÍAZ: Te equivocas. No ha terminado. Quizá nuestros hijos no

necesitan ya tus caricias. Pero yo sí. Ellos van a formar nuevos jardines, nosotros quedamos para cultivar nuestros viejos rosales. ¿Por qué hemos de dejarlos secar antes de tiempo? *(Con mucha ternura, apoyándose en el hombro)*. ¡Devuélveme tu ternura, Eduardo! Me hace falta, nos hace falta a los dos un poco de realidad afectiva.

El Sr. Díaz se aparta suavemente de sus brazos y detiene un instante la vista en el sombrero.

¿Qué pasa? ¿Qué tengo en el sombrero?

SR. DÍAZ: *(Sonriendo)*. Nada, nada.

SRA. DE DÍAZ: Pero...

SR. DÍAZ: No te inquietes. Una reminiscencia. Un relámpago mental.

La Sra. de Díaz va al espejo y se mira. El Sr. Díaz se aleja escaleras arriba.

SRA. DE DÍAZ: *(Al volverse con un gesto de desilusión)* ¡Oh, Eduardo! ¡Esto no tiene nombre!

ESCENA III

Sr. Díaz, Mecha.

MECHA: *(Al cruzarse con Díaz en la escalera)* Buen día, papá.

SR. DÍAZ: Buenos días, ratonera. Tengo toda la correspondencia inglesa del *Amazón* por traducir. ¿Cuándo subes?

MECHA: ¡Ah, papito! Cuando hagas poner el ascensor. Ya sabes que me fatiga subir tanta escalera.

SR. DÍAZ: Si es por eso, hoy mismo llamo al ingeniero. *(Mutis)*.

MECHA: *(A su madre)* Ahí tienes tus guantes. ¿Qué te ha pasado?

SRA. DE DÍAZ: Lo de siempre. ¡Tu padre!

MECHA: ¿Para qué se meten con él? Ya saben cómo es. ¿Qué te ha hecho?

SRA. DE DÍAZ: No tiene remedio ya.

MECHA: Sé que ayer estuviste arriba revolviéndole los papeles. Si llega a descubrirlo vamos a tener un disgusto serio. *(Se deja caer en la silla con un gesto de fatiga y empieza a ponerse los guantes)*. ¡Uff! ¡Cuánto daría por que no vinieran a buscarme! Me siento mal hoy.

SRA. DE DÍAZ: *(Dándose los últimos retoques ante el espejo)* Lo que es yo no las espero. *(Volviéndose a Mecha, casi desvanecida)* ¡Muchacha!... ¡Muchacha!... ¿Qué tienes?...

MECHA: ¡Nada!... ¡Ya pasa!... ¡Un vahído!... ¡Una cosa muy extraña!

SRA. DE DÍAZ: ¡Qué palidez!... ¡Y estás transpirando!...

MECHA: No te preocupes. *(Intenta ponerse de pie pero se deja caer en la silla)*. ¡Oh! ¡Yo no voy! *(Sacándose el sombrero)* Toma, ponlo en cualquier parte. Misia Edelmira no se resentirá. Podría ir Laura en mi lugar... ¿no te parece? Avísale.

SRA. DE DÍAZ: *(Toca el timbre)*. Pero hija, ¿cuándo te vas a resolver a consultar al médico?

MECHA: ¡Para qué! No vale la pena. Un poco de debilidad, nada más.

ESCENA IV

Dichos, Laura.

CRIADA: ¿Señora?

SRA. DE DÍAZ: ¿La señorita Laura está en la cama?

CRIADA: No, señora.

SRA. DE DÍAZ: Llámela.

CRIADA: Ahí llega. (*Mutis*).

SRA. DE DÍAZ: Te espera una mala noticia.

LAURA: ¿Cuál?

SRA. DE DÍAZ: Mecha no se siente bien y quiere que vayas tú en la comisión.

LAURA: ¡Ay, ay, ay!... No me agarran. Es muy aburrida la infancia desvalida.

MECHA: Vístete.

LAURA: Y más fastidioso es eso.

MECHA: Podría resentirse Edelmira si no fuera ninguna.

LAURA: ¿Qué te pasa? Progresa la anemia, ¿eh? No; ¡no te hagas ver! A nosotros nos hace falta estrenar el panteón de la Recoleta y usar luto por un tiempo. Está de moda; es muy chic el luto.

SRA. DE DÍAZ: ¡Cállate, tilinga!...

LAURA: Bueno. Total que no hay colecta pro infancia desvalida. *Suena la bocina de un automóvil.*
¡Ellas! ¿Te das cuenta?... che.

MECHA: No seas mala. Andá a vestirte.

LAURA: Transemos. Las aguardo, y si veo que se empeñan en llevarme, acepto. ¿Te parece?

ESCENA V

Dichos, Sra. de Álvarez, Sra. de Díaz, Sra. de González.

La señora de Díaz va al encuentro de las señoras de Álvarez y de González, que entran saludando muy afectuosamente.

SRA. DE ÁLVAREZ:
Como de costumbre, en retardo. En el trayecto de casa hasta aquí hemos encontrado dos comisiones en plena actividad. ¿Estaba usted por salir, Jorgelina?

SRA. DE DÍAZ: Sí. Al Pilar.

SRA. DE ÁLVAREZ:
Es cierto que entierran a Etcheverry. ¡Qué golpe para la pobre Claudia!... Una muerte así, tan inesperada...

SRA. DE GONZÁLEZ:
Dicen que ha sido un suicidio.

SRA. DE DÍAZ: Se habla mucho de eso pero yo no lo creo.

SRA. DE ÁLVAREZ:
(A Mecha) Ponte el sombrero, hija, y nos vamos. Estás de mal semblante.

MECHA: Me siento mal, señora. Estaba pronta ya para ir y...

SRA. DE ÁLVAREZ:
¿Supongo que no renunciarás?

MECHA: Si me lo permite, sí, señora.

SRA. DE ÁLVAREZ:
Qué tontería, muchacha. No sabes lo que te pierdes.

LAURA: *(A la señora de González)*. ¿Lita ha ido a Palermo hoy?

SRA. DE GONZÁLEZ:
No; salió en otra comisión con Maruja Pérez y la señora de Oliva.

SRA. DE DÍAZ: Yo creo que debe perdonarla, Edelmira. Esta muchacha no está bien.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Y a quién vemos, a esta hora, para que nos acompañe?

MECHA: Podría ir Laura.

LAURA: Haces mal en comprometer a Edelmira.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Oh!, con mucho gusto... Es toda una idea. Vístete, muchacha.

LAURA: ¿No sería hacerles perder mucho tiempo?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Eso dependerá de ti, en todo caso.

LAURA: Bien. Ya estuvo. Diez minutos. (*Mutis*).

ESCENA VI

Dichos menos Laura.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Supongo que tu malestar no depende de algún disgustillo con Enrique.

MECHA: ¡Oh, no, señora!

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Ah! ¡Ahora que recuerdo! Qué tonta eres, criatura. Seguro que te ha comunicado ya la noticia.

SRA. DE DÍAZ: ¿Hay alguna novedad?

SRA. DE ÁLVAREZ:

(*A Mecha*) ¿Cómo? ¿No sabes nada? Pues... Anoche

hemos recibido carta de Álvarez. Escribe comunicando que se va a Baden-Baden por consejo de los médicos a someterse a un tratamiento, y con ese motivo –no te vayas a desmayar, muchacha–, pide que le mandemos a Enrique para que le haga compañía.

MECHA: (*Reprimiendo un movimiento de sorpresa*) ¡Oh! ¡Ya lo sabía!

SRA. DE ÁLVAREZ:

Te había escrito... ¿verdad?

MECHA: Sí; sí, señora... ¡Sí, señora!...

SRA. DE DÍAZ: ¿De modo que se va Enrique?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Naturalmente. Pero será un viaje muy rápido; de tres meses a lo sumo. Enrique estará de regreso a tiempo para cumplir su compromiso. No hay motivo, pues, para afligirse tanto, muchacha.

MECHA: No, señora. No me aflijo. ¡Una cosa tan natural!

SRA. DE ÁLVAREZ:

No hay para qué decir que Enrique anda bailando de gusto. Creo que hasta se ha ido a esperar que abrieran la agencia de vapores para elegir camarote.

MECHA: (*Irónica*) ¡Naturalmente!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

Perdón. He sido tal vez indiscreta, pero es la pura verdad. Es preciso imaginarse lo que significa para estos muchachos la perspectiva de un paseíto por Europa.

SRA. DE DÍAZ: Si viera usted las ganitas que tiene Alfredo de hacerlo. Creo que si se recibe este año es debido a la promesa que le hemos hecho de mandarlo por unos meses a París.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Por otra parte, es una ventaja casarse con un hombre que haya estado en Europa.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Claro está. Adorna mucho.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Va al matrimonio con una curiosidad menos.

ESCENA VII

Dichos, Sr. Díaz.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Oh! Señor Díaz. Qué feliz casualidad.

SR. DÍAZ: *(Saludando)* ¡Cómo está usted, Edelmira! *(A la de González)*
¡Cómo está usted, señora!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

SR. DÍAZ: ¿Su esposo de usted está bien?

SRA. DE ÁLVAREZ:

No mucho. Anoche hemos recibido carta.

SR. DÍAZ: ¿Está en el campo?

SRA. DE ÁLVAREZ:

No, en Europa.

SR. DÍAZ: ¡Ah! ¿Y el señor González también está en Europa?

SRA. DE GONZÁLEZ:

No, aquí.

SR. DÍAZ: Con el permiso de ustedes. Un instante. *(Mutis)*.

ESCENA VIII

Dichos, menos Sr. Díaz.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Pobre Eduardo!... ¡Cómo está!... ¿Sigue con su manía?

SRA. DE DÍAZ: Cada día peor. Metido allá arriba, se pasa semanas enteras sin que le veamos la cara.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Escribe mucho, ¿verdad?

SRA. DE DÍAZ: Creo que no. Lee y lee siempre.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Diarios?

SRA. DE DÍAZ: Exclusivamente. Recorta las crónicas policiales y las va pegando en unos grandes cuadernos, con no sé qué extrañas anotaciones.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Qué rareza! Tan luego él que nunca tuvo aficiones literarias.

SRA. DE GONZÁLEZ:

La neurastenia es una cosa terrible. Acaba con la gente más equilibrada. ¡Pobre Jorgelina! ¡La compadezco!...

SRA. DE DÍAZ: ¡Ay! ¡Déjeme!... No pueden ustedes imaginarse lo que nos contrista su estado. ¡Yo creo que lo hemos perdido para siempre!...

SRA. DE GONZÁLEZ:

Deberían ponerlo en tratamiento. No debe ser incurable. Dicen que en el sanatorio de Ramos Mejía se está muy bien. Hay muchos enfermos distinguidos.

SRA. DE DÍAZ: ¡Y quién lo recluiría!

SRA. DE ÁLVAREZ:

Sería muy fácil. Se le lleva engañado y una vez allí...

MECHA: ¡Oh! Hagan el favor de no hablar así de papá. Bien podrían ahorrarse tanta conmiseración.

SRA. DE DÍAZ: ¡Mercedes!

MECHA: (*Exaltada*) No es tan lastimoso su estado. No está loco, ni enfermo, ni maniático. Es un hombre que se siente harto de nosotros; de tanta hipocresía, de tanta simulación, de tanta maldad. De toda la miseria moral de nuestra vida. Eso, eso es lo que tiene. ¡Nada más!

SRA. DE DÍAZ: ¿Te has enloquecido, Mercedes? ¿Qué ideas son esas?

MECHA: Recién empiezo a comprender la verdad.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Muchacha!... ¿A qué viene ese arranque?... Nosotros...

MECHA: Sé lo que digo y por qué lo digo.

ESCENA IX

Dichos, Alfredo, Enrique.

ALFREDO: No esperábamos encontrar tanto bueno por acá.

Enrique da la mano a la señora de Díaz y a Mecha, y Alfredo a las señoras de Álvarez y González.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Como Mecha no puede ir, esperamos que se vista Laura. No sabes la que te aguarda, Enrique. Está... pero furiosa por tu viaje.

ENRIQUE: ¿Se lo has anunciado? Yo pensaba darle la noticia esta noche y recabar su permiso. Creo que no reñiremos. En

último caso siempre será ella la que disponga.

ALFREDO: ¿Saben que han puesto en fuga a medio Buenos Aires?

SRA. DE GONZÁLEZ:

¿Nosotras?

ENRIQUE: Nadie está en su casa.

ALFREDO: Y cosa de alquilar balcones para ver cómo huye la gente en cuanto aparece un automóvil con el consabido estandartito PRO INFANCIA DESVALIDA.

SRA. DE GONZÁLEZ:

¡Qué exageración!...

ALFREDO: (*A Enrique*) ¿Subimos?

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Huyen ustedes también?

ALFREDO: No. Le he traído a éste para darle un Baedeker y unos libros que tengo sobre París. Con permiso, pues. (*Mutis*).

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Qué les dije? Trastornado con el viaje.

ESCENA X

Dichos, Sr. Díaz, menos Alfredo y Enrique.

SR. DÍAZ: (*Que aparece con un grueso paquete de diarios*) ¿Qué significa un automóvil con un estandarte, que he visto en la puerta?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Que hoy es nuestro día. Hacemos una colecta "Pro infancia desvalida".

SR. DÍAZ: ¿Para qué?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Para eso. Para nuestros asilos, y nuestros talleres. Para el sostenimiento de las instituciones benéficas que patrocinamos.

SR. DÍAZ: Entendido. Para el mantenimiento de “nuestros hijos naturales”.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Qué dice usted, Eduardo?

SR. DÍAZ: Nada con intención. Me acordé de un suelto de un diario...

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Sigue usted tan... entregado a las noticias policiales?...

SR. DÍAZ: Sí, señora. Más que nunca. Pues... Me vino a la memoria un suelto leído hace algún tiempo, en el cual se publicaban ciertos datos estadísticos sobre natalidad ilegítima.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Eso es todo un problema social.

SR. DÍAZ: ¿Y saben cómo titulaba el diario la noticia? “Nuestros hijos naturales”.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Pues... francamente, no le veo la gracia.

SR. DÍAZ: Claro está. Yo tampoco...

SRA. DE GONZÁLEZ:

A mí me resulta una insolencia.

SR. DÍAZ: Pues yo...

SRA. DE ÁLVAREZ:

A mí...

SR. DÍAZ: Continúe usted.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Iba a decir una tontería. Siga, Eduardo.

SR. DÍAZ: Casi me ocurre lo mismo. Con permiso. (*Ademán de irse*).

SRA. DE ÁLVAREZ:

Venga acá. No sea huraño. ¿O tiene miedo del sablazo?... Dedíquenos un instante. Cuéntenos algo de su obra. ¿Tendremos pronto el gusto de leerla?

SR. DÍAZ: No he empezado a escribir. Continúo documentándome.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿En la crónica policial?

SR. DÍAZ: En la crónica policial.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Qué original! Será un libro trágico.

SR. DÍAZ: Efectivamente. Trágico.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Se va a vender mucho eso. Un éxito así como el de *Stella* de Emita de la Barca. ¿No lo ha leído usted?

SR. DÍAZ: No, señora.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Es raro. Toda la gente bien lo conoce.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Lo que no acabo de explicarme es cómo hace usted para sacar provecho de ese tejido de fantasías y embustes.

SR. DÍAZ: ¡Ah, señora mía! No tomando en cuenta los embustes ni las fantasías. Me basta con el hecho en sí y las causas que lo han determinado.

SRA. DE GONZÁLEZ:

¡Pues no ha emprendido usted chico trabajo, que digamos!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

Debe ser muy monótono, eso. La misma cosa todos los días. La misma puñalada, el mismo robo, el mismo suicidio. ¡Por casualidad un suceso interesante!

SR. DÍAZ: Para mí lo son todos. La puñalada de ayer y la puñalada de hoy son dramas distintos. Extraerlos del relato trivial, analizarlos y catalogarlos, es por ahora mi tarea. ¿Quieren un ejemplo? ¿Han leídos ustedes la noticia de ayer del suicidio de una familia entera, una mujer que se asfixia con sus cuatro hijos?

SRA. DE GONZÁLEZ:

No. Pero he oído conversar de eso a los sirvientes.

SR. DÍAZ: Una cosa vulgar. Igual al de antes de ayer y al de la semana pasada –dramas de la miseria–, pero con la diferencia de que en el caso anterior el marido estaba en la cárcel. Un homicidio por celos, supongamos, mientras que en el presente, el marido, el padre de esas cuatro criaturas...

SRA. DE ÁLVAREZ:

Estaba enfermo en un hospital.

SR. DÍAZ: No. Había abandonado a los suyos por igual causa. Ya ven ustedes; dos sucesos idénticos y dos dramas distintos. Este descubre que su mujer lo engañaba, y desaparece abandonando su hogar.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Mal hecho, ¿qué culpa tenían las pobres criaturas?

SR. DÍAZ: ¿Y qué debió hacer?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Velar por sus hijos, abandonando a esa mala madre.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Claro está; quitarle los hijos.

SR. DÍAZ: ¿Y con qué derecho le arrebatara esas criaturas a su cariño?

SRA. DE DÍAZ: ¡Ave María! ¡Qué ideas, Eduardo!... Esa mujer no amaba mucho a sus hijos, cuando olvidó así sus deberes.

SR. DÍAZ: ¿Estás tú segura de que una mujer que engaña a su esposo no quiere a sus hijos? ¿Estás bien segura?

SRA. DE ÁLVAREZ:

Hombre... todo puede ser. Pero ¿cómo resolvería usted ese problema?

SR. DÍAZ: A eso voy. Esa será mi obra. Desentrañar del mismo seno de la vida, del drama de todos los días y de todos los momentos, las causas del dolor humano y exponerlas y difundirlas como un arma contra la ignorancia, la pasión y el prejuicio. No lo hemos perdido todo en la desgarrante contienda de los siglos. Hay síntomas de que la conciencia y la piedad, subsisten en el hombre. Digámosle a su cerebro palabras de verdad, e impetremos su clemencia con la oración del sentimiento.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Y usted cree, Eduardo, que eso no lo hacemos todos?...

SR. DÍAZ: ¡Ustedes!... ¡Ustedes!... No. ¡Qué han de hacerlo!

SRA. DE ÁLVAREZ:

Por lo pronto, le rezaré a usted la oración del sentimiento, diciéndole que existen millares de criaturas cuyo único amparo es el óbolo de las personas caritativas, y que aquí hay una bolsa que impetra su compasión.

SRA. DE GONZÁLEZ:

¡Bravo, Edelmira! ¡Muy bien!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Pronto, ese cheque!...

SRA. DE GONZÁLEZ:

¿A que no lo firma en blanco?

SR. DÍAZ: Para eso entiéndase con el ministro de Hacienda. *(Por su señora)*.

SRA. DE ÁLVAREZ:

No se escurra. Venga acá, señor piadoso.

SR. DÍAZ: Por lo demás, no creo en semejante caridad.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Explíquese.

SR. DÍAZ: No. Sería muy largo.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Cuando menos pensaré, como ciertas gentes, que nuestra caridad no es más que un pretexto para divertirnos. Le exijo una explicación.

SRA. DE GONZÁLEZ:

Eso es. Le exigimos una explicación.

SR. DÍAZ: Ustedes se han propuesto sacarme de mis casillas. Les haré el gusto. Pues... uno de los capítulos más terribles de mi libro será precisamente el referente a “nuestros hijos naturales”.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Oh! ¿Qué tiene eso que ver...?

SR. DÍAZ: Mucho, mucho. ¿Para quiénes son esos asilos y esos talleres? Supongo que no serán para mis hijos legítimos, ni para sus hijos legítimos.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Eso es una butade indigna de usted.

SR. DÍAZ: Perdón. Mi sinceridad no admite sobreentendidos.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Adelante, pues.

SR. DÍAZ: La crónica policial, me ha enseñado a encarar de otra manera el problema social que ustedes creen haber resuelto con la fundación de unos cuantos asilos.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Es cierto que son pocos, pero la caridad pública no da para más.

SR. DÍAZ: Aunque fundaran mil. ¡Aunque fundaran tantos asilos como templos! Estamos creando el mal para aplicarle el remedio. ¡Y qué remedio!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

No entiendo.

SR. DÍAZ: Empecemos por respetar el derecho a la maternidad... La limitación de ese derecho es causa del tributo enorme de vida que nos cobran los asilos, las cárceles y los cementerios. En lugar de instituciones pro infancia desvalida, fundemos ligas por el respeto a la mujer en su función más noble. La maternidad nunca es un delito. Si se infringe una ley social, se ha cumplido la ley humana que es la ley de las leyes.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Ay, Dios mío! Eso es anarquismo puro. Usted quiere destruirlo todo.

SR. DÍAZ: Esto es un evangelio que se podría practicar, aun sin destruir los fundamentos de la presente organización

social. Se puede muy bien abogar por la maternidad legalizada respetando la anormal. El día que ese convencimiento encarnara en todos los espíritus, la misión de ustedes, señoras mías, habría terminado o se modificaría sustancialmente.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Y mientras llega ese dichoso día, ¿qué hemos de hacer?

SR. DÍAZ: Trabajar para que llegue, renunciando en primer término al ejercicio de una caridad pernicioso.

SRA. DE GONZÁLEZ:

¿Pernicioso?

SR. DÍAZ: ¡Oh, señora! ¡No me obligue a decir lo que son los asilos y las escuelas que dan ustedes a la infancia desvalida! Trabajar para que llegue ese dichoso día. Eso, eso deben hacer. Ustedes que han sentido coronada la fecundidad con la gloria de las caricias infantiles, deben abogar contra el prejuicio para que no haya tantos hijos sin madres y tantas madres sin hijos.

Mecha, que ha estado oyendo a su padre con angustia creciente, estalla en sollozos convulsivos.

¡Qué tiene, hijita!

Acuden todos un tanto alarmados.

MECHA: *(Dominándose)* No se alarmen. Ya pasa. ¡Estoy tan nerviosa!

SRA. DE DÍAZ: Esta muchacha nos va a dar un disgusto. Hace tiempo que no está bien y no quiere atenderse.

SR. DÍAZ: ¿Quieres que mande llamar un médico?

ESCENA XI

Dichos, Laura.

LAURA: No le hagas caso, papá. Romanticismo.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Bien podías tú haber demorado un poco más. En marcha, pues. Eduardo, queda pendiente nuestra discusión. Le preparo una derrota que... ya verá usted. ¿La llevamos hasta el Pilar, Jorgelina?

SRA. DE DÍAZ: Tengo el coche. ¿No me necesitas, Mecha?

MECHA: Me siento bien ya.

SRA. DE DÍAZ: Hasta luego. *(Mutis)*.

ESCENA XII

Mecha, Sr. Díaz.

El Sr. Díaz las acompaña hasta la puerta y regresa tomando hacia la izquierda.

MECHA: *(Después de un momento de vacilación)* ¡Oh! ¡Papá! ¡Papá!...

SR. DÍAZ: *(Volviéndose rápidamente)* ¿Qué! ¿Qué, hijita?...

MECHA: *(Angustiada)* Tengo que hablarte.

SR. DÍAZ: Habla... ¿Por qué estás tan agitada?

MECHA: No. Será después... después...

SR. DÍAZ: Como quieras. Me extraña ese gesto, hija.

MECHA: No. No es nada. Quería decirte que he sido mala contigo. No he concluido las traducciones.

SR. DÍAZ: ¡Bah! ¡Era sólo eso! Hay tiempo, no te fatigues.

MECHA: ¿Me perdonas?

SR. DÍAZ: ¡Tonta! (*La besa y se va*).

ESCENA XIII

Mecha, Criada.

Mecha, después de un instante de honda cavilación, se alza resuelta y llama.

CRIADA: ¿Señorita?

MECHA: Suba al cuarto de Alfredo y dígame al señor Enrique que tenga la bondad de venir.

Mutis de la criada. Pausa larga.

ESCENA XIV

Mecha, Enrique.

ENRIQUE: ¿Me llamabas?

MECHA: Sí.

ENRIQUE: Espero que no tendremos la función de costumbre.

MECHA: Yo también lo espero. ¿Estás resuelto a irte?

ENRIQUE: Sí.

MECHA: ¿A consumir la gran canallada?...

ENRIQUE: Nuestra situación está desde hace tiempo perfectamente definida, de modo que las escenas a estas alturas, sobran.

MECHA: Óyeme esta última súplica que no va dirigida a tu caballerosidad, porque no la tienes, sino a lo poco que te resta de hombre de bien. Cásate conmigo. Ahorrémosle a

mi familia la vergüenza que le espera, y yo te prometo no hacer uso jamás de mis derechos de esposa, no intervenir en tu vida, separarme en el acto de ti.

ENRIQUE: ¿Y yo que gano con eso? Mira. Si estás en peligro, lo más que puedo ofrecerte es que te vengas conmigo a Europa.

MECHA: Ya no te quiero. Si te quisiera te seguiría hasta el fin del mundo aunque te supiera capaz de la ignominia de lanzarme a la vida del arroyo, que no otra cosa harías conmigo.

ENRIQUE: La verdad es que con tan buenos sentimientos a mi respecto, no resulta muy explicable la insistencia en que nos casemos.

MECHA: Te repito que por la tranquilidad de los míos, me resignaría al sacrificio de esta unión nauseante.

ENRIQUE: Yo te advertí...

MECHA: Cállate. No era por salvarme que me inducías al crimen. Era por salvarte tú, tú, tú... Porque eres cobarde y vil. Lo has improvisado en complicidad con tu respetable familia.

ENRIQUE: (*Severo*) ¡Mercedes!

MECHA: ¡Sí, tus cómplices, tus cómplices! Y todavía soy suave, Hay palabras más aplicables al caso... ¡Más justas!

ENRIQUE: ¡Mercedes!... ¡Mercedes!...

MECHA: Basta. Quiero tu última palabra.

ENRIQUE: La he dicho.

MECHA: Bien. ¡Fuera de acá!

Enrique se encamina a la escalera.

No. ¡Fuera de esta casa!... ¡A Europa! Huye hoy mismo,

¡cobarde! Huye. ¡Dentro de un instante todos van a conocer mi vergüenza y tu infamia! ¡Huye! ¡Cobarde!... ¡Vil! ¡Vil! ¡Vil!... *(Después que Enrique ha salido, arrebatada, busca algo que no encuentra en los muebles, y con un gesto de suprema desesperación se lanza a la escalera. A los dos ó tres escalones se detiene, vacila y cae).*

ESCENA XV

Mecha, Sr. Díaz.

SR. DÍAZ: *(Aparece por la lateral, recoge los diarios que ha olvidado y al volver la vista, advierte a Mecha y corre en su auxilio).* ¡Hija! ¡Hijita mía! *(La alza con esfuerzo, la conduce a un diván y le afloja las ropas monologando ternuras del caso. Viendo que no vuelve en sí, corre al timbre y llama. A la criada)* ¡Agua... sales... cualquier cosa! ¡Corra usted que la niña está mal!

CRIADA: ¡Ay, Dios mío! *(Mutis para volver en seguida con un frasco de sales).*

SR. DÍAZ: Hable por teléfono al médico, y si no está llame a la asistencia. Que venga en seguida.

Mutis de la criada. Mecha reacciona lentamente.

MECHA: ¡Oh! ¡Papá! ¡Papacito!

SR. DÍAZ: ¿Se siente mejor?

MECHA: ¡Oh, sí!... *(Lo abraza sollozando).*

SR. DÍAZ: Llore. Eso alivia.

MECHA: Sí. ¡Alivia! ¡Alivia!... *(Una pausa).*

SR. DÍAZ: ¿Y cómo fue eso, hijita?...

MECHA: ¡Oh! ¡Es una vida que protesta, que clama por la verdad! *(Arranca con violencia los broches del vestido).* ¡Así!... ¡Así!... ¡Gloria mía!...

SR. DÍAZ: ¿Qué quieres decir?

MECHA: Tú nos defenderás, ¿verdad?... A los dos...

SR. DÍAZ: ¡Oh! ¡Pobrecita!... Sí... Sí... Los defenderé... *(Muy conmovido).* Tu hijo tendrá madre... y tendrá... ¡un abuelo!....

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN.

ESCENA I

Sra. de Díaz, Doctor X.

SRA. DE DÍAZ: ¿Nada más, doctor?

DR. X: No. Está muy bien. Sería conveniente, eso sí, evitarle toda violencia moral.

SRA. DE DÍAZ: Perdóneme, doctor. Ya que ha tenido usted que intervenir en este doloroso accidente, quisiera contar con su ayuda...

DR. X: Usted dirá.

SRA. DE DÍAZ: Conoce usted las rarezas de mi marido. Ha tomado el caso con una sangre fría alarmante y no hay forma de convencerlo del hundimiento moral de esta casa.

DR. X: ¡No es para tanto, señora, no es para tanto!

SRA. DE DÍAZ: Nosotros debemos tomar alguna medida. Abandonar la ciudad en primer término.

DR. X: Comprendo.

SRA. DE DÍAZ: De modo que su concurso podrá ser decisivo.

DR. X: ¿En qué sentido?

SRA. DE DÍAZ: Insinuando la conveniencia de un viaje al campo hasta el restablecimiento de nuestra hija.

DR. X: Resulta un poco difícil. No es tratamiento indicado para tales casos, y si el señor Díaz está en la disposición que me indica, se opondrá seguramente a que alejen a su hija de la fuente de los recursos. En fin, veremos más adelante.

SRA. DE DÍAZ: ¡Haga lo posible, doctor!

DR. X: Comprenderá usted que no puedo comprometerme. Adiós, señora. Mi saludo al señor Díaz.

SRA. DE DÍAZ: Adiós, doctor.

ESCENA II

Sra. de Díaz, Laura.

LAURA: ¿Has dado orden a Manuel de que entorne la puerta?

SRA. DE DÍAZ: Sí.

LAURA: *(Se sienta cavilosa)* Alfredo no ha venido anoche a dormir.

SRA. DE DÍAZ: Lo sé.

LAURA: Sabe Dios en qué anda. Ojalá no tengamos que llorar más esta desgracia.

SRA. DE DÍAZ: ¡Pobre Alfredo! *(Pausa)*.

LAURA: ¡Me figuro, estoy viendo cómo nos devora la gente! La fruición, el gozo con que estará saciando el mundo su hambre de escándalo. ¡Ah! A estas horas ya no es

Mercedes, soy yo también, eres tú, estamos todos en el anfiteatro. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!...

SRA. DE DÍAZ: No exageres, muchacha. ¡No es tan mala la gente!

LAURA: ¿Que no es mala?

SRA. DE DÍAZ: Además, no puede haber circulado tan pronto la noticia.

LAURA: Quizá la verdad no. Pero en Palermo, en las iglesias, los clubes, los bares, en todas partes funciona ya la desgranadora de chismes. Y ellas, las de Álvarez, han sido seguramente las primeras en tocar la sirena. Lo que es hoy no faltan a ninguna parte. Ya las estoy viendo a Edelmira, a la hermana, a las muchachas lo más satisfechas, lo más orondas en actitud de recibir aplausos. ¡Todas ellas son tenorios, han seducido a Mercedes!... ¡Y quién sabe si no me ha salido sin querer una verdad!...

SRA. DE ÁLVAREZ:

¡Muchacha! ¡Cállate!

LAURA: ¡Oh! Tenían mucho camote con Mercedes. Mecha a almorzar, Mecha al teatro, Mecha a la estancia.

ESCENA III

Dichos, Sr. Díaz.

SR. DÍAZ: ¿Por qué está cerrada la puerta de la calle? Aquí no se ha muerto nadie.

SRA. DE DÍAZ: ¡Pero Eduardo!...

LAURA: Cállate, mamá. Lo que debemos hacer es poner banderas e iluminar esta noche el frente de la casa.

SR. DÍAZ: Señorita. ¡Es usted una atrevida!... *(A la señora)* ¿Estuvo el doctor?

SRA. DE DÍAZ: Sí. La encuentra repuesta. ¡Ah! No he entendido muy bien, pero me parece que se inclinaría a aconsejarnos un viaje.

SR. DÍAZ: ¿Un viaje?... No creo. En fin; ya hablaré con él.

SRA. DE DÍAZ: ¿Sabes algo de Alfredo?

SR. DÍAZ: No.

SRA. DE DÍAZ: Temo que le haya pasado algo.

SR. DÍAZ: Ya tendríamos noticia. En fin, todo puede suceder. ¡Desgraciadamente, todavía no le hemos pagado suficiente tributo a las preocupaciones!... *(A Laura)* Tú, hijita, ¿la has visto, has estado con ella?

LAURA: ¡No, papá!

SR. DÍAZ: ¿De modo que aíslan y abandonan a la querida hermanita de ayer? ¿Qué cosa es el amor, entonces?

LAURA: Todavía no puedo, papá. ¡Sería una violencia y un tormento muy grande!

SR. DÍAZ: Haz un esfuerzo y ve a su lado, aunque sea para hacerle un reproche.

LAURA: ¡Tengo vergüenza!...

SR. DÍAZ: ¡Oh!

LAURA: ¡Vergüenza de avergonzarla!...

SR. DÍAZ: *(Con ternura)* ¡Hijita!... Ven, ven acá. Verás cómo se te pasa esa vergüenza. Tengo buena mano para arreglar esos conflictos.

Laura cede, poniéndose de pie.

Deme el brazo Nos presentaremos así en su habitación.

Se dirigen a la escalera.

Nos presentaremos y yo le digo: Aquí está tu hermana

que tiene vergüenza de que tú puedas tener vergüenza. ¡Laura! ¡Mercedes!... Y se abrazan y lloriquean y quién sabe si el pobre papá no saca de su ternura alguna lágrima para celebrar el espectáculo. ¡Tal vez no me haya olvidado de llorar!... *(Mutis)*.

ESCENA IV

Sra. de Díaz, Panchita, Ernesta.

PANCHITA: *(Desolada)* ¡Jorgelina! ¡Jorgelina! *(La abraza con efusión un tanto cómica)*. ¡Vengo consternada! ¡Consternada!... ¡Qué cosa tan terrible, hermana!...

SRA. DE DÍAZ: *(Con gesto de circunstancias)* ¡Así es, Pancha, así es!...

PANCHITA: ¡Cómo estarán en aquella casa! ¡Qué golpe para Jorgita! Se lo venía diciendo en el camino a Ernesta. ¿Verdad, Ernesta? Figúrate que nada sabíamos, ¿qué íbamos a saber, metidas en la quinta como lo pasamos toda la vida?, cuando esta mañana salíamos para la capilla donde nos toca la guardia del Santísimo y ¿con quién nos habíamos de encontrar? Con Eduardo García y las muchachas que iban a Palermo y detienen el coche. Panchita ¿sabe usted si se han batido? ¿Quiénes? ¿Pero en qué mundo viven? ¡Alfredo su sobrino, con Enrique! ¿Por qué?... Y me contaron que Enrique se negaba a casarse después de... en fin, la verdad. ¡Espero que no me habrán engañado! Tomamos un coche y sin respirar nos hemos venido hasta aquí!... ¡Cómo estarás, hijita, cómo estarás!...

SRA. DE DÍAZ: ¡Abrumada!

PANCHITA: ¿Saben algo de Alfredo?

SRA. DE DÍAZ: Nada. Imagínate mi inquietud. ¿Es cierto lo del duelo?

PANCHITA: ¡Ciertísimo! ¡En unas condiciones terribles, a pistola, a cinco pasos, qué sé yo! ¡Y claro está, en estos casos que menos!... ¡Ah! ¡Te advierto que las de García también están consternadas!... ¡No llores, no te aflijas, mujer!...

SRA. DE DÍAZ: ¡El pobre Alfredo!

PANCHITA: Quizá no le haya sucedido nada. El muchacho tira muy bien. Cálmate.

SRA. DE DÍAZ: ¡Esta incertidumbre! La imposibilidad de averiguar...

PANCHITA: Alfredo se vendrá en seguida. Pero quién iba a decir que Mercedes...

ERNESTA: ¡Oh, yo sí!... Con la educación que reciben las muchachas de hoy es preciso esperar todo. Y esa Mercedes nunca me gustó nada. ¡Por algo no hacíamos buenas migas!...

PANCHITA: No seas injusta, Ernesta. Nuestra sobrina ha tenido muy buena moral y muy buenos ejemplos.

ERNESTA: Se inclinaba más al padre, y ha salido tilinga como él.

PANCHITA: Y el filósofo ¿qué dice? ¿Sigue viviendo en la luna?

SRA. DE DÍAZ: Está muy satisfecho.

ERNESTA: ¿Han visto? Lo que yo decía.

PANCHITA: Supongo que habrán tomado ya alguna determinación.

SRA. DE DÍAZ: Ninguna. No nos hemos repuesto aún. Después... Alfredo que no aparece, por un lado, y la conducta de Eduardo por otro, me tienen en una situación que... francamente, no sé qué pensar ni qué hacer.

PANCHITA: ¿Qué pretende Eduardo?

SRA. DE DÍAZ: La ampara y quiere que las cosas continúen como si nada hubiera pasado.

PANCHITA: Eso es absurdo. Ustedes no deben dejarse sacrificar. Por

la falta de esa... loquilla no van a renunciar a su vida. No es el primer caso de una familia a quien le cae semejante desgracia encima. Se elimina la mala semilla, y asunto concluido. Mira, yo tengo mucha influencia con la superiora del refugio de Santa Magdalena. Allí lo pasaría muy bien.

SRA. DE DÍAZ: Eso será muy difícil. Eduardo no lo consentirá.

PANCHITA: ¿Con qué derecho podría impedirlo? Hijita, debes imponer tu autoridad.

SRA. DE DÍAZ: ¿Yo?... Si supieras cómo estoy. Hasta se me ocurre que sería mejor hacerle el gusto a Eduardo y dejar las cosas así.

PANCHITA: ¡Qué temeridad!

SRA. DE DÍAZ: No sé lo que me pasa. Tengo miedo.

PANCHITA: ¿De qué?

SRA. DE DÍAZ: No sé... de un escándalo. Eduardo está muy raro, enigmático conmigo. Casi amenazador. Quién sabe a qué extremos puede llevarlo su estado de ánimo.
Aparecen Laura y Mecha por la escalera.

PANCHITA: ¡Fíjense en la muy desfachatada! ¡Pues no tiene el coraje de presentarse ante nosotras!

SRA. DE DÍAZ: Déjenla. Nada le digan.

ESCENA V

Dichos, Laura, Mecha.

LAURA: ¿Ustedes por acá? ¿Cómo estás, Pancita, Ernesto!...

Mecha hace ademán de volverse, pero reacciona y va a sentarse en cualquier parte sin saludar. Pausa embarazosa y prolongada, matiza con algunos. ¡Ejem! ¡Ejem! de las viejas.

(*Observa todos los rostros y se alza irritada*) ¡Uff!... ¡Lúgubres!
(*Nueva pausa*).

PANCHITA: (*Previo un suspiro*) ¡Pobre Alfredo!

MECHA: (*Como movida por un resorte*) ¿Qué le pasa a Alfredo? ¿Qué ha sucedido? ¡Respondan!... ¡Hablen que me exasperan con esas caras de tragedia!

PANCHITA: Nada sabemos. ¡El duelo debe estar realizándose! Creo que después de lo que has hecho has debido esperar...

MECHA: ¿Un duelo? ¡Dios mío! He debido suponerlo... Pero papá estaba tranquilo... ¡Yo lo habría evitado! ¡Sí, sí, sí!... Lo habría evitado. ¡Oh! ¡Qué angustia!...

PANCHITA: ¡Ya ves que no se comete impunemente una liviandad! Fíjate en tu madre, cómo está de atribulada. ¡En nosotras! ¡Ah! ¡Muchacha! Tendrás que sufrir mucho, mucho, y no habrás compensado todavía las lágrimas que has hecho derramar.

MECHA: ¡Sí, sí! ¡Tienen razón!... ¡Tendré que sufrir mucho!

PANCHITA: Nosotras comprendemos que ese sinvergüenza ha abusado de ti... lo comprendemos. Pero tú has debido cuidarte un poco más; al fin y al cabo no eras criatura y no te han faltado ejemplos de moral y de juicio.

MECHA: No me digan más. ¡Tienen razón! ¡Tienen razón!...

ERNESTA: Bueno fuera que no la tuviéramos.

PANCHITA: Naturalmente que a estas alturas, el mal no tiene remedio... No hay más que resignarse, pues, a sufrir la penitencia. ¿Qué piensas hacer, muchacha?

MECHA: Yo no sé. ¡Qué quiere que sepa yo!... ¡Llorar!... ¡Llorar tanta desgracia!...

PANCHITA: Mira: acabo de decirle a tu madre que tengo mucha

influencia con la superiora del refugio de Santa Magdalena. No te supongo una descarada que pretendas desafiar al mundo exhibiendo tu oprobio. Acude, pues, a esa santa casa, tienes tu hijo, lo conservas si quieres, y con el tiempo, llevando una vida ejemplar, no será difícil que se consiga el olvido o el perdón de las gentes. Nosotros te visitaríamos con frecuencia...

MECHA: ¡Basta!... ¡Eso nunca!... ¡Primero me mato!...

SRA. DE DÍAZ: Hija, no pienses locuras.

PANCHITA: Muy bonito es resolver las cosas así. ¿Qué pretendes? ¿Continuar en esta casa avergonzando a los tuyos?

MECHA: No habré borrado los hechos con irme a otra parte. Lo mismo los avergonzaría desde un convento.

PANCHITA: Estás muy ofuscada, muchacha.

ERNESTA: Yo creo que no hay que andar con tanto cumplimiento. Se la recluye y se acabó.

MECHA: ¡Oh!... ¡El esperpento!...

PANCHITA: ¡Cállate, Ernesta!... No te alteres, Mercedes; escucha. Tú no te das cuenta exacta de tu situación y quieres arrastrar a todos en tu caída. Si no te resignas a un retiro expiatorio, ¿qué va a ser de los tuyos? Esta casa tendrá que cerrar sus puertas para el mundo. Sacrificar a tu madre obligándola a romper con sus viejas amistades, sacrificar, y esto es lo peor, a Laurita.

MECHA: ¡A Laura!

PANCHITA: Sí. ¿Crees que la pobrecita, tan buena, tan juiciosa, va a encontrar con quién casarse? Aniquilas su porvenir. Aniquilas también el porvenir de Alfredo, porque nadie querrá vincularse a una familia tan vergonzosamente

manchada. ¿No te remuerde la conciencia?

MECHA: *(Presa de una nueva crisis de lágrimas)* ¡Oh! ¡Sí!... ¡Cuánta víctima!... ¡Disponga de mí! Haré lo que se me indique...

PANCHITA: ¿Has visto, Jorja, cómo se resuelven pronto las cosas?... ¡Ay, el filósofo!...

ESCENA VI

Dichos, Sr. Díaz.

SR. DÍAZ: Con que ustedes, ¿eh?... *(Advirtiendo a Mecha)* Hija, ¿por qué llora?... ¡Oh, naturalmente! ¡Los buitres! ¡Han venido al olor de la carniza fresca! ¿Qué le han hecho, hija?

PANCHITA: Nada, en comparación con lo que se merece.

SR. DÍAZ: ¿Y con qué derecho intervienen en los asuntos de esta casa?

PANCHITA: ¡Pues no faltaba más! ¡Con el derecho de nuestro parentesco y de nuestro juicio!

SR. DÍAZ: ¡Jorgelina, tú no has debido permitirles!...

MECHA: Papá, ¡nada me hacían; son mis nervios!

SR. DÍAZ: ¡Oh, las conozco!... Señoras mías, en esta casa están de más los elementos de perturbación.

SRA. DE DÍAZ: ¡Eduardo!

PANCHITA: ¿Qué te parece, Jorja?

ERNESTA: Los locos también sobran.

SR. DÍAZ: Sí, señora; también sobran.

MECHA: Papá, no te alteres.

SR. DÍAZ: Vuelvo a hacer uso de mi autoridad.

ERNESTA: Vámonos.

SRA. DE DÍAZ: No es para tanto. Eduardo no quiso decir eso.

SR. DÍAZ: Te equivocas. He querido decirlo. ¡Que se vayan!

PANCHITA: ¡Ay, pobre Jorja! La que te espera con semejante loco.

ERNESTA: Cuenta con nosotros siempre.

Se despiden y hacen un mutis trágico.

SR. DÍAZ: ¡Con buen viento! *(Se pasea nervioso)*. Hay gentes que le hacen perder la compostura al más paciente.

ESCENA VII

Dichos menos Panchita y Ernesta.

SRA. DE DÍAZ: Eduardo, te he dejado hacer, pero te advierto que no debiste...

SR. DÍAZ: Sí, debí...

SRA. DE DÍAZ: Son mis hermanas.

SR. DÍAZ: Aunque fueran las mías. Venían a perturbar. Y estoy dispuesto a mantener a toda costa, la paz y la tranquilidad de esta casa. Unas beatas desalmadas que se han acercado con el exclusivo propósito de torturar a esta criatura. ¡Tú no debiste consentir que le dijeran una sola palabra, que le hicieran un solo reproche!

SRA. DE DÍAZ: Eduardo, voy a creer que el perturbado eres tú. No, no. Las cosas tienen su otra faz. Eres muy dueño de amparar y perdonar a tu hija, pero no todos participan de tus ideas, y hay que respetar el derecho de los demás.

SR. DÍAZ: Explícate. No te entiendo.

MECHA: ¡Oh! Ahora van a reñir por mí. Basta. No quiero, no puedo soportar más. Papá, atiéndeme. Yo tengo una solución.

SR. DÍAZ: (*Apartándola*) Explícate. Habla.

SRA. DE DÍAZ: No me mires con ese aire de desafío. Yo no te provoco.

SR. DÍAZ: Completa tu pensamiento. Es justo.

SRA. DE DÍAZ: Bien. Quería decirte que te pases a la otra alforja. Al fin y al cabo, la muchacha no ha hecho nada que merezca glorificación y quien se cree con tanta autoridad como tú, puede pensar de diverso modo y reprocharle su falta.

SR. DÍAZ: ¡Tú, Jorgelina!...

SRA. DE DÍAZ: Sí, yo.

MECHA: Papito, papito. ¡Basta, por Dios! No riñan. Sería una pena mayor para mí. Un dolor muy grande.

SR. DÍAZ: ¡Tú!... Haz la prueba. ¡Arrójale la primera piedra!...

SRA. DE DÍAZ: ¿Qué significa eso? ¡Ahora exijo yo que te expliques!

SR. DÍAZ: (*Dominándose*) No. No significa nada. Dispénsame. Estoy conturbado. Soy un enfermo, ya lo saben. Me siento irritable y pierdo fácilmente la cabeza. Quiero tanto a esta hija que me parece que la ofenden a cada palabra. Perdón. Seamos buenos.
Aparece Alfredo.

ESCENA VIII

Dichos, Alfredo.

SRA. DE DÍAZ: ¡Alfredo!... ¡Hijo mío!... (*Lo abraza*). ¿No vienes herido? Nada te ha pasado, ¿verdad? ¡Oh! ¡Me tienes en una angustia tan grande!... ¿Te batiste?

ALFREDO: Sí.

SRA. DE DÍAZ: ¡Qué temeridad, muchacho!

ALFREDO: ¿Qué querían? ¿Que me quedara tan fresco?

SRA. DE DÍAZ: ¿Y?...

ALFREDO: Nada, desgraciadamente.

SR. DÍAZ: Felizmente.

ALFREDO: ¿Por qué?

SR. DÍAZ: ¡Hombre!... Si el honor es un acreedor tan complaciente que se conforma –páguenle o no le paguen su crédito con sangre– vale más que no lo haya cobrado.

ALFREDO: Estás de buen humor, ¿eh?

SR. DÍAZ: Ya lo ves.

ALFREDO: Bien. Yo necesito descansar. No estoy para nadie antes de las tres.

SRA. DE DÍAZ: Sí, hijo mío. Yo te acompañaré a tu cuarto.

MECHA: ¡Alfredo!

ALFREDO: (*Volviéndose*). ¿Qué quieres?

MECHA: ¿Me perdonas la mortificación que te he causado?

ALFREDO: Ahora vienen las súplicas. No. No te perdono. No carecías de experiencia para haber perdido el dominio de ti misma.

MECHA: ¡Oh! ¡Dios mío!

SR. DÍAZ: ¡Alfredo! Aunque te hayas batido en duelo, lo que haces no es caballeresco.

ALFREDO: Y lo que haces tú, no es decoroso.

SRA. DE DÍAZ: Vamos, hijo. (*Mutis*).

ESCENA IX

Sr. Díaz, Mecha.

SR. DÍAZ: Venga, hijita. Apóyese en mí. La lucha será muy cruel. Pero venceremos. No tienen armas para las escaramuzas. Venceremos.

MECHA: ¡No puedo, papá, no puedo luchar ya! Me siento cada vez más debilitada. Déjame.

SR. DÍAZ: Dejarte sería abandonarlo. ¿No decías que era tu gloria?

MECHA: Escúchame. Voy a hablarte con toda serenidad. Anteayer, cuando exponías tu evangelio del respeto a la maternidad, yo, que había pensado, más: que estaba resuelta a solucionar mi conflicto con un doble crimen...

SR. DÍAZ: No. ¡Cuidado con pensar semejante cosa!

MECHA: Ya pasó. Yo... experimenté al oírte un alivio tan grande, me sentí tan consolada que como por encanto desaparecieron de mi mente las ideas lúgubres. No sabía quién eras. Tenía por tus ideas y por tus modalidades el mayor respeto, eso sí, pero no acababa de entenderlas. Aun después de haberlas comprendido, hube de hacer la barbaridad. Me salvó el vahído y me salvó tu intervención providencial. Luego acepté tu programa de lucha, pero acabo de convencerme de que es imposible, irrealizable y más que todo superior a mis fuerzas físicas y morales. Estamos revolucionando todo. Con la bandera de paz y bienestar sembramos la guerra.

SR. DÍAZ: ¡Nada! Seguro que las ideas de esas brujas que acaban de salir...

MECHA: No quiero sacrificar la tranquilidad de los nuestros. Tú

has perdido tu reposo; ellos, su bienestar; el bienestar futuro. Yo soy y seré siempre, semilla de discordias, piedra de escándalo.

SR. DÍAZ: Cuestión de días, nada más. ¡Se habituarán!

MECHA: Luego... Mi vergüenza, la humillación de todos los instantes y sobre todo, el remordimiento de haber causado tanto daño y tanta desazón. ¡Consiente en que me elimine! Hay casas muy buenas de reclusión...

SR. DÍAZ: ¿Renuncias a tu gloria?

MECHA: No renuncio. ¡Nunca! Dejo de ser estorbo y factor de discordia y me dedico a mi hijito. Tú irás a verlo, lo educaremos como tú quieras y yo habré conseguido llenar mi misión sin sacrificar para ello la felicidad de los demás.

SR. DÍAZ: ¡Eres muy buena, criatura!

MECHA: Mira, papito...

SR. DÍAZ: No insistas. No lo consentiré jamás. Tú y tu hijo se deben a mí, están a mi cargo. Soy tu asilo. Si no vencemos, nos retiraremos con todos los honores al refugio que sabré prepararte... ¿Tu sacrificio, tu renunciamiento? ¡Que renuncien ellos!...

ESCENA X

Dichos, Criado.

CRIADO: La señora de Álvarez. He dicho que los señores no están en casa pero insiste tanto...

MECHA: ¡Ella!...

SR. DÍAZ: Hágala pasar.

MECHA: *(Con evidente disgusto)* Quizá sea la solución.

SR. DÍAZ: Váyase, hija. Déjeme.

MECHA: Papito; si por casualidad –puesto que es tan extraña su venida– se tratara de...

SR. DÍAZ: Déjeme. Yo sé lo que debo hacer.

Mecha hace mutis.

ESCENA XI

Sr. Díaz, Sra. de Álvarez.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Le parecerá extraña, Eduardo, esta visita. No era destinada a usted, pero ya que lo encuentro significa lo mismo a mis propósitos.

SR. DÍAZ: Tome usted asiento, Edelmira.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Habrá adivinado el motivo que me trae.

SR. DÍAZ: No, señora.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Por favor, señor. Podríamos suprimir asperezas. Le aseguro que después de oírme será usted más benévolo.

SR. DÍAZ: La escucho, Edelmira.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Empezaré por decirle que si a ustedes les ha tomado de sorpresa esta catástrofe, la sorpresa nuestra ha sido igualmente grande.

SR. DÍAZ: Le aseguro que no ha tenido necesidad de decirlo.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Muchas gracias. ¿Quién iba a decirnos cuando discutíamos tan inocentemente sobre el tópico, que en cuestión de horas iba a presentarse un caso a prueba?

SR. DÍAZ: Efectivamente.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Acabo de hablar con mi hijo. Regresaba del duelo con Alfredo. Dios ha querido que no ocurriera ninguna desgracia mayor. Los muchachos no se han reconciliado pero no se olvida así no más una amistad de infancia. Enrique volvió afectadísimo y así que pudimos interrogarlo nos confesó la verdad con toda hombría. Está arrepentido de su botaratada y honestamente dispuesto a reparar el agravio que les ha hecho. Créame, Eduardo. Todo ha sido una muchachada. Su viaje a Europa, que provocó la catástrofe, era cierto; puedo hacerle ver la carta del padre.

SR. DÍAZ: Creo que podría haber pensado un poco antes en reparar su... eso, su agravio.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Tiene razón. Resulta casi imperdonable.

SR. DÍAZ: No, no hago un reproche. Pienso que es mejor que las cosas hayan pasado tal cual han ocurrido.

SRA. DE ÁLVAREZ:

No soy de esa opinión. Enrique ha podido ser más decente.

SR. DÍAZ: No se habría conseguido otra cosa que la infelicidad de los dos.

SRA. DE ÁLVAREZ:

¿Qué quiere decir usted, Eduardo?

SR. DÍAZ: Que no se quieren, que no se han querido nunca.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Conozco los sentimientos de Enrique y...

SR. DÍAZ: Tenga usted la seguridad de que se los ha disimulado. De otro modo le habría ahorrado a la pobre muchacha las angustias de una incertidumbre de meses ya que no pudieron ambos dominar el estallido del instinto. En cuanto a ella puedo afirmarle que no siente la mejor inclinación afectiva por su hijo, por más que estuviera dispuesta a someterse a un yugo que le pesaría toda la vida.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Es muy extraño lo que usted dice. Quisiera hablar con Jorgelina.

SR. DÍAZ: Puede hacerlo, si gusta, y la autorizo hasta a dudar de mis facultades mentales, pero le advierto que los destinos de Mercedes están en mis manos y que no la entregaré jamás por ningún precio al sacrificio de una unión que no resuelve ningún punto de honor y, sobre todo, que la condena a una servidumbre odiosa y deprimente por toda su existencia. Sabiendo esto, puede usted verse con Jorgelina y apreciar mi actitud conforme a su criterio, que mucho respeto por cierto.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Es la primera vez que le oigo hablar así, Eduardo. No le sospechaba semejantes ideas. ¿No cree usted en la sinceridad de este paso que damos?

SR. DÍAZ: No la pongo en duda.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Entonces... *(Poniéndose de pie)* Sólo tengo que lamentar que este deplorable episodio venga a cortar nuestra vieja

y afectuosa amistad...

SR. DÍAZ: Por lo que a mí respecta, Edelmira, puedo asegurarle que permanece invariable... Y que espero su palabra de continuar en cualquier circunstancia aquella discusión sobre... nuestros hijos naturales.

SRA. DE ÁLVAREZ:

Adiós, Eduardo.

SR. DÍAZ: Adiós, Edelmira.

ESCENA XII

Sr. Díaz, Mecha.

MECHA: Papá. Nada he podido oír. ¿A qué venía?

SR. DÍAZ: Dime, hija... ¿Tú lo querías?

MECHA: Antes, tal vez.

SR. DÍAZ: De veras... De veras... ¿Tú no lo quieres?

MECHA: No.

SR. DÍAZ: Entonces, hija, dame las gracias. ¡Te he salvado!

TELÓN

ACTO TERCERO

EN LA BIBLIOTECA DEL SEÑOR DÍAZ. DIARIOS POR TODAS PARTES. EN LAS ESTANTERÍAS DEL FRENTE TRES O CUATRO FILAS DE GRANDES LIBROS.

ESCENA I

Sr. Díaz, Doctor X.

SR. DÍAZ: (*Apareciendo con el Doctor*) Mi doctor, será usted el primer profano que viole los misterios del santuario. Parece esto una redacción de diario, ¿verdad?

DOCTOR: Efectivamente.

SR. DÍAZ: Pues aquí me he pasado los últimos cuatro años. Es decir, aquí no. Vivía más arriba, pero me mudé ayer para ahorrarle a mi secretario, a Mercedes, el trabajo de subir escaleras. Mire usted la tarea en que me sorprendió este acontecimiento íntimo –original coincidencia–. Vea. (*Señalando un grueso libro de recortes que está sobre la mesa*) “Natalidad ilegítima”, “Nuestros hijos naturales”, “Ocultación de la maternidad”, “Infanticidios”. Es copiosa la documentación.

DOCTOR: ¿Desde qué punto de vista y con qué criterio procede a la selección de esos documentos?

SR. DÍAZ: Sería una tarea engorrosa la explicación. Un caso práctico. Tomo un diario cualquiera; éste. Veamos. (*Hojeándolo*) “Vida social”... “Teatros”... “Policía”... ¡Ah... jál... Buscamos la noticia que nos convenga. Aquí está. “¿Infanticidio?”. Este título nunca falta en la crónica policial... Es un horror. (*Leyendo*) “En la mañana de ayer el conductor de un carro de limpieza pública, Fulano de Tal, al volcar un cajón de basura en tal parte, etcétera... halló el cadáver de una criatura del sexo femenino horrorosamente despedazado”. Pues esto va a una sección puramente estadística que llamo el osario infantil. Si la policía –cosa que rara vez ocurre– averigua el probable

crimen, yo que tengo clasificadas las posibles causas de la ocultación de la maternidad corto la noticia y la pego debidamente anotada en la sección que le corresponda. Ejemplo al azar de una anotación (*Leyendo*): “Existe una ley que prohíbe la matanza de las vacas para que no se extinga nuestra riqueza ganadera. La disciplina social ordena la anulación de las madres y la matanza de los hijos o la matanza de ambos o la anulación de ambos”.

DOCTOR: Pero, señor: las estadísticas que son cada día más completas, ¿no le ahorrarían tanto trabajo? Los criminalistas y los sociólogos se basan en ellas para sus estudios y conclusiones.

SR. DÍAZ: Allí los tengo. He leído mucho. No los tomo mayormente en cuenta. Mi obra no será de especulación científica. Quiero ofrecerle a la humanidad un espejo en que vea reflejado sus pasiones, su miseria, sus vicios. Esto hacemos, éstos son nuestros crímenes, y por esto y esto nos estamos despedazando.

DOCTOR: Un libro sentimental.

SR. DÍAZ: Sí, sentimental, si usted quiere. Un toque de somatén a la clemencia universal. He probado en mí mismo la bondad de mi futura obra, de mi monumental *Enciclopedia del dolor humano*. Durante estos cuatro años de lectura razonada y analítica de mis crónicas policiales he ido experimentando la alegría de una renovación de mi ser moral, y si no me considero del todo justificado, estoy depurado de prejuicios, y siento desbordarse en mi espíritu la tolerancia y la piedad por mis semejantes.

DOCTOR: ¡Qué original! ¡Qué curioso!

SR. DÍAZ: ¡Oh! Espero, mi doctor, que no me juzgue usted con el criterio vulgar que me atribuye una chifladura sentimental.

DOCTOR: ¡Oh! ¡No!... ¡No, señor!...

SR. DÍAZ: Y supongo también que no habrá provocado esta entrevista con el objeto de estudiar el estado de mis facultades mentales.

DOCTOR: Le aseguro, señor, que no. He obrado por mis cabaes y sin propósitos preconcebidos.

SR. DÍAZ: Porque hay gentes capaces de todo, amigo mío. Nada de extraño tendría, por ejemplo, que mañana mis deudos intentaran hacerme recluir por loco.

DOCTOR: No lo creo. De ningún modo.

SR. DÍAZ: *(Paseándose un tanto nervioso)* ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Locura!... ¡Locura!... Es tan raro... tan extraño... tan anormal que un hombre se sienta bueno... que un hombre tenga amor por sus semejantes... que un hombre se emancipe de la tiranía de los prejuicios... que no hay más remedio que declararlo loco. ¡Loco!... ¡Loco!... *(Exaltándose)* Los locos son ellos... ¡Ellos!... ¡Locos trágicos, que se desgarran!...

DOCTOR: No se exalte, señor Díaz. Puedo asegurarle que nos hacen falta muchos locos como usted.

SR. DÍAZ: Muchas gracias. Disimule mi vehemencia. Se me ocurrió que bien podría antojárseles a los míos atribuir mis actos a insanía mental. Pero no ha de suceder. *(Pausa)*. Dígame, doctor. ¿Encuentra bien, muy bien, a mi hijita?

DOCTOR: Su estado no puede ser más favorable, tanto que mi asistencia resulta del todo inoficiosa.

SR. DÍAZ: ¡Quién sabe si no la esperan mayores contrariedades!...

DOCTOR: No tendrían razón de ser. En todo caso supongo que nada podría ocurrir que le acarreará perturbaciones peligrosas.

ESCENA II

Dichos, Mecha.

MECHA: ¡Ah! ¡Perdón!

SR. DÍAZ: Adelante, hijita. No hablamos nada reservado.

DOCTOR: Y por otra parte, le he robado ya mucho tiempo al señor Díaz.

MECHA: ¿No se lo habrá robado él a sus enfermos?

DOCTOR: Adiós, señor. *(A Mecha)* A usted no la volveré a ver...

MECHA: En calidad de médico, creo entender.

DOCTOR: Por supuesto. Adiós.

SR. DÍAZ: ¿Sabes dónde estará aquel cuaderno con los apuntes sobre la delincuencia precoz?

MECHA: A ver... A ver... Aquí está. ¿Para qué lo quieres?

SR. DÍAZ: La otra mañana, cuando discutía con tu ex futura suegra, se me quedaron muchas cosas por decirle con respecto a los institutos del Patronato, y entre ellas la constatación de que la mayoría de los niños delincuentes se han educado y han recibido la protección de aquellos asilos. Y pienso darles una broma pesada mandando un resumen de mis estadísticas a la sociedad "Pro infancia desvalida".

MECHA: Lo harás después. Ahora tenemos que hablar. El comité está reunido en sesión plena.

SR. DÍAZ: ¡Ah, sí!

MECHA: Como lo oyes. Parece que tratan gravísimos asuntos.

SR. DÍAZ: Me alegro mucho. Al fin se resolverán a adoptar una actitud de paz o de guerra.

MECHA: Ha de ser de guerra. Encuentro a mamá hostilísima. Laura está llena de moños y en cuanto a Alfredo me acaba de maltratar.

SR. DÍAZ: ¡Cómo! ¡Se ha atrevido!

MECHA: No. De palabra no más. No me hieren sus injurias. Se está operando un cambio tan grande en mí que empiezo a creer que no tardarán en serme indiferentes. Todos, empezando por mamá. Comienzo a darme cuenta de la inanidad de los sentimientos cimentados en una simple convivencia.

SR. DÍAZ: ¡Bravo, hija!

MECHA: Me hubiera explicado que en el primer momento, al conocer mi falta descargarán sobre mí todas las violencias de su indignación, pero después han debido reaccionar ante lo irremediable y reintegrarme en su afecto. Mi cariño por ellos me obligaba ayer a ofrecerles un acto de desagravio recluyéndome en una casa de corrección, pero el cariño de ellos ni siquiera los ha inducido al perdón.

SR. DÍAZ: A ese respecto tal vez prejuzgues un poquito. Debes comprender que todavía no se han repuesto de la sorpresa y que nuestra actitud debe haber llevado un poco de confusión a esos espíritus habituados a las soluciones hechas.

MECHA: Podría haber notado ya algunos síntomas de reacción. Pero sucede lo contrario. A mamá la veo convertida en un monumento de dignidad social agraviada, con una rigidez académica que en otras circunstancias me haría cosquillas. Laura con todas sus apariencias de tilinguita inofensiva está siempre erizada como un puercoespín y nada digo del otro, posesionado como está de su papel de dogo guardián del honor de la familia que ya ha ladrado fuerte.

SR. DÍAZ: Veo que empiezas a irritarte. Eso ofusca, hija mía.

MECHA: Sí. A sentirme incomodada. De manera que sería conveniente apresurar la solución del conflicto. Necesito tranquilidad y reposo completos. Ya sabes que no me pertenezco.

SR. DÍAZ: ¡Nervios! ¡Nervios!

MECHA: Serán los nervios. Hay que calmarlos, entonces. Tú me has ofrecido un asilo. ¡Llévame cuanto antes, cuanto antes!... Desde allí podremos continuar la batalla. Te quedas tú, si quieres. Yo voy tomándole miedo a la cara del enemigo. Llévame.

SR. DÍAZ: ¡Ay, ay, ay! ¡Con que sobresaltos y caprichos!... Esto es muy sintomático. Ven acá. Dame un beso. Así. ¡Bravo por la madrecita!

MECHA: No vayas a pensar que esto es accidental y momentáneo.

SR. DÍAZ: No, no, no... ¡De ningún modo!

MECHA: ¿Te burlas?

SR. DÍAZ: Me has puesto de buen humor, hija. ¡Te aseguro que tenía una luna!... Bien. Voy a ver cómo andan las cosas en el hall... Mucho juicio, ¿eh?

ESCENA III

Sr. Díaz, Alfredo.

ALFREDO: ¿Vas a salir?

SR. DÍAZ: No.

ALFREDO: Deseo hablar contigo.

SR. DÍAZ: Ordena.

ALFREDO: ¿Quieres dejarnos, Mercedes?

SR. DÍAZ: ¿Es un secreto?

ALFREDO: No. Pero no hacen falta testigos.

SR. DÍAZ: *(A Mecha, que hace mutis)* Hija; no te vayas lejos, porque este muchacho trae una cara muy siniestra y puedo necesitar tu auxilio... Siéntate. ¿Pendón de paz o pendón de guerra?

ALFREDO: Depende de ti.

SR. DÍAZ: Entonces me tranquilizo.

ALFREDO: Tenemos que hablar muy formalmente. Yo te he respetado siempre, he seguido tus consejos, he aceptado tus ideas subordinando las mías muchas veces a la autoridad paterna.

SR. DÍAZ: Puedes ahorrarte preámbulos. Al grano.

ALFREDO: Hace cuatro años hiciste abandono de tu familia...

SR. DÍAZ: No es exacto.

ALFREDO: Sí. Sin causa aparente renunciaste a participar de nuestra vida. Decías que tu misión había terminado en este hogar...

SR. DÍAZ: Etcétera, etcétera...

ALFREDO: Ahora te vuelves a nosotros. ¿A qué? ¿Qué quieres? ¿Qué pretendes?

SR. DÍAZ: Nada. Mientras no hice falta me mantuve eliminado. Me presento ahora porque mi autoridad y mi asistencia son necesarias en esta casa.

ALFREDO: ¿Pueden saberse los motivos reales de tu alejamiento?

Porque el pretexto es trivial y no convence a nadie.

SR. DÍAZ: No hay tal pretexto.

ALFREDO: Bien, entonces, lo diré yo: tú te fuiste enfermo; un desequilibrio nervioso, cualquier cosa, y allá en la mansarda te has dejado rumiar por tu mal durante cuatro años...

SR. DÍAZ: ¡Claro está! Y ahora vengo, loco, a armar una revolución en mi hogar. Pregúntale al doctor Pérez si no acabo de decirle hace diez minutos, que ustedes iban a dudar de mis facultades mentales. Pregúntale.

ALFREDO: Tus actos no revelan otra cosa.

SR. DÍAZ: Vamos por partes. ¿Cuáles son esos actos?

ALFREDO: Lo que has hecho ayer negándote a aceptar la reparación que mandó ofrecer Enrique, lo que has hecho esta mañana sacando en nuestro coche a esa pobre muchacha; en el coche de la familia a exhibir su impudor en Palermo y por las calles más concurridas, desafiando y provocando a la sociedad agraviada por su falta. Eso acusa, más que falta de sensatez, desequilibrio mental.

SR. DÍAZ: En cuanto a lo último tienes razón. Yo no he debido mancillar el coche de la familia haciéndole llevar a una pecadora. Me imagino el rubor de los cojines.

ALFREDO: No quise decir una sandez. Con ese hecho nos incluías a todos en tu provocación.

SR. DÍAZ: En cuanto a lo segundo te declaro que mi locura no me ha llevado ni me llevará al crimen de entregar mi hija a los verdugos.

ALFREDO: Prefieres entregarla a la perdición y al vicio.

SR. DÍAZ: Todo lo prefiero, antes de consentir en una unión que sería para ella un castigo.

ALFREDO: Se lo habría merecido en todo caso.

SR. DÍAZ: ¡Qué se lo ha de merecer la pobre criatura que no ha podido mentir ni torturar el instinto!

ALFREDO: ¡Basta, papá! No continúes. ¡No declames más!

SR. DÍAZ: ¡Declamaciones!

ALFREDO: Nosotros tenemos necesidad de defendernos y defendernos de ti. Nuestro decoro, nuestro porvenir, nuestra tranquilidad, exigen que ese matrimonio se lleve a cabo. Para que nos sigan considerando y respetando necesitamos guardar las formas y salvar las apariencias.

SR. DÍAZ: (*Exaltado*) ¡Ven acá! ¡Ven acá! ¿Qué consiguen con eso? ¿Con salvar las apariencias? Tú y tus hermanos ¿habrán dejado de ser los hermanos de una mujer que violentó la disciplina social? ¿Tu madre habría dejado de ser por eso la madre de una hija que ultrajó a su clase? ¿A qué quedamos reducidos, ante el concepto rígido de la moral en vigencia? A una pobre familia, a una desgraciada familia, maculada por un delito antisocial, delito que, por haberse hecho público, jamás se perdonará. Ya ves que a semejante precio no vale la pena negociar la dicha de tu buena hermana.

ALFREDO: No discutamos más. No nos convenceremos. Debo decirte que somos demasiado crecidos ya para aceptar sin beneficio de inventario el evangelio de la autoridad paterna. He hablado con mamá y Laura y hemos determinado hacer valer esta vez nuestro criterio. Es necesario que Mercedes se resigne al desagravio. ¡Es forzoso! Ese casamiento debe llevarse a cabo.

SR. DÍAZ: ¡Pero muchacho! ¿No te acabo de decir que no se realizará?...

ALFREDO: Se hará. Con tu asentimiento o sin él. Perdona, papá, esta rebeldía, pero tú lo has provocado.

SR. DÍAZ: ¿Sabes quién soy yo? ¡Pues... yo me opongo!

ALFREDO: ¡Hay medios de reducir tu oposición!

SR. DÍAZ: ¡Oh, candidez! ¿Haciéndome declarar insano? ¿Anulando mi personalidad civil? ¡Oh! ¡Los locos son ustedes! Te voy a demostrar en el acto que, aun con éxito, el recurso sería contraproducente. (*Va a la puerta y llama a voces*). ¡Mercedes! ¡Mercedes! (*Volviéndose*) Interrogala. Pregúntale si quiere casarse con el caballero ése. (*Vuelve a llamar*). ¡Mecha! ¡Cuidado con violentarla o injuriarla!

ESCENA IV

Dichos, Mecha.

MECHA: ¿Llamabas, papá?

SR. DÍAZ: Alfredo quiere hablarte.

ALFREDO: Ignoro si tú sabes, Mecha, que ayer estuvo aquí Misia Edelmira.

SR. DÍAZ: Lo sabe.

MECHA: Sí. Me contó papá.

ALFREDO: ¡Espero que te habrá contado todo! Que Enrique vuelve sobre sus pasos y desea casarse en seguida.

MECHA: ¡Sí, sí, sí!...

ALFREDO: La visita de la señora de Álvarez no obedecía a escrúpulos caritativos. El señor Gutiérrez me lo ha demostrado esta mañana. Vino a ofrecermé una entrevista con Enrique

quien desea a toda costa sincerarse con nosotros. ¿Qué piensas tú?

MECHA: Alfredo, yo... francamente... en estas circunstancias no sé qué responderte.

SR. DÍAZ: Sí que lo sabes.

ALFREDO: No intervengas, papá.

MECHA: Mira, hermano: yo estoy muy atribulada y después de la catástrofe no he logrado asentar bien mis ideas. No pongo en duda la buena voluntad de Enrique. Es lógico que trate de reparar. Pero el caso es que tengo hecha mi composición de lugar; estoy dispuesta a consagrarle la vida a mi hijo y no me hace falta el apoyo de Enrique. Ya no lo amo, por otra parte.

ALFREDO: Y si no tuvieras más remedio que casarte, si te dijera que esa unión nos salva a todos ¿qué harías?

MECHA: ¿Por qué he de ser yo solo la víctima?

ALFREDO: ¡Ah, sí! ¡Pretendes arrastrarnos en tu caída!... Hacernos solidarios de tu crimen. ¡No faltaba otra cosa!

MECHA: Perdóname. No sé lo que me digo. ¿Mi sacrificio es condición indispensable para el bienestar de ustedes?

ALFREDO: Naturalmente.

MECHA: ¿Pero podré poner condiciones?

ALFREDO: Según el género...

MECHA: Bien. Me caso con Enrique. Pero siempre que, terminada la bendición o lo que sea, se me deje en libertad completa.

ALFREDO: ¡Oh, eso es absurdo!

SR. DÍAZ: ¡Sí, hijita! Absurdo. Para salvar las apariencias es necesario que tú te cases, que vayas al domicilio conyugal, que aguantes el

mal gesto de un marido por la fuerza, o el gesto sonriente de una bestia; que compartas la mesa de un eterno malhumorado, que aguantes sus desaires y sus reproches, ya que no sus violencias, y cuando el vaso esté colmado, recién entonces te permitirán ir a buscar un pozo de paz en el seno de los tuyos. Ese es el programa que te espera.

ALFREDO: ¡No exageres, papá, no mientas! Enrique...

MECHA: ¡Oh! De Enrique no espero mucho más...

ALFREDO: Bien. Contesta categóricamente; que la paciencia se me agota. ¿Qué resuelves?

MECHA: ¡Que no me caso!

SR. DÍAZ: ¡Bravo, hija! Ya ves, Alfredo, que aun cuando me hagan declarar loco o incapaz, no podrán consumir el atentado.

ALFREDO: La has sugestionado con tus extravagancias. ¡Ah! Te advierto que hay muchos medios para impedir que un hombre prostituya a su familia. ¡Podría arrojarte de esta casa!

SR. DÍAZ: ¡Arrojarme de mi casa!...

ALFREDO: Sí. Una persona que atenta contra el decoro y el honor de los suyos no merece otra cosa. Es un loco o es un perverso.

SR. DÍAZ: ¡Has perdido el juicio, muchacho! Insultarme a mí, injuriarme a mí. A mí, que con una palabra, con un soplo, puedo echar abajo el castillo de naipes de nuestro honor.

ALFREDO: ¿Qué quieres decir? Explícate. ¡Te lo exijo!... ¡Pronto!...

SR. DÍAZ: Anda y pregúntaselo a tu madre.

ALFREDO: ¡Mi madre!... ¡Oh! ¡Has de probar el cargo o responderás de esa injuria! (*Mutis violento*).

ESCENA V

Sr. Díaz, Mecha.

MECHA: ¡Papá!... ¡Papá!... ¿Qué significa todo esto?... Dime.

SR. DÍAZ: ¡Es mi drama, hija!...

MECHA: ¡Oh, comprendo!... ¡Pobre papá!... ¡Pobres de nosotros!...

SR. DÍAZ: ¡No sé por qué no me he reprimido! Pero lo acosan a uno, lo ponen fuera de sí, y las palabras se escapan solas. No debí hablar... No debí hablar... No era tiempo aún.

MECHA: De todo eso tengo yo la culpa... ¡Oh, qué angustia! (*Llora*).

ESCENA VI

Dichos, Alfredo.

ALFREDO: (*Reaparece y se echa a pasear muy exasperado monologando*). Sí... era tiempo de que nos resolviéramos... (*A Díaz*). He ido a llamarla. Ya viene.

SR. DÍAZ: Has hecho mal. ¡Esos careos son cosas de jueces o de niños! No había necesidad de mayores violencias. Si hubieras sido más hombre, nos habríamos entendido como hombres.

ALFREDO: Estoy cansado de tus ambigüedades. Quiero ver las cosas claras, como la luz...

SR. DÍAZ: ¡Niño!... ¡Niño!...

ESCENA VII

Dichos, Sra. de Díaz.

SRA. DE DÍAZ: ¿Qué ha pasado aquí que están con unas caras tan extrañas?

ALFREDO: Mi padre acaba de... ordenarme que te pida cuentas del honor de la familia.

SRA. DE DÍAZ: (*Demudada*) ¡Oh, Eduardo!

SR. DÍAZ: No es verdad, Jorgelina. Este muchacho, de tan ofuscado, no entiende las cosas a derechas...

ALFREDO: Eso no te lo permito. Has lanzado un cargo. Sostenlo y Pruébalo.

SR. DÍAZ: ¡Bien, bien! No te alteres. Saldrás con tu gusto. He querido decirle que tú, Jorgelina, me has sido infiel.

SRA. DE DÍAZ: ¡Qué infamia!... ¿Estás en tu juicio, Eduardo? ¡Oh! ¡Ya pasa de los límites! ¿Yo?... ¿Yo?... ¿Yo te he sido infiel?

SR. DÍAZ: Sí, tú. Me has engañado.

SRA. DE DÍAZ: ¡Alfredo! ¡Tu padre está loco... loco!...

SR. DÍAZ: No lo estoy, señora. Y no insistan en eso porque me veré obligado a...

SRA. DE DÍAZ: ¡Loco de atar!

SR. DÍAZ: ¡Oh! ¡No!... (*Abre un cajón de su escritorio y saca un legajo de cartas*). ¡Atrévase, señora, a decir que eso no es suyo!...

ALFREDO: ¡Mamá!...

La Sra. de Díaz se deja caer en una silla.

SR. DÍAZ: Me han obligado a ser tan cruel... Pero tenía que defenderme. Si no lo hago así me nombran un tutor... (*Pausa prolongada*).

ALFREDO: ¡Oh, qué repulsivo es todo esto!... ¡Qué bajo!... ¡Qué innoble!... Y para ello, para meditar una venganza así, has necesitado recluirte durante cuatro años, preparar el

golpe con toda perfidia y acecharnos durante meses y meses, esperando el momento en que más pudieras herirnos para descargarlo a mansalva. ¡Qué cobardía!... ¡A ti es a quien tengo que pedir cuenta de honor, ahora! ¡A ti! ¡A ti, que has preferido ser verdugo a ser caballero!...

SR. DÍAZ: Continúa. ¡Desahoga tu corazón, hijo!...

ALFREDO: ¡Oh! Si ella ha faltado, tu conducta eclipsa su falta, la purifica. ¡Habla tú! ¡Justifícate si puedes!...

SR. DÍAZ: No lo intentaré. *(Serenamente, después de una larga pausa)*. Ustedes habían nacido ya cuando Jorgelina me engañó. Yo la quería mucho y más que a todo adoraba la paz del hogar en que elaborábamos la dicha común. Cuando se me presentó el conflicto pasional no tuve fuerzas para rebelarme. Me acobardó el fantasma de la vindicta social haciendo presa de mis hijos, y a riesgo de pasar por un abyecto –quién sabe si no sigo siéndolo para mucha gente–, apliqué un cauterio a mi herida de amor propio y continué la vida en común como si nada hubiera ocurrido. Lo preferí todo a dejar señalar con un estigma infame a mis propios hijos. Pasó el tiempo. El episodio había modificado mi concepción de la vida. Ustedes crecían y se educaban en un medio que empezaba a resultarme falso y convencional, pero ya era tarde para llevarlos a la realidad. Luego mi mentira y la mentira de todos comenzó a mortificarme. Entonces huí a la mansarda. Allí habría acabado mis días sin decir una palabra si no sobreviene este accidente de Mercedes que me devuelve a la realidad cruel de la vida.

ALFREDO: ¿Por qué no seguiste callando?

SR. DÍAZ: ¡Ese ha sido el error! ¡Hablar!... Pero no lo hemos perdido todo... ¡Oye, Alfredo! ¡Tú, oye tú, Jorgelina!... Ya que

somos dueños de la verdad, ¿por qué no edificamos sobre ella un nuevo hogar?

ALFREDO: ¡Oh!... ¡No puede ser!... ¡es tarde!... ¡Además, hemos quedado sangrando!

SR. DÍAZ: *(Después de una honda pausa, a Mecha)* Vamos, Mercedes. Vamos los dos... No, vamos los tres, a formar ese hogar con la verdad de nuestras vidas... *(Se encamina con ella hacia fuera)*.

TELÓN LENTO

FIN

¡Jettatore!...

Gregorio de Laferrère

PERSONAJES

CARLOS
LUCÍA
DOÑA CAMILA
ÁNGELA
DON LUCAS
ELVIRA
BENITO
ENRIQUE
DON JUAN
PEPITO
DON RUFO
LEONOR
LUIS

ACTO PRIMERO

*SALA ELEGANTE. UNA MESA AL CENTRO CON REVISTAS Y DIARIOS.
UNA CHIMENEA O PIANO SOBRE EL FORO IZQUIERDA. UN SOFÁ
SOBRE EL FORO DERECHA. ARAÑA ENCENDIDA.*

ESCENA I

Carlos y Lucía.

CARLOS: Vamos Lucía... de una vez. ¿Sí o no?

LUCÍA: Es que no me resuelvo, Carlos. ¿Y si se me conoce?

CARLOS: No seas tonta... ¿En qué se te puede conocer? Todo es cuestión de un momento.

LUCÍA: ¡Si llegaran a descubrírnos!

CARLOS: ¡Pero no pienses en eso!... No es posible. Yo te aseguro que no nos van a descubrir. ¿Por qué imaginarte siempre lo peor? Tengo todo preparado. Enrique está esperando en la esquina...

LUCÍA: No me animo, Carlos... Tengo miedo...

CARLOS: Bueno, lo que veo es que no te importa nada de mí.

LUCÍA: No digas eso. Bien sabes que no es cierto.

CARLOS: Sin embargo, ahí está la prueba.

LUCÍA: Si no puedo querer a nadie que no seas tú. ¡Como si no lo supieras!

CARLOS: Y entonces, mujer, ¿a qué vienen esas vacilaciones? Resuélvete rubia... Con un poco de valor estamos del otro lado. ¿No ves que esto no puede seguir así?

LUCÍA: Siquiera se encontrase presente Leonor...

CARLOS: Es que no hay tiempo que perder. A tía ya la he estado preparando toda la tarde. Y ahora le daré el último toque, mientras llega Don Lucas...

LUCÍA: ¡Esa otra! Y ¿si no viene Don Lucas?

CARLOS: Pero ¿qué cosas tienes! ¿Acaso falta alguna noche?

LUCÍA: Pero, pudiera ser que hoy...

CARLOS: Vamos, Lucía, no seas niña. Estás buscando pretextos para engañarte a ti misma. ¡Parece mentira, mujer! (*Se sienten pasos*).

LUCÍA: Ahí viene mamá.

Vase corriendo primera izquierda.

ESCENA II

Carlos y Doña Camila.

D^a CAMILA: ¿Por qué te has levantado de la mesa sin tomar el café?
¿Quieres que te lo haga servir aquí?

CARLOS: No, tía, no. Me quita el sueño...

D^a CAMILA: (*Se sienta*). De un tiempo a esta parte te encuentro algo raro. ¿Qué tienes? ¿Estás enfermo? Tú debías venirte a dormir aquí. Estarías mejor cuidado...

CARLOS: No es para tanto. Me siento un poco nervioso y nada más. Es que tengo una gran preocupación...

D^a CAMILA: ¿Preocupaciones tú? Y ¿por qué?

CARLOS: ¡Vaya una pregunta! ¿Lo que le dije esta tarde le parece poco?

D^a CAMILA: ¡Cómo! Pero... ¿hablas en serio, muchacho?

CARLOS: ¡Ya lo creo!

D^a CAMILA: Mira que voy a creer que has perdido el juicio...

CARLOS: ¡Si lo que te digo es verdad! Don Lucas es *jettatore*...

D^a CAMILA: Pero... ¿qué es eso de *jettatore*? Porque hasta ahora a todo lo que me has venido diciendo no le encuentro pies ni cabeza...

CARLOS: ¡Y, sin embargo, es muy sencillo! Los *jettatores* son hombres como los demás, en apariencia; pero que hacen daño a la gente que anda cerca de ellos... ¡Y no tiene vuelta! Si, por casualidad, conversa usted con un *jettatore*, al ratito nomás le sucede una desgracia. ¿Recuerda usted cuando la sirvienta se rompió una pierna, bajando la escalera del fondo? ¿Sabe usted por qué fue? ¡Acababa de servirle un vaso de agua a Don Lucas!

D^a CAMILA: ¡Vaya, tú te has propuesto divertirte conmigo! ¿Cómo vas a hacerme creer en una barbaridad semejante?

CARLOS: ¿Barbaridad? ¿Cómo se conoce que usted no sospecha siquiera hasta dónde llega el poder de esos hombres!... Vea... ahí andaba en las cajas de fósforos el retrato de un italiano que dicen que es *jettatore*... Pues a todo el que se metía una caja en el bolsillo.... ¡con seguridad lo atropellaba un tranvía o se lo llevaba un coche por delante! ¡Y eso que no era más que el retrato! ¡Figúrese usted lo que será cuando se trate del individuo en persona!

D^a CAMILA: ¡Estás loco, loco de atar!

CARLOS: ¡Pero si todo el mundo lo sabe! ¿O usted cree que es una novedad? Pregúntesele a quien quiera. Y le advierto que por el estilo los tiene usted a montones... Hay otro, un maestro de música, ¡que es una cosa bárbara! ¡Ese... con sólo mirar una vez, es capaz de cortar el dulce de leche! ¡Había de ver cómo le dispara la gente! Los que lo conocen, desde lejos no más ya empiezan a cuerpearle, y si lo encuentran de golpe y no tienen otra salida, ¡se bajan de la vereda como si pasara el presidente de la República!... Vea... este mismo Don Lucas (*Cuernos*) sin ir más lejos...

D^a CAMILA: ¿Por qué haces así con los dedos? ¿Qué nueva ridiculez es ésta?

CARLOS: Cuando se habla de *jettatores*, tía, hay que hacer así. Es la forma de contrarrestar el mal, de impedir que la *jettatura* prenda. Eso, tocar fierro y decir "cus cus", es lo único eficaz inventado hasta el presente...

D^a CAMILA: ¡Basta de majaderías! ¡Ya es demasiado!

CARLOS: Bueno, tía, yo no le digo más... Ya verá cómo con el tiempo se convence. Mientras tanto vaya observando... Esos dolores

de cabeza que siente usted a cada rato, ¿a qué cree que se deben? ¡A las visitas de Don Lucas, pues! Viene, la mira, y, ¡zas! ¡dolor de cabeza a la fija!

Doña Camila se ríe.

¡No se ría! ¿No ha notado que el dolor se le produce siempre después de haber hablado con él? ¡Fíjese y verá!

D^a CAMILA: Lo que yo puedo decirte es que nunca me convencerás de que por puro gusto va a causar daño Don Lucas, ¡tan bueno como es él!...

CARLOS: ¡Si es ahí, precisamente, donde está su confusión! Si no es por su gusto que hacen daño los *jettatores*... Y la mayor parte de las veces, ni siquiera se dan cuenta de lo que son; lo hacen porque sí, porque para eso nacieron y no lo pueden remediar... Un escritor francés cuenta la historia de uno muy famoso que tuvo que arrancarse los ojos porque estaba matando a la novia a fuerza de mirarla. ¡Qué quiere, tía! Son desgracias que manda Dios, y contra lo que Dios manda nada se puede hacer...

D^a CAMILA: ¡No seas borrico! Es una herejía lo que estás diciendo, ¡y Dios te puede castigar!

CARLOS: ¡Pero si es más conocido que la ruda! Y lo único que hay aquí de extraño es que todavía no nos haya alcanzado a todos la influencia dañina de ese hombre...

ESCENA III

Dichos, Ángela y Don Lucas.

ÁNGELA: (*Por foro*). Señora, está el señor Don Lucas. (*Mutis*).

CARLOS: *(Saca una llave)*. ¡Toque fierro, tía, toque fierro!
DON LUCAS: Buenas noches, señora...
D^a CAMILA: Adelante, Don Lucas. *(Aparte)*. ¿Quieres callarte?
CARLOS: *(Aparte)*. ¡Por lo menos haga cuernos!
DON LUCAS: ¡Qué milagro, tan solos!... a usted, buen mozo, ¿cómo le va?
Carlos mutis.

ESCENA IV

Doña Camila, Don Lucas; luego Lucía y Carlos.

DON LUCAS: *(Con extrañeza)* ¿Qué le pasa a este muchacho?
D^a CAMILA: No le haga caso, Don Lucas, el pobre no sabe lo que hace...
DON LUCAS: Pero es que yo...
D^a CAMILA: Está enfermo... está contrariado... hay que disculparlo... Pero, dejemos eso, no vale la pena... Siéntese.
Se sientan.
Juan lo ha estado esperando hasta hace un momento. Salió para el club, prometiéndome volver enseguida... Como está tan cerquita... Entretanto, con su permiso, voy a hacer que avisen a las muchachas.
Se levantan.
DON LUCAS: Un instante, señora. Necesito conversar a solas con usted y ninguna ocasión más propicia...
D^a CAMILA: Con mucho gusto, Don Lucas...
Se sientan.
DON LUCAS: Lo que tengo que decir a usted, señora, es muy delicado; se trata de algo que tendrá un influencia decisiva en el resto de

mi vida; y podría agregar que mi felicidad depende en gran parte del resultado de esta conversación.

En este momento, Carlos y Lucía se asoman segunda izquierda.

Voy a tratar de ser lo más conciso posible. Usted sabe, señora, que soy soltero y que poseo medios de fortuna suficientes para poder disfrutar de las ventajas de una posición desahogada. Si hasta ahora he sido refractario a los halagos del matrimonio... es porque no había encontrado en mi camino a la mujer con que soñaba para compañera de mi vida...

CARLOS: *(A Lucía)* ¡Apareció aquello!
DON LUCAS: Esa mujer, creo haberla hallado al fin: es Lucía... Y he resuelto solicitar de usted su mano para hacerla mi esposa...
LUCÍA: *(A Carlos)* ¡Ahora sí que soy capaz de todo!
D^a CAMILA: Debo confesar, Don Lucas, que no me sorprende lo que acabo de oírle. Hace tiempo que, tanto Juan como yo, habíamos comprendido sus intenciones respecto de nuestra hija Lucía, considerándonos honrados con una elección que satisface nuestras aspiraciones.
Siguen la conversación en voz baja.
CARLOS: Llegó el momento... ¿Estás resuelta?
LUCÍA: ¡Completamente!
CARLOS: Entonces voy a prevenir a Enrique. No olvides nada de lo que te tengo dicho. *(Mutis foro)*.
LUCÍA: Pierde cuidado. *(Sigue escuchando)*.
DON LUCAS: No sé cómo agradecer esos conceptos, señora...
D^a CAMILA: Son merecidos, Don Lucas.
DON LUCAS: Muchas gracias... Debo advertirle que hasta ahora nada he

dicho a Lucía... No me he atrevido... Es tan niña... tan ingenua... ¿No teme usted que podamos encontrar de parte de ella alguna dificultad?

D^a CAMILA: ¡Oh, no! En ese sentido puede usted estar tranquilo: Lucía no opondrá nunca resistencia a una resolución de sus padres.

Mutis Lucía.

Nos quiere demasiado y sabe que no buscamos sino su bien... Con su permiso, voy a llamarla. (*Mutis*).

ESCENA V

Don Lucas

DON LUCAS: La chica me conviene... Es buena, bonita, y mucho me sospecho que no debo de serle del todo indiferente... Y ¿por qué no? ¡Vamos a ver! ¿Qué tendría de particular? No soy tan mal parecido que digamos... Por lo menos, siempre se me ha dicho que había en mi persona no sé qué de atrayente que gustaba a las mujeres... No seré un muchacho, convenido; pero tampoco se puede decir que sea un viejo, ¡qué diablos!

ESCENA VI

Dicho, Doña Camila, Elvira y Lucía.

ELVIRA: Buenas noches, Don Lucas. No habíamos venido antes por no saber que estaba usted aquí.

DON LUCAS: (*Dándole la mano*) Tanto gusto, Elvirita. ¿A que si se tratara de otra persona que yo conozco, lo hubiera adivinado usted? ¿A que sí?

ELVIRA: Se equivoca. Lo mismo sería.

jettatore!...

DON LUCAS: Eso sí que no lo creo. (*La mano*). Buenas noches, Lucía...

LUCÍA: Mamá... mamá... no sé lo que tengo, siento un mareo muy raro.

D^a CAMILA: ¿Qué dices?

Don Lucas se acerca; Lucía, al verlo, da un grito.

LUCÍA: ¡No me toque, Don Lucas! ¿Qué tiene usted en las manos? ¡Parecen de fuego! ¡Me ha quemado usted al tocarme!

DON LUCAS: ¡¡Yo!!

D^a CAMILA: Pero hija, ¿qué te pasa?

ELVIRA: ¿Qué sientes, Lucía?

LUCÍA: No sé... algo muy extraño... ¡Ay! ¡La habitación da vueltas a mi alrededor!... ¡Yo me muero!

D^a CAMILA: (*Sosteniéndola*) ¡Qué es esto, Dios mío! ¡Pronto, un médico! ¡Llame usted, Don Lucas! ¡Corre, Elvira! ¡Que traigan un médico!

Don Lucas toca un timbre que está sobre la mesa, el cual no suena.

DON LUCAS: ¡Se ha descompuesto!

ELVIRA: ¡Ángela! ¡Ángela! ¡Benito!

D^a CAMILA: ¡Se ha desmayado! ¡Alcánceme una silla! ¡Ligero! ¡No puedo más!

Elvira mutis.

DON LUCAS: (*Acercando una silla*) Siéntela aquí, señora...

D^a CAMILA: No vuelve en sí, ¡tiene los dientes apretados!

DON LUCAS: (*Corre de un lado para el otro*). Habría que darle agua. (*En el foro*). No viene nadie... ¡Benito! Espérese, voy a ver...

D^a CAMILA: ¡No se vayan!... ¡No me dejen sola!... Parece que no respira...

DON LUCAS: No se aflija, señora... Nada hace con afligirse... esto pasará...

ESCENA VII

Dichos, Carlos; Elvira, Ángela y Benito.

CARLOS: ¿Qué sucede? ¿Por qué gritan? ¡Lucía! ¿Qué tiene Lucía?

D^a CAMILA: ¡Carlos, pronto un médico! Don Lucas, haga el favor, vaya usted y avise a Juan en el club.

DON LUCAS: Voy enseguida, señora (*Mutis foro*).

CARLOS: ¡Empezaron las desgracias! ¡Esto tenía que suceder al fin!

D^a CAMILA: ¡Corre, Carlos!... ¡Apúrate, por Dios! ¡Pronto, por favor!

CARLOS: Allá voy, tía.

Mutis Carlos y Benito foro.

ÁNGELA: Parece que vuelve en sí... Vea, ya abre los ojos...

D^a CAMILA: No la sofoquen, necesita aire.

LUCÍA: ¿Dónde estoy? ¿Qué quiere decir esto? Mamá... Elvira... ¡Ah, sí! ¡esas manos! ¡esas manos! ¡parecían de fuego!

ÁNGELA: Pobre niña... está delirando...

D^a CAMILA: Tranquilízate... no es nada... No estén tan encima... ¡le quitan el aire! Vamos a llevarla... Ve y enciende luz.

Ángela mutis.

LUCÍA: ¡Tengo el pecho oprimido!...

D^a CAMILA: (*Conduciéndola*) Despacio, sin fatigarte... apóyate en mí...

ELVIRA: ¿Estás más aliviada?

LUCÍA: Siento una especie de angustia.

D^a CAMILA: ¡Que Dios nos ayude! Despacio, hija, sin fatigarte.

Hacen mutis.

jettatore!...

ESCENA VIII

Carlos y Enrique; luego Ángela y Camila.

ENRIQUE: Fíjate en lo que vamos a hacer. ¡Esto es una barbaridad!

CARLOS: Silencio, pueden oírte...

ENRIQUE: Pero, ¿y las consecuencias? ¿Calculas las consecuencias?

CARLOS: ¿Y ahora me vienes con eso? Cállate... Alguien se acerca...

Entra Ángela.

Avísale a la señora que aquí está el médico.

Mutis Ángela.

ENRIQUE: Contigo no se puede razonar... Todo lo haces atropelladamente... ¡Mira que querer hacerme pasar por médico!...

CARLOS: Enrique, es mi felicidad la que voy jugando en la partida, y ya no retrocedo ni miro para atrás...

ENRIQUE: Sí, pero si esta farsa...

CARLOS: Silencio... siento pasos... Sí, doctor, tal cual se lo refiero a usted... Ha sido una indisposición muy extraña.

Entra doña Camila.

El señor es médico. Lo he encontrado casualmente en la botica de la esquina...

D^a CAMILA: Pasemos por aquí, doctor. Ha recobrado el conocimiento y la dejé acostada... ¿Cree usted que puede ser algo grave?

ENRIQUE: Dentro de un momento se lo diré a usted, señora.

Hacen mutis los tres.

ESCENA IX

Don Juan y Don Lucas (por foro).

DON JUAN: Entonces, ¿fue repentino?

DON LUCAS: Repentino... Pero tranquilícese usted...

DON JUAN: ¡Esa chica es tan nerviosa!... Vuelvo enseguida... *(Mutis)*.

DON LUCAS: Aquí espero... ¡Qué contratiempo! ¡Tan luego esta noche! Pero ¡qué impresión tan rara le produjeron mis manos! "Tiene usted las manos que parecen de fuego", me dijo. ¡Es curioso el efecto! ¿A qué podrá responder?

ESCENA X

Dicho y Ángela (entra).

DON LUCAS: ¿Cómo sigue la señorita?

ÁNGELA: Está más aliviada, señor...

DON LUCAS: Pero, dime... ¿ha tenido otras veces ataques parecidos a éste?

ÁNGELA: Que yo sepa, no.... Por lo menos, es la primera vez que yo la veo así...

DON LUCAS: ¿No ha venido todavía el médico?

ÁNGELA: Sí, señor. Está adentro uno que encontró el señor Carlos en la calle.

DON LUCAS: Y ¿qué dice?

ÁNGELA: Que no es de cuidado. *(Pausa)*.

DON LUCAS: Oye, muchacha; acércate... dame la mano,

ÁNGELA: ¿Mi mano?

DON LUCAS: Sí, trae para acá... ¿Qué sientes?

ÁNGELA: Nada, señor...

DON LUCAS: ¿Tengo fría o caliente la mano?

ÁNGELA: Yo no sé...

DON LUCAS: ¿Cómo, que no sabes? ¿La encuentras caliente o fría?...

ÁNGELA: Más bien caliente...

DON LUCAS: ¿Muy caliente?

ÁNGELA: Bastante...

DON LUCAS: ¡Demonio, demonio! ¿Qué será esto? Puedes retirarte.

Vase Ángela.

ESCENA XI

Don Lucas y Don Juan (entra).

DON JUAN: Un susto y nada más, amigo Don Lucas. Dice que es cuestión del sistema nervioso y que no hay por qué alarmarse...

DON LUCAS: ¡Vaya hombre! ¡Cuánto me alegro! Le confieso que estaba intranquilo. ¡Tan luego esta noche! Amigo Don Juan, su señora lo enterará de algo que hemos conversado respecto a Lucía.

DON JUAN: Sospecho de lo que se trata. Sabe usted que en esta casa se le recibe siempre con gusto...

DON LUCAS: Muchas gracias. Me retiro; pero volveré más tarde en busca de noticias. Hasta luego. *(Medio mutis, por foro)*.

Se dan la mano.

DON JUAN: Hasta luego, Don Lucas.

DON LUCAS: *(Volviendo)* Diga, Don Juan, ¿no me ha notado algo de extraño en las manos?

DON JUAN: ¿En las manos?... No. ¿Por qué?

DON LUCAS: Nada... nada... preocupaciones mías, no más. *(Mutis por foro)*.

DON JUAN: ¡Vaya una ocurrencia! *(Mutis izquierda)*.

ESCENA XII

Carlos.

CARLOS: *(Saliendo por izquierda)* Todo marcha a las mil maravillas. ¡Este Enrique, aunque no es médico, merecería serlo! ¡Ahí lo dejo perorando como si supiera! Charla hasta por los codos y no se deja interrumpir por nadie.

Voces dentro.

Ahí vienen... ¡Ahora hay que dar el gran golpe!... ¡Es necesario reventar al *jettatore!* ¡El *jettatore!* ¡Y lo mejor es que hasta yo mismo voy a concluir por creerlo!

ESCENA XIII

Dicho, Don Juan, Doña Camila y Enrique.

ENRIQUE: Estos ataques son frecuentes en los temperamentos nerviosos. He tenido ocasión de observar en las clínicas europeas infinidad de casos parecidos, yo me he preocupado de estudiarlos preferentemente en sus múltiples y variadas manifestaciones. Charcot, el gran Charcot, en su *Traité sur les maladies nerveuses*, ha hecho de ellos una clasificación minuciosa y en extremo interesante. Éste es de los más simples y el tratamiento indicado

jettatore!...

es el reposo absoluto. No puede ofrecer complicaciones de ningún género, y después de algunas horas volverá la enferma a su estado normal, desapareciendo la alteración nerviosa que experimenta en estos instantes...

DA CAMILA: ¿Y cree usted, doctor, que puede repetirse?

ENRIQUE: No lo espero, señora.

CARLOS: Pues yo sí lo espero.

ENRIQUE: ¿Usted? ¿Es usted médico?

CARLOS: No, señor, no soy médico... pero tengo mis razones especiales para afirmar lo que digo.

DON JUAN: ¿Tú?

ENRIQUE: Y ¿se puede saber cuáles son esas razones?

CARLOS: Yo no debo callar, ¡sería un crimen dejar de decir lo que sé! La responsabilidad de lo que pudiera ocurrir más tarde, caería por entero sobre mí...

DON JUAN: ¿Qué estás diciendo?

CARLOS: ¡Ah!, esto no es sino el principio de muchas otras desgracias que vendrán después... ¡Estamos perdidos, completamente perdidos!

ENRIQUE: No comprendo... Pero, ante todo, cálmese usted, amigo mío.

DON JUAN: Explícate, muchacho. ¿Qué quieres decir?

CARLOS: Dígame, doctor, ¿cree usted en la *jettatura?* ¿Cree usted en los *jettatores?*

ENRIQUE: ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

CARLOS: Conteste usted, ¡se lo suplico! Diga la verdad; ¿cree usted en la *jettatura?*

ENRIQUE: Yo...

DON JUAN: Pero, ¿qué significa esto? ¿Quieres decirme?

CARLOS: ¡Ah!... ¡Usted cree, doctor! Usted cree... ¡no lo niegue!

DON JUAN: Pero, ¿te has vuelto loco?

ENRIQUE: Le diré a usted... Yo, un hombre de ciencia, debería temer el ridículo, confesando lo que bien puede ser considerado como una simple debilidad de mi parte; pero, ya que me hace usted esa pregunta en términos tan categóricos, voy a contestarle con toda lealtad... Sí, señor... ¡creo en la *jettatura*!

D^a CAMILA: ¿Es posible?

ENRIQUE: (*Con énfasis*) Creo que existen ciertos hombres que poseen la terrible propiedad de sembrar a su paso la desgracia. Creo en el poder maléfico de algunos seres que han nacido para ocasionar el mal y que lo producen contra su propia voluntad y contra sus propios impulsos, ejercitando esa influencia en una forma inconsciente e irresponsable. Creo en una fuerza misteriosa que la ciencia no explica y que sin embargo existe... y creo en ella, amigo mío, porque la he visto manifestarse, en infinidad de circunstancias, de una manera tan evidente, tan indiscutible, que ha concluido por imponer en mi espíritu la convicción profunda que hoy no tengo reparo en confesar.

DON JUAN: Pero, ¿estoy soñando? ¿Todo eso es serio?

CARLOS: ¡Ahí tienen ustedes! ¡Ahí tiene usted, tía, lo que yo le venía diciendo sin ser creído! El señor, un hombre de ciencia, probablemente un sabio.
Enrique se inclina.
¡Cree en la *jettatura* y ha visto *jettatores*! (*Se pasea agitado*).

D^a CAMILA: No grites, Carlos, que vas a asustar a Lucía...

DON JUAN: Pero, ¿me explicarás por qué vienen todas estas historias, que me están quemando la sangre?

jettatore!...

CARLOS: Dígame usted, doctor, ¿acepta usted la posibilidad de que la presencia de un *jettatore* sea causa bastante para provocar un ataque como el que ha experimentado mi prima Lucía?

ENRIQUE: Sí, señor... la acepto, más aún: afirmo el hecho como perfectamente posible.

CARLOS: ¡Ahí está la prueba! ¡Es lo que yo decía! ¡Estamos perdidos! (*Vuelve a pasear agitado*).

DON JUAN: ¿Te has propuesto exasperarme? ¿Me dirás al fin qué lío es éste? ¿Quién es ese *jettatore* que puede haber enfermado a Lucía? ¿Por qué estamos perdidos?

CARLOS: ¡Es verdad que usted no sabe! Ese *jettatore* es...

D^a CAMILA: Cállate, Carlos... ¡no nombres a nadie!

CARLOS: (*Dándole una llave*) Tome, tío... toque fierro. El *jettatore* es...

D^a CAMILA: Cállate, Carlos... ¡por favor!

DON JUAN: ¿Hablarás, por mil demonios?

CARLOS: ¡El *jettatore* es Don Lucas!

DON JUAN: ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Has perdido el juicio?

CARLOS: No, tío, no... es la verdad; yo tengo que decirlo para impedir nuevas desgracias. ¡Don Lucas es *jettatore*!

DON JUAN: ¡Basta de disparates! Ni una palabra más, ¿entiendes? ¡Ni una palabra!

CARLOS: ¡Es verdad, tío, es la verdad!

DON JUAN: Te ordeno que te calles, insensato, te prohíbo que...

ENRIQUE: Disculpe, señor: yo me retiro. Sería indiscreto de mi parte penetrar en las intimidades de ustedes.

DON JUAN: Perdone, doctor, tan ridícula escena. Este atolondrado ha conseguido sacarme de quicio. Es una iniquidad lo que dice.

¡Tiene que estar loco!

ENRIQUE: He tenido una satisfacción en haber podido prestar a ustedes este pequeño servicio profesional. Soy el doctor... Salvatierra, y quedo a las órdenes de ustedes.

DON JUAN: Le quedamos muy agradecidos, doctor, y desearía saber si tendremos el gusto de volverlo a ver.

ENRIQUE: Sí, señor; mañana visitaré nuevamente a la enferma al solo efecto de dejar comprobado mi diagnóstico de esta noche.

DON JUAN: Otra vez, muchas gracias y hasta mañana.

Mutis Enrique por foro.

(A Carlos). ¿Me explicarás ahora las enormidades que acabas de decir?

CARLOS: ¡La *jettaturd!* ¡Ha entrado en esta casa la *jettaturd!* *(Mutis).*

DON JUAN: ¿Eso es todo lo que tienes que contestar? *(A doña Camila)* Pero, ¿me dirás, al fin, lo que hay, mujer?

D^a CAMILA: Yo no sé Juan... Cosas muy extrañas... Vamos a ver a Lucía y después conversaremos...

DON JUAN: Pero...

D^a CAMILA: Vamos, Juan, vamos... *(Mutis).*

ESCENA XIV

Pepito y Ángela, por Foro; a poco, Carlos.

PEPITO: ¿Fue enseguida de comer, entonces?

ÁNGELA: Sí señor... al ratito de levantarse de la mesa. ¡Si viera usted qué alboroto!

PEPITO: ¿Dónde están tus patrones?

ÁNGELA: Deben de estar en el cuarto de la niña.

PEPITO: ¿Y Elvira?

ÁNGELA: La niña Elvira también. ¿Quiere que les avise que está usted?

PEPITO: ¿Dónde anda Carlos?

ÁNGELA: Hace un momento lo vi cruzar por las galerías. No sé si habrá salido a la calle. Voy a ver.

Aparece Carlos.

Aquí está. (Mutis Ángela).

ESCENA XV

Pepito y Carlos.

PEPITO: Pero, ¿qué sucede?

CARLOS: ¡La pobre Lucía!

PEPITO: Y ¿qué es lo que tiene, al fin?

CARLOS: Vea, Pepito... a usted lo considero como de la familia y no le voy a andar con tapujos... Pronto será usted el marido de Elvira y tiene derecho a saber la verdad de lo que ocurre. El asunto es un poco delicado... pero... de todos modos cumplo con un deber de conciencia...

PEPITO: Concluya usted: me tiene en ascuas: ¡mire que soy muy nervioso! ¿Es tan grave lo que tiene que decirme?...

CARLOS: Para mí, sí lo es, y supongo que también lo será para usted... En una palabra, ¿cree usted en la influencia de los *jettatores?*

Pepito hace cuernos.

PEPITO: Y ¿cómo no he de creer? ¡Bueno fuera!

CARLOS: Pues, amigo, lo que hay en plata, dejando rodeos a un lado,

es que se nos ha metido un *jettatore* dentro de esta casa...

PEPITO: ¡Caracoles! ¿Qué es lo que usted dice?

CARLOS: Lo que usted oye... Hay entre nosotros un *jettatore* que está haciendo de las suyas y que se ha propuesto jugarlos a todos una mala partida...

PEPITO: ¡Pronto, dígame usted, quién es!... ¡dígame!

CARLOS: Don Lucas.

PEPITO: ¿Don Lucas? ¡No diga! ¿Está usted seguro?

CARLOS: ¡Segurísimo!

PEPITO: Pero ¡es claro! ¡Si debía habérmelo imaginado antes! ¡Cómo no! Así me explico muchas cosas, ¡es evidente! ¡El miércoles me acompañó hasta la puerta del club y esa noche tuve un metejón bárbaro!

CARLOS: ¿Ah, sí? ¡No le digo!

PEPITO: Fue un caso clavado de *jettatura*. A cuatro reyes, me ligaron cuatro ases... y en un pozo que nadie abrió, pasé un royal de mano por no mirar las cartas...

CARLOS: ¡Ya ve usted si tengo razón!

PEPITO: (*Caminando*) ¡Pero si no hay duda! ¡Tiene usted razón que le sobra! ¡Ese hombre es *jettatore*, sin vuelta! ¡Si desde entonces estoy con una racha negra que me tiene loco!

CARLOS: Vea lo que son las cosas, ¿eh? ¡Y usted sin sospecharlo!

PEPITO: Y ahora recuerdo... Otra vez que me acompañó hasta mi casa, casi me mata el tranvía por el camino. ¡Qué barbaridad! ¡Y yo que estaba desprevenido!

ESCENA XVI

Dichos y Elvira (por izquierda).

ELVIRA: ¡Muy bien lo ha hecho usted! ¿Por qué no encargó a la sirvienta que avisara? Por casualidad he sabido que estaba usted aquí.

PEPITO: Conversábamos con Carlos de algo que es muy grave, gravísimo...

ELVIRA: ¿Gravísimo? Y ¿se puede saber de qué?

PEPITO: ¿Por qué no? ¡Hablábamos del *jettatore*! (*Cuernos*). ¿Qué me dice?

ELVIRA: ¿Cómo del *jettatore*? ¿Usted también?

CARLOS: Es que Elvira no se da cuenta de lo que está pasando. Como no entiende de estas cosas. Es bueno que usted la ponga al corriente.

PEPITO: ¿De veras? Pues le prevengo, Elvira, que este es un asunto mucho más serio de lo que puede usted imaginarse. ¡Es algo terrible!

ELVIRA: ¡Me está usted asustando! ¡Explíquese!

PEPITO: Pero ¿cómo? ¿Todavía necesita usted explicaciones? ¡No es bastante con lo ocurrido esta noche a su hermana? ¿Qué más explicaciones quiere?

CARLOS: Éstas se empeñan en no creerme a mí. Pero supongo que no vas a dudar también de lo que te diga Pepito...

ELVIRA: ¡Es que a ti no se te puede tomar atadero! Entonces, ¿es cierto?

PEPITO: ¡Ciertísimo!

ELVIRA: ¿Don Lucas hace daño cuando mira?

PEPITO: ¡Es *jettatore!*... Hace daño cuando mira, cuando habla, cuando toca, cuando camina, ¡siempre!

ELVIRA: ¡Qué cosa más rara!

CARLOS: ¡Hay que emprender una campaña para impedir los estragos que puede causar ese hombre en el seno de esta familia! (*Camina*).

PEPITO: ¡Ya lo creo! Cuente en todo y por todo conmigo. A un *jettatore* no le doy la mano por nada de este mundo. (*Dándole la mano a Carlos*).

CARLOS: En lo que hace usted muy bien. Siempre lo he dicho: ¡es una imprudencia, una verdadera botaratada!

PEPITO: ¡Oh!, ¡es que a mí me cuestan caro! ¡Si usted viera! ¿Se acuerda usted de aquella yegüita alazana que tenía yo en mi stud, *Alaska?*... ¿una de patas blancas, hace tres años?

CARLOS: Sí, cómo no...

PEPITO: Era un animal sobresaliente. Llevaba ganadas seis carreras en dos meses, y tenía grandes probabilidades de ganar el Premio Nacional. Un día, poco antes de salir a la pista y mientras estaba dando instrucciones al jockey, se me acerca en el *paddock* un *jettatore* muy conocido y palmeándola me dice: "¡Qué linda está! ¡Por supuesto que va a una hija!". ¡Tuve tentaciones de ahogarlo, amigo! ¡Un momento después corre la yegua y a los quinientos metros, rueda! ¡Hágame usted el favor!

CARLOS: ¡Natural, natural!

ELVIRA: ¡Qué espanto! ¡Me da usted miedo! ¿Nada más que por haberla tocado?

PEPITO: Así... apenas con la palma de la mano. ¡Si con cualquier cosa les basta!

CARLOS: (*Aparte*) ¡Este es un tipo impagable, un gran elemento! (*Alto*) ¡Cuéntemelo usted a mí, Pepito!...

PEPITO: ¡Si me habrán perjudicado en esta vida los *jettatores!* ¡También les tengo una tirria! ¡¡¡Uff!!!... ¡Es que es una canallada, amigo, la que cometen esos hombres! Reventando a todo el mundo ¡y tan frescos! ¡Como si hicieran una gracia!... El que es *jettatore*, no debía andar entre gentes. ¿Cómo no comprende que no tiene el derecho de proceder así? Muchas veces he pensado que si algún día llegara a ser presidente de la República, les mandaba aplicar otra ley de residencia.

CARLOS: ¡Es claro! Por lo menos una patente fuerte; cien mil pesos, por ejemplo...

ESCENA XVII

Dichos y Don Rufo.

DON RUFO: (*Por foro*). ¡Buenas noches! ¿Qué quiere decir esta soledad? En toda la casa no he encontrado un alma. Parece el atrio de mi pueblo en día de elecciones...

ELVIRA: Buenas noches, Don Rufo.

CARLOS: ¡Hola, Don Rufo! ¿Qué acontecimiento es éste?

ELVIRA: ¿Sabe que Lucía está enferma?

DON RUFO: ¿Qué me contás? Y tan bien que la dejé la última vez. Pero, ¿no será de cuidado, eh?

CARLOS: Parece que no. Y a usted ¿cómo le va? Ya nos han dicho que anda hecho un muchacho...

ELVIRA: Y haciendo conquistas en los teatros. ¡Muy bonito!...

DON RUFO: Callate, hija. ¡Vaya un cuero pa' que se prendan abrojos!

ELVIRA: Sí, hágase el mosca muerta no más, ¡como si no lo conociéramos! A una amiga mía la ha tenido mortificada las otras noches con los gemelos...

DON RUFO: Pues ahí tenés, ¡con seguridad que no la he visto! Todavía no he podido acostumbrarme a mirar claro con los tales aparatos... ¡Y cuando tengo interés en ver, lo hago derecho viejo, a lo que te criaste!

CARLOS: Y entonces ¿para qué los usa?

DON RUFO: ¡Qué sé yo! Cuando los enderezo para un lado, ahí me quedo las horas muertas moviendo la ruedita y haciendo fuerzas para ver, sin poder ver nada. Y usted, mocito, ¿qué dice? (*A Pepito*).

PEPITO: (*Aparte*) ¡Me carga este viejo confianzudo! (*Alto*) Nada, señor...

DON RUFO: ¡Cuidado! ¡Le puede hacer daño a la garganta! No hay que abusar, amigo. ¿Conque ayer le hicieron comer cola otra vez? Me está pareciendo que ese famoso... ¿cómo es que se llama el tostao?

CARLOS: *Alalí*.

DON RUFO: Pues que el *Alalí* ese va a concluir en algún carro de aguatero... ¡Si había sido un sotreta, che!

PEPITO: Cuando eso dice, es porque no habrá visto cómo se desarrolló la carrera.

DON RUFO: Y ¿cómo no he de verla? Me puse junto a la raya y tuve a los mancarrones tan cerquita como lo tengo a usted. Si hasta el resuello les he sentido...

PEPITO: Sí... pero seguramente no pudo usted darse cuenta de

que en el recodo, el jockey de Esperanza le estorbó el paso a mi caballo, apretándolo contra los palos.

DON RUFO: ¡Ah!, ¿el morenito? ¡Es claro! Si el negro ese no ha estudiado pa' zonzo y siempre se pierde del lao de las casas. ¿Le hizo alguna travesura, entonces?

PEPITO: Me hizo una pillería al ver que "le iba" a ganar la carrera.

DON RUFO: ¡Puede que así sea, pero me está pareciendo, amigo, que usted siempre se queda en "Leiva"! ¡Vaya, ahí viene mi comadre!

ESCENA XVIII

Dichos, Doña Camila; a poco, Ángela.

D^a CAMILA: ¡Qué perdido, Don Rufo! ¡Dichosos los ojos que lo ven!

DON RUFO: De lo bueno, poco, comadre, para que no empalague. ¿Cómo sigue Lucía? Supongo que no es nada serio, ¿verdad?

D^a CAMILA: Está mejor, gracias. Se ha quedado dormida.

DON RUFO: Más vale así.

CARLOS: ¿Y hasta cuándo lo tendremos por aquí, Don Rufo?

DON RUFO: Quince días más... hasta fin de mes...

PEPITO: (*A doña Camila*) Lo sé todo.

D^a CAMILA: ¿Qué cosa?

PEPITO: ¡Todo, señora! ¡Y hay que cortar por lo sano!

D^a CAMILA: No le comprendo...

PEPITO: Es que usted se empeña en no ver la luz, entonces.

D^a CAMILA: ¡Cómo! ¿Usted también cree?

PEPITO: ¡Pero es claro, señora! ¡Lo inconcebible es que usted dude!
Continúan hablando en voz baja.

DON RUFO: No... Se me cumplen los tres meses de ciudad que son de reglamento. No me quedo más. Si ya me llevo gastao un platal.

ÁNGELA: *(Entrando)* Niña Elvira. *(Mutis derecha).*

ELVIRA: Voy.

DON RUFO: *(A Carlos)* ¡Una barbaridad che! Me he comido más de cien novillos gordos. ¡Figurate!

CARLOS: ¡Es claro! Si ya sé lo de la gringa...

DON RUFO: ¿Sabés? ¿Qué es lo que sabés? Vamos a ver...

CARLOS: Lo de la corista de Politeama, ¿qué se viene haciendo el desentendido?

DON RUFO: Y ¿a vos quién te cuenta esas cosas? ¡La gran flauta! ¡Si parecen peludos por lo hurguetes! y ¿qué te parece?

CARLOS: Muy buena... Vale la pena... Medio de tiro pesado no más...
Entra Ángela por derecha y sale por foro.

DON RUFO: Como de pasto fuerte, ¿eh? A propósito, decime... Ahí anda fregando un tal Pedro Flores... dele cartas y dele ramitos. P'cha digo. Me tiene ardiendo y no puedo saber quién es... Me dicen que es un viejo... ¿Lo conocés vos?

CARLOS: ¿Pedro Flores, dice? ¡Cómo no! Es el nombre de guerra que tiene Don Lucas para las aventuras amorosas.
Entra Elvira.
(Aparte) ¡Yo lo enredo a Don Lucas aunque sea inocente!

DON RUFO: ¡No digás! ¿De veras?

CARLOS: ¡Palabra! *(Aparte)* Siempre será un refuerzo.

ESCENA XIX

Dichos, Leonor, Luis y Ángela.

LEONOR: ¿Qué es lo que me dice Ángela? ¿Lucía está enferma?
Ángela hace mutis foro.

CARLOS: ¡Hola!... Buenas noches...

ELVIRA: ¡Qué suerte! ¡Leonor!

LEONOR: ¿Qué tiene Lucía? *(Se quita el abrigo y el sombrero).*

CARLOS: No se alarme, no es nada...

ELVIRA: ¡Qué tarde llegan! Ya creíamos que no venían.

D^a CAMILA: Te estábamos extrañando.

LEONOR: Me quitan ustedes un gran peso de encima. ¡Qué susto tan grande me he dado! *(A Don Rufo)* ¡Hola!

DON RUFO: Se compuso el baile... ¡ya está "bulle-bulle"!

LEONOR: Sí, bonita estoy yo con usted. Ya sé lo que ha andado diciendo, ¡so atrevido!

DON RUFO: No ha de ser nada malo si es de usted.

LUIS: ¡Conque ésas tenemos! ¿Qué le ha hecho usted a mi hermana?

DON RUFO: La verdad es que no sé...

CARLOS: ¿De dónde salen a estas horas, calaveras?

LEONOR: Venimos de hacer una visita donde nos hemos opiado en grande. *(Se sienta).* Pero, cuénteme lo que ha sucedido, ¿qué dice el médico?

D^a CAMILA: Si vieras, hija, qué mal rato hemos pasado...

DON RUFO: Y ¿qué se ha hecho Juan, que no lo he visto?

ELVIRA: Papá debe estar en su cuarto: voy a hacer que le avisen. (*Medio mutis*).

CARLOS: Déjalo tranquilo; creo que se ha acostado.

LUIS: Sí, Elvira, no le moleste usted a Don Juan, que es tan estremoso con Lucía. Debe de haberle hecho mucho efecto lo ocurrido.

PEPITO: ¡No es para menos! (*Da una vuelta*).

DON RUFO: ¿Se ha hecho pruebista, amigo?

CARLOS: ¿Qué es eso, Pepito?

PEPITO: (*Aparte a Carlos*) ¡Cállese!... Es una cábula. (*Alto*) Pero ¿saben que de veras hace frío?

LUIS: Cuando llegamos estaba helando...

LEONOR: (*Se levanta*). Voy a ver si está despierta.

Dª CAMILA: Prométeme que si duerme no la despertarás.

LEONOR: Pierda usted cuidado. Entraré en puntas de pie.

Dª CAMILA: Sobre todo, si te siente no le converses mucho.

DON RUFO: Pídale al arroyo que no corra o al perro que no se rasque...

LEONOR: No les haga caso, señora, y esté tranquila. (*Mutis*).
Don Rufo se sienta al lado de Camila.

ELVIRA: (*A Pepito*).
Ambos están sentados.
Me ha dejado usted nerviosa. Necesito que me explique lo de Don Lucas. A pesar de todo, no comprendo cómo puede ser eso...

PEPITO: Es lo que deseo. Cuanto antes mejor...

CARLOS: Leonor no vuelve; seguramente la ha encontrado despierta a Lucía.

LUIS: Y si se agarran las dos pico a pico...

DON RUFO: ¡Ya lo creo! ¡Mirá quiénes!

jettatore!...

Dª CAMILA: Déjenlas. Se entienden tan bien entre ellas. Cuando están juntas no se oyen sino sus risas... porque, ya se sabe, encontrándose Leonor en casa, todo es alegría...

CARLOS: Y como eso sucede un día sí y otro también...

Dª CAMILA: Felizmente para todos.

DON RUFO: Es que esta Leonor es tan *cubete*. Yo con sólo verla ya me pongo contento: ¡qué muchacha!

ELVIRA: (*A Pepito*).
Han seguido la conversación en voz baja.
¡Pero eso es un horror! ¡Yo me confundo! La vida sería imposible en esa forma...

PEPITO: Pues es así, sin embargo...

ELVIRA: Bueno, voy a pedirle una cosa, únicamente: prométame que esta noche no le dirá nada a papá.

PEPITO: Pero, ¿por qué?

ELVIRA: Le ha irritado mucho Carlos... y temo que el momento no sea oportuno.

PEPITO: Como usted quiera... pero tenga en cuenta que hay que apurarse, ¡nos va a *jettar* a todos!

ESCENA XX

Dichos y Leonor.

LEONOR: Lucía quiere una taza de té.

Dª CAMILA: ¿No le hará daño?

LEONOR: ¡Qué de ha de hacerle! Si ya está buena... Lo que tiene es una gran debilidad.

LUIS: ¡Es claro! Después de tanta charla...
 LEONOR: Si apenas hemos conversado un ratito...
 CARLOS: Apostaría a que usted se lo ha conversado todo.
 LEONOR: Se equivoca. Es Lucía la que ha hablado: yo no he hecho sino escuchar... escuchar y reírme.
 DON RUFO: ¿Reírse? Y, ¿cuándo no son pascuas?
 CARLOS: Pues me alegra equivocarme, entonces.
 LEONOR: Y, ¿van a mandarle el té o no? Miren que es capaz de venirse...
 D^a CAMILA: Voy a ver qué capricho es ése. (*Mutis*).
 LUIS: De todos modos, es un buen síntoma, ¿no es verdad, Don Rufo?
Siguen conversando.
 LEONOR: ¿No andaba por aquí el último número de *Caras y Caretas*?
 CARLOS: Espere, yo se lo voy a buscar.
 LEONOR: (*Aparte a Carlos*) Me lo ha referido todo Lucía y pueden ustedes contar conmigo.
 CARLOS: (*Idem a Leonor*) Muchas gracias... no esperaba menos de usted.
 LEONOR: Aquí está... gracias. (*Sigue hojeando revistas*).
Carlos se acerca a Don Rufo.

ESCENA XXI

Dichos, Doña Camila, por la derecha, y Ángela, por el foro (con una bandeja y servicio de té).

D^a CAMILA: Vengan a tomar el té. (*Leonor y Elvira sirven*). Espérate, Ángela, con eso le llevas una taza a Lucía.

DON RUFO: La mía con poca azúcar, ¿eh?
 PEPITO: ¡No ponga así la cuchara, Leonor! (*Va y le toma la cuchara*).
 LEONOR: ¿Por qué? ¿Qué tiene?
 PEPITO: Porque trae desgracia...
 LEONOR: No sabía. (*Da una taza a Ángela, quien se va por la derecha*).

ESCENA XXII

Dichos y Don Juan.

DON JUAN: Buenas noches.
Los hombres se levantan y Carlos mutis.
 D^a CAMILA: ¿Quieres una taza de té, Juan?
 LEONOR: Yo voy a servírsela.
 DON JUAN: No, hija, no te incomodes. No voy a tomar té. (*Se sienta*). Y a ti Rufo, ¿cómo te va? Hace días que no te veíamos. ¿Qué te has hecho?
 DON RUFO: (*Sentándose*) ¿Yo? Como siempre... como un ocho en la baraja. ¡Ya no servimos para nada, Juan!
 LEONOR: (*Sirviendo*) El señor se ha hecho crítico, se ha dedicado a comentar los defectos de las personas, hablando más de lo que debe.
 DON RUFO: Ahora caigo en el enojo. ¡Vaya! Y ¿por qué se ha enfadado? Porque dije que un día viéndola subir a un coche me fijé que...
 LEONOR: Nadie le pregunta nada, ¿entiende? ¡Viejo zafado!
 DON RUFO: ¡Ja, ja! Y eso ¿qué importa? ¡Mejor! ¡Quiere decir que será

usted de la condición del tordo, pues! ¿Qué más quiere?
(*Risas*).

DON JUAN: Rufo, te estás pasando...

LEONOR: Y usted... Pero, no quiero decir una barbaridad.

DON RUFO: Bueno, hagamos las paces, y le prometo que aunque vea lo que vea, no vuelvo a contarle...

LEONOR: Cuente lo que quiera, ¡a mí qué me importa!

DON JUAN: Y ¿qué tal el stud, Pepito?

PEPITO: (*Tomando el té*) ¡No me hable, Don Juan! Este mes pensaba ganar tres o cuatro carreras. Eran casi fijas y estaba encantado... Pero, después de lo que he sabido esta noche, ¡ya no tengo ninguna esperanza!

DON JUAN: ¿Por qué no tiene esperanzas?

PEPITO: Y ¿cómo quiere que gane? Ahora las cosas cambian y es seguro que...

Elvira hace señas a Pepito.

DON JUAN: Acabe usted ¿qué es lo seguro?

PEPITO: Nada... es que...

Aparece Benito, foro.

ESCENA XXIII

Dichos, Benito y Don Lucas.

BENITO: (*Anunciando*) El señor Don Lucas Rodríguez.

Aparece Don Lucas.

PEPITO: (*Deja caer la taza al suelo*). ¡Buenas noches! (*Mutis foro*).

DON JUAN: Y esto ¿qué quiere decir?

DON RUFO: ¡Debe de haber sido algún dolor muy fuerte! ¡Suele suceder!
(*Risas*).

TELÓN RÁPIDO

ACTO SEGUNDO

LA ESCENA REPRESENTA EL MISMO SALÓN DEL ACTO ANTERIOR. ES DE DÍA. AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECE CARLOS PASEÁNDOSE CON CIERTA NERVIOSIDAD Y ALGUNOS SEGUNDOS DESPUÉS, SALE LEONOR, POR LA DERECHA, MIRANDO CON RECELO HACIA UNO Y OTRO LADO.

ESCENA I

Leonor y Carlos.

CARLOS: (*Va a su encuentro*). ¿Y?...

LEONOR: (*Sonriendo*) Dice Lucía que esté tranquilo, que cuando llegue el momento ella se encargará de la señora y Elvira.

CARLOS: ¿Y de Ángela y de Benito?

LEONOR: Yo podría tenerlos alejados un rato... pero... un rato no más... No sé qué tiempo necesitarán ustedes.

CARLOS: Media hora... Conque queden solos Don Lucas y Enrique durante media hora, estamos del otro lado.

LEONOR: Pero ¿qué piensan ustedes hacer?

CARLOS: (*Riendo*) Ya lo verá.

LEONOR: ¿Y si no viene Don Lucas?

CARLOS: ¡Oh!, sí... lo conozco como a mis manos; estoy seguro de que ya viene en camino. *(Riendo)* Tan es así... que me voy. *(Hace ademán de irse)*.

LEONOR: ¿Adónde va?

CARLOS: A espiar con Enrique, desde la esquina, la entrada del *jettatore*. *(Riendo camina hacia el foro)*.

LEONOR: *(Riendo)* Bueno, yo quedo de guardia. Vaya no más. *En este momento, aparece Benito, foro.*

ESCENA II

Dichos, Benito; y a poco Pepito.

BENITO: *(Desde la puerta)*. El señor Castro y Obes.

CARLOS: Este estúpido puede echarnos todo a perder. *(A Leonor)* Hay que despedirlo. *(Vase izquierda)*.

LEONOR: Que pase.
Vase Benito.

PEPITO: Buenas tarde, Leonor. ¿Conque no está Don Juan? *(Le da la mano)*.

LEONOR: Salió después del almuerzo y ya no vendrá hasta la hora del té.

PEPITO: Es cierto... es demasiado temprano... Pero, ¿es que estoy tan nervioso!

LEONOR: ¿De veras?

PEPITO: Y ¿cómo no? En toda la noche no he podido pegar los ojos... y ahora vengo de tomar un baño eléctrico. *(Se sienta)*.

LEONOR: ¿Un baño eléctrico? Y ¿para qué?

PEPITO: ¡Cómo! ¿Usted no sabe? ¡Si es un santo remedio! ¡Y se lo recomiendo! Con un baño eléctrico echa usted fuera toda la *jettatura* que haya podido ir almacenando durante mucho tiempo... y se queda después tranquila... hasta que agarra otra nueva...

LEONOR: *(Riendo)* ¡No diga! ¿Cierto?

PEPITO: ¡Oh! lo tengo muy probado... Pero, ¿dónde está Elvira?

LEONOR: Con la señora, acompañando a Lucía. Lucía no está bien.

PEPITO: ¡Como que la pobrecita está *jettada!* *(Se levanta)*. ¡Es que es una cosa terrible! ¡Usted no sabe! *(Se pasea)*. Pero, ¡hoy mismo hay que poner remedio al mal! Se lo diré a Don Juan. Para eso he venido.

LEONOR: *(Conteniendo la risa)* A ver, Pepito, ¿qué nudo de corbata tan raro se ha hecho usted?

PEPITO: Es por cábula. Esta manera de atarse la corbata trae suerte, lo mismo que la tiza en la suela de los botines. ¿No ve? *(Levanta un pie y en la suela tiene tres rayas y dos puntos)*.

LEONOR: *(Conteniendo la risa)* ¿Ah, sí? Tampoco sabía esto. ¡Qué bien queda! Y ¿es con cualquier tiza no más?

PEPITO: Con cualquiera... Se hacen tres rayas y dos puntos. Esta cábula me la enseñó un calabrés y a mí me ha dado siempre muy buen resultado...

Aparece Benito, foro.

ESCENA III

Dichos y Benito.

BENITO: *(Anunciando)* El señor Don Lucas...

PEPITO: *(Con agitación)* ¡Pero esto es una infamia! ¡No puede ser! ¡Este hombre ha dado en perseguirme! *(Corre de un lado a otro)*. ¡Yo voy a hacer una barbaridad! ¿Por dónde salgo?

LEONOR: *(Riendo)* Salga por ahí. *(Señala la izquierda)*.

PEPITO: ¡Volveré más tarde para hablar con Don Juan! *(Vase)*.

ESCENA IV

Leonor y Don Lucas.

DON LUCAS: ¿Cómo sigue Lucía?

LEONOR: Regular no más...

DON LUCAS: ¡Caramba! ¿Qué me dice usted?

LEONOR: Todavía no se ha repuesto del todo.

DON LUCAS: ¡Qué contratiempo!

Aparece por el foro Benito, seguido de Enrique.

ESCENA V

Dichos, Enrique y Benito.

BENITO: *(Anuncia)* El doctor Salvatierra. *(Vase)*.

LEONOR: Ahí está el médico.

ENRIQUE: Muy buenas tardes. *(Saluda con gravedad)*.

LEONOR: *(Sonriendo)* Lo estábamos esperando, doctor.

ENRIQUE: ¿Puedo pasar? *(Señala hacia la derecha)*.

LEONOR: Con su permiso, voy a ver. *(Vase derecha)*.

DON LUCAS: *(Vacilando)* Dígame... doctor... estas enfermedades ¿son peligrosas?

ENRIQUE: *(Mirándolo por lo alto y con tono sentencioso)* Mi estimado señor... todas las enfermedades tienen sus peligros: por eso son enfermedades.

DON LUCAS: *(Desconcertado)*. Indudablemente... pero... las unas más que las otras...

ENRIQUE: ¡Es claro!

DON LUCAS: *(Aparte)* ¡Vea con la perogrullada con que me sale! *(Alto)* Como ha sido una indisposición tan inexplicable la de Lucía...

ENRIQUE: Inexplicable puede parecerle a usted, que es un profano.

DON LUCAS: Indudablemente... pero...

ENRIQUE: Pero no a mí, que soy especialista en estas dolencias y que las conozco en todas sus manifestaciones.

DON LUCAS: *(Aparte)* ¡Botarate! *(Alto)* ¡Ah! ¿es usted especialista?

ENRIQUE: Soy médico "telepático".

DON LUCAS: Telepático, ¿eh?... *(Aparte)* Debe ser algo de homeopatía. *(Alto)*. Conozco... conozco...

ENRIQUE: ¡Bueno fuera que no lo supiera!...

DON LUCAS: Es claro, ¿cómo no he de saberlo? Y, a propósito, estaba pensando...

ENRIQUE: Sé en lo que usted piensa... Pero, le prevengo que está equivocado.

DON LUCAS: ¡Cómo!

ENRIQUE: ¡Naturalmente! De algo han de servirme mis conocimientos.

DON LUCAS: ¡Ah! ¿de veras? Con que sus conocimientos le permiten...

ENRIQUE: Conocer aproximadamente lo que piensa usted. Pero, señor mío, ¿se da cuenta usted de lo que dice?

DON LUCAS: Francamente, no comprendo...

ENRIQUE: ¡Cómo! ¿qué no comprende? Un hombre ilustrado, un hombre inteligente como usted... He tenido el honor de manifestarle que soy un médico "te-le-pá-ti-co"... ¿Todavía no comprende usted?

DON LUCAS: ¡Sí! ¡Cómo no! (*Aparte*) ¡Pues ni una palabra entiendo!

ENRIQUE: ¡Acabáramos! Ya me extrañaba...

ESCENA VI

Dichos y Leonor.

LEONOR: (*Desde la puerta derecha*) Doctor, puede pasar.

ENRIQUE: Con su permiso. (*Vase derecha*).

DON LUCAS: (*Solo*) He aquí a lo que estamos expuestos los hombres que hemos recibido una educación incompleta. Viene un mozalbete y nos da una lección en cuatro palabras. Ahí tienen ustedes... Parece que es una barbaridad no saber lo que es telepatía... Pues, yo no lo sabía... más aún: ¡ahora mismo no lo sé!... Te-le-pa-tía. ¡Hágame usted el favor! Pero ¡mire que querer saber hasta lo que yo pienso! ¡Se necesita audacia! Y lo peor es que como uno al fin no está seguro, tiene que callarse.

Todos los días se descubren cosas nuevas, y ¡vaya uno a discutir! El que discute y se ensarta sienta plaza de ignorante. Por eso, lo mejor es no sorprenderse de nada...

ESCENA VII

Don Lucas y Elvira.

ELVIRA: (*Desde la puerta izquierda*) ¡Ah! ¿estaba usted aquí?

DON LUCAS: Sí, Elvirita... esperando al médico para tener noticias.

ELVIRA: Pero, siéntese... no se incomode. Estoy muy nerviosa, ¿sabe? No sé lo que tengo...

DON LUCAS: Me encuentro bien así.

ELVIRA: Dígame, ¿no ha visto a Pepito por acá?

DON LUCAS: No: desde que yo estoy aquí, no ha venido.

ELVIRA: No sé... me dice Ángela que lo vio entrar...

DON LUCAS: Pero, ¿qué le pasa?

ELVIRA: Nada... Don Lucas... nada... ¿No le digo que son los nervios?

DON LUCAS: Bueno, Elvirita, bueno... la verdad es que no entiendo lo que...

ESCENA VIII

Dichos, Leonor, Enrique y Carlos.

LEONOR: ¿Esperará usted aquí, doctor?

ENRIQUE: Sí, señorita. Quiero observar nuevamente a la enferma dentro de un cuarto de hora.

LEONOR: Lo dejo a usted entonces con el señor Rodríguez, un amigo de la casa que nos hará el favor de hacerle compañía
Mutis de Leonor y Elvira.

DON LUCAS: Siéntese usted... doctor.

ENRIQUE: Gracias. A propósito... hace un momento he estado con usted un poco brusco. Discúlpeme. Las preocupaciones de nuestra ingrata profesión nos hacen incurrir a menudo en aparentes faltas de cortesía. Confío en este caso en la claridad de su criterio para no abundar en mayores excusas.

DON LUCAS: ¡Oh! ¡no vale la pena! Me lo explico muy bien. ¿Con que cura usted por medio de la telepatía?

ENRIQUE: No es eso, precisamente. La telepatía me permite ponerme en contacto mental con el paciente. Curo por sugestión... el poder de la voluntad transmitido por el pensamiento...

DON LUCAS: ¡Ah!

ENRIQUE: Sí, señor; transmito fluido al paciente y por ese medio lo domino, me apodero de su voluntad, le ordeno que se cure... y, tratándose de enfermedades nerviosas, el éxito es infalible.

DON LUCAS: Entiendo... entiendo... La voluntad suya sobre la otra voluntad... después la transmisión del pensamiento... y el enfermo se cura. ¡Es maravilloso! Y ese extraño poder ¡puede usted ejercitarlo sobre todas las personas?

ENRIQUE: Sobre la casi totalidad. Hasta ahora, sólo he encontrado seis capaces de resistirme... y dos que resultaron con más fluidos que yo...

DON LUCAS: ¿Con más fluido que usted?

ENRIQUE: Sí, eran más fuertes, tenían más poder y me dominaban... Un ruso y un inglés... Los dos han muerto...

DON LUCAS: ¡Demonio, demonio! ¡Es original! Y ¿si no se trata de enfermos?

ENRIQUE: Es exactamente lo mismo... la sugestión siempre.

DON LUCAS: Entonces ¿usted podría... por ejemplo... sugestionarme a mí... transmitirme su pensamiento?

ENRIQUE: Sin duda alguna.

DON LUCAS: *(Aparte)* Pero... ¿será cierto? *(Alto)* ¿Quiere usted que hagamos la prueba?

ENRIQUE: Si usted quiere...

DON LUCAS: ¿Cómo hay que hacer?

ENRIQUE: Me bastará para mirarlo fijamente. Es por medio de la mirada como se produce el fenómeno... Vamos a ver... Yo voy a ordenarle a usted que piense un número comprendido entre uno y diez. Mientras yo no le indique, usted no piense en nada. Cuando yo considere que la sugestión se ha producido, le diré ¡ya! Entonces usted piensa rápidamente. En seguida, digo yo el número que le he ordenado pensar y usted me declara si es o no el que ha pensado. ¿Comprendido?

DON LUCAS: Completamente. Veamos...

ENRIQUE: Usted no piense en nada... entréguese por completo a mí. ¡Ya! ¡Cinco!

DON LUCAS: ¡No señor!

ENRIQUE: ¿Cómo... que no?

DON LUCAS: He pensado en el número cuatro.

ENRIQUE: ¡Es raro!... Otra vez... ¡Ya!... ¡Tres!

DON LUCAS: ¡No señor!... ¡seis!

ENRIQUE: ¡No puede ser!

DON LUCAS: ¡Le digo a usted que sí!

ENRIQUE: ¡No me explico! ¿Me da usted su palabra de honor de que dice la verdad?

DON LUCAS: ¡Palabra de honor! ¿Por qué quiere usted que lo engañe?

ENRIQUE: ¡Es sorprendente! A ver, otra vez... ¡Ya! ¡Dos!

DON LUCAS: Dos, sí señor...

ENRIQUE: Ahí tiene usted... ha pensado en el número que yo le ordené.

DON LUCAS: ¡Vaya una gracia! Se ha equivocado usted dos veces y ha acertado una... ¡Al fin tenía que acertar! ¡Así yo también!

ENRIQUE: Es que en las dos primeras veces no se ha efectuado bien la transmisión. No me explico la causa, ¡y me extraña!

DON LUCAS: ¿A que no lo hace usted otra vez?

ENRIQUE: Veamos... Pero déjeme tomarle las manos. Es más seguro... Pero ¿qué es esto? ¿Tiene usted las manos que queman! ¡El síntoma característico de las personas que tienen fluido, en los momentos de crisis!

DON LUCAS: ¿Qué? ¿Qué dice usted?

ENRIQUE: Pero, ¡este hombre es hipnotizador! ¡Ahora me explico! ¿Y no me decía usted nada? ¡Se estaba usted burlando de mí!

DON LUCAS: ¿Hipnotizador... yo?

ENRIQUE: ¡Pero... cómo! ¿No lo sabía usted, de veras? ¿No lo sabía? A ver... deme la mano... ¡Ya lo creo! ¡Es evidente! ¡La misma mano del inglés! ¡Qué fatalidad!

DON LUCAS: ¿Del inglés? Pero... ¿qué me cuenta usted? ¡Y yo que no lo sabía! ¡Se lo juro! ¿No será un error suyo?

ENRIQUE: A ver... mándeme pensar un número a mí...

DON LUCAS: ¿Le parece? No... no podré... es imposible que yo...

ENRIQUE: Vamos, hombre, no perdamos tiempo.

DON LUCAS: Si usted se empeña... ¡Ya! ¡Nueve!

ENRIQUE: Sí, señor: ¡nueve!

DON LUCAS: ¿De veras?

ENRIQUE: ¡Ya lo creo que es de veras! ¡Esto sólo me faltaba! ¡Maldición!

DON LUCAS: A ver... otra vez, ¿quiere? ¡Ya! ¡Ocho!

ENRIQUE: ¡Ocho! ¡Es prodigioso! ¡No puede ser!

DON LUCAS: ¡Cómo que no puede ser! Me parece que usted lo ha visto. No sé qué más quiere. ¡Qué no puede ser!...

ENRIQUE: Bueno, señor, ¡perfectamente! ¿Está, usted contento? Ahora... ¡déjeme en paz!

DON LUCAS: ¡Cómo! ¿Es posible? ¿Rivalidades? ¿Celos? Pero, amigo mío... Si yo no he de hacerle competencia. No tengo para qué ejercer...

ENRIQUE: Basta, señor, basta. ¡Hemos concluido!

DON LUCAS: Pero, óigame... tranquilícese usted... Le aseguro que por mi parte...

LEONOR: *(Desde la puerta)* ¿Viene usted, doctor?

ENRIQUE: Voy, señorita, voy.
Vanse.

DON LUCAS: *(Solo)* ¿Qué quiere decir esto? ¡Ja, ja, ja! ¡Telepático e hipnotizador yo! Pero, no, hombre, no... ¡no puede ser! *(Se ríe)*. Lo que siento es el mal rato que he dado a este infeliz muchacho. Pero... Ahí está ¿ve? Ahora ya no le tengo rabia: ¡me da lástima! Pero... no, hombre, no, ¡no es posible! ¡Éstos son disparates!

ESCENA IX

Don Lucas, Carlos, Leonor.

- CARLOS: Una palabra, Don Lucas.
- DON LUCAS: ¡Carlos!
- CARLOS: Le debo una explicación, y a dársela vengo.
- DON LUCAS: ¿Por qué? ¿Por lo de anoche? ¡Vaya, hombre! No se preocupe de esas zonceras. Ya ve... yo ni siquiera me acordaba...
- CARLOS: No importa. He sido un grosero con usted y no me lo perdono. Pero, ¿qué quiere! Estaba ofuscado...
- DON LUCAS: ¡Pues no hablemos más del asunto!
- CARLOS: Entonces, ¿no me guarda usted rencor?
- DON LUCAS: ¡Pero no, Carlos, absolutamente, no faltaba más!
- CARLOS: Tiene usted un noble corazón. Deme la mano.
Se la da. Carlos retira la suya bruscamente.
- DON LUCAS: ¿Qué? ¿Qué es eso?
- CARLOS: Nada... no sé... He experimentado una sensación extraña... Parece que tuviera fiebre... Le arde la mano...
- DON LUCAS: No, amigo mío: no es fiebre... Es otra cosa...
- CARLOS: ¿Ah, sí?... ¿Qué cosa?
- DON LUCAS: A ver: permítame... Párese aquí... fíjese bien en lo que voy a decirle. Cuando yo diga ¡ya! piense en un número entre uno y diez. En seguida yo le diré cuál es el número que ha pensado.
- CARLOS: No comprendo bien...
- DON LUCAS: ¡No le hace! Ya lo comprenderá después... Haga como le

jettatore!...

digo. No se apresure ¿eh? Mientras yo no digo, ¡ya!, no piense en nada. Entréguese por completo a mí.

- CARLOS: Bueno.
- DON LUCAS: ¡Ya! Uno.
- CARLOS: Sí, señor: uno... pensé en el uno. Y usted... ¿cómo lo sabe?
- DON LUCAS: ¡Es muy sencillo! ¿Usted cree que piensa en el número que quiere? ¡Ja, ja! ¡Qué esperanza! No, señor... Soy yo quien le ordena que piense en el uno. Usted simplemente obedece... ¡Es la transmisión del pensamiento, amigo! ¡La telepatía!
- CARLOS: ¡Vaya! Eso es una broma...
- DON LUCAS: ¡Qué ha de ser broma, hombre! Es tal como se lo digo. ¡Si yo mismo estoy asombrado! ¡Parece que tengo un fluido tremendo!
- CARLOS: ¿Usted?
- DON LUCAS: Sí, señor ¡yo!... ¿Quiere que lo hagamos otra vez?
- CARLOS: Bueno.
- DON LUCAS: *(Le toma los brazos).* ¡Ya! Seis... Es seis el número que ha pensado. *(Pausa).* ¿Por qué no contesta?
Carlos está inmóvil, con la mirada fija en Don Lucas.
- ¡Si habré hecho una barbaridad, demonio! ¿Si se habrá enfermado? ¿Qué quiere decir esto? ¡Adiós mi plata! ¡Ya he hecho una barbaridad! Pero... ¿qué hago yo ahora con este hombre?...
Carlos da pequeños saltos.
- Quieto, amigo, estese quieto. ¡Quieto le digo! ¿Qué baile le ha entrado? Pero, ¡que hable! le digo... ¿Por qué no habla?
Aparece Enrique.

ESCENA X

Dichos, Enrique y Benito.

DON LUCAS: ¡Gracias a Dios! ¡Vea lo que me pasa! ¿Qué quiere decir esto?

ENRIQUE: Un cataléptico.

DON LUCAS: ¿Un qué? ¿Es algo grave?

ENRIQUE: No, hombre, no... Exceso de fluido... Ha cargado usted un poco la mano y se trata, seguramente, de algún gran sujeto.

DON LUCAS: ¿Gran sujeto? No, es un buen muchacho y nada más.

ENRIQUE: Se les llama así a las personas que son muy sensibles a la influencia hipnótica, y éste debe de ser una de ellas. Venga para acá. Póngale un dedo delante de los ojos.

Lo hace.

DON LUCAS: Y ahora, ¿qué hago?

ENRIQUE: Camine retrocediendo.

Don Lucas lo hace, Carlos lo sigue saltando.

DON LUCAS: ¡Es extraordinario! ¿Cómo dice usted que se llama esto? ¿No le hará daño?

ENRIQUE: No, señor.

DON LUCAS: Nadie lo creería, ¿eh? ¡Qué curioso! Y él ¿no se da cuenta de nada?

ENRIQUE: Absolutamente de nada... Bueno, ahora baje la mano con rapidez... así... Déjelo no más, y conversemos...

Carlos permanece rígido.

Antes de retirarme necesito estar seguro de su discreción, tener el convencimiento de que nadie sabrá, por ahora, que ha obligados usted al doctor "Salvatierra" a someterse al poder de su voluntad.

jettatore!...

DON LUCAS: ¡Oh!, en cuanto a eso esté tranquilo.

ENRIQUE: Me es indiferente que haga usted todas las experiencias que quiera. Lo que le exijo es que durante el término de un mes no dé usted explicaciones. Pasado ese tiempo me habré ausentado de Buenos Aires... y poco me significará lo que suceda después...

DON LUCAS: Convenido, sí, señor...

ENRIQUE: No, júrelo usted en una forma solemne.

DON LUCAS: ¡Bah! Puesto que se lo aseguro a usted...

ENRIQUE: ¡Se niega usted! Perfectamente: me retiro y lo dejo solo con ese hombre... No sabrá despertarlo... y se morirá. Aténgase a las consecuencias.

DON LUCAS: ¡Oh, no, doctor! ¡usted no hará eso!

ENRIQUE: ¿Que no lo haré? ¡Lo veremos! (*Medio mutis*).

DON LUCAS: ¡No, por favor! ¡Espérese! (*Tendiendo la mano*) ¡Se lo juro solemnemente!

ENRIQUE: Muy bien. No olvide usted este juramento. Ahora, óigame... Cuando yo me retire, le sopla usted a ese hombre en la cara. Soplándole se despertará... Y antes de irme, un consejo: no abuse usted de su fluido extraordinario con que lo ha dotado la naturaleza... Adiós... (*Medio mutis*).

DON LUCAS: ¿No me da usted la mano?

ENRIQUE: No, señor... Que Dios lo ayude... y le perdone el mal que ha hecho (*Vase*).

DON LUCAS: ¡Pobre muchacho!... Pero... ¿qué culpa tengo yo? ¡Vamos a ver! Cualquiera diría que he cometido algún crimen. ¡Si es cierto que tengo fluido, será porque así lo ha dispuesto quien puede disponer estas cosas!... Y, ¿qué le digo yo a este otro?

¿Cómo le explico? ¡Infeliz! De veras que da pena... ¡obligado a hacer lo que uno quiera! ¡Vea usted esto! *(Lo hace caminar).*

En ese momento aparece Benito por el foro, y al contemplar la escena huye asustado.

¡Basta! ¡Basta! ¡Es demasiado triste! *(Le sopla a la cara).*

CARLOS: ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

DON LUCAS: Tranquilícese... Ha tenido usted un ligero desmayo.

CARLOS: Pero... déjeme que recuerde... ¡Ah, sí! Estaba pensando el número seis, y de pronto ya no supe lo que me pasaba. ¿Me desmayé, entonces? ¡qué raro! Es la primera vez que me sucede...

DON LUCAS: Bah, bah; no piense más. A mí me ha sucedido muchas veces... Son indisposiciones pasajeras.

CARLOS: Pero, no, ¡si ahora lo recuerdo! Bueno, de todos modos, ni una palabra de todo esto, ¿eh? Mis tíos podrían alarmarse.

DON LUCAS: ¡Justo! Se lo iba a proponer a usted. Reserva completa... Es lo mejor...

CARLOS: Hasta luego, Don Lucas. *(Le tiende la mano).*

DON LUCAS: Hasta luego... *(No toma la mano de Carlos).*

CARLOS: *(Comprendiendo).* Es verdad... tiene razón. *(Mutis).*

ESCENA XI

Don Lucas y Benito. (Asoma Benito por el foro).

DON LUCAS: ¿Qué hacía usted ahí?

BENITO: Nada, señor.

DON LUCAS: Acérquese.

BENITO: Como me pareció que llamaban...

DON LUCAS: *(Aparte).* ¡Hum!... ¿si habrá visto algo este cernícalo?... *(Alto)* ¿No ha vuelto todavía Don Juan?

BENITO: No, señor. No ha vuelto.

DON LUCAS: *(Por las dudas sería mejor dominarlo).* Escuche... ¿Usted es español, no?

BENITO: Sí, señor... de Pontevedra...

DON LUCAS: ¡Ah! con que de Pontevedra, ¿eh? *(Aparte)* Sí... sin duda... es lo mejor... *(Alto)* Venga para acá...

Benito se aproxima asustado.

Párese derecho, hombre. Míreme a los ojos... ¡Así no!... ¡sin pestañear! Cuando yo le avise, piense en un número entre uno y diez, ¿entiende?

BENITO: Sí, señor... Ya está: once... ¡pensé en el once!

DON LUCAS: ¡No, hombre, no! Tiene que esperar mi aviso... *(Aparte)* Estos organismos groseros deben ser refractarios a la sugestión...

Medio mutis Benito.

(Alto) Pero, ¿quiere estarse quieto?

BENITO: Es que no puedo...

DON LUCAS: ¡Estire los brazos!

BENITO: *(De rodillas y llorando)* No señor, ¡a mí no! ¡soy un padre, un padre de familia que no ha hecho mal a nadie! ¡A mí no! ¡Señor!... ¡perdón! ¡Se lo pido por lo que más quiera en este mundo!

DON LUCAS: ¡Pero no grite, hombre! ¿Qué significa esto?... ¡Levántese!... ¡pronto!

BENITO: Es que conmigo no tiene motivos, señor, ¡no tiene motivos!

DON LUCAS: ¡Le repito que no grite! ¡No sea usted bruto!

ESCENA XII

Dichos y Leonor.

LEONOR: ¿Qué sucede?

DON LUCAS: ¿No ve usted?

LEONOR: Alguna torpeza de Benito, seguramente. Vaya para adentro, Benito.

Mutis de Benito.

DON LUCAS: Efectivamente, este hombre es un torpe. ¿Creerá usted que no sé por qué llora?... De pronto, sin razón ni motivo...

LEONOR: Sí, sí... no me sorprende. Si es así... ¡Ya no se le puede aguantar!

DON LUCAS: ¡Caramba! Yo lamento que en este caso...

LEONOR: ¡Ni una palabra más! Siéntese. Ya vienen la señora y Lucía.

ESCENA XIII

Dichos; Doña Camila y Elvira.

D^a CAMILA: ¿Cómo está Don Lucas? Discúlpeme si no he venido antes. Lucía no me dejaba mover de su lado...

DON LUCAS: Bueno fuera, señora. Cuando hay enfermos...

D^a CAMILA: Es que la pobre tiene tantas manías. ¡Si usted viera! Yo creo que está "histericada". Ahora la dejo vistiéndose muy contenta... y hace un momento estaba en un ¡ay! El mismo médico está sorprendido.

DON LUCAS: Y ¿le recetó algo?

Leonor toma una receta que al salir dejó sobre la chimenea.

D^a CAMILA: Sí, no sé qué... A ver la receta, Leonor.

LEONOR: Es un apunte, no más... No necesita receta. Me parece que es un tónico. *(Se la entrega a Don Lucas).*

DON LUCAS: *(Leyendo la receta)* ¡Lo de siempre!

ELVIRA: Ya viene Lucía.

LEONOR: Pero... ¿qué es esto? *(Al entregar la receta queda con el brazo extendido).*

DON LUCAS: ¿Qué? ¿Qué tiene?

LEONOR: Esto, ¿no ve? ¡No puedo doblar el brazo!

DON LUCAS: Vamos, vamos, no se asuste... No es nada... A ver...

LEONOR: ¡Si no me asusto! Yo no soy aprensiva... pero es muy raro...

D^a CAMILA: Dóblalo, hija... Haz la prueba otra vez...

LEONOR: ¡Si no puedo!

DON LUCAS: No es nada, no es nada... No hay que alarmarse. *(Le sopla el brazo).* ¿No ve? Se acabó... Ya está lo mismo que antes...

LEONOR: Es cierto... Pero ¿qué habrá sido?

D^a CAMILA: ¡Es muy extraño!

DON LUCAS: Algún tendón... Son cosas que a cada rato suceden... Vaya, no tiene por qué preocuparse... No vale la pena.

LEONOR: ¡Si ya lo sé! ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué quiere que me preocupe?

DON LUCAS: Es frecuente... cualquier mal movimiento. *(Aparte)* ¡Estoy tremendo!

ESCENA XIV

Dichos y Lucía.

LUCÍA: Buenas tardes, Don Lucas.

DON LUCAS: Buenas tardes, Lucía. ¿Sigue usted bien?

LUCÍA: Sigo mejor, gracias.

*Se sientan. Pausa.*D^a CAMILA: ¡Qué milagro Juan! ¡Cómo tarda!

LUCÍA: Si todavía es temprano...

LEONOR: Deben ser más de las cuatro.

LUCÍA: ¡Qué esperanza!

DON LUCAS: Son las cuatro y cuarto.

LUCÍA: ¡Cómo se ha pasado el tiempo!

LEONOR: ¿Te parece? ¡Pues a mi se me ha hecho largo! Se conoce que lo has visto correr desde la cama.

En ese momento sale Ángela por izquierda.

ESCENA XV

*Dichos y Ángela.*D^a CAMILA: ¿No sabe si ha llegado Juan?

ÁNGELA: No sé, señora.

D^a CAMILA: Fíjate a ver si está en el escritorio y avísale que Don Lucas está aquí.ÁNGELA: Bueno, señora. *(Medio mutis)*. ¡Ah! Benito se encuentra enfermo. Se ha encerrado en su pieza y parece que tiene fiebre.D^a CAMILA: ¿Enfermo? Y ¿desde cuándo?

ÁNGELA: Desde hace un rato. Le hemos puesto paños de agua fría en la frente, porque se quejaba de dolor de cabeza.

D^a CAMILA: ¿Paños de agua fría? ¡Qué barbaridad! ¡Con fiebre y sin saber lo que tiene! ¿A qué se meten ustedes? ¡Vaya que le haga daño!

LUCÍA: ¡Pobre Benito!

ÁNGELA: Al contrario señora... si lo hemos aliviado.

DON LUCAS: *(Aparte)* ¡Vaya que cuenta ahora! *(Alto)* Y ¿qué dice?

ÁNGELA: No dice nada: se maneja por señas...

ELVIRA: *(Aparte)* ¡Otra desgracia! ¡Qué iniquidad!D^a CAMILA: Bueno, más tarde me avisas cómo sigue. Vete nomás.*Ángela mutis, por derecha.*

DON LUCAS: Si ese hombre está enfermo, debe mandarlo al hospital, señora. Es peligroso un enfermo así en una casa de familia.

ELVIRA: *(Aparte)* ¡Muy cómodo!... ¡Enferma a la gente y la manda al hospital a que se cure!D^a CAMILA: No, si el pobre es casado y con hijos. Si se trata de algo serio se irá a la casa de su mujer, supongo...

DON LUCAS: Mire que anda mucha viruela...

*Leonora se ríe.*D^a CAMILA: Pero ¿de qué te ríes muchacha?...

LEONOR: ¡Benito con viruela! ¡Es lo único que le faltaba!

D^a CAMILA: No tendría nada de extraordinario... y no veo motivo de risa.

LEONOR: No, señora... es que no ha de ser nada; por eso me río. ¿Cómo quiere usted que tenga viruela Benito?

Sale Ángela por derecha.

ÁNGELA: Ahí está el señor, y dice que haga el favor de pasar al escritorio. (*Mutis por foro*).

DON LUCAS: Con el permiso de ustedes. (*Mutis por la derecha*).

D^a CAMILA: Usted lo tiene, Don Lucas.

ELVIRA: ¡Pero, por Dios! ¿Qué piensan hacer ustedes?

D^a CAMILA: ¿A propósito de qué hija?

ELVIRA: ¡Con ese hombre, mamá! ¡Con ese hombre que es el que tiene la culpa de todo lo que sucede!

D^a CAMILA: Elvira, ¿estás loca?

ELVIRA: Pero ¿no lo ves acaso? ¡Si es un *jettatore*, mamá! ¡Está patente!

D^a CAMILA: Ya te han contagiado sus ridiculeces Carlos y Pepito.

LUCÍA: Es que Elvira está en lo cierto, mamá. Yo también empiezo a convencerme...

LEONOR: ¡Como que no tiene duda!

D^a CAMILA: ¡Pero Jesús, hijitas! ¡Parece mentira!

ELVIRA: Si continúa aquí, yo no sé qué va a pasar. ¡Es espantoso!

ESCENA XVI

Dichos y Ángela.

ÁNGELA: Señora, dice la cocinera que Benito sigue mal. Ahora está delirando.

ELVIRA: ¡No te digo, mamá, no te digo! (*Llora*).

D^a CAMILA: ¡Pero, Elvira, ten juicio, por Dios! Que le avisen a la mujer en seguida. ¿Sabes dónde vive?

ÁNGELA: La cocinera sabe.

LEONOR: ¡Pobre Benito!

LUCÍA: Y ¿qué es lo que hace?

ÁNGELA: Parece que se la ha dado con el señor Don Lucas, y a gritos le pide que no lo mire, que le perdone y no sé cuántos disparates más.

Elvira, Leonor y Lucía, de pie, dan gritos de asombro.

D^a CAMILA: Pero ¿qué estás diciendo, mujer?

ÁNGELA: Así me lo acaba de decir Petrona, señora; yo no lo he visto.

D^a CAMILA: ¡La verdad que es extraño! ¡Pronto, que le avisen a la familia! ¡No pierdan tiempo!

Ángela mutis por foro.

ESCENA XVII

Dichos, Don Juan y Don Lucas.

DON JUAN: Buenas tardes.

TODAS: Buenas tardes.

DON JUAN: (*A Lucía*) Hija mía... Don Lucas nos hace el honor de pedirme tu mano, y en mi nombre y el de tu madre se la concedo. Supongo que nada tienes que observar a esta decisión nuestra. (*Pausa corta*).

DON LUCAS: (*Aparte*) ¡Si pudiera contestar con un número entre uno y diez!

ELVIRA: (*Observando a Don Lucas, el cual tiene clavada la vista en Lucía. Aparte*). ¡Cómo la mira! ¡Parece que se la quiere comer! ¡Qué canalla!

DON JUAN: ¿Por qué no contestas? Vamos a ver...

LUCÍA: Papá... Haré lo que ustedes quieran.

DON LUCAS: Muchas gracias, Lucía, yo le prometo que...
Lucía rompe a llorar; todos la rodean.

DON JUAN: ¿Qué es eso, Lucía? ¿A qué vienen ahora esos lloriqueos?... *(A Don Lucas)*. Es la emoción, amigo.

DON LUCAS: ¡Sí, lo comprendo! *(Aparte)*. Es el fluido: ¡cargué demasiado!

LEONOR: ¡Pero, Lucía!
Lucía y Elvira lloran.

LUCÍA: Perdóname, papá. Ya estoy tranquila.

ESCENA XVIII

Dichos y Pepito.

PEPITO: ¡Qué! ¿Alguna catástrofe? *(Avanza hacia el centro, y al ver a Don Lucas, retrocede hasta la puerta del foro)*.

DON JUAN: ¡Hola, Pepito! ¡Al contrario, hombre, adelante! ¿Qué es eso? ¿Qué le sucede?

PEPITO: Venía en busca suya. Tengo que hablar con usted... *(Sin perder de vista a Don Lucas)*.

DON JUAN: Pero acérquese, entonces. Aquí me tiene, ¿qué hace ahí parado?

PEPITO: ¡No puede ser! Le ruego que me escuche, pero fuera de aquí.

DON JUAN: Pero ¿por qué no entra?

PEPITO: ¡Porque no puede ser! *(Durante esta escena hace los cuernos)*.

DON JUAN: ¡Vaya un hombre original éste!... ¡Se necesita tener paciencia!

Bueno, espéreme en el escritorio. Voy en seguida.

PEPITO: Perfectamente. *(Mutis derecha, caminando de espaldas a la puerta)*.

DON JUAN: Confieso que no lo entiendo a tu Pepito. El día menos pensado te lo van a encerrar en el manicomio, en el patio de los pavos.

ELVIRA: ¡Pero papá! *(Llora)*.

DON JUAN: ¡Eso es! ¡Es lo único que nos faltaba! *(Mutis derecha)*.

DON LUCAS: *(Aparte)* Debe ser una nueva forma de sugestión que no me han enseñado... Mientras que unos avanzan... otros retroceden. Cuestión de temperamento, sin duda...

ESCENA XIX

Dichos, Ángela y Don Rufo.

DON RUFO: *(Entra acompañado por Ángela, la cual hace mutis enseguida)*. Buenas tardes. ¡Qué! ¿Alguna otra novedad? ¿Qué caras de Viernes Santo son ésas?

D^a CAMILA: Pase adelante, Don Rufo. No hay nada.

DON RUFO: Por lo menos, lo que es la enferma de anoche ya no se muere. ¿Ya estás bien, hijita?

LUCÍA: En cuanto supe que usted había venido, sané. Así que ya sabe el remedio para otra vez.

DON RUFO: Y este pimpollo ¿qué tiene? Parece que ha llorado...

ELVIRA: Nada, Don Rufo, no tengo nada.

DON RUFO: ¡Hum! No me gustan las mujeres que lloran por nada. ¿Cómo le va amigo? *(A doña Camila)* ¿Y Juan?

D^a CAMILA: Ahora no más viene. Está con gente, en el escritorio. Siéntese.

LEONOR: Uno de estos días tenemos que cantar con la guitarra.

DON RUFO: ¡Cómo no! ¡Ya lo creo! Yo siempre estoy pronto...

DON LUCAS: ¡Qué bueno va a estar eso!

DON RUFO: Sí, ya sabemos que usted es aficionado “al canto”.

DON LUCAS: Es cierto, ¡me gusta mucho!... pero me lo dice usted de un modo...

DON RUFO: Lo que tiene es que su gusto es cantar acompañado... ¡y algunas veces suele quedarse cantando solo! (*Aparte*) ¡Hum! ¡Te voy a dar Pedro Flores!

DON LUCAS: No comprendo...

DON RUFO: Con que no comprende, ¿eh? ¡Está bueno! Se creará usted amigo, que nos hemos criado boliando pajaritos...

DON LUCAS: Pero...

LEONOR: (*A Rufo*). Lo que usted no se queda atrás tampoco. Me dicen que tiene temporada en el Politeama y que no falta ninguna noche.

DON RUFO: Sí, hijita... suelo ir algunas veces... ¡para dar lástima!

DON LUCAS: (*Aparte*). Hay que domesticar a este guaso... ¿Si serán susceptibles a la sugestión estas naturalezas medio salvajes? (*Se levanta y clava la vista en Don Rufo*).

LEONOR: (*A su espalda*) Y, ¿qué le parece la compañía? ¿Es buena?

DON RUFO: Bastante buena. ¡Sobre todo las coristas! ¡Qué bien cantan esas mujeres! (*Risas*).

D^a CAMILA: ¡Vaya una ocurrencia! ¡Tan luego las coristas llamarle la atención!

DON RUFO: Es que me ha dicho una persona entendida que es muy difícil

llevar el compás juntas y cantar así en montón. La que canta sola no tiene que preocuparse más allá de que ella... ¡Mire que gracia!

LUCÍA: Y en la ópera ¿no ha estado?

DON RUFO: ¿En la ópera?... (*Al contestar a Lucía se encuentra con la mirada de Don Lucas*). No, no he estado. (*Aparte*) ¿Por qué me estará mirando de ese modo ese mamarracho?

LEONOR: Pues debía ir a la ópera. ¡Allí sí que son buenas las coristas!

DON RUFO: (*Aparte*) ¡No hay más que me está provocando! (*Alto*) Es que no me dejan. (*Risas*).

D^a CAMILA: ¿Qué está usted diciendo, Don Rufo?

DON RUFO: ¿Qué he dicho? Que no voy a la ópera porque no tengo tiempo, y de ahí... (*Aparte*) ¡Si me sigue mirando de esa manera, le rompo el alma!

LEONOR: Y usted, Don Lucas, ¿no va nunca al teatro?

DON LUCAS: Hace tiempo, Leonor. Voy poco, muy poco. (*Aparte*) Qué lástima, se cortó la corriente... ¡Se conoce que es gran sujeto!

D^a CAMILA: ¡Qué raro! ¡Siendo tan amigo de la música como es usted!

DON LUCAS: Es que el invierno pasado tuve un ataque de reumatismo que no me dejaba salir de noche... y este año...

DON RUFO: ¡Vaya! ¡Después de tanto lujo salimos con baile en el patio! Y si es enfermo, amigo, ¿a qué se las quiere tirar de pollo y de fuerte?

DON LUCAS: ¿Yo?... No sé en qué...

LEONOR: Cuéntenos algo, Don Rufo, de las óperas que ha visto,

DON RUFO: Si no las entiendo, hijita... ¡Como son en italiano!... (*Risas*).

DON LUCAS: (*Aparte*) Mejor es que me retire... ¡No vaya a ser que así como así como al otro le dio por retroceder, le dé por atropellar al animalote este!

D^a CAMILA: ¿Y no entiende el italiano, entonces?

DON RUFO: No, comadre, pero lo estoy aprendiendo y puede que con el tiempo... si me dejan... *(Por Don Lucas)*.

LUCÍA: ¿Y está muy adelantado?

DON RUFO: Regular no más... Como hay algunos que pretenden estorbarme.

DON LUCAS: Me voy... A los pies de ustedes, señoras: hasta luego, Lucía; buenas tardes, Don Rufo... *(Le tiende la mano)*.

DON RUFO: *(Sin tomar la mano)*. Que le vaya bien, amigo...

TODAS: Hasta luego, Don Lucas. *(Vase)*.
Leonor y Lucía se ríen.

D^a CAMILA: ¿Qué es eso, niñas? ¿A ver si se están quietas!

ESCENA XX

Dichos, Juan; y a poco, Carlos.

Se levantan todos.

DON JUAN: ¿Se fue Don Lucas? ¿Cómo te va Rufo? ¡Vaya! ¡Se acabó! Ahí sale tu Pepito a quien por poco he tenido que darle una lección. ¡Es un ridículo insoportable!

D^a CAMILA: Pero, Juan... ¡fíjate en lo que dices, por favor!

DON JUAN: Y ¿qué quieres que yo le haga? ¡Ella tiene la culpa por haber puesto los ojos en un tilingo como es el tal Pepito! ¡Se necesita ancheta! ¡Pretender que le cerrara las puertas de mi casa a Don Lucas a título de que él tiene miedo! ¿Se ha visto nunca cosa igual? ¡Si es de no creerse! *(Se pasea)*.

D^a CAMILA: ¡Qué disgusto tan grande, Dios mío!

jettatore!...

DON JUAN: ¡Pero qué imbécil, señor, qué imbécil! ¡Parece mentira! Cuando le contesté que no sólo continuaría Don Lucas siendo recibido en esta casa, sino que lo destinaba para marido de mi hija, tuvo la insolencia de decirme: “¡Pues yo renuncio a pertenecer a una familia que está condenada a convertirse en un semillero de *jettatorcitos!* Te aseguro que no sé cómo me contuve y no le tiré una silla por la cabeza. *(Pausa)*.

Lucía hace mutis y Leonor medio mutis.

¡Oh! En todo esto veo patente la mano de Carlos y hará bien ese tarambana en no ponerse más en mi presencia.

Entra Carlos.

DON RUFO: *(a Leonor)*. ¿Qué quiere decir eso?

LEONOR: *Jettatore* es el que hace mal de ojo.

DON RUFO: ¡Ah! ¿Y Don Lucas?

LEONOR: Yo no sé; dicen que es así. *(Mutis)*.

DON RUFO: *(Aparte)*. ¡Acabáramos! ¡y yo que creía que no hacían daño sino a las viejas! ¡Qué julepe el de la gringa cuando se lo cuenta!

CARLOS: ¿Qué sucede?

DON JUAN: Que inmediatamente te mandas a mudar de aquí.
Entran Leonor y Lucía gritando.

LEONOR: ¡Elvira se ha desmayado! ¡Vengan ligero! *(Mutis)*.

D^a CAMILA: *(Corriendo a la habitación)*. ¡Dios mío!

CARLOS: ¡Eso no impide que en esta casa haya entrado la *jettaturd!*
Don Juan alza una silla y Don Rufo lo contiene.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN QUE EL 1º Y 2º ACTO. SOBRE UNA SILLA ESTÁN EL SOMBRERO, EL BASTÓN Y EL SOBRETUDO DE DON JUAN.

ESCENA I

Don Juan y Doña Camila

D^a CAMILA: *(Sentada)*. Yo no sé, Juan, pero de un tiempo a esta parte todo nos sale mal; puros disgustos y malas noticias. No tenemos un solo momento de tranquilidad.

DON JUAN: Pero, ¿qué estás diciendo, mujer? ¿Dónde están esos disgustos y esas malas noticias? Francamente, no las veo, por lo menos en una proporción que alarme.

D^a CAMILA: ¡Caramba! ¿Te parece poco? Las noticias que nos llegan de la estancia no pueden ser peores. La seca está haciendo estragos, el pobre Don Felipe se ha roto un tobillo y, como si no fuera bastante, a las dos chicas menores les ha dado escarlatina. ¡Quién sabe si a estas horas ya no se han muerto!

DON JUAN: Y bueno, ¿qué vamos a hacerle? ¿Acaso está en nuestras manos remediarlo? ¡Al fin no tiene nada de extraordinario!

D^a CAMILA: Aquí, no digamos. Yo, cada día más mortificada con mis dolores de cabeza que no me dejan ni a sol ni a sombra; Lucía, pálida y triste, que de sólo verla da pena; Elvira ¿para qué hablar?, llorando en su cuarto desde que amanece hasta que anochece; el desgraciado Benito, en su pocilga de conventillo con esa fiebre cerebral que lo ha tenido entre la vida y la muerte; a ti mismo se te ha perdido plata del bolsillo...

Don Juan intenta hablar.

que es lo que menos importa, pero que al fin es algo que nunca te había sucedido... y hasta la infeliz cocinera hace ocho días que no viene porque un dolor de muelas la tiene medio loca...

DON JUAN: ¡Basta, mujer, basta! ¡Si de cualquier zoncera haces un mundo! ¡Vaya una letanía de desgracias imaginarias! En esa forma ¡ya lo creo!, somos la gente más infeliz de la tierra...

D^a CAMILA: Vamos a ver, Juan, ¿cuántos días hace que no ves a Elvira?

DON JUAN: Eso es lo único que me preocupa. Comprendo que la pobre sufre, pero, ¡bien sabes que no es por culpa mía! ¡Si no fuera por ese imbécil!

D^a CAMILA: ¡Si ya sé que no es por culpa tuya! ¡Demasiado que lo sé! Y eso es lo que más me desespera, Juan, porque estoy convencida de que nada hemos hecho para merecer lo que nos sucede...

DON JUAN: ¡Pero no exageres, mujer! ¡No es para tanto!

D^a CAMILA: Si no exagero, Juan. Y eso sin contar con una infinidad de detalles que no parecen nada, pero que contribuyen a tenerla a una en continuo sobresalto. En esta semana son tres los cuadros que se han desprendido de las paredes sin saber por qué. Ayer amaneció rota la luna del espejo de mi tocador y cuatro cuerdas del piano se han cortado en el intervalo de dos días. ¿Qué significa todo esto, Juan? ¿Qué significa? ¿Por qué antes no pasaban estas cosas y ahora pasan? ¡Eso es lo que yo quisiera saber!

DON JUAN: *(Se levanta)*. Pero, Camila, ¿es posible que hables de ese modo? ¡Una mujer razonable y sensata como siempre has sido, preocupada de semejantes ridiculeces! Que si se caen los cuadros o se cortan las cuerdas del piano... Pero... ¿adónde vamos a parar? ¿Qué quieres decir con eso?

D^a CAMILA: *(Se levanta)*. Hace una semana que concedimos a Don Lucas *(Cuernos)* la mano de Lucía y desde entonces...

DON JUAN: ¿Qué? ¿Vas a salirme también con la pretendida *jettatura* de Don Lucas? ¿Será posible? Pero no, Camila, ¡por favor! No digas más, no quiero perder en un momento la buena opinión que de ti tengo...

D^a CAMILA: Lo único que yo digo, Juan... *(Saca del bolsillo un fierrito)*.

DON JUAN: Pero ¿qué tienes en la mano?

D^a CAMILA: Nada, Juan: un fierrito...

DON JUAN: ¿Qué quiere decir esto? ¿Para qué tienes eso?

D^a CAMILA: ¡Qué quieres, Juan! Es que ya me va entrando miedo a mí también... Con eso no hago daño a nadie. De todos modos... por las dudas... ¿qué tiene de malo?

DON JUAN: ¡Pero Camila, Camila!

D^a CAMILA: Y ¿si resultara cierto?

DON JUAN: ¿Quieres hacerme el favor de callarte? ¡Voy a concluir por creer que has perdido la chaveta!

D^a CAMILA: ¡Chist! ¡Ahí viene Lucía!

ESCENA II

Dichos y Lucía.

LUCÍA: Buenas tardes, papá. *(Tomándole las manos)*.

DON JUAN: Buenas tardes, dormilona. ¿Por qué no bajaste a almorzar?

LUCÍA: Tenía un poco de dolor de cabeza, y me quedé acompañando a Elvira.

jettatore!...

DON JUAN: Lo que tú necesitas, hijita, es una temporada de estancia. Ya vas a ver qué bien te pones este verano. ¿Qué anillo es éste?

LUCÍA: Es un clavo de herradura doblado, es contra los *jettatores*, papá... *(Le suelta la mano)*.

DON JUAN: ¿Contra los *jettatores*? Pero ¿aquí todo el mundo se ha vuelto loco? ¿Tú también, hija, con semejantes pamplinas? ¿Qué virtud le atribuyes a este anillo? ¿Quieres decirme?

LUCÍA: Contrarresta los efectos de la *jettatura*, papá... ¡Si es muy bueno!

DON JUAN: Mira... mejor es que no continuemos. ¡Esto se va haciendo insoportable! *(Toma el bastón y el sombrero)*.

D^a CAMILA: No te vayas enojado, Juan. Tras tantos disgustos como tenemos, no los aumentes todavía...

LUCÍA: No, papá... perdóname. ¿Quieres que me lo saque? Mira, me lo saco. No te disgustes por eso. No seas malo, papacito... *(Lo abraza)*.

DON JUAN: No, no, déjame... me voy. Tengo que hacer. *(Va a salir y se encuentra con Ángela que trae una herradura colgada de la cintura)*.

ESCENA III

Dichos y Ángela.

DON JUAN: ¿Quiere decirme qué significa ese colgaje que lleva usted a la cintura?

ÁNGELA: ¿Esto, señor? Es contra la *jettatura*.

DON JUAN: ¿Usted también? Pero, dígame ¡so pedazo de adoquín!, ¿qué se ha figurado usted? Ahora mismo se saca esa porquería,

¿entiende? Y le prohíbo que vuelva a andar de mojiganga, ¿entiende? Y si llego a verle algo por el estilo, la pongo de patitas en la calle.

Ángela mutis foro, llorando.

¡Pero señor! ¡Señor! ¡Esta casa se ha convertido en un manicomio! *(Vase rápido por foro).*

ESCENA IV

Doña Camila y Lucía.

D^a CAMILA:

Se sientan. Pausa.

Estos malos ratos que pasa tu pobre padre me mortifican mucho.

LUCÍA: A mí también, mamá; y, sin embargo, no hay remedio. Es necesario defenderse contra la *jettatura*.

D^a CAMILA: Indudablemente, es necesario... *(Pausa corta)*. ¿No ha venido Carlos?

LUCÍA: Estuvo un momento con nosotros y se fue. Dijo que volvería. Como tiene que ocultarse de papá...

D^a CAMILA: ¡Pobre Carlos! *(Pausa corta)*.

ESCENA V

Dichos y Leonor.

LEONOR: *(Por foro)*. ¡Buenas tardes! *(Besos)*. ¿Qué quiere decir ese aire tan triste? *(Se saca el sombrero)*.

LUCÍA: Lo de siempre, un disgusto con papá...

D^a CAMILA: ¡Esta ya no es vida, hija, no es posible vivir así!

LEONOR: *(Se sienta)*. Vamos, señora, ánimo. No hay que dejarse abatir. El buen tiempo volverá. Tenga confianza.

D^a CAMILA: No lleva miras, sin embargo. Con ese hombre funesto han entrado en esta casa los sinsabores y las lágrimas, que antes no se conocían. Ya no hay tranquilidad para nadie... ¡Todo el mundo contrariado por su causa! ¡Cantos trastornos, cuántas agitaciones por su sola culpa!

LEONOR: Así es, señora. Y ¿de Don Rufo no se tiene noticias?

D^a CAMILA: ¡Ésa es otra! Después de las palabras que tuvo con Juan... por no sé qué indecencias de Don Lucas, que de puro comediado vino a contarle creyendo hacer un bien, no hemos vuelto a saber nada de Don Rufo.

LUCÍA: Hace cinco días que no se lo ve por acá. ¡Pobre Don Rufo, tan bueno como es!

LEONOR: Pero, qué tipo tan odioso ha concluido por hacerse el tal Don Lucas!... Ahora, cuando entré estaba de plantón en la esquina el infeliz de Pepito. ¡Mire a lo que ha quedado reducido!

LUCÍA: Se lo lleva el día entero rondando por aquí. ¡Pobre Pepito, víctima inocente de Don Lucas!

D^a CAMILA: ¿Y Carlos? ¿Dónde me lo dejas a Carlos, obligado a venir a escondidas a una casa que ha sido siempre como suya?

LEONOR: ¡Maldito Don Lucas! *(Cuernos)* Y ¿han visto la manera de mirar que ha tomado ahora? ¡Clava los ojos de un modo que da miedo!

D^a CAMILA: Cállate, hijita... ¡Si de sólo acordarme no sé lo que me pasa! Yo creo que sabe el daño que causa, y que lo hace adrede...

- LUCÍA: ¡Oh, es muy capaz! Ese desagrado que dicen que tuvo el otro día en la Rotisserie, parece que fue por eso...
- LEONOR: ¿Cuándo?
- LUCÍA: ¡Ah! ¿no saben? Había una persona comiendo en una mesa frente a la suya, y durante mucho rato lo estuvo mirando con insistencia. Por fin, el hombre, nervioso, se tragó una espina, y entonces, de rabia, le tiró con un plato...
- LEONOR: Y ¿cómo no me habías dicho eso? (*Ríe*).
- LUCÍA: Creí que estabas presente cuando Carlos lo contó. (*Ríe*).
- LEONOR: ¡No sabía nada! (*Ríe*).
- LUCÍA: A Ángela la tiene enferma: no le quita los ojos de encima. Y a la pobre, cada vez que la mira, le da hipo...
- D^a CAMILA: ¡Si clama al cielo lo que está sucediendo! Y esto de tener que poner una buena cara cuando otra cosa se siente por dentro, no se ha hecho para mí. El día menos pensado, me vendo. ¡Cuando pienso que a él y sólo a él se le deben nuestras desgracias!
- LEONOR: ¡Ya lo creo! Como que si ese hombre no existiera, no existirían tampoco los motivos que tienen afligida a tanta gente. Imaginémonos por un momento que Don Lucas no hubiera pisado nunca los umbrales de esta casa... ¡qué diferencia! Ni esta infeliz estaría amenazada de semejante calamidad de marido, ni Elvira enferma, ni Pepito huyendo, ni Carlos ocultándose, ni Don Rufo resentido, ni Don Juan agriado, ni usted, señora, llorando como llora ahora, ni yo teniendo que participar de las contrariedades y disgustos que les veo pasar a ustedes. ¡Y siendo el causante de tanto desastre, ha de haber todavía quien te diga que ese viejo de morondanga no es un *jettatore*!
- D^a CAMILA: Así es, hija, así es. (*Llora*).

- LEONOR: Sin Don Lucas... ¡vea qué delicia! En este momento estaríamos reunidos en este mismo sitio... Allí Elvira y Pepito... acá Don Rufo... por todos lados Carlos... Don Juan entretenido en poner en apuros a Pepito... nosotras tirando la lengua a Don Rufo. ¡Todos alegres y felices!
- LAS TRES: ¡Maldito Don Lucas! (*Cuernos*).

ESCENA VI

Dichos, Don Lucas y Ángela.

- ÁNGELA: (*Foro*). ¡El señor Don Lucas!
- DON LUCAS: Muy buenas tardes.
- D^a CAMILA: Adelante.
- LUCÍA Y LEONOR: Buenas tardes.
- DON LUCAS: ¿Cómo se encuentran ustedes? ¿Cómo sigue Elvira?
- D^a CAMILA: Está mejor, gracias. ¿Y usted?
- DON LUCAS: Regular, señora, nada más que regular. Acabo de recibir una impresión espantosa.
- Se sientan.*
- Imagínense ustedes que venía a pie por la calle de Maipú, con intención de ver una casa desalquilada que allí tengo. Poco antes de llegar a mi casa están haciendo una obra, un antiguo caserón que reedifican y al que le han echado altos. Cuando yo pasé, estaban unos cuantos albañiles tratando de asegurar un balcón que forma parte del nuevo edificio... y, precisamente, en ese instante, uno de ellos pisa mal y, ¡zas! se estrella de cabeza contra la vereda...

D^a CAMILA: ¡Jesús!

LUCÍA: ¡Qué horror!

LEONOR: ¡Qué atrocidad! *(Pausa)*.

LUCÍA: ¿Por supuesto que el infeliz quedó muerto en el acto?...

LEONOR: Y, ¿cayó en el momento en que usted pasaba?

DON LUCAS: ¡Justo! ¡En ese mismo momento, como si me hubiera estado esperando!

Las tres retiran sus sillas.

D^a CAMILA: ¡Jesús, María y José! *(Persignándose)*.

DON LUCAS: Pero, ¿por qué se retiran ustedes?

D^a CAMILA: Disculpe, Don Lucas, ¡la emoción! ¡Es tan horrible lo que acaba usted de contarnos!

DON LUCAS: Calculen ustedes lo que habrá sido para mí que lo he presenciado...

LUCÍA: Y diga usted, Don Lucas, ¿es la primera vez que le ha ocurrido una cosa así?

DON LUCAS: ¿Al albañil? ¡Lo supongo!

LUCÍA: No, a usted.

DON LUCAS: ¡Ah! sí, la única... Y tengo bastante, ¡créamelo usted!

LEONOR: Pero, recuerde usted bien Don Lucas...

DON LUCAS: Lo recuerdo. Nunca he visto matarse a nadie en esa forma.

LEONOR: Pero en otra sí, entonces, ¿verdad?

D^a CAMILA: ¡Haga usted memoria Don Lucas!

LUCÍA: ¡Sí, Don Lucas!

DON LUCAS: *(Aparte)* ¡Pero qué empeño original! *(Alto)* He visto... sí... he visto, hace muchos años, morirse otro hombre

destrozado por un tren...

D^a CAMILA: ¡Qué horror!

LEONOR Y LUCÍA:
¡Jesús! *(Retiran las sillas)*.

DON LUCAS: Pero, señoras...

D^a CAMILA: Es la emoción, Don Lucas, la emoción. ¡Dios mío! Pero, ¡qué cosas tan espantosas le ha tocado ver a usted!

DON LUCAS: ¡Cierto! Fue muy desagradable, se lo aseguro a ustedes.

LEONOR: Y ¿no ha presenciado usted otras desgracias por el estilo?

DON LUCAS: No recuerdo... no creo...

LEONOR: Otros accidentes... aunque sean menos graves... Piense un poco...

D^a CAMILA: Haga usted memoria, Don Lucas...

DON LUCAS: ¡Psh! No recuerdo... Ha presenciado otros hechos, sí, pero vulgares, sin importancia... Caídas de caballo, choques de carruajes... En fin, lo que todo el mundo ha visto...

D^a CAMILA: ¡Qué ha de ver todo el mundo, Don Lucas, qué ha de ver!

DON LUCAS: Pero...

LUCÍA: No importa... Cuente nomás, cuente...

DON LUCAS: Pero ¡no tiene interés!

LUCÍA: ¡Oh! Viniendo de usted, Don Lucas...

DON LUCAS: *(Aparte)* Bueno, ya que les entretiene hay que inventar algo interesante. *(Alto)* ¡Ah, sí! Ahora recuerdo... He presenciado otra vez un hecho muy curioso... y en ése, crean ustedes, tuve una participación activa, casi peligrosa. *(Aparte)* Ya que es cuestión de inventar, vamos a darnos un poco de importancia.

LEONOR: A ver, a ver...

DON LUCAS: Era en un paseo campestre al que concurrían señoras. Después del almuerzo, nos habíamos dispersado formando grupos. Yo acompañaba a una niña, entonces buena amiga mía, nada más que amiga, pero cuyo nombre me permitirán ustedes que reserve: hoy es casada y madre de familia. Sentados sobre el césped, conversábamos, cuando vino a echarse a nuestro lado un perro. Era un perrazo enorme, y al parecer en extremo manso. ¡De pronto, al acariciarlo, aquel animal dio un gruñido y levantándose

Se paran todas asustadas.

con los pelos erizados y la boca abierta, lanzase sobre mi compañera! Rápido como el rayo, dio con ella en tierra. Yo vi gotas de sangre en la blanca garganta de mi amiga y, ciego de coraje, ¡me lancé sobre la fiera! La lucha no pudo ser más terrible. Ambos rodamos cien veces por el suelo. Hubo un instante en que me creí perdido. Hice un esfuerzo supremo, llamé en mi auxilio mi fuerza toda, e introduciendo el brazo dentro de la boca del monstruo... ¡tiré con rabia, con verdadera desesperación, arrancando un montón informe de carne sangrienta!... ¡Era la lengua de aquella furia, que no tardó en caer agonizante a mis pies!

LEONOR: ¡Mentira! ¡Mentira!

LUCÍA: ¡Sinvergüenza!

D^a CAMILA: ¡Agua, agua! ¡Me ahogo!

LEONOR: Ahí tiene usted lo que ha sacado, ¡mentiroso!

Mutis por foro. Entran Leonor y Ángela por el foro con una copa de agua.

ESCENA VII

Dichos, Ángela, Juan y Carlos.

CARLOS: ¿Qué ocurre?

LUCÍA: ¡Mamá se sofoca! ¡Es este Don Lucas!

DON JUAN: *(Saliendo por derecha)* ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que hay?

CARLOS: ¡Es el *jettatore*! ¡El *jettatore*, que ha enfermado a tía!

DON JUAN: ¿Qué tienes, Camila?

D^a CAMILA: Ya va pasando... no es nada... no te asustes... *(A Ángela)*. Traeme un frasco de agua de Colonia que hay encima de mi lavatorio.

Mutis Ángela por izquierda.

DON JUAN: ¿Desde cuándo está así? ¿Han llamado al médico?

LUCÍA: Don Lucas ha ido en busca de uno, acaba de salir.

CARLOS: ¡No! ¡Médico traído por el *jettatore*, no! ¡Que no lo dejen entrar!

DON JUAN: ¿Quieres callarte? ¿Vas a empezar otra vez?

D^a CAMILA: *(De pie)*. ¡No, Juan, por Dios! ¡El médico de Don Lucas, no! ¡Tengo miedo!

DON JUAN: Bueno, mujer, bueno, tranquilízate.

CARLOS: ¡Qué no venga el médico del *jettatore*, que no venga!

Entra Ángela con un frasco.

DON JUAN: Hazme el favor de no gritar. No somos sordos. ¡Caramba con el loco éste!

D^a CAMILA: Es que tiene razón. Yo también te lo suplico. ¡Ya es bastante!

DON JUAN: ¡Pues que no venga! ¡Que sea como ustedes quieran! Al fin van a concluir por enloquecerme a mí también. *(Caminando hasta que se encuentra con Carlos)*.

D^a CAMILA: Gracias, Juan...

CARLOS: Gracias, tío, muchas gracias.

DON JUAN: ¡Déjame, hombre, déjame! (*A Camila*). ¿Cómo te encuentras?

D^a CAMILA: Ya estoy bien, ¿no ves? (*Camina*). Si no ha sido nada...

LEONOR: Y nadie se ha acordado de Elvira.

D^a CAMILA: Que vaya Ángela, y vea; pero sin decirle. La pobre no está para sustos. (*Mutis Ángela, por izquierda*).

DON JUAN: El médico va a venir, ¿qué hacemos?

LEONOR: Que se encargue Carlos de despedirlo desde la puerta.

LUCÍA: Es lo mejor.

DON JUAN: Ve pronto, pero con tino, ¿eh?

CARLOS: Pierda cuidado... (*Vase por el foro*).

D^a CAMILA: ¡Ese hombre es *jettatore*, Juan! ¡Ahora estamos seguros!

DON JUAN: ¡Pero mujer, no volvamos a las andadas!

LEONOR: Sí, señor, es cierto. ¡Don Lucas es *jettatore*!

DON JUAN: ¡Leonor!, ¿tú también? ¡Pero hija, si es un disparate! ¡Si no puede ser!

LUCÍA: Si lo hubieras oído hace un momento, no dirías eso, papá. ¡Yo no puedo casarme con un hombre así! Tú no puedes querer mi desgracia. (*Lo abraza*). ¡Y yo sería muy desgraciada!

DON JUAN: Vamos, vamos. Sean razonables, ¡por Dios!

D^a CAMILA: ¡Es un hombre funesto para nosotros! ¡Yo no sé lo que va a ser de mí! ¡Ya no tengo fuerzas! ¡Ya no puedo!

DON JUAN: Pero, no digas eso, Camila. ¡No tiene sentido común! ¡Qué ejemplo el que les das a tus hijas!

D^a CAMILA: Es que no puedo, Juan, es inútil, ¡no puedo!

jettatore!...

DON JUAN: Sobre todo, no es este el momento de tratar el asunto. Cálmense. Mañana conversaremos. ¿Qué quieren que haga ahora?

ESCENA VIII

Dichos, Elvira; a poco, Carlos.

ELVIRA: ¡La felicidad de tus dos hijas; eso es lo que harás, papá, porque eres bueno y porque no puedes complacerte en vernos sufrir así! (*Lo abraza, llorando*).

LUCÍA: (*Lo abraza*). Sí, papá. ¡Por un capricho! ¡No es posible, papacito!

DON JUAN: ¡Pero hijitas de mi alma! ¿Qué más puedo querer yo que la felicidad de ustedes? Pero no es eso. Calculen ustedes mi situación. No se trata de caprichos. Yo...

CARLOS: (*Por foro*) El médico se fue; pero ahí sube Don Lucas...
Las señoras salen corriendo y gritando, por izquierda.

ESCENA IX

Don Juan, Carlos y Don Lucas.

DON LUCAS: Me dice Carlos que la señora sigue bien.
Al entrar Don Lucas, Carlos hace mutis, por izquierda.

DON JUAN: Regular no más. Se ha recostado un rato. Siéntese.

DON LUCAS: Felizmente son cosas que no tienen importancia.

DON JUAN: No siempre, sin embargo. Estas mujeres del día, son un manojito de nervios, amigo Don Lucas, y con ellas no se gana para sustos.

DON LUCAS: ¡Oh! pero, en este caso...

DON JUAN: Y, ¡qué coincidencia!, a usted le ha tocado presenciar dos hechos análogos en mi casa: el ataque de Lucía, y ahora éste. No deja de ser casual, ¿eh?

DON LUCAS: Es cierto. *(Aparte)* Sospechará algo del fluido...

DON JUAN: *(Aparte)* Y ¿cómo le digo? ¡Pobre hombre... me da pena! *(Alto)* De un tiempo a esta parte, tanto mi mujer como mis hijas se han vuelto excesivamente impresionables...

DON LUCAS: *(Aparte)* ¡No hay duda!... ¡sospecha!

DON JUAN: El tarambana de Carlos tiene en mucho la culpa de lo que sucede. Les llena la cabeza de ideas ridículas, las aterroriza, manteniéndolas en una excitación constante.

DON LUCAS: ¡Ah! ¿Entonces Carlos ha hablado?

DON JUAN: ¿Cómo? ¿Hablado?

DON LUCAS: Sí, señor. ¡Si ahora me doy cuenta! Se trata de una indiscreción de Carlos...

DON JUAN: ¿Qué quiere usted decir? Explíquese.

DON LUCAS: Carlos lo ha atribuido todo a una influencia determinada...

DON JUAN: Pero, usted, ¿cómo sabe?

DON LUCAS: ¡Vaya! Como no es para mí una novedad que poseo una influencia... Pero, todavía no puedo hablar, Don Juan... no puedo... *(Aparte)* ¡Maldito juramento!

DON JUAN: Pero, ¿qué galimatías es éste? De manera que no ignora usted que se le supone... *(Aparte)* ¡Cómo pronunciar la palabra! ¡Si es como una bofetada!

DON LUCAS: No sólo lo sé, sino que declaro que es cierto; pero, se lo repito, no puedo hablar. No continuemos... me colocaría usted en una situación violenta...

DON JUAN: ¡Ha perdido usted el juicio o hay aquí una confusión lamentable! ¿Quiere decir que usted mismo se atribuye un poder desastroso?

DON LUCAS: ¡Desastroso! Es un poco fuerte la palabra. Considero que si bien puede tener sus inconvenientes, tiene también sus grandes ventajas.

DON JUAN: ¡Esto es demasiado! ¡Es el colmo!

DON LUCAS: ¿Cómo demasiado?

DON JUAN: Pero, ¿quiere decirme, entonces, qué es lo que usted se propone?

DON LUCAS: Yo no me propongo nada... Lo que no veo es el motivo para tanto aspaviento. Al fin no soy el único... hay otros como yo...

DON JUAN: ¿Cómo?

DON LUCAS: Y los ha habido tal vez más fuertes. Un ruso y un inglés... por ejemplo... Los dos han muerto...

DON JUAN: Pero ¿es que pretende burlarse de mí, señor mío?

DON LUCAS: ¿Burlarme? ¡Pues al diablo las reservas y al diablo los juramentos! ¡Voy a darle a usted una prueba concluyente!

DON JUAN: ¡No, no, señor! ¡Dios lo libre! ¡Ni se le ocurra!

En ese momento aparece Carlos con un telegrama abierto. Puerta izquierda.

ESCENA X

Dichos y Carlos.

CARLOS: Tío... acaba de llegar este telegrama de la estancia, con una mala noticia.

ESCENA XII

DON JUAN: A ver... ¿qué sucede? (*Lee el telegrama*).

CARLOS: Se ha incendiado el galpón nuevo, quemándose seis carneros.

DON JUAN: Pero... entonces...

DON LUCAS: ¡Ya me lo esperaba!

CARLOS: ¡Cómo! ¿Se lo esperaba? ¡Oiga lo que está diciendo!

DON JUAN: Con que se lo esperaba, ¿eh? ¿Ésta sería la prueba concluyente? Pues a mí ¡maldita la gracia que me hace! ¿entiende? Con su permiso. (*Mutis izquierda*).

DON LUCAS: ¡Es claro! Los galpones para animales finos deben ser de material. Desde el primer momento se lo dije. Pero, con todo, no veo razón para estos arranques de mal humor tan... tan...

CARLOS: ¡Con su permiso! (*Mutis izquierda*).

DON LUCAS: Qué efecto extraordinario les ha causado la noticia... Pero, ¿qué piñuflería es ésta? ¡Vaya una rareza de gente! Y ¿pensarán dejarme solo? ¡Ah, no! (*Toma su sombrero y su bastón, saludando a la puerta por donde hicieron mutis Carlos y Don Juan*). ¡Buenas tardes! (*Mutis foro*).

ESCENA XI

Carlos.

CARLOS: (*Por izquierda. Sale rengueando*). ¡Maldito sea! ¡Parece de intento! Quiero correr, me enredo en la alfombra y casi me he roto una pierna... ¡Demonio y cómo duele! ¡Uff! (*Se sienta*). Pero, casual, ¿eh? ¡Ni que fuese realmente jettatore! (*Ríe*). ¡Es lo único que me faltaba ahora! (*Ríe*). ¡Que me entrase aprensión a mí también!

Carlos y Lucía.

LUCÍA: Papá se va a la estancia para dejarnos en libertad de despedir a Don Lucas. ¡Está furioso!

CARLOS: ¿De veras?

LUCÍA: ¡La casa es un alboroto! ¡Todo el mundo salta de alegría!

CARLOS: (*Tomándola de las manos*). ¡Ahora, rubia... no me negarás un beso!

LUCÍA: Te he dicho que beso no. ¡A ver! ¡Sal! ¡Mira que me enojo!

CARLOS: ¡Uno solo, rubia! ¿Qué tiene? Nada más que uno...

LUCÍA: ¡No, Carlos, no! ¡Déjame! ¡Me haces daño! Me voy y te dejo. ¡Te digo que no quiero!

CARLOS: ¡Si no es más que uno, mi vida! Después no volveré a pedirte, ¡te lo juro! Uno ahora y nunca más...

LUCÍA: Si yo sé, Carlos, lo que quiere decir ese uno. ¡No! ¡Por Dios, por lo que más quieras... déjame!

CARLOS: ¡Sí, rubia, sí! (*La besa*).

Aparece Leonor.

LUCÍA: ¡Basta, Carlos, basta, por favor!

ESCENA XIII

Dichos y Leonor.

LEONOR: ¿Qué es esto? ¡Muy bonito!

CARLOS: Es que... me duele la pierna...

LEONOR: Me parece muy mal.

LUCÍA: ¡Leonor!

Se besan ambas.

LEONOR: Bueno, tonta, se acabó. Pueden felicitarse de que haya sido yo la que ha entrado. ¡Es una verdadera imprudencia!

LUCÍA: ¡Carlos tiene la culpa!

CARLOS: ¡La culpa la tiene el "jettatore"! (*Se ríe*).

LEONOR: Sí, ríase no más de la *jettatura* de Don Lucas, que ahora resulta cierta. ¡Lindo chasco nos ha dado usted!

LUCÍA: ¡Ya lo creo! Y nosotras tan tranquilas, creyendo que se trataba de una farsa tuya... ¡Ahora me da miedo!

CARLOS: ¡Cómo! ¿Cierta?

LUCÍA: ¡Pero, es claro! ¡Si le hubieras oído lo que le pasó con un perro!... Un perro manso que se enfureció de pronto porque él lo acariciaba...

CARLOS: Eso es broma...

LEONOR: No, Carlos... ¡Don Lucas tiene que ser *jettatore* de verdad! Se desprende claramente de lo que nos ha contado, aun rebajando las mentiras con que adornó el cuento...

LUCÍA: Las proezas que él hizo serán mentiras, pero lo de la furia del perro tiene que ser cierto, ¡ya lo creo que es cierto!

CARLOS: Pero ¿qué estás diciendo? ¡Diablo! Si me habré limitado a descubrirlo, mientras creía inventarlo... Vaya, vaya... (*Cuernos*). Pero ¡qué disparate!

ESCENA XIV

Dichos y Doña Camila.

D^a CAMILA: (*A Lucía*) Ven para acá, hija, déjame que te abrace. ¡Qué felicidad tan grande! ¡Si parece imposible!

CARLOS: ¡Al fin estamos libres, tía! No ha costado poco trabajo...

D^a CAMILA: Sí, hijo, sí. (*Lo abraza*). Sólo faltan las campanas para repicar. ¡Que jubileo! Pero, déjenme que me siente... no puedo más.

LEONOR: ¿Dónde está Elvira?

D^a CAMILA: Con Juan y Pepito. Ya van a venir.

CARLOS: ¿Con Pepito? Y ¿de dónde ha salido?

D^a CAMILA: Fue Ángela a buscarlo y lo trajo de la esquina...

LUCÍA: ¿Qué dice?

D^a CAMILA: ¡Qué sé yo, ni se le entiende! Dice que anoche soñó con un elefante... y que soñar con elefantes anuncia cambios favorables. (*Risas*).

LEONOR: ¡Qué bueno sería avisar a Don Rufo!

D^a CAMILA: Ahí está el bombero, primo de Ángela. Ahora le diré que vaya.

ESCENA XV

Dichos, Don Juan, Elvira, Pepito y Ángela (con una valija).

DON JUAN: (*A Ángela*). Lléveme las valijas al coche. (*Mutis por foro*).

Ángela, con valija.

PEPITO: ¡Lucía! ¡Leonor! ¡Carlos! ¿Cómo están? ¿Cómo les va? ¡Si me parece que hacía un siglo que no los veía!

CARLOS: Apareció y dijo...

LEONOR Y LUCÍA:
¡Tanto gusto, Pepito! ¿Cómo le va? ¿Qué dice? ¿Sabe que está más delgado?

PEPITO: Así es: he perdido dos kilos; pero es mejor. Dicen que la gordura es guiñuda...

DON JUAN: Bueno, ya es hora de que me vaya.

LUCÍA: Te acompañamos hasta abajo.

LEONOR Y ELVIRA:
Sí, sí, vamos.

DON JUAN: No, chicas, quédense ustedes con Carlos y Pepito... tenemos que conversar. Oye, Carlos, ¿por qué dijo el imbécil ese que esperaba lo del incendio?

CARLOS: Dijo que por pálpito...

DON JUAN: ¡Qué animal! Mucho juicio, ¿eh? ¡Veremos cómo se portan!
Abrazos, etc, etc.

LUCÍA: ¡Cuídate mucho y escribe pronto!

LEONOR: Recuerdos a Don Felipe y a las muchachas.

PEPITO: Buen viaje y hasta la vuelta.

ELVIRA: Tráeme helechos de la sierra.

LUCÍA: De los de trencita, ¿sabes?

D^a CAMILA: Y a mí hierba de la piedra.

DON JUAN: Bueno, bueno...

D^a CAMILA: No andes a caballo, ¡acuérdate del año pasado!

PEPITO: Sobre todo en caballo blanco, ¡mire que son como pararrayos para atraer la mala suerte!

jettatore!...

DON JUAN: No hay cuidado, ¡adiós! (*Mutis Don Juan y Doña Camila*).

TODOS: (*Acompañándolos hasta el foro*). ¡Buen viaje! ¡Adiós!

ESCENA XVI

Dichos, menos Don Juan y Doña Camila

LEONOR: Y a usted, Pepito, ¿cómo le ha ido estos días?
Se sientan todos.

PEPITO: ¿A mí? ¡Muy mal! ¡Con una guiña bárbara!

LUCÍA: ¿Le ha ocurrido alguna cosa desagradable?

PEPITO: ¡Pero, muchísimas! He estado preso... Con eso les digo todo.

ELVIRA: Preso, y ¿por qué?

CARLOS: A ver... cuente...

PEPITO: Ahora que no está la señora, se puede decir... Hace pocas noches, me llevó un amigo a una ruleta muy buena que había en la calle de Venezuela.

LUCÍA: ¡Qué escándalo!

PEPITO: Y ¿qué tiene? Vaya, si empiezan a escandalizarse por tan poco... no les cuento nada...

CARLOS: No, Pepito, siga: no haga caso.

LEONOR: Continúe, Pepito.

PEPITO: Bueno, voy y de entrada no más me encuentro con un *jettatore*, es decir... hasta entonces yo sólo tenía sospechas de que fuese *jettatore*.

ELVIRA: Y ¿en qué se le parecía?

PEPITO: En los ojos, en el pelo lustroso, en lo amable, ¡qué se yo! En lo que se conoce a los *jettatore*...

LEONOR: No le interrumpen. Continúe, Pepito... y ¿qué más?

PEPITO: Empiezo a jugar y enseguida me convenzo. Durante dos horas no acerté una sola postura. De balde hacía todo género de combinaciones, ¡nada!, cada vez más negro, y el *jettatore* firme como un poste delante de mí... Varias veces estuve por interpelarlo, pero de miedo al escándalo, me callé. ¡Esos malditos suelen tener mal genio! Ya no sabía qué hacer. De pronto, se me ocurre una idea. Pongo cincuenta pesos a colorado y cincuenta pesos a negro. (*A Carlos*) ¿Usted conoce la ruleta? ¡Es claro!, en esa forma no ganaba nunca nada; pero, por lo menos, cobrando de un lado, tenía la esperanza de quebrar la *jettatura*. Largan la bola... y rumrum. ¡Cero! ¡Sale el cero, amigo, y pierdo todo! ¿Qué le parece? (*Risas*). Para mejor, había creído verle una sonrisita burlona al *jettatore*, cuando hice mi parada. ¡Y me dio mucha rabia! Entonces, desesperado y resuelto a recibir fichas de la caja de cualquier modo, pongo cincuenta pesos a colorado, cincuenta al negro y diez al cero. De esa manera no podía dejar de acertar alguna, ¿no es cierto? Pues miro de reojo al *jettatore*... ¡y el muy trompeta se estaba riendo! Ya le iba a decir una barbaridad, cuando sueltan la bola... y... rum... rum ¡la policía! ¡Cae la policía, amigo, y se apodera de todo! ¡Era la única forma posible de no cobrar nada!

Todos sueltan una carcajada.

LEONOR: Y el *jettatore*, ¿qué hizo?

PEPITO: Resultó que era oficial de policía... Entró a proceder en seguida... y al primero que agarró fui yo...

Risas.

LUCÍA: Y ¿lo llevaron?

PEPITO: ¡Ya lo creo que me llevaron! Y eso no fue lo peor. ¡El hombre no quería después soltarme, ni aun pagando la multa!

CARLOS: ¿Por qué?

PEPITO: Porque aseguraba que yo debía de ser socio de la casa, que me había estado viendo jugar y que no era posible que nadie jugara así... ¡Pretextos y nada más! ¡De pura rabia que me tienen los *jettadores*!

ELVIRA: Y entonces, ¿qué hizo?

Se siente la voz de doña Camila.

LEONOR: ¡Silencio! ¡Ahí viene la señora!

Se levantan todos.

D^a CAMILA: Ya va en viaje el pobre Juan. ¡Quién sabe qué noche le hará, con tanto frío!...

PEPITO: La noche no es nada... lo malo es el día...

CARLOS: ¿Cómo... el día?

PEPITO: ¡Martes, pues!

LEONOR: ¡Ay, es verdad! No nos habíamos fijado.

LUCÍA: Es cierto.

ELVIRA: ¡Cállese, hombre! ¡Vaya un placer en venir a darnos miedo!

PEPITO: Yo... digo, no más.

D^a CAMILA: Basta. No me hagan entrar en aprensión a mí también.

ESCENA XVII

Dichos, Don Rufo; luego Ángela.

DON RUFO: ¡Ladrones! (*Desde el interior*).

TODOS: ¿Cómo está? ¿Qué es de su vida? ¡Tan perdido! ¡Si está más joven! ¡Qué bien, Don Rufo!

DON RUFO: Vaya, al fin caras alegres... ¡Ya era tiempo!

D^a CAMILA: Es que encuentra usted la casa de fiesta, Don Rufo.

DON RUFO: Pues no lo parece. He llamado más de veinte veces y nadie me ha sentido.

D^a CAMILA: ¿Qué se habrá hecho Ángela? ¿Qué mujer ésta!

LUCÍA: (*Riendo*) Debe de estar con hipo...

LEONOR: ¡Entonces debe de estar en la azotea!

D^a CAMILA: Cómo... ¿en la azotea?

LEONOR: Sí, ese primo bombero que tiene le ha dicho que cuando le venga el hipo, debe silbar contra el viento...

PEPITO: Entonces, será bueno...

LEONOR: Así parece.

PEPITO: Pues, no lo sabía.

DON RUFO: ¡Pero, si es natural, amigo! ¿A que no ha visto usted nunca un avestruz con hipo?

PEPITO: Yo no...

DON RUFO: Pues, por eso: porque se lo pasan silbando el día entero...

PEPITO: ¡Oh, no embrome, hombre! ¡Vea con lo que sale!

DON RUFO: ¿Y Juan, comadre?

D^a CAMILA: En la estancia... o, mejor dicho, en viaje para la estancia. Acaba de irse.

ESCENA XVIII

Dichos y Ángela.

ÁNGELA: (*Por foro*) ¡Ahí está el señor Don Lucas! (*Hipo*).

D^a CAMILA: No... ¡que no entre aquí!

ÁNGELA: No, señora, si tampoco quiere entrar. Está en el escritorio. Me preguntó por el señor, y cuando supo que no estaba pidió hablar con usted.

D^a CAMILA: ¿Conmigo? ¡No, no! ¡Conmigo no va a hablar! ¡Dios me libre!

DON RUFO: Pero, comadre, ¿qué es esto?

PEPITO: ¡Que lo echen los sirvientes! ¡Que lo maten, si es preciso! ¿Qué tiene que hacer ese miserable en esta casa? (*Caminando de un lado para otro*).

ELVIRA: ¡Ay, mamá, por Dios!

CARLOS: Calma, Pepito, calma. No hay para qué agitarse. Óigame, tía. Con Don Rufo nos encargamos de despedirlo, ¿quiere Don Rufo?

DON RUFO: ¡Pero si no entiendo jota de lo que está sucediendo!

CARLOS: Ya le explicaré todo.

D^a CAMILA: Hagan lo que quieran; pero lo que es yo no hablo con él.

PEPITO: ¡Tantos miramientos con un simple *jettatore*! ¿Qué sería entonces con un hombre como los demás?
Carlos saca un llavero.

CARLOS: Vamos, Don Rufo, toque, toque fierro...

DON RUFO: ¡No, mejor dame un garrote! Vamos... (*Mutis con Carlos, por izquierda*).

PEPITO: ¡No debe perderse tiempo! Enseguida que salga, hay que quemar benjuí para que desaparezca la *jettatura* que haya podido quedar en la casa.

ELVIRA: Yo tengo... voy a traer. (*Vase por derecha*).

PEPITO: Usted prepare un brasero con carbones encendidos, ¡pronto!
Mutis Ángela, por foro.

D^a CAMILA: ¡Con tal de que no les pase nada a Carlos y a Don Rufo!

LUCÍA: ¡Eso es lo que yo digo!

PEPITO: ¡Necesitaría una toalla!

LEONOR: ¡Yo voy! (*Vase por derecha*).

PEPITO: (*A Leonor, antes de que salga*) ¡Empápela en agua caliente! (*A Lucía*) ¡Es preciso que alguien se encargue de echar dos baldes de agua en el zaguán, para que se borren los pasos de la salida del *jettatore!*...

LUCÍA: ¡Le diré a la cocinera! (*Mutis por foro*).

D^a CAMILA: ¿Qué más necesita?

PEPITO: ¿Tiene tiza en polvo?

D^a CAMILA: No sé...

PEPITO: ¿Y nuez moscada?

D^a CAMILA: Voy a ver. (*Vase por derecha*).

PEPITO: Nuez moscada... tiza en polvo... ¡Caramba!, y me olvidaba de lo principal. (*Vase corriendo por foro*).

ESCENA XIX

Entra Elvira por la derecha, con un paquete en las manos y sale por el foro. Entra Leonor por la derecha, con una toalla y sale por la izquierda. Entra Lucía por el foro y sale por la derecha. Entra doña Camila por la derecha llevando varios paquetes y sale por el foro. Entran simultáneamente Lucía, por la derecha y Leonor por la izquierda.

LEONOR Y LUCÍA:

(Al mismo tiempo). ¿Dónde están?

Entra Ángela por foro y sale por derecha.

ÁNGELA: *(Al pasar)* ¡Están en el fondo!

Salen Leonor y Lucía por el foro. Entra Ángela y desaparece por el foro, llevando un montón de objetos en los brazos. Elvira se deja ver en el mismo sitio reclamando que se apure y desaparece con ella.

ESCENA XX

Carlos y Don Rufo.

CARLOS: *(Por izquierda)* ¡Se acabó! ¡Ya se fue! ¡No hay nadie!

DON RUFO: ¿Dónde se habrán metido?

CARLOS: *(Riendo)* Deben estar adentro encerradas. Vamos a avisarles.

DON RUFO: *(Se sienta)*. Pero, decime... che, ¿era *jettatore*, de verdad? ¿Estás bien seguro?

Carlos se sienta.

CARLOS: ¡No sé, Don Rufo! Lo único que le puedo afirmar es que, si antes no lo era, ahora está condenado fatalmente a serlo.

DON RUFO: ¿Cómo es eso?

CARLOS: Es muy fácil hacer un *jettatore*, Don Rufo; pero, una vez hecho, la rehabilitación es imposible...

DON RUFO: ¡Sabe que está lindo!

Carlos se cae de espaldas con la silla donde está sentado.

CARLOS: (*Cuernos*). ¡Y vaya usted a saber después si es o no *jettatore* Don Lucas!

DON JUAN: ¡Perdí el tren!

CARLOS: (*Encaramado en una silla*) ¡El último colazo del *jettatore*!
¡Ahora podemos vivir tranquilos!

TELÓN RÁPIDO

FIN

ESCENA XXI

Entra Pepito por el foro con delantal, llevando, ayudado por Ángela, un brasero humeante. Los siguen Camila, Leonor, Lucía y Elvira.

D^a CAMILA: ¡Ya está toda la casa libre de *jettatura*!

PEPITO: ¡Lo que es con esto, yo garantizo el resultado!

DON RUFO: ¡Aquí vamos a morir como ratones!

Aparece Don Juan, con la valija, por el foro.

ESCENA XXII

Dichos y Don Juan.

DON JUAN: ¡Aquí estoy yo!

TODOS: ¿Eh?

Bajo la garra

Gregorio de Laferrère

PERSONAJES

ALBERTO
RICARDO
ERNESTO
MANUEL
PORTERO
JOSÉ
CARLOS
PEDRO
SAMUEL
LUISITO
SIMON
DIEGO
ROBERTO
JORGE
ADOLFO
MIGUEL
ENRIQUE
CARMEN
JUAN
ROSA
ANITA
LUCAS
LUISA
EUGENIA
LEONOR
ROSARIO
TERESA
IRENE
FRASQUITA
ELENA
RAMÓN

ACTO PRIMERO

HALL ELEGANTEMENTE AMUEBLADO, EN UN CLUB ARISTOCRÁTICO. ALLÍ ESTÁN DON SAMUEL, QUE DORMITA ARRELLANADO EN SU SILLÓN; EN OTRO, ALBERTO OJEA UN DIARIO; MANUEL Y RICARDO, EN OTRO EXTREMO, FUMAN, ABURRIDOS. ENTRA UN CAMARERO.

ALBERTO: *(A José)* Dame café... *(Después de desaparecer José por izquierda, a Manuel y Ricardo, dejando el diario)* ¿Alguno de ustedes ha comido en el Jockey Club?

RICARDO: Yo.

ALBERTO: ¿Estaba Enrique?

RICARDO: No lo vi.

ERNESTO: *(Entrando por derecha)* Buenas noches. *(Se aproxima a Manuel y Ricardo).*

MANUEL Y RICARDO:

¡Hola!

ERNESTO: *(Desde lejos)* ¿Qué tal, Alberto?

ALBERTO: *(Saludando con la mano)* Buenas noches.

Ernesto se sienta cerca de Manuel y Ricardo y aparenta empezar a referirles algo que no tarda en despertar la hilaridad de los primeros. Entretanto, Alberto vuelve a tomar el diario, disponiéndose a seguir leyendo. En ese momento entra el portero por la derecha con una carta en la mano y se dirige hacia Alberto.

PORTERO: Acaban de traer esta carta. *(Se la entrega y vuelve a salir por derecha).*

ALBERTO: *(Después de romper el sobre y mirar la firma)* Diga...

El portero se detiene

¿Quién ha traído esto?

PORTERO: Un mensajero.

ALBERTO: ¿Espera contestación?

PORTERO: No, señor... La dejó y se fue. *(Vase el portero por derecha).*

Alberto sigue leyendo la carta, mientras entra José por primera izquierda, con el servicio de café que coloca sobre una pequeña mesa que hay delante del sofá que ocupa Alberto.

JOSÉ: *(Después de servir la taza)* Señor, el café... *(Vase por izquierda, sin que Alberto aparente oírlo).*

En este momento Ricardo, Manuel y Ernesto ríen estrepitosamente

ERNESTO: ¡Imagínense cómo se quedarían todos!

MANUEL: *(Riendo)* ¡Ya lo creo que no era para menos!

Alberto, sin dejar de leer la carta, se lleva la taza de café a los labios e inmediatamente la deja. Hace un gesto de fastidio, oprime un botón de campanilla eléctrica que hay en la pared, al alcance de su mano y después sigue leyendo

RICARDO: *(Riendo)* Y entonces... ¿ella qué hizo?

ERNESTO: *(Con un movimiento de hombros)* ¿Qué iba a hacer?... Se calló.

MANUEL: *(Sonriendo)* Pero, tú... ¿cómo te manejas para averiguar esos detalles?

ERNESTO: *(Con suficiencia)* ¡Uff! ¡A mí no se me escapa ni esto! *(Con la uña).*

RICARDO: *(Riendo)* ¡La verdad que es particular!

ERNESTO: Y eso no es nada... ¡Si vieran todas las cosas que sé! Digan que soy muy discreto... ¡que si no! *(Sacude los dedos de la mano).*

Siguen hablando en voz baja. Entra José por primera izquierda.

ALBERTO: *(A José, de mal modo)* Este café está frío. *(Guarda la carta en un bolsillo).*

JOSÉ: *(Con mucha calma y mientras recoge el servicio de café)* ¿Quiere otro?

ALBERTO: No quiero nada...
José se dispone a salir por izquierda.

RICARDO: *(A José, desde lejos)* Mozo... trae cigarros...
Vase José por la izquierda. Entran por derecha Pedro y Carlos; el primero se une al grupo que forman Manuel, Ricardo y Ernesto, mientras Carlos se dirige hacia Alberto.

CARLOS: ¿Qué tal, Alberto? *(Se sienta a su lado en el sofá).*

ALBERTO: *(Secamente)* ¿Cómo te va?

CARLOS: *(Queriendo iniciar conversación)* ¿Qué se dice?

ALBERTO: Nada... Estoy esperando a Enrique...

CARLOS: Esta tarde lo vi en Palermo...

ALBERTO: ¿Solo?

CARLOS: Con la mujer.
Siguen conversando. Entra José por izquierda, trayendo en la mano una caja de cigarros.

RICARDO: *(Desde lejos, al ver a José)* ¿Hay gente en el pócker?

JOSÉ: Sí, señor... hay seis... *(Presenta la caja de cigarros).*
Carlos y Alberto siguen hablando en voz baja. Ricardo toma un cigarro.

RICARDO: Entonces... hasta luego... *(Va a salir por segunda izquierda).*

PEDRO: Buena suerte.

ERNESTO: *(Desde lejos, a José, que se ha dirigido a la izquierda)* Traeme té.
Mutis José por izquierda. Entra el portero por derecha.

PORTERO: *(Acercándose a don Samuel)* Señor... le habla su señora, por teléfono...

SAMUEL: Dígale que dentro de un rato iré. *(Vuelve a su anterior posición).*

Mutis portero por derecha. Entra por derecha Luisito, con aires de importancia y se sienta aislado en medio del hall, donde se pone a hojear una revista.

PEDRO: *(A Carlos desde lejos y poniéndose de pie)* Carlos... ¿quieres que juguemos una partida de dominó... de compañeros?

CARLOS: *(Interrumpiendo su conversación con Alberto)* No... no juego...

MANUEL: *(A Carlos, siempre sentado)* Sí, hombre... danos la revancha del partido de ayer.

CARLOS: No puedo... *(Viendo entrar por foro derecha a Roberto)* Ahí lo tienen a don Roberto. *(Sigue su conversación con Alberto).*

ROBERTO: ¿Qué?... ¿Qué hay?

MANUEL: ¿Quiere jugar una partida de dominó?

ROBERTO: ¿De compañeros?

PEDRO: Sí... nosotros dos contra ellos *(Por Ernesto y Manuel).*

ROBERTO: *(Haciendo un gesto)* ¡No embrome, hombre! ¡Nos ganan!

PEDRO: *(Riendo)* ¿Qué nos han de ganar!... ¡No sea flojo! *(Se sienta cerca de Alberto y Carlos).*

ROBERTO: No... no me conviene.

ERNESTO: *(A Luisito)* ¿Usted tampoco juega, Luisito?

LUISITO: *(Recalcando las palabras)* No puedo... Espero a una persona... *(Mira su reloj).*
Entra José y sirve el té a Ernesto

ERNESTO: *(A José)* Hágame detener un coche.

LUISITO: *(Antes de mutis por foro derecha)* Mozo...

JOSÉ: ¿Señor?

LUISITO: ¿Anda bien ese reloj? *(Señala un reloj que está sobre la chimenea y compara la hora con el de él).*

JOSÉ: Sí, señor. *(Vase por derecha).*
Luisito vuelve a su anterior posición.

SIMÓN: *(A Roberto desde lejos)* Don Roberto, ¿quiere permitirme una palabra?
Roberto se levanta de mala gana y se aproxima a Simón con quien conversa en voz baja

SAMUEL: *(Mirando el grupo que forman Roberto y Simón)* ¡Ya empezó el cretino éste con sus apartes!

ERNESTO: ¡Pero que manía!, ¿eh? Se lo pasa hablando a la gente en secreto... o descifrando charadas en la Biblioteca... ¡Es particular!
Roberto y Cipriano se van por foro, Manuel los mira salir.

JOSÉ: *(A Ernesto, después de entrar por derecha)* Ahí está el coche, señor. *(Se dirige a izquierda).*

SAMUEL: *(Dándose vuelta a medias)* Vea mozo... debe haber algo abierto... Hay una corriente de aire...
Mutis José.

MANUEL: *(A Pedro)* Pedro... ¿viste? Ya hizo partida don Roberto con don Cipriano.

PEDRO: *(Riendo y sin moverse de su sitio)* Sí... ¡Ésas son las que gustan!... ¡Es el candidato de todas las noches!

MANUEL: *(Acercándose al grupo donde están Pedro y Carlos)* Don Cipriano es la estancia de don Roberto...
Entra el portero por la derecha y se acerca a don Samuel.

PORTERO: Señor, la señora está en el teléfono.

SAMUEL: *(Sin moverse)* Bueno... bueno... que ya voy...
Vase portero por derecha.

ALBERTO: *(Poniéndose de pie)* Hasta luego... *(Se dirige hacia derecha).*

ERNESTO: *(A Alberto, poniéndose de pie)* ¿Vas para el norte?

ALBERTO: Sí... hasta Cerrito.

ERNESTO: Te llevo.
Se dirigen a salir juntos por derecha.

MANUEL: *(Después de salir Alberto, en el momento de desaparecer Ernesto)* Ernesto...

ERNESTO: ¿Qué hay? *(Se vuelve).*

MANUEL: *(Mostrándole el puño cerrado)* ¿A qué no sabes lo que tengo entre la mano?

ERNESTO: *(Con fastidio)* ¡Oh!... ¡déjate de pavadas! *(Vase por derecha).*

MANUEL: *(Riendo)* ¡Qué rico tipo!

PEDRO: Y siempre con Alberto. No lo suelta...

CARLOS: Dios los cría... y una Luisa los junta...

PEDRO: Pero, ¿quién es Luisa?

CARLOS: La mujer de Ernesto...

MANUEL: Y tiene la manía de querer saberlo todo. Ernesto no acepta que pueda ocurrir nada de lo que él no está informado.

CARLOS: *(Con intención)* Entonces sabrá lo que hace Luisa.

PEDRO: *(Riendo)* Hay que preguntárselo a Alberto.

MANUEL: *(Riendo)* ¡Es inútil! Porque parece que Ernesto es lo único que no sabe.

PEDRO: Y a propósito de Alberto... ¿qué tendrá, que anda tan preocupado?

CARLOS: ¡Bah!... Alguna otra aventura amorosa... Es un tenorio que no vive sino para las aventuras amorosas.

PEDRO: *(Riendo)* ¡Pobre Ernesto!
Aparece Simón por la primera derecha; hace como que va a hablar a Pedro, pero se detiene. Después, como si no se resolviera, desaparece nuevamente por foro.

MANUEL: Alberto entró preguntando por su primo Enrique... y ha estado más de una hora sentado en este sofá sin hablar con nadie, leyendo diarios...
Entra José por primera izquierda y se acerca a don Samuel.

JOSÉ: Señor... no hay nada abierto.

SAMUEL: No puede ser... Revise bien...

JOSÉ: Si he revisado...

SAMUEL: *(Incorporándose, furioso)* ¡Que revise, le digo! *(Después de dirigirle una mirada furibunda, se sienta en la posición que estaba).*
José se dirige en silencio hacia izquierda.

LUISITO: *(A José, antes del mutis)* Pero, dígame, mozo... ¿está usted seguro de que este reloj anda bien?...

JOSÉ: *(Deteniéndose)* Sí, señor... anda bien. *(Vase por primera izquierda).*

CARLOS: *(A Pedro y Manuel)* Y nosotros, ¿qué hacemos? *(Se pone de pie).*

PEDRO: ¿Vamos al Royal?

MANUEL: *(Como vacilando)* ¿Al Royal? *(Siguen hablando bajo).*
Entra el portero por derecha y se acerca a Luisito, a quien habla en voz baja.

LUISITO: *(Al portero, en voz alta y dirigiendo una mirada de soslayo al grupo de Carlos, Pedro y Manuel para cerciorarse de que lo oyen)* ¿Una señora?
El portero le habla otra vez en voz baja y Luisito levanta el tono viendo que los otros no se han apercibido.

¿Una señora que pregunta por mí?

PORTERO: Sí, señor.

LUISITO: ¿Está en carruaje particular?

PORTERO: *(Sonriendo)* No señor... de plaza.

LUISITO: *(Con énfasis)* Bueno... que ya voy...
Vase el portero por derecha.
(Dirigiéndose a José que aparece por primera izquierda)
 ¡Mozo... un cigarro! *(Se pone de pie).*
Mutis José por izquierda.

CARLOS: ¡Ah!... ¡ah!... Luisito... ¿con que esas tenemos?

MANUEL: ¡Ah, pícaro!...

LUISITO: *(Aparenta contrariedad)* ¡No, hombre, no! Es que estos sirvientes son unos torpes... Anuncian a gritos lo que debieran decir despacio... ¡Siempre lo mismo!
Entra José por primera izquierda con una caja de cigarros de la que toma uno Luisito y lo enciende despacio. Mutis José izquierda.

MANUEL: *(Muy serio)* Cuidado, ¿eh?... ¡Mire que ya se sabe!...

LUISITO: *(Aparentando alarma)* ¿Qué es lo que se sabe?

MANUEL: *(A Carlos, conteniendo la risa)* Y, entonces, ¿cómo decías?

PEDRO: *(Sonriendo)* No les haga caso, Luisito. Lo están queriendo intrigar.

LUISITO: *(Con enojo)* ¡Caramba, hombre!... En esta tierra ya no se va a poder hacer nada. *(Vase por derecha, con aire de importancia, donde se cruza con Miguel que entra).*

MIGUEL: ¿A quién de ustedes está esperando una vieja en un coche?
Carlos, Pedro y Manuel ríen con fuerza.

PEDRO: *(Riendo)* ¡Ah! ¿Es una vieja?

MANUEL: ¡Qué mequetrefe más botarate!
Entra el portero.

PORTERO: Señor... *(En voz más alta, viendo que no contesta)* ¡Señor!

SAMUEL: *(Despertando)* ¿Qué hay?

PORTERO: Dice por teléfono la señora que se fije que son más de las once.

SAMUEL: *(Con energía)* ¡Dígale que ya voy! *(Dándose vuelta al sentir a su espalda el rumor de risas contenidas)* ¡Ah!... ¿Estaban ustedes ahí?... ¡Ay, amigos míos! ¡Qué cosa desesperante es una mujer celosa! *(Vuelve a tomar posición para dormir).*
El portero vase por derecha.

CARLOS: *(Con sorna)* ¡También usted es tan calavera!...
Samuel, medio dormido, no contesta. Aparece Simón por foro izquierda y queda inmóvil en el sitio.

SIMÓN: *(A Pedro, haciéndole una seña)* ¿Quiere hacerme el favor de escucharme una palabra?
Pedro se pone de pie.

CARLOS: *(Con voz contenida)* ¡No vas, hombre! *(Mira con fastidio a Simón).*
Pedro sonríe, se acerca a Simón, que, tomándole del brazo, sale por foro izquierda, quedando ambos a la vista del público, en el fondo de la sala correspondiente.

MANUEL: Pero, ¡qué calamidad de individuo!... ¡Va a haber que echarlo!
Samuel se despierta estornudando.

SAMUEL: *(Se incorpora irritado)* ¡Malditas corrientes de aire!

CARLOS: *(Con sorna)* ¡Mire si llega a saber su señora que lo persiguen tanto!

SAMUEL: *(Mientras cambia de sitio el sillón)* ¡Es que es un servicio el de

esta casa!... *(Antes de volver a sentarse oprime nerviosamente un botón de campanilla eléctrica que hay sobre la pared.*

Por foro izquierda entra Pedro riendo.

PEDRO: *(A Carlos y Manuel)* ¿Saben para qué me llamó Simón? ¡Para preguntarme si sé cuál es la revista que publica mejores charadas!

MANUEL: *(Riendo)* ¡No he visto zopenco igual!
Entra José por primera izquierda.

SAMUEL: *(Que ha estado espiando la entrada de José)* Pero, dígame, mozo... ¿no le he ordenado que cierre lo que está abierto?

JOSÉ: ¡Si todo está cerrado, señor!

SAMUEL: *(Sulfurándose)* ¡Pero se necesita insolencia! ¿Y estas corrientes de aire, entonces? *(Mueve los brazos en el aire).*
 ¿qué son?... ¿qué son?...

José, atolondrado, sigue con la mirada los movimientos de don Samuel.

MANUEL: *(Riendo)* Allí... Allí... *(Señala con el dedo los rincones).*
José mira sin comprender. Carlos y Pedro ríen.

SAMUEL: *(Indignado)* ¡Mándese mudar... animal! *(José vase por izquierda. Samuel se coloca en posición de seguir durmiendo, mientras entra Simón por foro izquierda. Va a sentarse solo en el sofá colocado en el último extremo derecho del hall).*

CARLOS: *(Mirando a Simón)* Ya está la fiera acechando una presa.

MANUEL: Pero lo que es esta vez no veo a quién pueda atrapar.
Entra el portero por derecha y se aproxima a Pedro.

PORTERO: Señor... hay una persona que pregunta por usted.

PEDRO: Contéstele que no estoy... Ya le he dicho que no estoy para nadie...

Portero va hacia la derecha.

- SIMÓN: *(Se pone de pie al ver venir hacia él al portero)* Oiga, portero...
(Se lo lleva aparte y habla en voz baja).
- CARLOS: *(A Manuel, riendo)* ¡Fíjate! *(Señala a Simón y al portero).*
- ERNESTO: *(Entra por derecha)* Acabo de encontrar por la calle a Luisito en un coche con una mujer.
- PEDRO: *(Aparte)* ¡La vieja!... *(Sonriendo)* ¿La alcanzaste a distinguir?
- ERNESTO: No... Apenas le vi la falda del vestido...
- CARLOS: Pero, por supuesto, ¿sabrás quién es?
- MANUEL: ¡Bueno fuera! ¡Si Ernesto sabe todo!... ¿Acaso hay algo que se le escape?
- ERNESTO: *(Con suficiencia)* ¡Uff! Me la imagino...
- MANUEL: *(Riendo)* ¡Es claro!... ¿Cómo no lo había de saber?
- CARLOS: *(A Ernesto)* Qué imprudencia, ¿eh?
- ERNESTO: *(Con gravedad)* Así me parece...
- CARLOS: *(Riendo)* ¡Exponerse de ese modo!
- MANUEL: ¡Una mujer de su clase!
- CARLOS: Es que debe estar muy enamorada... *(A Ernesto, muy serio)* ¿Está muy enamorada?
- ERNESTO: *(Con aplomo)* Dicen así...
- MANUEL: Pero, con todo... Venir a buscarlo a esta casa... ¡donde podía verla el marido!...
- CARLOS: Los temperamentos apasionados no reparan en esos pequeños detalles *(A Ernesto)* ¿Tiene un temperamento muy apasionado?
- ERNESTO: *(Sacudiendo los dedos)* ¡¡Uff!!... ¡Extraordinario!
Todos hacen esfuerzo para contener la risa.

- CARLOS: *(Con afectación)* ¡Pobre marido!... Uno de nuestros mejores consocios!...
- MANUEL: ¡Tan correcto!... ¡tan caballero!
- CARLOS: *(A Ernesto)* Tú, que tienes confianza con Luisito, debías recomendarle mayor prudencia.
- ERNESTO: Muchas veces he pensado en hacerlo... pero, en estas cosas mejor es no meterse...
- MANUEL: ¿Y hace mucho que lo sabías?
- ERNESTO: ¡Uff! Más de tres meses... *(Se pone de pie, a Carlos)* Pero, ¿sabes que tiene razón?... es mejor prevenirles... Yo sé dónde están... Voy y vuelvo... *(Sale precipitadamente por derecha).*
Todos ríen.
- MANUEL: Pero, ¡qué infeliz!
- PEDRO: ¡Parece mentira!... ¿Dónde habrá ido, ahora?
- CARLOS: A hacer tiempo... para decirnos después que ha hablado con ellos. Ha querido evitar nuestras preguntas que lo pusieran en apuros.
- MANUEL: *(Riendo con más fuerza)* ¡Pero qué idiota!... ¡qué idiota!
- DIEGO: *(Entrando)* ¡Si vieran qué incendio hay por el lado del Once de Septiembre!... Se deben estar quemando tres o cuatro manzanas.
- MANUEL: *(Riendo)* ¡Caracoles!... ¿No lo hace por menos?
- DIEGO: ¡Asómense a la puerta y verán!
- CARLOS: Transemos por un corralón grande... ¿qué te parece?
- DIEGO: ¡Pero si se levanta una columna de humo horrenda!... Toda aquella parte del cielo está cubierta de humo... No se dan cuenta... ¡Vengan, vean!...

CARLOS: Te prevengo que nada de lo que se está quemando es nuestro.

DIEGO: ¡Miren que gracia!... Ya sé...

CARLOS: Entonces, déjalo que se queme no más. ¿Qué nos importa?
Ruido dentro.

PEDRO: ¿Qué es eso?

MANUEL: Es en la sala de dominó... Don Roberto y Don Cipriano que están discutiendo.

CARLOS: De seguro que le han ahogado el doble seis... don Cipriano es lo único que no perdona...
Sale don Roberto.

PEDRO: ¿Y qué tal, don Roberto?

ROBERTO: Regular... regular...

MANUEL: ¿Cuántas partidas ganó?

ROBERTO: Tres... ¡Es que este hombre está jugando muy mal!

CARLOS: ¡Qué lástima!... ¿eh?... Y, ¿por qué no le enseña?

MANUEL: ¡Si ya le están enseñando!

PEDRO: ¡Pero no quiere aprender!

PORTERO: *(Por derecha, a don Samuel)* Señor... señor... dice la señora que ya van a cerrar la puerta.

SAMUEL: Pero, ¡qué fastidio!... ¡Dígale que le deje la llave al vigilante!... Pero, ¿han visto ustedes? ¡Y esto se repite desde hace veinte años!... ¡desde el día que me casé!

CARLOS: ¿Siempre lo mismo?

SAMUEL: Lo mismo... ¡Es una tigra de celosa esta mujer!

ROBERTO: Pero no se duerma, don Samuel... ¿Quiere jugar al dominó?

SAMUEL: Si no sé...

ROBERTO: Yo le enseño

SAMUEL: Muchas gracias.

CARLOS: ¿Quiere hacerme el favor de tocar la campanilla?

ROBERTO: ¿Y se sabe algo más de los barullos de esta tarde?

JORGE: Parece que ha habido veinticuatro heridos.

PEDRO: ¡Pero, no seas exagerado, hombre!... No hay sino dos...

JORGE: Pero yo había oído decir veinticuatro.

CARLOS: Averígualo al mozo de la partida si hay asiento.

MANUEL: ¿Quieres que vayamos hasta el Sportman?... Deben estar los muchachos cenando.

PEDRO: Es que voy a encontrarme con... y no quiero...

MANUEL: ¡Vamos..., no seas zonzo!... ¿Qué te importa?

PEDRO Y MANUEL:
Sí...
Salen por segunda derecha.

ROBERTO: ¡Eso es!... ¡Me dejan solo!... ¡Muy bonito!

CARLOS: ¡Ahí le queda don Samuel!... ¡Es un gran compañero!
(Zamarreando a don Samuel) ¡Eh, hombre, eh!...

SAMUEL: ¿Qué?... ¿Qué hay?...

ROBERTO: ¡Qué está usted roncando!

SAMUEL: ¡Ah, disculpe!... Es que estaba mal colocado...

JORGE: *(Entrando)* ¿Qué le pasa, don Roberto?... ¡Ji, ji, ji!...

ROBERTO: ¡Aquí me tiene, amigo, cuidándole el sueño a este cretino!

JORGE: ¡Ji, ji, ji!...

SAMUEL: ¿Qué?

ROBERTO: Nada, hombre, nada...

SAMUEL: Es que me había parecido oír...

ROBERTO: Bueno... yo no lo he dicho para que me oyera... Lo creía dormido...

SAMUEL: ¡Eso es otra cosa!

ROBERTO: ¿No juega usted al dominó?

JORGE: No, señor.

ROBERTO: ¡Es curioso!... ¡Ya nadie juega dominó!

JORGE: Es que me aburre... ¡Ji, ji, jil!

ROBERTO: Estará usted acostumbrado a hacer cosas muy entretenidas, ¿no?

JORGE: ¿Por qué? ¡Ji, ji, jil!

ERNESTO: (*Entrando*) Tengo que contarles... ¡Buenas noches!

SAMUEL: ¿Qué hay?

ERNESTO: Nada... Que les doy a ustedes las buenas noches.

SAMUEL: ¿Sí?... Pues, ¡buenas noches!

ROBERTO: ¿Qué sucede?

ERNESTO: Ahora se los contaré.

JORGE: ¿Qué será? ¡Ji, ji, jil!

ROBERTO: ¡Pero, hombre; hágame usted el favor de suprimir el relinchito con que ya me está reventando!...

JORGE: ¡Es que no puedo!... ¡Ji, ji, ji!
Entra Ricardo.

ROBERTO: ¿Jugaste?

RICARDO: Sí...

JORGE: ¿Cómo te fue?

RICARDO: Gané.

JORGE: ¡Ji, ji, jil!

ROBERTO: ¿Pero usted gana siempre?

RICARDO: Trato de imitarlo a usted.

JORGE: Vamos, déjense de zonceras... ¡ji, ji, jil!

ERNESTO: Pues lo que les quería decir es...

SAMUEL: Está visto: ¡ya no se puede!

ERNESTO: ¿Qué le pasa?

SAMUEL: Que sin saber por qué me he puesto nervioso... y no puedo dormir...

ROBERTO: ¿Y por qué no se va a su casa de una vez?

SAMUEL: ¡Porque no se me da la gana!

ERNESTO: (*Bajo*) Con este hombre hay que tener cuidado... porque todo lo que pasa aquí se lo cuenta a su mujer...

ROBERTO: Bueno... ¿y qué es lo que nos iba a decir?

ERNESTO: ¿Supongo que serán discretos, verdad?

ROBERTO: Sí, hombre, sí...

ERNESTO: No... es que no conviene que lo repitan...

ROBERTO: ¡Pero hable de una vez! ¿Qué?

ERNESTO: Pues esta noche...

SIMÓN: (*Acercándose*) Ernesto, ¿me permite una palabra?

ROBERTO: Pero... ¿nos dejará usted tranquilos?

ERNESTO: Ahora no puedo... Un momento...

ROBERTO: ¡Qué animal!

JORGE: ¡Ji, ji, jil!

ERNESTO: Pues, esta noche, la mujer de uno de nuestros consocios ha venido a la puerta a buscar a otro consocio nuestro.

JORGE: ¿Sí?

ROBERTO: ¿La mujer de quién?... ¿de quién?

ERNESTO: De uno de nuestros consocios más correctos... más caballeros y más jóvenes...

ROBERTO: Pero, ¿cómo se llama?

ERNESTO: ¡Ah!... ¡Eso es mucho preguntar!...

JORGE: ¿Y tú la has visto?

ERNESTO: Con estos ojos... Por otra parte, para mí no ha sido una sorpresa... Hace mucho que lo sabía...

ROBERTO: ¿Dice usted que es joven?

ERNESTO: Joven y buen mozo...

ROBERTO: ¿Rubio o moreno?

ERNESTO: No lo puedo decir...

JORGE: ¿Y el otro?... ¿al que vinieron a buscar?

ERNESTO: ¿Qué tiene?

JORGE: ¿Será joven también?

ERNESTO: Joven y muy amigo del marido.

ROBERTO: ¿Muy amigo?

ERNESTO: Íntimos.

ROBERTO: ¡Lo que pasa siempre!

JORGE: ¡Ji, ji, ji!...

ERNESTO: Cuando salieron de aquí... yo los seguí en otro coche para prevenirles que no fueran a hacer alguna imprudencia... que el marido podía andar cerca...

JORGE: ¿Y hablaste con ellos?

ERNESTO: Hablé con él.

JORGE: ¿Y qué te dijo?

ERNESTO: Que no tuviera cuidado.

JORGE: ¡Es particular!... ¡Tú siempre haciendo descubrimientos! ¿Y ella?... ¿ella?

ERNESTO: ¿Qué tiene?

JORGE: ¿Es bonita?

ERNESTO: ¡Uff! ¡una divinidad!

JORGE: ¿Rubia?

ROBERTO: ¿Es alta o baja?...

JORGE: ¿Cuál es la primera letra del apellido?

ERNESTO: No puedo decir más... Y no se olviden que han prometido discreción...

ROBERTO: ¡Pero escuche... escuchel!...

ERNESTO: Hasta luego... (*Mutis*).

JORGE: ¿Quiénes serán?... ¡Ji, ji, ji!...

RICARDO: ¡Pero si no hay que hacerle caso!... ¡Es un visionario!

CARLOS: (*Entrando, con Adolfo*) ¡Qué noche!... He perdido seis cajas sin sacar un pozo...

ROBERTO: Pues consuéllese... porque hay otros que han perdido más.

CARLOS: ¿Qué ha sucedido?

ROBERTO: Amigo... hemos estado a un tanto así... de un gran escándalo social.

CARLOS: ¿Cómo?

ROBERTO: Sí, señor... La mujercita de un consocio nuestro... se vino a buscar aquí a otro consocio nuestro... Se fueron juntos en un coche... y si no hubiera sido por la intervención de un amigo prudente que les avisó a tiempo... se ven sorprendidos por el marido... que según parece andaba por los alrededores del sitio hacia el cual se dirigían...

CARLOS: Pero, ¿quiénes son ellos?

ROBERTO: El marido es muy joven, buen mozo y de pelo castaño...

RICARDO: ¿Cómo de pelo castaño?

ROBERTO: ¡Es claro!... ¿No vio usted que cuando le pregunté al otro si era rubio o moreno se quedó vacilando? Eso quiere decir que no es rubio ni moreno... Luego tiene que ser de pelo castaño.

JORGE: Naturalmente, ¡ji, ji, ji!...

CARLOS: Entonces, ¿ustedes no saben de quiénes se trata?

ROBERTO: No... A nosotros nos ha referido los detalles la persona que intervino en el asunto... pero sin querernos decir los nombres...

CARLOS: ¿Y el otro? ¿Al que vinieron a buscar?

ROBERTO: Es joven e íntimo amigo del marido... Casi pariente...

RICARDO: ¿Pariente?... No dijo...

ROBERTO: Bueno... de una gran intimidad en la casa... como si fuera pariente...

CARLOS: Muy joven... buen mozo... de pelo castaño... ¿Hará mucho tiempo que se ha casado?

ROBERTO: ¡Hombre! Si es tan joven no podrá hacer mucho tiempo...

CARLOS: Tiene razón... El amante... joven y casi pariente... Pues no caigo... No sé quiénes son... A ver si éste da...

SAMUEL: *(A Simón, que vuelve)* ¿Qué tal?... ¿Se divierte?

SIMÓN: Regular... ¿Y usted?

SAMUEL: ¡Psh!... ¡He echado un sueñito!

SIMÓN: Pues yo he estado revisando revistas.

SAMUEL: ¡Ah! ¿Por las charadas?

SIMÓN: Sí... Me gustan mucho.

SAMUEL: ¿Sí, eh?

SIMÓN: ¡Es muy entretenido!

SAMUEL: Pero será difícil...

SIMÓN: Para el que no está acostumbrado... Pero yo... Por difíciles que sean... las miro... y... ¡zas!... ¡ya está!

SAMUEL: Es claro. Con tanta práctica...

SIMÓN: ¡Imagínese!... Hace veinte años que no hago otra cosa...

SAMUEL: Pero, ¿cuántos años tiene usted?

SIMÓN: Veinticuatro...

SAMUEL: ¿Desde los cuatro años, entonces?

SIMÓN: ¡Psh!... Poco más o menos...

SAMUEL: ¡Qué prodigio!

CARLOS: ¡Pero si es natural!... ¡Cómo no se nos había ocurrido antes!

ROBERTO: ¿Les parece?

CARLOS: ¡Es el hombre indicado!... ¡No tengo duda!

ROBERTO: ¡Es tan zoncito!

JORGE: ¡No importa!... ¡Desde que se le llama a su juego!...

ROBERTO: Puede ser... Hagan la prueba...

RICARDO: Pero, ¿están locos?

JORGE: Yo me encargo de presentarle el caso... Déjenme a mí no más... Simón, ¿quiere permitirme una palabra?

SIMÓN: ¡Pero con muchísimo gusto!
Hablan en voz baja.

JORGE: *(Volviéndose a Roberto)* Hace mal, don Roberto... ¡Si al fin esto es una especie de charada, ji, ji, ji!...

ROBERTO: No, hombre... ¡qué tiene que hacer con las charadas!... Ustedes verán que va a salir con algún disparate...

ADOLFO: Y, ¿si acierta?

ROBERTO: ¡Qué gracia!... También podríamos acertar cualquiera de nosotros... por casualidad...

CARLOS: No, señor... Si aquí hay datos concretos... señas particulares... No se trata de casualidad...

ROBERTO: ¡Ah, sí! ¡No se nos ocurre a nosotros y se le va a ocurrir a ese desgraciado!... ¡No digan sonceras, hombre!

JORGE: ¡Pero si él tiene el hábito de esta especie de adivinanzas, ji, ji, ji!...

ROBERTO: El hábito de ser pavo... ¡eso es lo que tiene!...

ADOLFO: Al fin, nada se pierde...

CARLOS: Y aunque usted diga lo que quiera... es un caso de charada.

ROBERTO: Bueno, vamos a ver...

JORGE: ¡Ya está! ¡Ya está!

CARLOS: ¿Seguro?

JORGE: ¡Segurísimo!

TODOS: A ver, a ver...

JORGE: El marido... muy joven, recién casado, pelo castaño, ojos azules...

RICARDO: ¿Ojos azules?

JORGE: ¿Y no dijeron que tenía los ojos azules? ¿Quién fue el que dijo? Bueno... no sé... pero alguien dijo que tenía los ojos azules...

CARLOS: Lo mismo es... ¡Al grano... al grano!... ¿Quién?

JORGE: ¡Enrique!

TODOS: ¡Enrique!...

CARLOS: ¡Y es cierto!... ¡No hay otro!

JORGE: ¡Ya lo creo que es cierto!

CARLOS: Y todas las señas coinciden...

JORGE: Sí, no tiene duda.

CARLOS: Lo raro es no haberlo descubierto nosotros antes.

RICARDO: ¡Pero no digan disparates!

ROBERTO: ¿Qué le parece? ¿Y el otro, el amante?

JORGE: El amante... joven, pariente, hombre de aventuras...

CARLOS: ¡Alberto!

ROBERTO: ¿Quién lo hubiera dicho?

RICARDO: ¡Parece mentira! ¿Pero se dan cuenta ustedes de lo que están haciendo?

ROBERTO: ¡Y cácese usted después!

SAMUEL: ¿Pero quieren contarme lo que ocurre?

ROBERTO: ¡Vea para qué habían servido los idiotas!

Entra Manuel con don Cipriano y Miguel.

- JORGE: ¿Y Pedro?
- MANUEL: Se fue a dormir... Me lo embriagaron...
- JORGE: Si vieras lo que pasa...
- MANUEL: ¿Qué?
- JORGE: ¡Una cosa bárbara!... La mujer de Enrique tenía cita esta noche con Alberto... y en el punto donde debían encontrarse, no se sabe si por sospechas o por qué, estaba también Enrique... Parece que un aviso providencial evitó la catástrofe, salvándose la pareja por una puerta falsa...
- MANUEL: ¿Qué me dices?... ¡Carlos!
- JORGE: Y lo peor del caso es que todo el mundo ya está enterado.
- MIGUEL: ¿Qué te parece la noticia?...
- CARLOS: Ahora me explico el interés de Alberto en averiguar el paradero de Enrique...
- MANUEL: Y una carta... una carta que recibió hoy temprano... antes de que tú entraras... y que lo puso muy nervioso.
- CARLOS: ¡Claro!... Era la carta de ella, dándole la cita... Y él, hombre prudente, quería saber antes dónde andaba el marido... ¡Le reconozco ese detalle!
- LUISITO: *(Con otros socios)* ¿Qué sucede?
- JORGE: ¡Ji, ji, ji! Pero con reserva, ¿eh?
- RICARDO: ¡Ah! Si usted me hace decir lo que no digo.
- ROBERTO: No, señor... dentro de lo que usted dice... porque la mujer de Enrique no está en este caso...
- RICARDO: *(Con energía)* ¡Pero!, ¿se pueden echar así reputaciones por el suelo?

- ROBERTO: ¡Ésa es otra cosa!
- RICARDO: ¡Pues entonces, venimos a lo mismo!
- ROBERTO: No, señor.
- SAMUEL: Pues, yo creo que sí.
- ROBERTO: ¡Qué sabe usted, hombre! ¿O cree que esto se hace por corrientes de aire?
- SAMUEL: ¡Y cómo no lo he de saber! ¡Bueno fuera!
- LUISITO: Lo sé por experiencia.
- JORGE: ¿Cómo, por experiencia?
- LUISITO: Porque me ha pasado hace algún tiempo un caso igual.
- JORGE: ¿A usted?
- LUISITO: Por lo menos, muy parecido... Un marido que entró por la ventana...
- JORGE: ¿Y salió por la puerta?
- LUISITO: Justamente...
- JORGE: ¡Es original! ¡Ji, ji, ji!...
- CARLOS: Pero, ¿Enrique sospechará?
- MANUEL: Eso es lo único que no se sabe...
- CARLOS: ¿Y cómo se encontraba en el sitio?
- JORGE: Nadie se explica.
- Entran Ernesto y otros socios.*
- LUISITO: ¿Qué le parece?
- ERNESTO: ¿Ha visto?
- LUISITO: Yo tenía motivos personales para suponerla a ella capaz de algo así... pero, no sabía nada de esto... ¿Usted sabía?
- ERNESTO: ¡Uff!... Hace mucho...

LUISITO: ¿Mucho?
 ERNESTO: Más de tres años.
 LUISITO: ¿Desde antes de casarse, entonces?
 ERNESTO: Desde mucho antes...
 LUISITO: Pero, entonces...
 ROBERTO: Ya sabemos quiénes son...
 ERNESTO: ¿Sí?
 ROBERTO: Enrique y Alberto.
 ERNESTO: ¡Ah!...
 ROBERTO: Sí... ¡hágase nomás el sorprendido!... ¡bribón!
 ERNESTO: ¡Enrique y Alberto! ¡Y yo que no lo sabía!... Entonces, hay dos... ¿Quién será la de Luisito?
 ALBERTO: *(Entrando)* Buenas noches...
 JORGE: ¡Qué pálido viene! ¡También no es para menos, ji, ji, ji!...
 SAMUEL: ¿No has notado como le temblaba la voz?
 JORGE: Así me pareció.
 CARLOS: ¡Pues, amigo!... ¡Entonces, no meterse!...
 LUISITO: Es que es preciso haberse encontrado en el caso...
 MANUEL: Si conocerá usted esas cosas... ¿eh?
 RICARDO: ¡No, hombre!... ¡si es ridículo!
 JORGE: ¡No tendrás ojos, entonces! Está asustado... No hay más que verlo...
Entra Enrique.
 ENRIQUE: Buenas noches...
 TODOS: Buenas noches.
 ENRIQUE: ¿No ha venido Alberto por acá?... *(Pausa)*. ¿Qué les pasa?...

¿Qué caras son ésas?... Pregunto si no ha venido Alberto...
 ROBERTO: Pues, no lo hemos visto...
 VARIOS: No, no... no ha venido...
 CARLOS: ¿Por qué dicen que no?... Ahí está...
 ENRIQUE: ¿Y entonces?... Gracias...
 ALBERTO: ¡Enrique!
 ENRIQUE: Te andaba buscando...
 ALBERTO: Yo también...
 ENRIQUE: ¿Vamos?
 ALBERTO: Vamos.
Vanse los dos.
 ROBERTO: ¡No sabe nada!
 JORGE: ¡Ji, ji, ji! ¡Infeliz!
 CARLOS: ¡Imbécil!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

SALÓN DE CASA DE FAMILIA LUJOSAMENTE AMUEBLADO. APARECE EN ESCENA DOÑA CARMEN DANDO INSTRUCCIONES A JUAN, QUE SE MANTIENE DE PIE, A RESPETUOSA DISTANCIA DE LA SEÑORA.

CARMEN: ¿Está todo en orden?
 JUAN: *(Inclinándose con la mayor corrección)* Sí, señora...

CARMEN: ¿Las masitas para el té?...
Señal afirmativa de Juan.
 ¿La crema para el chocolate?..
El mismo juego
 Preocúpese también de los refrescos... A la naranjada del martes pasado le faltaba alguna cosa...
Juan se dirige hacia el foro.
 ¡Ah!... oiga...
Éste se vuelve.
 ¿Cambiaron la alfombra de la escalera?

JUAN: *(Inclinándose)* Sí, señora...

CARMEN: Prevéngale a Rosa que cuando haya gente aquí no tiene para qué andar pasando de un lado para otro... Que pase por la otra galería.

JUAN: Ya se lo he dicho, señora *(Se inclina y se va por foro).*
Aparece Samuel por izquierda, en traje de calle y sombrero puesto.

CARMEN: *(Frucciendo el seño)* ¿Te vas a la calle?

SAMUEL: *(Tímidamente)* Sí, hija... Voy hasta el club...

CARMEN: ¡Hum!... ¡Ya salió a relucir el club!... ¡el famoso club!... Esa es la gran tapadera de todos ustedes.

SAMUEL: *(Humilde)* ¡Pero, hija, por Dios!

CARMEN: *(Remedándole la voz)* ¡Sí, sí... hija, por Dios! *(Con su voz)*
 ¡Como si no te conociera!... Tú andas en malos pasos, Samuel... *(Amenazadora)* ¡Pero cuidado!... ¡mucho cuidado!

SAMUEL: ¿Yo?

CARMEN: Anoche has estado saltando en la cama... No has podido

dormir... estabas nervioso... *(Con fuerza)*... muy nervioso... *(Exaltándose)* ¿Por qué estabas nervioso?... Vamos a ver...

SAMUEL: Pero si he dormido toda la noche...

CARMEN: *(Energica)* ¡No es cierto!... ¿Qué querían decir entonces esos continuos estornudos con que me despertabas a cada instante?

SAMUEL: *(Afligido)* Pero, mujer... ¡qué quieres!... Una corriente de aire que...

CARMEN: *(Irritada)* ¡Te voy a dar corrientes de aire!... ¡Viejo verde!... ¡Calavera!... *(Lo rechaza al ver que se le aproxima)* ¡Salí!... ¡me das asco!

SAMUEL: *(Suplicante)* ¡Pero, Titina, por Dios!

CARMEN: *(Despreciativa)* ¡Vean la facha!... ¡A las dos de la mañana!... ¿Cree usted que son horas decentes de volver a su casa un hombre casado?... ¡Debía caérsele la cara de vergüenza!

SAMUEL: *(Afligido)* Pero, si ya sabés la causa... No podía venirme... Ese percance entre Alberto y Enrique...

CARMEN: ¡Pretextos!... ¿Qué tiene usted que meterse en asuntos ajenos? ¿Acaso le interesa a usted lo que haga esa locuela? *(Irónica)* ¿O es que también se ha enamorado de ella... y está con celos? *(Con desdén)* ¡Es lo único que le faltaba!

SAMUEL: *(Tratando de reírse)* ¿Yo?... ¿Enamorado de Elena?... ¡Vaya una ocurrencia, mujer!... ¡Si no tiene sentido común!

CARMEN: *(Con rabia)* ¡Sí... riéte nomás!... ¡Como si no te conociera!... ¡Hipócrita!...

SAMUEL: Pero...

CARMEN: *(Bruscamente, al ver aparecer a Rosa por el foro)* ¡Cállate! *(A Rosa)* ¿Dónde anda la señorita?

ROSA: Está en su tocador, señora.

CARMEN: ¿Ya se ha vestido?

ROSA: Sí, señora.

CARMEN: Bueno... dígame que es hora de que venga por acá.
Vase Rosa

SAMUEL: *(Sonriendo tímidamente)* Entonces... hasta luego, ¿eh?

CARMEN: *(Secamente)* Que te vaya bien... *(Se sienta)*.

SAMUEL: *(Muy meloso, aproximándose a ella)* ¡Vamos, mujer, vamos!... Sé razonable... *(Viendo que, empacada, no contesta)* A ver... muéstrame esa carita... *(Tomándola de la barba para levantarle la cabeza)* Yo quiero ver esa carita...

CARMEN: *(Separándole el brazo con fuerza)* ¡Andá!... ¡Que te muestren la cara esas perdidas con quienes te entretienes hasta las dos de la mañana!

SAMUEL: *(Insiste, meloso)* A ver... a ver... ¿A que sí?... ¿a que sí?... *(Viendo que continúa enojada)* ¡Pero, Titina, por Dios!... ¡Sé razonable!...

CARMEN: *(Cediendo un tanto)* Bueno... bueno... andá nomás...

SAMUEL: *(Frotando las manos muy contento)* Así, así... *(Se inclina con intención de besarla en la frente, pero lo interrumpe un amago de estornudo. Levanta la cabeza, queda un instante con los ojos cerrados y estornuda, al fin)*.

CARMEN: *(Con rabia)* ¿Empezaron los estornudos?

SAMUEL: *(Afligido y mirando a los lados)* ¿Qué quieres? Son estas corrientes de aire... Debe haber algo abierto... *(Va a cerrar la puerta)*.

bajo la garra

Entra Anita por foro, trayendo en la mano una cartulina envuelta.

ANITA: ¿Me llamabas, mamá?

CARMEN: Sí, hija... Es bueno que estés aquí... Ahora mismo empieza a venir gente... ¿Qué estabas haciendo?

ANITA: *(Con coquetería)* Dibujando. *(Muestra la cartulina)*.

CARMEN: *(Sonriendo)* ¡Ah!... ¿Concluiste el retrato?

ANITA: *(Haciendo monadas)* Sí... aquí está.

SAMUEL: *(Vuelve a cerrar la puerta)* ¿Un retrato?... ¿De quién?

CARMEN: Muéstraselo a tu padre.

ANITA: *(Llevándose la cartulina a la espalda)* No... ¡qué esperanza!

CARMEN: ¡Vamos!... Déjate de zonceras... Muéstraselo...

SAMUEL: *(Sonriendo)* A ver... a ver... *(Trata de tomar la cartulina)*.
Anita evita cada intentona cambiándola de posición.

ANITA: No... no... no quiero... no quiero...

CARMEN: *(A Samuel)* Es tu retrato... Esta tonta tiene miedo de que no te parezca bien... pero hay que tener en cuenta que sólo hace seis meses que le hemos tomado profesora...

ANITA: *(A punto de ceder)* Es que no me salió muy parecido.

CARMEN: ¡No digas eso, muchacha!... Está idéntico... *(A Samuel)* Te aseguro que está idéntico.

SAMUEL: *(Tomándolo)* Pero, déjame verlo...

ANITA: *(Dádoselo)* ¡Me da vergüenza!
Samuel lo desenvuelve y aparece una cara un poco grotesca, que nada tiene de parecida con él y que mira con estupor.

CARMEN: *(Se ha levantado para mirar también por sobre el hombro de*

Samuel) ¿No es verdad que está muy bien?

SAMUEL: (*Decepcionado*) ¡Pero éste no soy yo!

CARMEN: (*Indignada*) ¿Que no eres tú?... ¿Por qué no eres tú?... ¡Vamos a ver!... (*Se lo saca de las manos*). ¡Traé para acá!... ¡Eres un grosero!

SAMUEL: (*Afligido*) Estará muy bien hecho, pero es otro...

ANITA: (*Lagrimando*) Es lo que yo decía, mamá... lo que yo decía... (*Le toma la cartulina de las manos*).

CARMEN: (*Indignada*) ¡Ordinario!... ¡Parece mentira que haya sobre la tierra un padre tan desnaturalizado!... ¡Tan sin entrañas! ¡No merecías que esta infeliz criatura se tomara todo el trabajo que se ha tomado para complacerte!

SAMUEL: (*Confuso*) Pero, hija... yo...

CARMEN: (*En el colmo del furor*) Te has de creer mejor... ¿no es verdad?... ¡Viejo presumido!... ¡ridículo!

Vase Anita llorando, por la izquierda.

Ahí tienes lo que has sacado... ¡ahí tienes tu obra!...

SAMUEL: ¡Pero, mujer!... Es que esa nariz...

CARMEN: Es mucho mejor que la tuya... ¿entiendes?

SAMUEL: Esos ojos...

CARMEN: Son infinitamente mejor que los tuyos.

SAMUEL: La boca.

CARMEN: Ya quisiera tu boca parecersele... ¡mamarracho!...

SAMUEL: (*Con una ráfaga de energía y a gritos para hacerse oír*). Es lo que digo entonces... Será mejor... pero es otro... No soy yo...

CARMEN: (*Amenazándolo, furiosa*) ¡Cállate... cállate... porque si no! *Samuel estornuda repetidas veces y aparece Lucas por foro.*

LUCAS: La señora del señor Ernesto Losana... (*Se inclina*).

CARMEN: (*Calmandose instantáneamente*) Hágala usted entrar. *Mutis Lucas por foro.*

SAMUEL: (*Humilde*) ¿Me perdonas?

CARMEN: (*Con irritación contenida*) ¡Mal esposo!... ¡mal padre!... ¡monstruo! (*Avanza majestuosamente hacia el foro por donde aparece Luisa*).

Samuel, con aire resignado, se saca el sombrero.

LUISA: ¡Señora! (*La besa cariñosamente*).

CARMEN: (*Amable*) ¡Luisita!... ¡Qué placer tan grande me proporciona usted!

LUISA: (*Riendo*) No podrá usted decir que espero a que me pague mis visitas... Aquí me tiene otra vez...

CARMEN: No se imagina todo lo que se lo agradezco... Pase usted, pase...

SAMUEL: (*Adelantándose a dar la mano a Luisa*) Tanto gusto, señora...

LUISA: ¿Cómo está, don Samuel? (*Sonriendo*) Los he sorprendido a ustedes en íntimo coloquio... (*Va a sentarse*). Quién sabe qué...

CARMEN: Siéntese, aquí, Luisita... (*Le señala otro asiento*). Va a estar mejor...

SAMUEL: No... no... Conversábamos nomás... conversábamos...

LUISA: (*Sentándose en el sitio que le indica Carmen*) ¿Y Anita?

Carmen se sienta al lado de Luisa y Samuel enfrente de ambas.

CARMEN: Ahí está... Ya va a venir. *(Sonriendo)* Pues nos encuentra usted discutiendo.

LUISA: *(Sonríe y aparenta sorpresa)* ¿Cómo es eso, señora?... ¿Discutiendo ustedes?

SAMUEL: ¡Oh!...

CARMEN: *(Sonriendo)* ¿Qué quiere usted!... ¡Así son las cosas! A éste le ha dado por mimarme a la vejez... y yo no puedo consentir que por mí haga locuras...

LUISA: *(Riendo)* ¿Ah, sí?

SAMUEL: ¡Ah!... ¡Ah!...

CARMEN: ¿A que no se imagina lo que se le ocurre ahora?... Pues, como el asunto de que el Bristol se está poniendo cada vez más incómodo, por la cantidad de gente que se aglomera todos los años, se le ha metido entre ceja y ceja edificarme un chalet en Mar del Plata.

SAMUEL: *(Por decir algo)* ¡Phs!... un chalecito...

LUISA: *(Sonriendo)* Pero, me parece muy buena idea...

CARMEN: *(Con apresuramiento)* ¡No diga eso, por Dios!... ¿Para qué quiero chalet?... ¡Una temporada tan corta!... ¡No vale la pena!...

SAMUEL: *(Con gravedad)* Sin embargo...

CARMEN: *(Interrumpiendo)* ¡No... no!... ¡es inútil!... Ya te he dicho que no quiero... Te lo agradezco mucho, pero no quiero...

SAMUEL: *(poniéndose de pie)* Como te parezca...

CARMEN: *(Apresuradamente)* Sí... sí... No insistas... Es un gasto innecesario... Estamos muy bien así...

LUISA: *(Sonriendo, a Samuel)* Ya lo ve usted, don Samuel... Hay que someterse.

Samuel hace un gesto de conformidad.

CARMEN: *(A Luisa)* ¡Y esto es de todos los días! Cuando no es una cosa es otra... Ya no sabe qué inventar...

LUISA: Son ustedes dignos de envidia...

CARMEN: *(Con modestia)* ¿Qué quiere usted, hija! Tratamos de mantener la mayor armonía posible... tolerándonos recíprocamente nuestros pequeños defectos... Ése es el secreto de nuestra felicidad...

SAMUEL: *(Con vehemencia y adelantándose hacia Carmen)* ¡Muy bien dicho!

CARMEN: *(Aparentando alarma y coquetería)* ¡Pero, Samuel! *(Mirando de soslayo a Luisa, haciéndole notar la inconveniencia de su actitud).* Entonces Samuel se contiene y mira a Luisa.

SAMUEL: *(Riendo)* ¡Es verdad!... *(A Luisa, tendiéndole la mano)* Discúlpeme, señora...

LUISA: *(Le da la mano)* ¿Por qué?... ¡Al contrario!.. Me encantan ustedes... *(Cambia de tono)* ¿Va usted para el club?

SAMUEL: Sí, señora.

LUISA: ¿Entonces verá usted a Ernesto, mi marido?

SAMUEL: Seguramente.

LUISA: ¿Quiere hacerme un favor?

SAMUEL: *(Inclinándose galantemente)* Con muchísimo gusto...

LUISA: Dígame que lo espero aquí... que venga a buscarme... *(A Carmen mientras se inclina en señal de asentimiento)* Hace un siglo que tenemos nuestras tarjetas en lo de Aguilera... y hasta ahora no he conseguido que me acompañe...

CARMEN: ¡Oh!... En esas cosas todos estos señores maridos se parecen...

LUISA: No se vaya a olvidar, don Samuel, ¿eh?

SAMUEL: *(Se inclina)* Pierda usted cuidado. *(A Carmen)* Hasta luego, entonces. *(Va hacia el foro).*

CARMEN: *(Con acento duro)* ¿Volverás temprano?

SAMUEL: *(Se detiene).* Dentro de un rato... *(Vase por foro).*

CARMEN: Hací que avisen a Anita.

SAMUEL: *(Mientras va por foro estornudando)* En seguida.

LUISA: *(Apresuradamente, después de salir Samuel)* ¿Está usted enterada del escándalo de anoche?

CARMEN: ¡Sí, hija, sí, parece mentira!

LUISA: *(Irónica)* ¿Qué me dice de la mosquita muerta?

CARMEN: ¡Qué quiere usted!... Yo no salgo de mi asombro... Hasta ahora la he tenido a Elena en la mejor opinión... ¿Cómo iba a sospechar semejante cosa?... Usted sabe todo lo amiga que es de Anita.

LUISA: ¡Cómo no!

CARMEN: Han sido condiscípulas... Se quieren como hermanas... Parecía tan buena... tan ingenua...

LUISA: *(Con rabia)* ¡Ésas son las peores!

CARMEN: *(Con arranque)* ¡Y mire usted!... Hay momentos en que todavía dudo... ¡Cuesta creer una enormidad tan grande!

LUISA: *(Con sarcasmo)* ¡Vaya!... Si medio club lo ha presenciado.

CARMEN: *(Con amargura)* ¡Ah!... ¡los hombres! ¡Ese Alberto es un infame!... ¡Lo que ha hecho no tiene perdón!

LUISA: *(Temblorosa por la ira)* ¡Sí, señora!... ¡Es un infame... un gran infame!... *(Con creciente exaltación)* Pero... ¡déjelo no más... que ha de pagarlo bien caro! *(Calmandose ante una mirada de extrañeza de Carmen)* Porque, se comprende,

todo el mundo se lo va a criticar...

CARMEN: ¡Ya lo creo!... Tan luego con Elena... con la mujer de su primo... ¡Como si no sobraran mujeres!

LUISA: ¿Y el marido, qué hace?... ¿No sospechará nada?... ¡Él... tan lleno de pretensiones... tan vanidoso!...

CARMEN: ¡Qué quiere usted que sospeche!... Adora a su mujer... y será seguramente el último en saberlo.

LUISA: *(Con intención)* ¡Oh!... ¡Lo sabrá... lo sabrá!... *(Riendo sarcásticamente)* Esté usted segura que lo sabrá... *(Estruja nerviosamente un pañuelo que tiene en las manos).*

CARMEN: *(Con extrañeza)* Pero... ¿por qué?

LUISA: *(Riendo con ironía)* Porque... porque esas cosas siempre se saben...

Aparece por foro, María Eugenia, seguida de Lucas, que se deja ver y desaparece, mientras la primera se adelanta hacia Carmen y Luisa, que al verla se pone de pie.

EUGENIA: Buenas tardes...

CARMEN: *(Va a recibirla).* ¡Tanto gusto, María Eugenia!

EUGENIA: *(Besándola)* ¡Señora! *(Da la mano a Luisa).* ¿Cómo está, Luisa?

CARMEN: *(Señalándole un asiento)* Aquí... María Eugenia... aquí...

EUGENIA: *(Sentándose)* Sin necesidad de preguntárselo a ustedes, me imagino de lo que estarán conversando...

Se sientan.

LUISA: ¿Sí?

CARMEN: ¿Por qué?

EUGENIA: Porque en todas partes no se habla de otra cosa... Vengo de lo de Castro y de lo de Fernández... Es el tema de las conversaciones.

LUISA: *(Con amargura)* ¡Es claro! ¿El escándalo de anoche?

EUGENIA: Sí... La noticia ha corrido... y se hacen los más variados comentarios...

CARMEN: ¡Pobre Elena!

LUISA: *(Con acritud)* ¡No la compadezca usted, señora!... Al fin, ella tiene la culpa... y no veo a qué vienen esas lástimas. *(A Eugenia)* ¿Conque entonces, todo el mundo ya lo sabe?

EUGENIA: Imagínese usted... Como que había en el club más de cincuenta personas... A mí esta mañana me despertó mi hermano Jorge... que era uno de los que anoche estaban presentes...

LUISA: *(Con interés)* Pero, la gente, ¿qué dice? ¿Cree en esas antiguas relaciones?

EUGENIA: Parece que sí... Ahora se empieza a recordar infinidad de detalles, de los que antes nadie había hecho caso... Hace un momento en lo de Castro nos hacía notar Gertrudis que el año pasado, en la ópera, tenía Alberto su butaca justamente enfrente del palco de Elena.

CARMEN: ¡Es cierto!... En la cuarta o quinta fila... *(A Luisa)*... y cerca del de ustedes...

EUGENIA: *(A Luisa, bruscamente y con intención)* ¡Es verdad!... Cerca del de usted... *(En otro tono)* Además, contaba la de Ruiz que hace como tres meses ellos los ha visto en no sé que fiesta, hablándose en secreto, como si fueran novios...

CARMEN: Esa de Ruiz siempre está viendo visiones... ¡Como la pobre es tan fea!...

LUISA: ¡Pero, señora!... El hecho de que sea fea no es un inconveniente para que pueda ver.

CARMEN: No digo que no... Pero, ya sé por qué estas mujeres feas, cuando se trata de hacer daño, ven siempre más que otra cualquiera... ¡Es particular!

LUISA: *(Con fastidio)* Bueno... bueno... Usted está empeñada en defender lo que no tiene defensa...

CARMEN: *(Alarmada)* ¡Defender?... ¡Si yo no la defiendo, hijita! Pero, quién sabe si es cierto...

EUGENIA: *(A Luisa, con aparente ingenuidad)* Lo extraño es que siendo Alberto Pérez tan de la intimidad de ustedes... no supiera usted nada...

LUISA: *(Altanera)* Supongo que no creará usted que el señor Pérez tiene el mal gusto de contarnos sus conquistas...

EUGENIA: *(Con sarcasmo)* ¡Bah!... No sería la primera que contara... *Aparece por foro Leonor, seguida de Lucas, que se deja ver y se va. Al ver a Leonor las tres se ponen de pie. Carmen la recibe.*

CARMEN: ¡Adelante... adelante... tanto gusto!

LEONOR: *(Dándole la mano)* ¿Cómo está usted, señora?

CARMEN: Extrañándola después de tanto tiempo... Estoy muy resentida con usted...

LEONOR: *(Mientras le da la mano a Luisa)* Pues, no tiene razón, señora. *(A Eugenia, sonriendo)* Con usted ya nos hemos visto.

CARMEN: *(Mientras se sientan)* ¡Ah! ¿Viene usted de lo de Castro?

LEONOR: No, señora... de lo de Fernández... Allí nos encontramos con María Eugenia... ¿Y Anita?

CARMEN: Muy buena... gracias... Ahora va a venir...

LUISA: *(A Leonor, con aire distraído y como para decir algo)* Está usted más gruesa...

LEONOR: ¿Le parece?... Sin embargo, no me encuentro bien...

CARMEN: Siempre con sus antiguas dolencias, ¿no?

LEONOR: (*Suspirando*) Sí, señora... siempre.

EUGENIA: ¿No ha consultado usted algún especialista?

LEONOR: ¡Eh!... Los he visto a todos...

EUGENIA: Y, ¿qué le han dicho?

LEONOR: (*Con naturalidad*) Que si llegara a tener familia me sanaría... pero debido a la misma enfermedad es imposible que la pueda tener...

EUGENIA Y LEONOR:
¡Ah!...

CARMEN: Siempre le queda una esperanza...

LEONOR: (*Triste*) ¿Esperanza de qué, señora?

LUISA: De curarse y tener familia.

CARMEN: No, hija... de tener familia y de curarse... ¡Es que esta ciencia moderna es tan embrollada!... En mis tiempos era otra cosa.

EUGENIA: Como que la medicina adelanta todos los días.

LEONOR: (*Muy triste*) Así dicen.

CARMEN: ¡Ah!... Eso sí... ¡ya lo creo!... Y, si no, vean el caso de la de Morales.

LUISA: ¿Qué le ha pasado a la de Morales?

CARMEN: (*Sorprendida*) Pero, ¿qué?... ¿ustedes no saben?

EUGENIA: No.

LUISA: Nada...

CARMEN: ¡Es algo maravilloso!... La de Morales tenía una

enfermedad incurable... y el doctor Redondo en tres meses la ha dejado sana y buena...

EUGENIA: ¡Es que el doctor Redondo es una gran cosa!... Fue el que asistió a Matilde de su última neurastenia.

CARMEN: Es verdad... ¡Ahí tiene!... La hizo ir a Córdoba y... ¡santo remedio!... Hoy está como cualquiera de nosotras.

EUGENIA: ¡Qué diferencia con el doctor Callado, que mató a una de mis primas, las de Montiel!...

CARMEN: ¡También, a quién se le ocurre!... Callado no ha estado nunca en Europa.

LEONOR: ¿Y cómo la mató?

EUGENIA: Precisamente, mandándola a Córdoba...

LEONOR: Pero, ¿qué tenía?

EUGENIA: Yo no sé... Pero, me parece que le faltaba un pulmón... y que el otro no andaba bien...

CARMEN: Es que hay algunos de esos médicos que son unos verdaderos asesinos... No me explico cómo los dejan asistir...

LUISA: Sin embargo, Callado es muy simpático...

CARMEN: ¡Mire qué gracia!... ¡En alguna forma se tiene que hacer perdonar!

EUGENIA: ¿No fue también Redondo el que asistió a la de Cerdales?

CARMEN: Cierto... a María Cerdales... que estuvo entre la vida y la muerte... y que gracias a él salvó de una manera milagrosa.

LEONOR: ¿Esa de Cerdales es una señora vieja que va siempre a la Merced con hábito del Carmen?

CARMEN: La misma... Y, precisamente, el hábito es una promesa que hizo con motivo de esa enfermedad... y que cumple ahora en señal de reconocimiento a Redondo... digo... a la Virgen del Carmen.

EUGENIA: Es tía carnal de Alberto Pérez... del que conversábamos hoy en lo de Fernández, a propósito del escándalo de anoche.

LEONOR: ¿Sí? *(Con vivacidad)* ¡Ah!... ¡Y usted no sabe lo mejor!... Después de que usted se fue llegó el marido de la de Rondallas... ¡y si viera qué cosas dijo!

LUISA: *(Con mucho interés)* ¿De veras?... ¿qué?... ¿qué?...

EUGENIA: Cuente... cuente...

CARMEN: Y, ¿todavía más?

LEONOR: Parece que un momento antes había encontrado a Elena sola en un coche... por calles apartadas... y que cuatro o cinco cuadras después encontró a Alberto en otro coche... yendo en la misma dirección... Que era seguro que iban a encontrarse...

LUISA: *(Nerviosa)* Continúe... continúe... ¿qué más?...

LEONOR: *(Con pachorra)* Pero, hija... lo demás lo sabrán ellos... Rondallas no sabía más.

CARMEN: *(Escandalizada)* Pero, ¡esa mujer está loca!... ¿En qué piensa, por Dios?... ¿En qué piensa?...

LUISA: *(A Carmen, exasperada)* ¡Ahí tiene usted sus lástimas!... ¡Defiéndala usted, ahora!... *(Se pone nerviosamente de pie y vuelve a sentarse)*.

CARMEN: *(Secamente)* ¡Le repito a usted, Luisa, que yo no la defiendo! *(Al ver a Anita por foro y a Rosario tomadas del brazo)* ¡Pero, cálese, por favor!... ¡Que no se enteren estas inocentes!

ROSARIO: *(Adelantándose, seguida de Anita)* Buenas tardes... *(Besa a Carmen y le da la mano a las demás, que al verlas se han puesto de pie)*.
Entretanto Anita besa a todas las visitas.

CARMEN: ¿Has venido sola, Rosario?

ROSARIO: No, señora... ¡Qué ocurrencia!... Mamá me ha traído en el coche hasta la puerta... Ha ido a una tienda, pero volverá en seguida
Anita y Rosario quedan de pie.

CARMEN: ¿Y por qué has llegado tan tarde?

ROSARIO: Es que hoy tenía lección de inglés.

EUGENIA: Ya me ha dicho mister Love que no podía entenderse con usted.

ROSARIO: ¡Ah! Sí, señora... pero, es que ese caballero habla un inglés muy raro, que no se le entiende.

CARMEN: ¡Pero, hija! Será el inglés de Inglaterra, puesto que él es de allá.

ROSARIO: Bueno, sí... Pero, es distinto al que me enseña Miss. Ni yo le entiendo una palabra, ni él me entiende a mí...

LEONOR: Pues, a su profesora... que también le da lecciones a la hija de mi hermano... les ha oído decir que es su mejor discípula...

ROSARIO: *(Modestamente)* Así se dice...

CARMEN: Y, con Anita, ¿te puedes entender?

ROSARIO: *(Mirando a Anita)* ¿Con Anita?... Tampoco es el mismo inglés... ¿no es cierto?

ANITA: *(Con naturalidad)* ¡Oh! Pero tiene muchas cosas parecidas.
Durante el diálogo anterior Luisa ha permanecido entregada

a sus reflexiones y ajena a la conversación. Entran por foro, seguidas de Lucas que se hace ver y desaparece, Doña Teresa e Irene.

TERESA: Buenas tardes.

CARMEN: *(Saliendo a su encuentro)* ¡Misia Teresa!... ¡Tanto gusto! ¿Desde cuándo por acá?... Pase usted, pase...

Mientras avanza Teresa, besa a Irene.

¡Irenita!... *(Mirándola de arriba abajo)* Pero, ¡que buena moza estás!... ¡Qué bien te has puesto!...

Todas las señoras se han puesto de pie y se cambian apretones de manos entre ellas y besos entre las muchachas.

UNAS Y OTRAS:

(Indistintamente) Señora... Tanto gusto... Irenita... María Teresa... Muy bien... Gracias... Luisa...

Misia Teresa se sienta junto a las demás señoras y Anita, Rosario e Irene forman un grupo aparte y aparentan conversar animadamente.

CARMEN: No las sabía a ustedes de regreso... ¿Cuándo han llegado?

TERESA: Ayer... ¿Y don Samuel?

CARMEN: Muy bueno... Gracias... Y, ¿qué tal les ha sentado el viaje?

TERESA: Admirablemente. *(Mirando a Irene)* Ya la ve usted a Irene cómo viene de repuesta.

CARMEN: *(Mirando a Irene)* Cierto... ¡Si es de no creerse!... ¡Tan flaquita que estaba!

TERESA: *(Contemplando a Irene, encantada)* Es otra... ¿no es verdad?...

LUISA: ¿Y de dónde llega usted, ahora?

TERESA: De Córdoba... Por indicación del doctor Callado nos fuimos a tomar el aire de las sierras.

EUGENIA: Ahora me acuerdo que la encontré a Irene muy delgada la última vez que la vi...

TERESA: ¡Cállese usted!... ¡Si era de asustar!... *(Mira a Irene con ternura)* ¡Pobrecita!...

LEONOR: *(Con sorpresa)* Entonces, ¿el doctor Callado acertó?

TERESA: ¡Ah, señora!... Nosotros no tenemos palabras con qué agradecerle lo que ha hecho... ¡A él le debo la vida de mi hija!... ¡Y creo que es un sabio!...

LUISA: ¡Y qué simpático!

TERESA: *(Con entusiasmo)* ¿Ha visto?... ¡Tan fino!... ¡Tan caballero!... ¡Es una monada!

IRENE: *(Desde lejos, coqueta)* No, señoras... No crean ustedes... ¡Son invenciones, nomás!...

TERESA: *(Sonriendo)* No, tonta... Si no es de eso de lo que hablamos...

IRENE: *(Aparentando confusión)* ¡Ah! Yo creía... Disculpen ustedes...

CARMEN: *(Con sorpresa)* ¿Cómo invenciones?... ¿Invenciones de qué?

TERESA: *(Con malicia)* Es que parece que el doctor Callado...

IRENE: ¡Mamá!...

TERESA: ¡Vaya!... ¿Y qué tiene?... No veo nada de malo... *(Sonríe a las demás señoras)* ¡Es una inocente!

CARMEN: *(A Irene)* ¡Ah, picarona!... ¡Qué guardadito nos lo teníamos!...

IRENE: Es que no es cierto, señora... ¡No es cierto! ¡Son cosas que dicen para hacerme rabiar!

EUGENIA: Y, ¿por qué rabiar, señorita?... El doctor Callado es un excelente partido...

IRENE: ¡Pero es que ni se le ha ocurrido fijarse en mí!... Por eso digo que son invenciones.

TERESA: ¡Vamos... déjate de zonceras!... Que se interesa y mucho se ve a las claras. *(A las señoras)* Lo que tiene es que Irene es demasiado joven para pensar en esas cosas.

LEONOR: Yo creo lo mismo... Es un error casarse muy joven.

CARMEN: Sin duda... Y la prueba la tiene usted en la infinidad de matrimonios desgraciados que vemos todos los días... Por eso yo me casé después de cumplir los treinta años.

TERESA: Y, a propósito de matrimonios desgraciados... ¿Qué me dicen ustedes del escándalo de anoche?

CARMEN: *(Mirando hacia el grupo de Anita y Rosario)* Despacio.

LUISA: *(Vivamente)* ¿Qué?... ¿Se sabe algo más?

TERESA: No sé a lo que le llamará usted más. Esta mañana, en el almuerzo... uno de mis cuñados... que se había encontrado en el club... refirió todos los detalles.

LUISA: ¡Ah!... Ésos los conocemos...

TERESA: *(Con ironía)* Supongo que a Elena... después de esto... se le habrán bajado tanto los humos...

CARMEN: ¡Humos!... ¡qué ocurrencia!

TERESA: *(Con desdén)* ¡Cállese, usted, señora!... ¡Si se daba unos aires la pobrecita!... Y en cuanto al marido, ¡no digo nada!

CARMEN: Sí... él es un poco vanidoso... pero, en el fondo, no es malo...

TERESA: Yo no digo que sea malo, pero no sé francamente en qué funda tanto orgullo.

CARMEN: Es que está enfermo... Es un hombre muy nervioso... y un poco raro...

LEONOR: Quién lo hubiera dicho, ¿eh?... Un matrimonio tan unido... Eternamente se les veía juntos...

EUGENIA: Sí... Era demasiada ostentación de felicidad para que fuese cierta...

LUISA: Como que la pareja ya tenía aburrido a todo el mundo...

TERESA: *(Bajando la voz)* Pues miren ustedes... a mí esto no me extraña... porque el año pasado en Mar del Plata...

CARMEN: *(Después de mirar al grupo de las muchachas)* Despacio... despacio...
Misia Teresa aparenta seguir hablando y las demás la escuchan con atención.

IRENE: Y enseguida se fue.

ROSARIO: ¿Sin decir nada?

ANITA: *(Riendo)* ¡Pero, entonces, en lugar de Callado es zonzo!

IRENE: ¡Es claro!... Figurate que otra vez lo mismo... Así... apenas con la punta de los labios en la punta de los dedos. *(Muestra la mano)* ¡Es un papanata!
Anita, Rosario e Irene siguen hablando y riendo despacio.

CARMEN: ¡No es posible!... ¿En el hotel?

TERESA: En el hotel...

EUGENIA: Pero, ¿usted los vio?

TERESA: A él... lo mismo que las estoy viendo a ustedes... A ella no tanto... pero ahora me doy cuenta... Tenía que ser Elena que estaba también allí.

EUGENIA: *(A Luisa)* ¿Qué tiene, Luisa?... ¿Qué le pasa?

LUISA: ¿A mí?... Nada... ¿Por qué?

EUGENIA: Está usted pálida.

LUISA: *(Confusa, se pasa la mano por la frente)* Es una especie de mareo... No es nada...

CARMEN: *(Poniéndose de pie)* ¿Quiere alguna cosa?

LUISA: *(Apresuradamente)* No... no... ya pasó...

CARMEN: Pero...

LUISA: *(Impaciente)* Hágame el favor, señora... Siéntese... No tengo nada... *(Ríe forzadamente, y a Teresa, mientras Carmen vuelve a sentarse)* Pero, ¿sabe usted que es graciosa... la aventura?... ¡Qué compromiso para usted!

TERESA: ¡Cállese!... ¡Si cada vez que me acuerdo!...

LEONOR: *(Riendo)* Tengo que referirle el caso a mi marido... que todavía esta mañana se permitía dudar.

TERESA: *(Alarmada)* ¡No, por Dios!... No se lo cuente... Estas cosas las refiero... así... en la intimidad... pero no para que se repitan...

Entra Frasquita por foro.

LUISA: *(Ríe al ver aparecer a Frasquita)* ¡Vean quién está aquí!

CARMEN y EUGENIA:
¡Frasquita!

FRASQUITA: ¡Buenas tardes!... ¡Muy buenas tardes!... *(Da la mano a las señoras que no se mueven de sus asientos)*

CARMEN: ¡Qué pérdida! ¿Qué te habías hecho?

TERESA: ¿Cómo te va?

FRASQUITA: *(A Carmen)* ¡Hija!... ¡con tanto que hacer! *(A Teresa)* Ya te sabía de regreso. *(A las muchachas)* ¿Cómo están, muchachas?

ANITA, IRENE Y ROSARIO:
¿Cómo está? *(Sin preocuparse mayormente de ella siguen*

hablando animadamente).

Frasquita se sienta.

LUISA: *(A Frasquita)* ¿Por qué no has ido a buscar la última mensualidad?... Hace días que te la tengo aparte.

FRASQUITA: Es que no he podido, hijita... Pero, mañana iré... Vengo precisamente de la sociedad... Hoy se reúne la comisión de señoras con motivo del beneficio que estamos organizando.

EUGENIA: ¿Dónde va a ser?

FRASQUITA: En el Politeama... ¡Ah!... Una función espléndida... Hemos conseguido mucho más de lo que pensábamos, y ya están repartidas casi todas las localidades.

LEONOR: Es para los pobres de San Nicolás y del Socorro, ¿no?

FRASQUITA: *(Vivaz)* No, eso es lo que pretendían... Pero, no vemos por qué ha de ser así... Los nuestros son los del Socorro. En cuanto a los otros que se entiendan como puedan las señoras de la parroquia... ¿Qué tenemos que ver con ellos?

TERESA: Es claro... es lo justo...

EUGENIA: Naturalmente.

CARMEN: Ahí tengo varias cosas separadas para ti... Puedes venir a buscarlas cuando quieras...

FRASQUITA: Gracias, hija, gracias... Me las llevaré más tarde...

EUGENIA: ¡Qué Frasquita ésta!... ¡Es incansable!...

FRASQUITA: *(Modesta)* ¡Qué vamos a hacer, hija!... Cuando una es pobre y no puede hacer la caridad de otro modo...

LEONOR: ¿Y qué día es el beneficio?

FRASQUITA: Es lo que íbamos a resolver hoy y para eso se reunía la comisión de señoras... pero no hemos hecho nada...

Llegó la de Rivara con la noticia del escándalo de anoche... y nos hemos pasado toda la tarde hablando del asunto.

LUISA: *(Con vivacidad)* ¿Y qué se decía?

FRASQUITA: ¡Tantas cosas!... Parece que...

CARMEN: *(Interrumpiéndola y mirando el grupo de las muchachas)*
Despacio...

Aparenta Frasquita seguir hablando. Las señoras escuchan con interés.

ANITA: *(A Irene)* Pero tú... ¿cómo lo sabes?

IRENE: Esta mañana lo contó mi tío Juan en la mesa.

ANITA: *(Con vehemencia)* ¡Es que no puede ser cierto! ¡Elena no es capaz de hacer eso!

IRENE: *(Con desparpajo)* ¡Oh! ¿Y si no le gusta su marido y le gusta otro?

ROSARIO: ¡Sabe que está lindo!... ¿Y para qué se casó entonces?

IRENE: Y, ¿acaso sabía?

ROSARIO: Pero tú, comprende que es un escándalo...

IRENE: *(La interrumpe)* ¡Esa es otra cosa!... Lo malo es hacer escándalo...

Siguen conversando animadamente en voz baja. Aparece por el foro Ernesto seguido de Lucas, que se hace ver y desaparece.

CARMEN: *(A Luisa, percibiendo a Ernesto)* Ahí está su esposo.

ERNESTO: *(Se adelanta hacia las señoras)* Buenas tardes...

CARMEN: *(Sonriendo)* Solamente así se le puede ver a usted.

ERNESTO: *(Dándole la mano)* ¿Cómo se encuentra usted, señora?

LUISA: Creí que no vendrías.

ERNESTO: No... si me avisó don Samuel. *(Ha dado la mano a Eugenia*

y Frasquita y se inclina ante Misia Teresa).

CARMEN: *(Señalándole a Misia Teresa)* La señora de Bustos. *(Señalando a Ernesto)* El señor Losana. *(Por Leonor)* La señora de Pornos. *(Por Ernesto)* El señor Losana.

Ernesto, después de dar la mano, se dirige hacia el grupo de Anita, Rosario e Irene.

ERNESTO: ¿Cómo están ustedes, señoritas?... Les prevengo que sé de lo que están conversando.

ANITA: *(Dándole la mano y riendo)* ¡Sería gracioso!

Ernesto les da la mano.

La señorita de Bustos... el señor Losana.

Da la mano a Irene y vuelve al grupo de las señoras.

CARMEN: ¿Dónde dejó usted a Samuel?

ERNESTO: Quedó en el club, señora... delante de la estufa... *(Sonríe)*. Es su sitio predilecto... *(Se sienta con las señoras)*.

LUISA: *(A Ernesto)* Tenemos que ir hasta lo de Aguilera... para dejarles tarjeta.

ERNESTO: *(A Luisa)* Bueno... *(A Teresa)* ¿Y su esposo, señora?... Porque debo prevenirle que somos amigos con el señor Bustos...

TERESA: *(Sonriendo)* ¿Ah, sí?... Muy bueno, gracias... Está en la estancia.

ERNESTO: ¿En Lobería?

TERESA: No... en la del Tandil... Se fue a causa de...

ERNESTO: *(Precipitadamente)* Sí... ya sé... unas instalaciones que necesita hacer...

TERESA: *(Con sorpresa)* ¡Ah!, ¿está usted enterado?

ERNESTO: *(Con suficiencia)* ¿Y cómo no he de estarlo, señora? ¡Bueno fuera!

TERESA: Según una carta que hoy he recibido... debe estar aquí el miércoles...

ERNESTO: ¿El miércoles?... Eso es... sí... el miércoles. *(A Eugenia)* Con su hermano Jorge estuve hoy...

LUISA: *(Impaciente)* Ernesto, cuando quieras...

EUGENIA: ¿En el club?

ERNESTO: En el club...

LUISA: *(Impaciente)* Mira, Ernesto, que se nos va a hacer tarde.

ERNESTO: No, hija... tenemos que esperar un rato... Vendrá a buscarnos una persona...

LUISA: *(Con sorpresa)* ¿A buscarnos?... ¿Quién?...

ERNESTO: Es que ahora cuando me avisó don Samuel que me esperabas se me ocurrió una cosa. *(A Carmen, que ha estado conversando con Leonor)* Imagínese usted que hace más de tres meses que tenemos el proyecto con esta señora... *(Por Luisa)*... de elegir un juego de comedor que necesitamos para la quinta de San Fernando... y hasta ahora, por una u otra razón, no lo hemos hecho...

CARMEN: Es que Luisa se queja de que nunca consigue que usted la acompañe.

ERNESTO: *(Riendo)* En eso tiene un poco de razón. Bueno, pues, aprovechando la salida de hoy, he resuelto que quede comprado el famoso juego...

LUISA: Pero, eso no explica que alguien tenga que venir a buscarnos...

ERNESTO: ¡Cómo no!... ¿Acaso ya no te acuerdas que hace pocos días, hablando del mismo asunto, quedó convenido con Alberto en que nos acompañaría?

LUISA: *(Azorada)* ¡Alberto!

Movimiento de curiosidad en las señoras. En el otro grupo Irene da con el codo de Anita y a Rosario y las tres escuchan.

ERNESTO: Sí, mujer, sí... Alberto... ¿qué tiene de extraño?... Me parece que no será la primera compra que salgamos juntos. *(A las señoras)* Es un hombre de extraordinario buen gusto... y como es tan amigo nuestro... ¡Hombre! Sin ir más lejos, puede decirse que toda nuestra casa de la calle Victoria está puesta de acuerdo con sus indicaciones.

EUGENIA: *(Burlona)* ¡Ah!... ¿Sí?... ¡Qué bien!...

LUISA: *(Alarmada)* ¿Y vendrá a buscarnos?

ERNESTO: Claro que sí... Hoy no lo he visto... pero, al salir del club, le dejé dos líneas avisándole que aquí lo esperábamos.

LUISA: *(Exasperada)* ¡Pero, Ernesto!... ¿qué has hecho?...

CARMEN: *(Alarmada)* ¿Alberto Pérez vendrá acá?

EUGENIA: *(Complacida)* ¡Ah!... ¿Vendrá?...

ERNESTO: *(Confundido, a Carmen)* Vendrá a la puerta, señora, y le he encargado al portero que nos avise en seguida... Pero... la verdad es que no entiendo... *(Dándose un golpe en la frente como si de pronto se le ocurriera algo)* ¡Ah!... Ya me doy cuenta... ¡Ustedes están enteradas de lo de anoche! *(Riendo)* Pero... vaya... y eso, ¿qué tiene?

LUISA: *(Con rabia)* Es que has hecho muy mal, Ernesto.

ERNESTO: *(Después de mirar a Luisa, poniéndose de pie, a Carmen)* Señora... si usted cree...

CARMEN: *(Tranquila)* No, Ernesto... ¿por qué... Ha hecho usted

perfectamente... Al fin no tiene nada de extraordinario...
y si quiere usted hacerlo subir...

LUISA: *(Apresuradamente)* No, señora, no... No hay necesidad...
Bastará con que nos avisen...

Ernesto se aproxima a Luisa y ambos parecen discutir en voz baja, manteniéndose el primero de pie.

TERESA: *(A las señoras)* Yo no lo conozco, ¿es joven?

EUGENIA: Sí, señora... y muy buen mozo...

CARMEN: Regular, no más... ¡qué ha de ser buen mozo!... *(Mirando a Eugenia)* ¡Ah!... es verdad... ya no me acordaba...

EUGENIA: ¿De qué, señora?

CARMEN: *(Riendo)* De nada... de nada...

EUGENIA: *(Sonriendo)* Pero, diga de qué...

CARMEN: Recién me acuerdo de que hubo de casarse con usted...
Fue uno de sus novios de soltera.

FRASQUITA: *(Riendo)* Es cierto...

EUGENIA: *(Con un movimiento de hombros)* ¡Bah!... ¡Simple festejante!... ¡Uno de tantos!... *(Ríe)*.
Siguen conversando.

IRENE: ¡Qué lástima que no suba!...

ROSARIO: ¿Salgamos al balcón?

ANITA: No... mamá va a desconfiar.

IRENE: *(Con fastidio)* ¡Oh!... Y, ¿acaso tiene algo de malo?

ROSARIO: *(A Irene, con malicia)* Che... ¡éste no es como Callado!

IRENE: *(Riendo)* Así parece...

Las tres ríen y conversan.

TERESA: *(Se pone de pie)* Bueno... nos vamos... *(En voz alta)* ¡Irene!

CARMEN: *(Poniéndose de pie)* ¡Cómo! ¡Sin tomar una taza de té!

TERESA: Sí... Se nos hace tarde y tenemos otras visitas que hacer.
Empiezan los saludos de despedida. Aparecen por el foro don Samuel y Alberto.

SAMUEL: *(A Alberto, que se ha detenido)* Pase, Alberto, pase... *(A Carmen)* Carmen, aquí tiene a mi amigo Alberto Pérez, a quien he encontrado en la puerta.

ALBERTO: *(Haciendo una reverencia)* Señoras...

Las señoras contestan el saludo. Ernesto sale a su encuentro y le estrecha la mano. Luisa se aleja nerviosamente algunos pasos de las demás, y queda aislada, mientras Anita, Rosario e Irene forman grupo aparte.

SAMUEL: Viene en busca de Ernesto y no quería subir... Me ha costado convencerlo...

CARMEN: Adelante, señor, adelante...

ALBERTO: *(Adelantándose hacia Carmen)* Ya tengo el gusto de conocer a la señora... *(Le da la mano)* Nos hemos encontrado en la casa de Ernesto...

CARMEN: *(Con solemnidad)* Es cierto, señor... y me da usted un placer viéndolo hoy en la mía...

ALBERTO: *(Inclinándose)* Muchas gracias... Usted me disculpará la libertad que me tomo... Pero vengo en busca de Ernesto, de quien he recibido una carta. *(A Ernesto)* Estoy a tu disposición. *(Da la mano a Eugenia, a Frasquita y a Leonor; si inclina delante de Teresa, a quien por los ademanes, se ve que se la presenta don Samuel).*

ERNESTO: *(A Luisa)* Bueno... Vamos, Luisa...

LUISA: *(Fríamente)* No... yo no voy.

ERNESTO: *(Sorprendido)* ¿Cómo que no vas?... ¿Qué quiere decir eso?

(Se aproxima a ella).

- LUISA: Estoy con mucho dolor de cabeza y me iré directamente a casa.
- ERNESTO: (Con fastidio) Pero, ¿no me estabas apurando recién?
- LUISA: (Impaciente) ¡Pero, hombre!... ¿No te digo que tengo dolor de cabeza y no puedo ir?... ¡Ve tú solo!... o hazte acompañar por el señor Pérez...
- ERNESTO: (Ríe con fuerza) ¡Señor Pérez!... ¡qué gracioso!... (Dándose vuelta para mirar a Alberto) Amigo Alberto... ¡qué el diablo entienda a las mujeres!... ¡Ahora resultas el señor Pérez!... ¿Qué te parece? (Ríe).
- ALBERTO: (Aproximándose) Pero, si Luisa está enferma, tiene razón... Lo dejaremos para otra vez...
- ERNESTO: (Con fastidio) ¡Qué ha de estar enferma, hombre!... Ya sabemos lo que quiere decir dolor de cabeza en boca de mujer. ¡Quiere decir cualquier cosa, menos dolor de cabeza!
- LUISA: (Sorprendida) ¡Ernesto!
- ALBERTO: (Con voz contenida) ¡Calma, Luisa, calma!... No den ustedes un espectáculo.
Siguen discutiendo en voz baja.
- LEONOR: (A las señoras) Tiene razón, Luisa... Salir a la calle con ese hombre es comprometerse.
- FRASQUITA: ¡Ya lo creo!
- EUGENIA: (Riendo con malicia) ¡Y a Luisa es lo que menos le conviene!
- TERESA: Y, ¿qué me dicen de la insistencia del marido?
- EUGENIA: ¡Ah!... ¡Qué torpes son los hombres!... ¡Dan risa!
- SAMUEL: (Muy serio) Muchas gracias... (Estornuda).

- ERNESTO: (Con fastidio, a Luisa) Bueno... hacé lo que te parezca... (Se separa bruscamente de Luisa y de Alberto y se acerca a las señoras, mientras los dos primeros siguen conversando animadamente) No conozco nada más caprichoso que mi mujer...
- CARMEN: Pero, déjala... No la violente.
Siguen conversando.
- IRENE: (Que con Rosario y Anita han estado observando con curiosidad a Alberto) Y es buen mozo, ¿eh?
- ROSARIO: (Riendo) Tiene buen gusto Elena.
- ANITA: (Con vehemencia) ¡No digan eso, por favor!... ¡Yo les aseguro que no es cierto!
- ROSARIO: (Riendo) ¡Vean la inocente!...
- IRENE: (Con lástima) ¡Anita... Anita!... No digas pavadas...
- ALBERTO: (A Luisa, con voz contenida) ¿Qué dices?... ¡No te entiendo!
- LUISA: ¡Infame!
- ALBERTO: (Con estupor) ¡Pero, Luisa!
- LUISA: ¡Cállate, por favor!... Porque estoy loca... y soy capaz de hacer un escándalo... ¡Te juro que no sé cómo me contengo!
- ALBERTO: Indudablemente debes estar loca.
- LUISA: (Con rabia reconcentrada) Pero ya el marido lo sabe... ¿entiendes?... Ya tiene un anónimo que le cuenta todo.
- ALBERTO: Pero, ¿qué marido? ¿Qué anónimo?
- LUISA: (Mostrando la mano derecha) Con esta mano lo he escrito... ¿Ves?... Con esta mano... con la misma que te arrancaría los ojos... ¡infame!... ¡canalla!... ¡perjuro!
- ALBERTO: ¡Van a oírte!... ¿Estás loca?

LUISA: ¡Que me oigan!... ¡qué me importa! (*Exasperada*).

ERNESTO: (*Desde lejos*) Es inútil, Alberto, no la vas a convencer.

LUISA: (*Con acento contenido*) ¡Idiota!

ALBERTO: (*Sonriendo y mientras se acerca a las señoras*) Ya lo veo... Pero en parte tiene razón... Está enferma...

ERNESTO: (*Riendo*) ¡Eso es!... Dale la razón... (*Luisa se aproxima al grupo de señoras*) ¡Lo de siempre!... ¡Es curioso!... Estos señores amigos de la casa se creen obligados a estar eternamente de acuerdo con la mujer, en contra del marido.

Mientras las señoras ríen, Luisa hace un movimiento de rabia, estruja nerviosamente el pañuelo que tiene entre las manos y se acerca a Rosario.

CARMEN: Pero... ¿por qué estamos de pie?... Siéntense...

TERESA: No, señora... nosotras nos vamos. (*Le da la mano*).

CARMEN: Hasta el jueves, entonces.
Saludos, etc.

ELENA: (*Aparece por el foro y se detiene un momento, sonriente y placentera*). ¡Buenas tardes!

ANITA: (*Sale precipitada a su encuentro*) ¡Elena!...
Se besan con mucho cariño. Movimiento de sorpresa en los presentes.

LUISA: (*Con rabia*) ¡Ella!

CARMEN, EUGENIA, LEONOR Y ROSARIO:
(Con voz apagada) Elena...

TERESA: (*Precipitadamente*) Vamos Irene, vamos...
Se saludan con apuro y vanse hacia foro.

ELENA: (*A Teresa e Irene afectuosamente, intenta detenerlas*) ¡Señora!... ¡Irene!... ¿desde cuándo?

TERESA: (*Sin detenerse, la saluda con una indicación de cabeza*) ¿Cómo está, Elena? (*Mutis foro*).
Elena las mira sorprendida.

ELENA: (*Va al grupo de señoras, con cara todavía sonriente, sin darse cuenta exacta del desaire*) Pero, ¿qué le pasa a Misia Teresa?... ¡Qué extraño!...

CARMEN: (*Confusa*) No... es que ya se iba...

ELENA: ¡Pero, con todo! (*Besa a Carmen que se deja besar, pero que no devuelve el beso*) ¡Oh!... ¿y no me besa?

CARMEN: ¡Si te he besado, hijita!

ELENA: (*Riendo*) ¡Ah!... ¡No!... no me conformo... (*Presenta la mejilla*). Bese... y fuerte... ¡no faltaba más!...

CARMEN: (*Besándola y tratando de sonreír*) ¡Qué ocurrencias tiene!

ELENA: (*A Alberto, con sorpresa y riendo*) ¡Usted aquí! ¿Qué quiere decir esta novedad?... (*Mientras Alberto se inclina sonriendo, Elena besa a Eugenia que le devuelve efusivamente el beso y da la mano a las otras. A Leonor*) ¿Cómo está, señora?... ¿Cómo está, Luisa? (*A Rosario, cariñosamente desde lejos*) ¡Rosario! ¿Y tu mamá?

ROSARIO: La estoy esperando.

ELENA: (*Sonriendo a Samuel*) Me tiene usted resentida. (*Le da la mano, lo mismo que a Ernesto*).

SAMUEL: (*Sorprendido*) Yo... ¡Yo no he dicho nada!...

ELENA: (*Dándole la mano a Alberto, sin preocuparse de la respuesta de Samuel*) Lo que menos podía imaginarme era encontrarlo aquí. (*A Carmen*) ¡Es toda una sorpresa!

ALBERTO: Vine a la puerta a buscar a Ernesto y don Samuel ha tenido la amabilidad de obligarme a subir.

ELENA: *(Sonriendo)* Muy bien hecho... Y, ¿por qué no fue a almorzar?... Lo estuvimos esperando...

ALBERTO: No me fue posible... Pero mañana iré...

LUISA: *(Aparte a las señoras)* ¡Qué desvergüenza! *(Hace un brusco movimiento y separándose unos pasos mira a Elena con aire provocativo).*

ELENA: *(Sin apercibirse de nada se acerca a Carmen con cara placentera).* Vengo a llevarme a Anita... Comerá con nosotros... para ir después al teatro.

CARMEN: *(Vacilando)* No, hija, no... Anita no podrá acompañarte.

ELENA: *(Sorprendida)* ¿No? ¿Por qué?

CARMEN: *(Encuentra la mirada de Luisa fija en ella, con firmeza)* Porque no puede...

ELENA: *(Deja de sonreír)* ¡Ah!... Eso es otra cosa.

ANITA: *(Se adelanta a Carmen)* ¡Pero, mamá! *(Se detiene y guarda silencio ante una mirada de Carmen).*

LEONOR: *(A Carmen)* Me voy, señora. *(Le da la mano).*

CARMEN: He tenido mucho gusto, Leonor...
Ésta se despide de todas y deja para lo último a Elena.

ELENA: *(A Anita)* ¿Qué quiere decir esto?
Anita hace un movimiento de hombros y guarda silencio.

LEONOR: *(Se acerca a Elena y le da la mano)* Adiós, Elena.

ELENA: *(Friamente)* Adiós, señora.
Leonor va hacia foro acompañada de Carmen con quien conversa unos momentos antes de hacer mutis.

LUISA: *(A Elena, mientras Carmen despide a Leonor)* Anoche me pareció verla a usted en un carruaje de alquiler... acompañada de una persona, que supuse sería su esposo.

bajo la garra

Las demás observan con curiosidad a Elena; Samuel, Alberto y Ernesto, conversan aparte.

ELENA: Me ha confundido, porque anoche no he salido de casa.

LUISA: *(Mirándola con impertinencia)* ¿No?... Pues hubiera jurado que era usted... ¡Es raro!...

ELENA: *(Con extrañeza)* ¿Raro?... ¿Qué le encuentra usted de raro?

LUISA: *(Con calma)* Nada... que no haya sido usted.

ELENA: *(Sorprendida)* No comprendo... *(Altanera)* Pero... de todos modos... me permitirá usted que encuentre aun más raro que parezca usted poner en duda mi afirmación.
Los hombres cesan de conversar y escuchan.

LUISA: *(Con calma burlona)* Pero, si yo no dudo. ¡Qué ocurrencia! *(Ríe).* Desde que lo dice usted... *(Cambia de tono y mira a Ernesto)* Vamos, Ernesto.

ERNESTO: Cuando quieras.

ELENA: *(A Anita, con voz abogada, después de haber quedado un momento suspensa, como si no encontrara qué contestar a Luisa)* Pero, ¿qué quiere decir esto? *(Le oprime un brazo).*
Anita inclina la cabeza y parece guardar silencio.

CARMEN: *(Vuelve de foro)* ¿Qué se habrá hecho tu mamá, Rosario?... Parece que te ha olvidado.

ROSARIO: *(Sonríe)* ¡Es tan distraída!... ¡Vaya usted a saber dónde anda!

ELENA: *(A Rosario, con voz que quiere aparecer tranquila)* Si querés te dejaré de paso... Yo también me voy...

ROSARIO: Bueno.

CARMEN: *(A Rosario)* No, hija, no... es mejor que esperes a tu madre... Desde que ha quedado en venir a buscarte... debes esperarla.

Rosario hace un ademán de conformidad.

- ELENA: *(Con voz temblorosa)* Como ustedes quieran.
- ALBERTO: *(Que desde el final del diálogo con Luisa observa sin cesar a Elena. Afectuoso)* ¿Qué le pasa, Elena?
- ELENA: *(Haciendo esfuerzos para serenarse)* Nada... Acompáñeme hasta el coche.
- Mientras Alberto cambia las palabras de la última escena con Elena, aparece por el foro Enrique, deteniéndose a la entrada. Tiene el semblante descompuesto y observa un instante a Elena y Alberto.*
- SAMUEL: *(Viéndolo)* Adelante... Enrique... Adelante...
Todos miran hacia el foro con sorpresa.
- ELENA: *(Con un grito íntimo de desahogo)* ¡Enrique! *(Sale ansiosamente a su encuentro y parece haber recobrado toda su entereza, ante el apoyo que busca en su marido).*
Enrique se limita a mirarla en silencio y sin preocuparse mayormente de ella, se adelanta hacia Carmen.
- ENRIQUE: *(Hace esfuerzos para parecer tranquilo. Le da la mano)* Vengo en busca de Elena... No sabía dónde encontrarla... Se me ocurrió que podía estar aquí... y veo que felizmente no me he equivocado...
- CARMEN: *(Turbada, por decir algo)* Pero... ¿ya se van?
- ENRIQUE: Sí... señora... sí *(Se inclina ante las señoras)*. Con el permiso de ustedes. *(Hace a los hombres un saludo con la mano)*. Hasta luego. *(Va hacia foro a reunirse con Elena)*.
- ALBERTO: *(A Enrique)* Un momento... Me voy con ustedes... *(Hace ademán de ir a despedirse de las señoras)*.
- ENRIQUE: *(Dándose vuelta y con frialdad)* No... no vamos a casa... Más tarde nos veremos. *(A Elena, mientras Alberto se detiene sorprendido)* ¡Vamos! *(Le indica la puerta con*

ademán resuelto).

Salen ambos, seguidos por las miradas de todos.

TELÓN

ACTO TERCERO

LA ESCENA REPRESENTA UN ESCRITORIO LUJOSAMENTE AMUEBLADO QUE PERTENECE A LA CASA DE ENRIQUE. AL LEVANTARSE EL TELÓN APARECE ÉSTE ESCRIBIENDO. EN SEGUIDA ENTRA RAMÓN POR EL FORO, TRAYENDO EN UNA BANDEJA TRES CARTAS.

RAMÓN: El correo, señor.

Enrique deja de escribir y toma de la bandeja las cartas. Dos traen sobres grandes y una, chico. Examina a la ligera la dirección de los primeros y se detiene en el último. Vacila, como si deseara abrirlo, pero no se decide. Lo deja a un lado y sigue escribiendo hasta terminar una carta, a la que a su vez pone dirección, colocándola después en un extremo del escritorio. Vuelve entonces a tomar el sobre chico que dejó antes y lo examina cuidadosamente.

ENRIQUE: *(Con abatimiento, mientras examina el sobre)* Seguro... ¡Otro anónimo! *(Como si no se sintiese con fuerzas para abrirlo)* ¡Sí, seguro! *(Bruscamente rompe el sobre y busca ansiosamente una firma que no encuentra. Con profundo abatimiento)* ¡Es claro!... *(Lee rápidamente, hace pedazos el papel y comienza a pasearse con extraordinaria agitación, apretándose la cabeza con las manos con desesperación)* ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo!... *(Deteniéndose de pronto, como si oyera un ruido hacia la derecha)* ¿Qué?... ¿Qué hay?

Aparece Elena por la derecha y se detiene un momento

contemplando con profunda tristeza a Enrique. Hay en su rostro una marcada expresión de dolor.

(Con extravío) ¿Ah!... ¿eres tú?

Elena se limita a hacer una señal afirmativa, moviendo la cabeza.

He recibido otro anónimo... ¿sabes? (Señalando los pedazos del papel) Ahí está... (Con acento lleno de angustia) ¡Lo mismo!... ¡Siempre lo mismo!

ELENA: (Que ha ido acercándosele lentamente, con voz suplicante y mucha dulzura) ¡Enrique!... ¡por Dios! (Le pone la mano sobre los hombros).

ENRIQUE: (Con voz ahogada y apretándose la cabeza) ¡No puedo! (Estalla en sollozos y va a tenderse sobre un sofá, ocultando la cabeza entre los brazos).

ELENA: (Precipitándose sobre Enrique y tratando, arrodillada ante él, de descubrirle la cabeza) Pero, ¿es posible?... ¡Dios santo!... ¡es posible!... ¡Levanta esa cabeza!... No quiero verte así... ¡Enrique!... ¡Enrique mío!... (Lo besa frenéticamente). ¡Esto es espantoso! Esto no puede ser... ¡Te estás matando!... ¡Y me vas a matar a mí!

ENRIQUE: (Enderezándose un tanto para oprimir convulsivamente la cabeza de Elena contra su pecho) ¡Elena!... ¡Mi pobre Elena!...

ELENA: (Desprendiéndose de sus brazos para mirarlo en los ojos y con mucha ternura) Pero... desde que tú sabes... Desde que estás convencido... ¡desde que no dudas de mi inocencia!...

ENRIQUE: (Enderezándose del todo y con acento lleno de angustia) ¡De tu inocencia!... ¡Y cómo voy a dudar de tu inocencia, desgraciada criatura? (Levantándola para estrecharla entre sus brazos) Si te creo la más noble... la más santa... la más buena de las mujeres... ¡Si te adoro!... ¡Si para mí

eres todo!... ¡Si mi vida eres tú!

ELENA: ¡Y entonces... Enrique... entonces!

ENRIQUE: (Con acento doloroso) No... si es otra cosa... Tú no me entiendes... Yo lo sé... Yo te conozco... Pero el mundo te acusa... Para los demás eres una esposa infiel y yo un marido engañado... (Con terror) ¡Marido engañado!... ¿Comprendes, mi Elena? (Con angustia) ¿Tú sabes lo que es eso?... Es el deshonor... es el ridículo... ¡es la vergüenza!... ¡Es la lástima o el desprecio de los otros para siempre! (En un grito lleno de angustia y separándose de ella bruscamente) ¡Para siempre!...

ELENA: (Siguiéndole, desesperada) ¡No... no... no es cierto!

ENRIQUE: (Dejándose caer abatido en un asiento y con voz apagada, cubriéndose la cara con ambas manos) Y yo no puedo... no puedo... ¡Aunque quiera, no puedo!...

ELENA: (Con un grito de protesta y rebelión) ¡Pero es eso absurdo!... ¡es imposible!... ¡Dios no puede permitir una cosa así!... ¡Fíjate en lo que estás diciendo!... ¡Si somos felices!... ¡Si todo es mentira!... ¿Con qué derecho viene el mundo a interponerse entre los dos?

ENRIQUE: (Con infinita amargura y relativa calma, poniéndose de pie) ¡Pobre Elena!... ¡Sí! Tú no lo comprendes... no lo puedes comprender. (Con voz sorda) ¡Pero yo sí!... Yo sé lo que me aguarda en adelante... (Agitándose) Lo sé... lo veo... lo siento... ¡Y es horrible!... ¡No puede ser más horrible! (Se oprime la cabeza con las manos).

ELENA: (Angustiada) Pero... ¿por qué? ¿por qué? Explícame por qué...

ENRIQUE: (Con amargura) ¿Por qué?... Porque para la sociedad en

que vivo, ya no soy sino un pobre hombre a quien su mujer lo engaña... Y eso... eso... *(Con angustia)* ¡Oh! ¡tú no sabes lo que quiere decir eso!... *(Camina algunos pasos y Elena lo sigue)*. Pero, cuando mañana yo salga a la calle... sé que a mi paso... por donde quiera que vaya... he de provocar sonrisas burlonas y miradas de desprecio... aunque yo no las vea... *(Mueve nervioso la cabeza)*. Porque se han de producir siempre a mi espalda... y han de estar más en la intención que en los ojos y en los labios... Sé que existen... que me siguen... que me humillan... y me escarnecen...

ELENA: *(Desesperada)* ¡Pero, no... no... es espantoso!... ¡No digas eso!

ENRIQUE: *(Exaltándose)* ¡Siquiera fuese posible matar!... ¡Si pudiera personificarse en alguien el desorden de todos... para hacerlo pedazos!... ¡Pero, no!... ¡No se puede!... ¡Es un fantasma que huye... que huye siempre!... ¡Y la mano crispada se agita en el vacío... buscando inútilmente una garganta! ¡Son todos y no es nadie!... ¡No se sabe dónde está... porque está en todas partes!... En la palabra que no se pronuncia... en el gesto que no alcanza a dibujarse... en el desaire indefinido... y en la amabilidad extremada... en el que te mira pasando a tu lado sin que tú sepas quién es... en el amigo que al estrecharte la mano te compadece... en el enemigo que al cruzar desdeñoso junto a ti siente antiguos rencores aplacados... y te ofende al odiarte menos... en el que te quiere... en el que te envidia... en el que te aborrece... en todo eso que constituye el mundo... del que no puedes prescindir... del que no puedes separarte... porque te

estrecha... porque te rodea... y aunque no quieras siempre está contigo... y no puedes vivir sin él...

ELENA: ¡Enrique!... ¡por favor!... ¡Enrique!...

ENRIQUE: *(Con voz ahogada)* ¡Oh!... ¡es horrible!... ¡es horrible! *(Sollozando)* ¡Y por eso... en la imposibilidad de matar como hombre... hay que resignarse a llorar como mujer! *(Se deja caer sollozando sobre un asiento)*.

ELENA: ¡Enrique!... ¡Enrique!... *(Sacudiéndolo violentamente)* ¡Vuelve a la razón! ¡Tú estás perturbado!... ¡Estás enfermo!... ¡Eso no puede ser así!... *(Viendo que la separa suavemente de su lado)* Pero, escucha... ¡escúchame, por Dios!... Desde que soy inocente... desde que nada tengo que reprocharme... todo tiene que aclararse... y la gente se convencerá...

ENRIQUE: *(Con desesperación)* ¡No, Elena, no!... ¡A la mujer a quien una vez se acusa... ya no la salva nada ni nadie!...

ELENA: ¡Pero, me vas a volver loca!... ¡Si no he cometido ninguna falta!... ¡Si soy la misma de siempre!... ¿Acaso basta que el mundo quiera? ¡Eso sería monstruoso!... ¡Eso no puede ser!

ENRIQUE: *(Con profunda amargura)* ¡Es así, Elena, es así!...

ELENA: *(Con un arranque lleno de despecho)* ¡Y bien... que sea! ¡Diga el mundo lo que quiera!... ¡Que por mucho que diga... no ha de conseguir quitarme lo que es mío!... ¡Tengo mi conciencia de mujer honrada... y me siento por encima de lo que pueda decir!...

ENRIQUE: *(Con acento dolorido)* ¡Ah, sí!... ¡Pero es distinto... muy distinto!... No confundas tu situación con la mía... Me explico que tú, injustamente acusada, encuentres

en la fuerza moral lo que te presta tu inocencia... las altiveces necesarias para sobreponerte a todo... ¡Pero, yo, es otra cosa!... A mí no se me acusa... Apenas se me señala... A mí no se me ataca... Tan sólo se me desdeña... Nadie trata de ofenderme... porque ya se me considera suficientemente ofendido... Y en vez del gesto de la agresión que irrita y que enardece, acecha mis pasos en todas partes la sonrisa burlona del ridículo... del ridículo que deprime, que desarma... y que lentamente inutiliza... *(Con arranque y poniéndose de pie)* ¡Oh, es distinto... muy distinto!!... *(Se pasea)*.

- RAMÓN: *(Por foro)* Señor... está el señor don Alberto.
- ENRIQUE: *(Con voz sorda)* ¡Alberto!... *(Su cara toma una expresión dura)*.
- ELENA: *(Con dulzura)* ¡Enrique!... ¡No seas injusto!
- ENRIQUE: *(A Ramón, resolviéndose)* Dígale que pase. *(A Elena, mientras Ramón hace mutis)* No lo puedo remediar... ¡y confieso que por momentos lo odio!...
- ELENA: *(Con dulzura)* ¡No hay que ser injusto!... ¿Qué culpa tiene el pobre?
- ENRIQUE: Ya sé... ¡pero es más fuerte que yo! *(Se pasa la mano por la frente)* Al fin... él es la causa... involuntaria, pero es la causa...
Alberto aparece por foro, da en silencio la mano a Elena y se dirige después a estrechar la de Enrique.
- ALBERTO: *(Con mucho interés)* ¿Cómo sigues?
- ENRIQUE: *(Tratando de serenarse)* Bien... bien... Ya estoy bien. *(Con voz apagada)* ¿Averiguaste algo más?
- ALBERTO: *(Con abatimiento, dejándose caer sobre un sillón)*.

Mientras, Elena se sienta aislada a cierta distancia de los dos.

Estamos en lo mismo... Es indudable que ha salido del Club... Pero no es posible poner las cosas en claro... ¡Es un enredo que no se entiende!

- ENRIQUE: Pero, en fin... ¿cuál es el origen?... Porque tiene que haber algún origen... Ayer creías haber encontrado una punta del hilo...
- ALBERTO: Sí... porque, en primer término, aparecía complicado Simón.
- ENRIQUE: *(Con sorpresa)* ¿Ese idiota? *(Con amargura, ante una señal afirmativa de Alberto)* ¡Qué sarcasmo, Señor, qué sarcasmo!
- ALBERTO: Fue él quien indicó los nombres... Pero sostiene que no sabía siquiera de lo que se trataba... y que al dar sólo las filiaciones de dos personas... se redujo a mencionar a aquellas que a juicio suyo le correspondían mejor... pero, creyendo siempre que con el experimento sólo se buscaba poner a prueba su habilidad... El infeliz está desesperado... y a todo trance quiere venir a dar explicaciones.
- ENRIQUE: *(Alarmado)* ¡No, por Dios!... ¡que no venga!
- ALBERTO: Ya se lo he hecho decir... porque, como comprenderás, yo no he querido hablar directamente con él... Pero, de todos modos, sería bueno que dieras órdenes para que no lo reciban. El pobre es tan torpe...
- ENRIQUE: *(Con amargura)* ¡Ya lo creo!... ¡Es lo único que me faltaba!... ¡Las explicaciones de un idiota como única satisfacción social! *(Cambia de tono)* Pero, en fin, y, a Simón, ¿quién fue que le suministró esos datos a que hace referencia?
- ALBERTO: Jorge... Pero parece que Jorge los había recogido en un

grupo de socios que comentaban el pretendido suceso... y que su única participación consiste en haber consultado a Simón...

ENRIQUE: ¿Y quiénes estaban en el grupo?

ALBERTO: Roberto, Diego, Adolfo, Miguel, Ricardo y varios más. Éstos dicen que Ernesto conocía el asunto... pero Ernesto la niega terminantemente... sosteniendo que él lo había sabido mucho después que los otros, por referencias de Luisito... y Luisito, a quien también he hecho interrogar con toda la discreción del caso, asegura haber tenido la noticia por parte de Jorge, que era uno de los que estaban en el grupo que encomendó la consulta a Simón... Esto nos vuelve al punto de partida, girándose desde entonces en un círculo vicioso.

ENRIQUE: *(Con amargura)* ¿Quiere decir que no es posible establecer la responsabilidad de nadie?

ALBERTO: ¡De nadie!... Y te diré más: considero que en rigor no hay propiamente un responsable. No se señala un propósito, ni siquiera una intención... Es el resultado inconsciente de nuestra manera de ser. Es nuestro carácter... ligero, irreflexivo, que procede siempre por impresiones, sin mediar en las consecuencias... Prontos en el juicio, rindiendo culto a la broma y capaces de sacrificar a una frase feliz la mejor reputación, sin perjuicio de arrepentirnos más tarde y ser los primeros en lamentar el mal que hemos causado.

ENRIQUE: *(Se pone de pie y se pasea con cierta agitación)* Y, de todos modos, nada se hubiera podido remediar tampoco aclarando el caso en el Club... cuando ya la versión se

ha generalizado... Si cien pudieran reconocer su error, otros mil que aceptaron sin pruebas la veracidad del hecho las exigirían ahora para consentir en rectificarlo, sin perjuicio de millares más que por uno u otro conducto también tendrán noticia... y hasta los que nunca llegaría la aclaración con fuerza bastante para convencerlos... ¡Es inútil combatir al torrente en su nacimiento, después que las aguas desbordadas han causado sus estragos!

En este momento suena la campanilla del teléfono, pero nadie se preocupa de ella.

ALBERTO: Sin embargo... tengo todavía una investigación que hacer... ¡pero es tan difícil en asuntos de esta naturaleza!

ENRIQUE: *(Alarmado)* ¡Sí... sí... cuidado!... Cualquier imprudencia... cualquier pregunta indiscreta... dará pábulo a nuevos comentarios

Suena el timbre del teléfono. Elena se aproxima lentamente al aparato.

ALBERTO: Por eso... es cuestión de forma... Hay que valerse de los amigos más íntimos... de los de más confianza... ¡y éstos son tan pocos!

ENRIQUE: *(Con amargura)* ¡Ya lo creo que son pocos! *(Queda pensativo y preocupado paseándose en silencio).*

ELENA: *(Con el tubo en la mano)* ¡Hola!... Bueno... ¿Quién es?... ¡Ah! ¿Cómo te va?... Sí... sí... Elena, sí... Bueno, gracias. ¿Y ustedes?... Pero, ¿no será de cuidado?... No, no fui... No me encontraba bien... Bueno... ¡Ah!... sí... sí... Comprendo... ¡Cómo no!... Es claro... Sí... Se lo diré a Enrique... Sí, aquí está... Bueno... Bueno... Cuando quieras... Adiós. *(Baja el tubo y se dirige al asiento que antes ocupaba)*

ENRIQUE: *(A Elena)* ¿Quién era?

ELENA: *(Con voz temblorosa)* Matilde... Me anuncia que han desistido del abono al palco del Odeón... que íbamos a tomar juntos...

ENRIQUE: ¡Ah!

ELENA: *(Serenándose, con voz firme)* Dice que una tía de Ramírez se encuentra muy enferma... y que no le parece propio. *(Se sienta)*.

ENRIQUE: *(Suspira)* Bueno... *(Se pasa la mano por la frente. Con voz más tranquila a Alberto)* Debes suspender... De todos modos es inútil...

ALBERTO: No, si únicamente deseaba hablar con Ricardo... a quien hace días que no se le ve, pero esta noche nos encontraremos en la comida de su tío Salvadores...

ENRIQUE: *(Con sorpresa)* ¿Cómo?... ¿Mi tío Felipe da alguna comida?

ALBERTO: *(Con mayor sorpresa)* Pero, ¿que no lo sabías?... Una gran comida al ministro de España.

ENRIQUE: *(Con voz ahogada)* ¿Sabías tú algo, Elena?

ELENA: *(Moviendo la cabeza y con voz apagada)* No. *(Después de un instante se cubre la cara con las manos y se pone a sollozar)*.
Enrique hace un gesto de desesperación y camina en silencio alguno pasos, mientras Alberto, después de mirar a ambos, se acerca precipitadamente a Elena.

ALBERTO: *(Con voz ahogada)* ¡Elena!... ¡Elena!... Perdóneme usted... Comprendo que es horrible... pero yo no sé qué hacer... No llore, Elena... ¡Por Dios, no llore!

ELENA: *(Mientras se enjuga las lágrimas y con mucha dulzura)* Perdonarlo... ¿y de qué, Alberto?... ¿Qué culpa tiene usted?

ENRIQUE: *(Con extravío y paseándose agitadamente)* Bueno... bueno...

¡Se acabó!... Ya no es posible más... ¡esto es la evidencia! ¡Hasta mi tío Felipe!... ¡Mi tío Felipe!... ¡Y es claro!... El temor del fracaso... de que la gente no vaya... ¡Es un tributo que paga a la sociedad!

ALBERTO: *(Desesperado)* Escúchame, Enrique, escúchame... Es necesario salir de esta situación... ¡Esto no puede seguir así!... Yo estoy dispuesto a todo... ¡Haré lo que ustedes quieran!

ENRIQUE: *(Deteniéndose en sus paseos y con extravío)* ¡Es inútil!... ¡inútil!... ¿qué es lo que vas a hacer?... ¡Completamente inútil! *(Sigue paseándose)*.

ALBERTO: *(Con vehemencia)* ¡Pero todo!... ¡Todo lo que sea preciso!... ¡Mañana mismo me iré... me destierro... me embarco!

ENRIQUE: *(Con espanto y deteniéndose)* ¡No!... ¡No!... ¡No pienses en eso!... ¡Si te fueras todo el mundo diría que es por esto!

ALBERTO: *(Vehemente)* ¡Pero si me quedo lo dirán lo mismo!

ENRIQUE: *(Con extravío)* Ya sé... ya sé que lo dirán... pero, lo otro es peor...

ALBERTO: No vendré más a esta casa... ¡no los veré más!...

ENRIQUE: *(Con agitación)* ¡No, señor, no!... ¡La gente diría que te he expulsado... que te prohíbo venir!...

ALBERTO: *(Con desesperación)* Pero, entonces, ¿qué es lo que hay que hacer?

ENRIQUE: Nada. ¡Nada!... ¡Morirse de vergüenza y desesperación!... ¡Eso es lo único! *(Se deja caer sobre un asiento y se cubre la cara con las manos)*.

ALBERTO: *(Desesperado)* ¡Pero, no, no!... ¡Algo se tiene que poder hacer!... No es posible que todo quede así... Hay que preocuparse... hay que buscar...

ELENA: (Que se ha aproximado lentamente a Enrique con voz firme y colocándole las manos en los hombros) Enrique... ¿vámonos a Europa?

ENRIQUE: (*Sacude la cabeza con abatimiento*) No, Elena, no... ¿Qué remediaríamos con eso?

ELENA: (*Con energía*) Vámonos a Europa... Vámonos por ocho o diez años... ¡por toda la vida, si es preciso! ¡Que al fin no dejemos aquí nada que valga ni de cerca nuestra felicidad!

ENRIQUE: (*Con abatimiento mueve la cabeza*) ¡No... no!...

ALBERTO: Pero... ¿por qué no?... Yo creo que Elena tiene razón. ¿Qué puede impedirte hacer ese viaje?... Eres rico... No tienes obligaciones...

ENRIQUE: (*Como si se consultara a sí mismo*) ¿A Europa?... ¿A Europa?...

ALBERTO: (*Con calor*) ¡Sí, hombre, sí!... Resuélvete... Estás allí un par de años... y cuando vuelvan ya nadie se acuerda de esto... Yo me encargo de administrarlo todo... No tienes que pensar en nada.

ELENA: (*Con resolución*) ¡Sí, Enrique!... ¡Es preciso!... No vaciles... Es nuestra tranquilidad... ¡La vida para nosotros!

ENRIQUE: (*A Alberto, iluminándosele el rostro por un principio de esperanza*) ¿Tú te encargarías de todo?

ALBERTO: Absolutamente de todo... Sobre eso no tienes por qué preocuparte.

ENRIQUE: (*Con un gesto de indecisión*) Pero, ¿y la gente?... ¿Qué dirá la gente?

ELENA: (*Con vehemencia*) ¡Oh!... ¡déjalos que digan lo que quieran... que al fin se cansarán de decir!

ENRIQUE: (*Mira a Elena con el rostro resplandeciente de esperanza*). La

verdad es que así... yéndose lejos... hasta que se olviden...

ELENA: (*Con calor*) ¡Sí, Enrique, sí!... ¡Seremos felices!... Nadie se ocupará de nosotros... y volverán los días de antes.

ENRIQUE: Pero, tendría que ser por mucho tiempo... lo menos por diez años.

ELENA: (*Con vehemencia*) ¡Por lo que sea necesario! ¡Qué nos importa!

ENRIQUE: ¡Pues vámonos! (*Se pone de pie*). ¡Vámonos desde que a ti te parece!

ALBERTO: (*Con satisfacción*) ¡Vaya, hombre!

ELENA: ¡Gracias a Dios!

ENRIQUE: (*A Alberto, con vivacidad*) Pero, entonces que sea en seguida... ¿eh?... ¡Yo no quiero permanecer más tiempo aquí! ¡No podría!... No deseo ver a nadie... ¡Le he tomado horror a la gente!

ALBERTO: Mañana mismo me ocupo de todo.

ENRIQUE: No, hoy... ahora... Averigua cuándo sale vapor... y preocúpate de los pasajes...

ALBERTO: El Aragón sale pasado mañana... Sé, porque Arturo se va con la familia.

ENRIQUE: (*Con repentina preocupación*) ¡Es verdad! (*Mira a Elena con abatimiento*). ¡No me había fijado en eso!... Tendremos que ir con una cantidad de personas que nos conocen... Seremos el tema de las conversaciones. (*Con expresión de terror*) ¡Quién sabe qué desaires nos esperan!

ELENA: ¡Pero no, no, por Dios!... No exageres...

ENRIQUE: (*A Alberto, con aflicción*) No... mira... no... en el Aragón,

no... busca otro... averigua... y consíguete la lista de los pasajeros.

ALBERTO: *(En tono de reproche)* ¡Pero, Enrique!

ENRIQUE: *(Interrumpiéndole y con tono de ruego)* ¡Por favor!... No me observes... Te aseguro que no puedo...

ALBERTO: Bueno... voy en seguida.

ENRIQUE: Sí... sí... te esperamos...

ALBERTO: Hasta dentro de un momento... *(Vase precipitado por foro)*.

ENRIQUE: *(A Elena, después de salir Alberto)* ¡Seremos felices, Elena!... ¡Todavía seremos felices! *(La abraza)*.

ELENA: ¡Sí, Enrique, sí!... Pero, es preciso que te calmes... que reacciones... No hay que perder la cabeza... Tranquilízate...

ENRIQUE: *(Con expresión de gozo en el semblante)* ¡Oh!... ¡Ahora sí!... ¡Ahora sí! ¡Ya es otra cosa!... ¡Si vieras cómo estoy de contento! *(Le estrecha las manos con efusión)*.

ELENA: Tienes fiebre.

ENRIQUE: No es nada... No te preocupes... Mañana estaré bien. *(La obliga cariñosamente a sentarse y se sienta también él)*. ¡Has tenido una gran idea, Elena!... ¡Una gran idea!... Esteramos diez años... Tal vez no tanto... Así, sin vernos, no tendrán ocasión de hablar... y entonces se olvida pronto... Vamos a instalarnos en París... ¿qué te parece?... ¿Te gusta vivir en París?

ELENA: *(Con tristeza)* Donde tú quieras... Me es indiferente...

ENRIQUE: Pasearemos dos meses del año en Niza... ¡Qué linda es Niza! Y durante los veranos en Biarritz, Luchon... y todos los demás sitios que conocimos juntos... cuando

todavía éramos novios... *(Sonríe)* ¿Te acuerdas, Elena?... No puedo olvidarme nunca de aquel norteamericano del hotel de Luchon... del que nos reíamos siempre... con aquellos pantalones a rayas... y aquel sombrero blanco... ¿te acuerdas?...

Elena sonrío haciendo con la cabeza señal afirmativa.

¿Y el otro?... el francés aquél que te pretendía... y que una tarde se cayó del caballo delante de nosotros... Esa tarde nos comprometimos, ¿te acuerdas?

Elena afirma.

¡Oh!... ¡Qué bien lo vamos a pasar, Elena!... Trataremos de volver a los mismos hoteles... y de visitar los mismos sitios... Iremos a la gruta... ¿Sabes a qué gruta me refiero?... Aquella en que aprovechando la salida de tu mamá, te di en la mano mi primer beso... *(Riendo)* ¡Y cómo te enojaste!... ¡Cómo te enojaste, Elena!

ELENA: Sí... sí... todo lo que tú quieras, Enrique... La cuestión es irnos... es irnos lejos... ¡y volver a ser felices! *(Se pone de pie y acercándosele)* Es preciso preocuparse del porvenir. *(Inclinándose hacia él y con voz emocionada)* Dentro de poco ya no estaremos solos... Tendremos alguien en quien pensar...

ENRIQUE: *(Azorado)* ¿Cómo?... ¡No entiendo!

ELENA: *(Abrazándolo estrechamente para ocultar su emoción)* Sí, Enrique... Es una noticia que te reservaba...

ENRIQUE: *(Desprendiéndose bruscamente de los brazos de Elena y poniéndose de pie para retroceder espantado)* ¡No!... ¡no!... ¡no es posible!... ¡no es cierto!...

ELENA: ¡Sí, Enrique, es cierto!...

ENRIQUE: *(Desesperado)* ¡No! ¡No! ¡Un hijo! ¡Un hijo! Entonces, sí...
¡sería para siempre!... ¡para siempre!

ELENA: *(Espantada)* Pero, ¿qué estás diciendo?

ENRIQUE: *(Sin hacer caso de ella y recorriendo a grandes pasos el escenario)*
¡Ese primer hijo, después de tres años de casados, sería
una desgracia!... ¡Sería una maldición! ¡No!... ¡no!
¡Mentira! ¡Mentira! ¡No es cierto!

Elena se deja caer sobre una silla y solloza.

¡Ya no es posible esperar olvido!... ¡Sería para todos la
encarnación de la falta!... la prueba concluyente... ¡No!...
¡No!... Dime que no es cierto... Yo tendría que odiar a
ese hijo, Elena... ¡Yo tendría que odiarlo! ¡Contesta!...
¡contesta! ¡Dime que no es cierto!

Elena solloza sin contestar.

(Enrique se oprime la cabeza con las manos) ¡Pero, tú quieres
desesperarme!... ¡te complaces en que sufra!... ¡Ya tengo a
todos contra mí!... *(Retrocede con expresión de espanto)* ¡Tú!...
¡tú, también, Elena!... ¡Todos!... ¡todos!... ¡Y yo solo
contra todos!... Bueno... sí... ¡que vengan!... ¡yo solo!...
¡yo solo!... ¡qué importa!

ELENA: *(Enderezándose, con espanto)* ¡Enrique!... ¡Enrique!...

ENRIQUE: *(Con desvarío)* Los veo... ya vienen... son muchos... son
muchos... ¡no quiero!... ¡no puedo!... *(Retrocede hacia el
sofá y Elena lo sigue)* ¡Que cierren las puertas!

ELENA: *(Con desesperación, y tomándole los brazos)* ¡Dios mío! ¡Mi
Enrique!

ENRIQUE: *(Con expresión de terror y mirando hacia el público y por sobre los
hombros de Elena)* ¡Ya están!... ¡ya están!... ¡Y hasta el
americano con sombrero blanco!... *(Se deja caer sentado en
el sofá).*

ELENA: *(Solloza con desesperación, lo abraza)* ¡Mi pobre Enrique!

*Mientras baja el telón aparece por el foro Simón haciendo
saludos a uno y otro lado.*

TELÓN

FIN

Las de Barranco

Gregorio de Laferrère

PERSONAJES

DOÑA MARÍA
CARMEN
DOÑA ROSARIO
MANUELA
PEPA
MORALES
CASTRO
PETRONA
LINARES
BARROSO
ROCAMORA
JENARO
PÉREZ

ACTO PRIMERO

LA ESCENA REPRESENTA UN VESTÍBULO GUARANGAMENTE AMUEBLADO. COMO DETALLES DE RIGOR: UN GRAN CUADRO CON EL RETRATO AL ÓLEO DE UN CAPITÁN DEL EJÉRCITO Y OTRO UN POCO MÁS CHICO CONTENIENDO CONDECORACIONES MILITARES: CORDONES, MEDALLAS, ETC., ETC. SOBRE UNA MESA HAY UNA GRAN CAJA DE CARTÓN Y DELANTE DE ÉSTA SE ENCUENTRA DE PIE DOÑA MARÍA EXAMINANDO UNAS BLUSAS QUE VA SACANDO DEL INTERIOR DE LA CAJA. A POCOS PASOS, EN ACTITUD DE ESPERA, UN MUCHACHO.

D^a MARÍA: *(Concluyendo de examinar las blusas)* ¡Qué preciosura! ¡Son una monada!... *(Mirando al muchacho)* Dígale que muchas gracias, que se las agradezco muchísimo. *(Acentuando)* Y que Carmen le manda muchos recuerdos... Dígale así *(Haciendo un gesto*

después que el muchacho saluda y se va por la derecha) Son regularcitas, no más... *(Gritando)* ¡Carmen! *(Volviendo al comentario)* Algún saldo que no le servía... *(Gritando con más fuerza)* ¡Carmen!... *(A Carmen que aparece por la izquierda)* Mirá, mirá el regalo que te manda Rocamora, el del registro: una blusa para vos y otra para cada una de tus hermanas...

CARMEN: *(Frunciendo el ceño)* ¿Blusas?

D^a MARÍA: *(Sin apercibirse del gesto de Carmen.)* Sí, aquí las tenés. No son feas, sobre todo la tuya... mirá. *(Levanta en alto una blusa).*

CARMEN: *(Sin preocuparse de la blusa y con fastidio)* ¡No debía de habérselas recibido!

D^a MARÍA: *(Encarándose con ella)* ¡Che... che... che!... ¿Estás loca?... ¿Qué querés decir?

CARMEN: *(Con aflicción)* Pero ¿usted no sabe, acaso, que Rocamora me pretende?

D^a MARÍA: ¡Vaya una novedad!... ¿y qué hay con eso?

CARMEN: ¿Usted no sabe que le he dicho que no consentiré nunca en casarme con él?

D^a MARÍA: Sí, y demasiado bueno es el pobre que todavía te hace regalos. ¡Razón de más para agradecerse los... me parece! ¿O es que querés prohibirle ahora que sea generoso si quiere serlo?... ¡Es lo único que faltaba!

CARMEN: *(Con soberbia).* ¡Sí, mamá!... ¡que se guarde sus generosidades porque yo no las necesito!

D^a MARÍA: ¿Que no las necesitás?... *(La mira un momento y después desdeñosamente)* ¡No me hagás reír, infeliz! Pero, decime, ¿qué es lo que te has creído? ¿qué te imaginás que sos?... ¿No comprendés, acaso, que en nuestra situación necesitamos de todo el mundo? ¿Que es preciso vivir?... ¿Que los ciento

cincuenta miserables pesos que nos da de pensión el gobierno no alcanza para nada? ¿A qué vienen esos aires, entonces? ¿A quién se va a engañar con eso?

CARMEN: *(Con abatimiento)* ¡Si yo no pretendo engañar, mamá!

D^a MARÍA: *(Con irritación)* ¡Explicate, explicate, entonces!... *(Brusca transición, con sincera alarma)* ¡O qué!... ¿te ha faltado, acaso?

CARMEN: *(Con altanería)* ¿Faltarme?

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* ¿Y entonces?

CARMEN: *(Con amargura)* ¡Pero si sabe que no lo puedo ver!... ¡Si lo sabe!... ¡y precisamente por eso es que se empeña, como si quisiera someterme... obligarme! *(Con arranque)* ¡Eso es lo que no puedo soportar, mamá!

D^a MARÍA: *(Con indiferencia)* ¡Bah, no seas zozca!... Con recibirle los regalos y ponerle buena cara, estás del otro lado... Nadie te pide otra cosa... una sonrisa a tiempo ¡y se acabó!

CARMEN: *(Con angustia)* ¡Pero si precisamente es lo que no puedo! No lo hago por él... ¡lo hago por mí! En cada uno de sus regalos veo el pago anticipado de esa sonrisa que me pretende arrancar... y me subleva tanto, me da tanta rabia y tal vergüenza ¡que siento ganas de tirarle por la cara la porquería que me trae! *(Con un gesto de rabia)* ¡Ah, la sola idea de que pueda creerlo!... *(Cambiano bruscamente de tono y con desaliento)* ¡Pero ya sé, mamá, que usted no me entiende!

D^a MARÍA: *(Con acento reconcentrado y mucha amargura)* Te equivocás... te equivocás, ¡pretenciosa ridícula! ¡Demasiado que te entiendo! Lo que tiene que tengo un poco más de mundo que vos y conozco mejor la vida... ¡Ya lo creo que te entiendo! ¡Sos el retrato de tu pobre padre! *(Mira al óleo del capitán)* ¡Así era él también y se le llenaba la boca con las mismas pavadas!

(*Abuecando la voz*) ¡El capitán Barranco no se vende!... ¡el capitán Barranco no se humilla! ¡El capitán Barranco cumplirá con su deber!... (*Volviendo a la voz natural y con acento despreciativo*) Y el capitán Barranco, entre miserias y privaciones, terminó en un hospital... porque no había en su casa recursos para atenderlo. ¡Eso es lo que sacó el capitán Barranco con sus delicadezas! (*Exaltándose y con acento duro*) Pero la viuda del capitán Barranco es otra cosa, ¡entendelo bien! No vive de ilusiones... Sabe que tiene tres hijas que mantener, tres zánganas, ¡a cuál más inútil!, que se lo pasan preocupadas de moños y composturas, mientras la pobre madre tiene que buscarse como Dios la ayude el zoquete diario que han de llevarse a la boca para no morir de hambre! ¡Por eso también, la viuda del capitán Barranco sabe lo que tiene que hacer! (*Con tono imperativo y lleno de amenazas*) Y ahora, lleve adentro esas blusas y ¡cuidado con que cuando venga Rocamora no le dé usted las gracias con toda amabilidad!...

Carmen, en silencio, se dirige sumisamente hacia el sitio donde se encuentra la caja de blusas y en ese momento golpean las manos hacia la derecha.

Pero, ¡miren cómo han puesto el suelo de papeles! (*Empieza a levantar papeles*) ¡Si no digo! ¡Estas haraganas no sirven para nada! (*Gritando*) ¡Manuela!... (*Aproximándose hacia la izquierda y en voz hacia el exterior*) ¡Manuela!...

VOZ DE MANUELA:

(*Desde el interior*) ¿Qué quiere?

D^a MARÍA: Vení para acá. (*Sigue recogiendo papeles*) Vení a ver cómo está esto.

VOZ DE MANUELA:

No puedo, me estoy haciendo los rulos...

D^a MARÍA: (*Gritándole mientras sigue en la tarea de recoger papeles*) ¡Yo te voy a dar rulos, sinvergüenza! ¡Dejá no más! (*En otro tono leyendo la inscripción de un trozo de papel que recoge del suelo*) Se alquila... (*Leyendo la del otro papel*) ¡Mire, esto! Se alquila con *h*. ¡Para qué les habrá servido la escuela a estas inservibles! (*Leyendo rápidamente la inscripción de otro papel*) ¡Otra!... pieza con *z*... (*Como dudando*) Con *z*... con *z*... (*Resolviendo el caso*) ¡Qué barbaridad! ¡Parece mentira!... (*Interrumpiendo bruscamente la tarea para aproximarse de nuevo a la izquierda y gritando*) Decime, ¿le prendieron el cabo de vela a San Antonio?

VOZ DE MANUELA:

No sé, yo le dije a Pepa. (*Gritando*) ¡Pepa! ¡te llama mamá!...
Aparece por la derecha doña Rosario saludando con la cabeza y precedida de Carmen.

CARMEN: Mamá, esta señora viene por la pieza desalquilada.

D^a MARÍA: (*Muy amable*) Pase adelante, señora, pase adelante. (*Tira a un lado una pelota de papel que ha ido formando con los pedazos recogidos del suelo*).

D^a ROSARIO: Sí, señora. Como vi papel en el balcón...

VOZ DE MANUELA:

(*En el interior*) ¡Pepa!

D^a MARÍA: Sí, sí... tome usted asiento. (*Le señala una silla*).

D^a ROSARIO: (*Sentándose*) Pero me dice esta señorita que la pieza es muy chica...

D^a MARÍA: ¿Chica? ¿Qué ha de ser chica, señora! (*Dirige una mirada furibunda a Carmen*) Es una pieza muy decente... Ya la verá usted... (*A Carmen*) Andá, abril, que en seguida vamos nosotras.

VOZ DE MANUELA:

Mientras Carmen vase por el foro.

¡Pepa, te digo que te llama mamá!

D^a MARÍA: *(A doña Rosario)* Pues ayer precisamente quedó desocupada. ¡Oh!, estoy segura que le va a gustar mucho.

VOZ DE MANUELA:

¡Bueno, a mí que me importa!... ¡Yo te digo lo que dice ella!

D^a MARÍA: *(Después de dirigir una mirada de inquietud hacia la izquierda y con cierta nerviosidad)* Durante mucho tiempo ha vivido la viuda de un coronel. ¡Como ésta es una casa tan tranquila!... No tengo sino otro inquilino, un estudiante de las provincias.

VOZ DE MANUELA:

(Levantando el diapasón) Más zonza serás vos... ¿entendés?

D^a MARÍA: *(Apresuradamente y muy nerviosa)* Estudiante de medicina... ¿Sabe? De medicina.

VOZ DE MANUELA:

¡La idiota sos vos!... ¿Qué te has creído?

D^a MARÍA: *(Con tono de reconvención, en alta voz y mirando hacia la izquierda)* ¡Manuela!

VOZ DE PEPA: *(Más lejana que la de Manuela)* ¿A que no me lo repetís?

D^a MARÍA: *(Levantando la voz)* ¡Niñas!...

VOZ DE PEPA: *(Con el mismo diapasón que la de Manuela)* ¡Guaranga!

VOZ DE MANUELA:

¡Estúpida!

Se produce una gritería en la que las dos voces se insultan.

D^a MARÍA: *(Sofocada)* Discúlpeme usted... *(Dirigiéndose precipitadamente hacia la izquierda)* ¡Niñas!... ¡niñas!...

PEPA: *(Apareciendo bruscamente por la izquierda y con la cara descompuesta)* ¿Es cierto que usted me llama?... *(Se detiene sorprendida al encontrarse con doña Rosario).*

D^a MARÍA: *(Con voz contenida por la ira)* Esta señora viene a alquilar la pieza... *(Señala a doña Rosario).*

PEPA: *(A doña Rosario y tratando de sonreír)* Perdone, señora... ¡estábamos jugando!

MANUELA: *(Apareciendo a su vez por la izquierda, muy sofocada y con la cabeza llena de papelitos)* ¡Mentira!, mamá, ¡ha sido ella!... *(Se detiene confusa).*

CARMEN: *(Apareciendo por el foro)* Ya está abierta la pieza, pueden pasar.

D^a MARÍA: *(A doña Rosario, con voz apagada y señalando a Manuela, Pepa y Carmen)* Son mis tres hijas... *(En otro tono)* ¿Quiere que pasemos?... *(Le indica el foro).*

D^a ROSARIO: Vamos, señora.

Se dirigen ambas hacia el foro, y Manuela, Pepa y Carmen las miran salir en silencio. Antes de desaparecer doña María, y sin que doña Rosario se aperciba, hace señas de amenaza a Manuela y Pepa.

PEPA: *(A Manuela)* Ahí tenés lo que has sacado... ¿ves?

MANUELA: *(Encogiéndose de hombros)* ¡Oh!... ¿y acaso tengo yo la culpa?... ¿por qué no viniste cuando te llamé?

CARMEN: ¿Qué ha sucedido?

PEPA: Esta guaranga que se puso a gritar, haciendo un escándalo que ha oído esa vieja.

CARMEN: *(Con tristeza).* ¡Ustedes siempre lo mismo!... *(Mientras se adelanta unos pasos hacia la derecha)* ¿Cuándo acabarán estas cosas?

PEPA: *(Con actitud)* ¡Adiós! ¡Ya salió la otra!... *(Avanzando hacia Carmen y con visible irritación)* Pero, decime, ¿qué es lo que te has figurado?... ¡cualquiera diría que te creés mejor que las demás!

Carmen, sin responder, hace un movimiento de hombros.

MANUELA: *(A Pepa, tomándola del brazo)* ¡Dejala, mujer!... si es una romántica.

PEPA: *(Resistiéndose y con aire provocativo)* ¡No... es que ya estoy hasta aquí... *(Se pasa un dedo por la frente)* ...de las pavadas de ésta.

MANUELA: *(Tironeándola del brazo)* Bueno... dejala, no hay que hacerle caso.

PEPA: *(Sin cejar y con acento despreciativo)* ¿Qué se habrá creído esta infeliz?... *(Mira a Carmen de arriba abajo)*.

MANUELA: *(Soltando bruscamente el brazo de Pepa y separándose de ella unos pasos para examinarle los botines que lleva puestos)* ¡Che... che... che!... ¿Y esos botines?

PEPA: *(Encarándose con Manuela)* ¿Qué te importa?

MANUELA: ¿Cómo qué me importa?... ¡Ya te he dicho que no quiero que te pongás mis botines!

PEPA: *(Dirigiéndose a salir por la izquierda)* ¡Oh!... ¡no seas zonza!

MANUELA: *(Exasperada y siguiéndola)* ¡Es que te los vas a sacar!

PEPA: *(Dándose vuelta antes de salir y con mucha irritación)* Mirá, ¿eh?... ¡no me vengás con cuestiones! *(Vase)*.

MANUELA: *(Saliendo detrás de Pepa)* ¡Te digo que me des los botines!... ¡dame los botines!... *(Siguen las voces hasta perderse)*.

Morales ha aparecido un momento antes por el foro y deteniéndose en la puerta ha oído las últimas palabras de la escena anterior.

MORALES: *(Riendo)* ¡Lo de siempre!... *(Se adelanta)*.

CARMEN: *(Sonriendo)* ¿Qué quiere usted!... ¡No pueden vivir sin pelear! *(En otro tono)*. ¿Ya se va al hospital?

MORALES: *(Mirando al reloj)* Sí, a las tres tengo clase. *(Transición)*. ¿Quién es esa señora que está en el fondo con su mamá?

CARMEN: *(Sonriendo)* Una futura vecina suya.

MORALES: *(Con cómica sorpresa)* ¿Viene a alquilar la otra pieza?

CARMEN: Así parece.

MORALES: *(Riendo)* ¡Pues la felicito!

Ambos ríen. Transición.

Y ¡qué milagro!... ¿No ha venido nadie?

CARMEN: Nadie... ¿por qué?

MORALES: *(Con intención)* ¡Como al Rocamora ése lo veo con tanta frecuencia!...

CARMEN: *(Haciendo un gesto de indiferencia)* ¡Ah!... *(Deja de reír)*.

MORALES: Y anteanoche había otro nuevo... Me dijeron que se llama Barroso... ¿no?

CARMEN: Sí, es un dentista de aquí de la esquina.

MORALES: *(Con acento reconcentrado y después de mirarla un instante en silencio)* ¡Ah! ¡Carmen!... ¡Carmen!... *(Se adelanta hacia ella)*.

CARMEN: *(Vivamente)* ¡Por favor, Morales!... no empecemos. Ya sabe lo convenido. Si hemos de ser amigos... *(Con amargura)*. ¡No me mortifique usted también!...

MORALES: *(Apresuradamente y con pena)* Sí... sí... me callo... *(En otro tono y sacando del bolsillo un sobre del que toma un papelito)*. Aquí le he traído el palco... no encontré bajo, pero es adelante. *(Le extiende el billete)*.

CARMEN: *(Con sorpresa y sin tomar el billete)* ¿Palco?... ¿qué palco?

MORALES: Pero el que me pidió su mamá en nombre suyo...

CARMEN: *(Frustrando el señó)* Yo no le pedido nada, Morales.

MORALES: *(Sorprendido)* ¡Pero si me dijo la señora que usted deseaba ir al teatro, y que quería que yo le consiguiera una localidad!

CARMEN: *(Con dureza)* Es mentira, Morales.

- MORALES: ¿Mentira?
- CARMEN: *(Con irritación)* ¡Sí, mentira!, ¡la eterna mentira que ya me tiene enferma! Son cosas de mi madre... Yo no le he pedido a usted nada. ¡Llévese ese palco!
- MORALES: *(Sorprendido)* Bueno, Carmen, bueno... ¡no es para tanto! Además tenga en cuenta que yo...
- CARMEN: *(Interrumpiéndolo y reaccionando)* ¡Discúlpeme!... *(En tono de súplica)* Pero... ¡yo se lo ruego!... ¡entiéndame usted bien!... ¡No quiero que me traiga usted nunca nada! *(Levantando la voz)* Y aunque se lo digan... ¿oye?... ¡aunque se lo digan, no lo crea! *(Exaltándose)* ¡Porque si mi madre y mis hermanas!... *(Deteniéndose y con desaliento)* Pero... *(Haciendo un gesto de abatimiento y resignación)* ¡Al fin es mi madre y son mis hermanas!... *(Con voz apagada)* No hablemos más, Morales.
- MORALES: *(Con gravedad y mirándola fijamente)* Sí, Carmen, sí, lo comprendo...
- CARMEN: *(Exaltándose de nuevo)* ¡Que hagan lo que quieran!... ¡Pero por lo menos que me dejen a mí!... ¡que no me mezclen a mí! *(Con desesperación)* ¿Yo no quiero!... ¡yo no puedo!
- MORALES: Cállese. No me perdono haberle causado esta contrariedad.
- CARMEN: *(Exaltada)* ¡Es que es de todos los días!... ¡A cada rato!... ¡usted lo sabe!... ¡es con todos, con todos los que vienen a esta casa! ¡Y siempre soy yo el precio!... ¡siempre!... ¡Ah!... ¡Si supieran el efecto que me hacen estas cosas!... ¡Si supieran cómo me duelen!... ¡cómo me lastiman!... ¡todo lo que sufro!
- Doña María y doña Rosario aparecen por el foro discutiendo.*
- D^a ROSARIO: Imposible, señora, imposible... ¿Para qué?
- D^a MARÍA: *(Agramiente)* ¡Pues no se dónde va a encontrar mejor, ni más barata!
- D^a ROSARIO: Eso es cuestión mía, señora. Adiós. *(Se dirige hacia la derecha, haciendo un saludo con la cabeza a Carmen y a Morales).*
- D^a MARÍA: *(Gritándole rabiosa)* ¡Alquile la plaza Victoria, y así tendrá jardín!...
- D^a ROSARIO: *(Dándose vuelta antes de salir)* ¡Y usted a su pieza póngale unos palitos y le resultará pajarera!... *(Desaparece por la derecha).*
- D^a MARÍA: *(Avanzando rabiosa, a gritos)* ¡Con usted adentro como lechuzal! *(Después de asomarse hacia el exterior)* ¡Miren la facha! *(A Carmen con irritación)* En seguida das vuelta a San Antonio del lado de la pared. ¡Bonitos inquilinos los que trae!...
- CARMEN: *(Observando)* Pero, mamá...
- D^a MARÍA: *(Encarándose con ella y remedándole la voz)* Mamá... mamá... *(Volviendo a su voz natural y rabiosa)* Ahí tenés lo que sacás... ¿ves?... ¿Por qué le dijiste que la pieza era chica?
- CARMEN: ¡Pero si de todos modos iba a verla!... ¿O usted cree que no la alquila por lo que yo le dije?
- D^a MARÍA: *(Rabiosa)* ¿Pero qué necesidad tenías de decírselo?
- CARMEN: *(Sonriendo)* ¿Y para qué mentir, mamá?
- D^a MARÍA: *(Exasperada)* ¡Idiota!... ¡ni siquiera servís para eso!... *(Dejando a Carmen y encarándose con Morales)* ¿Y usted, por supuesto, se olvidó de mi encargo?... ¡Cuándo no!
- MORALES: *(Sonriendo)* No, señora, aquí lo tengo *(Saca del bolsillo del chaleco el boleto del palco).* Pero... *(Mirando a Carmen)* Carmen no lo quiere.
- D^a MARÍA: *(Dirigiendo una mirada furibunda a Carmen)* ¿Que no lo quiere?... *(Aproximándose bruscamente a Morales)* ¡Traiga para acá, hombre!... *(Le saca el boleto de las manos)* ¡Si se está muriendo de ganas!... *(Mira indignada a Carmen)* ¡Es de puro remilgada que es! ¡Usted no la conoce!...

CARMEN: *(Con arranque)* No diga, eso, mamá, porque yo...

D^a MARÍA: *(Con furia e interrumpiéndola)* ¡Usted... usted... se calla la boca! *(Mira fijamente a Carmen que, intimidada, guarda silencio y baja los ojos. Después de convencerse de que Carmen la obedece, dirigiéndose a Morales y en tono desdeñoso)* Desde anoche no hace más que hablar del palco... *(Mirando a Carmen con desprecio)* ¡Y quién la ve después!... *(Gravemente a Morales y mientras guarda en el bolsillo el billete del palco)* Muchas gracias, Morales.

MORALES: *(Mirando el reloj)* Me voy. *(Afectuosamente al pasar por delante de Carmen mientras se dirige a salir por la derecha)* Hasta luego, Carmen.

CARMEN: Hasta luego, Morales.

D^a MARÍA: *(Gritándole a Morales antes de que salga)* ¿Va para el hospital?

MORALES: *(Deteniéndose)* Sí, señora.

D^a MARÍA: *(Amablemente)* Entonces... si llega a ir la mujer de las empanadas... ¡a ver si se trae unas empanaditas, pues!

MORALES: *(Sonriendo)* ¡Cómo no! *(Desaparece por la derecha)*.

D^a MARÍA: *(Duramente a Carmen, después de quedar solas)* ¿Con que ya le habías dicho que no?... *(Desdeñosa)* ¡Ah! ¡infeliz!... *(Secamente)* Llévate esas blusas para adentro y mostráselas a tus hermanas.
Carmen en silencio se acerca a tomar las cajas de las blusas. Manuela entra corriendo por la izquierda y sale en igual forma por la derecha.

MANUELA: *(Al pasar)* ¡¡Ahí está!!...

D^a MARÍA: *(Mirándola salir)* ¡Oh!... ¿y ésta?

CARMEN: *(Mientras se dirige a salir por la izquierda con la caja de las blusas)* Debe ser el rubio flaco, a quien habrá visto desde el balcón...

D^a MARÍA: ¿Qué rubio flaco?

CARMEN: *(Deteniéndose un momento)* Ese que se para siempre en la

esquina, y que desde hace unas cuantas tardes había desaparecido. *(Con firmeza)* Usted debía prohibirles eso... ¡es un escándalo! *(Vase por la izquierda)*.

D^a MARÍA: *(Con fastidio)* ¡Ah!... ¡el de los pantalones cortos! *(Mientras empieza de nuevo a recoger papeles del suelo)* ¡Mire que perder el tiempo con semejantes tipos!... *(Con pena)* Y que todos los de Manuela sean iguales... ¡qué desgracia de muchacha!

MANUELA: *(Entrando por la derecha y riendo con fuerza)* ¡Qué casualidad! El flaco que tiraba la carta a la escalera... *(Muestra una carta que trae en la mano)* ¡Y Morales que bajaba!... ¡No tuvo más remedio que alcanzármela!

D^a MARÍA: *(Muy seria)* ¡Hum!... ¡ya no me está gustando mucho el flaco ese!... ¿Qué es lo que quiere? Si sólo lo hacés por entretenerte, nada tengo que decir; pero que no se vaya acercando demasiado... ¡yo no quiero atorrantes en mi casa!

MANUELA: *(Riendo)* No, mamá... ¡si ni piensa en venir!

D^a MARÍA: *(Dignamente)* Y cuidadito con contestarle las cartas... ¿eh?

MANUELA: *(Escandalizada y en tono de reproche)* ¡Pero, mamá, por Dios!... ¿Cómo se le ocurre que le voy a escribir? *(Con naturalidad)* Le contesto por señas desde el balcón.

D^a MARÍA: *(Natural)* Y eso mismo, que no sea cuando pase mucha gente. *(Oyendo golpear las manos hacia la derecha)* A ver, a ver, ahí golpean las manos... debe ser un inquilino.
Mientras Manuela vase por la derecha.

¡Seguro!... ¡Si ya se sabe! ¡castigándolo San Antonio no falla!
Se asoma por el foro la cocinera con una cacerola en la mano.

COCINERA: Señora, no hay...

D^a MARÍA: *(Interrumpiéndola indignada)* Mándese mudar, ¡atrevida! ¿Quién le pregunta si hay o no hay? ¡A la cocina!

La cocinera desaparece.

MANUELA: *(Entrando por la derecha con un ramo de flores en la mano).* Es un ramo que me manda el dentista para Carmen.

D^a MARÍA: ¿Qué dentista?

MANUELA: Barroso, el de la esquina...

Doña María la mira como si no comprendiese.

¡Ese tilingo que se lo pasa en la azotea con anteojo!

D^a MARÍA: ¡Ah!... *(Con fastidio)* ¡Si será zonzol!... ¡mire que venirse tan luego con ramos!... Si fuera algo que sirviera. *(Imperativa)* A ver, traé para acá. *(Toma el ramo, lo examina y después de una pausa, bruscamente)* Decile a la cocinera que se lo lleve a la mujer del boticario y le diga de mi parte que los cumpla muy felices.

MANUELA: *(Sorprendida y tomando el ramo)* ¡Ah!... ¿es el santo?... ¿Y usted como lo sabe?

D^a MARÍA: ¡Qué sé yo si es o no es! Pero, aparentando creerlo tendrá que quedar agradecida, y puede que mande algo...

Manuela, con el ramo sale corriendo por el foro. Entra Pepa, furiosa por la izquierda, trayendo una blusa en la mano.

PEPA: *(Con voz temblorosa por la rabia)* ¿Y por qué han de elegirme la más fea para mí?... *(Agita la blusa con furor).*

D^a MARÍA: ¡Che... che... che...! ¡Dejate de historias! Eso se lo decís a Rocamora, si querés. Cada una traía el nombre escrito.

MANUELA: *(Que ha entrado por el foro aproximándose a Pepa y examinando la blusa)* ¿Qué es esto?... ¿qué es?

PEPA: *(Estrujando la blusa)* ¡Pero si es horrible!... ¡horrible!...

Entra la cocinera por el foro con el ramo en la mano y sale por la derecha.

D^a MARÍA: *(A Manuela).* Ahí hay otra para vos.

MANUELA: *(Encantada)* ¿Para mí?... ¡para mí también!... *(Sale corriendo por la izquierda).*

D^a MARÍA: *(A Pepa)* ¿Qué estás haciendo?... ¡la vas a romper! *(Le quita la blusa de las manos).*

PEPA: *(Exasperada)* ¡Qué se me rompa!... ¡qué me importa!... *(Golpeando rabiosa el suelo con el pie)* ¡Me las vas a pagar!... ¡Oh!... ¡me las vas a pagar!

Se oye golpear las manos a la derecha.

D^a MARÍA: *(Con autoridad)* ¡Bueno... bueno... basta! ¡Ve quién golpea las manos... A ver, pronto!

PEPA: *(Siempre enfurecida y besándose los dedos en cruz mientras se dirige hacia la derecha)* ¡Por éstas que me las vas a pagar! *(Deteniéndose antes de salir y con acritud)* ¡Ah!... y déjese de viejas... ¿eh? ¡La pieza hay que alquilarla a algún mozo bien! *(Vase por la derecha).*

MANUELA: *(Apareciendo muy risueña por la izquierda, con la blusa puesta y a tiempo de oír las últimas palabras de Pepa)* ¿Un inquilino?

D^a MARÍA: Debe ser...

MANUELA: *(Mostrando la blusa que trae puesta)* ¿Qué tal me queda?... *(Se contonea).*

D^a MARÍA: A ver, acercate. *(Después de examinarle un instante la blusa, tocándosela en distintas partes)* Aquí podrías ponerle un...

PEPA: *(Entrando bruscamente por la derecha para salir en igual forma por el foro)* Vienen a cobrar el alquiler *(Desaparece).*

MANUELA: *(Siguiéndola apresuradamente)* ¡Lindo inquilino!

D^a MARÍA: *(Enfurecida)* ¡Manuela!

Manuela se detiene.

Lo encerrás a San Antonio... ¡ya sabés dónde!... *(Encrespándose)*

y al público mientras Manuela desaparece por el foro) ¡Yo le voy a enseñar a hacer milagros aunque no quiera!... (Asomándose por la derecha). ¡Adelante!

Aparece Castro por la derecha con una valija en la mano.

(Con mucha amabilidad) Entre... Entre... ¿cómo le va?

- CASTRO: (Secamente) Aquí traigo los recibos. (Abre la valija y va a sacar algo de ella).
- D^a MARÍA: (Sonriendo con mucha amabilidad) ¡Ah!... ¿los recibos? Bueno... mire... ni los saque. De todos modos, hasta la semana que viene no se los voy a poder pagar... (Señalándole una silla) Siéntese.
- CASTRO: (Secamente y quedándose de pie) Muchas gracias... Pero le prevengo que no voy a poder esperar más. Hace un mes que he recibido orden de demandarla...
- D^a MARÍA: (Insinuante) ¡Bah!... ¡si es cuestión de unos días!... Le prometo que para la semana que viene sin falta...
- CASTRO: (Meneando la cabeza) ¡Siempre me dice usted lo mismo! Se van a juntar tres recibos y es para mí una gran responsabilidad.
- D^a MARÍA: (Con el mismo tono de antes) ¡Pero hombre!... ¡Quien ha esperado lo más, espera lo menos!
- CASTRO: ¡No!... lo siento mucho; pero hoy mismo iniciaré la demanda. (Hace ademán de retirarse).
- D^a MARÍA: (Alarmada) ¡No hará usted eso! ¡no puede ser!... ¡Sería una mala acción de su parte!... (Gritando) ¡Carmen!... ¡Carmen!
- CASTRO: (Menos resuelto) ¡Si no tengo otro remedio!
- D^a MARÍA: (Con convicción) ¡No!... ¡que esperanza! ¡Eso no lo hace un amigo como usted!... (Gritando más fuerte) ¡Carmen!
- CARMEN: (Apareciendo por la izquierda) ¿Qué hay?

- D^a MARÍA: (Sonriendo) Mirá, mirá quien está aquí... (Señala a Castro).
- CARMEN: (Sin entusiasmo) ¡Ah!... ¿Cómo le va?
- CASTRO: (Adelantándose a darle la mano y con amabilidad) Muy bien, señorita... ¿y usted?
- D^a MARÍA: (Con aire socarrón) ¿Qué te parece?... Este señor quiere echarnos a la calle... ¡Así son los amigos!
Carmen permanece impasible.
- CASTRO: (Confuso) ¡Señora... yo no hago sino lo que me mandan!...
- D^a MARÍA: (Intencionada) ¡Cállese, hombre!... ¡si al fin no se trata sino de unos cuantos días!... ¡de puro malo no más!... (Con sorna) Pero, siéntese. ¡Supongo que no pretenderá crecer!... (Dándose vuelta hacia Carmen y en tono amenazador, mientras Castro se vuelve para tomar una silla) ¡O le ponés otra cara o me la pagás después!
Castro se sienta y doña María y Carmen hacen lo mismo.
- CASTRO: (Dulcificado) Si por mí fuera sería otra cosa, pero...
- D^a MARÍA: (A Carmen, muy insinuante) Pero... decile... decile a este hombre para que se convenza. Nada más que una semana... ¡me parece que no es una cosa del otro mundo!... (Dirigiendo una mirada amenazadora a Carmen y marcando las palabras al ver que ésta no dice nada) Con ese dinero que vamos a recibir todo quedará arreglado.
- CARMEN: (Con tono un tanto vacilante) ¿No podría usted esperarnos una semana?
- CASTRO: (Indeciso) ¿Una semana?...
- CARMEN: Sí.
- CASTRO: Si fuera algo seguro...
- D^a MARÍA: (Vivamente) Pero, ¡ya lo creo!... (A Carmen, con calor) ¡Decile...

decile... vos sabés muy bien!....

CARMEN: *(Con voz apagada que quiere ser firme)* Sí, señor... es seguro...

CASTRO: *(Decidiéndose)* Bien... esperaré...

D^a MARÍA: *(Triunfante)* ¡Ya decía yo!... ¡no podía ser de otro modo!... *(En tono de amable reproche a Castro)* ¡Las ocurrencias tuyas!... ¡parece mentira!

CASTRO: *(Defendiéndose)* Pero señora... es que...

D^a MARÍA: *(Interrumpiéndole)* Bueno, hombre, bueno... no hablemos más. Esto ya está arreglado y hasta olvidado...

CASTRO: *(Con alarma)* ¿Cómo olvidado?...

D^a MARÍA: *(Con precipitación)* Bueno, arreglado... Lo mismo es. ¿Quiere tomar un mate? *(Entra la cocinera por la derecha y sale por el foro).*

CASTRO: No, muchas gracias, no tomo mate.

D^a MARÍA: Pues otra cosa no puedo ofrecerle... ¡Ésta es casa de pobres! *(A Carmen, indicándole la corbata de Castro)* Mirá, Carmen, qué bonita corbata... ¡como la que vos querías!

CASTRO: *(Sorprendido y tocándose la corbata)* ¿Ésta?

D^a MARÍA: ¡Es preciosa!... Carmen está desde hace tiempo deseando una corbata así, y no puede encontrarla en ninguna parte. ¡Mire que ha andado esta muchacha!

CASTRO: *(Sonriendo)* Pues es muy fácil... *(A Carmen)* Si usted quiere se la enviaré, es nueva...

CARMEN: *(Vivamente)* No, señor, no.

D^a MARÍA: *(Intencionada)* ¡Bah!... ¿Y por qué no, zonza?... ¿Qué puede importarle a él una corbata?... Si fuera algo de valor... *(A Castro)* Mándesela no más.

CASTRO: *(Aprisuradamente)* ¡Cómo no!... Con mucho gusto.

CARMEN: *(Impaciente)* Le he dicho que no, señor.

D^a MARÍA: *(Riendo forzadamente)* ¡Pero que tonta!... *(A Castro)* No le haga caso y mándesela.

CARMEN: *(Poniéndose bruscamente de pie y con violencia)* ¡Y yo le repito que no me mande nada! *(Vase por la izquierda y haciendo un gesto de desesperación).*

CASTRO: *(Sorprendido y poniéndose de pie)* ¡Pero señorita Carmen!... *(Hace ademán de seguirla).*

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* ¡Deje, hombre, no vale la pena! ¿Se va a preocupar ahora por semejante pavada?... Con mándarsela no más...

CASTRO: *(Confuso y sin saber qué hacer)* Es que no quisiera que... *(Mira a la izquierda).*
Aparece por el foro Manuela, que viene corriendo.

MANUELA: *(Sorprendida al encontrar todavía a Castro)* ¡Ah!... *(Se queda cortada).*

D^a MARÍA: *(Sonriendo)* Aquí tiene otra de mis hijas.

CASTRO: *(Distraídamente)* Sí... sí... la conozco. *(Dirige una última ojeada a la izquierda)* Bueno, señora, hasta la semana que viene, entonces... *(Le da la mano).*

D^a MARÍA: Adiós...

CASTRO: *(Suplicante)* Y que no sea como siempre... ¿eh?

D^a MARÍA: *(Con aplomo)* Vaya tranquilo.

CASTRO: *(Dándole la mano a Manuela)* Adiós, señorita. *(Se dirige hacia el foro).*

MANUELA: Que le vaya bien. *(Le saca la lengua, mientras Castro desaparece por la derecha).*

D^a MARÍA: *(Acompañando a Castro y gritando hacia el exterior).* ¡Que le vaya

bien!... ¡que le vaya bien! *(A Manuela con naturalidad)* Ya podés sacar a San Antonio. ¡No te decía!... Si es hijo del rigor. *(Se ríe)*.

MANUELA: *(Vivamente)* No, déjelo otro ratito... Yo también le he pedido una cosa.

D^a MARÍA: *(Muy seria)* No, che, no hay que abusar. Sacalo no más...

MANUELA: *(Pesarosa)* ¡Qué lástima!

D^a MARÍA: ¿Dónde anda Pepa?

MANUELA: *(Vivamente)* ¡Ah!, eso venía a avisarle. ¡Es una brutal!... me ha tirado con una maceta... ¡mire! *(Le muestra el hombro, donde tiene restos de tierra)*.

D^a MARÍA: *(Con ansiedad)* ¿Y la han roto?

MANUELA: No, si era uno de los tarritos de lata... *(Con hipocresía)* ¡Fíjese que porque le dije que le pidiera a San Antonio un novio!... ¡Qué bárbara!... *(Se limpia el hombro)*.

D^a MARÍA: Y ¿para qué le hablás de novios? Ya sabés que la pobre se exaspera...

MANUELA: *(Con hipocresía)* La verdad... ¿eh? Mire que no haber tenido nunca a nadie que le diga nada... ¡parece mentira! *(Se ríe con malicia)*.

D^a MARÍA: *(Con desdén)* Sí, ¡por bonitos que son los tuyos!... ¡Cómo para hablar!

Aparece Petrona por la derecha.

PETRONA: Buenas tardes, tía.

D^a MARÍA: *(Con fastidio)* Che... ¿ya estás aquí? ¡Vos parece que no tenés que hacer nada en tu casa!

PETRONA: *(Sonriendo)* Me mandó mamá a comprar unas cosas, y aproveché para venirme un ratito. *(Se acerca a Manuela y la toma cariñosamente del brazo)*.

D^a MARÍA: *(Con fastidio)* ¡Ya sé qué ratito es ése!... ¡Para pasártelo en el

balcón haciéndoles gracias a los que pasan!

PETRONA: *(Con tristeza)* ¡Como en casa no hay balcón, es tan difícil encontrar quien se fije en una!

MANUELA: *(Convencida)* ¡Ya lo creo!... ¡el balcón es una gran cosa!

D^a MARÍA: Bueno, cuidado con lo que hacen... ¿eh?...

PETRONA: *(Riendo)* Pierda cuidado, tía. *(A Manuela, alegremente)* Vamos.

Petrona y Manuela tomadas de la cintura van a dirigirse hacia la izquierda, cuando Manuela se detiene de pronto.

MANUELA: *(A doña María)* ¡Ah!... mire que Pepa se quedó en el cuarto de Morales registrándole los baúles.

D^a MARÍA: *(Con indiferencia)* ¡Bah!... ¡para lo que tendrá que esconder!

MANUELA: *(Afligida)* Es que después puede creerse Morales que esta vez he sido yo también... ¡El otro día se puso furioso!

D^a MARÍA: *(Despreocupada)* Sí, por no sé qué historia de retratos y de cartas... Ya me dijo...

MANUELA: *(Riendo)* Son cartas de la madre, ¡si viera qué risa!... ¡no sabe casi escribir! *(Va a salir por la izquierda con Petrona)*.

Aparece por el foro Pepa y se detiene al entrar, mostrando un tarro grande de vidrio que trae en las manos.

PEPA: ¡Qué hombre cochino!... ¡Miren lo que tiene dentro del baúl!

MANUELA: *(Deteniéndose para avanzar después hacia Pepa)* ¿Qué es, che?... ¿qué es? *(Examina de cerca el tarro)*.

PETRONA: *(A Manuela, al verle dirigirse hacia Pepa)* Te espero en el balcón. *(Desaparece por la izquierda)*.

PEPA: *(A Manuela)* Yo no sé, parece una oreja...

MANUELA: *(Riendo y muy gozosa)* Sí, es una oreja. Venga, mamá... ¡venga vea qué raro!... *(A Pepa, con sobresalto)* ¡Cuidado!... ¡no lo movás!

D^a MARÍA: *(Acercándose)* ¿Oreja de qué?

PEPA: ¡Qué sé yo!... tiene una cosa así como dedos... mire...
Las tres juntas examinan el contenido del tarro.

D^a MARÍA: *(Con enojo, en seguida del examen)* ¡En seguida tiren eso! ¡Es lo que falta! ¡que nos venga a traer las pestes del hospital!... *(Imperiosa)* ¡Llévenselo al fondo!

PEPA: *(Alarmada)* ¡Pero si se lo he sacado del baúl!

D^a MARÍA: ¡Qué importa!... ¡en mi casa no se tienen esas cosas!

PEPA: *(Afligida)* ¡Es que estaba con llave... lo he abierto con una mía!

D^a MARÍA: *(Exasperada)* ¡Aunque sea con la de San Pedro! ¡Quién le manda traer porquerías aquí!... ¡Ligero! ¡Al fondo con eso!... *(Hace un ademán enérgico).*
Pepa y Manuela se dirigen hacia el foro sosteniendo entre ambas el tarro, que no se cansan de examinar.

PEPA: *(Empujando con el codo a Manuela)* Déjalo... ¡lo vas a voltear!...
Desaparecen por el foro discutiendo.

D^a MARÍA: *(Después de verlas salir)* No sé qué será... ¡pero oreja no es!...

PETRONA: *(Asomando la cabeza por la izquierda y con mucho interés)* ¿Y Manuela?

D^a MARÍA: Fue para el fondo.

PETRONA: *(Pesarosa)* ¡Caramba! *(Desaparece bruscamente).*
Golpean las manos hacia la derecha y doña María encaminándose hacia el sitio, asoma la cabeza al exterior.

D^a MARÍA: Adelante.
Aparece Linares por la derecha.

LINARES: He visto que se alquila aquí una pieza...

D^a MARÍA: *(Con volubilidad)* Sí, señor, sí... una lindísima pieza... Acaba de dejarla la viuda de un coronel, y estoy segura que...

LINARES: *(Interrumpiéndola)* ¿Puede verse?

D^a MARÍA: *(Muy amable)* ¡Cómo no ha de poder verse!... ¡ya lo creo!...; pero siéntese. *(Linares no se da por aludido)* Todos los que la han ocupado hasta ahora...

LINARES: *(Interrumpiéndola y con cierta sequedad)* Desearía verla.

D^a MARÍA: *(Que al invitarle a sentarse a su vez lo ha hecho y que se pone de pie al apercebirse de que Linares no lo hace. Con sequedad)* Bueno, hombre, bueno... *(Llamando en voz alta)* ¡Carmen! *(A Linares con despecho)* Siéntese un momento.

LINARES: Gracias, estoy bien. *(Se queda de pie).*

D^a MARÍA: *(Con fastidio)* Bueno... ¡no se siente entonces! *(Acercándose hacia la izquierda)* ¡Carmen! *(Después de un momento, a gritos y acercándose más a la izquierda)* ¡Carmen!... *(A Carmen que aparece por la izquierda)* Acompaña al señor a ver la pieza.

CARMEN: *(A Linares)* Por aquí, señor... *(Señala hacia el foro).*
Linares se adelanta hacia el foro y antes de salir se detiene.

LINARES: *(A Carmen)* Pase usted...
Carmen sale por el foro y Linares la sigue dándose vuelta para mirar con curiosidad a doña María, que a su vez lo sigue mirando y se asoma al foro después de verlo desaparecer.

D^a MARÍA: *(Volviéndose hacia el público)* ¿De dónde habrá salido ese erizo?... *(Transición).* ¡¡Hum!!... ¡me parece que ahora aunque le guste, no se la alquilo!... ¡¡Yo soy así!!
Aparece Pepa por el foro dando vuelta la cabeza, como si siguiera con la mirada a los personajes que acaban de salir.

PEPA: *(A doña María)* ¿Es algún inquilino?

D^a MARÍA: Un inquilino.

PEPA: *(Con acritud)* ¡Es claro!... ¡y ya lo mandó con Carmen! ¿Por qué no me avisó a mí?... *(Ante un movimiento de hombros de doña María).* ¡Aunque haga así! ¡es la verdad! ¡Aquí parece que no

existiera sino Carmen!

D^a MARÍA: *(Con fastidio)* ¡No digás zonceras, mujer!

PEPA: *(Con amargo despecho)* ¡Todo el mundo con Carmen!... ¡Cualquiera diría que lo que no sea Carmen no sirve para nada!...

D^a MARÍA: *(Impaciente)* ¡Pero, decime, estúpida!, ¿acaso tengo yo la culpa de que nadie se haya ocupado nunca de vos...? ¿Qué querés que yo le haga?

PEPA: *(Con rabia)* ¿Y cómo se han de ocupar si usted no hace más que meterles a Carmen por los ojos?... ¡Usted tiene la culpa!

D^a MARÍA: *(Con sorna)* ¡Ah! ¡sí!... ¡no ves que es por eso!... ¡pavota!...

PEPA: ¡Claro que es por eso! *(Con irritación)* ¿Y por qué ha de ser entonces?... ¿O usted también cree que Carmen es mejor que nosotras?

D^a MARÍA: *(Impaciente)* ¡Callate... callate... no me hagás hablar!

PEPA: *(Exasperada)* ¡Hable!... ¡qué me importa! *(Amenazadora)* ¡El día menos pensado yo sé lo que va a suceder!

D^a MARÍA: *(Perdiendo la paciencia y con imperio)* ¡Te digo que basta! ¿eh? *(La mira con fijeza)*. ¡Oh!

Pepa, intimidada, guarda silencio, estrujando nerviosamente una punta de la bata que tiene puesta. Entra Manuela corriendo por el foro y se dispone a salir en igual forma por la izquierda.

MANUELA: *(Al pasar)* ¡Me había olvidado del rubio flaco!

D^a MARÍA: *(Gritándole)* ¡Che!...

Manuela se vuelve después de haber salido.

Y, ¿el inquilino?

MANUELA: Ahí venía... *(Con mucha ironía a Pepa)* ¡Puede ser, Pepa, que lo mande San Antonio!... *(Lanza una carcajada y desaparece)*.

PEPA: *(Enfurecida queriendo precipitarse detrás de ella)* ¡Sinvergüenza!... ¡yo te voy a dar!...

D^a MARÍA: *(Tomándola bruscamente de un brazo)* ¡Sosegate!

Aparecen por el foro Carmen y Linares.

LINARES: Señora, he visto la pieza, y me conviene.

D^a MARÍA: *(Con sorna)* ¿Ah, sí?... ¿conque le gusta, entonces?

LINARES: Sí, señora, desde este momento corre por mi cuenta.

D^a MARÍA: *(Dándose importancia)* Bueno... bueno...; pero ahora soy yo la que necesita ciertos informes... algunos antecedentes respecto a su persona. Necesito saber qué es usted... necesito...

LINARES: *(Metiendo la mano en el bolsillo e interrumpiéndola)* Voy a darle a usted una seña y volveré mañana. *(Le extiende un billete)*.

D^a MARÍA: *(Encantada y tomando el billete)* ¡Ah!... perfectamente... perfectamente. *(Mientras guarda el billete)*. ¿Quiere usted un recibito?

LINARES: No hay necesidad. *(Saludando)* Hasta mañana. *(Hace ademán de irse)*.

PEPA: *(A doña María, rápidamente)* Pregúntele siquiera cómo se llama.

D^a MARÍA: *(A Linares muy amablemente)* ¿Su nombre?... ¿Quiere decirnos su nombre?

LINARES: *(Deteniéndose un momento)*. Eduardo Linares, servidor... *(Vuelve a saludar y desaparece por la derecha)*.

D^a MARÍA: *(Que lo ha acompañado hasta salir, a gritos y con grandes ademanes)* ¡Qué le vaya bien, don Eduardo!... ¡Adiós!, ¡adiós!... *(Saludando hacia el exterior)* ¡No, deje no más, no cierre! ¡adiós! *(Mirando después el billete que saca del bolsillo y que vuelve a guardar)* ¡Al fin!...

Golpean las manos hacia la derecha.

Carmen, ve quién es. *(A Pepa, mientras Carmen vase por la derecha)* Decile a Manuela que te ayude a limpiar la pieza.

- PEPA: Acuérdese que no hay palangana...
- D^a MARÍA: *(Contrariada)* ¡Es verdad!... *(Después de meditar rápidamente)* Bueno, pónganle la de ustedes... que ya se la sacaremos al tomar confianza.
Entra Carmen por la derecha con un frasco en la mano.
- CARMEN: La boticaria manda este frasco de agua de colonia.
- D^a MARÍA: *(Muy apurada tomando el frasco)* ¡Ah! ¡sí!... ya sé. Traé para acá.
- CARMEN: Dice que aunque no es su santo le agradece lo mismo el recuerdo.
- D^a MARÍA: *(Interrumpiéndola)* Bueno... bueno... ¡qué tanto hablar! ¡está el frasco aquí y se acabó! *(Toma el frasco y se lo entrega a Pepa)* Ponémelo en mi cuarto.
- PEPA: *(Sorprendida mientras toma el frasco)* ¿Qué recuerdo es ése?
- D^a MARÍA: *(Con enojo)* ¡No te importa! *(Transición)* Y cuidadito con gastar de esta agua, ¿eh? *(Con aspavientos)* Ésta es para cuando tenga esos dolores de cabeza tan fuertes que me suelen dar...
- PEPA: *(Con acritud, señalando a Carmen)* Prevéngaselo a ella también. *(Con rabia, viendo que Carmen sonríe)* ¿De qué te reís?... ¿por qué no te han de prevenir a vos como a mí?... *(Se encara con ella y Carmen no contesta).*
- D^a MARÍA: *(A Pepa, con autoridad)* ¡Basta!... ¡vaya para adentro! *(Viendo que Pepa no obedece)* ¡Que se vaya, le digo!... *(A gritos)*. ¡Pronto! *(A Carmen, con aire indiferente, mientras Pepa vase por la izquierda después de dirigir una mirada rencorosa a Carmen y haciendo gestos de rabia)* Ahí te mandó unas flores el dentista Barroso. No sé por dónde andarán... *(Mira distraídamente a los lados, como buscándolas).*
- CARMEN: *(Con fastidio)*. ¿Barroso?... ¿y por qué se las recibió?
- D^a MARÍA: ¡Eso es! ¡Si te creerás que hemos de estarle haciendo guarangadas a la gente porque a vos se te ocurra! *(Con acritud)*

¡Lo mismo que hoy!... ¿por qué no le aceptaste la corbata al cobrador?... *(Viendo que Carmen guarda silencio)* ¿Con qué derecho lo desairaste?... *(Impaciente al ver que Carmen no contesta)*. ¿Por qué... decí?...

Carmen, sin responder, hace un gesto de impaciencia y quiere retirarse.

¿Qué?... ¿qué modos son ésos?... *(La toma con rabia de un brazo)*. ¡Contestá!

CARMEN: *(Con irritación)* ¿Qué quiere que le conteste?

D^a MARÍA: ¿Por qué le dijiste que no te mandara la corbata?

CARMEN: *(Con acento reconcentrado)* ¡Porque era una indecencia!

D^a MARÍA: *(Con gesto amenazador)* ¿Qué decís?... ¿qué decís, atrevida? *(Extiende la mano como si fuera a pegarle).*

CARMEN: *(Retrocediendo y con voz reconcentrada)* ¡Mamá... mamá... por Dios! ¡No me toque!

D^a MARÍA: *(Conteniéndose, pero furiosa)* ¿Ésa es una amenaza? ¿Es ésa una amenaza?... ¡A mí!... ¡a tu madre!...

CARMEN: *(Con voz sorda)* ¡No, mamá, no! No es una amenaza; pero, considere... ¡ya es demasiado!... ¡se lo pido por mi padre, mamá!... *(Señala el retrato del capitán)*. ¡No me haga usted hacer una locura!

D^a MARÍA: *(Exasperada)* ¿Qué querés decir? ¿Qué querés decir con eso?... ¡Explicate... pronto! ¡Explicate!

CARMEN: *(Con voz sorda)* Que si continúa sometiéndome a esta vida de humillaciones y de vergüenza, ¡el día menos pensado no me verá usted más!

D^a MARÍA: *(Azorada)* ¿Qué decís?

CARMEN: *(Con firmeza y casi amenazadora)* ¿Yo no he nacido para vivir así, mamá!... ¡y aunque quisiera, no podría!

D^a MARÍA: *(Después de un momento de vacilación, como si no supiera qué partido tomar, indecisa entre pegarle o no) ¡Ay!... ¡ay!... ¡es lo único que me faltaba!... (Se deja caer sobre una silla). ¡Ya veo que te has propuesto matarme a disgustos! ¡Eso es lo que querés!.. ¡Ay! ¡ay!... ¡me ahogo!... (Se lleva las manos a la garganta). ¡Me ahogo!.*

CARMEN: *(Acercándose alarmada) Pero, mamá... .*

D^a MARÍA: *(Rechazándola con ademán trágico) ¡Salí!... ¡es tu obra, es lo que buscás! ¡hija desnaturalizada!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡me muero!... ¡me muero!... (Aparenta una especie de convulsión).*

CARMEN: *(Afligida). ¡No; mamá, no!... ¡por Dios, mamá!... (Aproximando su cara a la de doña María).*

D^a MARÍA: *(Con vos desfallecida). ¡Me muero!... (Echa la cabeza para atrás, cierra los ojos y queda inmóvil).*

CARMEN: *(Con un grito de desesperación) ¡Manuela!... ¡Pepa!... (Vase corriendo por la izquierda y después que ha desaparecido, doña María sin variar de posición, ni levantar la cabeza, se rasca con fuerza un pierna y vuelve a quedar inmóvil).*
Entran precipitadamente por la izquierda Manuela, Pepa y Petrona. Manuela viene comiendo algo que tiene en su mano.

MANUELA: *(Corriendo hacia doña María) ¿Qué es eso, mamá?... ¿qué tiene?*

PETRONA: *¿Qué le pasa, tía? (Se inclina sobre doña María).*

D^a MARÍA: *(Abriendo los ojos como si volviera de un desmayo y con voz desfallecida) ¿Dónde estoy?*

MANUELA: *Aquí, en casa.*

D^a MARÍA: *(Suspirando) ¡Entonces no es nada!... (Buscando a Carmen con la mirada) ¿Dónde está Carmen? (A Carmen que ha entrado por la izquierda y se acerca a ella) ¡Te perdono, hija, te perdono! (Le coloca la mano encima de la cabeza en actitud de protección).*

PEPA: *(Con acritud) ¿La perdona?... ¿y qué es lo que ha hecho? (Mirando a Carmen con irritación) ¡Cuándo no!*

D^a MARÍA: *(Con aire resignado) Nada... nada... se acabó. (Suspira, y después a Manuela con voz triste) ¿Qué estás comiendo?*

MANUELA: *Queso.*

D^a MARÍA: *(Después de suspirar fuertemente otra vez) Dame un poquito.*
Manuela le da lo que tiene en la mano y doña María come, mientras Petrona vase corriendo por la izquierda, como si volviera al balcón.

PEPA: *(A Manuela) ¿Querés que arreglemos la pieza?*

MANUELA: *Bueno.*

D^a MARÍA: *(Suspirando) Y yo tengo que lavar el piso de la cocina... ¡qué trabajo!*

PEPA: *Pero, mamá, deje que lo lave la cocinera.*

D^a MARÍA: *(Siempre melancólica) Sí, pero tengo que estar... (A Pepa) Andá traeme los botines de Morales para no mojar me los pies. (Mientras Pepa vase por el foro, se sienta doña María y se prepara, discretamente, a sacarse los botines que tiene puestos).*
Después golpean las manos hacia la derecha.

MANUELA: *(Echándose un poco para atrás y haciendo como que mira el sitio donde golpean las manos) ¡Ahí está Rocamora!*

D^a MARÍA: *(A Manuela con precipitación y poniéndose de pie) ¡Pronto! ¡Que entre! (Mientras Manuela se dirige hacia la derecha, a Carmen que ha querido huir, con voz suplicante) Por favor, Carmen, no estés seria con Rocamora... (Marcando el tono de súplica) ¡Reíte un poco!*
Carmen, resignada, se queda inmóvil.

MANUELA: *(Hablando hacia el exterior) Entre, Rocamora, entre... (Extiende la mano, inclinando el cuerpo como si indicara el paso a alguien que viniera de afuera).*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR. CARMEN SE ENCUENTRA COSIENDO EN ESCENA. DE CUANDO EN CUANDO INTERRUMPE SU TAREA LLEVÁNDOSE EL PAÑUELO A LOS OJOS, PARA CONTINUARLA DESPUÉS SILENCIOSAMENTE. AL CABO DE UN MOMENTO APARECE POR EL FORO LA COCINERA LLEVANDO SOBRE EL BRAZO ALGUNAS PIEZAS DE ROPA BLANCA Y SALE SIN DECIR NADA POR LA IZQUIERDA. UN MOMENTO DESPUÉS APARECE POR EL FORO LINARES Y SE DETIENE AL ENTRAR.

LINARES: *(Desde el foro)* ¿Podría usted proporcionarme una aguja?

CARMEN: *(Levantando los ojos de la costura y tratando de sonreír)* ¿Cómo no! ¿Para qué la quiere?

LINARES: *(Adelantándose hacia Carmen)* Tengo que darle una puntada a esta corbata... *(Muestra una corbata que trae en la mano).*

CARMEN: *(Extendiendo la mano)* Traiga, yo se la daré.

LINARES: No, ¡no hay necesidad de que usted se moleste!...

CARMEN: *(Insistiendo)* Pero si nada me cuesta. Démela.

LINARES: *(Entregándole la corbata)* Muchas gracias. *(Mientras Carmen examina la corbata y se prepara a coser, Linares se sienta a cierta distancia enfrente de ella y después de un momento en que Carmen cose)* ¿Y su mamá?

CARMEN: *(Sin levantar los ojos)* Salió a las tiendas con las muchachas. *(Después de una pausa, sin dejar de coser).* ¿Qué le pasó a usted anoche al entrar?

LINARES: *(Sonriendo)* ¡Ah!... ¿me sintió usted? ¿Fue una maceta que me llevé por delante!

CARMEN: *(Sin levantar la vista)* ¿Es tan angosta la galería!...

LINARES: *(Sonriendo)* Bueno... ¡y como yo todavía no conozco bien el camino!... Anoche he salido por primera vez después de dos semanas.

CARMEN: *(Interrumpiéndole con cierta sorpresa y levantando los ojos)* ¿Dos semanas ya?

LINARES: *(Sonriendo)* ¡Cómo no! Mañana hace dos semanas que me mudé.

CARMEN: *(Después de pensar un momento)* Es verdad, fue un viernes... ¡tiene razón! *(Mientras continúa cosiendo)* ¡No parecía!... *(Después de una pausa)* ¿No le hace a usted daño escribir tanto?

LINARES: ¡Qué voy a hacer! Lo necesito... *(Sonriendo)* Vivo de lo que escribo.

CARMEN: Ya está. *(Señalando la corbata)* ¿Quiere que cosa el forro también?

LINARES: *(Sonriendo)* Si no es abuso...

CARMEN: *(Haciendo un movimiento de hombros)* ¡Bah!... *(Sonriendo mientras examina la corbata)* ¡Aquí se ve la mano de usted!

LINARES: *(Riendo)* ¿Por qué?

CARMEN: *(Riendo)* ¡Por lo mal cosido que está!

LINARES: *(Riendo)* ¡Pues se equivoca! Esa mano no es la mía.

CARMEN: *(Con risueña sorpresa)* ¿No? *(Examinando la corbata con más atención)* De mujer no es...

LINARES: *(Haciendo con la cabeza una señal afirmativa)* ¡Y nada menos que de mi novia!... ¡figúrese!

CARMEN: *(Riendo)* ¡Caramba!... ¡discúlpeme entonces!

LINARES: *(Riendo)* ¡No hay de qué!

CARMEN: *(En tono de broma)* Bueno... estarían ustedes conversando mientras ella cosía... ¿no es eso? *(Vuelve a ponerse a coser).*

LINARES: *(Sonriendo)* Es muy posible...

CARMEN: Así se explica...

LINARES: *(Sonriendo)* No conversemos, entonces; no sea que esta costura también salga mal...

CARMEN: *(Con repentina gravedad y como si bruscamente se pusiera en guardia)* No es el mismo caso.
Linares la mira sorprendido y un tanto desconcertado, mientras Carmen sigue cosiendo.

MORALES: *(Entrando por la derecha)* Buenas tardes.

CARMEN: *(Levantando apenas la vista para seguir después su tarea)* Buenas tardes.

LINARES: ¿Cómo?... ¿Ya está de vuelta?

MORALES: *(Malhumorado)* Me salí sin unos apuntes que necesito para la clase de la tarde. ¿No ha venido nadie?

LINARES: ¡Que yo sepa!...

MORALES: *(A Carmen con cierta nerviosidad)* ¿A que no sabe, Carmen, a quién he visto hace un rato, como viniendo para aquí?

CARMEN: ¿A quién? *(Lo mira dejando de coser).*

MORALES: ¿No se le ocurre?

CARMEN: No.

MORALES: *(Irónico)* Adivine...

CARMEN: *(Sonriendo y mientras se dispone a continuar la costura)* No, ¡es mucho trabajo! *(En otro tono a Linares, mostrándole la corbata)* Voy a dar vuelta esta parte... ¿no le parece?
Linares hace una señal de asentimiento y Carmen cose.

MORALES: *(Insistiendo y creciente ironía que comienza a ser agresiva)* ¿No adivina entonces?

CARMEN: *(Con cierto fastidio)* ¡Déjese de zonceras, hombre!

MORALES: *(Con brusquedad)* ¡Eso es! ¡Enójese ahora!... ¡Como si yo tuviera la culpa!... ¡Me parece que no es por mí por quien viene!...

LINARES: *(Sonriendo)* Pero, ¿de quién se trata?

MORALES: *(Agresivo)* De un amigo de Carmen... ¡uno que se mueve con cuerda y habla con tanta solemnidad que parece que estuviese siempre de luto! *(Cambiano de tono, a Linares que sonríe)* ¡Hombre!, usted lo conoce; ese que cuando anoche estábamos en la puerta vimos entrar con un chico que traía unas cajas al hombro...

CARMEN: *(Haciendo una exclamación de dolor)* ¡Ay!...

LINARES: *(A Carmen)* ¿Qué? *(Va a ponerse de pie).*

CARMEN: *(Llevándose el dedo a la boca)* Nada, me he pinchado.

MORALES: *(Cada vez más agresivo)* ¿Y qué diablos trae en esas cajas, Carmen? ¡Porque es curioso!... ¡Nunca lo he visto sin el chico y las cajas!... ¡Parecen San Rafael, Tobías y el pescado!...

CARMEN: *(Visiblemente molestanda, poniéndose en pie y extendiendo a Linares la corbata)* Ahí tiene la corbata, señor Linares.

LINARES: *(Tomándola)* Gracias.
Carmen se dirige sin decir nada a salir por la izquierda.

MORALES: *(Después de un momento de indecisión, adelantándose unos pasos hacia la izquierda)* ¡Carmen!

CARMEN: *(Deteniéndose)* ¿Qué?

MORALES: *(En tono de arrepentimiento)* ¿Se ha enojado?

CARMEN: *(Sin poder disimular su fastidio)* ¡No, hombre, no! *(Vase por la izquierda y Morales hace un gesto de abatimiento).*

LINARES: *(Después de ver salir a Carmen)* Amigo Morales, ha estado usted mal. ¡Lo desconozco!

MORALES: *(Abatido)* Sí... ¡y lo peor es que sin razón!... ¡porque yo mismo lo comprendo, la pobre no tiene la culpa... *(Exaltándose)* Pero... ¡qué quiere!... ¡es que no puedo! Me da rabia de verla

tan... ¡qué sé yo! Tan paciente... tan sumisa...

LINARES: ¿Quién es el individuo?

MORALES: *(Con abatimiento)* Un tal Rocamora, dueño de un registro.
(Con rabia) ¡Un bestia a quien le da por los regalos y que se ha empeñado en volcar aquí todas las porquerías que no le sirven en su casa!

LINARES: Pero... ¿y Carmen?

MORALES: *(Con amargura)* ¡Carmen!... Carmen no le hace caso, pero ¡bah!... ¡para él no valen los desprecios ni desaires! Suceda lo que suceda, continúa impasible, firme en sus trece y convencido del resultado; pues en su caletre no cabe que nadie puede resistirse a la larga a un hombre que regala, vuelve a regalar y continúa regalando... Así lo entiende y no hay quien le haga comprender otra cosa. ¡Dígame si no es irritante!

LINARES: *(Riendo)* ¡Curioso!

MORALES: *(Indignado)* El hecho es que tiene encantada a la familia y que no sale de aquí. Lo mismo que el dentista Barroso...
¿Todavía no se ha visto usted con Barroso?
Linares hace un gesto negativo.

¡Pues ése es otro!... No hace más que reírse, ¡de todo se ríe!
¿De veras no lo ha visto?... *(Con rabia)* ¡Dan ganas de pegarle para ponerlo triste!

LINARES: *(Con malicia)* ¡Hum!... ¡me parece que ha de bastar ser pretendiente de Carmen para no caerle a usted en gracia!

MORALES: *(Un tanto desconcertado)* ¿A mí?... ¡No, hombre! ¡A mí que me importa!... ¡Es que me indignan!... ¡En dos años le he visto desfilar a tantos!... ¡Ahora son estos, mañana serán otros, y la pobre Carmen es la víctima!... *(Con arranque)* ¡Es que usted no sabe!... ¡pero, esa vieja!... ¡¡¡esa vieja!!!

LINARES: *(Riendo)* ¡Pero, hombre! Al fin es lo natural. Querrá casar a la hija...

MORALES: *(Sarcásticamente)* ¿Casarla?... ¡no sea usted inocente!... ¡Dios la libre a Carmen de pensar en casarse! Si mañana llegara a tener algún interés por alguno, la madre sería la primera en no dejarlo poner los pies más aquí. ¡No ve que casándose Carmen se concluye el filón y la casa se derrumba!...

LINARES: *(Sorprendido)* Pero, entonces... *(Se detiene no atreviéndose a concluir la frase).*

MORALES: *(Rápidamente)* ¡Ah! ¡no!, eso no. No confundamos...

LINARES: ¡Pues, no entiendo!...

MORALES: Sí, yo antes tampoco lo entendía, pero así es... *(Con mucha intención y amargura golpeándole el hombro)* Aquí, amigo, sólo se compran amabilidades y sonrisas; tienen su precio... ¡como que de eso se vive! Lo que sí, que esas sonrisas son con frecuencia simples muecas con que se trata de contener las lágrimas que quieren brotar...

LINARES: *(Sentido)* Me lo imagino. La pobre Carmen...

MORALES: *(Marcando mucho)* La pobre Carmen vive en una continua rebelión y en un constante sometimiento. No puede sublevarse del todo. Lo intenta, lo quiere; pero no puede... ¡la voluntad brutal de la madre concluye por dominarla siempre!

LINARES: *(Mirando hacia la derecha)* Parece que hay gente...

Ambos miran hacia la derecha y escuchan. Después se oye golpear las manos.

MORALES: *(En voz alta)* Adelante.

Nadie responde.

LINARES: No le han oído...

MORALES: *(Acercándose hacia la derecha y asomándose por la puerta)* Adelante. Aparece Castro por la derecha.

CASTRO: *(A Morales)* ¿Cómo está? *(Le da la mano)* ¿Y la señora?

MORALES: Ha salido.

CASTRO: *(Desconfiado)* Salido... ¿de veras?

MORALES: Sí, hombre ¡sí! Ha salido.

CASTRO: ¿No podría hablar con la señorita Carmen?

MORALES: Tampoco está.

CASTRO: *(Con desaliento)* ¡Pues, amigo, esta gente me tiene loco!... ¡Ya no sé qué hacer!

MORALES: *(Conciliador)* Hay que tener un poco de paciencia. Espérese unos días, cuando cobren la pensión es posible que...

CASTRO: *(Interrumpiéndole)* ¡No, hombre, no! ¡Si es una pura embrolla!... ¡ya lo estoy viendo!... ¡no me van a pagar!

MORALES: *(Sin convicción)* ¿Pero, por qué ha de creer eso?

CASTRO: *(Con abatimiento)* ¡Y lo peor es que yo también voy a ir a la calle, pues he faltado a mi deber esperando más de lo que debía! *(Con un gesto de resignación)* ¡En fin!... Yo lo he hecho por la señorita Carmen... ¡que si no!... *(Con cierto reproche)* Pero ella también ha procedido mal, porque... *(Transición)*. Bueno... hasta la vista. *(Hace ademán de irse)*.

MORALES: *(Por decir algo)* Cuando lleguen les diré que ha venido usted.

CASTRO: *(Con sorna)* Sí, ¡lo van a sentir mucho!... *(Vase por la derecha)*.

MORALES: *(Acercándose a Linares y cruzándose de brazos)* ¡Ya lo ve usted! ¡Siempre Carmen!... ¡Y en todo es lo mismo!

LINARES: *(Con curiosidad)* Pero, dígame, ¿y las hermanas, las otras muchachas?...

MORALES: *(Haciendo un gesto significativo)* ¡¡¡Uf!!!

LINARES: ¿Siguen a la madre?

MORALES: Manuela es una tilinguita, usted la ha visto, una tilinguita hipócrita y nada más; pero la otra ¡la Pepa!... *(Con cómico terror)* ¡Dios lo libre de la Pepa, amigo! Imagínese usted una mujer que hasta ahora no ha encontrado, ni por casualidad, un hombre que le diga una palabra; pero así, ¡como lo oye! Ni uno solo, ¿entiende?... ¡calcule cómo será!... ¡Es claro!... ya no es una mujer, ¡es una fiera!...

Linares ríe.

¡No, no se ría!... Muerde y araña como cualquier perro o cualquier gato... ¡póngasele a tiro y verá!

LINARES: *(Riéndose)* Por lo pronto, no he conseguido todavía que me conteste cuando le doy las buenas tardes.

MORALES: *(Encogiéndose de hombros)* ¡Qué va a contestar!... *(Bruscamente)*. ¡No, de veras! ¡No es broma! ¡A esa mujer hay que entrarle un novio; de otro modo nos va a devorar!

LINARES: *(Riéndose)* ¡Vaya una familia!

MORALES: *(Con amarga ironía)* Usted escribe novelas, ¿no?

LINARES: *(Sonriéndose)* Novelas, no.

MORALES: Bueno, cuentos... *(Señalando hacia la izquierda)* Pues ahí tiene tema para uno. Llámelo "Flor de Pantano" *(Dirigiéndose hacia el foro)*. Voy a buscar los apuntes para la clase. *(Vase por el foro)*.

LINARES: *(Mirando hacia la izquierda y con tristeza)* ¡Pobre muchacha!... *(Se dirige después hacia el foro y en el momento en que va a salir golpean las manos hacia la derecha. Se detiene y volviendo la cabeza)* ¡Adelante!

BARROSO: *(Apareciendo por la derecha y deteniéndose al entrar)*. ¿La señora de Barranco?... *(Ríe imbécilmente)*.

LINARES: *(Sin moverse del sitio)*. No está, señor.

BARROSO: ¡Cómo! ¿Que no está? *(Ríe lo mismo)*.

LINARES: *(Resolviéndose a aproximarse y un tanto sorprendido)*. ¡Pues, hombre!... No estando... ¿qué le ve usted de extraño?

BARROSO: ¡No!, ¡si digo, no más!... *(Ríe)*.

LINARES: *(Después de observarle un momento, bruscamente y mirándolo con fijeza)*. ¡Ah!... Usted se llama Barroso... ¿no?

BARROSO: *(Riendo)*. Sí, señor, Leónidas Barroso... ¿en qué me ha conocido?

LINARES: *(Sonriendo)*. ¡Se me ocurre, no más!

BARROSO: *(Riendo)*. ¡Ya sé! ¿Le habrán hablado de mí?...

LINARES: Sí, mucho.

BARROSO: *(Riendo y muy contento)*. ¿Quién?... ¿quién?... Diga quién...

LINARES: *(Serio)*. ¿Conque buscaba usted a la señora?

BARROSO: Sí, señor... *(Riendo)* Pero, ¿usted quién es? *(Lo examina con curiosidad)*.

LINARES: Pues la señora ha salido.

BARROSO: *(Serio)* ¡Caramba! ¿Y las muchachas? *(Ríe)*.

LINARES: También.

BARROSO: *(Con pena)* ¡Pero vea!... y yo que les traía unos encargos que me habían hecho... *(Muestra unos paquetes que trae en la mano)*.

LINARES: Si quiere dejarlos... *(Le señala un mueble como indicando que puede dejarlos encima de él)*.

BARROSO: *(Vacilando)* No, más bien volveré. ¿No sabe usted si tardarán mucho?
Linares hace un gesto indicando que no sabe.
Bueno... no importa, volveré *(Extendiéndole la mano)* Adiós,

señor, ¿eh?... mucho gusto. *(Ríe)*.

LINARES: *(Acompañándolo hasta la puerta de la derecha)* Adiós, señor Barroso, que le vaya bien.

BARROSO: *(Aclarando)* Leónidas, Leónidas Barroso. *(Riéndose)* ¿Y usted quién es?

LINARES: *(Palpándole familiarmente)* Adiós, ¡eh!... adiós. *(Lo empuja hacia afuera hasta hacerlo desaparecer y se dirige después hacia el foro, por donde bruscamente aparece Morales, que viene sin cuello de camisa y sin corbata, visiblemente irritado)*.

MORALES: *(Mostrando algo que trae en la mano)* ¡¡Pero ve, hombre!... ¡¡Si da una rabia!... ¡me han puesto a la miseria la brocha de afeitarse!

LINARES: *(Aproximándose)* ¿Qué le han hecho?

MORALES: Llena de pintura verde. ¿No ve?

LINARES: *(Riendo)* Me explico. Hoy vi a Pepa pintando las tinas del patio... ¡Debe ser eso!...

MORALES: *(Exasperado)* ¡Es claro!... ¡la han agarrado de pincel! ¡¡Si no digo!... ¡¡Esta familia! *(Con exaltación)* ¡¡Ah!, si no fuera porque no quiero... *(Dirigiendo una mirada hacia la izquierda)*... porque no puedo irme, ¡mañana mismo me mandaba mudar!...

LINARES: *(Con malicia)* ¿Y por qué no puede?... *(Con sorna)* ¡¡Con irse!

MORALES: *(Con fastidio)* ¡Eso es! ¡Venga a embromar usted también!... *(Se dirige a salir por el foro)*.

LINARES: *(Gritándole)* ¡Oiga!... ¿Sabe quién vino?

MORALES: *(Deteniéndose)* ¿Quién?

LINARES: Barroso.

MORALES: *(Volviéndose precipitadamente)* ¿Barroso? ¿y dónde está?... *(Mira alarmado hacia la izquierda)*.

- LINARES: *(Sonriendo)* Se fue. Le dije que no había nadie.
- MORALES: *(Con entusiasmo)* ¡Muy bien hecho! *(Le estrecha efusivamente la mano)*.
- LINARES: *(Retirando con viveza la mano)* ¡Eh!... ¡cuidado con la pintura!...
- MORALES: ¡No, hombre, no! *(Con fastidio oyendo que golpean las manos hacia la derecha)* ¡Ahí golpean otra vez! *(Vase bruscamente por el foro levantándose las solapas del saco)*.
- Mientras Linares se adelanta, aparecen simultáneamente Rocamora por la derecha y Carmen por la izquierda.
- ROCAMORA: *(Saludando con la cabeza a Linares)* Buenas tardes. *(Apercibiendo a Carmen, cuya presencia en escena no ha notado todavía Linares y adelantándose hacia ella)* ¿Cómo está, Carmencita? *(Le da la mano)*.
- CARMEN: *(Llamando a Linares, que al apercibirse de la presencia de Carmen ha intentado retirarse por el foro)* Señor Linares... *(Presentando a Rocamora)* El señor Linares, el señor Rocamora...
- ROCAMORA: *(Solemne y afectado, dándole la mano)* Mucho gusto, señor. *(A Carmen)* ¿La señora y sus hermanitas?...
- CARMEN: Han salido.
- LINARES: *(Haciendo una inclinación de cabeza)* Con el permiso de ustedes. *(Hace ademán de retirarse por el foro)*.
- CARMEN: *(Vivamente)* ¡Señor Linares!
- Linares se detiene y Carmen vacila como si no supiera qué decirle.
- Vea, hágame el favor, dígame a Morales que venga un momento.
- Linares hace una señal de asentimiento y vase por el foro.
- ROCAMORA: *(Con solemnidad, después de salir Linares)* ¿Quién es ese joven? *(Hace el ademán de ir a tomar una silla para sentarse)*.

- CARMEN: El nuevo inquilino. *(Nerviosamente y quedando en pie)* Mire, Rocamora, discúlpeme; pero... no estando mi madre ni las muchachas, me parece que lo natural... *(Se detiene, vacilando)*.
- ROCAMORA: *(Deteniéndose antes de llegar a sentarse y demostrando extrañeza)* ¿Qué?
- CARMEN: *(Más resuelta)* Que volviese usted cuando ellas estuvieran.
- ROCAMORA: *(Decepcionado)* ¿Como a usted le parezca! Pero le diré que no veo el motivo...
- CARMEN: *(Vacilando)* Usted comprende, estando sola...
- ROCAMORA: *(Con fastidio)* Acaba usted de llamar al estudiante, y justamente la he encontrado acompañada por ese otro *(Señala el foro)* que, al fin y al cabo... En fin, no sé. ¡Pero si ellos están, no veo por qué no puedo estar yo!
- CARMEN: *(Con firmeza)* Morales y Linares son nuestros inquilinos. Viven aquí, están en su casa.
- ROCAMORA: *(Ofendido)* Bueno... bueno... me iré entonces... *(Transcurre un instante en que Rocamora la mira fijamente sin moverse del sitio y sin demostrar intención de irse)*.
- Después la cocinera entra por la izquierda y se dirige a salir por el foro.
- CARMEN: *(Impetuosamente a la cocinera)* ¡Dígale a Morales que lo estoy esperando!
- La cocinera vase por el foro.
- ROCAMORA: *(Después de hacer un gesto de fastidio se dirige a tomar su sombrero que ha dejado encima de una silla, y volviendo en seguida a Carmen y en tono de reproche)* ¿Qué le pareció a usted la sombrilla de anoche?
- CARMEN: *(Con voz contenida)* ¡Ah! a propósito, Rocamora... ¿No le he pedido a usted que me haga el favor de no traerme nada? ¿Por qué se empeña en hacerlo?

ROCAMORA: *(Meloso)* ¡Oh!... ¡tratándose de usted, Carmen!...

CARMEN: *(Conteniéndose)* ¡Pero, si no es eso!... Desde que yo se lo pido, desde que le digo que no quiero que me traiga nada, *(Con energía)* que no quiero...

ROCAMORA: Lo hago con tanto gusto.

CARMEN: *(Con impaciencia)* ¡Pues aunque lo haga usted con gusto!... ¡Desde que yo me opongo!...

ROCAMORA: Para mí no es sacrificio.

CARMEN: *(Exasperada)* ¡Ah! ¡qué duro!, ¡qué duro es usted!... *(Se pasea nerviosamente)*.

ROCAMORA: *(Sin inmutarse)* ¡Bah!... Usted sabe que la quiero, y al fin he de convencerla.

CARMEN: *(Exasperada, encarándose con él)* ¿Usted?... ¿Usted?...

ROCAMORA: *(Sonriendo con afectación)* Sí, yo, Carmencita, yo. *(Enfáticamente)* Si no soy rico, por lo menos...

CARMEN: *(Con extraordinaria violencia)* ¡Nunca!... ¡nunca! ¡Entiéndalo usted bien!... ¡Primero cualquier cosa!... ¡todo!... ¡menos casarme con usted!

ROCAMORA: *(Imperturbable)* No crea, no crea... *(Se sonríe con fatuidad)*.

LINARES: *(Asomando por el foro)* Señorita Carmen, me pide Morales que lo disculpe. Se está vistiendo. *(Hace ademán de retirarse)*.

CARMEN: *(Impetuosamente)* ¡Entre, señor Linares! Hágame el favor, espérese.

Linares se adelanta entonces algunos pasos. Durante un instante los tres personajes guardan silencio. Rocamora no parece resuelto a irse. Carmen en actitud de espera no oculta su extrema violencia y Linares, después de dirigir una significativa mirada a ambos, se decide tranquilamente a tomar asiento y adopta una posición cómoda, demostrando a las claras que está dispuesto a esperar todo el tiempo que sea

necesario para que Rocamora se vaya.

ROCAMORA: *(Bruscamente, pero sin abandonar su solemnidad)* ¡Perfectamente! ¡Servidor de ustedes! *(Se coloca ruidosamente el sombrero y vase por la derecha)*.

LINARES: *(Que se ha puesto de pie siguiendo con la mirada a Rocamora)* He comprendido. La presencia de ese hombre la estaba molestando a usted.

CARMEN: *(Muy excitada y estrujándose nerviosamente las manos)* ¡Sí, señor!... Sí, me molesta, ¡me desespera! Y ya no puedo... ¡no puedo más!

LINARES: Pero... ¿Por qué no se lo dice usted claramente?

CARMEN: *(Con desesperación)* ¡Si se lo he dicho!... ¡hasta el cansancio se lo he dicho!, pero ¡es inútil! ¡Oh! ¡usted no lo conoce!... Insiste e insistirá siempre, ¡convencido que con sus regalos va a comprar poco a poco mi voluntad! *(Exaltándose)* ¡Y si él supiera el efecto que me hacen!... *(Con extrema exaltación)* ¡¡Hay momentos en que desearía ser hombre para darle de bofetadas!... *(Cubriéndose el rostro con las manos y rompiendo a llorar, mientras se deja caer sobre una silla profundamente abatida)* ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¡qué desgraciada soy!...

LINARES: *(Aproximándose a Carmen)* Vamos, ¡no sea niña! Levante esa cabeza, no llore... ¡No hay que afligirse así!

Carmen sigue sollozando.

Aparece Morales por el foro, concluyendo de atarse la corbata y muy apurado. Al percibirse de la actitud de Carmen se acerca a ella precipitadamente.

MORALES: ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Carmen?

CARMEN: *(Poniéndose de pie y enjugándose las lágrimas)* Nada Morales, no es nada. *(Se dirige a salir por la izquierda)*.

MORALES: *(Afligido y siguiéndola)* ¿Cómo nada? ¿Por qué llora? *(Volviéndose*

a Linares, al ver que Carmen sin responder vase por la izquierda)
¿Qué le ha pasado?

- LINARES: No sé, parece que ha tenido una escena con el individuo ese... el Rocamora.
- MORALES: ¡Ah! ¡canalla!... pero, ¡cómo! ¿Estaba Rocamora aquí cuando Carmen me llamó? *(Con exaltación al ver una señal afirmativa que hace Linares con la cabeza)* Y, ¿por qué no me lo dijo, hombre?... ¿por qué no me lo dijo?... *(Se pasea nerviosamente y haciendo ademanes de indignación).*
- LINARES: *(Sonriendo)* ¿Para qué?, ¿para que nos hubiera dado un espectáculo viniéndose en camisa?...
- PETRONA: *(Entrando por la derecha)* Buenas tardes. *(Al ver que nadie le contesta)* Buenas tardes...
- LINARES: Buenas tardes.
- PETRONA: ¿No está tía? *(Ante una señal negativa de Linares)* Bueno, con permiso. *(Se dirige hacia la izquierda).*
- MORALES: *(Con irritación)* ¿Ya se va al balcón?
- PETRONA: *(Deteniéndose)* Sí, ¿y qué tiene?
- MORALES: *(En el mismo tono)* ¿A buscar novio?
- PETRONA: Sí, ¿y qué tiene?
- MORALES: *(Remedándole la voz)* No, no tiene nada. ¡Vaya no más!...
Mientras haciendo un gesto de fastidio Petrona se va por la izquierda.
¡¡Cretina!!... *(Se pasea desordenadamente).*
- LINARES: *(Riendo)* ¡Hemos quedado muy nerviosos, amigo Morales!
Entran por la derecha doña María, Pepa y Manuela. Estas dos últimas vienen discutiendo en voz alta.
- MANUELA: ¡Ah, sí! ¡Cómo no! ¡Ya lo creo!

PEPA: *(Rabiosamente)* ¡Ya verás! ¡Ya verás! ¿Qué te has creído?

- MANUELA: ¡Estás fresca! ¡Cómo no!
- D^a MARÍA: *(A gritos y cortando la discusión)* ¡Basta! *(A Manuela)* Andá ligero a preparar el mate. Vengo muerta de sed. *(A Morales y Linares, mientras se saca la gorra)* ¿Ustedes aquí?
Manuela se va por el foro sacándole la lengua a Pepa, mientras Morales y Linares se acercan a doña María. Pepa se precipita sobre la canastilla de costura que había utilizado Carmen al principio del acto.
- PEPA: *(Muy irritada)* ¡No ve!, ¡ya han andado con mi canasta de costura! *(Enfurecida aproximándose hacia la izquierda, después de examinar la canastilla ligeramente)* ¡Carmen!
- LINARES: *(A doña María)* Todavía no he ido por la imprenta, señora. Así que no tengo las invitaciones...
- PEPA: *(Enfurecida asomándose por la izquierda)* ¡¡Carmen!!
- D^a MARÍA: Bueno, tráigamelas mañana. No sea como este embrollón... *(Señala a Morales).*
- MORALES: *(Secamente)* Embrollón, ¿por qué?
- PEPA: *(Volviéndose hacia doña María y exasperada al ver que Carmen no ha respondido)* ¡Ahí tiene!... ¿ve? ¡Carmen me ha andado revolviendo la costura!... *(Muestra la canastilla que tiene en la mano)* ¿No dice usted que son invenciones mías?
- D^a MARÍA: *(Fastidiada)* ¡Bueno, hombre, bueno! ¡Qué tanto alboroto! ¡Vaya una cosa del otro mundo!...
- PEPA: *(Enfurecida)* ¡Es que sabe que no quiero y lo hace de gusto por hacerme rabiar!
- LINARES: *(Muy amablemente)* Señorita, yo, tal vez, tengo la culpa.
- PEPA: *(Interrumpiéndole con violencia y adelantándose hacia él)* ¿Usted también? ¡Venga a disculparla ahora... ¡qué tiene que mezclarse usted? Diga... ¿qué tiene que mezclarse?

LINARES: *(Sorprendido y retrocediendo)* Pero, es que...

D^a MARÍA: *(Imperiosa a Pepa y desde lejos)* Te mando que te calles la boca. ¿Entendido?

MORALES: *(Acercándosele al oído a Linares)* ¡Mire que muerde!...

PEPA: *(Dirigiéndose enfurecida a Morales)* ¿Qué le está diciendo en voz baja? ¡Usted es un zonzo!, ¿sabe? ¡Ya le he dicho que no se meta conmigo!...

D^a MARÍA: *(Irritada)* ¡¡Pepa!!

MORALES: *(Indignado y avanzando hacia Pepa)* ¡Sí! Y a título de que soy zonzo, pinta usted las tinas del patio con mi brocha de afeitar... ¿no es cierto?

PEPA: *(Encarándose con él)* Yo no he pintado nada, ¿entiende?... Yo no necesito nada de lo suyo, ¿sabe?... ¿Qué es lo que se ha creído?

MORALES: *(A gritos)* Y yo le digo que sí ha pintado. ¡Y también le digo que no volverá a pintar, porque ya estoy hasta aquí! *(Se señala la frente)* ¿Comprende?... ¡hasta aquí!

PEPA: *(Enfurecida y desafiándolo)* ¿Y qué?... ¿y qué?

D^a MARÍA: *(A gritos, a Pepa, mientras se interpone entre los dos)* ¡Callate la boca! *(A Morales en igual forma)* ¡Y usted también! *(Aprovechando un silencio)* ¿Qué se han imaginado? ¿Qué así no más me van a faltar al respeto...

Transición después de un momento en que Morales y Pepa se han dirigido miradas de rencor sin decir nada.

¡¡Parecen chicos!! *(A Linares y muy calmada)* ¿Qué le parece?... ¡Tamaños zánganos peleándose como criaturas!... *(A Pepa imperiosa)* Andá a llamar a tu hermana Carmen. *(Con mucha naturalidad, a Linares)* Siéntese, Linares. *(Le señala un asiento).*

Mientras Pepa vase en silencio por la izquierda sin cesar de dirigir miradas de indignación a Morales, que le corresponde en igual forma, doña María toma asiento y la imita Linares.

Morales queda en pie.

MANUELA: *(Apareciendo por el foro)* Mamá, hay poca yerba.

D^a MARÍA: *(Muy amable a Linares)* ¿Usted es aficionado al mate?

LINARES: *(Sonriendo)* Sí, señora, suelo tomar.

D^a MARÍA: *(Insinuante)* ¿Por qué no va entonces hasta el almacén de la esquina y se trae un poco de yerba? Tomaremos unos matecitos...

Morales se da vuelta con un ataque de risa que inútilmente intenta contener y doña María no cesa de dirigirle miradas de irritación.

LINARES: *(Sonriendo)* No hay inconveniente, señora. *(Metiendo la mano en el bolsillo)* Pero, ¿no sería lo mismo que fuese la cocinera? *(Saca dinero).*

D^a MARÍA: *(Apresuradamente)* Sí, ¿por qué no? Lo mismo es. *(A Manuela, señalando el dinero que tiene en la mano Linares y sin descuidar a Morales, que por ratos vuelve a reír)* Decile a Gertrudis que se traiga un kilo de yerba. *(Mientras Manuela toma el dinero de la mano de Linares)* ¿Le gustan con azúcar quemada?

LINARES: *(Sonriendo)* ¡Como lo tomen ustedes! ¡Me es igual!...

D^a MARÍA: *(Apresuradamente a Manuela)* Entonces que traiga un kilo de azúcar también. *(Mira nuevamente a Morales, mientras Manuela vase por el foro y después con mucha tranquilidad a Linares)* ¡Yo no sé qué le pasa a esta muchacha! Desde hace días tiene algo extraño... *(Con intención)* ¿No se lo ha notado?

LINARES: *(Con sorpresa)* ¿Yo?... no, señora.

D^a MARÍA: *(Mirándolo de reojo y con intención)* Yo creo que está enamorada.

MORALES: *(Estallando de risa)* ¿Quién está enamorada? ¿Manuela?

D^a MARÍA: *(Con acritud a Morales)* ¿Y por qué no ha de estarlo? ¿Cree usted que la pobrecita no puede enamorarse como cualquiera? *(Con*

fastidio, viendo que Morales no cesa de reír) ¡No sé a qué viene esa risa!... *(Fulminándolo con la mirada)* ¡Vaya una pavada!

LINARES: *(Interviniendo)* Bueno, ¡como yo la conozco tan poco!...

D^a MARÍA: ¡Es claro, si se lo pasa escribiendo en su cuarto!... *(En tono de amable reconvención)* Es usted muy poco sociable; pero con nosotros déjese de cumplimientos y véngase todos los días a tomar mate.

LINARES: *(Sonriendo)* Muchas gracias.

MORALES: *(A Linares, soltando a reír otra vez)* Aquí a la vuelta hay una yerba muy rica. Apenas se dobla la esquina... *(Acompaña a la palabra el ademán)*.

D^a MARÍA: *(Con mucha rabia)* ¡Gracioso!... ¡Serán todos como usted!... ¡que es nuestra señora del triunfo!

Entra la cocinera por el foro y vase por la derecha.

PEPA: *(Entrando por la izquierda)* Ya va a venir Carmen. *(Se sienta aislada a la izquierda y en actitud que revela mal humor)*.

D^a MARÍA: *(A Pepa)* Pero, acercate, mujer... ¿por qué te vas tan lejos?

PEPA: *(Malhumorada)* Déjeme, estoy con dolor de cabeza.

D^a MARÍA: *(A Morales)* Morales, ¿quiere ver por qué no viene Manuela con el mate?

MORALES: ¡Pero si recién sale! No tiene tiempo...

D^a MARÍA: *(Insinuante)* No importa, vaya.

MORALES: ¡Pero si recién sale!

D^a MARÍA: No importa, ¡hágame el favor!

MORALES: Pero...

D^a MARÍA: *(Sulfurándose)* ¡Le digo que vaya! *(A Linares en tono confidencial, mientras Morales haciendo un gesto de rabia obedece yéndose por el foro)* Pues esta muchacha me tiene preocupada. Fíjese y verá: está pálida, triste...

LINARES: *(Con aparente ingenuidad)* Le habrá hecho daño alguna cosa.

D^a MARÍA: *(Impacientándose)* ¡No, hombre! ¡No es eso lo que digo! *(Lo mira con recelo, pero se tranquiliza ante su impasibilidad)* Me refiero a cierta clase de preocupaciones... Esta tarde, sin ir más lejos, nos han ido siguiendo dos jóvenes muy bien que la festejan. ¡Pues ni por casualidad se ha dado vuelta para mirarlos! *(A Pepa)* ¿Cómo es que se llama el rubio, Pepa?

PEPA: *(Siempre displicente)* ¿Qué rubio?

D^a MARÍA: El de Manuela.

PEPA: *(En igual tono)* Ruiz.

Entra Manuela con el mate y se dirige a Linares.

D^a MARÍA: *(A Linares)* ¿No ve? Ruiz. Es sobrino del ministro Ruiz...

MANUELA: *(Con ingenuidad a doña María)* ¿Quién? ¿el rubio?... ¡No, mamá!, lo han criado en la casa. *(Ofrece el mate a Linares)*.

D^a MARÍA: *(Con fastidio a Manuela)* ¡Qué sabés vos, mujer!

MORALES: *(Cruza apresuradamente el foro a derecha, mirando el reloj)* ¡No alcanzo la clase!

D^a MARÍA: *(Gritándole)* ¡No se olvide de lo que me prometió! *(Morales desaparece por la derecha)*.

LINARES: *(Devolviendo el mate a Manuela)* Muchas gracias, señorita.

MANUELA: *(Con zalamería)* ¿Estaba a su gusto? *(Toma el mate)*.

LINARES: *(Sonriendo)* ¡Como de sus manos!

MANUELA: *(Riendo)* ¡Gracias! *(Se dirige a salir por el foro)*.

D^a MARÍA: *(Que ha observado con malicia la escena)* ¡Manuela!

Manuela se detiene.

Quedate vos; que siga cebando Pepa. *(A Pepa imperiosamente)* Vení, Pepa, seguí cebando. *(Se ha puesto de pie y colocada un poco detrás de Linares hace señas a Manuela)*

indicándole que debe sentarse al lado de éste).

PEPA: *(Displícite)* ¿Yo?...

D^a MARÍA: *(Terminantemente)* Sí, vos.

Pepa de mala gana se dirige al sitio donde ha quedado parada Manuela. Doña María pasando por detrás de Manuela y muy rápidamente mientras la empuja hacia Linares.

¡Contribuí siquiera con la yerba! *(Se dirige hacia la izquierda por donde aparece en ese momento Carmen).*

MANUELA: *(A Linares, aproximándose y entregando al pasar el mate a Pepa, que vase por el foro)* ¡Ah!... me olvidaba de decirle que hoy estuvieron a buscarlo. *(Se le sienta al lado).*

LINARES: ¿A mí?... ¿quién? *(Siguen conversando en voz baja).*

Entra la cocinera por la derecha trayendo unos grandes paquetes y sale por el foro.

D^a MARÍA: *(Secamente a Carmen)* ¿Por qué has tardado tanto?

CARMEN: Estaba arreglando una ropa.

D^a MARÍA: Encontramos a Rocamora en la calle. ¿No has querido recibirlo? ¿No?

CARMEN: *(Con fastidio)* ¡Desde que estaba sola!

D^a MARÍA: ¡Jesús! ¡Ni que te fuera a comer!... *(Amenazadora)* Ahora vas a venir a tomar mate. ¡Cuidado con lo que hacés! ¿Eh?

MANUELA: *(A doña María en voz alta y muy admirada)* ¡Mamá! ¿Sabe quién es el joven que estuvo esta mañana?

D^a MARÍA: *(Acercándose a ella mientras Carmen se sienta aislada en el sitio que antes ocupó Pepa)* ¿Quién?

Entra Pepa por el foro con un mate que le da a doña María.

MANUELA: Un diputado amigo del señor Linares.

D^a MARÍA: *(Haciendo un movimiento de sorpresa y acercándose a Linares)* ¿Amigo suyo?

LINARES: Sí, señora, hemos sido condiscípulos.

D^a MARÍA: *(Con ansiedad)* ¿Pero, entonces usted podría hacerme aumentar la pensión? *(Devuelve el mate a Pepa que vase por el foro).*

LINARES: Lo intentaré por lo menos...

D^a MARÍA: *(Agitada)* ¡Pero, hombre de Dios! ¡Y no decía usted nada!... *(Llamando a Carmen)* ¡Carmen! *(A Manuela imperiosamente)* ¡Salí vos de ahí! Andá, seguí cebando mate. *(A Carmen, mientras Manuela hace un gesto de contrariedad y se va por el foro)* ¿Has oído? El señor Linares va a hacernos aumentar la pensión. Explicale bien de lo que se trata. *(La toma del brazo y la quiere hacer sentar en la silla que ha dejado vacía Manuela).* Explicale... *(Impaciente viendo que Carmen no se sienta)* ¡Sentate, mujer, sentate!

LINARES: *(Apresurándose a ponerse de pie viendo la situación violenta de Carmen)* Tenemos tiempo, señora.

D^a MARÍA: *(Alarmada)* ¿Se va?

LINARES: Voy hasta mi cuarto a corregir unas pruebas.

D^a MARÍA: *(Solicita)* ¿No necesita que le ayuden?

LINARES: *(Sonriendo)* No, señora, no.

D^a MARÍA: Pero se va a ocupar de nosotros, ¿no es cierto que se va a ocupar? Lo ha prometido...

LINARES: Sí, señora, esté tranquila. *(Saluda y se dirige hacia el foro).*

D^a MARÍA: *(Afectuosamente)* ¡Y no trabaje tanto que se puede enfermar! *(Solicita)* Si precisa algo, avise...

Linares sonríe, saluda y vase por el foro.

(Apresuradamente a Carmen y en tono de súplica) ¡Carmencita! ¿Te das cuenta? ¡Es preciso, es preciso que este hombre nos haga aumentar la pensión! ¡Yo te lo suplico, Carmencita!

CARMEN: Pero, ¿y qué quiere que yo haga?

D^a MARÍA: *(Insinuante)* ¡Ser de otro modo, mujer! ¡No ponerle esa cara de vinagre con que ahuyentás a la gente! ¡Sé amable, reíte un poco!... *(Con mucha suavidad)* Pero, ¿es posible que alguna vez no entrés en razón? Pensá en tu pobre madre que está enferma y vieja, que pocos años le quedan de vida, y que nada de cuesta complacerla. ¿Lo harás?... ¿no es verdad que lo harás?

CARMEN: *(Confusa)* ¡Pero si yo no sé qué!...

Por el foro entra Manuela con el mate y doña María se lo toma bruscamente de las manos.

D^a MARÍA: *(Extendiéndole el mate a Carmen)* Andá, llevale este mate.

CARMEN: *(Protestando)* Pero, mamá. ¡Si estará en su cuarto!...

D^a MARÍA: *(Tranquilamente y con el brazo estirado)* ¡Y qué importa!... Se lo alcanzás desde la puerta, andá.

CARMEN: *(Resistiendo y sin tomar el mate)* Pero, mamá...

D^a MARÍA: *(Imperiosamente)* Vamos, pronto, ¡andá!

Carmen no parece decidirse, cuando se presenta por la derecha Rocamora.

ROCAMORA: Aquí me tienen ustedes. *(Asomándose después, hacia el exterior)* Entra...

CARMEN: *(Después de echar una rápida ojeada a Rocamora, arrebatándole el mate de las manos a doña María y con mucha resolución)* ¡Traiga! *(Vase bruscamente por el foro).*

D^a MARÍA: *(Muy amable)* Adelante, adelante. *(Se dirige hacia Rocamora seguida por Manuela, en tanto que aparece por la derecha un muchacho trayendo al hombro una caja de cartón).*

ROCAMORA: *(Al muchacho)* Dejala allí. *(Señala una silla sobre la que el muchacho deposita la caja).* Andá no más.

El muchacho vase por derecha y Rocamora mira después a su alrededor como buscando a alguien, mientras doña María y Manuela observan con curiosidad la caja sin decir nada.

D^a MARÍA: *(Después de un momento de espera)* Siéntese, pues; lo estábamos esperando.

Siéntanse los tres personajes y en ese momento aparece por el foro Pepa y se detiene al entrar, contrariada por encontrarse con Rocamora.

PEPA: ¡¡Oh!!... *(Vacila entre irse o quedarse).*

D^a MARÍA: *(Que la apercibe)* Entrá, Pepa, entrá.

PEPA: *(De mal humor)* Buenas tardes. *(Toma asiento en el otro extremo del salón, en el sitio que ocupó antes y adopta una actitud de absoluta indiferencia para el resto de los personajes).*

ROCAMORA: Me pareció ver a Carmen al entrar...

D^a MARÍA: *(Muy amable)* Ya viene. Es que se ha empeñado en prepararle ella misma el mate... ¡Está lo más contrariada por no haberlo podido recibir hoy!

ROCAMORA: *(Disimulando su despecho)* ¡Oh!... ¡qué importa!

D^a MARÍA: *(Con zalamería)* ¡Como en esta casa se le quiere a usted tanto!... ¡Todo el día se habla de usted! Carmen con la sombrilla de anoche está encantada, no sabe qué hacer... *(Mira disimuladamente a la caja).*

MANUELA: *(Con aspavientos)* ¡Como que es preciosa! ¡También tiene usted un gusto!... *(Junta las manos en señal de admiración y mira a la caja).*

ROCAMORA: *(Echándose para atrás)* ¡Phs!, el hábito, la costumbre...

D^a MARÍA: ¡Ah! ¡eso sí! ¡Todos sus regalos son del mejor gusto! ¡Yo no sé cómo hace usted para elegir tan bien!... *(Quiere mirar a la caja y se contiene).* Siempre lo estamos diciendo. ¿No es verdad, Pepa?

PEPA: *(Desde un sitio y displicente)* ¿Qué?...

D^a MARÍA: *(Expresiva)* Los regalos de Rocamora... ¡tan bonitos!

PEPA: *(Con displicencia)* Sí, muy bonitos.

ROCAMORA: *(Tratando de sonreír sin abandonar su importancia)* Es mi lado flaco. ¡Toda la vida me ha dado por los regalos! *(Con mucho énfasis)* ¡Psh!... al fin en un placer como cualquiera. *(A doña María)* ¿No le parece?... ¡Desde que se puede!

D^a MARÍA: *(Con muchos aspavientos)* ¡Ya lo creo! ¡Es lo que yo siempre digo! ¡Se goza regalando! *(Hace un movimiento con los brazos, como quien tira un montón de cosas por delante).*

ROCAMORA: *(Mirando hacia el foro y tratando de sonreír)* Pero, ¿saben ustedes que se hace esperar el mate?

D^a MARÍA: *(Con calma)* Es que debe estar quemando el azúcar... ¡Esta Carmen es tan prolija!

BARROSO: *(Apareciendo bruscamente por la derecha con un montón de paquetes y deteniéndose al entrar)* Buenas tardes. *(Ríe imbécilmente).*

D^a MARÍA: *(Levantándose bruscamente y precipitándose sobre Barroso)* ¡Ah! ¿lo trajo? Justamente iba a mandar para allá. *(Al acercársele en voz baja)* ¡Estamos con un loco! ¡Salga ligero!

Barroso, con cara de susto, mira a Rocamora por encima del hombro de doña María y desaparece por la derecha retrocediendo seguido de doña María que sale también.

ROCAMORA: *(A Manuela)* ¿Quién ese hombre?

MANUELA: *(Vacilando)* No sé, no lo conozco. *(A Pepa)* Pepa, ¿no lo conocés vos?

PEPA: *(Displicente siempre)* Yo no.

ROCAMORA: *(Con mucha solemnidad)* Tiene cara de asesino.

MANUELA: *(Fingiéndose asustada)* ¡Ay!... ¿de veras? ¿Le parece?... *(Se pone de pie).*

ROCAMORA: *(Muy grave)* ¡Por lo que he visto no me gusta nada!

MANUELA: ¡Pobre mamá! Voy a ver... *(Va a dirigirse por la derecha cuando aparece por ésta doña María).*

D^a MARÍA: *(Trayendo en los brazos los paquetes de Barroso y con mucha naturalidad)* ¡Estas tiendas están imposibles! *(Aludiendo a los paquetes)* Unas compras de esta mañana, que recién me las taren. *(A Manuela)* Tomá, Manuela, llevá estas compras para adentro.

MANUELA: *(Que se ha adelantado a recibir los paquetes, en voz baja)* ¿Qué le dijo?

D^a MARÍA: *(Aparte y rápidamente)* Que era un pariente loco que le daba por pegar. *(Manuela vase con los paquetes por la izquierda y doña María vuelve a su asiento).*

ROCAMORA: *(Muy grave)* Pues el mate no llega... *(Mira hacia el foro).*

D^a MARÍA: *(Con calma)* ¡Oh!... no puede tardar. *(A Pepa)* Pepa, ¿por qué no le recitás a Rocamora esos versos tan bonitos que sabés?

PEPA: *(Sorprendida)* ¿Yo?

D^a MARÍA: *(Muy seria)* Naturalmente, hija. ¡Si recitás muy bien!... Vení, ¡dejate de vergüenzas!...

Pepa la mira asombrada y no sabe si enojarse o no. Termina por hacer un gesto y vuelve a su actitud de indiferencia.

LINARES: *(Entrando por el foro y dirigiéndose a salir por la derecha llevando el sombrero en la mano)* Buenas tardes *(Vase por la derecha y Rocamora no contesta).*

D^a MARÍA: Buenas tardes. *(A Manuela que aparece por la izquierda y con mucha resolución)* Andá decile a Carmen que venga en seguida, que se deje de tantos preparativos, que no la vamos a criticar. *Manuela vase por el foro.*

ROCAMORA: *(Secamente)* Ese joven que salió es el nuevo inquilino, ¿no?

D^a MARÍA: *(Con aparente desdén)* ¿Ese?... sí, el inquilino.

ROCAMORA: ¿Cómo se llama?

D^a MARÍA: Linares...

ROCAMORA: ¿Es argentino?

D^a MARÍA: Creo que sí.

ROCAMORA: ¿En qué se ocupa?

D^a MARÍA: En nada. Escribe...

Rocamora saca ceremoniosamente una libreta de apuntes y toma notas sin levantar los ojos. Entre tanto entra muy apresurada Manuela por el foro y le dice algo muy rápido en el oído a doña María. Ésta se levanta y vase por el foro, mientras Manuela se sienta en la silla que aquélla dejó vacía.

ROCAMORA: *(Mientras sigue escribiendo)* ¿Cuántos años tiene?

MANUELA: *(Sorprendida)* ¿Quién?

ROCAMORA: *(Dándose cuenta)* ¡Ah!... *(Continuando el interrogatorio)* ¿Cuántos años tiene el nuevo inquilino?

MANUELA: ¿Cuántos le parece? Tendrá veinticinco, treinta y cuatro... *(Rocamora escribe).*

ROCAMORA: ¿Soltero?

MANUELA: ¡Naturalmente!

ROCAMORA: ¿Sabe leer?

MANUELA: *(Hace un gesto de ignorancia y después)* Escribir sabe... *Rocamora anota.*

ROCAMORA: ¿Ha estado preso alguna vez?

MANUELA: *(Azorada)* Yo no sé.

ROCAMORA: *(Guardando la libretita muy ceremoniosamente)* ¿Cuando hable con él dígame que lo tengo reventado!...

MANUELA: ¿Por qué?... ¿por qué?...

Rocamora hace un movimiento con la mano como indicando que hay que darle "tiempo al tiempo". Aparece por el foro Carmen con un mate en la mano y seguida por doña María que la viene empujando con disimulo.

D^a MARÍA: *(Triunfante)* ¿No le decía yo? ¡Empeñada en lucirse con usted! Aquí la tiene...

Rocamora sin mirar a doña María ni a Carmen y haciéndose el que no nota su presencia, se levanta de pronto y con aire solemne, con la manifiesta intención de producir un golpe teatral, dirígese lentamente al sitio en que está colocada la caja que antes se ha hecho referencia; la toma después y en actitud majestuosa se aproxima al sitio donde está Pepa y la coloca delante de ella.

ROCAMORA: *(Solemne)* Esto es para usted, Pepa. *(Se inclina ceremoniosamente).*

PEPA: *(Poniéndose de pie bruscamente y con azoramiento)* ¿Para mí?... ¿para mí?

ROCAMORA: *(Tratando de ser lo más suave posible)* Sí, para usted.

Doña María, Carmen y Manuela han permanecido inmóviles a la distancia, presenciando curiosamente la escena. Pepa, con una gran nerviosidad, abre la caja y saca de ella un lujoso batón que levanta en alto y examina ávidamente.

PEPA: *(Con voz un poco temblorosa por la emoción)* ¿Es para mí?

ROCAMORA: *(Galantemente)* ¡Esto y todo cuanto usted quiera! *(Echa una rápida mirada hacia Carmen, lo más disimulada posible).*

PEPA: *(Con voz emocionada)* Muchas gracias, Rocamora, muchas gracias. *(Se aleja y se deja caer sobre una silla).*

D^a MARÍA: *(Azorada, a Manuela y mientras Carmen se adelanta con el mate en la mano)* ¿Qué quiere decir esto?

CARMEN: *(A Rocamora, ofreciéndole el mate)* ¿Quiere un mate, Rocamora?

ROCAMORA: *(Haciéndose el sorprendido y aparentando desdenosa indiferencia)* ¡Ah!... ¿es usted, Carmen? *(Toma el mate, lo chupa y devolviéndoselo en seguida)* Está frío, gracias. *(Sin preocuparse más de ella se dirige hacia Pepa, a quien habla en voz baja y con mucha afectación).*

D^a MARÍA: *(A Carmen, que pasa hacia el foro llevando el mate)* ¡A las mil maravillas, hija!... ¡Con Linares iba a ser una complicación!

Carmen sonríe y vase por el foro. Doña María se lleva después el dedo a los labios indicando a Manuela que lo que corresponde es guardar silencio, yendo ambas a sentarse juntas en el extremo opuesto, desde donde observa siempre a Rocamora y a Pepa, aparentando conversar entre ellas.

PEPA: *(A Rocamora en voz baja y emocionada y con mirada tierna)* ¡Fíjese en lo que está diciendo!

ROCAMORA: *(Con calor)* ¡Es que es así, Pepa!

PEPA: *(Con voz temblorosa)* ¡No, no es cierto! ¡Me está usted engañando, Rocamora!

ROCAMORA: *(Con pasión)* ¡Yo se lo juro! *(Dirige una rápida ojeada al grupo, deseoso de ver si Carmen está presente.)*

Doña María y Manuela, que desde un instante antes guardan silencio, se ponen inmediatamente a conversar, disimulando.

PEPA: *(Mirando a Rocamora, siempre lánguidamente)* Y entonces, ¿por qué?... *(Se detiene).*

ROCAMORA: ¿Qué?

PEPA: *(Con ansiedad)* ¿Por qué todo hacía suponer otra cosa?

ROCAMORA: *(Haciéndose el sorprendido)* ¿Otra cosa?

PEPA: *(Con suavidad)* ¡Oh!... ¡Usted sabe muy bien lo que le digo!

Entra Carmen por el foro con el mate y se lo ofrece a doña María.

ROCAMORA: *(Después de convencerse con una rápida ojeada de la presencia de Carmen)* ¡Pero, cómo!... ¿y ha podido creer usted en eso?... *(Con vehemencia y accionando mucho para aparentar gran interés en lo que debe suponer Carmen que está diciendo)* ¡Si yo, Pepa, hace mucho que he deseado vivamente el momento feliz de podersele decir!... *(Rápida mirada a Carmen)* ¡Si he ansiado la oportunidad de poder expresarle todo lo que siento, revelando este secreto, Pepa, que ya no podía contener más tiempo! Si yo *(Nueva ojeada*

a Carmen) la quiero a usted en silencio desde el primer momento que la vi. *(Carmen recibe el mate de manos de doña María y vase por el foro).* Desde aquella tarde, Pepa, en que entrando usted al registro me pareció que el sol había entrado, que todo era luz, y que por todas partes... *(Rápida ojeada que le permite asegurarse de la ausencia de Carmen, lo que apaga bruscamente su inspiración. Después, sin entusiasmo)* Desde entonces, Pepa...

PEPA: *(Que lo ha escuchado con arrobamiento)* ¡Ah!... ¡no me engañe, Rocamora! ¡No me engañe!... ¡Sería un crimen que me engañara usted!

ROCAMORA: *(Tendiéndole la mano)* ¡No diga usted eso! Hasta mañana *(Recobra su solemnidad habitual).*

PEPA: *(Tendiéndole la mano)* Hasta mañana. *(Se pone de pie y lo sigue).*

Mientras, Rocamora se aproxima a doña María y a Manuela, que parecen estar muy entretenidas en una conversación que no les permite aperebirse de nada.

ROCAMORA: *(Solemnemente a doña María)* Me voy, señora.

D^a MARÍA: *(Haciéndose la sorprendida)* ¡Ah!... ¡tanto gusto, Rocamora! *(Le da la mano).*

ROCAMORA: Adió, Manuela *(Se dirige hacia la derecha y de pronto da vuelta y con afectación mira a los lados. Después, aparentando indiferencia)* No, nada, es que no me acordaba si estaba Carmen aquí... *(Saluda ceremoniosamente y vase).*

Inmediatamente después de salir Rocamora, doña María y Manuela corren hacia la caja que contiene el batón, al que comienzan entre las dos a examinar nerviosamente. Entre tanto, Pepa ha quedado en pie cerca de la puerta derecha, con la vista fija en el suelo y revelando una profunda preocupación.

PEPA: *(Después de un momento de silencio y con la cara resplandeciente de felicidad)* ¡Ay!... mamá... mamá... ¡qué contenta estoy!

D^a MARÍA: *(Preocupada, examina el batón)* ¡Y tenés razón! ¡Porque es precioso!

MANUELA: *(Ocupada en lo mismo)* ¡Lindísimo!

PEPA: *(Con voz desfallecida)* ¡No!... mamá, no. ¡No es por eso! *(Se deja caer sobre una silla y a pesar de tener la cara sonriente y expresando gran contento, se lleva el pañuelo a los ojos para contener las lágrimas que de ellos brotan).*

D^a MARÍA: *(Después de mirar con Manuela demostrando asombro, se acerca unos pasos seguida de ésta)* ¿Qué tenés?

Pepa sin contestar apoya la cabeza sobre los brazos y llora en silencio, lo que hace detenerse a la distancia a doña María y a Manuela, que revelan estupor. Después Manuela quiere precipitarse sobre Pepa y doña María la detiene con el brazo extendido.

¡Dejala! ¡Ni cuando murió su padre la había visto llorar!...

TELÓN

ACTO TERCERO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR. SE OYE LA VOZ DE DOÑA MARÍA QUE GRADUALMENTE VIENE APROXIMÁNDOSE Y LLAMANDO A MANUELA.

D^a MARÍA: *(Apareciendo por el foro)* ¡Manuela! *(Haciendo un gesto al ver aparecer a Manuela por la izquierda)* ¡Al fin, mujer!... ¿De dónde salís? Desde hoy te estoy llamando.

MANUELA: No la he oído, estaba en el balcón.

D^a MARÍA: ¿Pero vos te la pasás todo el día en el balcón?

MANUELA: *(Sonriendo)* ¡Está en la esquina el morocho gordo!

D^a MARÍA: *(Remedándole la voz)* ¡El morocho gordo!... *(En tono desdeñoso)* ¡Bonito mamarracho!

MANUELA: *(Con fastidio)* ¡Oh!... ¿y qué quiere que le haga si no hay otro?... ¡Qué fastidio! ¡Siempre con lo mismo!

D^a MARÍA: Bueno, andá ayudá a tu hermana Pepa.

MANUELA: ¿Dónde está?

D^a MARÍA: Amasando las tortas fritas que le prometió a Rocamora. Andá a ayudarla.

Manuela vase por el foro y doña María se dirige hacia la izquierda.

¡Carmen! *(Repitiendo el llamado)* ¡Carmen!

Golpean las manos a la derecha y entonces doña María se dirige hacia ella.

¡Adelante!

Aparece por la derecha Jenaro.

D^a MARÍA: ¡Ah!... ¿sos vos?... ¿qué hay?

JENARO: Dice el señor Barroso que conforme despache a un cliente que lo está embromando va a venir a tomar mate.

D^a MARÍA: Bueno, decile que lo esperamos, y que no se olvide de lo que me prometió. *(Hace ademán de despedir a Jenaro, pero éste parece indeciso y no se va)* ¿Qué esperarás?

JENARO: *(Vacilando)* ¿Y la niña Carmen? *(Levantándose sobre la punta de los pies mira hacia la izquierda, por sobre el hombro de doña María).*

D^a MARÍA: ¿Qué querés con Carmen?

JENARO: *(Resolviéndose)* Es que me dijo que a escondidas le diera esto. *(Con mucho trabajo saca del pecho un ramito de violetas que trae oculto).*

D^a MARÍA: *(Tomándolo)* ¿Violetas?... Bueno, lo mismo es... Andate.

Jenaro desaparece por la derecha y doña María se aproxima a la puerta de la izquierda mientras huele desdeñosamente el ramito.

¡Papanatas!... *(Asomándose por la puerta izquierda)* ¡Carmen!

Aparece Carmen por la izquierda.

¿No has oído que te llamaba?

CARMEN: *(Con suavidad)* Estaba vistiéndome.

D^a MARÍA: *(Extendiéndole el ramito)* De parte de Barroso...

Carmen sin decir nada, toma el ramito, lo arroja a la distancia y queda impasible mirando a doña María, que a su vez sin enojarse y con toda calma, se acerca a recogerlo y lo vuelve a tirar hacia el exterior por la puerta izquierda.

Tíralo por lo menos adentro, para que cuando venga no lo vea. *(Volviéndose hacia Carmen, con naturalidad)* ¿No le has preguntado a Linares si necesita algo?

CARMEN: No, mamá; tenía la pieza cerrada.

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* Golpeale la puerta. ¡Andá!

CARMEN: *(Con impaciencia)* Pero, ¿para qué?

D^a MARÍA: *(Imperativa)* ¡Te digo que vayas! ¡Qué tanta pregunta!

CARMEN: *(Suplicante)* Pero oiga, mamá, oiga... ¡Me está usted haciendo hacer cosas que al mismo Linares le chocan! *(Ante un movimiento de impaciencia de doña María)* ¡Si no es para que se enoje!... Pero, escuche, ¡haga el favor!, ¡escuche!

Doña María parece resignarse a escuchar.

Durante estos últimos quince días he estado yendo a su pieza a cada rato. ¡Y siempre con pretextos ridículos!... ¿Usted cree que él mismo no se da cuenta? ¡Si me lo dice, mamá!... ¿Sabe usted lo que me dijo ayer? ¡Que me tenía lástima!

D^a MARÍA: ¿Lástima? ¿Y por qué te va a tener lástima?

CARMEN: ¡Porque ve! ¡Porque comprende! Porque no es como los otros, mamá... ¡Eso es lo que usted no quiere entender!

D^a MARÍA: *(Desdeñosamente)* ¡Pues no sé lo que tenga de distinto a los demás!... Lo que es a mí, hijita, me parece igual a todos.

CARMEN: *(Con convicción)* ¡Oh!... ¡no es lo mismo! *(Mueve la cabeza para uno y otro lado).*

D^a MARÍA: *(Con desdén)* ¡Bah!... *(Maliciosamente)* ¿Te ha dicho algo?

CARMEN: ¿Algo de qué?

Doña María sonríe con malicia y Carmen comprendiendo hace una señal negativa con la cabeza.

D^a MARÍA: *(Incrédula)* ¿No te ha hecho el amor? *(Con sorpresa ante otra señal negativa de Carmen)* ¿No?

CARMEN: No, y precisamente por eso le estoy agradecida.

D^a MARÍA: *(Desconcertada)* Pues, hijita, ¡no entiendo!... *(Incrédula)* Pero, entonces, ¿cómo se ha ocupado del asunto de la pensión? Ya ves, en sólo quince días ya tiene el despacho favorable...

CARMEN: ¿Y qué tiene que ver? No le digo que es distinto a los demás... *Doña María hace con la cabeza una señal de incredulidad.*

Ya ve, se ha empeñado en que yo copie los originales que escribe... ¡Yo! ¡mamá!... ¡con mi pobre letra!... ¡Imagínese las copias que haré! Pues él no me dice nada, me deja hacer; pero estoy segura que lo único que se propone es que aprenda a escribir... ¡Para eso sirven mis copias!

D^a MARÍA: *(Sin dejarse convencer)* Sí, pero muy bien que de esa manera hemos conseguido que se tome interés por nosotros.

CARMEN: Hubiera hecho lo mismo sin necesidad de estas cosas.

D^a MARÍA: ¡Eso no lo sabemos!... *(En otro tono)* Y como ahora es preciso que se trate el asunto por la Cámara, dejate de zonceras *(Empujándola suavemente)* Y andá, hijita, ¡andá!

CARMEN: *(Queriendo resistir)* Pero, escuche, mamá...

D^a MARÍA: *(Perdiendo la paciencia e imperiosamente)* ¡Te digo que vayás! ¡¡Oh!!

Carmen hace un grosero gesto de resignación y vase por el foro.

Aparece Petrona por derecha.

PETRONA: *(Corriendo a abrazar a doña María y muy contenta)* ¡Ahora va a venir!

D^a MARÍA: *(Con extrañeza)* ¿Quién?

PETRONA: *(Alarmada)* ¿Cómo quién?... ¡mi novio! *(Con ansiedad)* ¿Qué, no le dijo nada Manuela?

D^a MARÍA: *(Recordando)* ¡Ah, sí!... ¡ni me acordaba!

PETRONA: *(Volviendo a recuperar la alegría)* Está en la esquina y espera una señal desde el balcón. *(Se frota las manos de contento).*

D^a MARÍA: *(Recapitando)* Despacio, despacio y vamos a cuentas... Quieres decir que vos tenés un novio y que, con el pretexto de venir a coser con las muchachas, querés verte aquí con él, ¿no es eso?

PETRONA: Sí, pues, sin que mamá sepa nada.

D^a MARÍA: *(Categorica y resolviendo el punto)* Pues no puede ser.

PETRONA: *(Angustiada)* ¿No? ¿por qué?

D^a MARÍA: Porque me vas a meter en un lío con tu madre, y yo no quiero líos.

PETRONA: *(Afligida)* ¡¡Tía!!... ¡si usted lo conociera!... ¡es tan decente!... ¡tan bueno!...

D^a MARÍA: *(Desconfiada)* Y entonces, ¿por qué no lo quiere tu madre?

PETRONA: ¡Por nada!... ¡por capricho!

D^a MARÍA: ¿En qué se ocupa?

PETRONA: Es de un diario.

D^a MARÍA: *(Con un poco más de interés)* ¡Ah!... ¿periodista? *(Marcando el interés)* ¿No sabés si escribe en la “vida social”?

PETRONA: Eso no sé.

D^a MARÍA: *(Después de meditar un momento)* No, hijita, ¡no puede ser!

Da por terminada la conversación, pero Petrona va a insistir, cuando aparece por el foro Pepa trayendo una fuente de tortas y seguida por Manuela.

PEPA: *(Riendo)* ¡Ya no hay más que freírlas! *(Mostrando la fuente)* ¡Mire qué lindas!...

Manuela ha corrido hacia Petrona y ambas conversando animadamente se dirigen hacia la izquierda y de pronto, como si hubieran tomado una brusca resolución, salen por ésta, corriendo.

D^a MARÍA: *(A Pepa, examinando las tortas)* Muy bien, muy bien, ¡cuidado con quemarlas ahora!

PEPA: *(Riendo)* ¡Qué esperanza! ¡Ya va a ver!... *(Se dirige hacia el foro).* ¡De chuparse los dedos!...

D^a MARÍA: *(Antes de que llegue a salir)* ¿Y Carmen?

PEPA: *(Deteniéndose)* Conversando con Linares. *(Resolviéndose de pronto a volver)* ¡Ah!... Desde hace días quería decírselo: me parece que Linares se ocupa demasiado de aconsejar a Carmen. ¡Quién sabe qué cosas le está metiendo en la cabeza!...

D^a MARÍA: ¿Aconsejarla?... ¿Qué le aconseja?

PEPA: Ayer al pasar oí que le decía que, aunque se lo mandasen, no debía hacer eso...

D^a MARÍA: ¿Qué?

PEPA: ¡Ah! ¡yo no sé de lo que estarían hablando!

D^a MARÍA: *(Con despreocupación)* ¡Bah!... ¡bah!... Dejate de pavadas, y a ver si te apurás con las tortas...

PEPA: ¡Ah! En seguida están, ya verá.

Vase por el foro, mientras entran corriendo por la izquierda Manuela y Petrona.

MANUELA: *(Riendo)* ¡Ahí sube!

D^a MARÍA: ¿Quién?

PETRONA: ¡Mi novio!

MANUELA: ¡El novio!

D^a MARÍA: *(Con enojo)* ¿Qué?... ¿y por qué has hecho eso?

PETRONA: *(Abrazándola)* ¡Sí, tía, sí! ¡No sea mala!

PÉREZ: *(Apareciendo por la derecha y deteniéndose al entrar, en actitud encogida)* Servidor... *(Da vueltas el sombrero entre las manos)*.

PETRONA: *(Entusiasmada)* ¡Entrá! *(Corrigiéndose)* Entre, entre. *(Señalando a doña María)* Esta señora es mi tía.

PÉREZ: *(Volviendo a saludar desde lejos y siempre cohibido)* Mucho gusto.

D^a MARÍA: *(A Petrona y con fastidio, después de haber estado observando a Pérez curiosamente)* ¿Este es tu novio?

PETRONA: Sí, tía. *(A Pérez, con impaciencia, comprendiendo que su empaque lo está perjudicando)* ¡Pero entre, hombre, entre! Pérez adelanta su paso.

D^a MARÍA: *(Con retintín)* ¿Conque usted es periodista?

PÉREZ: *(Con dejo de compadre)* Por lo menos de la familia... ¡Soy tipógrafo!

D^a MARÍA: *(Dirigiendo una furibunda mirada a Petrona)* ¡Ya decía yo!

PÉREZ: *(En igual forma)* Y en mis ratos desocupados me dedico a la fotografía. ¡Tengo gran afición!

D^a MARÍA: *(Sin oírlo bien, tratando de asumir una actitud digna)* Pues lo que ustedes pretenden es imposible. Si mi cuñada se opone a las relaciones de ustedes, no es justo que yo las favorezca. ¡Al fin es la madre y tiene derecho! Así, que ya saben... *(Hace un movimiento con el brazo señalando la salida)*.

PETRONA: *(Angustiosamente)* ¡Tía!... ¡tía!... *(La abraza)*. ¡Por favor!

MANUELA: *(Suplicante)* ¡Déjelos, mamá!

D^a MARÍA: *(Con energía)* ¡No y no! ¡Sería faltar a mi deber! *(Hace un ademán majestuoso)*.

PÉREZ: *(Socarrón)* ¿Y no me permitirá, siquiera, que les forme un grupo?

MANUELA: *(Saltando de alegría)* ¡Sí, mamá, un grupo!

D^a MARÍA: *(Con extrañeza)* ¿Grupo?... ¿Grupo de qué?

PÉREZ: Un retrato, señora. ¡No le digo que soy aficionado!... Me vengo con la maquinita, y en un momento, ¡zas!... ¡en todas las posturas!

D^a MARÍA: *(Agradablemente sorprendida)* ¿Cómo!... ¿nos puede retratar?

PÉREZ: *(Riendo)* ¡Ya lo creo! ¡Mejor que Vicón!

PETRONA: *(Con aspaviento)* ¡Si viera qué bien, tía!...

D^a MARÍA: *(Animándose)* ¡Ah, eso sí!... ¿por qué no? *(Con arranque)* ¡Pero, entonces, hombre!... ¿a qué salió con la pavada de tipógrafo? ¡Hubiera empezado por ahí, por lo del grupo!

PETRONA: *(Apresuradamente)* ¡Venite mañana a las tres!

D^a MARÍA: *(En tono de reproche)* ¡Niña!... ¿qué es eso?

PETRONA: *(Muy compungida y corrigiéndose)* Venga si puede a las tres.

PÉREZ: *(Riendo)* ¡Aquí estaré con la maquinita! ¡Vayan pensando en las posturas! *(Saluda con la cabeza y va a salir)*.

D^a MARÍA: *(Con mucho interés)* No vaya a olvidarse, ¿eh?...

PÉREZ: *(Riendo)* ¡Qué esperanza! ¡Bueno fuera!... *(Vase por la derecha contoneándose compadronamente)*.

D^a MARÍA: *(Después de salir Pérez, con naturalidad a Petrona)* Hija, has tenido una buena idea. *(Transición)*. Acompañenme a matar el grillo

que estuvo gritando anoche; vamos a echar agua en el zócalo.

- MANUELA: *(Adelantándose, mientras doña María y Petrona se dirigen hacia la izquierda)* ¡Voy primero un ratito al balcón! *(Vase por la izquierda corriendo)*.
- PETRONA: *(Abrazando bruscamente a doña María)* ¡Cuánto la quiero! ¡Qué buena es usted! *(Demuestra una gran nerviosidad)*.
- D^a MARÍA: *(Separándola con fastidio)* ¡Dejate de pavadas!
Ambas vanse por la izquierda.
Aparece Rocamora por la derecha y lo sigue un muchacho trayendo unas cajas.
- ROCAMORA: *(Al muchacho, después de cercionarse que no hay nadie)* Esperame afuera.
El muchacho vuelve a salir por la derecha llevándose las cajas.
- CARMEN: *(Aparece por el foro y se detiene sorprendida al encontrar a Rocamora)*.
¿No saben que está usted aquí? *(Apresuradamente)* Voy a avisarles. *(Hace ademán de salir por la izquierda)*.
- ROCAMORA: *(Adelantándose bruscamente)* ¡Oiga, Carmen! *(Carmen se detiene)*
¿Continúa usted pensando lo mismo?
- CARMEN: *(En tono de amenaza, pero conteniendo la risa)* Se lo cuento a Pepa... ¿eh? *(Lo amenaza con el dedo)* No continúe.
- ROCAMORA: *(Con despecho)* Déjese usted de Pepa y conversemos... ¿quiere?
- CARMEN: *(Siempre en tono de cómica amenaza)* A la primera palabra voy y se lo digo todo. *(Señala hacia el foro)*.
- ROCAMORA: No, no lo hará usted.
- CARMEN: *(Riendo)* ¿Qué no?... ¡Lo va usted a ver! *(Hace ademán de salir por el foro)*.
- ROCAMORA: *(Alarmado)* ¡Oiga, Carmen, oiga!
Carmen se detiene y Rocamora queda un tiempo silencioso

mirándola fijamente.

- ¡Qué buen humor tiene usted ahora! ¡Desde hace pocos días la he visto reír por primera vez!
- CARMEN: *(Entre seria y risueña, suspirando con fuerza)* ¡Ah!... ¡Rocamora! ¡Es que usted no puede darse cuenta de lo que significa verse libre de usted!... Ahora la tengo a Pepa... ¡cuidado!
- ROCAMORA: *(Con amargura)* Otras causas debe haber también. La noto a usted muy distinta.
- CARMEN: *(Un tanto confusa)* ¿A mí? ¡vaya! *(Transición)*. Bueno, mire que Pepa le ha prohibido conversar conmigo, ¿eh? ¡Ahora no más viene! *(Mira hacia el foro)*.
- ROCAMORA: *(Mirando al foro también y con cierta alarma)* Sí, no avise nada, volveré más tarde. *(Suspira con fuerza y retrocede unos pasos hacia la derecha)*.
- CARMEN: *(Burlonamente)* Hasta luego, entonces.
- ROCAMORA: *(Deteniéndose antes de salir y queriéndola tentar)* ¡Si viera usted qué encajes más bonitos traigo ahí!... *(Señalando hacia la derecha)*
¡Son una maravilla!
- CARMEN: *(En tono burlón)* Déselos a Pepa.
- ROCAMORA: *(Con pasión y avanzando otra vez)* ¡Carmen!... ¡Carmen!...
- CARMEN: *(Dándose rápidamente vuelta hacia el foro y gritando)* ¡Pepa! ¡Pepa!
- ROCAMORA: ¡No! ¡No! *(Vase bruscamente por la derecha y Carmen queda riendo)*.
Entra por la izquierda doña María seguida de Petrona.
- D^a MARÍA: ¿Qué grito ha sido ése? *(Transición al apercibirse de la risa de Carmen.)* ¡Che!... ¡che!... ¡che!... ¿Te estás riendo sola? *(Mira a los lados)*. ¡Avisá!...
- CARMEN: *(Conteniéndose, pero siempre risueña)* Llamaba a Petrona. *(A Petrona)* Dice Pepa que vayas a ayudarle a sacar las tortas; no

quiere que yo las toque.

Petrona vase por el foro.

D^a MARÍA: *(A Carmen)* ¿Y Linares?

CARMEN: *(Abandonando el aire risueño)* Está en su cuarto.

D^a MARÍA: ¡Pero, hombre!... ¿te aburraste tan pronto?

CARMEN: *(Secamente)* ¿Y qué quiere que hiciera? Se ha puesto a escribir...
(Con imperceptible despecho) ¡Ya sabe que todo el día escribe!
Aparece Morales por la derecha.

MORALES: *(Secamente)* Buenas tardes. *(Se dirige hacia el foro).*

CARMEN: *(Afuera)* Buenas tardes, Morales. *(Sonriendo)* ¿Qué significa ese aire tan grave? ¿Qué le pasa?

MORALES: *(Volviéndose para encararse con doña María)* ¿Y qué significa, señora, ese aumento de dos pesos en el alquiler de la pieza que me ha notificado esta mañana Pepa?

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* ¿Cómo qué significa? ¡Que se le aumentan dos pesos! ¿Y de ahí?...

MORALES: ¡Pero es un aumento ridículo, señora!

D^a MARÍA: *(Con sorna)* Si lo encuentra tan ridículo, le aumentaremos diez. ¿Qué le parece?

MORALES: *(Con tristeza avanzando hacia el foro después de dirigir una mirada a Carmen)* Lo que me parece es que usted abusa contando con que me he de callar. ¡Si así no fuera!... *(Va a salir).*

D^a MARÍA: *(Insinuante)* Vaya, le propongo un trato.

MORALES: *(Deteniéndose)* ¿Qué trato?

D^a MARÍA: En lugar de pagar dos pesos a fin de mes, pague uno adelantado.

MORALES: *(Después de vacilar un momento y haciendo un gesto de fastidio)* ¡Psh!... en definitiva... ¡qué me importa! *(Mete la mano al bolsillo*

y va a sacar dinero).

D^a MARÍA: *(Deteniéndole con un ademán)* No, dáselo a Pepa, no más.
Morales vase por el foro.

CARMEN: *(En tono de reproche, después de salir Morales)* ¿Y por qué ha hecho eso, mamá? ¡Pobre Morales!...

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* Vos, callate. ¿No ves que es para las tortas?...

MANUELA: *(Entrando por la izquierda y muy desconsolada)* ¿Qué rabia! ¡No ha vuelto el morocho!

PETRONA: *(Apareciendo por el foro.)* ¡Ya están las tortas! ¡Riquísimas!...

BARROSO: *(Apareciendo por la derecha y riéndose.)* ¡Aquí estoy yo!

D^a MARÍA, MANUELA Y PETRONA:

(Saliendo a su encuentro.) ¡Barroso! ¡Señor Barroso! ¡Qué suerte!
¡Tanto gusto! *(Apretones de mano).*

Carmen aprovechando la confusión intenta desaparecer por el foro, pero es apercebida por doña María.

D^a MARÍA: *(Imperiosamente)* ¡Carmen!

Carmen se detiene cerca del foro.

BARROSO: *(Adelantándose hacia Carmen)* ¿Cómo está, Carmencita? *(Le da la mano).*

PEPA: *(Entrando por el foro y extendiéndole la mano a Barroso)* Tanto gusto, Barroso. *(A Carmen con malicia)* ¡Ahí está! ¿cómo decías que no había de venir?...

CARMEN: *(En tono de protesta)* ¡Yo no he dicho nada!

D^a MARÍA: *(Interviniendo rápidamente)* ¡Eso es! ¡Disimulá ahora! *(A Barroso)* No la crea. Desde hoy no hace otra cosa que mirar el reloj.

BARROSO: *(Conmovido y acercándose más a Carmen)* Muchas gracias, Carmen, muchas gracias.

CARMEN: *(Impetuosamente)* Pero si yo... *(Con aire resignado se calla al apercebirse de las señas desesperadas que le hace doña María).*

MANUELA: *(Desde lejos)* Aquí, siéntese aquí, Barroso. *(Le prepara una silla).*
Barroso se aproxima y doña María, Pepa y Petrona, rodeándolo, le siguen. Carmen se dirige hacia el otro extremo del escenario.

D^a MARÍA: *(A Barroso, mientras va hacia Manuela)* ¡Dos días sin venir!...
 ¿Qué le había pasado?

BARROSO: *(Riendo)* ¡Los clientes, señora, los clientes me tienen loco!

PEPA: Pero, hombre, hágase negar. ¡No faltaba más!

MANUELA: ¡Es claro! Dígales que no está. *(Mostrándole la silla)* Siéntese.
Obedece Barroso y a un lado se le sienta doña María y al otro va a sentarse Manuela.

PEPA: *(Encarándose con Manuela)* Dejame a mí ahí.

MANUELA: *(Sentándose)* No quiero.

PEPA: *(Sulfurándose)* ¡Te digo que me dejés!

D^a MARÍA: *(Con tono de reproche)* ¡Pepa!

PEPA: *(Reaccionando y poniéndose a reír)* Bueno... bueno... No quiero enojarme. *(Va a sentarse en otro sitio)*

D^a MARÍA: *(Levantándose de su silla al notar que Carmen ha ido a sentarse al otro extremo)* Carmen, sentate acá. *(Se aproxima a Carmen y ésta parece que quiere resistirse, pero ante la mirada amenazadora de doña María, obedece y cambia de asiento con ella).*

PEPA: *(Iniciando la conversación)* ¡Pues lo hemos extrañado mucho!

BARROSO: *(Riendo)* Muchas gracias.

MANUELA: *(Señalándose un diente)* Va a tener que arreglarme este diente.

BARROSO: *(Riendo)* ¡Cuando quiera!

PETRONA: *(Apresuradamente)* Y a mí, Barroso.

BARROSO: *(Riendo)* ¡Cómo no!

PEPA: Mi emplomadura se me ha aflojado.

D^a MARÍA: *(Agriamente)* ¡Ah!... eso quería decirle. La mía también... ¿sabe?

(En tono de reconvención) ¡Parece mentira, hombre! ¡Después de darle a una tanto trabajo!...

BARROSO: *(Riendo)* ¡Qué le vamos a hacer! *(A Carmen)* ¿Y usted, Carmencita?

CARMEN: Yo no necesito nada.

BARROSO: *(Compungido)* ¡Qué lástima!

CARMEN: *(Riendo)* Muchas gracias.

BARROSO: *(Confundido)* No, si digo no más...

D^a MARÍA: *(Haciendo como que contiene la risa)* ¿Lástima, dice? ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡Qué Barroso éste!... ¡siempre tan gracioso!...

BARROSO: *(Cada vez más confundido)* ¿Yo? No, señora. Si es que...

D^a MARÍA: *(Apresuradamente)* ¡Cállese, buena pieza! ¡Si ya sabemos lo pícaro que es usted!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!...

Pepa, Manuela y Petrona acompañan en las risas a doña María hasta que Barroso toma el partido de reírse también, festejándose ruidosamente las buenas ocurrencias del dentista.

(Cesando de reír bruscamente y con tono imperativo) Pepa, andá a preparar el mate. *(A Manuela, mientras Pepa vase por el foro)* Y vos traeme un pañuelo. *(A Petrona, mientras Manuela vase por la izquierda)* Decile a la cocinera si se acordó de lo que le dije. *(A Barroso, mientras Petrona vase por el foro)* Con permiso, ya vuelvo. *(Vase majestuosamente por el foro).*

BARROSO: *(A Carmen, después de quedarse solos y poniendo los ojos en blanco)*
 ¡Carmen! *(Carmen no contesta.)* ¡Carmencita!

CARMEN: *(Con abatimiento)* ¿Qué?

BARROSO: ¡Yo la amo, Carmen!

CARMEN: *(Con suavidad)* Y ya le he dicho que yo no, Barroso. ¿Por qué insiste? ¡Dése cuenta!... ¿Qué saca con insistir?

BARROSO: *(Afligido)* ¡Pero es preciso!... Ya ve, su mamá quiere, sus

hermanitas quieren, yo también quiero...

CARMEN: *(Con una leve sonrisa)* ¡Pero yo no!

BARROSO: *(Confuso)* Y entonces, ¿cómo hacemos?

CARMEN: *(Riendo)* ¡Qué sé yo!

BARROSO: *(Después de un momento de silencio y tomándole bruscamente una mano)* ¡Es que yo la amo! ¡La amo!

CARMEN: *(Poniéndose violentamente de pie)* ¡No sea zonzol! ¿Eh?...

BARROSO: *(Afligido y poniéndose de pie también)* ¿La he ofendido?
Carmen parece que va a decir algo pero se contiene
Si la he ofendido, perdóneme; pero yo...

CARMEN: *(Apaciguándose y resignada)* Bueno... basta. *(Se sienta)* Siéntese.

BARROSO: *(Sentándose a su vez y después de un instante de silencio)* ¡Porque yo la amo!

Carmen lo mira y no puede menos de sonreír ligeramente.

¡Se ríe!... ¡se ríe!... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... *(Dándole un golpecito sobre el hombro)* ¡Así me gusta! ¡ja!... ¡ja!...

CARMEN: *(Indignada y poniéndose bruscamente de pie)* ¡Le he dicho que no me toque!

BARROSO: *(Afligido y poniéndose de pie a su vez)* ¿La he ofendido?...

CARMEN: *(Con rabia)* ¡Imbécil! *(Con repentina resolución corre hacia el foro y asomándose por él)* ¡Mamá! ¡Mamá!

BARROSO: *(Suplicante y aproximándose)* Pero escuche, Carmen, ¡escuche!...

CARMEN: *(Sin atenderlo y a gritos)* ¡Mamá! *(Con voz vibrante de ira, a doña María que aparece por el foro)* ¡Quédese usted si quiere! ¡porque yo me voy! *(Desapareciendo violentamente por la izquierda).*

D^a MARÍA: *(A Barroso después de presenciar sorprendida la salida de Carmen)*
¿Qué ha pasado?

BARROSO: *(Confundido)* Yo no sé; yo no le he hecho nada... ¡no le he hecho nada! *(Se besa los dedos en cruz).*

D^a MARÍA: *(Con calma)* Sí, hombre, sí... Usted no necesita jurar, siéntese...
Se sientan ambos.

MANUELA: *(Entrando por la izquierda, y a Barroso mientras entrega a doña María un pañuelo que trae en la mano)* Ahí acaban de salir de su casa dos señoras, muy paquetas. Las vi desde el balcón...

BARROSO: *(Riendo)* Sí, las clientas, ¡me tienen loco!...

D^a MARÍA: *(A Manuela, después de haber mirado con curiosidad el pañuelo)* ¿Y para qué me das esto?

MANUELA: *(En tono de reproche)* Pero, mamá, el pañuelo que me pidió...

D^a MARÍA: *(Dándose cuenta)* ¡Ah!... ¡es cierto!... *(Se suena gravemente la nariz).*
Entra Pepa por el foro.

PEPA: Barroso, la cocinera tiene dolor de muelas ¿tendría inconveniente en verla?

BARROSO: *(Poniéndose de pie y riendo)* Con mucho gusto.

PEPA: *(A Manuela)* Acompaña a Barroso, Manuela.

MANUELA: *(A Barroso)* ¿Vamos?...

Manuela y Barroso desaparecen por el foro.

PEPA: *(Apresuradamente a doña María)* Ahora no más viene Rocamora. ¡Voy a vestirme ligero! *(Vase por la izquierda).*

D^a MARÍA: *(Gritándole)* ¡Decile a Carmen que venga! *(Oyendo golpear las manos hacia la derecha, en alta voz)* ¿Quién es? *(Después de un momento de espera, viendo que no contestan, se dirige hacia la derecha y se asoma por ella).* ¿Qué se le ofrece? *(Impaciente)* ¿Qué se le frunce, hombre? *(Vase por la derecha haciendo un gesto de fastidio y al cabo de un instante entra leyendo un papel que trae en la mano)*
La demanda del almacenero *(Desdeñosamente)* ¡Bah! *(Hace una pelota con el papel y la tira en un rincón).*

Aparece Linares por el fondo.

LINARES: *(Con cierta nerviosidad)* ¿Y Carmen, señora? *(Mira a los lados como buscándola)*.

D^a MARÍA: *(Muy amable)* Ahí está, ¿qué necesita?

LINARES: *(Vacilando)* Es para pedirle que me haga unas copias. ¿Quiere hacerme el favor de decirle que cuando se desocupe venga un momento por mi cuarto?

D^a MARÍA: ¡Cómo no! *(Gritando hacia la izquierda)* ¡Carmen! *(Después a Linares)* ¿Y mi asunto, señor Linares? ¿Cómo va?

LINARES: *(Distraídamente)* Esta semana quedará despachado.

D^a MARÍA: *(Muy gozosa)* ¿De veras?... ¡Oh, cuánto se lo vamos a agradecer! No se imagina todo lo que se lo vamos a...

LINARES: *(Que está preocupado y no parece haberla oído siquiera)* ¿Ese que está adentro es el dentista, no?

D^a MARÍA: Sí, Barroso... ¿por qué?

LINARES: *(Nerviosamente)* ¿Hace mucho que vino?

D^a MARÍA: No, recién llega. *(Apresuradamente)* ¿Qué?... ¿precisa algo? Es muy buen amigo y no hay más que decírselo... *(Hace ademán de arrancar un diente)*.

LINARES: No, gracias. *(Transición)*. Le ruego que no se olvide de prevenirle a Carmen que la espero ¿eh?...

D^a MARÍA: ¡Oh! enseguida. *(Asomándose por la izquierda mientras Linares vase por el foro)* ¡Carmen! ¡El señor Linares pregunta por vos!
Aparece Carmen por la izquierda.

CARMEN: ¿Dónde está Linares? *(Lo busca con la mirada mientras doña María la contempla con visible irritación)*.

D^a MARÍA: *(Con furor contenido)* ¿Por qué no venías? *(Con creciente irritación ante el silencio de Carmen)* ¡Te prevengo que me estás

quemando la sangre! *(Sacudiéndole el brazo)* ¿Qué es lo que te has creído vos?

CARMEN: *(Con energía, separándose de ella, bruscamente)* ¡Déjeme! *(Mirándola de frente)* ¡Ya le he dicho que no quiero que me ponga las manos encima!

D^a MARÍA: *(Con furor reconcentrado)* ¡Carmen! ¡Carmen!...

CARMEN: *(Con resolución y mirándola de frente)* ¡Y sépalo de una vez por todas! ¡Esto se acabó!... ¡se acabó para siempre!

D^a MARÍA: *(Con estupor)* ¿Qué?

CARMEN: *(Con resolución)* ¡Que ya no soporto más!

D^a MARÍA: *(Exasperada)* ¡Es a tu madre!... ¡es a tu madre! ¡bandida!... ¡a la que estás hablando! *(Levanta el brazo amenazándola)*.

CARMEN: *(Echándose para atrás, con la mirada extraviada y en la mayor exaltación)* ¡Cuidado!... mamá. ¡Cuidado!

Doña María se detiene con el brazo levantado y va después bajándolo con lentitud mientras ambas se miran fijamente y en silencio, hasta que llega a descansar la mano sobre la cabeza y se retira unos pasos con afectado estupor, en tanto que Carmen continúa con acento reconcentrado

¡No porque sea usted mi madre, tiene derecho de hacer lo que está haciendo!

D^a MARÍA: *(Volviéndose bruscamente hacia Carmen)* ¿Quién te ha enseñado eso?... ¿de dónde has sacado eso?

CARMEN: *(Levantando las manos hacia el óleo del capitán y con acento lleno de angustia)* ¡Padre!... ¡padre!... ¿por qué te has muerto? *(Se deja caer sobre una silla y rompe en sollozos ocultándose la cara)*.

D^a MARÍA: *(Con irritación)* ¡Si tu padre viviera no me estarías faltando el respeto!

CARMEN: *(Levantando la cabeza y con profunda amargura)* ¡Si mi padre viviera!... ¡Si pudiera darse cuenta!... ¡toda una vida honrada,

llena de privaciones, llena de sacrificios! ¿para qué?... ¡Señor!... ¿para qué?... (Llora desconsoladamente, mientras doña María visiblemente desconcertada no sabe qué partido tomar).

D^a MARÍA: (Por decir algo) Por eso en la casa de tu padre había hambre...

CARMEN: (Irguiéndose) ¡Sí!, ¡pero había también vergüenza!

D^a MARÍA: (Tomando su partido) ¡Ay!... ¡ay!... ¡me vas a matar!... (Se deja caer sobre una silla) ¡Me muero!... ¡me muero!... (Simula una convulsión).

CARMEN: (Poniéndose de pie con toda calma y secándose las lágrimas con el pañuelo) No se desmaye, mamá, porque es inútil. (Se retira unos pasos).

D^a MARÍA: (Levantándose bruscamente) ¡Ah! ¡canalla! (Avanza furiosa hacia ella) ¡Conque es inútil! (Carmen la mira serenamente y doña María se contiene de nuevo).

CARMEN: (Con firmeza) Usted no quiere creerme; pero le repito que esto se acabó, se acabó para siempre. (Con resolución) Ahora mismo voy a echar a la calle a ese imbécil... (Señala hacia el foro).

D^a MARÍA: (Azorada) ¿Vos?... ¿vos?...
Se oyen las voces de Barroso, Manuela, Petrona y Morales que se aproximan hacia el foro.

CARMEN: Sí, yo, ¡ahora lo verá usted! (En actitud de desafío, mira hacia el foro con aire resuelto).

D^a MARÍA: (Exasperada) ¡Carmen! ¡Cuidado con lo que hacés!
Las voces se acercan.

CARMEN: (Con resolución) ¡Hago lo que debo!

D^a MARÍA: (Amenazadora, aproximándose) ¡Carmen!
Aparecen por el foro Barroso, Manuela, Petrona y Morales conversando y riendo todos a la vez. Carmen, en actitud de decir algo, avanza hacia ellos y en ese instante Doña María adelantándose se precipita sobre Barroso, hablando muy ligero.

Bueno... bueno... ¿cómo no! Sí, ¡hasta mañana! (Empuja suavemente a Barroso hacia la derecha y éste, sorprendido, se deja llevar).

MANUELA Y PETRONA:

(Después de apercibirse de la actitud de Carmen y dándose cuenta de que algo grave sucede, ayudando a doña María) ¡Hasta mañana, Barroso! Hasta mañana. Lo esperamos. Hasta mañana.

Van conduciéndolo suavemente hasta hacerlo desaparecer por la derecha y en tanto que una de ellas le entrega el sombrero, mientras Morales queda en el foro observando a Carmen que, en actitud de desafío, presencia la escena.

MANUELA: (Después de salir Barroso y mirando alternativamente a doña María y a Carmen) ¿Qué hay?, ¿qué ha sucedido?

Doña María sin contestar se dirige resueltamente hacia Carmen, que ha continuado inmóvil en el mismo sitio, y en el momento en que, presa del mayor furor, va a decirle algo, aparece Linares por el foro.

LINARES: (Desde el foro y en alta voz a Carmen) Carmen, haga el favor un momento, ¿quiere?

CARMEN: ¡Cómo no! (Se dirige hacia el foro).

D^a MARÍA: (Mientras Carmen desaparece por el foro, sonriendo y con mucha melosidad para que la oiga Linares) Andá, andá. ¡Desde hoy se lo estoy diciendo!

Morales después de ver salir a Carmen y a Linares se dirige hacia el foro con la manifiesta intención de salir también.

(Rápidamente a Morales) ¡Morales!

MORALES: (Sin detenerse) Ya vuelvo. (Desaparece por el foro).

D^a MARÍA: (Gritando) ¡Oiga! (Viendo que no vuelve, a Petrona) Corré, llámalo.

Petrona sale apresuradamente por el foro y se la oye gritar llamando a Morales.

MANUELA: (Acercándose con curiosidad a doña María) ¿Qué hubo, mamá?

Doña María no contesta.

PETRONA: *(Volviendo a entrar por el foro)* ¡No me ha hecho caso!... ¡Se fue!

Golpean las manos a la derecha y aparece Castro, en tanto que Petrona se lleva con espanto las manos a la cabeza al ver al cobrador.

CASTRO: *(Secamente)* Buenas tardes.

D^a MARÍA: *(Al ver a Castro)* ¡Hola!... ¡tanto gusto! *(Rápidamente a Manuela)* Decile a Carmen que venga.

Manuela vase corriendo por el foro.

CASTRO: *(Secamente)* Le vengo a avisar que mañana presento la demanda.

D^a MARÍA: *(Haciéndose la sorprendida)* ¿La demanda? ¿Pero está usted en su juicio? ¿Por qué?

CASTRO: *(Con brusquedad)* Porque no me paga. ¡Me parece suficiente razón!

D^a MARÍA: ¡Pero, hombre de Dios!... ¿y no se le pagó?

CASTRO: Sí, un mes, y se me debían tres... ¡y con este cuatro!

D^a MARÍA: *(Rápidamente a Petrona, que después sale corriendo por el foro)* ¡Que se apure! *(A Castro)* Pues así como se le pagó uno, se le pagarán los demás. *(Señalándole una silla)* Siéntese hombre, siéntese.

CASTRO: *(Secamente)* No, no me siento. Adiós. *(Hace ademán de irse).*

D^a MARÍA: *(Con aflicción)* ¡Castro! ¡Castro! ¿Es posible, Castro?

CASTRO: Es inútil, señora; queda usted notificada.

Manuela llega corriendo hasta el foro y de allí, disimulando, se adelanta con paso natural

D^a MARÍA: *(Al ver que Castro se va)* ¡Pero, Castro! ¡Un hombre como usted!... ¡siempre tan bueno y complaciente!

Castro, sin darse por entendido, desaparece por la derecha.

MANUELA: *(Rápidamente a doña María)* ¡No quiere venir!

D^a MARÍA: *(Suspirando y precipitándose hacia la derecha)* Bueno, escuche, Castro; le voy a pagar, venga. *(Asoma la cabeza al exterior).* Entre.

CASTRO: *(Volviéndose receloso)* ¿Me va a pagar?

D^a MARÍA: Sí, escuche... *(Mientras Castro adelanta un paso, a Manuela, con voz angustiada)* ¡Decile que por favor!

Manuela vase apresurada por el foro.

CASTRO: *(Desconfiado)* ¿Los cuatro meses?

D^a MARÍA: *(Insinuante y para ganar tiempo)* Sí, sí, los cuatro meses y hasta otros cuatro adelantados, si usted quiere...

CASTRO: *(Receloso y moviendo la cabeza)* Señora... señora...

Entra Petrona por el foro.

D^a MARÍA: *(Indignada)* ¡Vaya una desconfianza, hombre!... ¿qué es lo que se ha creído? ¿Con quién cree usted que está hablando?

PETRONA: *(Rápidamente a doña María)* ¡Es inútil! ¡No quiere!

D^a MARÍA: *(Con altivez)* ¡Soy la viuda del capitán Barranco, que era todo un caballero!... *(Señalando el cuadro)* ¡Ahí están sus medallas!...

CASTRO: *(Con sorna)* Y aquí están los recibos... *(Le presenta los recibos y doña María los toma).*

Entra Manuela por el foro y mirando a doña María le hace con disimulo señas de que Carmen no viene.

D^a MARÍA: *(A Castro, con dignidad, mientras le devuelve tranquilamente los recibos)* Le repito que se los voy a pagar. Vuelva el lunes que viene.

CASTRO: *(Con indignación tomando los recibos)* ¡Ya verá qué lunes le voy a dar mañana! *(Vase bruscamente por la derecha).*

D^a MARÍA: *(Persiguiéndolo)* ¡Castro! ¡Castro! *(Volviéndose rabiosa al ver que Castro no le hace caso y se va)* ¿Dónde está esa canalla?

PETRONA: Está con Linares y Morales.

MANUELA: *(Intrigando)* Y mire, mamá: es Linares el que la aconseja. Estoy

segura que él no la dejaba venir...

D^a MARÍA: *(Con furor)* ¡Ah! ¿sí? ¿Linares?... *(Con aire amenazador se dirige hacia el foro; pero, de pronto, se detiene, vuelve y habla con voz natural)* ¿Cuándo dijo Linares que se reunía la Cámara?

MANUELA: Pasado mañana me parece.

D^a MARÍA: *(Con calma)* Bueno, vamos a contar la ropa para la lavandera. *Las tres se dirigen hacia la izquierda.*

MANUELA: ¡Ah! mamá, dijo la mujer que no la llevara más.

D^a MARÍA: *(Con despreocupación)* Buscaremos otra. *En ese momento golpean las manos hacia la derecha y las tres se detienen. Aparece por la derecha Jenaro.*

JENARO: Dice el señor Barroso que se ha olvidado el bastón y los guantes.

D^a MARÍA: ¿El bastón y los guantes? *(Mira alrededor como buscándolos)* ¿Pero dónde tendrá la cabeza ese hombre? A ver, a ver, Manuela, buscalos.

MANUELA: *(Señalando un sitio)* Allí está el bastón. *(Se adelanta a tomarlo)* Y los guantes... los guantes... *(Mira a todos lados como buscándolos).*

D^a MARÍA: *(Apresuradamente a Jenaro)* Bueno... bueno... Llévale el bastón y decíle que aquí no hay ningún guante; que no debe haberlos traído...

Manuela entrega a Jenaro el bastón.

PETRONA: *(Mirando hacia un punto)* Allí, me parece.... *(Quiere correr hacia el sitio).*

D^a MARÍA: *(Reteniéndola de la muñeca, mientras con toda indiferencia habla a Jenaro)* ...que los hemos buscado por todas partes y que no están.

Jenaro vase por la derecha llevando el bastón.

PETRONA: *(Que mientras Jenaro salía se ha acercado a examinar el sitio que señaló antes)* ¡No son!

D^a MARÍA: *(Con naturalidad)* Bueno, si se encuentran les servirán para no estropearse las manos cuando barran.

Aparece por la izquierda Pepa luciendo el batón que le regaló Rocamora en el final del segundo acto, y que debe ser un poco llamativo, pero sin exageración.

PEPA: *(A Manuela)* Te prevengo que está el morocho en la esquina. *(A doña María, riendo mientras Manuela vase corriendo por la izquierda)* Salí al balcón para hacer rabiar a la hija del relojero. *(Se arregla unos pliegues del batón).*

D^a MARÍA: *(En tono de reproche)* ¡Dejate de pavadas! ¿Eh?... ¡Mirá que el reloj del comedor ya anda atrasando!...

PEPA: *(Riendo)* ¡Se ha puesto la batita verde! ¡Si viera!... ¡parece una cotorra! *(A Petrona, aludiendo al batón que tiene puesto)* ¿Qué tal me queda de lado?

PETRONA: *(Contemplándola admirada)* ¡Lindísimo, che!

Aparece por el foro Carmen seguida de Linares y Morales. Doña María se limita a dirigir una furibunda mirada a Carmen y ésta sin darse por aludida se coloca hacia la derecha, junto al foro, donde se pone a conversar aparte con Morales.

LINARES: *(Adelantándose hacia doña María y después de contemplar sonriendo a Pepa)* Presénteme a esta señorita... *(Doña María sonríe a su vez).*

PEPA: *(Encantada)* ¡Jesús! ¿Y no me lo ve todas las tardes?... *(Se mira el batón).* ¡No sé qué tiene de particular!

LINARES: *(Con cómica sorpresa)* ¡Ah!... ¿es usted? No la había conocido. *(Ríe).*

D^a MARÍA: *(Con intención)* ¿Y las copias, Linares?

LINARES: Ya se las encargué a Carmen. *(Dando vuelta la cabeza)* ¡Carmen! *Carmen interrumpe su conversación con Morales para escuchar a Linares.*

No se vaya a olvidar de las copias, ¿eh?...

CARMEN: Esta noche las hago. *(Inmediatamente continúa su conversación con Morales).*

Doña María va a sentarse aislada hacia la izquierda, primer término, y queda pronto silenciosa y pensativa. Linares, Pepa y Petrona forman grupo aparte, al centro.

MANUELA: *(Entrando por la izquierda, a Pepa y en tono de reproche)*
¡Mentirosa!

PEPA: ¡Se habrá ido! Ahí estaba...

LINARES: *(Sonriendo, a Manuela)* ¿Qué le pasa?

MANUELA: *(Muy zalamera)* A usted tengo que pedirle un servicio.

LINARES: Con mucho gusto.

MANUELA: Usted tiene tantos amigos, ¿quiere averiguarme cómo se llama el morocho?

LINARES: ¿Qué morocho?

MANUELA: ¡Pero, hombre! Mi simpatía...

LINARES: ¡No sé quién es!

MANUELA: Era un amigo del rubio flaco, ¿se acuerda? Pasaban juntos... Después el rubio se fue y quedó él.

PEPA: *(Riendo)* ¿Y cómo querés que sepa si no lo conoce?

MANUELA: Pues por eso, que averigüe. *(Sigue hablando en voz baja)*.

D^a MARÍA: *(Desde lejos y con voz apagada)* ¡Petrona!

Petrona abandona el grupo de Linares, Pepa y Manuela y se acerca a doña María

A ver, pues, no estés de haragana. Ahí encima de mi cama hay unas costuras. Traelas.

PETRONA: *(Suplicante)* ¡Ahora después! ¡Déjeme otro ratito!

D^a MARÍA: *(Imperativa y recobrando otra vez sus bríos)* ¡Le digo que vaya! ¿Se ha figurado que va a estar de florcita? ¡Aquí todo el mundo trabaja! *(Mientras Petrona sin responder vase por la izquierda, en tono de nuevo apagado, a Linares)* ¡Linares!

LINARES: *(Interrumpiendo su conversación con Pepa y Manuela, pero sin moverse de su sitio)* Señora...

D^a MARÍA: *(En igual forma)* Venga un momento.

Linares, antes de separarse de Pepa y Manuela, dirige una mirada de extrañeza al grupo de Carmen y Morales, que continúan conversando aparte. Cuando Linares da vuelta para acercarse a doña María, Manuela le hace por la espalda una mueca y le saca la lengua.

D^a MARÍA: *(Amablemente a Linares)* Siéntese.

MANUELA: *(A Pepa, mientras Linares va a tomar una silla)* ¡Le tengo una rabia! ¡Ojalá que se muriera! *(Señala a Linares)*.

PEPA: *(Riendo)* ¿Por qué?

MANUELA: ¡De gusto no más!

PEPA: *(Riendo)* ¡No seas tilinga! Vení, ayudame.

Se sientan junto al foro en el rincón de la izquierda, preparándose a un trabajo de labor que saca Pepa de los bolsillos del batón.

D^a MARÍA: *(A Linares, en tono confidencial)* Después que me haga despachar el aumento de la pensión tengo otro favor que pedirle.

LINARES: Si depende de mí... *(Dirige una mirada al grupo de Carmen y Morales)*.

D^a MARÍA: Es para una amiga mía, una excelente mujer que está en la miseria...

LINARES: ¿Y yo qué puedo hacer? *(Impaciente, mirando a Carmen y a Morales, pero tratando de sonreír y consultando el reloj)* ¡Pero, amigo Morales!... Usted ya ha perdido la clase, ¿sabe qué hora es?

MORALES: *(Interrumpiendo apenas su conversación con Carmen para contestar)* Ya me voy. *(Sigue conversando)*.

D^a MARÍA: *(Insistiendo)* ¡Cómo que va a hacer! Con sus relaciones en la Cámara...

LINARES: *(Sonriendo)* ¿Qué? ¿Otra pensión?

D^a MARÍA: Naturalmente...
Linares vuelve a mirar a Carmen y a Morales
Es hija de un compañero del ilustre general... del general...
(Como si tratara de recordar) ¿cómo es que se llamaba?...
Espérese. *(Después de un momento desistiendo)* ¡Vaya! ¡No me acuerdo! Pero, era una gran cosa. ¡De lo mejor!

LINARES: *(Que comienza a demostrar cierta nerviosidad, mirando de cuando en cuando a Carmen y a Morales)* No, señora, es imposible.

D^a MARÍA: Pero si hizo toda la campaña del Paraguay... ¡y hasta fue herido!

LINARES: ¿Quién?

D^a MARÍA: El general.

LINARES: *(Con fastidio)* ¿Y qué tiene que ver, señora?

D^a MARÍA: Es que además de compadres, eran íntimos, y el general no ha dejado hijos ni nada...
Linares hace un movimiento de hombros sin contestar, mientras observa a Morales y a Carmen.

PETRONA: *(Entrando por la izquierda, a Manuela)* Ahí está el morocho en la esquina.
Manuela vase corriendo por la izquierda y Petrona ocupa su asiento.

D^a MARÍA: *(A Linares, decepcionada)* Entonces, ¿no se puede?

LINARES: *(Distraídamente y mirando a Carmen y a Morales)* No, señora, no. *(Con un principio de irritación en la voz).* ¡Carmen!
Carmen interrumpe su conversación con Morales.
¿Cuándo va a hacer las copias?

CARMEN: *(Con naturalidad)* Pensaba hacerlas esta noche; pero si las quiere antes...

LINARES: Sí, ¿sabe?... Porque son de apuro... Discúlpeme.

CARMEN: Bueno... bueno. Entonces enseguida las haré. *(Sigue conversando con Morales).*
Entra Manuela por la izquierda y se acerca a Petrona.

MANUELA: *(Decepcionada a Petrona)* ¿Para qué mentís? Es el amigo, el del pajizo... *(Se sienta con Petrona y Pepa).*

D^a MARÍA: *(Volviendo a la carga, a Linares)* Pues le prevengo que se le podría sacar bastante, porque está en muy buena posición...

LINARES: *(Después de dirigir una mirada de irritación hacia Carmen y Morales)* ¿Quién?

D^a MARÍA: La persona de quien le hablo.

LINARES: *(Impaciente)* Pero, ¿no dice que estaba en la miseria?

D^a MARÍA: *(Con calma)* ¡Ah!, ¡bueno, pero no tanto!...

LINARES: *(Nervioso)* No, señora, yo no puedo. ¡No soy corredor de pensiones! *(Se pone de pie).*

MANUELA: *(A Linares, desde su asiento y muy zalamera)* ¿Quiere un mate?

LINARES: Bueno.

MANUELA: *(Levantándose)* Se lo voy a cebar yo. ¡No quiero que se lo cebe nadie sino yo!

LINARES: *(Tratando de sonreír)* Muchas gracias. *(Demostrando mucha nerviosidad dase vuelta para mirar de nuevo a Carmen y a Morales y al volver la espalda a Manuela, ésta le saca la lengua y vase por el foro después).*

D^a MARÍA: *(Con voz apagada)* Vení, Pepa.
Pepa se levanta y se aproxima a doña María, mientras Linares, como si tomara de pronto una resolución, se acerca a Petrona y se sienta bruscamente enfrente de ella en el asiento que deja Pepa y dando la espalda al grupo de Carmen y Morales, aparentando después iniciar conversación con Petrona.

- PEPA: *(A doña María)* ¿Qué quiere?
- D^a MARÍA: *(En tono confidencial)* Es bueno que cuando venga Rocamora le echés unas indirectas a propósito del mantel. Mirá que el que hay ya no se puede poner...
- En ese momento Petrona se ríe fuerte de algo que le dice Linares y Carmen con naturalidad da vuelta la cabeza para mirarlos; los ve juntos y vuelve después a seguir la conversación con Morales.*
- PEPA: *(A doña María)* El otro día se lo insinué; pero no me entendió.
- D^a MARÍA: ¡No se lo harías comprender claro! *(Tiene de pronto un estremecimiento)*.
- PEPA: ¿Qué es eso?
- D^a MARÍA: No sé, una especie de escalofrío. ¿Cómo es que dicen? *(Sonriendo, pero con cierta tristeza en la voz)* ¡Ah! ¡sí!... ¡Deben haber pasado por encima del sitio donde me van a enterrar!
- PEPA: *(Riendo)* ¿Qué ocurrencia! *(Se dirige a salir por izquierda)*.
- En este momento Petrona se ríe con más fuerza que antes y Carmen -ahora nerviosamente-, vuelve a dar vuelta la cabeza y, después de observarlos un instante, sigue de nuevo su conversación con Morales, pero sin disimular cierta preocupación.*
- D^a MARÍA: *(A Pepa)* ¿Qué vas a hacer?
- PEPA: Me tiene nerviosa la tardanza de Rocamora. Voy un rato al balcón.
- D^a MARÍA: *(Bruscamente)* ¿Qué ruido es ése? ¿Has oído?
- PEPA: *(Deteniéndose y señalando los cuadros)* Es uno de esos cuadros. Hace tiempo que están sonando, y el día menos pensado se van a venir al suelo.
- CARMEN: *(Aprovechando el pretexto para interrumpir la conversación con Morales y adelantándose hacia doña María)* ¡Ah! ¡sí! Hay que cambiarles las cuerdas. Hace mucho que se lo quería

advertir... *(Mira con extrañeza a Linares y a Petrona que no se dan por apercibidos de nada, pareciendo muy entretenida esta última en escuchar a Linares)*.

- D^a MARÍA: Bueno, veremos...
- MORALES: *(Mirando el reloj)* ¡Qué barbaridad! ¡Las tres! *(Vase precipitadamente por la derecha y Pepa por la izquierda)*.
- CARMEN: *(Acercándose a cierta distancia de Linares y tratando de sonreír)* Entonces... ¿voy a hacer las copias?
- LINARES: *(Interrumpiendo apenas su conversación con Petrona y aparentando indiferencia)* Bueno.
- Carmen, sorprendida, los observa un instante y después, sin decir nada, se dirige hacia la izquierda por donde parece que va a salir, pero de pronto se detiene como si no se resolviera a hacerlo y en momentos en que Manuela entra con el mate y se dirige a Linares, ella va lentamente a asomarse por la puerta de la derecha.*
- MANUELA: *(Entregando el mate a Linares)* A ver qué le parece...
- LINARES: *(Después de chupar el mate)* Riquísimo.
- D^a MARÍA: *(A Carmen, que vuelve a asomarse por la puerta de la derecha)* ¿Qué hay?
- CARMEN: *(Secamente)* Nada, me pareció que llamaban.
- LINARES: *(Entregando el mate a Manuela, que después vase por el foro)* Gracias. *(Sigue su conversación con Petrona)*.
- D^a MARÍA: *(A Carmen, pasándose la mano por la frente)* ¿Qué raro!... ¡pues al mirar la puerta, yo también hubiera jurado que había visto entrar a alguien!
- CARMEN: *(Vacilando, a Linares desde lejos)* Hay que copiar de un solo lado del papel, ¿no?
- LINARES: *(Con indiferencia)* Sí, de un solo lado. *(Sigue conversando con Petrona)*.

Carmen parece que va a decir algo, pero se calla.

- D^a MARÍA: *(A Carmen)* En el cuarto de Pepa tenés tinta.
En ese momento Linares y Petrona ríen con fuerza y Carmen bruscamente, sin mirarlos, vase por la izquierda.
(Dándose vuelta para mirar a Linares y a Petrona) ¡Caramba!...
¡Qué alegres están ustedes!
- LINARES: *(Sonriendo)* ¡Es que a Petrona de todo le da risa!
Entra Manuela por el foro con el mate y se dirige a doña María.
- D^a MARÍA: *(Suspirando)* ¡Pues a mí no sé lo qué me ha entrado!... De golpe me he puesto así, sin saber por qué... *(Demuestra abatimiento).*
Linares y Petrona siguen conversando.
- MANUELA: *(Ofreciendo el mate a doña María)* ¿Quiere?
Doña María lo toma.
¿Qué dice que tiene?
- D^a MARÍA: Nada, hija, estoy un poco cansada. *(Chupa el mate).*
- PETRONA: *(A Linares, riendo)* ¿Y quién era el que entró?
- LINARES: El amor.
- PETRONA: *(Con mucho interés)* ¿Y el gigante qué hizo?
- LINARES: Tiró las botas y se quedó dormido.
Petrona ríe con fuerza y la conversación continúa.
- D^a MARÍA: *(Devolviendo el mate a Manuela)* ¡Tomá, hombre! ¡Es pura yerba!
Manuela vase por el foro en tanto que Carmen entra bruscamente por la izquierda, se cerciora con una rápida mirada de que Petrona y Linares continúan juntos y aparenta después buscar algo mirando a los lados.
(Suavemente) ¿Qué querés?
- CARMEN: Nada; creí que había dejado la... *(Termina la frase entre dientes y se dirige hacia la izquierda, por donde vuelve a desaparecer).*

- D^a MARÍA: *(Con extrañeza y junto con la salida de Carmen)* ¿Qué?...
- LINARES: *(A doña María, aparentando indiferencia)* ¿Qué dice Carmen que le ha pasado?
- D^a MARÍA: ¡No le entendí! *(Haciendo un brusco movimiento)* Pero... ¿han oído?
- LINARES: ¿Qué?
- D^a MARÍA: *(Mirando a los cuadros)* Siguen crujiendo los cuadros.
- LINARES: No, señora, son ilusiones tuyas.
- D^a MARÍA: *(Mirando con un poco de temor al óleo del capitán)* ¡No, si hacen ruido!
- PETRONA: *(A Linares, impaciente)* ¿Y después... ¿después?...
Entra Manuela por el foro y se acerca a Linares con un mate.
- LINARES: *(A Petrona)* Después vino la princesa...
Toma el mate de manos de Manuela y sigue conversando con Petrona, mientras Manuela se adelanta hacia doña María.
- MANUELA: *(A doña María)* La llama la cocinera.
Entra Carmen por la izquierda y se acerca resueltamente a Linares trayendo unos papeles en la mano.
- D^a MARÍA: *(A Manuela)* Bueno, ahora iré.
- CARMEN: *(Bruscamente a Linares)* Hay aquí unas palabras que no entiendo...
- LINARES: Déjelas en blanco. *(Va a seguir su conversación con Petrona).*
- CARMEN: *(Con voz alterada)* ¿Cómo en blanco?
- LINARES: *(Con tranquilidad y sin mirarla)* Sí, yo después las pondré.
- CARMEN: *(Extendiéndole violentamente los papeles a Linares)* En esa forma... discúlpeme; ¡pero yo no puedo hacerle sus copias!
Linares sonriendo toma los papeles y se levanta, entregando al mismo tiempo el mate a Manuela, mientras Carmen se separa bruscamente del sitio y se dirige hacia la derecha, primer término,

donde queda inmóvil y de pie. En momentos en que Manuela le toma el mate a Linares, se asoma Pepa por la izquierda.

- PEPA: *(Muy apurada)* ¡Manuela! ¡Manuela! ¡Ahí está! *(Desaparece)*.
- MANUELA: *(Haciendo porque tome nuevamente el mate Linares)* ¡Tenga!, ¡tenga!, ¡tenga, hombre! *(Le abandona el mate y vase corriendo por la izquierda)*.
- D^a MARÍA: *(Con calma y poniéndose de pie)* ¡Ah! ¡trastornadas!... Petrona, llevá ese mate para adentro.
Mientras Petrona vase por el foro
Voy a ver qué quiere la cocinera. *(Vase lentamente por el foro y con cierto abatimiento que no le es habitual)*.
Durante un instante Linares y Carmen conservan sus posiciones y guardan silencio. Linares contempla a Carmen que no lo mira, observando una actitud altanera.
- LINARES: *(Adelantándose hacia ella)* Carmen, ¿se ha fastidiado?
- CARMEN: *(Con altivez)* ¿Por qué?
Linares la contempla un momento.
- LINARES: *(Con suavidad)* Le pido que me perdone.
- CARMEN: *(Dulcificándose)* ¿Perdonarlo?... ¡Qué ocurrencia! *(Sonriendo mientras toma de la mano los papeles)* ¡Deme eso!
Linares la mira fijamente al entregarle los papeles.
(Carmen, riendo, se dirige hacia la izquierda) ¡Voy a hacer las copias!
- LINARES: *(Sonriendo y con intención)* ¿Y las palabras que no entienda?
- CARMEN: *(Riendo)* ¡Las dejaré en blanco! *(Va a salir por la izquierda, pero de pronto se detiene y vuelve hacia Linares)* Ah, vea: Morales me estaba hablando de una hermana que se le está por casar y a quien los padres no la dejan...
- LINARES: *(Con intención)* ¿Sí? Bueno. Y, ¿para qué me cuenta eso?
- CARMEN: *(Turbada)* Es que me pareció... *(Vacilando)* ¡Vaya! ¡Tiene

razón! ¡Son zonceras mías! *(Quiere correr hacia la izquierda)*.

- LINARES: ¡Oiga!
Carmen se detiene
¿De veras? ¿De eso conversaban?...
- CARMEN: *(Acercándose)* De veras.
- LINARES: *(Con intención)* ¿De nada más?
- CARMEN: *(Con firmeza)* De nada más.
- LINARES: *(Sonriendo)* Pues ya que me dice usted lo que hablaba con Morales, yo también quiero decirle lo que conversaba con Petrona. Le estaba contando un cuento.
- CARMEN: *(Incrédula)* ¡Un cuento!
- LINARES: *(Riendo)* Un cuento de gigantes y princesas.
- CARMEN: *(Incrédula)* ¡Sí, cómo no!
- LINARES: *(Sonriendo)* ¿No me cree?
Entra Petrona por el foro y se dirige a salir por la izquierda.
- CARMEN: No.
- LINARES: *(Riendo y en alta voz a Petrona)* ¿Qué le parecieron, Petrona, los casamientos del gigante?
- PETRONA: *(Sin detenerse y riendo a carcajadas)* ¡Lindísimos! *(Desaparece por la izquierda)*.
- CARMEN: *(Sin poder reprimir un movimiento de gozo)* ¡Era cierto! *(Transición)*. ¡Y usted que demostraba tanto interés al hablarla!
- LINARES: ¡Como usted en escuchar a Morales!
- CARMEN: *(Con ímpetu)* ¡Yo estaba aburrída!
- LINARES: *(Riendo)* ¡Y yo también!
Ambos se miran un instante en silencio.

CARMEN: *(Bruscamente)* ¡Me voy! *(Hace ademán de irse)*.
 LINARES: *(Con emoción)* ¡No, Carmen, no! ¡Falta algo todavía!...
 ¡Tenemos otra cosa que decirnos, y que ya es inútil callar! *(La toma de las manos y la mira intensamente)* ¡Que nos queremos!
 CARMEN: *(Mirando con miedo hacia el foro)* ¡Cuidado!
 LINARES: *(Con pasión)* ¡Que te quiero, Carmen! ¡Que con toda mi alma te quiero!

TELÓN

ACTO CUARTO

LA MISMA DECORACIÓN DEL ACTO ANTERIOR. ENTRA CARMEN POR LA IZQUIERDA CON UNA CANASTILLA DE COSTURA Y SE ADELANTA HASTA LA MITAD DE LA ESCENA, CUANDO APARECE LINARES POR LA DERECHA, QUE VIENE CON SOMBRERO PUESTO. AL VERSE, AMBOS SE DETIENEN, VACILAN UN MOMENTO, SE CERCIORAN DE QUE NADIE LES VE Y ADELANTÁNDOSE DESPUÉS EL UNO HACIA EL OTRO, TOMA LINARES ENTRE LAS MANOS LA CABEZA DE CARMEN Y SIMULA DARLE UN BESO SOBRE LA FRENTE, APRESURÁNDOSE ENSEGUIDA A DESAPARECER POR EL FORO, MIENTRAS CARMEN, DANDO SEÑALES DE AGITACIÓN, QUEDA CON LA MIRADA FIJA HACIA LA IZQUIERDA, COMO TEMEROSA DE HABER SIDO ESPIADA. UN INSTANTE DESPUÉS ENTRA MANUELA CORRIENDO POR LA IZQUIERDA Y AL ENCONTRARSE CON CARMEN SE DETIENE BRUSCAMENTE Y TRATA DE HACERSE LA DISIMULADA, APARENTANDO BUSCAR ALGO A SU ALREDEDOR.

CARMEN: *(Sonriendo amargamente)* ¿Me habías perdido de vista?
 MANUELA: *(Fingiéndose sorpresa)* ¿Por qué?
 CARMEN: ¡No seas tonta! ¿Crees que no sé que desde hace días me andás

espiando por encargo de mamá?

MANUELA: *(Un poco confusa)* ¿Yo? ¡Qué más te quisieras!... ¡para lo que a mí me importa!
 CARMEN: *(Con amargura)* ¡Hija!... ¡bonito oficio! *(Le da la espalda)*. ¡Seguí no más!
Aparece doña María por la izquierda.
 D^a MARÍA: *(Con acritud)* ¿Qué están haciendo aquí? *(Fija la vista en Carmen)*.
 CARMEN: Salgo recién del cuarto. *(Mostrando la canasta)* Iba a coser.
 D^a MARÍA: *(Siempre mirando a Carmen, mientras Manuela se aproxima hacia la puerta izquierda y se detiene cerca de ella)*. ¿Está adentro el sinvergüenza ése?
 CARMEN: *(Con dureza)* ¡No sé a quién se refiere!
 D^a MARÍA: No sabés... ¿eh? Pues me refiero a tu Linares, a quien felizmente ya voy a tener pocos días más.
 CARMEN: *(Alarmada)* ¿Pocos días?
 D^a MARÍA: Hoy le he pedido el desalojo. ¡No quiero sinvergüenzas en mi casa!
 CARMEN: *(Irritada)* ¡No era sinvergüenza cuando se trataba de conseguirle un aumento de la pensión! ¡Así agradece!
 D^a MARÍA: *(Abuecando la voz)* ¡El aumento!... *(Desdeñosa)* ¡Bonita porquería!... ¡cincuenta pesos!... *(Bruscamente)* Pero, sobre todo, aquí no se trata de aumentos, ¿entendés? ¡No quiero que hables con él! ¡No quiero que lo veas! *(Exaltándose)* ¡Eso es lo que no quiero!
 CARMEN: *(Con firmeza)* ¡Desde que va a casarse conmigo!
 D^a MARÍA: *(Furiosa)* ¿Casarse?... ¡Yo le voy a dar casarse a ese atorrante!
 ¡¡Canalla!! ¡¡Muerto de hambre!!

Entra Pepa por la derecha con sombrero puesto y paquetes; deja el sombrero y los paquetes sobre su mueble mientras Manuela se le aproxima.

- CARMEN: *(Indignada)* ¡No hable así mamá! ¿Con qué derecho habla así?
- D^a MARÍA: *(En el colmo del furor)* ¡Hablaré como me dé la gana!, ¿entendés? ¿Qué es lo que te has creído? ¿Es lo que me faltaba ahora, que en mi propia casa no pueda decir lo que quiera de un zaparrastroso! ¡De un pillo! ¡De un ladrón!
- CARMEN: *(Estallando)* ¡Cállese! ¡Cállese! ¡Debía darle vergüenza hablar de esa manera! *(Vase bruscamente por la izquierda).*
- D^a MARÍA: *(A gritos, a Pepa.)* ¡Ahora mismo le decís a ese bandido que no quiero que pase el día de mañana sin que se mande mudar! *(En momentos en que Pepa va a salir por el foro)* ¡Y que me han dicho que le han visto en la azotea! ¡Que no quiero que suba a la azotea, porque yo misma a empujones lo voy a bajar! *(A Manuela, mientras Pepa vase por el foro)* Y vos andá a ver a esa hipócrita, ¡no la perdás de vista! Es capaz de escribirle.
- MANUELA: *(Encantada)* ¡No hay cuidado! *(Vase por la izquierda).*
Aparece por el foro Morales, revelando en su actitud, abatimiento.
- MORALES: Señora, desde mañana puede disponer de la pieza.
- D^a MARÍA: *(Sorprendida)* ¿Se va?... ¿Por qué se va?
- MORALES: *(Después de un momento de vacilación)* He resuelto mudarme...
- D^a MARÍA: Pero, tendrá algún motivo...
- MORALES: No, señora, no. Quiero estar más cerca del hospital. Eso es todo.
- D^a MARÍA: *(Incrédula)* Pero, ¿de veras se va?
- MORALES: *(Con una sonrisa triste)* De veras.
Entra Manuela por la izquierda.
- D^a MARÍA: *(A Morales)* Espéreme un momento, tenemos que hablar. *(Imperativa)* ¡Usted no puede irse así!

Morales indica con un gesto que tiene su resolución tomada y doña María vase por la izquierda.

- MORALES: *(Sonriendo)* ¿Y qué tal los novios, Manuela?
- MANUELA: *(Sonriendo)* Novios, no; simpatías no más.
- MORALES: Bueno, las simpatías.
- MANUELA: Esta de ahora me parece que... *(Hace un gesto significativo, queriendo expresar que la considera asegurada)* ¡Quién sabe!...
- MORALES: ¿Cómo se llama?
- MANUELA: ¡Ah!, el nombre no sé. Yo le llamo el del pajizo.
- MORALES: *(Riendo)* ¡Ah!... ¡ahora es el del pajizo!
- MANUELA: *(Con naturalidad)* Sí, era un amigo del morocho, ¿se acuerda? Siempre lo acompañaba cuando venía por aquí.
- MORALES: ¿Y el morocho qué se hizo?
- MANUELA: *(Con melancolía)* Se fue.
- MORALES: ¿Dejando al amigo? ¡Menos mal!
- MANUELA: *(Con tristeza)* ¡Así es!
- MORALES: *(Como si de pronto escuchara algún ruido extraño hacia la izquierda)*
¿Qué es?
- MANUELA: ¿Qué?
- MORALES: Oiga. *(Indica hacia la izquierda y ambos hacen como que escuchan).*
- MANUELA: No es nada. Mamá que está queriendo hacerle abrir la puerta a Carmen, que se ha encerrado.
- MORALES: *(Haciendo un gesto de lástima)* ¡Pobre Carmen!
- PEPA: *(Entrando por el foro y muy irritada)* ¡Qué hombre más torpe! *(Mostrando las manos)* ¡Miren cómo me he puesto las manos a fuerza de golpearle la puerta! ¡Y resulta que estaba en la azotea! *(A Manuela)* ¿Dónde anda mamá?

MANUELA: Está adentro.
Pepa vase por la izquierda, cuando aparece por ésta doña María.

D^a MARÍA: *(Con irritación)* ¿Le dijiste?

PEPA: Sí.

D^a MARÍA: ¿Qué contestó?

PEPA: Que está bien.
Pepa vase por la izquierda y doña María se aproxima a Morales y a Manuela.

D^a MARÍA: *(A Manuela)* Colocátele delante de la puerta. *(Antes de que Manuela concluya de salir por la izquierda)* Y no te movás, ¿eh?... *(Después de salir Manuela y en otro tono)* Siéntese, Morales. *(En tono confidencial después de sentarse ambos)* Yo sé por lo que usted se va.

MORALES: Señora, ya se lo he dicho: el hospital.

D^a MARÍA: No, no es cierto. Pero le voy a dar una noticia que lo hará cambiar de parecer. *(Con mucha intención)* Linares se muda. A Linares le he exigido que me deje la pieza. Linares no continuará viviendo en esta casa.

MORALES: *(Con tristeza)* ¡Y bien, señora!... ¡Eso no modifica en nada mi resolución!

D^a MARÍA: *(Con enojo)* Tiene que modificarla, ¿cómo no la va a modificar? *(Insinuante)* Usted se va porque Linares lo incomoda, porque estoy segura que se ha imaginado entre Carmen y él lo que en realidad no existe; pero, de todos modos, yéndose Linares, no tiene por qué irse usted.

MORALES: *(Protestando débilmente)* No, señora, no. ¡Si no es eso!

D^a MARÍA: ¡Qué no ha de ser, hombre! ¿O usted cree que soy ciega y no comprendo las cosas? ¡Déjese de zonceras y no trate de hacer comedias conmigo! ¿No ve que he nacido mucho antes que usted? *(Viendo que Morales no contesta)* ¡Vaya!... usted se queda,

Linares se va, y todo vuelve como antes.

MORALES: *(Con profunda amargura)* ¡Y dice usted que no es ciega! ¡En medio de todo va a concluir usted por darme lástima! *(Se pone de pie paseándose nerviosamente)*.

D^a MARÍA: *(Sorprendida)* ¿Qué dice?

MORALES: *(Encarándose bruscamente con ella)* ¡No, señora, no! ¡No se haga usted ilusiones! ¡No se engañe respecto a la situación que usted misma se ha creado con su atolondramiento y sus inconsciencias!... ¡Ya su imperio se acabó!

D^a MARÍA: ¡Morales! ¿Qué quiere decir esto? *(Se pone de pie y toma una actitud de dignidad ofendida)*.

MORALES: *(Atenuando el tono.)* ¡Sí, señora! ¡Lo que tenía que suceder ha sucedido! ¡Es preciso resignarse! ¡Hasta ahora su egoísmo ha sido la única fuerza, subordinándolo todo a su servicio! ¡De hoy en adelante hay algo que puede más que su egoísmo: el amor, señora, el amor!... ¡que es el más fuerte!

D^a MARÍA: *(Indignada)* ¡No diga usted disparates! ¿A qué viene eso?

MORALES: *(Con tristeza)* Carmen y Linares se quieren, ¡déjelos que sean felices! No trate de oponerse usted... ¡sería inútil cuanto hiciera! Ya ve, yo también me resigno!... ¡Y sabe Dios lo que me cuesta!

D^a MARÍA: *(Violentamente)* ¡Usted no es nadie! ¡Pero yo soy su madre y mientras viva no se ha de hacer aquí sino mi voluntad!

MORALES: *(Con amargura)* ¡No se engañe! La autoridad de madre, en su alto concepto, no la tiene, no la puede usted tener. ¡Usted misma se ha encargado de perderla! Ahora usted manda, pero no convence. Inspira usted temor, pero no respeto. ¡Su autoridad es de esas a las que se obedece en todo lo que se ve y cuando está presente! ¡No es la santa autoridad de madre a la que por el placer de obedecerle se la obedece siempre!

D^a MARÍA: *(Con arrogancia)* ¡Pues con eso me basta! ¡Y se hará lo que yo mande! *(Con violencia)* ¡Y por lo pronto salga usted de aquí! *(Le señala la puerta de salida con un ademán enérgico).*

MORALES: *(Sin alterarse)* Sí, señora, me voy; pero... ¡cuidado! ... ¡no se equivoque! Carmen no está preparada para la lucha. Ha secado usted en ella todas las nobles fuentes de resistencia, y no ha sabido usted cultivar ninguno de los sentimientos elevados capaces de imponer el sacrificio. No tiene siquiera una noción clara de lo que es la vida, y aunque por instinto sabe que no es lo que le ha enseñada usted, el instinto no basta, la confusión se establece, y concluye el espíritu por perder el rumbo al contacto diario de miserias y flaquezas. ¡Vea que ese cariño es el único halago generoso y puro que ha conocido en la vida! ¡La primera bocanada de aire sano que acaricia sus pulmones! ¡Se aferra a él porque siente que la levanta y la dignifica! ¡No cometa el error de oponerse! ¡Carmen no puede luchar! ¡Es un leño al que azotan todas las olas!... ¡Cuidado!... ¡no lo arrastre la corriente! *(Se coloca el sombrero y vase por la derecha, dejando a doña María suspensa y perpleja durante un instante).*

D^a MARÍA: *(Corriendo hacia la puerta derecha y asomándose por ella)* ¡Morales! *(Después de un rato, levantando la voz)* ¡Morales!

En el momento de asomarse Doña María a la puerta derecha ha aparecido Carmen por la izquierda y, al ver a Doña María de espaldas, vase apresuradamente por el foro sin que ésta se aperciba.

(Después de salir Carmen, doña María hace un gesto de indiferencia al ver que Morales no vuelve y va a retirarse de la puerta, cuando de pronto, como si oyera algún ruido hacia el exterior, vuelve de nuevo a asomarse y escucha un momento) ¿Quién anda ahí? *(Escuchando)* ¡Oh! ¿qué es eso?

Entra Petrona por la derecha llorando con fuerza.

¡Adiós! ¡Es lo que faltaba! ¿Alguna pelea con el embrollón de tu novio?

PETRONA: *(Llorando)* ¡¡Es un cobarde!! ¡En el zaguán mismo acaba de darme una cachetada!

D^a MARÍA: *(Sorprendida)* ¿Una cachetada?

PETRONA: *(Llorando)* Venía siguiéndome desde casa, ¡y aprovechó cuando entré! ¡Es un cobarde! *(Mostrando una mejilla)* ¡Vea cómo me ha puesto!

D^a MARÍA: *(Azorada)* ¿Qué estás diciendo, mujer? ¿Tu novio te cachetea?

PETRONA: *(Siempre llorando)* ¡Con el pretexto de que tiene celos, me pega siempre! ¡Ya no puedo más! ¡El domingo, en la isla de Maciel fue lo mismo!

D^a MARÍA: ¡En la isla de Maciel! ¿Vos has ido con tu novio a la isla de Maciel? ¿Cuándo?... ¿con qué motivo? *(Viendo que Petrona no contesta)* ¡Contestá! ¿qué quiere decir esto? *(Al ver que no contesta, en otro tono)* ¡Che... che... che...! ¿sabés que no me está gustando el asunto? Hoy mismo le voy a avisar a tu madre.

PETRONA: *(Con angustia)* ¡No, no por Dios! ¡Si se lo dice no me va a dejar verlo más!...

D^a MARÍA: *(Sorprendida)* ¿Verlo?... ¿Y todavía pensás en verlo después de lo que te ha hecho?

PETRONA: *(Con angustia)* ¡Y cómo quiere que no lo vea! *(Llora).*

D^a MARÍA: *(Indignada)* ¡A ese miserable! ¡A ese canalla!

PETRONA: *(Con angustia)* Canalla no es.

D^a MARÍA: *(Indignada)* ¿No es canalla el que le pega a una mujer? ¿Qué es entonces?

PETRONA: Me pega porque tiene celos y tiene celos porque me quiere, ¡y eso no es ser canalla! ¿sabe?

D^a MARÍA: *(Azorada)* Pero, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo, desgraciada? ¿Quiere decir que encontrarás muy bien que te maltrate? ¿Que te gusta que te golpee?

PETRONA: *(Secándose las lágrimas)* ¡Eso no! ¡Pero desde que no hay otro remedio, qué se va a hacer!... ¡Para eso es hombre! *(Transición)*. Deje que me moje un poco la cara y me voy. *(Da unos pasos hacia la izquierda)*.

D^a MARÍA: ¡Sí, y para no volver!

PETRONA: *(En tono de súplica y deteniéndose)* ¡Pero tía!

D^a MARÍA: *(Resueltamente)* ¡Ni una palabra! Elegí: o le aviso a tu madre, o no volvé a poner los pies más aquí.

PETRONA: *(Resignada)* En ese caso, no volveré. *(Vase tristemente por la izquierda)*.

Doña María la sigue con la mirada sin salir de su asombro.

D^a MARÍA: *(Acercándose después hacia la izquierda, por cuya puerta se asoma)* ¡Manuela! *(En voz más alta)* ¡Manuela!

Después de un instante aparece Manuela por la izquierda.

(Con enojo) ¿Dónde estabas?

MANUELA: *(Vacilando y confusa)* Ahí, donde usted me dijo. ¿Dónde quiere que estuviera?

D^a MARÍA: Andá, golpeale otra vez. ¡Decile que si no abre le voy a echar la puerta abajo!

Manuela vase apresuradamente por la izquierda a tiempo que entra por la misma Pepa, a quien por poco lleva por delante.

PEPA: *(Sulfurándose y a gritos hacia el exterior)* ¡Eh!... ¡más cuidado! ¿No tenés ojos? *(Arreglándose el vestido)* ¡Qué burra! *(Transición)*. ¿Sabe quién está en el balcón de enfrente con la hija del relojero? ¡Barroso! *(Se ríe)*. ¡Dicen que se casa! ¿Será cierto?

D^a MARÍA: *(Distraída)* ¿Está cerrada la puerta del cuarto de Carmen?

PEPA: No, si en el cuarto no está.

D^a MARÍA: *(Alarmada)* ¿Cómo que no está? ¿Quién no está?

PEPA: Carmen. Vi a Petrona lavándose la cara. No hay nadie más.

D^a MARÍA: *(Nerviosa)* ¿Que no está en el cuarto Carmen? ¿Estás segura? *Entra Manuela por la izquierda con cara de espanto.*

MANUELA: Se ha salido.

D^a MARÍA: *(Avanzando hacia ella furiosa)* ¿No te dije que no te movieras del lado de la puerta? *(Levanta el brazo amenazándola)*.

MANUELA: *(Agachándose y defendiéndose con los brazos)* ¡Me había asomado un ratito al balcón!

D^a MARÍA: *(Agitada)* ¡A ver!... ¡ligero! Corran al fondo. ¡Corré! ¡Ligero! ¡Debe estar hablando con ese canalla!...

Doña María, Manuela y Pepa se dirigen precipitadamente hacia el foro, cuando aparece por éste Carmen, que viene muy abatida y enjugándose las lágrimas.

(Con mucha irritación al ver a Carmen) ¿De dónde salís? ¿Qué has estado haciendo?

CARMEN: *(Con voz temblorosa, señalando a Pepa y a Manuela)* Dígales que se vayan, que nos dejen un momento.

Manuela hace ademán de irse pero Pepa permanece impasible; entonces Manuela también se detiene.

(Con voz suplicante a Pepa y a Manuela) ¡Por favor! ¡Vayáanse!

Pepa y Manuela, sin decir nada, vanse por la izquierda.

D^a MARÍA: *(Nerviosa)* ¿A qué viene esto, ahora?

CARMEN: *(Sollozando después de ver salir a Pepa y a Manuela)* ¡Mamá!... ¡mamá! ¡Téngame lástima! *(Corre hacia ella)* ¡Usted no puede desear mi desgracia! ¡Al fin es mi madre!... ¡Y no va a querer que yo sea desgraciada!

D^a MARÍA: *(Rechazándola)* ¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo?

CARMEN: Linares no puede irse solo de aquí. ¡Linares me quiere!
¡Consienta, mamá, en que nos casemos!

D^a MARÍA: *(Con irritación)* ¡Salí! ¿Y para esto te acordás que soy tu madre?
¿Cómo podés imaginarte que voy a consentir en semejante disparate?

CARMEN: *(Con voz suplicante y sollozando)* ¡Es mi felicidad la que le pido!

D^a MARÍA: *(Con sorda irritación)* ¡Tu felicidad! ¡Es claro!... ¡y con eso creés haberlo dicho todo! ¿Quiere decir entonces que yo no soy nadie? ¿Que yo no significo nada? *(Exaltándose)* ¿Creés que te he criado, que te he alimentado, que te he hecho lo que sos, ¡sacrificándome toda la vida! para que así, el mejor día, ¡porque se te ocurre! me dejés por un bribón cualquiera. ¿Encontrás eso muy natural, muy razonable?

CARMEN: *(Con angustia)* Pero, ¿qué mayor satisfacción para usted, mamá, que verme contenta y feliz al lado del hombre que quiero?

D^a MARÍA: *(Exaltada)* Pero, ¿y yo?... ¿y yo? ¿No pensás en mí? ¿No pensás en mi situación cuando vos estés lejos? ¿No soy nadie para vos? ¿Qué dirías si tus hermanas hicieran lo mismo? Si todas me dejaran, si todas me abandonaran... *(Con voz quejumbrosa)* ¿No te da lástima imaginarte esta pobre vieja, ¡enferma y sola! tirada por sus hijas al medio de la calle, con el pretexto de que cada una ha querido buscar la felicidad a su manera?

CARMEN: *(Con angustia)* ¿Y yo qué puedo hacer, mamá?... ¿qué puedo hacer yo? ¡Piense un poco también en mí! ¡Si lo quiero!... ¡¡lo quiero!!

D^a MARÍA: ¡Olvidarlo! ¡No acordarte más de él! ¡Eso es lo que tenés que hacer!... ¡No acordarte de que existe en el mundo semejante píllo!...

CARMEN: *(Con mucha ternura)* ¡Pero, si para mí, mamá, Linares es la vida!

¡Sin él no podría vivir! ¡He llegado a quererlo tanto, que cuando pienso así, que pudiera faltarme, que pudiera no volverlo a ver!... No sé explicarle lo que me pasa, no podría decirle lo que siento, pero es un vacío tan grande, una angustia tan extraña, que sólo se me ocurre llorar... y lloraría, ¡lloraría siempre, sin importarme de nada, ni preocuparme de otra cosa que de continuar llorando, hasta que lo volviera a ver!

D^a MARÍA: Pero... ¿y yo?, ¿y yo? ¡Pensá en nosotras! ¡Pensá en mí!

CARMEN: *(Con aflicción)* ¡Si no puedo! ¡Pienso en que lo quiero... y no puedo pensar más!

D^a MARÍA: *(Impaciente)* ¡Basta de ridiculeces! ¡Es preciso y se acabó!

CARMEN: *(Angustiada)* ¿Pero usted no sabe entonces lo que es querer? ¡Querer mucho!... querer así, ¡como yo quiero! ¿Acaso porque sea preciso se va a dejar de querer?... ¿Cómo puede decir eso, mamá, usted que también tiene que haber querido?...

D^a MARÍA: *(Imperativa)* ¡Basta, he dicho!

CARMEN: *(Desesperada)* ¡Oh! ¡no! ¡Se lo suplico!

D^a MARÍA: *(Exasperada)* ¡Te digo que basta!

CARMEN: *(Sollozando)* ¡Se lo suplico! ¡Mamá, se lo suplico! ¡Fíjese por Dios en lo que hace! ¡¡Por última vez, mamá!! *(Cae de rodillas delante de doña María)*.

D^a MARÍA: *(Fuera de sí)* ¡Basta! ¡Basta! ¿No entendés?

CARMEN: *(Con repentina resolución y enderezándose)* Está bien, basta. *(Vase silenciosamente por la izquierda y doña María la sigue con la mirada hasta que desaparece)*.

Entra Petrona por la izquierda y se dirige a salir por la derecha.

PETRONA: *(Sin detenerse)* Adiós, tía.

D^a MARÍA: *(Secamente)* Adiós.

- PETRONA: *(Deteniéndose antes de salir y con mucha humildad)* ¿Entonces, ¿no quiere que vuelva?
- D^a MARÍA: ¡No! ¡Que te aprovechen las cachetadas! ¡Seguí no más!...
- PETRONA: *(Con mucho sentimiento)* ¡Oh, no, tía estoy segura que ahora está esperándome en la esquina! ¡Cada vez que me pega se pone después de cariñoso y de bueno!... ¡Pobre! ¡Da lástima! *(Desaparece por la derecha a tiempo que golpean las manos y en seguida vuelve a aparecer)* Tía, aquí está el señor Rocamora. *(Da paso a Rocamora y al muchacho que lo sigue con unas cajas y vase nuevamente).*
- ROCAMORA: *(Adelantándose a dar la mano a doña María, mientras el muchacho deja las cajas sobre una silla y vase por la derecha)* Buenas tardes.
- D^a MARÍA: Un momento, Rocamora, voy a avisar a Pepa. Siéntese. *(Se dirige a la izquierda).*
- ROCAMORA: Estoy bien, gracias.
Doña María vase por la izquierda y Rocamora empieza a pasearse a lo largo del escenario. Al cabo de un instante se asoma Linares por el foro, observa la escena sin que Rocamora lo aperciba y desaparece inmediatamente. Después de un momento aparece Carmen por la izquierda y vase apresuradamente por el foro aprovechando un instante en que Rocamora en sus paseos le da la espalda. En seguida de salir Carmen aparece Manuela muy agitada por la izquierda y mira a todos lados, como buscando a alguien.
- MANUELA: *(Bruscamente a Rocamora)* ¿No ha venido Carmen por aquí?
- ROCAMORA: *(Sin interrumpir sus paseos)* No.
Manuela vuelve a desaparecer apresuradamente por la izquierda. Entran por la izquierda doña María y Pepa.
- PEPA: *(Secamente, adelantándose a Rocamora)* ¡Qué horas de venir!
- ROCAMORA: *(Dándole la mano)* Discúlpeme. Un quehacer urgente.
- PEPA: *(Nerviosamente)* Sí, sí, muy bonito. *(En voz baja y olfateándole la*

ropa) ¡Qué olor tan raro! ¿De dónde salís?

- ROCAMORA: *(En igual forma)* Del registro.
- PEPA: *(Nerviosamente y aparte)* ¡Mentira! ¡Decí, decí!... ¿de dónde? Rocamora aparenta darle explicaciones en voz baja, accionando mucho.
- MANUELA: *(Entrando muy agitada por la izquierda y aparte a doña María)* ¡No la puedo encontrar!
- D^a MARÍA: ¿A quién?
- MANUELA: ¡A Carmen!
- D^a MARÍA: *(Alarmada)* ¿No está en su cuarto? ¿Has visto bien?
- MANUELA: *(Apresuradamente)* ¡Vuelva a ver usted! ¡Yo entretanto voy al fondo!
Mientras Manuela vase corriendo por el foro, doña María vase precipitadamente por la izquierda.
- ROCAMORA: *(Solemne y después de dirigir una mirada a su alrededor)* Nos han dejado solos.
- PEPA: *(Con falso pudor)* ¡Es verdad! *(Mira a los lados y de pronto, aunque Rocamora ha permanecido impasible)* ¡No quiero! ¡Estate quieto! *(Retrocede).*
- ROCAMORA: *(Solemne)* ¿Qué?
- PEPA: *(Haciéndose la confundida)* ¡Ah! no, yo creía. *(Baja los ojos).*
- ROCAMORA: *(Aproximándose a Pepa siempre solemne tratando de dar a la voz cierta emoción)* ¡Pepa!
Entra corriendo Manuela por el foro y sale por la izquierda sin preocuparse de Pepa ni de Rocamora.
- PEPA: *(Fingiéndose alarmada)* ¡Ahí tenés lo que sacás! ¡Nos ha visto!
- ROCAMORA: *(Sorprendido)* ¿Y qué puede habernos visto?
- PEPA: *(Bajando los ojos)* ¡Es una imprudencia!

ROCAMORA: *(Con emoción)* ¡Pepa!... *(Se aproxima mucho a ella).*

PEPA: *(Con pasión)* ¡Filiberto!...

Se miran un momento y después Rocamora, con mucha solemnidad, le da un beso en la frente y en ese instante entran bruscamente por la izquierda Manuela y doña María, con la manifiesta intención de salir en igual forma por el foro. Vase Manuela corriendo por el foro sin apercibirse de nada, pero doña María, que sorprende el beso de Rocamora, se detiene bruscamente y mira durante un instante con expresión de estupor a Rocamora y a Pepa, que permanecen confusos y sin saber qué hacer.

D^a MARÍA: *(Avanzando con dignidad)* ¿Qué quiere decir esto?

Rocamora y Pepa bajan la cabeza sin responder

¿Es ésta la manera que tiene usted de corresponder a la confianza con que se le recibe en esta casa?

Rocamora no responde.

¡Conteste! ¡so sinvergüenza!

Gesto de indignación de Rocamora.

¿Es así como responde usted a las bondades que con usted se tienen? *(Con mucha energía)* ¡Inmediatamente sale usted de aquí! *(Le señala la puerta).*

PEPA: *(Levantando la cabeza)* ¡Eso no, mamá!

D^a MARÍA: *(Sin preocuparse de Pepa)* ¡Salga usted en seguida!

Rocamora hace ademán de irse.

PEPA: *(Fuera de sí, precipitándose sobre Rocamora y tomándolo de los brazos)*

¡No! ¡No! ¡Vos no podés irte! ¡No le hagás caso! ¡No! ¡No!

D^a MARÍA: *(A gritos)* ¡Pepa! ¡Fijate en lo que hacés!

PEPA: *(Luchando con Rocamora que quiere desasirse de ella)* ¡Quedate! ¡No le hagás caso! ¡Vos no te vas!

ROCAMORA: *(Desprendiéndose violentamente de Pepa, que cae de rodillas con el choque)* ¡Perfectamente! *(Vase por la derecha).*

D^a MARÍA: *(Precipitándose sobre las cajas que trajo un momento antes Rocamora a las que toma y arroja por la derecha)* ¡Y llévese también sus porquerías!

PEPA: *(Levantándose del suelo ha corrido hacia la derecha y asómase por ella gritando con desesperación)* ¡Rocamora! ¡Rocamora!

D^a MARÍA: *(Tironeándola sin resultado)* ¡Sosegate! ¡No hagás caso!

PEPA: *(Con angustiosa desesperación)* ¡Rocamora! *(Volviéndose como una fiera hacia doña María, al convencerse de que Rocamora no vuelve)* ¿Qué es lo que ha hecho? ¿Qué ha hecho usted? ¡Vieja loca! ¿Con qué derecho me quita lo que es mío? *(Amenazadora)* ¡Diga!... ¿con qué derecho? *(Levanta el brazo como si fuera a pegarle).*

D^a MARÍA: *(Retrocediendo asustada)* ¡Pepa! ¿estás en tu juicio?

MANUELA: *(Gritando desde el interior del foro)* ¡Mamá! ¡Mamá! *(Apareciendo)* ¡Carmen y Linares no están por ninguna parte!

D^a MARÍA: *(Azorada)* ¿Qué?... ¿Qué decís? *(Se abalanza hacia Manuela)*

MANUELA: ¡Que Carmen se ha ido, mamá!

D^a MARÍA: *(Precipitándose por el foro)* ¿Que se ha ido? *(Con voz angustiosa)* ¡Carmen! ¡Carmen! ¡Carmen!

Manuela ha salido junto con ella y la voz de doña María se va apagando gradualmente hasta apagarse del todo. Después de salir doña María, Pepa vacila un momento, concluye por hacer un gesto enérgico y poniéndose precipitadamente el sombrero desaparece a su vez por la derecha. La escena queda un instante vacía y después se derrumba con estrépito el cuadro de las medallas y el telón comienza a descender lentamente mientras se oye de nuevo la voz de doña María que se aproxima llamando a Carmen.

FIN

> índice

> Prólogo	pág. 5
> ¡Ladrones!	pág. 29
LUCIANO STEIN (FLORENCIO SÁNCHEZ)	
> Canillita	pág. 49
FLORENCIO SÁNCHEZ	
> Barranca abajo	pág. 77
FLORENCIO SÁNCHEZ	
> En familia	pág. 149
FLORENCIO SÁNCHEZ	
> El desalojo	pág. 203
FLORENCIO SÁNCHEZ	
> Nuestros hijos	pág. 225
FLORENCIO SÁNCHEZ	
> ¡Jettatore!	pág. 289
GREGORIO DE LAFERRÈRE	
> Bajo la garra	pág. 383
GREGORIO DE LAFERRÈRE	
> Las de Barranco	pág. 465
GREGORIO DE LAFERRÈRE	

> ediciones inteatro

- narradores y dramaturgos
Juan José Saer, Mauricio Kartun
Ricardo Piglia, Ricardo Monti
Andrés Rivera, Roberto Cossa

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- el teatro, ¡qué pasión!
de Pedro Asquini
Prólogo: Eduardo Pavlovsky

En coedición con la Universidad Nacional del Litoral
- obras breves
Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca
- de escénicas y partidas
de Alejandro Finzi
Prólogo del autor
- teatro (3 tomos)
Obras completas de Alberto Adellach
Prólogos: Esteban Creste (Tomo I), Rubens Correa (Tomo II) y Elio Gallipoli (Tomo III)
- las piedras jugosas
Aproximación al teatro de Paco Giménez de José Luis Valenzuela
Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt
- siete autores (la nueva generación)
Prólogo: María de los Ángeles González
Incluye obras de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto y Santiago Governori
- dramaturgia y escuela 1
Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo
Antóloga: Gabriela Lerga
Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo
- dramaturgia y escuela 2
Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti
Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampetro
- didáctica del teatro 1
Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro
Colaboración: Sara Torres
Prólogo: Olga Medaura
- didáctica del teatro 2
Prólogo: Alejandra Boero
- teatro del actor II
de Norman Briski
Prólogo: Eduardo Pavlovsky
- dramaturgia en banda
Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun
Prólogo: Pablo Bontá
Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak, José Montero, Ariel Barchilón, Matías Feldman y Fernanda García Lao
- personalidades, personajes y temas del teatro argentino (2 tomos)
de Luis Ordaz
Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo I) - José María Paolantonio (Tomo II)
- manual de juegos y ejercicios teatrales
de Jorge Holovatuck y Débora Astrosky
Segunda edición, corregida y actualizada
Prólogo: Raúl Serrano
- antología breve del teatro para títeres
de Rafael Curci
Prólogo: Nora Lía Sormani
- teatro para jóvenes
de Patricia Zangaro
- antología teatral para niños y adolescentes
Prólogo: Juan Garff
Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los Susodichos, Hugo Midón, M. Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa, Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

- nueva dramaturgia latinoamericana
Prólogo: Carlos Pacheco
Incluye textos de Luis Cano (Argentina), Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucila de la Maza (Chile), Victor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú) y Sergio Blanco (Uruguay)
- teatro/6
Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina y Marcelo Pitrola.
- becas de creación
Incluye textos de Mauricio Kartun, Luis Cano y Jorge Accame.
- historia de la actividad teatral en la provincia de corrientes de Marcelo Daniel Fernández
Prólogo: Ángel Quintela
- la luz en el teatro manual de iluminación de Eli Sirlin
Prólogo de la autora
- diccionario de autores teatrales argentinos 1950-2000 (2 tomos) de Perla Zayas de Lima
- laboratorio de producción teatral 1
Técnicas de gestión y producción aplicadas a proyectos alternativos de Gustavo Schraier
Prólogo: Alejandro Tantanián
- hacia un teatro esencial
Dramaturgia de Carlos María Alsina
Prólogo: Rosa Ávila
- teatro ausente
Cuatro obras de Aristides Vargas
Prólogo: Elena Francés Herrero
- el teatro con recetas de María Rosa Finchelmann
Prólogo: Mabel Brizuela
Presentación: Jorge Arán
- teatro de identidad popular
En los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino de Manuel Maccarini
- caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura
Textos teatrales de Rafael Monti
- teatro, títeres y pantomima de Sarah Bianchi
Prólogo: Ruth Mehl
- por una crítica deseante de quién/para quién/qué/cómo de Federico Irazábal
Prólogo del autor
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo I (1800-1814)
Sainetes urbanos y gauchescos
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
Presentación: Raúl Brambilla
- teatro/7
Obras ganadoras del 7º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye obras de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvina López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca y Roxana Aramburú
- la carnicería argentina
Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba
- saulo benavente, ensayo biográfico de Cora Roca
Prólogo: Carlos Gorostiza
- del teatro de humor al grotesco
Obras de Carlos Pais
Prólogo: Roberto Cossa
- teatro/9
Obras ganadoras del 9º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Patricia Suárez y M. Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport y Amalia Montaña
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo II (1814-1824)
Obras de la Independencia
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- nueva dramaturgia argentina
Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila (Córdoba), Sacha Barrera Oro (Mendoza), Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi (San Juan), Martín Giner, Guillermo Santillán (Tucumán), Leonel Giacometto, Diego Ferrero (Santa Fe) y Daniel Sasovsky (Chaco)
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo III (1839-1842)
Obras de la Confederación y emigrados
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- dos escritoras y un mandato de Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia
Prólogo: Beatriz Salas
- 40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología
Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz Sosa y Graciela Balestrino
- las múltiples caras del actor de Cristina Moreira
Palabras de bienvenida: Ricardo Monti
Presentación: Alejandro Cruz
Testimonio: Claudio Gallardou
- la valija de Julio Mauricio
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- el gran deschave de Armando Chulak y Sergio De Cecco
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- una libra de carne de Agustín Cuzzani
Coedición con Argentores
Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo IV (1860-1877)
Obras de la Organización Nacional
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- referentes y fundamentos. hacia una didáctica del teatro con adultos I de Luis Sampetro
- una de culpas de Oscar Lesa
Coedición con Argentores
- desesperando de Juan Carlos Moisés
Coedición con Argentores
- almas fatales, melodrama patrio de Juan Hessel
Coedición con Argentores
- antología de obras de teatro argentino -desde sus orígenes a la actualidad- tomo V (1885-1899)
Obras de la Nación Moderna
Selección y Prólogo: Beatriz Seibel
- técnica vocal del actor
Guía práctica de ejercicios -parte 1- de Carlos Demartino
- el teatro, el cuerpo y el ritual de María del Carmen Sanchez
- tincunacu. teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino de Cecilia Hopkins
- teatro/10
Obras ganadoras del 10º Concurso Nacional de Obras de Teatro
Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erika Halvorsen y Andrés Rapoport.
- la risa de las piedras de José Luis Valenzuela
Prólogo: Guillermo Heras

- concurso nacional de ensayos teatrales alfredo de la guardia
Textos de: María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo y Alicia Aisemberg
- rebeldes exquisitos
Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas
de José Tcherkaski
- ponete el antifaz
(escritos, dichos y entrevistas)
de Alberto Ure
Compilación: Cristina Banegas

antología de obras de teatro argentino

se terminó de imprimir en
Buenos Aires.

